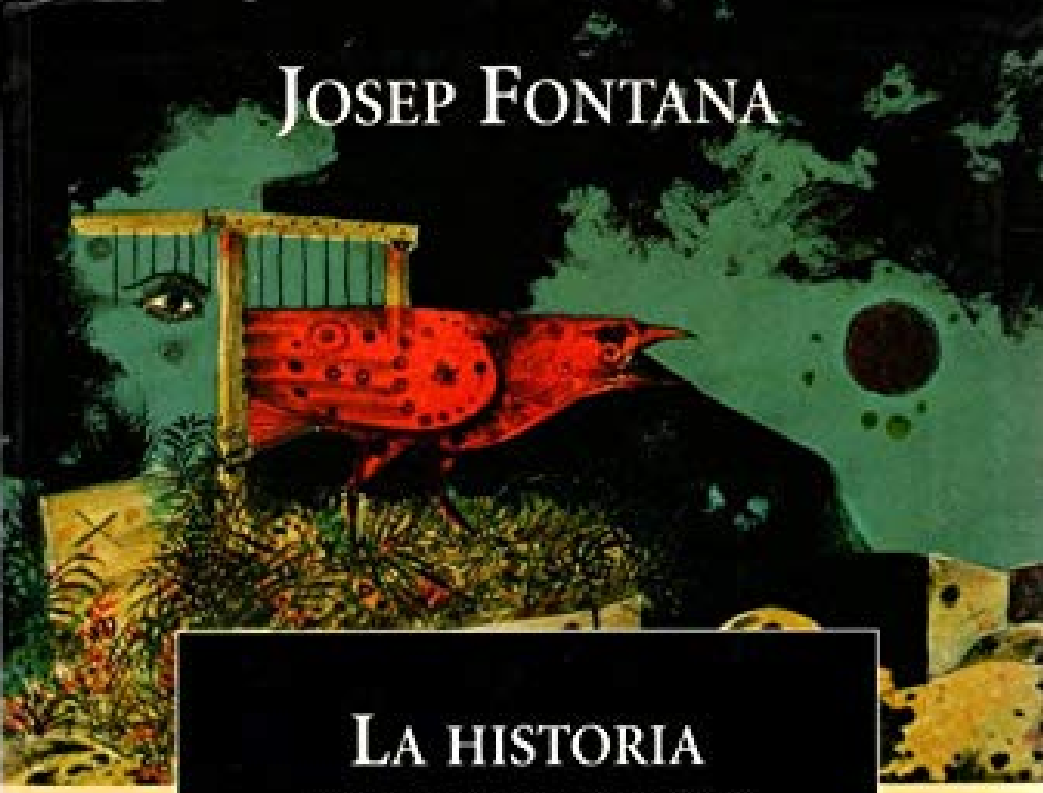
JOSEP FONTANA



LA HISTORIA DE LOS HOMBRES

Libros de Historia

Crítica

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales

JOSEP FONTANA

LA HISTORIA DE LOS HOMBRES

CRÍTICA
BARCELONA

Título original: La història dels homes

CC BY NC ND

Traducción castellana de Ferran Pontón

Cubierta: Joan Batallé
Ilustración de la cubierta: litografía de Eduard Alcoy. Detalle
Fotocomposición: Medium Fotocomposició
© 2000: Josep Fontana
© 2001 de la presente edición castellana para España y América:
Editorial Crítica, S.L., Provença, 260, 08008 Barcelona
ISBN: 84-8432-181-9
Depósito legal: B. 11.734-2001
Impreso en España
2001. — HUROPE, S.L., Lima, 3 bis, 08030 Barcelona

En memoria de Antonio Puente

«Auf die Geschichte der Menschen werden wir indes einzugehen haben, da fast die ganze Ideologie sich entweder auf eine verdrehte Auffassung dieser Geschichte oder auf eine gänzliche Abstraktion von ihr reduziert. Die Ideologie selbst ist nur eine der Seiten dieser Geschichte.»

KARL MARX y FRIEDRICH ENGELS,
Die deutsche Ideologie, MEW, 3, Berlin,
Dietz Verlag, 1973, p. 18, nota
(Im Manuskript gestrichen)

«Tendremos que insistir en la historia de los hombres, porque casi toda la ideología se reduce o a una concepción falseada de esta historia, o a una abstracción de ella. La ideología misma no es más que una de las partes de esta historia.»

KARL MARX y FRIEDRICH ENGELS,
La ideología alemana, I, 1
(nota 10, texto tachado en el manuscrito)

INTRODUCCIÓN

La historia de un grupo humano es su memoria colectiva y cumple respecto de él la misma función que la memoria personal en un individuo: la de darle un sentido de identidad que lo hace ser él mismo y no otro. Sin embargo, comprendemos mal la naturaleza de nuestra memoria personal. Se acostumbra a considerarla como un simple depósito de imágenes de la realidad pasada, cuando los científicos han establecido que no se trata de una facultad unitaria sino de «una variedad de procesos psicológicos diversos»[1] y que la producción de un recuerdo es un proceso muy complejo.

Eso explica, tal vez, que la misma incomprensión se extienda a nuestra consideración de la historia. Desde sus inicios, e incluso en sus manifestaciones más elementales, la historia ha tenido, como memoria colectiva, unas funciones sociales, la más importante de las cuales ha sido, por regla general, la de legitimar el orden político y social vigente, pero también ha cumplido la de preservar las esperanzas colectivas de los que eran oprimidos por el orden establecido. Conviene rechazar la ilusión de que hubo tiempos en que la narración histórica era fabulosa, mientras que en el presente la veracidad y la objetividad definen lo que se puede considerar «histórico». Los estilos han cambiado, como lo han hecho los mitos, pero la historia sigue asociada a las concepciones sociales y a los prejuicios de los historiadores y de su público, aunque unos y otros tiendan a creer, como lo hacían los hombres del pasado, que sus mitos y sus prejuicios son verdades indiscutibles.

El cuerpo mismo de tradiciones orales de las sociedades que no conocen la escritura se elaboró para justificar y transmitir lo que se consideraba importante para ellas. Todos los elementos de esta tradición —genealogías, poemas, fórmulas rituales, proverbios...— tenían una finalidad determinada y, recíprocamente, «cada institución y cada grupo social poseen una identidad propia que se acompaña de un pasado inscrito en las representaciones colectivas de una tradición que los explica y justifica». Nada parece más objetivo que una genealogía, pero unas reglas de descendencia flexibles han sido usadas generalmente para legitimar a quienes han tomado el poder, de modo que ha podido

1. Jerome Kagan, *Three seductive ideas*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1998, p. 63.

decirse que las genealogías «constituyen el soporte de la ideología dominante». Esto resulta evidente incluso en los textos escritos más antiguos de este género, como las listas de reyes de Egipto y de Mesopotamia, que han sido manipuladas para legitimar al soberano reinante. Lo cual no es tan distinto de la invención de «genealogías nacionales», desde las viejas tradiciones que hacían, por ejemplo, a los franceses descendientes de los troyanos, hasta las más elaboradas de los historiadores modernos que, desde el romanticismo, reconstruyen la historia de las colectividades humanas de acuerdo con las conveniencias de los estados-nación actuales, que de este modo son proyectados hacia el pasado.[2]

En sus orígenes la historia tuvo en muchos casos la función de servir de testimonio de la alianza entre un pueblo y sus dioses, con la mediación de sus reyes y sacerdotes. Se laicizó entre griegos y romanos, pero volvió a interpretarse en clave religiosa con el advenimiento del cristianismo. La era feudal, en que la historia se transformó en crónica de los príncipes, y sobre todo el renacimiento, le dieron una nueva entidad civil y la ilustración le aportó una dimensión crítica, a la vez que se producía un hecho nuevo y trascendente que determinaría su importancia futura: los historiadores escribirían desde este momento para un público amplio, no sólo para príncipes, letrados y clérigos, y contribuirían a configurar este fenómeno moderno que es la aparición de la «opinión pública».[3]

Los nuevos estados nacionales, interesados en usar la enseñanza y difusión de la historia como vehículo de creación de conciencia colectiva, como alimento del patriotismo, promovieron la tarea de los intelectuales que, en su proyecto para constituir una historia de la sociedad civil que reemplazase a la vieja de los soberanos y los señores feudales, descubrieron, de paso, que los «hechos históricos», lejos de ser realidades definidas que el historiador «descubría»,[4] eran polivalentes y podían encajar en una pluralidad de interpretaciones distin-

2. J. Vansina, «La tradition orale et sa méthodologie», en *Histoire générale de l'Afrique*, I, *Méthodologie et préhistoire africaine*, Paris, Unesco, 1980, pp. 167-190; la cita textual de p. 173 y «Towards a history of lost corners in the world», en *Economic history review*, XXXV (1982), pp. 165-178. Sobre el uso de la genealogía en sociedades pastoriles para justificar derechos sobre la tierra, Caroline Humphrey, «The uses of genealogy: A historical study of the nomadic and sedentarised Buryat», en *Pastoral production and society*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979, pp. 235-260. Sobre el sentido de las genealogías medievales y los cambios que experimentaron, L. Genicot, *Les généalogies* (Typologie des sources du moyen âge occidental, fasc. 15), Turnhout, Brepols, 1975, pp. 35-44. Sobre las genealogías nacionales hay una amplia bibliografía, que va desde estudios tan interesantes como el de Colette Beaune, *Naissance de la nation France*, París, Gallimard, 1985 o el colectivo, editado por Eric J. Hobsbawm y Terence Ranger sobre «la invención de la tradición», hasta productos fundamentalistas como las «Reflexiones sobre el ser de España» de la Academia de la historia, o deleznables, como los de Juaristi.

3. Elisabeth Badinter, *Les passions intellectuelles. I. Désirs de gloire (1735-1751)*, Paris, Fayard, 1999; David Zaret, *Origins of democratic culture. Printing, petitions, and the public sphere in early-modern England*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

4. Sobre la «invención» del «hecho histórico», véase Barbara J. Shapiro, *A culture of fact. England. 1550-1720*, Ithaca, Cornell University Press, 2000, pp. 34-62.

tas. Nadie lo dijo con más clarividencia que François Guizot, en un texto que no ha recibido la atención que merecía:

«Los hechos de que se ocupa la historia no ganan ni pierden atravesando las edades; todo lo que se ha visto en estos hechos, todo lo que se podrá ver, estaba contenido en ellos desde el día en que se realizaron; pero no se dejan nunca atrapar plenamente ni penetrar en toda su extensión; tienen, por decirlo así, secretos innumerables que no se escapan de ellos más que lentamente, y cuando el hombre se encuentra en situación de reconocerlos. Y como todo cambia en el hombre y en su entorno: como el punto de vista desde el cual considera los hechos, y las disposiciones que aporta a este examen, varían incesantemente, se diría que el pasado cambia con el presente; rasgos no percibidos se revelan en los hechos antiguos; otras ideas, otros sentimientos son excitados por los mismos nombres, por los mismos relatos; y el hombre se percata con esto de que, en el espacio infinito abierto a su conocimiento, todo permanece constantemente inagotable y nuevo para su inteligencia, siempre activa y siempre limitada.»[5]

Este era el primer paso para el descubrimiento de la teoría de la «construcción social» de la historia, que formularían de modo más claro Marx y Engels, a la vez que, al analizarla en términos de luchas de clases, la llevaban más allá de la visión burguesa de las primeras historias nacionales, para integrar en ella al conjunto de la sociedad, como convenía a su proyecto revolucionario. Iniciarían con ello una nueva historia que comenzó reivindicando a los de abajo, y muy en especial a los trabajadores, esforzándose en liberarse del «estúpido montón de mentiras, disfraces hipócritas y falsas deducciones que se llama historia burguesa».[6]

Este modo de ver, que tendría su continuación en la «historia económica y social» del siglo XX, no era todavía una historia que se pudiese considerar legítimamente de todos. Si aparte de ocuparse de reyes, de gobernantes y de burgueses, hablaba también de los trabajadores, tenía poco en cuenta, en cambio, a los campesinos, menos aun a los grupos marginales y casi nada a las mujeres.[7] Y era víctima además de otra limitación. Hija de su tiempo, estaba estrechamente condicionada por las perspectivas de la cultura europea, lo que

5. François Guizot, *Histoire des origines du gouvernement representatif*, Paris, Didier, 1856, I, p. 2 (son los textos de sus cursos de 1820-1822). Un siglo más tarde Collingwood expresaría esta misma idea, derivándola en parte de Croce, con menos finura que Guizot: «Cada presente tiene un pasado propio, y toda reconstrucción imaginaria del pasado aspira a reconstruir el pasado de este presente, del presente en que se está produciendo este acto de imaginar, tal como es percibido aquí y ahora». (R. G. Collingwood, *The idea of history*, Oxford, Oxford University Press, 1993, p. 247).

6. «The dull gulf of lies, hypocrital concealments, and false deductions, which is called bourgeois history.» William Morris, «Why we celebrate the Commune of Paris», en *Commonweal*, 3, n.º 62 (19 marzo 1887), pp. 89-90, reproducido en *Political writings*, ed. Nicholas Salmon, Bristol, Thoemmes Press, 1994, pp. 232-235.

7. Como intentaré explicar al final de este libro, esto no significa sólo que no se ocupaba de estos grupos, sino, sobre todo, que no reflejaba su visión del mundo: su propia conciencia de la historia.

la llevaba a presentar el curso de la evolución de las sociedades humanas en una visión lineal en que el desarrollo económico y la tecnología se consideraban los motores esenciales de un tipo de progreso universal que conducía necesariamente a un solo y mismo punto de llegada: la civilización moderna de los europeos y de sus descendientes. Esta visión se vio reforzada por una concepción determinista de la ciencia y por la transposición de esta al terreno humano, que llevó a la búsqueda de «leyes» aplicables a la sociedad, que sólo tendrían sentido si eran válidas para el conjunto de la humanidad. El objetivo de la ciencia histórica había de ser precisamente el de llegar a un conocimiento perfecto del mundo social, como lo sostenía el anarquista francés Charles Malato, que quería una historia capaz de «deducir con precisión matemática las causas de los movimientos profundos que agitan las moléculas humanas».[8]

Esto no sólo condicionaba la interpretación del pasado, sino que creaba la ilusión de que, una vez conocidas las «leyes históricas», podríamos prever el futuro: un futuro que, de acuerdo con la experiencia del progreso, nos permitía esperar que el crecimiento económico se generalizaría al mundo subdesarrollado, y que las sociedades desarrolladas eliminarían de su seno la pobreza.

La Segunda Guerra Mundial, con la derrota del fascismo y las perspectivas de crecimiento económico indefinido que parecían abrirse a su término, reforzó estas esperanzas. Esta actitud se refleja en tres libros que influyeron en gran medida en mi generación, como son la *Apología por la historia* (1949) de Marc Bloch (1886-1944), una voz de esperanza que nos llegaba de la noche misma del fascismo, *Qué sucedió en la historia* (1942), de Gordon Childe (1892-1957), que nos explicaba la genealogía del progreso, y *¿Qué es la historia?* (1961), de Edward Hallett Carr (1892-1882), que renovaba la visión de este progreso desde una óptica avanzada que llevaba al autor a proclamar: «Declaro mi fe en el futuro de la sociedad y en el futuro de la historia».[9]

En estos años optimistas del crecimiento de posguerra la historiografía estaba dominada por corrientes que, aunque estuviesen ideológicamente enfrentadas, compartían la creencia básica en la existencia de un curso único y progresivo que marcaba el ascenso del hombre a lo largo del tiempo. Desde mediados de los años setenta, en cambio, se pudo ver que las profecías no se realizaban y que, en lugar de experimentar el crecimiento universal previsto, aparecían nuevas manifestaciones cíclicas de crisis en los países desarrollados y aumentaba cada vez más la distancia que separaba a los países ricos de los pobres. Así descubrimos que las viejas ilusiones no tenían fundamento.

La causa esencial del descrédito de la historia ha sido el hecho de que las profecías que se habían basado en esta concepción lineal del progreso hayan fallado. «Uno de los mayores peligros de sacar lecciones de la historia —se ha dicho— es que estas lecciones resultan ilusorias, o enteramente equivocadas,

8. Ian Hacking, *The taming of chance*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990; Carlos Malato, *Revolución cristiana y revolución social*, Barcelona, Atlante, *c.* 1905, p. VIII, nota.

9. De Bloch y de Childe se hablará en detalle más adelante. Sobre Carr, Jonathan Haslam, *The vices of integrity. E. H. Carr, 1892-1982*, Londres, Verso, 1999.

cuando se aplican en unas nuevas circunstancias diferentes.» Esta opinión resulta de especial interés, porque procede de un hombre que habla, no desde la teorización libresca de los profesores universitarios, sino desde la experiencia de una institución tan dedicada a tratar de modificar el curso de la historia como es la CIA.[10] Eugenio Montale lo ha dicho mejor: «Que el futuro haya de ser, ineluctablemente, mejor que el pasado y el presente es una opinión que ha atravesado indemne la ilustración, el positivismo, el historicismo idealista y el marxismo (...). La historia no lo demuestra».[11]

Los historiadores académicos reaccionaron mal ante este desencanto. En lugar de analizar críticamente su modo de operar para descubrir dónde habían fallado, se limitaron a arrinconar las interpretaciones que habían servido para construir esta prospectiva, las declararon falsas y decidieron, en consecuencia, que el conocimiento del pasado era socialmente inútil (antes de hacer un paso más y declararlo imposible). Tras lo cual procedieron a refugiarse en el círculo cerrado de sus propias tribus, dedicados a juegos de ingenio intrascendentes o a rumiar viejos problemas epistemológicos insolubles, aislándose definitivamente de una vida real en que la historia seguía transcurriendo cada día, pese a las ilusiones de quienes quisieran detenerla, y el pasado, mejor o peor conocido, marcaba las acciones cotidianas de los hombres y de las mujeres, conformaba sus expectativas y les servía de razón que justificaba actos de tanta trascendencia como el voto o la guerra.[12]

Esto sucedía al propio tiempo que aquellos a quienes habíamos definido como «subdesarrollados» descubrían la trampa que había en esta denominación, denunciaban el esquema histórico eurocéntrico en que se basaba el engaño y se proponían fundar un nuevo tipo de historia que fuese válido para todos los pueblos de la tierra y que, a la vez, realizase el proyecto frustrado de hacer que lo fuese también para todos los grupos de la sociedad: para todos los hombres y todas las mujeres.

El abandono por parte de los historiadores académicos de sus funciones como orientadores de la opinión pública se ha producido en momentos en que, paradójicamente, las propias ciencias naturales han descubierto la importancia de la dimensión histórica: «El pasado es la llave del presente —nos dice un

10. J. Kenneth McDonald, «chief historian» de la CIA, en Nick Cullather, *Secret history. The CIA's classified account of its operation in Guatemala, 1952-1954*, Stanford, Stanford University Press, 1999, p. 6.

11. Eugenio Montale, *Trentadue variazioni*, Milán, Libri Schetwiller, 1987, p. 49.

12. Un historiador de Haití ha analizado el proceso por el cual los historiadores profesionales de los países desarrollados abandonaron gradualmente la preocupación por comunicarse con el público y fueron construyendo el pasado como un mundo diferente y extraño, que sólo ellos podían habitar. Y nos ha advertido, a la vez, acerca de los límites de este juego: «A medida que las diversas crisis de nuestro tiempo remueven identidades que creíamos firmemente establecidas o que permanecían silenciosas, nos aproximamos a un tiempo en que los historiadores profesionales habrán de comprometerse más claramente con el presente, si no quieren que los políticos, los magnates o los líderes étnicos sean los que escriban la historia en su lugar». Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the past. Power and the production of history*, Boston, Beacon Press, 1995, p. 152.

biólogo. Se sigue de esto que los organismos no pueden predecir la pauta del cambio evolutivo: sólo pueden responder a las contingencias presentes. Y como todos los organismos vivos están simultáneamente y continuamente respondiendo a estas contingencias, y al hacerlo cambian el entorno para ellos y para los demás, el cambio evolutivo no puede hacer otra cosa que seguir un objetivo continuamente cambiante e inherentemente impredecible. (...) Nada en la biología tiene sentido excepto a la luz de la historia». De lo cual se deducen consecuencias importantes: «Así para los humanos, como para todos los otros organismos vivientes, el futuro es radicalmente imprevisible. Esto significa que tenemos la capacidad de construir nuestro propio futuro, pero en circunstancias que no podemos escoger».[13]

Volver la espalda a la historia en estos momentos es una actitud suicida. Lo queramos o no, la historia está presente en nuestro alrededor y es una de las fuentes más eficaces de convicción, de formación de opinión en materias relativas a la sociedad. Las legitimaciones históricas están tras una gran parte de los conflictos políticos actuales, y no sólo de los conflictos entre países, pueblos y etnias, sino de los que se producen en el interior mismo de las sociedades de cada país (el racismo, por ejemplo, tiene mucho más que ver con la historia que con la biología).

No podemos despreocuparnos de la función social de la historia, porque lo que nos estamos jugando es demasiado trascendental. Y si bien es verdad que los viejos métodos nos han fallado y que la confusión ecléctica que ha venido a reemplazarlos nos sirve de poco, nuestra respuesta no puede ser la de abandonar el campo, sino la de esforzarnos en recuperar unos fundamentos teóricos y metodológicos sólidos, que hagan posible que nuestro trabajo pueda volver a ponernos en contacto con los problemas reales de los hombres y mujeres de nuestro mundo. Y que nos han de llevar, de paso, a reemprender el proyecto, hasta hoy no realizado, de construir una historia de todos, capaz de combatir con las armas de la razón los prejuicios y la irracionalidad que dominan en nuestras sociedades. Una historia que nos devuelva la voluntad de planear y construir el futuro, ahora que sabemos que es necesario participar activamente en la tarea, porque no está determinada y depende de nosotros.

François Jacob ha dicho: «Somos una terrible mezcla de ácidos nucleicos y de recuerdos, de deseos y de proteínas. El siglo que acaba se ha ocupado mucho de ácidos nucleicos y proteínas. El que llega se centrará en los recuerdos y los deseos. ¿Sabrá resolver estas cuestiones?».[14] Que lo consiga o no dependerá en buena medida de los historiadores, que son los únicos que pueden ocuparse de la ciencia de los recuerdos, si consiguen estar a la altura de la tarea, si dejan a un lado las estériles liturgias académicas y se ponen a crear las nuevas herramientas teóricas que se necesitan para analizar los problemas de

13. Steven Rose, *Lifelines. Biology beyond determinism*, New York, Oxford University Press, 1998, p. 309. Palabras que evocan las que casi ciento cincuenta años antes había dicho Marx desde el terreno de la historia.

14. François Jacob, *El ratón, la mosca y el hombre*, Barcelona, Crítica, 1998, p. 195.

una realidad que no encaja en los viejos esquemas en que se educaron y que no tiene nada que ver con los sortilegios verbales con que se ha pretendido reemplazarlos.

Unas palabras finales acerca de este libro. En su origen está *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, que se escribió pronto hará veinte años. Hacía mucho que quería mejorarlo y corregirlo, no sólo porque en estos años he aprendido lo suficiente para enriquecer su base erudita, sino porque, entre tanto, el mundo ha cambiado y lo han hecho también nuestras perspectivas. Al intentar esta revisión descubrí que tenía que hacer un libro enteramente nuevo, que conservaría muy poco del viejo. La intención de éste es semejante a la del anterior, pero su contenido es diferente y sus propuestas intentan plantear los problemas de nuevo, con una perspectiva que corresponda a este presente incierto en que vivimos.

Conviene que se entienda, sin embargo, que no he escrito este libro, que va contra la corriente de las modas de este tiempo, para mantener vivas ideas del pasado, sino para ayudar a construir las del futuro. Su título, *La historia de los hombres* expresa el punto de partida; su aspiración es ayudar a la construcción de lo que un día habrá de llamarse, más propiamente, *La historia de todos.*

JOSEP FONTANA

1. LOS ORÍGENES: LA HISTORIOGRAFÍA DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

Todas las comunidades humanas que duran en el tiempo construyen una historia que rememora los hechos y las victorias de sus antepasados y que desempeña la función de una genealogía colectiva. Los mitos históricos nacen justamente de las incertidumbres e inseguridades de los primeros estadios de esta historia. En los pueblos que no conocen la escritura, o que la utilizan de forma limitada, la transmisión de este pasado compartido se realiza sobre todo a través de una épica oral: los poemas africanos dan noticia de los viejos imperios y de sus héroes; los de los vikingos, de los reyes y sus grandes navegaciones.[1]

Las primeras representaciones de intención histórica que conservamos son las que figuraban en los templos y monumentos de las civilizaciones del mundo antiguo. Las inscripciones reales del Oriente Próximo y del Egipto faraónico no sólo estaban destinadas a perpetuar el recuerdo de los soberanos, sino también a desempeñar una función de adoctrinamiento colectivo: la de recordar los fundamentos religiosos y profanos del sistema social vigente, identificado con el orden mismo del cosmos (el mito del diluvio, fuera o no sugerido por inundaciones históricas, se encuentra normalmente en sociedades que compartían el hecho de basar su economía en la regulación social del aprovechamiento de los ríos), y el papel del monarca como defensor de las vidas de sus súbditos, como lo muestran las escenas de triunfos militares contra enemigos foráneos, donde nunca falta la representación de los vencidos, normalmente de tamaño menor que los vencedores, para reforzar el sentido de su inferioridad (se dice que el griego Mikon fue castigado por haber representado a los persas tan grandes como los griegos en una pintura de la batalla de Maratón). La victoria de los griegos sobre los persas, por ejemplo, fue conmemorada mucho más a través de la erección de monumentos que por los textos escritos, lo que era lógico en una sociedad donde la capacidad de leer era muy limitada, y donde las inscripciones estaban reservadas sobre todo a la perpetuación de las leyes. En otro sentido, la colocación en el foro romano de una secuencia de

1. J. W. Johnson, T. A. Hale and S. Belcher, *Oral epics from Africa*, Bloomington, Indiana University Press, 1997; R. I. Page, *Chronicles of the Vikings*, Londres, British Museum Press, 1995; Carol Meyers en Michael D. Coogan, ed., *The Oxford history of the biblical world*, New York, Oxford University Press, 1998, p. 269.

estatuas de grandes hombres, ordenadas temporalmente, pretendía mostrar la continuidad natural de la historia de Roma desde Eneas hasta el imperio, idea que habría de venir reforzada por el *Index rerum gestarum* de Augusto, unas tablas de bronce con la relación de sus conquistas, que habían de ser expuestas ante su mausoleo y que eran también una especie de mapa del imperio.[2] Esta misma función desempeñaban las representaciones figuradas públicas de los mayas, que «explicaban la historia tal y como los reyes y los nobles deseaban que la entendieran sus súbditos».[3]

Los inicios de la historia escrita están ligados a la justificación del estado monárquico por el doble camino de señalar su origen sagrado e identificarlo con el pasado de la comunidad. Los textos históricos más antiguos que se conocen son las listas y las crónicas de los reyes, como las que los sacerdotes sumerios guardaban en los templos, donde se explicaba cómo la realeza bajó de los cielos en una primera etapa de reyes divinos, seguida, después del diluvio, por una segunda etapa de soberanos sobrehumanos —como Gilgamesh, quinto rey de Uruk, «dos tercios de dios y un tercio de hombre», de quien los poetas cantarían las proezas sobrenaturales— hasta enlazar con los soberanos coetáneos. Estos textos, el más importante de los cuales es la «Crónica de la monarquía una» (también llamada «lista sumeria de los reyes»), presentaban una sucesión continua de soberanos únicos para una época en que en realidad existían diversas ciudades-estado independientes, cada una de las cuales tenía su propia dinastía. Esto se había conseguido mezclando diversas series de monarcas locales, a fin de hacer arrancar de un pasado remoto la existencia de un reino unificado, que habría visto simplemente cómo su capital pasaba de una ciudad a otra, hasta llegar sin solución de continuidad a los gobernantes que habían mandado elaborar la lista. Con esta construcción histórica se podía conseguir «la justificación mítica del mundo en sus formas actuales».[4]

2. Edmond Sollberger, *The Babylonian Legend of the Flood*, Londres, British Museum, 1971/3; Sarah P. Morris, *Daidalos and the origins of Greek art*, Princeton, Princeton University Press, 1995, pp. 368 y 288-295. Si examinamos las inscripciones griegas veremos que, en contraste con las pocas que relatan acontecimientos históricos, como el mármol de Paros y la «crónica de Lindos», predominan los textos legales (Jean-Marie Bertrand, *Inscriptions historiques grecques*, París, Les Belles Lettres, 1992). N. A. Maschin, *El principado de Augusto*, Madrid, Akal, 1978, pp. 310-315; sobre las «Res gestae» de Augusto, Claude Nicolet, *L'invention du monde. Géographie et politique aux origines de l'Empire romain*, París, Hachette, 1996, pp. 28-39. También la columna de Trajano, erigida para conmemorar las guerras dacias, ha sido calificada como un «documento político» (Lino Rossi, *Trajan's Column and the Dacian Wars*, Londres, Thames and Hudson, 1971).

3. Linda Schele and David Freidel, *A forest of kings. The untold story of the Ancient Maya*, New York, William Morrow and Co., 1990 (cita de p. 55); Gordon Brotherson, *La América indígena en su literatura: los libros del cuarto mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 173-203. Se ha podido así llegar a la elaboración de una crónica de los reyes mayas con sus historias individuales (Simon Martin y Nikolai Grube, *Chronicle of the Maya kings and queens*, Londres, Thames and Hudson, 2000).

4. Jean-Jacques Glassner, *Chroniques mesopotamiennes*, París, Les Belles Lettres, 1993 (sobre la «Crónica de la monarquía una», pp. 69-87); Jean Bottéro, *L'épopée de Gilgamés*, París, Gallimard, 1992; *Poema de Gilgamesh*, ed. de F. Lara, Madrid, Tecnos, 1997/3; John Van Seters,

En todas las civilizaciones de las que conservamos testimonios escritos hallamos textos históricos. En el mundo mesopotámico existe toda una serie de ellos, como las denominadas *Crónicas de Babilonia*, que se suponen derivadas de los diarios sacerdotales en los que se anotaban los sucesos astronómicos y meteorológicos más destacados, a los cuales se añadían noticias sobre los precios del mercado, sobre el nivel de las aguas de los ríos o sobre diversas cuestiones de interés. También hay unos anales asirios, la *Historia sincrónica* que relaciona los sucesos acaecidos en Asiria y en Babilonia durante los largos siglos que existieron separadamente y que ha sido comparada con el *Libro de los reyes* de la Biblia. Esta tradición se mantuvo al menos hasta la época helenística, con los escribas incorporando a los reyes caldeos, persas y griegos en las viejas listas unificadas. A esta misma tradición historiográfica pertenecen las inscripciones reales —la idea de que «el rey necesitaba de una inscripción que hiciera constar al menos su nombre y sus títulos» data del siglo veintisiete antes de Cristo y continúa sin interrupción hasta el período helenístico— como las de la Persia aqueménida, redactadas a menudo en más de una lengua, como reflejo de la estructura plural del imperio. La más importante de éstas es, seguramente, la de Darío I en Bisotun o Behistán, escrita en persa antiguo, babilonio y elamita, que nos da los títulos y la genealogía de Darío I, describe los pueblos que tiene sometidos y narra sus campañas victoriosas como vencedor de once revueltas distintas. La historiografía hitita era del mismo estilo y se limitaba a textos narrativos «oficiales»: anales encargados por diversos reyes para recordar sus conquistas y algunos textos biográficos; nada, sin embargo, que se parezca a la historiografía del mundo clásico greco-romano.[5]

In search of history. Historiography in the ancient world and the origins of biblical history, New Haven, Yale University Press, 1983; Mario Liverani, *El antiguo oriente. Historia, sociedad y economía*, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 118-122, 159-161 (una cita de p. 160). Sobre el contexto histórico y los problemas de interpretación de esta documentación, Amélie Kuhrt, *The ancient Near East, c. 3000-330 BC*, Londres, Routledge, 1997, 2 vols.

5. G. P. Verbrugghe and J. M. Wickersham, *Berossos and Manetho introduced and translated*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1996. Sobre la inscripción de Bisotun o Behistan, Pierre Lecoq, *Les inscriptions de la Perse achémenide*, Paris, Gallimard, 1997, pp. 83-96, con la traducción completa en pp. 187-217. La cita sobre la continuidad de las inscripciones, de Marc Van de Mieroop, *Cuneiform texts and the writing of history*, Londres, Routledge, 1999, p. 40. Herbert Butterfield, *The origins of history*, Londres, Eyre Methuen, 1981, pp. 23-79; William W. Hallo, *Origins. The ancient Near Eastern background of some modern Western institutions*, Leiden, Brill, 1996, pp. 139-143; A. K. Grayson, «Histories and historians of the Ancient Near East: Assyria and Babylonia», en *Orientalia*, 49 (1980), pp. 140-194. Sobre la historiografía hitita sigo la opinión de Trevor Bryce, *The kingdom of the hittites*, Oxford, Clarendon Press, 1998, pp. 424-425, contra la valoración hiperbólica de Annelise Kammenhuber, «Die hethitische Geschichtschreibung», en *Saeculum*, IX (1958), pp. 136-155. Un análisis de los textos históricos hititas con fragmentos traducidos en Alberto Bernabé y Juan Antonio Álvarez-Pedosa, *Historia y leyes de los hititas. Textos del Imperio antiguo. El código*, Madrid, Akal, 2000. No me corresponde examinar aquí el valor de estas fuentes historiográficas ni las dificultades que tenemos para conocer con ellas la «historia desde abajo». Sobre esto, Van de Mieroop, pp. 86-105 («History from below») y 138-160 («Gender and Mesopotamian history») o Susan Pollock, *Ancient Mesopotamia*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 218-219.

La historia y el mito están también indisolublemente unidos en el antiguo Egipto, en un proceso que iría desde la analistica de la piedra de Palermo (*c.* 2350 a.C.) hasta las listas de reyes posteriores, como la del papiro de Turín, que introduce en los tiempos predinásticos un conjunto de dioses y soberanos míticos. Se habría producido así una «mitologización» de la historia, destinada a la legitimación del soberano como intermediario entre los dioses y los hombres. Un objetivo aun más inmediatamente politico es el de las inscripciones, acompañadas de representaciones gráficas que hacían accesible el contenido a un público que no sabía leer, como los denominados *Anales de Tutmosis III* (1490-1436 a.C.), que glorifican al faraón como defensor ante los invasores extranjeros, o las inscripciones de Ramsés II en el templo de Karnak y en el Ramesseum, que presentan como una gran victoria sobre los hititas lo que en realidad fue una paz firmada en pie de igualdad.

También tienen una finalidad politica, dirigida a un público más restringido —el que era capaz de leer—, algunas de la obras literarias egipcias más conocidas, como la famosa historia de Sinuhé, las *Advertencias de un sabio egipcio* y, especialmente, las *Profecías de Neferty*, que denuncian los males de la subversión social en contraste con la paz que garantiza un soberano fuerte. Estas supuestas profecías hechas a Esnofru —un faraón de la cuarta dinastía que vivió seis o siete siglos antes del tiempo en que en realidad se escribía el texto— anticipaban una época de calamidades en que los pobres se enriquecerían y los ricos tendrían que mendigar, en que «los ríos de Egipto estarían secos» y el sol apenas luciría, hasta que llegase un rey del sur, de nombre Ameni, que reuniría las dos coronas. Entonces «las gentes de su reino se alegrarán y el hombre bien nacido repetirá su nombre para siempre». Que la profecía fuera fabricada *a posteriori* para legitimar a un usurpador como Amenemeres I, fundador de la XII dinastía, se puede considerar anecdótico. Lo realmente importante es que todos estos textos corresponden a una idea legitimadora de la monarquía: la suposición de que en los momentos en que falta una autoridad central vigorosa, el desorden se difunde por la sociedad y llega incluso a la propia naturaleza. A este mismo planteamiento responde la visión histórica que Heródoto escuchó de los sacerdotes egipcios y que sostenía que antes de que existiera una monarquía centralizada, Egipto era un «terreno pantanoso». Hoy sabemos que esto era falso: no hubo este pasado diluvial-pantanoso premonárquico, sino que el sistema de canales de riego surgió más de la iniciativa local de los campesinos que de la gestión estatal, preocupada sobre todo por obras como las pirámides, cuyo objeto parece haber sido sobre todo la movilización de la fuerza de trabajo a fin de crear una disciplina colectiva.[6]

6. Barry J. Kemp, *El antiguo Egipto. Anatomía de una civilización*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 29-43; Kurt Mendelssohn, *The riddle of the pyramids*, Londres, Thames and Hudson, 1986/2, pp. 152-153 y 196-200; John Baines, «Ancient Egyptian concepts and uses of the past: 3rd to 2nd millenium BC evidence», en R. Layton, ed., *Who needs the past? Indigenous values and archaeology*, Londres, Routledge, 1994, pp. 131-149; Verbrugghe and Wickerham, *Berossos and Manetho*, pp. 95-120; Manetón, *Historia de Egipto*, Madrid, Alianza, 1993;

Estas tradiciones historiográficas del Próximo Oriente, a las cuales es necesario añadir la de Israel, se han desarrollado en un mundo de elementos culturales compartidos, que conforma también el substrato de la cultura de la Grecia clásica.[7] Existen, sin embargo, otras tradiciones independientes, como la de China, donde la historia tenía un carácter didáctico y moralizador, que tiene su mayor representante en Sima Qian (145-85 a.C.), un funcionario de la corte (encargado de hacer los cálculos astronómicos para la regulación del calendario y, a la vez, de registrar los sucesos del estado), que fue condenado a la castración por haber defendido a un general en desgracia. Continuando un trabajo iniciado por su padre, Sima Qian escribió la que se considera la mayor obra de la historiografía china: el *Shiji* o *Memorias históricas*, una especie de historia universal que arranca en los orígenes míticos y concluye hacia el año 100 a.C., y que está dividida en cinco secciones: los «anales básicos», las «tablas cronológicas», los «tratados», las «casas hereditarias» y las «biografías». El libro, que unificaba en un relato ordenado un grupo entero de fuentes relativas a diversos estados independientes con cronologías propias, se convertiría en un modelo duradero en su país —donde la mayoría de las historias posteriores serían obras oficiales que respetaban el «principio de ocultación apropiada»— pero que no ejerció influencia fuera de él.[8]

Nuestra ignorancia de las tradiciones historiográficas orientales deriva en buena medida de la actitud de los colonizadores europeos, interesados en negar la existencia de una historia propia de estos pueblos, para justificar mejor su dominación, que era la que debía conducirlos a la corriente del progreso y, por lo tanto, a la historia propiamente dicha. James Mill escribía en 1818 que

W. L. Moran, *The Amarna Letters*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1992. Los textos literarios en *Textes sacrés et textes profanes de l'ancienne Egypte*, edición de Claire Lalouette, Paris, Gallimard/Unesco, 1984-1987, 2 vols. y R. B. Parkinson, ed., *The tale of Sinuhe and other ancient Egyptian poems, 1940-1640 B. C.*, Oxford, Clarendon Press, 1997.

7. Thomas L. Thompson, *The Bible in history. How writers create a past*, Londres, Jonathan Cape, 1999, afirma que no deben confundirse los libros del Antiguo testamento con un relato histórico. En el mismo sentido, por cuanto se refiere en concreto al libro del Éxodo, A. Redmount (en Michael D. Coogan, ed., *The Oxford history of the biblical world*, New York, Oxford University Press, 1998, p. 119). No parece que sea tan simple, por lo menos para períodos posteriores, como se ve en el libro de Van Setters citado anteriormente o en los trabajos de Momigliano sobre las influencias recibidas por la historiografía de Israel, como los reunidos en Arnaldo Momigliano, *Páginas hebraicas*, Madrid, Mondadori, 1990.

8. W. G. Beasley and E. G. Pulleyblank, eds., *Historians of China and Japan*, Londres, Oxford University Press, 1961. Pulleyblank sostiene que la de China es, junto a la europea de origen grecorromano y a la islámica, una de las tres grandes tradiciones históricas, «única por el volumen de su producción y por su continuidad». Cito un trabajo incluido en este volumen (Lien-Sheng Yang, «The organization of Chinese official historiography», pp. 44-59). Sima Qian, *La fundació de l'imperi xinès*, edición de Dolors Folch, Barcelona, Empúries, 1991. Un intento de análisis comparativo en el «Theme issue 35» de *History and theory*, 35 (1996), n.º 3: A. Schneider and S. Weigelin-Schwiedrzik, eds., *Chinese historiography in comparative perspective*. Grant Hardy, *Worlds of bronze and bamboo. Sima Qian's conquest of history*, New York, Columbia University Press, 1999, valora el Shiji como una obra diferente, y de algún modo superior, a la historiografía clásica europea.

no había composiciones históricas en la literatura de los hindúes «porque no habían alcanzado el punto de madurez intelectual en el que se comienza a entender el valor de registrar el pasado como guía para el futuro» (se negaba a aceptar que la sociedad india hubiera escogido su propia manera de registrar el pasado en genealogías, biografías de reyes, crónicas de dinastías y de familias dirigentes, etc.). Hegel añadiría que una civilización de tres mil años, como la de la India, «que no ha sido capaz de escribir su propia historia es incapaz de evolucionar culturalmente». Era evidente que los indios necesitaban tutela para salir de ese estancamiento.[9]

En el caso de la historiografía griega, que la cultura europea considera como un inicio absoluto y universal, es preciso tener en cuenta que surgió en un contexto político muy distinto al de las monarquías de Oriente, como era el de las pequeñas ciudades-estado oligárquicas y mercantiles, nacidas de la derrota de las antiguas monarquías locales y que se forjaron posteriormente en la lucha contra el imperio persa. Era lógico, por tanto, que sus crónicas se preocuparan menos de las genealogías de los reyes y más de los acontecimientos concernientes a los ciudadanos.

Esta nueva visión tiene sus raíces en el cambio de conciencia política que se produjo en algunas ciudades-estado con la difusión de una economía monetaria, desde el siglo VII, y con la ruptura del equilibrio social existente en perjuicio de la vieja aristocracia terrateniente y a favor de los sectores más ligados a la actividad marítima y al comercio (los tratos comerciales y la política democrática se desarrollaban de forma conjunta en el ágora). Así, las monarquías dieron paso a las tiranías —en una época que vería la aparición de las primeras teorías científicas y de las convenciones del arte arcaico— y, finalmente, a las revoluciones, que permitieron establecer regímenes democráticos, como pasó en Atenas hacia el año 600 a.C. (democráticos, en el sentido limitado en que los griegos entendían este término: en la Atenas del siglo IV a.C. tenían derechos políticos unos 30.000 hombres, dentro de una población de 150.000 habitantes, con al menos 30.000 esclavos que eran tratados con una brutalidad sistemática).

Pero los historiadores y dramaturgos griegos que, después de las guerras contra Persia, habían elaborado la imagen del bárbaro y la contraposición entre la libertad griega y el despotismo asiático simplificaron demasiado la realidad. La historia de Grecia era mucho más compleja y contradictoria de lo que

9. La cita de Hegel es de *La razón en la historia* (que uso en la traducción francesa publicada en Paris per Union Générale d'Editions, 1965, p. 25). Romila Thapar, *Time as a metaphor of history: early India*, Delhi, Oxford University Press, 1996, y «La quête d'une tradition historique. L'Inde ancienne», en *Annales*, 53, n.º 2 (marzo-abril 1998), pp. 347-359. Los ingleses escribieron la historia de la India como una parte de la propia historia británica. Este tema, al que volveré más adelante, ha sido espléndidamente analizado por Ranajit Guha en «Dominance without hegemony and its historiography», en *Subaltern studies*, VI, Delhi, Oxford Unviersity Press, 1989, pp. 210-309 —de donde saco la cita de James Mill, p. 286. Un buen análisis de las formas de historia indias precoloniales se encontrará en Daud Ali, ed., *Invoking the past: the uses of history in South Asia*, New Delhi, Oxford University Press, 1999, especialmente en la parte tercera del volumen.

pensaban: estaba más ligada a ese ámbito del Próximo Oriente de lo que querían admitir, y no se manifestaba como un ascenso continuado hacia el apogeo clásico, sino que estaba constituida por un conjunto de etapas variadas y distintas que tenían características propias. La evolución de la cultura griega y de la polis se había iniciado mil años antes del esplendor de la Atenas de Pericles. Mientras que aquello que acostumbramos a llamar «el mundo griego» corresponde a menos de dos siglos, y los acontecimientos centrales que nos relatan Heródoto, Tucídides y Jenofonte —es decir, «la historia griega» por excelencia— abarcan poco más de 130 años. La historiografía, al igual que otras manifestaciones del «genio griego», debe contemplarse dentro de «las estrategias deliberadas de los atenienses, dirigidas a distinguirse del resto de estados griegos y del poderoso Oriente» (mientras que la aceptación de su visión por parte de la Europa moderna es en gran medida consecuencia de su propio «espíritu colonizador», al cual convenía esta identificación con una Grecia inventada contra los bárbaros).[10]

Lo que da un carácter nuevo y original al tipo de historia que comenzará a elaborarse en Grecia en el siglo V a.C. es que no se trata meramente de una crónica de acontecimientos del pasado, sino de una investigación «histórica» de hechos que tienen que ver con el presente. Esta historia ha nacido en la encrucijada de las influencias de tres tradiciones diferentes. Por un lado, la de la poesía épica, y en concreto la de los dos grandes poemas históricos de Homero. El método expositivo de los historiadores griegos, con una narración de

10. Robin Osborne, *La formación de Grecia, 1200-479 a.C.*, Barcelona, Crítica, 1998; Jean-Claude Poursat, *La Grèce préclassique*, París, Seuil, 1995 (citas de las pp. 7 y 149-151); Ian Morris «An archaeology of equalities? The Greek city-states», en Deborah L. Nichols and Thomas H. Charlton, eds., *The archaeology of city-states. Cross-cultural approaches*, Washington, Smithsonian Institution Press, 1997, pp. 91-105; Josiah Ober, *The Athenian revolution. Essays on ancient greek democracy and political theory*, Princeton, Princeton University Press, 1996; Sitta von Reden, *Exchange in Ancient Greece*, Londres, Duckworth, 1995; Sarah P. Morris, *Daidalos and the origins of Greek art*, (una cita de p. 386); M. L. West, *Early Greek philosophy and the Orient*, Oxford, Clarendon Press, 1971; Arnaldo Momigliano, «Eastern elements in post-exilic Jewish, and Greek, historiography», en *Essays in ancient and modern historiography*, Oxford, Basil Blackwell, 1977, pp. 25-35; M. L. West, *The East face of Helicon. West asiatic elements in Greek poetry and myth*, Oxford, Clarendon Press, 1997; Edith Hall, *Inventing the barbarian*, Oxford, Clarendon Press, 1989; Christian Meier, *The political art of greek tragedy*, Cambridge, Polity Press, 1993; Christopher Pelling, ed., *Greek tragedy and the historian*, Oxford, Clarendon Press, 1997; M. Bernal, *Atenea negra. I: La invención de la antigua Grecia, 1785-1985*, Barcelona, Crítica, 1993 y *II: The archaeological and documentary evidence*, Londres, Free Association, 1991 (las críticas a Bernal, en especial por parte de Mary Lefkowitz, han dado lugar a un debate complejo); D. T. Potts, *Mesopotamian civilization. The material foundations*, Londres, Athlone Press, 1997, pp. 276-301; K. J. Dover, ed., *Perceptions of the ancient Greeks*, Oxford, Blackwell, 1992; Carmine Ampolo, *Storie greche. La formazione della moderna storiografia sugli antichi Greci*, Torino, Einaudi, 1997; Luciano Canfora, «L'inizio della storia secondo i greci», en *La storiografia greca*, Milán, Bruno Mondadori, 1999, pp. 26-43. Recientemente Peter Hunt, en *Slaves, warfare and ideology in the greek historians*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, ha mostrado el espíritu elitista de unos historiadores griegos que habían falseado la realidad del esclavismo.

sucesos en que los discursos directos de los protagonistas se emplean para crear «un sentido de viva inmediatez», son los mismos que se utilizan en los poemas homéricos: la historia se entiende como una forma de recreación literaria y no documental (los documentos escritos, además, hubieran resultado insuficientes). La publicación en 1992 de unos fragmentos del poema que Simónides dedicó a la batalla de Platea, y que parecen haber influido en Heródoto, muestra la relación que existe entre la poesía y unos textos históricos en prosa de los que se hacían lecturas públicas fragmentarias, de manera que estaban más destinados a ser escuchados que leídos. La segunda influencia de la cual surge el nombre mismo del género, es la de los primeros filósofos jonios. La palabra «historia» deriva de un verbo que significa «explorar, descubrir» y se refiere a una práctica de investigación sistemática que los pensadores jonios habían aplicado, un siglo antes de Heródoto y de Tucídides, al estudio de la naturaleza (de donde procede la idea de una «historia natural», como la «historia *animalium*» de Aristóteles). La tercera, finalmente, es la tradición de los «logógrafos» de Asia Menor, que recogieron la información de los cuadernos en que los marinos anotaban no sólo los puertos, sino también los pueblos de las costas mediterráneas, añadiendo observaciones sobre sus costumbres y sobre la historia local. El más destacado de estos logógrafos fue Hecateo de Mileto (*c.* 560-480 a.C.), que escribió una descripción de la tierra y una genealogía o mitografía, de las que sólo se conservan fragmentos citados por otros escritores. Sabemos que se propuso analizar racionalmente los mitos del pasado, «porque las tradiciones de los griegos son muy diversas y, en mi opinión, ridículas», pero lo hizo de manera elemental y primaria (estaba convencido, por otro lado, de que su familia descendía de un dios). No sería hasta el siglo V a.C. cuando se produciría el florecimiento, casi simultáneo, de Heródoto y de Tucídides, con los cuales la historiografía griega, paradójicamente, nacerá y alcanzará su punto culminante a la vez.[11]

11. Buenas introducciones al estudio de la historiografía griega: Michael Grant, *Greek and Roman historians. Information and misinformation*, Londres, Routledge, 1995; T. J. Luce, *The Greek historians*, Londres, Routledge, 1997 (cita de las pp. 2-7); Arnaldo Momigliano, *La historiografía griega*, Barcelona, Crítica, 1984; Simon Hornblower, ed., *Greek historiography*, Oxford, Clarendon Press, 1994; Santo Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, Roma, Laterza, 1983, 3 vols.; Philippe Brunet, *La naissance de la littérature dans la Grèce ancienne*, París, Livrairie Générale Française, 1997; Gerald A. Press, *The development of the idea of history in antiquity*, Kingston, McGill-Queen's University Press, 1982; Klaus Meister, *La storiografía greca*, Roma, Laterza, 2000. Al libro de Canfora, *La storiografía greca*, citado antes, que es una compilación de trabajos monográficos, hay que añadirle las interesantes precisiones de *Prima lezione di storia greca* (Roma, Laterza, 2000), del mismo autor. Tomo algunas ideas esenciales de Claude Baurain, *Les grecs et la Mediterranée orientale*, Paris, P. U. F., 1997, pp. 537-544. Sobre mitografía, teogonía, genealogía e historia, Fritz Graf, *Greek mithology. An introduction*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1993, pp. 121-141 y Timothy Gantz, *Early Greek myth. A guide to literary and artistic sources*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1993. Hay una interesante compilación de los prefacios y textos «teóricos» de los historiadores griegos y romanos, en versión bilingüe, en François Hartog y Michel Casevitz, *L'histoire d'Homère à Augustin. Préfaces des historiens et textes sur l'histoire*, París, Seuil, 1999.

Heródoto de Halicarnaso (*c.* 485-*c.* 424 a.C.) nació en una ciudad de Asia Menor que estaba entonces bajo el dominio de los persas. Su *Historia*, una denominación que aparece por primera vez como título de una obra, comienza con esta declaración de propósitos: «esta es la exposición de los resultados de las investigaciones de Heródoto de Halicarnaso para evitar que con el tiempo los actos humanos permanezcan en el olvido». Era la obra más extensa que hasta entonces se hubiera escrito —debía ocupar unos treinta rollos de papiro, con una longitud total de un centenar de metros— y estaba concebida sobre todo para leerla en público y en voz alta. Su propósito central era relatar los enfrentamientos entre los griegos y Persia, desde la revuelta de Jonia hasta la expedición de Jerjes (entre el 500 y el 480 a.C.), cuando los griegos consiguieron derrotar un ejército y una flota persas muy superiores: unos acontecimientos de los que Heródoto conservaba recuerdos personales, puesto que su ciudad natal se vio implicada en la lucha, y que relata con una gran precisión —si dejamos a un lado la exageración en las cifras de los combatientes y de las naves de los persas—, basándose a menudo en testimonios orales. Sin embargo, antes de llegar a la descripción del conflicto, y esto es lo que lo emparenta especialmente con los logógrafos, la *Historia* nos ofrece una descripción del mundo conocido por los griegos, basada en los conocimientos adquiridos en los viajes que Heródoto había realizado a Egipto, Fenicia o el Mar Negro, y en las conversaciones con viajeros que habían ido incluso más allá. Sus descripciones de países y costumbres son vivas e inteligentes. Cuando explica lo que le han contado, lo hace con prudencia, ofreciendo las distintas versiones existentes, en caso de haber más de una, a fin de escoger la más razonable, y racionaliza a menudo los hechos maravillosos. La investigación arqueológica de las últimas décadas ha reivindicado el valor de muchas de las informaciones que nos da, contra las acusaciones tradicionales de credulidad. Pese a proclamar que no quiere hablar de «cuestiones divinas», no faltan en su obra atribuciones a la providencia y una especial atención a las profecías de los oráculos, al lado de descripciones detalladas y respetuosas de las creencias y el ritual de otros pueblos. La contraposición del despotismo oriental y la democracia griega que aparece como base del sentido de colectividad que da a los ciudadanos la voluntad de resistir ante los agresores externos, hay que entenderla en relación a la estabilidad de unas instituciones conocidas y aceptadas —lo que es contrario a la arbitrariedad del déspota— más que en relación con la libertad individual tal y como hoy la entendemos, y vale tanto para la Atenas democrática como para el régimen despótico, pero sometido a leyes, de Esparta. Hoy valoramos en Heródoto la amplitud de una concepción que incluye en la historia la totalidad de la actividad humana, su preocupación antropológica y su interés por la cultura de otros pueblos, que llevó a Creuzer a contrastar en 1798 a un Heródoto «historiador de la humanidad» con un Tucídides localista, y que explica que Murray nos diga hoy que Heródoto «es más moderno que ningún otro historiador antiguo en su aproximación al ideal de una historia total». De algún modo, sin embargo, esta valoración resulta anacrónica, ya que Heródoto está a medio camino entre Hecateo, cuya obra cita en

diversas ocasiones, y el tipo de historia más política que se llevará a cabo a partir de Tucídides, de una naturaleza muy distinta y, nos guste o no, más «moderna».[12]

El ateniense Tucídides (*c.* 460-*c.* 400 a.C.), era unos veinticinco años más joven que Heródoto y pertenecía a una rica familia aristocrática de origen tracio. En 431, al iniciarse la guerra entre Atenas y Esparta, que duraría hasta 404, comenzó a escribir su historia, que dejaría, inacabada, en el libro octavo, en que narra los acontecimientos del verano del año 411. Fue elegido general en 424 y las biografías tradicionales dicen que fracasó en su intento por evitar la caída de Amfípolis, por lo que se le condenó a vivir en el exilio durante veinte años; pudo así viajar y contrastar las circunstancias de la guerra vistas desde la óptica del otro bando. Luciano Canfora, sin embargo, ha sugerido una interpretación muy diferente de la vida de Tucídides, en la que se le presenta implicado en un fracasado golpe de estado oligárquico que se produjo en Atenas en 411. No sabemos cuándo murió exactamente, ni si eso sucedió en Atenas

12. Los principales textos de Heródoto que se han usado aquí son I, proemio (definición de la obra), 140 (conocimiento de los persas), II, 3-4 (conversaciones con los sacerdotes egipcios), 65 (sobre las «cuestiones divinas»), III, 9, 85-87, 169 y ss. IV, 5-15, VI, 51-55, etc. (selección de la versión más lógica entre las distintas que se han recibido), IV, 59-82 (descripción de los escitas), V, 78 i 92, VIII, 143, etc. (elogio de la democracia y denigración de la tiranía), VI, 111-117 (descripción objetiva de la batalla de Maratón), VI, 137 (una de las citas de Hecateo) y IX, 62 (inferioridad del armamento persa). Se han utilizado W. W. How y J. Wells, *A Commentary on Herodotus*, Oxford, Clarendon Press, 1967 (la edición original es de 1912), 2 vols. (I, pp. 24-27, 32-33, 46, 325, sobre los posibles viajes de Heródoto a las regiones pónticas, 411-414, sobre los viajes a Egipto, etc.); Friedrich Creuzer, *Erodoto e Tucidide*, Palermo, Sellerio, 1994 (ed. original 1798); Charles W. Fornara, *Herodotus. An interpretative essay*, Oxford, Clarendon Press,1971; John Hart, *Herodotus and Greek history*, Londres, Croom Helm, 1982 (con un buen esquema biográfico en pp. 158-180); Pascal Payen, *Les îles nomades. Conquerir et résister dans l'Enquête d'Herodote*, París, EHESS, 1997 (que hace una original valoración de la estructura y el sentido de la obra «que ha molestado siempre a la "tribu de los historiadores", antiguos y modernos»); K. H. Waters, *Heródoto el historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996 (pp. 138-150 sobre sus errores y fallos); J. A. S. Evans, *Herodotus explorer of the past. Three essays*, Princeton, Princeton University Press, 1991 (sobre el uso de fuentes orales, pp. 89-146), y, sobre todo, Donald Lateiner, *The historical method of Herodotus*, Toronto, University of Toronto Press, 1989 (sobre su método crítico, pp. 59-108; sobre las ideas políticas, el «debate constitucional» y la isonomía, pp. 163-186; las citas de Hecateo por Heródoto, p. 104, etc.). Sobre sus ideas religiosas, John Gould, «Herodotus on religion», en Hornblower, *Greek historiography*, pp. 91-106. Sobre la fiabilidad de sus descripciones de los monumentos egipcios, A. B. Lloyd, «Herodotus on Egyptian buildings. A test case», en A. Powell, ed., *The Greek world*, Londres, Routledge, 1995, pp. 273-300. Respecto de los pueblos asiáticos, Neal Ascherson, *Black Sea*, Londres, Jonathan Cape, 1995, *passim*. Esenciales para su revalorización han sido Francois Hartog, *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, París, Gallimard, 1980 y A. D. Momigliano, «El lugar de Heródoto en la historia de la historiografía», en *La historiografía griega*, pp. 134-150. Paulo Butti de Lima, en *L'inchiesta e la prova. Immagine storiografica, pratica giudiziaria e retorica nella Grecia classica*, Torino, Einaudi, 1996, relaciona las formas en que Heródoto y Tucídides manifiestan la veracidad de lo que escriben con la práctica de los juicios en Atenas, en que no había una investigación y acusación públicas, sino que los miembros del jurado popular habían de decidir sobre la credibilidad de los testimonios presentados. Heródoto reflejaría esta práctica con su exposición de versiones diversas en que escoge la más verosímil; Tucídides se habría limitado a hacerlo en la parte programática con que inicia su obra.

o en Tracia, donde estaban las minas de las que provenía su fortuna. Su *Historia de la guerra del Peloponeso* (título que se le adjudicó posteriormente) es un libro muy distinto al de Heródoto, ya que se concentra en el presente y en los asuntos internos de los griegos (y muestra, por otro lado, mucho menos entusiasmo por las instituciones de la democracia de Atenas). El primer libro contiene una explicación del método empleado y una «arqueología» o reseña de la historia de Grecia hasta las guerras médicas (destinada a demostrar que todas las guerras anteriores, como la de Troya, fueron mucho menos importantes que la que se dispone a relatar, ya que los recursos disponibles para realizarlas eran menos abundantes en el pasado) y acaba con un estudio de las causas del conflicto entre Atenas y Esparta. Desde el segundo libro hasta el quinto nos narra la historia de la guerra año por año hasta la paz de Nicias, y del quinto al final, los tiempos de una paz inestable y la expedición a Sicilia, hasta el retorno a las hostilidades en 411. Entre sus limitaciones cabe destacar la estrechez de miras de su visión localista frente al universalismo de Heródoto y el hecho de que se ciña a los tiempos más inmediatos. Entre sus virtudes, la pretensión de exactitud —que le lleva a decir: «en lo que respecta a los sucesos que tuvieron lugar en la guerra no me ha parecido oportuno escribirlos enterándome por cualquiera, ni siquiera guiándome por mi opinión, sino que he relatado las cosas en las que estuve presente o sobre las cuales he interrogado a otros con toda la exactitud posible»—, el carácter laico de sus explicaciones, de las cuales se ha eliminado cualquier atribución a la providencia y, sobre todo, su «realismo» político, que le lleva a exponer, poniéndola en boca de los protagonistas, la convicción de que el éxito de la guerra depende de los recursos económicos acumulados (en afirmaciones que atribuye a Pericles) o la lógica del imperialismo, expresada crudamente por los atenienses en la conferencia de Melos, donde sostienen que «la cuestión de la justicia se plantea entre dos fuerzas iguales; en caso contrario, los más poderosos hacen lo que les permiten sus fuerzas y los más débiles ceden». Este realismo llega al máximo en los libros sexto y séptimo (el séptimo sería, según Macaulay, «el *non plus ultra* del arte humano»), donde relata la trágica expedición de los atenienses a Sicilia y denuncia las incompetencias y las traiciones que llevaron a un desastre final, narrado con una innegable grandeza.

Lo que, visto desde la concepción actual de la historia, nos parecen virtudes y defectos de Tucídides, hay que tratar de comprenderlo desde otra perspectiva, la de su tiempo, que consideraba la historia como un instrumento de análisis de la realidad vivida. El tiempo reciente era, por un lado, el único en que el historiador podía usar su condición de testimonio presencial —«autopsia»— como criterio de veracidad, pero también aquél en que se planteaban los problemas que importaban realmente a sus lectores. La historiografía greco-latina es fundamentalmente «historia contemporánea», pese a que esto nos haya sido ocultado por la pérdida de la parte más «moderna» de los textos, como sucede con las obras de Polibio, Tito Livio o Tácito.

Esta es tal vez una de las razones que explican por qué fue Tucídides, y no Heródoto, el historiador que los griegos tomaron como modelo a seguir, «y las

opciones que había tomado fueron aceptadas como leyes». Son otras en cambio las razones de su éxito «moderno»: en el siglo XIX Tucídides resultaba la lectura ideal para unas sociedades imperialistas a las que ofrecía la legitimación del uso de la fuerza sobre los más débiles en nombre de las leyes de la naturaleza humana, que podían enmascararse, si convenía, con las presuntas necesidades de la civilización.[13]

El más conocido de los diversos continuadores de Tucídides es Jenofonte (*c.* 430-*c.* 356 a.C.), que escribió acerca de las más diversas materias, pero que tiene un interés limitado como historiador. Nacido en Atenas, de una familia distinguida, fue discípulo de Sócrates y participó en los últimos momentos de la guerra del Peloponeso, luchando en la caballería. Era de ideas políticas conservadoras y, como no se sentía a gusto en una Atenas que había vuelto a la democracia, abandonó Grecia en 401 a.C. para unirse, junto a un grupo de soldados sin ocupación, al ejército de mercenarios que iba a luchar a favor de Ciro el Joven, que disputaba el trono de Persia a su hermano mayor Artajerjes II. El pretendiente murió muy pronto y la *Anábasis*, el relato que Jenofonte hizo de la larga y difícil retirada de los diez mil mercenarios, que regresaron a su país al cabo de un año y tres meses, se convirtió en su obra más famosa, y una de las más leídas de la antigüedad. Se trata de una narración vivida, de una aventura en que el autor tiene la virtud, según ha dicho Italo Calvino, de no ocultarnos que está « al frente de una horda de saqueadores en tierra extranjera y que la razón no está de su parte sino de la de los bárbaros invadidos». Siguió luchando como mercenario en otras campañas al servicio de los espartanos, mientras los atenienses lo desterraban y confiscaban sus bienes; sólo al final de su vida, habiéndose revocado su exilio, pudo volver a su ciudad natal. En la biografía que le dedica Diógenes Laercio se dice que Jenofonte era un hombre excelente, aficionado a los caballos y a la caza —dos temas a los que dedicó

13. Simon Hornblower, *Thucydides*, Londres, Duckworth, 1987; «Narratology and narrative techniques in Thucydides», en Hornblower, ed., *Greek historiography*, pp. 131-166, y *A commentary on Thucydides I: Books I-III*, Oxford, Clarendon Press, 1991 y *II: Books IV-V.24*, *id.*, 1996. Luciano Canfora, *Tucidide l'oligarca imperfetto*, Roma, Riuniti, 1988 (cita de p.115) y Gregory Crane, *The blinded eye. Thucydides and the new written word*, Lanham, Rowman and Littlefield, 1996; Dennis Proctor, *The experience of Thucydides*, Warminster, Aris & Phillips, c. 1980. Sobre sus ideas políticas, Jennifer Tolbert Roberts, *Athens on trial. The antidemocratic tradition in western thought*, Princeton, Princeton University Press, 1994, pp. 54-58 y *passim*. Las citas de la *Historia de la guerra del Peloponeso* corresponden a I 1-9 («arqueología» de las guerras), I 20-22 (sobre su método, con unas consideraciones acerca de los discursos que Hornblower —*A commentary*, I, p. 59— considera excepcionales por su realismo), I 76 (imperialismo), I 141 (la guerra, según Pericles), V 84-114 (la conferencia de Melos) y VII 72-86 (el desastre de Sicilia). Sobre el falseamiento de los hechos por parte de Tucídides, Santo Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, I, pp. 247 y 253-257. La evolución de la fortuna de Tucídides como maestro de historiadores en Momigliano, «Historiography on written tradition and historiography on oral tradition», en *Studies in Historiography*, pp. 211-220. Sobre la historia como «historia contemporanea», John Marincola, *Authority and tradition in ancient historiography*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, capítulo II, «The historian's inquiry». La reinterpretación biográfica citada en Luciano Canfora, *Il mistero Tucidide*, Milán, Adelphi, 1999.

sendos tratados—, hábil en la táctica, «piadoso, amigo de los sacrificios y experto en interpretar los augurios de las víctimas, que hizo de Sócrates su modelo exacto». Se ha conservado de él una obra muy extensa —lo que se explica porque sus libros se usaron desde la época romana para el aprendizaje de la lengua griega— que ha tenido una influencia desproporcionada en relación a su mérito. La *Ciropedia*, que algunos calificaron como la «primera novela histórica», interesó mucho a los gobernantes europeos de la época del absolutismo por lo que tenía de reflexión sobre la naturaleza del poder y sobre su técnica, ya que Jenofonte argumenta que «gobernar a los hombres no ha de figurar entre las cosas imposibles ni difíciles, si se sabe hacer». El *Económico* es una rara y estimable fuente sobre la vida económica y social de Atenas, y en especial sobre la gestión doméstica, sobre la familia y sobre el matrimonio (aspecto que influyó en Luis Vives).

Sin embargo, su obra propiamente histórica, las *Helénicas*, en que pretende continuar a Tucídides —el libro comienza diciendo simplemente «Algunos días después de aquello...», con el propósito de enlazar de esta manera con el final de la obra de su predecesor— y relata los acontecimientos que tuvieron lugar entre 411 y 362 a.C., es poco estimada y se ha comparado desfavorablemente con los escasos fragmentos que se conservan de otra continuación de Tucídides, la del llamado historiador de Oxirrinco (por el lugar de Egipto en el que se descubrió el primer fragmento de su obra). Mientras la primera parte de las *Helénicas* se ocupa de los años finales de la guerra del Peloponeso, el resto nos habla de una época turbulenta que vio el ascenso y la caída de Esparta para acabar con la batalla de Mantinea y con una afirmación harto significativa: «No obstante, hubo aun más confusión y desorden en Grecia después de la batalla que antes».[14]

Eran tiempos de crisis que conducirían a muchos sectores de la sociedad griega al rechazo de las formas democráticas y a un conjunto de reflexiones sobre las diversas «constituciones» griegas,[15] de las que nacería la ciencia política, junto a los grandes intentos de generalización que representan obras como *La política* de Aristóteles (384-322 a.C.) y *La república* y *Las leyes* de

14. Los estudios básicos que se han utilizado son: John Dillery, *Xenophon and the history of his times*, Londres, Routledge, 1995; Sara B. Pomeroy, *Xenophon Oeconomicus. A social and historical commentary*, Oxford, Clarendon, 1995: James Tatum, *Xenophon's imperial fiction. On «The education of Cyrus»*, Princeton, Princeton University Press, 1989, y Santo Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, 343-390 (sobre las *Helénicas*, I, pp. 343-364; sobre el historiador de Oxirrinco, pp. 346-349). Las citas son de *Ciropedia*, I, y 1, 3; Diógenes Laercio, *Vidas de filósofos*, II, 56 y *Helénicas*, VII, 5, 27. La frase de Italo Calvino procede de su introducción a la edición bilingüe de la *Anábasis*, Milán, Rizzoli, 1989/5, p. 9. Sobre la identificación del historiador de Oxyrrinco con Teopompo, Momigliano, *La historiografía griega*, pp. 168-194. Según Canfora (*Il mistero Tucidide*, p. 84) los libros I y II de las *Helénicas*, que se ocupan de los años 410-404, serían en realidad una copia de los borradores dejados por Tucídides (también Canfora, «L'esordio delle *Elleniche* en *La storiografia greca*, pp. 165-184).

15. Como la «Constitución de Atenes» del «viejo oligarca», un texto antidemocrático erróneamente atribuido a Jenofonte, la «Constitución de Ateas» atribuida a Aristóteles (pero obra posiblemente de un discípulo) y la «Constitución de los espartanos» de Jenofonte.

Platón (427-347 a.C.)—donde se elabora la tipología de las formas de gobierno que más adelante desarrollará Polibio— y, en una segunda etapa, con la obra de los sofistas, que introducirán una visión más objetiva de la realidad social —condenada por Platón con el argumento de que «no enseñan más que los mismos principios que el vulgo expresa en sus reuniones»—, como Trasímaco (*c.* 460-400 a.C.), que sostenía que la justicia no es otra cosa que el interés de los más fuertes codificado en leyes: «lo que es justo es igual en todas partes: la conveniencia del más fuerte». Hombres cuya obra no puede reducirse al uso de la retórica, sino que «fueron, sin proponérselo, los filósofos de la historia de su época».[16]

La historiografía griega de los dos siglos que van de Jenofonte a Polibio puede decirse que nos es desconocida, ya que sus textos se han perdido y no queda sino «un campo de ruinas» formado por fragmentos citados por autores posteriores (los publicados por Jacoby pertenecen a 856 historiadores diferentes). De estos historiadores perdidos conocemos poco más que las opiniones que los autores del pasado nos han dejado sobre la calidad de algunos de ellos, como los dos grandes discípulos del retórico Isócrates, Éforo (*c.* 405-330 a.C.), que escribió una obra en treinta libros que Polibio consideraba como la primera visión universal de la historia, y Teopompo de Quíos (nacido *c.* 380), que escribió *Hellenica*, continuando el relato de Tucídides, y *Philippica*, donde narraba los hechos de Filipo II de Macedonia (359-336), un libro lleno de digresiones, insólito por el hecho de que critica duramente las costumbres y la conducta del padre de Alejandro Magno, y que muchos consideran que debía ser la más interesante de las obras históricas perdidas de esta época. De carácter muy distinto era el siciliano Timeo (*c.* 350-260 a.C.), el más importante de los historiadores griegos de occidente, que se caracterizaba por su afán de erudición —Polibio lo despreciaba como rata de biblioteca obsesionada por el detalle e incapaz de mirar al mundo y de ocuparse de los grandes problemas— y que estableció el cómputo cronológico por olimpiadas. Para completar el cuadro hay que añadir el conjunto de los cronistas de Alejandro (Calístenes, Anaxímenes, Aristóbulo, Tolomeo, etc.) y las obras de la llamada «historia trágica», que acentuaba los efectos dramáticos de la narración y recurría a las fábulas y a los elementos maravillosos para conquistar a un público lector más extenso.[17]

El primer gran nombre que aparece después de este período es el de Polibio (*c.* 208-*c.* 118 a.C.), que escribió sobre Roma y para los romanos, pese a que

16. Las citas sobre los sofistas son de Platón, *República*, 493 a) y 339 a) y de Mario Untersteiner, *I sofisti*, Milán, Bruno Mondadori, 1996, p. 574.

17. Sobre los historiadores de este periodo —de los que tenemos poco más que los fragmentos publicados por F. Jacoby en *Die Fragmente der griechischen Historiker* (Berlín, 1923-1958)—, Klaus Meister, *La storiografía greca*, que dedica la mayor parte de su libro a «La historiografía griega en la edad helenística (*c.* 330-30 a.C.)»; Michael Attyah Flower, *Theopompus of Chios. History and rethoric in the fourth century B. C.*, Oxford, Clarendon Press, 1997; Santo Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, I, pp. 331-472, Luce, *Greek historians*, pp. 105-122; Canfora, «Tra Cratippo e Teopompo», en *La storiografía greca*, pp. 223-262 (y «*Pathos* e storiografia "drammatica"», *id.* pp. 44-60). Acerca de los historiadoes de Alejandro, A. B. Bosworth,

lo hiciera en lengua griega. Nacido en Megalópolis, y miembro de una rica familia, luchó como hiparca o jefe de caballería con la Confederación aquea en 170, hasta que, después de la derrota de Perseo en el Pydna, cuando se hundió el poder macedonio, fue uno de los mil rehenes deportados a Roma. Entabló amistad con el joven Escipión Emiliano, se convirtió en su consejero y lo acompañó a España, a la Galia y a África, de manera que estaba junto a él en los momentos de la destrucción de Cartago. Su familiaridad con los dirigentes y con la política de Roma le proporcionó una experiencia que completó viajando, con el fin de visitar los campos de batalla y de interrogar a los supervivientes de los hechos que quería relatar, a la vez que consultaba documentos epigráficos o de archivo.

La obra fundamental de Polibio es su *Historia*, de cuyos cuarenta libros se conservan los cinco primeros completos, largos extractos del VI al XVIII y fragmentos de otros. Su propósito era escribir una especie de historia universal que acabara explicando «el cómo, cuándo y porqué de la sujeción de todas las partes conocidas del mundo al dominio de los romanos». Esto le llevaría, en primer lugar, a considerar el problema de la causalidad. Si establecer las causas de acontecimientos concretos y limitados, como una guerra determinada, era una tarea que había estado habitualmente al alcance de los historiadores —y él mismo nos propone un método para investigar las causas de las guerras—, la ambición de «poner en claro de una manera universal y sintética la marcha de los acontecimientos», como quería hacer en su obra, le obligaba a considerar globalmente el problema de las formas de gobierno —o sea, de las «constituciones»—, en relación con el éxito de Roma. Esto le llevaría a un estudio de estas formas que transportaba a la historia los esquemas del análisis político de Platón y de Aristóteles, que identificaban tres formas que correspondían a la monarquía (gobierno de uno), la aristocracia (gobierno de unos cuantos) y la democracia (gobierno de todos), con sus correspondientes degeneraciones de tiranía, oligarquía y oclocracia. Polibio situaría estos elementos en un esquema de evolución histórica cíclica, la anaciclosis, que explicaría el paso de unas a otras por causas sociales razonadas, a las que sería necesario añadir, además, un elemento de azar que podía alterar la regularidad evolutiva.

Polibio tiene para el lector moderno el interés que le da su conciencia de la naturaleza de la tarea del historiador, definida en un programa de historia «pragmática» que implica tres componentes, que son también tres etapas del trabajo: 1) estudio de los documentos, con el fin de establecer los hecho con veracidad, 2) investigación sobre el terreno («autopsia»), para estudiar el escenario donde ha sucedido aquello que se relata (una condición esencial para explicar las batallas) y 3) conocimiento directo de las prácticas políticas, sin el cual resultan poco inteligibles los acontecimientos. La finalidad de este método es ir más allá de la simple narración de los hechos, hacia el establecimiento de las causas,

Conquest and empire. The reign of Alexander the Great, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pp. 295-300. Sobre la retórica, G. A. Kennedy, *A new history of classical rethoric*, Princeton, Princeton University Press, 1994, pp. 81-102. Pierre Cabanes, *Le monde hellenistique, de la mort d'Alexandre à la paix d'Apamée*, Paris, Seuil, 1995, pp. 176-180.

que es lo que hace útil la historia, «porque es cuando consideramos las analogías con nuestras circunstancias cuando obtenemos los medios y las bases para calcular el futuro y para aprender del pasado lo que necesitamos cuando hemos de actuar en el presente con mayor precaución o con más audacia».[18]

Después de Polibio entramos, ya en tiempo de la dominación romana, en una cultura donde se mezcla el compromiso con Roma con la nostalgia desligada del presente y destinada a expresar, con un lenguaje de estudiada y arcaica pureza, los grandes hechos de un pasado glorioso, que era todo lo que los romanos les habían dejado a los griegos como propio. Es la cultura de Diodoro de Sicilia, que vivió en el s. I a.C., autor de una *Biblioteca histórica* que relataba los acontecimientos «universales» —comenzaba con un primer libro dedicado a Egipto y un segundo a Asia— desde los tiempos mitológicos hasta el 60 a.C., y que nos interesa sobre todo por los textos perdidos que cita. O de Dionisio de Halicarnaso, también del siglo I a.C., autor de una *Historia antigua de Roma* de la cual sobreviven los once primeros libros y algunos fragmentos de los nueve restantes, que tenía como uno de sus propósitos fundamentales el de proponer unos orígenes griegos para Roma (a la vez que sostenía que la grandeza de esta era única, muy por encima de todos los imperios conocidos, lo que la ponía fuera del alcance de las reglas de la anaciclosis, que la habrían condenado a una futura decadencia). Dionisio presenta su libro como una mezcla de los diversos géneros de historia existentes «a fin de satisfacer tanto a los que se dedican a los debates políticos como a los que se interesan por la especulación filosófica, e incluso a todos aquellos que busquen un pasatiempo tranquilo en sus lecturas de historia».[19]

18. Estos párrafos se han redactado a partir de una lectura detenida de Polibio, desarrolada más ampliamente en «Lectura de Polibio por y para un profano», en *Homenaje a Marcelo Vigil Pascual*, Salamanca, Universidad, 1989, pp. 291-301. Las citas textuales de la obra son de III, 1, 2; I, 4, 2; XII, 25e, 1; y XII, 25b, 2-3. He utilitzado sobre todo F. W. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius*, en la reedición de New York, Oxford University Press, 1999, 3 vols. (especialmente la introducción, I, pp. 1-37) y Paul Pedech, *La méthode historique de Polybe*, París, Les Belles Lettres, 1964. Complementariamente, Domenico Musti, *Polibio e l'imperialismo romano*, Nápoles, Liguori, 1978; Isaac Casaubon, *Polibio*, Palermo, Sellerio, 1991; Arnaldo Momigliano, «The Historian's skin» y «Polybius Reappearance in Western Europe», en *Essays in Ancient and Modern Historiography*, pp. 67-77 y 79-98, y «Polybius and Posidonius», en *Alien Wisdom. The Limits of Hellenization*, Cambridge, Cambridge University Press, 1975, pp. 22-49; Peter Derow, «Historical explanation: Polybius and his predecessors», en Hornblower, ed., *Greek historiography*, pp. 73-90; Bruno Gentili y Giovanni Cerri, *La teoria del discorso storico nel pensiero greco e la storiografia romana arcaica*, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1975, p. 44. Sobre la exactitud de sus informaciones, Serge Lancel, *Aníbal*, Barcelona, Crítica, 1997, pp. 38-40. Sobre la anaciclosis, G. W. Trompf, *The idea of historical recurrence in western thought*, Berkeley, University of California Press, 1979, pp. 4-115, matizándolo con Walbank, I, 16-26 (sobre el concepto de «tyche») y con Pedech, pp. 308-317. Ignorado en la edad media, Polibio fue redescubierto en la Florencia del Renacimiento y ejerció una gran influencia en Leonardo Bruni y en Maquiavelo.

19. Sobre Diodoro, Jesús Lens Tuero, ed., *Estudios sobre Diodoro de Sicilia*, Granada, Universidad de Granada, 1994; Kenneth S. Sachs, «Diodorus and his sources: conformity and creativity» en Hornblower, ed., *Greek historiography*, pp. 213-232; Meister, *La storiografía greca*, pp. 205-218; la introducción de Jesús Lens a la edición en curso de la *Biblioteca histórica*,

En tiempos posteriores hallamos un conjunto de autores que han escrito en griego, pero que pertenecen plenamente al mundo romano (tanto Arriano como Plutarco, por ejemplo, tuvieron cargos políticos del imperio). Algunos nos importan porque se ocupan de ámbitos poco conocidos, como Arriano (*c.* 86-160), autor de una *Anábasis de Alejandro* que tiene un interés especial por su libro final sobre la India, donde utiliza fuentes perdidas, en especial el relato del viaje de circumnavegación de Nearco desde el sur de la India al Tigris, o como el judío Flavio Josefo (37-*c.* 95), sacerdote y colaborador de los romanos, autor de una *Guerra de los judíos*, escrita primero en arameo y vertida después al griego por el mismo autor, y de una ambiciosa síntesis, *Antigüedades judías* (o *Arqueología judía*), donde se explica la historia del pueblo judío desde la creación (siguiendo en la primera parte el relato de la Biblia) hasta el inicio de la revuelta del año 66. Una obra en cierto modo paradójica, ya que la escribe en honor del pueblo judío un hombre que era considerado un traidor por la conducta cobarde que había mostrado en ocasión de la guerra contra los romanos.[20]

Una obra que ha tenido una gran influencia posterior sobre la cultura europea ha sido la de Plutarco (*c.* 46-120), que, además de una serie de tratados de las más diversas cuestiones, compilados en los volúmenes llamados habitualmente *Moralia*, nos dejó una ambiciosa serie de vidas comparadas de estadistas y militares griegos y romanos, las *Vidas paralelas*, de las cuales se conservan 50 biografías (23 «parejas» —por ejemplo, las vidas de Alejandro y César o de Demóstenes y Cicerón— y cuatro sueltas). La obra de Plutarco, donde se retrata a los personajes al margen de su contexto, nos parece hoy de escaso interés histórico, excepto como fuente de informaciones puntuales procedentes de sus inmensas lecturas (menciona unos 250 escritores griegos, a 80 de los cuales sólo los conocemos por sus citas) o recogidas personalmente, pero reproducidas con poco sentido crítico. Plutarco fue siempre un autor muy leído, lo que explica que hayamos conservado

Madrid, Ediciones clásicas, 1995 y Canfora, «Il fine della storiografia secondo Diodoro», en *La storiografía greca*, pp. 263-276; sobre Dionisio, la traducción de *Historia antigua de Roma*, Madrid, Gredos, 1984-1988, 2 vols., (citas de 1, 3 y 1, 8, 3), con una introducción de Domingo Plácido, y, sobre todo, Emilio Gabba, *Dionysius and the History of archaic Rome*, Berkeley, University of California Press, 1991.

20. Sobre Arriano he utilizado los estudios introductorios a las ediciones de la *Anábasis* de Antonio Bravo García (Madrid, Gredos, 1982, 2 vols.) y de P. A. Brunt (Londres, Loeb, 1976, 2 vols.) y los apéndices a ésta. Sobre Flavio Josefo, Henry St. John Thackeray, *Flavius Josèphe. L'homme et l'historien*, París, Editions du Cerf, 2000 (actualizado por Etienne Nolet, que tiene un interés especial por su apéndice sobre la versión en antiguo eslavo de la *Guerra de los judíos*), Mireille Hadas-Lebel, *Flavius Josephus*, Londres, Macmillan, 1993 y Donald H. Akenson, *Saint Saul*, New York, Oxford University Press, 2000, pp. 79 y 267-269. Uno de los motivos de interés por Flavio Josefo ha sido el hecho de que mencione a los cristianos en la *Guerra de los judíos* (lo que ha dado lugar a largas discusiones en torno al texto, distinto, que conserva la versión en antiguo eslavo) y que incluso hable de la muerte y resurrección de Jesús (*Antigüedades judías*, XVIII, 63-64), pero hoy se admite que en este fragmento hay alguna interpolación cristiana posterior. Es interesante el relato que hace en el libro XIX de la muerte de Caligula, basandose en fuentes hoy perdidas (Flavius Josephus, *Death of an emperor*, traducción y comentarios de T. P. Wiseman, Exeter, University of Exeter Press, 1991).

tantas obras suyas. Las traducciones hechas durante el Renacimiento lo convirtieron en una de las fuentes esenciales de conocimiento de la antigüedad, ampliamente utilizado por Montaigne, Shakespeare o Rousseau.[21]

Al lado de éstos, sin embargo, coexistían una serie de historiadores retóricos que se limitaban a realizar copias acartonadas de los viejos modelos, a los que criticaría de forma sangrienta Luciano (120-180) en *Del modo de escribir historia*, donde se burlaba de quienes reproducían literalmente las expresiones de Tucídides, vinieran o no a cuento, del cirujano que se creía apto para escribir historia por el hecho de que «Esculapio era hijo de Apolo y Apolo era el jefe de las musas» o del cultivador de la «ecfrasis» que dedicaba un libro entero a describir el escudo del emperador con todo lujo de detalles sobre lo que en él había representado. Tras estas sátiras, nos advierte Canfora, en el libro de Luciano hay una defensa de la objetividad contra la historiografía servil de su tiempo y una clara actitud antirromana.[22]

La historia en lengua griega no desaparecería entonces, sino que rebrotaría en los siglos III y IV, bajo la influencia de lo que se ha denominado «la segunda sofística», con autores como Herodiano (s. III), «el historiador de la crisis», o Eunapio de Sardes (*c.* 345-420), que despreciaba la cronología diciendo: «¿Qué contribución pueden hacer las fechas a la sabiduría de Sócrates o a la sagacidad de Temístocles? ¿Es que tal vez estos hombres sólo eran extraordinarios en verano?». Más importante es Dión Cassio (*c.* 160-*p.* 229), que tuvo una carrera política «respetable pero no distinguida» hasta los últimos años de su vida, cuando alcanzó cargos importantes, tal vez por influencia del senado. Su *Historia romana* en ochenta libros, que iba desde la llegada de Eneas a Italia hasta el año 229 (aunque sólo describe superficialmente los sucesos de los años 222 a 229 «a causa de que estuve poco tiempo en Roma») la escribió antes de su ascenso, mientras residía en Roma y podía contemplar con seguridad los altibajos de la política del imperio. Él mismo explica que pasó diez años reuniendo materiales y leyendo todo lo que se había escrito. Desgraciadamente Dión cae en los vicios de la retórica, que le llevan a dejar de lado los detalles concretos para ofrecernos descripciones tópicas. De esta obra nos ha llegado intacta aproximadamente una tercera parte —los libros 36 a 60, que se refieren al periodo que va desde el 69 a.C. al 46 de nuestra Era—, con un conjunto de fragmentos de los primeros 35 libros y resúmenes de los veinte últimos.[23]

21. Tras haber sido menospreciado como un autor menor en el siglo XIX, el interés por Plutarco se ha renovado en el XX. Una reivindicación de su valía como historiador en Judith Mossman, ed., *Plutarch and his intellectual world*, Londres, Duckworth, 1997.

22. Luciano, *De la manera de escribir la historia*, citas de 15-19. Recuérdese además su *Historia verdadera*, una sátira de determinadas formas de narración novelada que influían también en esta literatura histórica degradada. Canfora, Luciano, *Come si scrive la storia*, en *La storiografia greca*, pp. 290-326.

23. Sobre la historia de la «segunda sofística», Graham Anderson, *The second sophistic*, Londres, Routledge, 1993, pp. 105-114 (tomo la cita de Eunapio de la p. 109). Sobre Herodiano, Canfora, «Erodiano storico della crisi», en *La storiografia greca*, pp. 327-341. Para Dión Cassio he utilizado la edición de E. Cary, *Dio's Roman history*, Cambridge, Mass, Harvard University Press

La historiografía en lengua latina nació hacia el siglo II a.C. Pese a que los sacerdotes se encargaban de mantener un registro de los acontecimientos del año en las denominadas «crónicas pontificias», reunidas posteriormente en los *annales maximi*, que daban una trama de referencias cronológicas de nombramientos de cónsules y de otros funcionarios, de celebraciones y acontecimientos notables, la historia escrita empezó de forma diferente, con la voluntad de no parecerse a la analística sacerdotal, como podemos ver en los escasos fragmentos que se han conservado de Fabio Pictor (el primero que habría escrito un relato en prosa de la historia de Roma, pero que lo hizo en lengua griega) o de los *Orígenes*, de Catón el Viejo (234-149 a.C.), que sería el primero que escribió historia en latín. Pero aunque de la mayor parte de las obras de los primeros siglos de la historiografía latina se conserve poco más que el nombre y el recuerdo, sabemos que carecían del aliento y la profundidad de los viejos modelos griegos y que no satisfacían las necesidades de la sociedad romana. En *Del orador* Cicerón (106-43 a.C.) se queja de la poca entidad de esta historiografía y establece un balance de sus deficiencias y un programa para su renovación: «la naturaleza de las cosas exige el orden de los tiempos, la descripción de las regiones; quiere incluso que (...) en los hechos acaecidos se declare no sólo lo que se ha hecho o dicho, sino también de qué forma, y, al hablar de los resultados, que se expliquen todas las causas, sean éstos producto del azar, del ingenio, o de la temeridad; y, en lo que se refiere a los personajes, no sólo las acciones llevadas a cabo por ellos, sino también la vida y forma de ser de todos los que destaquen en fama y buen nombre».[24]

Poco después de que se escribieran estas palabras, y en un período de ciento cincuenta años, desarrollaron su obra los nombres más grandes de la historiografía romana: Salustio, Tito Livio y Tácito. Tres nombres a los que podrían unirse, por razones literarias, el de Julio César, pese a que su obra sea de un interés histórico mucho menor, y el de Curcio, autor de la *Historia de Alejandro Magno*. Los *Comentarios* de Julio César (100-44 a.C.) sobre la «guerra de las Galias» y sobre la «guerra civil» contra Pompeyo son textos literariamente

(Loeb Classical Library), 1970-1989, 9 vols., el excelente estudio introductorio de M. L. Freybürger y J. M. Roddaz a su traducción de *Histoire romaine. Livres 50 et 51*, Paris, Les Belles Lettres (G. Budé), 1991 y, sobre todo, Fergus Millar, *A study of Cassius Dio*, Oxford, Oxford University Press, 1999 (ed. original, 1964). Millar, que analiza minuciosamente la obra, nos dice que Dión no era un Polibio. Escribía sin un enfoque histórico preciso, con la única pretensión de narrar, y no fue capaz de ver «los procesos históricos fundamentales de su tiempo», lo que le lleva a concluir que «el resultado es decepcionante» (p. 171).

24. Una excelente síntesis de la historiografía romana es la de Ronald Mellor, *The Roman historians*, Londres, Routledge, 1999; sobre los orígenes, pp. 6-29. Además, T. P. Wiseman, «The origins of Roman historiography» en *Historiography and imagination. Eight essays on Roman culture*, Exeter, University of Exeter Press, 1994, pp. 1-22; Cicerón, *Del orador*, II, 15, 63 (según Wiseman, sin embargo, Cicerón no hacía justicia a los primeros historiadores romanos). Bruce W. Frier, *Libri annales Pontificum Maximorum: The origins of the annalistic tradition*, Ann Arbor, The Univesity of Michigan Press, 1999/2, rebaja considerablemente la importancia de las fuentes analísticas y sostiene que lo que se conocería como «Annales Maximi» es el resultado de una edición hecha en tiempos de Augusto.

valiosos, que interesan al historiador como fuente de información sobre la forma de llevar a cabo una campaña militar —dejando a un lado las distorsiones y mentiras que sabemos que contienen, y el hecho que disimulan la brutalidad de sus campañas—, pero no son importantes desde el punto de vista del desarrollo de la historiografía de su tiempo.[25]

Todo lo contrario sucede con Salustio (86-*c.* 35 a.C.), de quien se puede decir que es el auténtico fundador de la nueva historia romana: de un género que se escribe, como lo hacían los grandes historiadores griegos, para defender puntos de vista políticos y sociales, en su caso los del enfrentamiento a la supremacía política de la aristocracia senatorial, para favorecer el paso de la república al imperio. Salustio era partidario y aliado de César, que lo nombró gobernador de una provincia de África del Norte, pero tuvo que retirarse de la política a los cuarenta y un años, acusado de corrupción y con una gran fortuna. Su primera obra, y la más famosa, trataba un asunto contemporáneo como era *La conjuración de Catilina*. Salustio sostenía en ella que la corrupción de la república —con unos políticos que «luchaban todos por el poder, mientras aparentaban buscar el bien público»— era la causa de la crisis social, de manera que se entendía que Catilina hubiera hallado cómplices «en una ciudad tan grande y corrompida». La explicación no debía ser tan sencilla, ya que más adelante hubo de reconocer que «la plebe al completo apoyaba» a los conjurados y que, pese a las incitaciones del senado, no hubo nadie que «revelara nada sobre la conjura ni que desertara del campo de Catilina: tanta era la virulencia del mal que, como una infección, había contagiado el ánimo de muchos ciudadanos». Lo que Salustio pretendía con esta obra era denunciar el peligro que representaba la crisis social de la república, preparando el camino para la solución pacificadora que ofrecería a los romanos, a cambio de la libertad, el imperio, gracias al cual, como diría más adelante Horacio, «no hay que temer ni las conmociones públicas ni la muerte violenta».

La segunda obra de Salustio, *La guerra de Yugurta*, se refería a sucesos anteriores, pero tenía también como objeto esencial atacar a la aristocracia senatorial que, corrompida en este caso por el oro de Yugurta —quien «estaba firmemente convencido de que en Roma todo se vendía»—, traicionó los intereses del pueblo romano, sin más oposición que la del tribuno de la plebe, quien recordaría con esta acción que, desde la muerte de los Graco, la aristocracia había recortado los derechos de los ciudadanos. Sabemos poco, en cambio, de la gran obra que emprendió después, y que quedó inconclusa: unas *His-*

25. La bibliografía sobre César es inmensa. Conviene destacar la biografía de Luciano Canfora, *Giulio Cesare. Il dittatore democratico*, Roma, Laterza, 1999, en especial per su análisis de César escritor (pp. 389-399) donde se estudian sus obras, se señala la existencia de un diario del estado mayor que le ha servido de fuente y se explica la génesis del «A corpus cesariano». Sobre la enigmática persona de Quinto Curcio Rufo, un historiador del siglo primero que no ha podido ser identificado, y sobre su *Historia*, que es la única vida de Alejandro escrita en latín, Elizabeth Baynham, *Alexander the Great. The unique history of Quintus Curtius*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1998.

torias que explicaban la evolución de Roma desde el 78 al 67 a.C., de las que sólo conservamos una serie de fragmentos.[26]

Tito Livio (59 a.C.-17 d.C.) sería el primero de los historiadores del Imperio. Nacido en Padua, fue a Roma para escribir su gran *Historia de Roma desde su fundación, («Ab urbe condita»)*, que había de relatar los hechos de los romanos desde sus orígenes míticos hasta el presente. Escribió 142 libros de esta obra —Marcial decía que no tenía lugar en su biblioteca para guardarlos todos—, de los cuales se nos conservan treinta y cinco completos (desde el 1 hasta el 10 y del 21 al 45, que abarcan desde el año 753 hasta el 243 y desde el año 210 al 167 respectivamente), con fragmentos de otros y resúmenes de la mayoría de los perdidos (cosa explicable por el hecho de que la gran extensión de la obra dio lugar a que se hicieran muchos resúmenes para facilitar su lectura).

Los diez primeros libros se ocupan de los orígenes de la ciudad y del estado, partiendo de unos materiales que él mismo reconocía que tenían más que ver «con las fábulas poéticas que con una rigurosa documentación histórica», pero racionalizando en lo posible los mitos y explicando los acontecimientos con economía de medios y con una constante intención moralizadora y patriótica. La «tercera década», que comprende los libros del 21 al 30, relata la segunda guerra púnica; la cuarta se inicia en el libro 31 con los preliminares de la segunda guerra macedónica (en 201 a.C.), y es en gran medida una traducción adaptada de Polibio; el texto conservado acaba en el libro 45 con la victoria del Pydna y con los acontecimientos inmediatamente posteriores (año 167 a.C.).

Lo que se ha conservado es, pese a sus considerables dimensiones —ocupa 14 volúmenes en la edición Loeb—, menos de la cuarta parte de la obra original. La historia de Livio, una summa a la gloria de Roma, sería protegida por Augusto, porque podía integrarse perfectamente en su programa político y cultural, que implicaba la elaboración de una interpretación histórica que explicara la realidad política y social vigente como resultado natural de una evolución de siglos. El texto de Livio coincidía con esta política de creación de una consciencia histórica que utilizaba una gran variedad de medios, desde la restauración de monumentos hasta el apoyo dado a la elaboración de un mito nacional con la *Eneida* de Virgilio. Livio podía no ser un partidario de Augusto —se le acusaría de mostrarse favorable a Pompeyo, lo que tal vez explique que no publicara los últimos 22 libros de su historia hasta después de la muerte del emperador— pero sus actitudes religiosas y patrióticas sintonizaban perfectamente con «el clima reinante en los primeros años del principado de Augusto».

26. Antonio La Penna, *Sallustio e la rivoluzione romana*, Milán, Feltrinelli, 1973/3 y *Aspetti del pensiero storico latino*, Torino, Einaudi, 1978 (especialmente pp. 43-104); Mellor, *Roman historians*, pp. 30-47; Narciso Santos Yanguas, *La concepción de la historia en Salustio*, Oviedo, Universidad, 1997 (que contiene la traducción de las obras menores: los fragmentos de las Historias, las Cartas a César y las Invectivas), además de la introducción de Lidia Storoni a la edición bilingüe de *La conjuración de Catilina*, Milán, Rizzoli, 1980. Hago citas de esta obra que corresponden a XIV, XXVII y XXVIII, y de *La guerra de Yugurta*, XXVIII. El discurso del tribuno de la plebe en XXXI.

La gran extensión de la parte conservada de la obra de Livio y su atractivo literario, en especial por lo que se refiere a la primera década en la que se narran los orígenes de Roma —que le serviría a Maquiavelo como pretexto para estudiar los fundamentos de la construcción de un estado—, pueden explicar que se convirtiera en obra básica de la reflexión humanística y que se haya podido decir que Livio es «el historiador más conocido de todos los tiempos», lo cual no impide que su crédito en la actualidad sea más bien bajo en comparación con Polibio o Tácito. Livio era un hombre que no cumplía las condiciones que Polibio pedía para un historiador: con una educación provinciana, escaso conocimiento del mundo y ninguno de la política o de la milicia, escribió basándose en fuentes librescas que no siempre entendió bien, de forma que comete frecuentes errores. Con todo, su calidad literaria en la descripción de sucesos dramáticos o heroicos —como el paso de Aníbal a través de los Alpes, en una narración tan emocionante como insegura en sus detalles geográficos— y la coherencia con que expresa la ideología del imperio hacen de él una referencia ineludible. Sin olvidar que, pese a sus deficiencias, sigue siendo, según afirma una obra reciente, «la más importante con mucho de las fuentes que se conservan sobre los orígenes de Roma».[27]

Más valorado que Tito Livio hoy, y considerado como «el mayor historiador de Roma», es Tácito (*c.* 55-*c.* 117), de cuya vida sabemos poco, aunque nos consta que pertenecía a una familia aristocrática y que ocupó cargos importantes en la administración, hasta llegar a procónsul de Asia, pero que tuvo que vivir los tiempos de opresión de Domiciano, experiencia que debió dejarle el odio por la tiranía que manifiesta a menudo (Mellor piensa que se habría dedicado a la historia como una «huida de los terribles años finales de Domiciano»). En su obra destacan una biografía de su suegro Agrícola, un libro insólito en el mundo romano como es la *Germania*, la única monografía etnográfica latina conocida, pero, sobre todo, sus dos grandes obras históricas. La primera son las *Historias*, en doce o catorce libros, de los cuales sólo sobreviven los cuatro primeros y parte del quinto. En ella se ocupaba de la historia reciente, desde el año 69 al 96, pero sólo se conserva la parte que se refiere a los años 69 y 70, preservada en un solo manuscrito medieval. Más ambiciosa era su segunda obra histórica, los *Anales*, que debían hablarnos

27. Una cita de *Ab urbe condita*, prefacio, 6 (el episodio del paso de Aníbal por los Alpes en XXI, 31-38). Sobre la política historicista como propaganda, Jane De Rose Evans, *The art of persuasion. Political propaganda from Aeneas to Brutus*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1992; Antonio La Penna, «Potere politico ed egemonia culturale in Roma antica dall'età delle guerre puniche all'età degli Antonini», en *Aspetti del pensiero storico latino*, pp. 5-41, y sobre literatura y política, Ronald Syme, *History in Ovid*, Oxford, Clarendon Press, 1997. Sobre Livio, en concreto, T. A. Dorey, ed., *Livy*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1971; P. G. Walsh, *Livy. His historical aims and methods*, Londres, Bristol Classical Press, 1996, y los estudios preliminares de Ronald Syme y de Claudio Moreschini al primer volumen de la edición bilingüe de la primera década, *Storia di Roma*, Milán, Rizzoli, 1982. Mellor, *Roman historians*, pp. 48-75, explica que la arqueología y la epigrafía han reivindicado la veracidad de Livio. La cita final es de T. J. Cornell, *The beginnings of Rome*, Londres, Routledge, 1995, p. 2.

«objetivamente» («*sine ira et studio*») de la etapa inmediatamente anterior, desde la muerte de Augusto a la de Nerón, entre los años 14 y 68 (o sea de los reinados de Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón). Habrían sido previsiblemente 18 libros —pese a que no es seguro que acabase de escribirlos todos—, divididos en tres grupos de seis, pero sólo se han conservado dos bloques de texto, uno que comprende los seis primeros libros (si bien falta casi todo el libro quinto y parte del sexto) y otro que va del undécimo al decimosexto.[28]

Tácito no se limita a narrar sucesos como Tito Livio. Quiere hacer una obra de reflexión, a la manera de Salustio, destinada a la lectura y no a la recitación. Escribe con un léxico preciso, a menudo arcaizante, y con un estilo conceptista que le hace elegante pero difícil (para algunos, pesado). Toda su obra está impregnada de la nostalgia de los viejos tiempos de la república y «de las costumbres íntegras del pasado», pese a que es consciente de que no se puede volver atrás. Escribe historia, nos dice, en tiempos en que esto no se hace con elocuencia ni libertad, como durante la república, sino con odio o servilismo. Lo que debe explicar, además, no son hechos heroicos, sino acontecimientos en apariencia insignificantes, «de los cuales surgen a menudo cambios de gran importancia» enlazando «órdenes terribles, acusaciones continuas, amistades engañosas y muertes de inocentes».

Realiza un retrato poco halagador de la sociedad romana, con un profundo desprecio por la plebe, —«acostumbrada al circo y al teatro»—, que aclamaba a un emperador «no por temor ni por amor, sino por puro servilismo», o que contemplaba los combates en las calles de Roma como si fueran un espectáculo de gladiadores, a la vez que se aprovechaba del botín. Pero no piensa mejor de una nobleza servil y corrompida que «no se acordaba de hacer la guerra». Añora los tiempos en que Italia no sólo se bastaba a sí misma, sino que podía enviar alimentos a las provincias, a diferencia de lo que sucedía en su tiempo en que «cultivamos sobre todo África y Egipto, y la vida del pueblo romano depende principalmente de los barcos y del azar».

Las dos grandes figuras dominantes de su relato son Tiberio, de quien realiza un retrato negativo pero matizado, mostrando sus contradicciones y su progresiva degradación, y Nerón, cuya corrupción nos describe en un marco en que se produce el incendio de Roma y en un tiempo que «manchado por tantos crímenes, también los dioses lo marcaron con catástrofes naturales y con enfermedades».[29]

28. La valoración citada inicialmente es la que se hace en el artículo correspondiente del *Dictionnaire des auteurs grecs et latins de l'antiquité et du moyen âge*, Brepols, 1991. Sobre Tácito y su obra véase sobre todo Ronald Syme, *Tacitus*, Oxford, Clarendon Press, 1997 (ed. original, 1958), 2 vols. Complementariamente, Ronald Mellor, *Tacitus*, Londres, Routledge, 1993; Ronald Martin, *Tacitus*, Londres, Batsford, 1981; Alain Michel, *Tacito e il destino dell'impero*, Torino, Einaudi, 1973. La cita de Mellor, de *The Roman historians*, p. 78.

29. Estos párrafos están montados sobre un tejido de citas de Tácito que comprenden, por orden: *Anales*, I, 4; III, 26-27; *Historias*, I, 1; *Anales*, I, 1; IV, 32-33; *Historias*, I, 4; I, 32; I, 90; *Anales*, I, 77; *Historias*, III, 83; *Anales*, III, 65; *Historias*, I, 88; *Anales*, XII, 43; II, 87; VI, 51; XV, 37-43 y XVI, 13.

Un reflejo a menor escala de Tácito lo tenemos en Suetonio (*c.* 70-*c.* 150). Su obra se sitúa formalmente dentro del género de las biografías que había introducido Cornelio Nepote (*c.* 99-*c.* 24 a.C.) con sus superficiales *Vidas de hombres ilustres*, una colección de veinticinco biografías anecdóticas de grandes personajes, redactadas con noticias extraídas apresuradamente de fuentes de segunda mano. Las *Vidas de los doce césares* de Suetonio constituyen, sin embargo, un libro muy diferente, más cercano al tipo de biografía griega que tenía como objetivo fundamental el de hacer una valoración moral de las personas.

Suetonio era un abogado mediocre que consiguió que lo nombraran bibliotecario y, más tarde, responsable general de la cancillería del emperador Adriano, lo que le facilitó el acceso a los archivos imperiales y le proporcionó documentación muy valiosa, que usa sobre todo en las primeras y más extensas de sus biografías, que son las de Augusto y de Tiberio. Intervino posteriormente en las intrigas de la corte y eso le costó el cargo, momento en que se puso a escribir. Sus biografías de emperadores, de Julio César a Domiciano, quieren proporcionarnos «retratos morales» y acostumbran a combinar, sin demasiado acierto, la carrera oficial del emperador con una escandalosa descripción de su vida privada, ilustrada con anécdotas y con abundancia de «frases célebres». Si bien no se puede afirmar que la obra de Suetonio sea historia, resultó importante por el hecho de fijar unos cánones del género biográfico que se aplicarían primero a la enigmática *Historia augusta* —una colección de biografías de emperadores, de fecha, autor y valor muy discutidos— y, más tarde, a las vidas de los santos cristianos.[30]

El continuador de la tradición de la historiografía clásica sería Amiano Marcelino (*c.* 330-*c.* 395), «el último de los grandes historiadores del imperio romano», quien escribió unas *Historias* que continuaban las de Tácito a partir del punto en que éste las había dejado (por esta razón escribe en latín, siendo como era de lengua griega). Parece que había sido educado como cristiano, y que retornó al paganismo en tiempos de Juliano. Su obra constaba de 31 libros, de los cuales nos han llegado los que van del XIV al XXXI, que abarcan desde el año 353 al 378, donde describe el período de conmociones que se produjo después de la muerte de Constantino el Grande, el reinado de Juliano, las guerras contra los pueblos germánicos y contra los persas (en las cuales participó personalmente), las luchas internas del imperio y la invasión de los visigodos. Se han alabado la exactitud de su información, «la amplitud de sus intereses y su conocimiento personal de lo que escribe», y se le ha criticado su estilo literario, que correspondía a los gustos de su época. Amiano era cons-

30. Andrew Wallace-Hadrill, *Suetonius*, Londres, Duckworth, 1995/2. G. W. Bowersock, *Fiction as history. Nero to Julian*, Berkeley, University of California Press, 1994, pp. 156-160, muestra las influencias de la novelística en la historia de estos tiempos (por ejemplo, la de Heliodoro en la *Historia augusta*). Véase también la introducción a la traducción de la *Historia augusta* de Vicente Picón y Antonio Cascón, Madrid, Akal, 1989, una obra a la que se ha dedicado una amplia bibliografía, más por los problemas de erudición que plantea que por su valor histórico o literario.

ciente de la decadencia del imperio, pero albergaba esperanzas acerca de su supervivencia: «los que ignoran la historia antigua dicen que nunca la república se había visto rodeada de tanta tiniebla de males, pero se engañan, estupefactos por el horror de los males recientes. Porque si miramos a épocas más antiguas o incluso a períodos cercanos, veremos que también se produjeron sucesos tan tristes como estos».[31] Si recordamos que el imperio de Oriente habría de durar más de mil años, habrá que reconocer que tenía, al menos, una parte de razón.

31. Amiano Marcelino, *Historius*, XXXI, 5, 11. R. C. Blockley, *Ammianus Marcellinus. A study of his historiography and political thought*, Bruselas, Latomos, 1975; John Matthews, *The Roman empire of Ammianus*, Londres, Duckworth, 1989; el estudio preliminar de Antonio Selem a su edición bilingüe de las *Historias*, Torino, UTET, 1994, 2 vols. En contra de la alta valoración que se hace habitualmente de su obra, que es fuente básica para el conocimiento del siglo IV, Thimothy D. Barnes (*Ammianus Marcellinus and the representation of historical reality*, Ithaca, Cornell University Press, 1998) lo considera tendencioso y novelesco, indigno de confianza. Una valoración que contradice rotundamente la de Mellor en *The Roman historians*, pp. 110-131.

2. LA RUPTURA DE LA TRADICIÓN CLÁSICA

El sentido de continuidad teleológica que suelen tener los estudios de historia del pensamiento y de la ciencia implica la idea de una evolución en ascenso progresivo desde el pasado hasta el presente. En el caso de la historiografía, también, tendríamos que suponer que existe un vínculo que enlaza la del mundo clásico con la de una edad media inventada a fin de hacer encajar en el esquema evolutivo —visto, como de costumbre, en una perspectiva estrictamente europea— los mil años que van desde el fin del mundo antiguo al «Renacimiento». Esta hipótesis, sin embargo, es difícilmente sostenible: entre la historiografía, y la cultura en general, de la antigüedad clásica y la del cristianismo medieval hay una ruptura de la que apenas si se salva la lengua —latín en occidente, griego en oriente—, alejada cada vez más de los viejos modelos de la época clásica.[1]

La corriente más rica e innovadora de la historiografía medieval —medieval sólo en nuestra apropiación «occidental y cristiana» del tiempo histórico— no ha nacido de la herencia clásica sino que se ha desarrollado en los países musulmanes, con ninguna influencia inicial, y muy poca posterior, de los modelos greco-romanos. La historiografía de los pueblos islámicos no tenía más antecedentes autóctonos que la poesía, las genealogías y los relatos de batallas conservados, por escrito u oralmente, por las tribus árabes. El *Corán*, por otro lado, transmitía la imagen de un pasado de enfrentamiento entre reyes y profetas, visto como una especie de tiempo eterno.

La búsqueda histórica propiamente dicha comenzaría como consecuencia de la necesidad de recoger los hechos y dichos de Mahoma y de sus primeros seguidores para alimentar las colecciones de *hadiths* —los dichos y opiniones de Mahoma—, que comenzaron a compilarse por escrito muy pronto y que estaban ya codificadas en el segundo siglo de la era islámica. Esta tarea comenzó como una simple recopilación, pero muy pronto se sintió la necesidad de establecer la veracidad de los *hadiths*, clasificándolos en función de la mayor o menor fiabilidad que merecieran, cosa que obligaba a un ejercicio crítico para valorar el *isnad* de cada uno, o sea la credibilidad de la cadena de autoridades que lo habían transmitido.[2]

1. Jacques Heers, *La invención de la edad media*, Barcelona, Crítica, 1995; Christian Amalvi, *Le goût du Moyen Âge*, París, Plon, 1996 (sobre los diversos usos y modelos de edad media).

2. La fuente esencial de estos párrafos ha sido Tarif Khalidi, *Arabic historical thought in the classical period*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994 (citas literales de p. 136).

El primero de los grandes historiadores musulmanes, al-Tabari (Abu Jafar Muhammad ibn Jarir al-Tabari, *c.* 839-923), era precisamente un experto en el estudio de los *hadiths*, que, junto a su *Comentario* sobre el *Corán*, escribió una *Historia de profetas y de reyes*, o sea una historia universal desde la creación del mundo hasta el año 915 de nuestra era (un período que se suponía de 14.000 años), ordenada cronológicamente y hecha con la ambición de recoger escrupulosamente los testimonios, sin introducir razonamientos propios ni inferencias. Tabari recopilaba lo que decían las fuentes escritas musulmanas y lo enriquecía con un rico tesoro de tradiciones transmitidas oralmente. Su texto tiene la amenidad de los narradores que explican cuentos en público, y no vacila en ilustrar los acontecimientos memorables con «historias agradables e instructivas», de las cuales se pueden deducir lecciones de religión y de moral. En su texto podemos percibir el carácter complejo del islam: cuando nos explica «la aventura de Salomón y los caballos», por ejemplo, observa que los caballos y las armas son las dos cosas que prefieren los profetas, «porque con ellas podrán vencer a los enemigos de Dios»; pero cuando escribe la historia de Hormuzd, rey de Persia, lo aprovecha para destacar su respuesta de tolerancia hacia los judíos y los cristianos: «No hay manera de evitar en un país la diversidad y conviene que en un gran imperio haya hombres de diferentes condiciones».[3]

El segundo de los grandes nombres de la historiografía musulmana, al-Masudi (Abu al-Hasan Ali ibn al-Husayn al-Masudi, *c.* 896-*c.* 956), era un chiíta nacido en Bagdad, que recibió una buena educación y viajó mucho, a quien se ha comparado a Heródoto por la amplitud de sus intereses científicos y por el hecho de combinar geografía, etnología e historia. Escribió, entre otras obras, unos *Anales históricos* que se han perdido, pero el libro al que debe su fama es *Los prados de oro*, un compendio donde la historia del mundo desde la creación se mezcla y enriquece con descripciones geográficas, de la vida y de las costumbres de los diversos pueblos que había conocido en sus viajes

Complementariamente, A. A. Duri, *The rise of historical writing among the Arabs*, Princeton, Princeton University Press, 1983, que se refiere sobre todo a los orígenes; R. A. Nicholson, *A literary history of the Arabs*, Richmond, Curzon Press, 1995 (ed. original, 1930); Abdesselam Cheddadi, «Ibn Jaldun, anthropologue ou historien», en Ibn Jaldun, *Peuples et nations du monde*, Arles, Sindbad/Actes Sud, 1995, I, pp. 15-56; George N. Atiyeh, *The book in the islamic world. The written word and communication in the Middle East*, New York, State University of New York Press/ The library of Congress, 1995 (sobre todo, Wadad al-Qadi, «Biographical dictionaries: inner structure and cultural significance», pp. 93-122); Wilfred Madelung, *The succession to Muhammad. A study of the early Caliphate*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997 y Nawawy, *Les jardins de la piété*, Lyon, Alif, 1991, en lo que se refiere a los *hadiths*. Entre las obras griegas traducidas por los árabes no hay ninguna de historia (Dimitir Gutas, *Greek thought, arabic culture. The graeco-arabic translation movement in Baghdad and early abbasid society*, Londres, Routledge, 1998, pp. 193-196).

3. Hay dos traducciones recientes de la *Historia* de al-Tabari, la francesa de Herman Zottenberg, publicada en seis volúmenes en París per Sindbad, que es de fácil y agradable lectura (las citas que hago proceden de ésta y corresponden al segundo volumen, «De Salomón a la caída de los Sasánidas», pp. 32 y 307) y la inglesa de Moshe Perlmann, publicada por State University of New York Press, más filológica pero menos legible.

—el hombre que se queda en su tierra natal, nos dice, y confía en las informaciones que se le dan no puede tener la misma autoridad que el que ha viajado y visto las cosas con sus propios ojos— y donde reproduce a menudo lo que habían dicho los escritores locales (nos da, por ejemplo, una relación de los reyes francos, tomada de una lista redactada en latín por un obispo en Andalucía, de la que había encontrado una copia en Egipto) o lo que había oído explicar personalmente a los comerciantes de diversas tierras. El libro es como una especie de enciclopedia que toma la historia como fundamento de todas las ciencias por el hecho de recoger el pensamiento de los hombres de edades anteriores. Se ha dicho que al-Masudi habría sido «el primer historiador musulmán árabe que aplicó los principios del método científico y del razonamiento filosófico al estudio de la historia».[4]

Por aquel entonces se estaba comenzando a producir la asimilación del pensamiento griego, con al-Farabi, que culminaría más adelante con el cordobés Ibn Rushd o Averroes (1126-1198) —en el cual hallamos una teoría de la evolución de las ciudades y de sus sistemas políticos que recuerda a Polibio— y con uno de los más grandes científicos musulmanes de todos los tiempos, al-Biruni (973-1048), nacido de padres de habla persa en el actual Uzbekistán, que escribió una *Cronología de las naciones antiguas* donde trataba de sistematizar y unificar las cronologías de las diversas tradiciones históricas.[5]

El punto más alto de la historiografía musulmana se alcanza con Ibn Jaldun (Abd al-Rahman ibn Jaldun al-Hadrami, 1332-1406), nacido en Túnez de una familia de origen andalusí. Sirvió en diversas cortes del occidente musulmán, incluyendo la de Granada —desde donde se le envió como embajador al rey Pedro I de Castilla, que le ofreció un lugar en su servicio y le prometió el retorno de los bienes de sus antepasados—, desempeñó altos cargos políticos y pasó los últimos años de su vida como juez en Egipto, en unos años en que peregrinó a la Meca y a Jerusalén y viajó a Damasco, donde conoció a Tamerlán. Fue precisamente en Egipto donde redactó el *Kitab al-ibar* o *Libro de los sucesos que sirven de ejemplo*, del cual la *Muqqadima* o *Discurso sobre la historia universal* era el primer volumen introductorio. Su idea inicial parece haber sido la de hacer una historia del mundo islámico del norte de África, que conocía directamente, pero finalmente la hizo preceder de una parte que se ocupaba de la historia universal.

La novedad y grandeza de la reflexión de la *Muqqadima* se puede adivinar desde las primeras líneas de su prefacio: «La historia tiene como objeto el estudio de la sociedad humana, es decir, de la civilización universal. Versa sobre

4. Masudi, *The meadows of gold. The Abbasids*, translated and edited by Paul Lunde and Caroline Stone, Londres, Kegan Paul International, 1989.

5. En este texto, como en general en todo el libro, me refiero solamente a las grandes figuras que han hecho aportaciones fundamentales. Hay naturalmente muchos otros cronistas e historiadores locales. Un ejemplo de esta historiografía lo tenemos en Ibn al-Jatib (1313-1375), cronista de los soberanos nazaríes de Granada: Ibn al-Jatib, *Historia de los reyes de la Alhambra*, traducción de J .M. Casciaro y estudio preliminar de Emilio Molina, Granada, Universidad, 1998.

lo que se refiere a la naturaleza de esta civilización, esto es: la vida salvaje y la vida social, los particularismos debidos al espíritu de clan y las modalidades por las que un grupo humano domina a otro. Este último punto conduce a examinar el nacimiento del poder, de las dinastías y de las clases sociales. A continuación, la historia se interesa por las profesiones lucrativas y por los modos de ganarse la vida que forman parte de las actividades y los esfuerzos del hombre, así como por las ciencias y las artes. Tiene por objeto, en fin, todo lo que caracteriza a la civilización». De acuerdo con este programa la *Muqqadima* se articula en seis grandes capítulos que estudian respectivamente: la civilización humana en general, las naciones salvajes (la civilización beduína), la monarquía y la función pública, la civilización sedentaria (villas y ciudades), la economía y, finalmente, las ciencias y el saber. Esta visión de conjunto lleva a Ibn Jaldun a ligar los hechos de la historia política a un conjunto de factores globales —la sociedad, el clima, la religión, la cultura— y a analizar con detenimiento las causas complejas de los acontecimientos. Pero, mientras el *Discurso sobre la historia universal* ha sido leído y admirado en Occidente —y ha sido utilizado también para una lectura colonialista que justificaba la dominación europea del Magreb como un hecho histórico inevitable—, se acostumbra a ignorar, en contrapartida, la obra histórica propiamente dicha a la cual servía de introducción, que nunca ha sido traducida íntegramente a otras lenguas, lo que implica que no podamos valorar adecuadamente a Ibn Jaldun como historiador, ni verificar cuáles han sido los resultados alcanzados con su método.[6]

Ibn Jaldun representa a la vez la cima y el momento final de evolución del pensamiento historiográfico musulmán. Su línea de interpretación de la sociedad y de la historia no tendría continuidad. De los historiadores musulmanes de la India medieval, por ejemplo, se ha dicho que se limitaban a narrar los hechos de los soberanos y de los ministros y que «jamás se les habría ocurrido ir a comer a la cocina como se supone que hace el historiador económico y social». La historiografía islámica, aislada de las nuevas corrientes del mundo,

6. Sobre Ibn Jaldun he utilizado los elementos biográficos contenidos en su *Le voyage d'occident et d'orient*, París, Sindbad, 1980; el capítulo que Abderrahmane Lakhassi le dedica en Seyyed Hossein Nasr y Oliver Leaman, eds., *History of Islamic philosophy*, Londres, Routledge, 1996, I, pp. 350-364; Aziz al-Azmeh, *Ibn Khaldun. An essay in reinterpretation*, Londres, Frank Cass, 1982; Ahmed Abdessalem, *Ibn Jaldun y sus lectores*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1987; Nassif Nassar, *El pensamiento realista de Ibn Jaldun*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1980 y Miguel Cruz Hernández, *Historia del pensamiento en el mundo islámico*, Madrid, Alianza, 1996, III, pp. 665-701. La edición de *Al-Muqqadima* que se ha utilizado es, Ibn Khaldûn, *Discours sur l'histoire universelle*, trad. de Vincent Monteil, París, Sindbad, 1978, 3 vols. (cita literal de I, p. 69), con preferencia a la casi ilegible versión castellana de Juan Feres, que daría una mala idea de su valor real. También *Peuples et nations du monde*, en la edición citada antes, que es una primera aproximación, aunque sea fragmentaria, a sus otros libros. Sobre la valoración occidental: Toynbee, por ejemplo, diría que era la obra más grande de filosofía de la historia de todos los tiempos. Sobre el uso colonialista, Salem Himmich, «El pensamiento innovador de Ibn Jaldún: su recepción en occidente», en M. Hernando de Larramendi y Gonzalo Fernández Parrilla, eds., *Pensamiento y circulación de las ideas en el Mediterráneo: el papel de la traducción*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, pp. 209-222.

permanecería sin más avances hasta el siglo XIX, cuando comenzó a recibir el impacto de la occidental.[7]

Por desgracia, sabemos aún muy poco de la historiografía de otras civilizaciones en estos siglos, como de la de los pueblos de la India, que la historia colonial pretendía reducir a «fuentes que habían de valorarse con los cánones modernos de Occidente», y aún menos de las crónicas redactadas en persa, en turco y en uzbeko por los pueblos del Asia central, entre los cuales figura el extraordinario *Libro de Humâyûn* escrito por la princesa Gul-Badan Baygam (*c.* 1523-1603), que aporta la visión que de los acontecimientos tiene una mujer, experta en los asuntos de estado, pero con una sensibilidad diferente de la de los cronistas de la corte. Ignoramos también la historiografía de los armenios, con figuras como Sebeos, un historiador del siglo VII que usa los documentos como fuente de información y analiza con agudeza las causas políticas de los acontecimientos.[8]

La mayor continuidad con el mundo clásico helenístico había de darse en teoría en Bizancio, es decir en el Imperio romano de Oriente, que seguía utilizando literariamente la lengua griega según los modelos antiguos, lo que conduciría a una situación de diglosia en la que la literatura se escribía en un idioma que no entendía la gente común (hasta que el empobrecimiento de la educación y la desconfianza de los cristianos por los autores paganos la fue aproximando a la lengua hablada). Los bizantinos tenían a su alcance una amplia literatura en lengua griega, que en buena medida se perdió después, pero ignoraban casi totalmente la latina: en la *Biblioteca*, la obra en que el patriarca de Constantinopla Focio (*c.* 810-después de 866) reseña los libros que ha leído, hay un conjunto de obras de historiadores griegos, pero no se menciona ninguno en latín.[9]

Por más que invocasen a menudo a Heródoto o a Tucídides, mucho menos leídos en realidad que Plutarco, los historiadores bizantinos se limitaban a narrar

7. Sobre los historiadores indios musulmanes, Peter Hardy, *Historians of medieval India. Studies in Indo-muslim historical writing*, New Delhi, Munshiram Manoharlal, 1997/2; cita de la p. 111. En su ya citada *Historia del pensamiento en el mundo islámico*, III, pp. 663-665, Miguel Cruz Hernández habla del agotamiento del «currículum» intelectual islámico facilitado por la idea que todo estaba hecho, y bien hecho, por Dios en el *Corán*, lo que limitaba la enseñanza superior a las ciencias de base religiosa. Ibn Jaldun sería citado como «un historiador más» por compiladores que se limitaban a acumular informaciones históricas.

8. Sumit Sarkar, «The many worlds of Indian history», en *Writing social history*, Delhi, Oxford University Press, 1998, pp. 1-49 (cita de p. 6); B. C. Law, *On the chronicles of Ceylon*, Delhi, Sri Satguru Publications, 1987/2; Gul-Badan Baygam, *Le livre de Humâyûn*, edición de J. L. Bacqué-Grammont, Paris, Gallimard, 1996; R. W. Thomson y James Howard-Johnston, eds., *The Armenian history attributed to Sebeos*, Liverpool, Liverpool University Press, 1999, 2 vols.

9. Sobre los orígenes de la historiografía bizantina (desde el *Chronikon Paschale*, que se detiene en 628, hasta la *Historia Syntomos* del 780 y la *Chronographia* de Teofanes a comienzos del siglo IX), Mark Whittow, *The making of orthodox Byzantium, 600-1025*, Londres, Macmillan, 1996. Utilizo Focio en la versión italiana: Fozio, *Biblioteca*, ed. de Nigel Wilson, Milán, Adelphi, 1992. Para el marco general, Warren Treadgold, *A history of the Byzantine state and society*, Stanford, Stanford University Press, 1997.

los acontecimientos de su tiempo en forma de crónica o de biografía, a menudo apologética, de acuerdo con unas coordenadas de providencialismo cristiano que excluían cualquier intento de análisis social.

Entre los más interesantes hay que mencionar a Procopio de Cesarea (nacido hacia el 500), autor de obras de historia oficial de Justiniano, como las *Guerras*, que narran los combates de Justino I y de Justiniano contra los persas, los vándalos y los ostrogodos, y los *Edificios*, que hablan de las construcciones públicas hechas por el emperador. Las *Guerras* tienen un interés evidente como fuente de información sobre unos pueblos de los cuales apenas sí se conservan más noticias, pero también lo tienen por su calidad literaria, enriquecida por elementos narrativos y por interesantes retratos personales, con atisbos de una extraña lucidez, como el que le lleva a acabar el relato de la guerra con los vándalos con la narración de las matanzas hechas por el ejército imperial y a decir: «Y así fue como aquellos de los libios que quedaron con vida —que eran pocos y demasiado pobres— conocieron, tarde y con penurias, una cierta paz».

Lo que hace más notable el caso de Procopio, sin embargo, es que junto a estas obras oficiales, escribió otra en que ofrecía explicar lo que no había dicho en las anteriores: «De muchos hechos referidos en los libros precedentes —decía— me he visto obligado a callar las causas», ya que vivían aún los protagonistas y hablar de ello lo hubiera expuesto «a una muerte atroz». *Anekdota*, más conocida como *Historia secreta*, es un relato feroz de la vida de Justiniano y de Teodora —que se nos presenta como un monstruo de lujuria, capaz de acoger en su cama a una cuarentena de amantes en una sola noche, «trabajando con tres orificios» sin quedar saciada— de Belisario y de su esposa.[10]

El otro gran nombre de la historiografía bizantina es el de Miguel Psellos (1018-*c.*1078), político y hombre de letras de grandes conocimientos, que nos dejó una *Cronografía* que narra los sucesos de los años que van desde el 976 al 1078, en un relato ordenado por reinados que se basa en su propia experiencia y donde los acontecimientos se explican en términos de los intereses y las pasiones humanas. Psellos es un narrador consciente de su arte, que razona su voluntad de escribir limitándose a «los hechos más importantes», a medio camino entre las pretensiones de las grandes historias del imperio y del esquematismo de las crónicas contemporáneas.[11]

10. Procope, *La guerre contre les vandales*, Paris, Les belles lettres, 1990 (cita de la p. 218); Procopio, *Storie segrete*, ed. bilingüe, Milán, Rizzoli, 1996, citas de I, 2 y IX, 15-18. Averil Cameron, «History as text: coping with Procopius», en Christopher Holdsworth y T. P. Wiseman, eds., *The inheritance of historiography, 350-900*, Exeter, Exeter University, 1986. El contraste entre la *Historia secreta* y las obras de apología de Justiniano hizo pensar que no era obra de Procopio. Tal vez sea exagerado, sin embargo, reducirla a «un panfleto sucio», como lo hacen los autores del *Dictionnaire des auteurs grecs et latins de l'antiquité et du moyen âge*, Brepols, 1991.

11. Michael Psellus, *Fourteen byzantine rulers (The Chronographia)* ed. E. R. A. Sewter, Harmondsworth, Penguin, 1966, cita de la p. 191.

De menor interés son la *Alexiada* de Ana Comneno (1083-después de 1148)[12] o las obras de Nicetas Choniates (*c.* 1150-1213), testimonio de las destrucciones de los cruzados (que Villehardouin relataría desde el otro lado). Los últimos cronistas del imperio, en el siglo XV, se dividirían entre hombres que, como Jorge Sfrantzes (1401-1477), realizan un relato doliente de los últimos días de Bizancio, y los que se han integrado en la nueva situación, como Critóbulos de Imbros (*c.* 1410-después de 1468), que adopta el estilo de Tucídides para hacer el elogio del sultán Mehmed II, el nuevo emperador al cual servía.

El legado que los historiadores bizantinos dejarían al despertar de la nueva historiografía del Renacimiento sería sobre todo la aportación de informaciones y de manuscritos que enriquecerían el escaso conocimiento directo que se tenía en el occidente medieval de la literatura griega.[13] Sus propias obras, en cambio, seguirían siendo completamente desconocidas durante mucho tiempo, y sólo se recuperarían en tiempos modernos como objeto de erudición.[14]

En Occidente se produjo una ruptura con la cultura clásica. Se mantendría el cultivo del latín, a menudo en forma de un *sermo humilis* comprensible para un público amplio, hasta que más adelante, tras el «renacimiento carolingio», se volvería a una lengua artificial, copiada de los viejos modelos clásicos y que sólo entendían los letrados. El corte que se produce entre las dos culturas no es temporal, sino de índole estrictamente cultural: en el siglo IV conviven las últimas muestras de una historiografía «pagana» con las primeras de la cristiana (la *Historia augusta*, de la que hemos hablado antes, es posterior a la *Historia eclesiástica* de Eusebio), pero las referencias culturales de una y otra son muy distintas. En la cultura cristiana los historiadores clásicos serían olvidados. Sólo se leía a Salustio, en la medida en que su retórica moralizante se acomodaba a los objetivos que buscaban los escritores cristianos (Suetonio sería utilizado simplemente como modelo estilístico de biografías reales por los escritores cortesanos). Tito Livio sería admirado de lejos —no se le volvería a leer hasta el siglo XIII— y Tácito, cuya obra se salvó casi milagrosamente, seguiría siendo menospreciado hasta que lo descubrieran los humanistas y se convirtiera en uno de los clásicos más leído durante los siglos XVI y XVII. La historia antigua servía sobre todo como fuente de anécdotas que se utilizaban como ejemplos morales, lo que explica el éxito de compilaciones como el *Libro de los dichos y hechos memorables* de Valerio Máximo, un conjunto insubstancial de anécdotas escrito en tiempos de Tiberio, que sería la obra clásica más leída en la Edad Media —se conservan más de cuatrocientos manus-

12. Hay una traducción castellana de Emilio Díaz: Ana Comneno, *La Alexiada*, Sevilla, Universidad, 1989.

13. Deno J. Geanakoplos, «Italian humanism and the Byzantine émigré scholars», en Albert Rabil, jr., ed., *Renaissance humanism. Foundations, forms, and legacy*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1988, 1, pp. 350-381.

14. Se puede advertir, por ejemplo, que en los materiales del coloquio internacional *L'historiographie médiévale en Europe* (ed. por J. P. Genet, París, C. N. R. S., 1991) no hay ni uno solo de los 26 trabajos publicados que se refiera a la historiografía bizantina. Como si Bizancio no fuese Europa.

critos de ella— y que serviría de modelo para las numerosas compilaciones de ejemplos y milagros cristianos.[15]

Entre la nueva historia cristiana y la vieja del mundo clásico hay una profunda ruptura de conceptos, más que de contenidos. Los escritores de las historias cristianas no creían hallarse en una nueva edad, sino que pretendían absorber y asimilar la vieja: cristianizar el conjunto de la historia humana, insertándola linealmente en la tradición bíblica y eclesiástica; «convertir la historia universal en historia de la salvación».[16]

Esto exigía, en primer lugar, la fijación de una cronología única con un tiempo universal, una tarea que empezó Eusebio (*c.* 260-339), un griego de Palestina que fue obispo de Cesarea y hombre muy próximo al emperador Constantino, autor de una *Historia eclesiástica*, que es la primera historia de la Iglesia, desde Jesucristo a Constantino, pero, sobre todo, de una *Crónica*, conocida por la versión latina de san Jerónimo —el original griego se ha perdido—, donde se esfuerza en enlazar el relato bíblico con la historia de los pueblos del próximo Oriente y con la greco-romana, y construye unas tablas sincrónicas que concuerdan los hechos relatados en la Biblia con las listas de los soberanos asirios o egipcios, con la periodización griega por olimpiadas o con la serie de los magistrados romanos. La obra de Eusebio sería continuada por otros cronistas bárbaros y su cronología dominaría la historiografía cristiana hasta los tiempos modernos, de manera que se ha podido decir que ninguna otra obra «ha ejercido una influencia comparable sobre el mundo occidental». Ni más nefasta, añadiremos, ya que la convicción de que la historia entera de la humanidad no pasaba de cinco o seis mil años —como aún sostienen algunos de los partidarios de una interpretación literal de la Biblia en los Estados Unidos— impidió un estudio serio de las épocas antiguas (sin olvidar que los autores cristianos se hallaban ante el problema adicional de que la versión de la Biblia «de los setenta» y la Vulgata ofrecían cronologías discrepantes).[17]

15. Sobre la historiografía de esta época, Arnaldo Momigliano, «L'époque de la transition de l'historiographie antique à l'historiographie médiévale (320-350 après J.C.)» y «L'historiographie paienne et chrétienne au IV siècle après J.C.», en *Problèmes d'historiographie, ancienne et moderne*, París, Gallimard, 1983; Indrikis Sterns, *The greater medieval historians: An interpretation and a bibliography*, Washington, University Press of America, 1981 y el volumen, editado por J. P. Genet, *L'historiographie médiévale en Europe*, citado más arriba. Sobre el *sermo humilis* y la prosa latina al comienzo de la Edad Media, Erich Auerbach, *Literary language and its public in late latin antiquity and in the middle ages*, Princeton, Princeton University Press, 1993. Sobre la herencia clásica, R. R. Bolgar, *The classical heritage and its beneficiaries*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977; L. D. Reynolds y N. G. Wilson, *Scribes and scholars. A guide to the transmission of Greek and Latin literature*, Oxford, Clarendon Press, 1978. Sobre los autores leídos en las escuelas, Ernst Robert Curtius, *Letteratura europea e medio evo latino*, Florencia, La Nuova Italia, 1992, pp. 58-64.

16. «En el siglo XII una historia universal se sitúa en la perspectiva religiosa: explica la historia de la salvación», por esta razón no habla de los pueblos lejanos y paganos, que «Dios no se proponía salvar» (Bernard Guenée en Genet, *L'historiographie médiévale*, p. 15; también Arno Brost, *The ordering of time*, Cambridge, Polity Press, 1993).

17. Sobre Eusebio, Indrikis Sterns, *The greater medieval historians*, pp. 6-12; James T. Shotwell, *Historia de la historia en el mundo antiguo*, Méjico, Fondo de cultura económica,

Lo que distingue sobre todo los nuevos esquemas de la historiografía cristiana de los de la clásica es el hecho de que no busca la explicación de los fenómenos históricos en el interior de la propia sociedad, en causas naturales o como consecuencia de los actos de los individuos, sino que supone que existe un designio divino que determina por completo el curso de la historia. La nueva concepción global del hombre y del mundo en que se basaba esta visión de la historia iba a ser desarrollada sobre todo por san Agustín (354-430) en *La ciudad de Dios* y en las *Confesiones*, donde contrasta la eternidad de Dios con el misterio del tiempo y especula sobre la dificultad de conocer el pasado. La aplicación directa a la historia de las ideas agustinianas la haría su discípulo gallego Orosio, que en *Historias contra los paganos* insistía en que la historia mostraba la acción de la voluntad de Dios en la tierra: la forma en que éste premiaba la virtud y castigaba el vicio en el tránsito hacia el destino último del juicio final. El estudio de la historia le había de servir al cristiano como lección de moral y para confirmar su fe con la secuencia de los milagros y de las profecías.[18]

Establecer la veracidad de los hechos, tal como lo entendemos hoy, era de un interés secundario para el historiador cristiano. Si el relato era «correcto» desde el punto de vista del discurso religioso, poco importaba que los hechos con los que estaba elaborado se hubieran verificado o no. No se podía esperar que unos hombres que aceptaban una representación geográfica donde lo real se mezclaba con lo simbólico y el mundo era un espacio cuadrado, identificado a menudo con el cuerpo de Cristo, tuvieran problemas con la reducción de la evolución humana a historia de la salvación. Los acontecimientos prodigiosos abundaban «naturalmente» en la historiografía cristiana, que no vacilaba en llegar a la falsificación. De las «vidas de santos» que se escribían en los monasterios en loor de sus patronos celestiales se ha podido decir que eran «creaciones puramente literarias» (en alguna ocasión el santo se inventó *a posteriori* para identificar, y dignificar con una biografía adecuada, algunas reliquias milagrosas). Un ejemplo de este tipo de manipulaciones lo tenemos en

1982 (la edición original es de 1939), pp. 367-381 (cita de la p. 373); Donald J. Wilcox, *The measure of times past*, Chicago, University of Chicago Press, 1987, pp. 105-107; Pedro Juan Galán, *El género historiográfico de la chronica. Las crónicas hispanas de época visigoda*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1994, pp.41-52. La versión latina de la *Crónica* en J. P. Migne, *Patrologiae cursus completus, series latina*, t. XXVII (San Jerónimo, t. VIII), París, 1866. Una visión global de las crónicas universales cristianas en Karl Heinrich Krüger, *Die Universalchroniken*, Tunrhout, Brepols, 1976. Sobre las discrepancias de la cronología bíblica, Wilcox, pp. 119-152; pero lo que en la Edad Media podía parecer normal, resultaría angustioso más tarde. En el siglo XVIII leemos: «La diversidad notable que se halla entre la Biblia de los LXX y la Vulgata en orden a la cronología causa un embarazo de que no es fácil desprenderse», Ch. de Chevigni, *Ciencia para las personas de corte, espada y toga*, Valencia, Balle, 1736, III, p. 9.

18. San Agustín, *Confesiones*, XI. Peter Brown, *Augustine of Hippo*, Berkeley, University of California Press, 1969. Sobre Orosio, Santo Mazzarino, *El fin del mundo antiguo*, Méjico, Uteha, 1961, pp. 51-56; I. Sterns, *The greater medieval historians*, pp. 27-30 y Shotwell, *Historia de la historia*, pp. 390-394. Las *Historiae adversus paganos*, en Migne, *Patrología*, serie latina, XXXI, París, 1846, 663-1.174.

Ademar de Chabannes (989-1034), que contribuyó a transformar san Marcial, un misionero del siglo III, en primo de san Pedro y compañero de Jesús: en un decimotercer apóstol.[19]

Si la historia no servía para entender el mundo, servía, en cambio, para indagar el futuro: se podía usar para interpretar las profecías y prepararse para el fin de los tiempos. Había tres grandes modelos proféticos. El primero derivaba de Daniel, que había visto salir del mar cuatro grandes bestias; la cuarta tenía diez cuernos, entre los cuales apuntaba un undécimo, que tenía ojos y boca. La interpretación de esta visión veía las bestias como imperios y los cuernos como diez reyes: el undécimo era el Anticristo.

El segundo modelo es el del Apocalipsis de San Juan, que recuerda en algunos aspectos la visión de Daniel —hay también una bestia con siete cabezas y diez cuernos, por ejemplo— pero añade un elemento nuevo y enigmático, que tendría un papel muy importante en la historia profética medieval: habría un período de mil años en que, encerrada en el abismo «aquella serpiente antigua que es el diablo», se produciría una primera resurrección, la de los elegidos, que reinarían con Cristo en un mundo de paz. Después de este milenio feliz volvería a actuar el dragón infernal y entonces tendrían lugar la segunda resurrección —la de todos los muertos— y el juicio final. Toda una serie de «apocalipsis» apócrifos, como el atribuido a San Pedro o el de San Pablo (considerado como un libro sagrado en muchos monasterios de Oriente), crearían un clima de expectativas sobre el milenio, el Anticristo y la «parusia» o segundo advenimiento de Cristo.

El tercer modelo profético, que procede de la literatura patrística, es el de la llamada «semana cósmica». A semejanza de los seis días de la creación, con el séptimo de descanso, la historia del mundo se dividía en seis épocas, que correspondían también a las seis edades del hombre, desde la infancia hasta la senilidad. La séptima edad de la historia sería la del fin de este mundo. Se creía, basándose en los textos bíblicos, que los días de la semana cósmica eran de mil años, de manera que una vez transcurridos seis mil años desde la creación comenzaría la última fase de los tiempos y se llegaría al fin de la historia.[20]

19. El concepto del espacio en Hervé Martin, *Mentalités médiévales, XI-XV^e siècles*, París, PUF, 1996, pp. 123-153. Sobre las falsificaciones históricas, Anthony Grafton, *Forgers and critics. Creativity and duplicity in western scholarship*, Princeton, Princeton University Pres, 1990. La historia de Ademar y de sus falsificaciones está minuciosamente estudiada en Richard Landes, *Relics, apocalypse and the deceits of history. Ademar of Chabannes, 989-1034*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1995 (donde se explica también el caso de un san Justiniano inventado para personalizar unas reliquias, pp. 72-74).

20. El texto de Daniel en 7: 1-12; el del Apocalipsis en 20: 1-15. Sobre los modelos proféticos, Trompf, *The idea of recurrence in western thougth*, pp. 207-221 y 335-337; Sylvain Gouguenheim, *La sibylle du Rhin: Hildegarde de Bingen*, París, Publications de la Sorbonne, 1996, pp. 102-109; Richard K.Emmerson y Bernard McGinn, eds., *Apocalypse in the middle ages*, Ithaca, Cornell University Press, 1992; *Apocalissi apocrife*, edición de Alfonso M. Dinola, Parma, Ugo Guanda, 1986/2. Cito más adelante algunas referencias de los muchos estudios dedicados a las visiones proféticas.

La preocupación por la cronología tenía también otras finalidades relacionadas con la práctica litúrgica, en especial la que se refiere a la fijación de la fecha de la Pascua, que condicionaba la de otras festividades religiosas y exigía un gran esfuerzo para relacionar distintos sistemas de calendario: el año 525 el abad Dionisio el Exiguo, llamado así por su reducida estatura, calculó unas tablas de la Pascua y fijó, además, el origen de la era cristiana en el año 754 de la fundación de Roma, con lo que establecía los cimientos del sistema de datación por años de la encarnación o del nacimiento de Cristo que mantenemos aún hoy (sufriendo las consecuencias de los errores de Dionisio).

Fue justamente en los espacios en blanco que quedaban en las tablas pascuales de los monasterios donde los monjes comenzaron a anotar los acontecimientos más notables del año —fenómenos astronómicos, tempestades, muertes de grandes personajes—, iniciando una forma de analística que no tardaría en emanciparse de un marco tan estrecho. También fueron los monjes los que empezaron a preocuparse por la determinación más exacta de las horas del día, para poder cumplir con las normas que fijaba la regla de San Benito, lo que llevó, en primer lugar, a la aparición de campanas que marcarían los momentos de la liturgia y, más adelante, a impulsar la construcción de los primeros relojes mecánicos.[21]

Más allá de los cómputos cronológicos y de los apuntes analísticos, los siglos VI al IX vieron la aparición de los primeros historiadores de los pueblos germánicos, que hasta aquel momento habían tenido una literatura predominantemente oral: los vikingos, por ejemplo, pese a que usaban la escritura rúnica para las inscripciones, conservaban el recuerdo de los hechos de los antiguos héroes en poemas transmitidos oralmente.[22] Los nuevos historiadores son los que Goffart ha denominado «los narradores de la historia bárbara», entre los que destacan cuatro grandes nombres: Jordanes, Gregorio de Tours, Beda y Pablo el Diácono (Paulus Diaconus), a los que cabría añadir a Isidoro de Sevilla.[23]

21. Sobre los anales monásticos, Michael McCormick, *Les annales du haut moyen âge*, Turnhout, Brepols, 1975. Una visión global de la forma en que de esta literatura surgen las crónicas locales (las primeras serían las crónicas de monasterios del Jura de comienzos del siglo VI) en Elisabeth M. C. Van Houts, *Local and regional chronicles*, Turnhout, Brepols, 1995. Hay una amplia literatura sobre el sentido y la medida del tiempo en la Edad Media: David S. Landes, *Revolution in time. Clocks and the making of the modern world*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1983; G. J. Whitrow, *El tiempo en la historia*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 99-118, además de los ya citados de Wilcox y de Arno Brost.

22. R. I. Page, *Chronicles of the Vikings*, Londres, British Museum Press, 1995; Sverre Bagge, «Propaganda, ideology and political power in Old Norse and European historiography: a comaprative view», en J. P. Genet, ed., *L'historiographie médiévale*, pp. 199-208.

23. Para el marco general de la historia de los pueblos bárbaros utilizo el libro de Herwig Wolfram, *The roman empire and its germanic peoples*, Berkeley, University of California Press, 1997. Para la historiografía el libro fundamental de Walter Goffart, *The narrators of barbarian history (A. D. 550-800)*, Princeton, Princeton University Press, 1988 y Matthew Innes y Rosamond McKitterick, «The writing of history» en Rosamond McKitterick, ed., *Carolingian culture: emulation and innovation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp.193-220. No puedo tocar en una exposición sintética como ésta más que los problemas de la historiografía

Casiodoro (*c.* 485-578) fue el primero en escribir una *Historia de los godos*, pero su obra se ha perdido, aunque parece ser que fue resumida y adaptada en *De origine actibusque Getarum*, conocida habitualmente como *Getica*, obra de Jordanes (muerto *c.* 554), un hombre de origen godo y de religión católica, autor también de una síntesis de historia general, *Romana*, de mucho menor interés. *Getica* recoge testimonios escritos y orales para construir la historia del pueblo godo: «Tú que me lees, sabe que, siguiendo los escritos de los antiguos, he tomado algunas flores de sus prados inmensos y he tejido una corona, a la medida de mi talento, para aquel que busque instruirse». Pese a que se haya escrito en Bizancio, y que haga un elogio de Justiniano y de Belisario, vencedores de los bárbaros, el libro de Jordanes no deja de ser una celebración de los godos.[24]

Gregorio de Tours (*c.* 538-594), obispo y miembro de una vieja familia senatorial, escribió una *Historia de los francos* (*Historia francorum*) donde se proponía «describir las luchas de los reyes con las naciones contrarias, la de los mártires con los paganos, la de las Iglesias con los herejes». Dedicaba los cuatro primeros libros a relatar la historia del mundo, y la de los francos, desde la creación hasta el año 575, mientras que los seis últimos, la mayor parte de la obra, relataban los acontecimientos de tan sólo dieciséis años, desde el 575 al 591.

Pese a que dijera que le repugnaba «recordar las vicisitudes de las guerras civiles que agotan la nación y el reino de los francos», la historia que explica Gregorio es un entramado de guerras, devastaciones, asesinatos, envenenamientos y maldades de todo tipo, en medio de una naturaleza en que abundan los desastres, anunciados casi siempre por signos celestiales o por prodigios («se vio en medio de la luna una estrella resplandeciente»). En unas pocas líneas del libro quinto, por ejemplo, se nos habla de un lobo que entró en la ciudad de Poitiers, del río Loira crecido, de un viento del sur que «abatió bosques, demolió casas y derribó cercados, y que levantó por los aires a algunos hombres hasta matarlos», de que los gallos cantaban con el inicio de la noche, la luna se oscurecía, aparecía un cometa y se iniciaba una gran epidemia. En el libro noveno se nos explica como, en el otoño del año 587, los recipientes de algunas casas aparecieron marcados con signos extraños que no podían borrarse, que a las viñas ya vendimiadas les salieron nuevos racimos deformes, que algunos hombres afirmaban haber visto caer serpientes de las nubes y que había muchos signos de los que «acostumbran a anunciar la muerte de un rey o una catástrofe que caerá sobre una región».

Gregorio, este «Heródoto de la barbarie», escribe en un latín precario las cosas que ha visto, oído o vivido, y nos habla de unos tiempos llenos de crímenes de los magnates o de los clérigos —«se han cometido muchas malas

«pública» de anales o crónicas, y dejo a un lado otras formas de plasmación de la memoria, como las que analiza Elisabeth van Houts, *Memory and gender in medieval Europe, 900-1200*, Londres, Macmillan, 1999.

24. Además de Goffart, he seguido el estudio de Olivier Devillers frente a su traducción de Jordanes, *Histoire des goths*, París, Les Belles Lettres, 1995 (cita de LVIII, 315).

acciones en esta época»—, en que «globos de fuego recorrían el cielo durante la noche», y las lluvias, las pestes, los incendios y la aparición de falsos profetas (como el falso Cristo de Berry, que recorría los pueblos haciendo milagros) eran un anuncio evidente de que ya había llegado el tiempo del «inicio de los dolores» y que el fin del mundo anunciado por las profecías estaba cercano (Gregorio contaba 5.792 años desde la creación del mundo hasta sus días, lo que implicaba que el año 6000, el del final de las seis semanas milenarias, estaba próximo; el problema es que su suma estaba equivocada y que los tiempos parciales que utilizaba sumaban realmente 6.063, o sea que el mundo hubiera debido acabarse antes).[25]

En Inglaterra la historia comenzó con Gildas, un monje del siglo V, de cuya persona y vida no sabemos nada, que escribió *De excidio Britanniae*, (*La destrucción de «Bretaña»*) hacia 479/485, donde mostraba las desgracias que había padecido la isla después de la marcha de los romanos y de su conquista por los sajones, atribuyéndolas a un castigo divino, y exhortaba a sus dirigentes a la reforma moral. La más importante de las figuras de la historiografía medieval británica sería Beda (673-735), un monje del monasterio de Jarrow que escribió tratados sobre cronología y sobre la fecha de la Pascua, comentarios bíblicos y, sobre todo, una *Historia eclesiástica del pueblo de Inglaterra*, (*Historia ecclesiastica gentis Anglorum*), donde, a diferencia de otras obras de su tiempo, no realiza una crónica del mundo, sino que solamente habla de Inglaterra, desde la invasión de Julio César hasta el año 731 —que, para Beda, en tiempos en los que aún no se había difundido el cómputo en años de la encarnación de Cristo, se definía como el año «en que murió el arzobispo Bertwald; el mismo año en que Tatwin fue consagrado noveno arzobispo de la iglesia de Canterbury, en el año decimoquinto del reinado de Ethelbald, rey de Mercia»—, donde se ocupa sobre todo de los reinos sajones y celtas, y de la expansión del cristianismo por la isla. Su relato, pese a sus esfuerzos por justificar la veracidad de lo que ha sabido «o por los escritos de los antiguos, o por la tradición de los más viejos, o por mi propio conocimiento», está lleno de prodigios y, en especial, de milagros realizados por santos locales, lo que no había de sorprender a un público que compartía su misma visión del mundo y que, por otro lado, resulta lógico en una obra que, como toda la historiografía cristiana, tenía una finalidad esencialmente religiosa.[26] Después de Beda la historiografía británica, reducida a poca cosa más que a crónicas monásticas y anales, viviría una decadencia hasta ser recuperada como elemento de propaganda política hacia finales del siglo XIII.

25. El texto de Gregorio de Tours se ha usado en la traducción de Robert Latouche, *Histoire des francs*, Paris, Les Belles Lettres, 1996. Las citas que se hacen corresponden a I, prefacio; V, prefacio; V, 23; V, 41; IX, 5; V, 49; VI, 32; VIII, 32 y X, 25. Sobre la equivocación en su suma de la edad del mundo, Wilcox, *Measure of time past*, pp. 138-139.

26. Sobre Gildas, N. J. Higham, *The English conquest. Gildas and Britain in the fifth century*, Manchester, Manchester University Press, 1994. Sobre la historiografía inglesa medieval, Antonia Grandsen, *Historical writing in England*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1974-1982, 2 vols.

Un caso especial es el de la Hispania visigoda, que tuvo un antecedente de «crónica goda» en la de Juan de Bíclaro (*c.* 540-*c.* 621), que seguía la tradición de los continuadores de Eusebio, y que tiene su exponente más relevante en Isidoro de Sevilla (*c.* 560-636), autor de las *Etimologías*, una compilación enciclopédica de la parte del saber clásico que se consideraba compatible con el cristianismo, destinada a facilitar el acceso a las obras de los antiguos a un público al cual le eran difíciles de comprender los términos y los conceptos expresados en ellas, y que tuvo una gran difusión (se calcula que se debieron hacer unas cinco mil copias manuscritas de alguna de las diversas versiones de su texto). La parte dedicada a la historia se halla en el libro quinto, «Sobre las leyes y los tiempos»: comienza con una consideración sobre el término «crónica», sigue con la división de los tiempos en momentos, horas, días (y noches), semanas meses, años, etc., y concluye con una cronología que se limita a fijar los hitos de las seis edades en que se divide el curso completo de la historia a lo largo de los 5857 años transcurridos desde la creación. De mucha menos trascendencia sería la obra propiamente histórica de Isidoro, integrada por una *Historia goda* (*De origine Gothorum*), seguida de las *Historias de los vándalos y de los suevos*, que estaban destinadas a cumplir una función legitimadora parecida a la de los otros historiadores bárbaros. Esta primera historiografía gótica no tendría continuidad; el estado visigodo fue destruido por la invasión musulmana y la historiografía cristiana posterior tuvo que rehacer la tarea para acomodar la legitimación a la monarquía asturiana, fingiendo una continuidad del reino visigodo con el de Asturias e inventando genealogías fantásticas de los nuevos caudillos para hacer creer que eran descendientes de príncipes godos refugiados en las montañas.[27]

(Sobre Beda, I, pp. 13-28); Richard Hodges, *The Anglo-saxon achievement*, Londres, Duckworth, 1989, pp. 102-115. Sobre Beda, además, Sterns, *The greater medieval historians*, pp. 83-92; su obra cronológica se analiza en Brost, *The ordering of time*, pp. 36-41. Sobre las crónicas posteriores V. H. Galbraith, «Historical research in medieval England» en *Kings and chroniclers*, Londres, Hambledon Press, 1982; M. T., Clanchy, *From memory to written record. England 1066-1307*, Oxford, Blackwell, 1993, pp. 100-101. Las obras históricas de Beda han sido utilizadas en la edición Bede, *Historical works*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1979, 2 vols. (las citas son de la cronología y de la vida de Beda, en el capítulo XXIV del libro quinto).

27. Uso el texto de las *Etimologías* en la edición bilingüe de J. Oroz y M. A. Marcos (Madrid, B. A. C., 1993-1995, 2 vols.), con un extenso estudio preliminar de Manuel C. Díaz y Díaz. La obra propiamente histórica en *Las historias de los godos. vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla*, edición y traducción de Cristóbal Rodríguez Alonso, León, C. E. I. San Isidoro, 1975. Sobre Juan de Bíclaro, o Biclara, que sería obispo de Gerona, y sobre la obra histórica de Isidoro, Kenneth Baxter Wolf, estudio preliminar de *Conquerors and chroniclers of early medieval Spain* (second edition), Liverpool, Liverpool University Press, 1999. Pedro Juan Galán, *El género historiográfico de la chronica*, pp. 81-172 (sobre el Biclarense) y 175-208 (sobre la crónica de Isidoro). Sobre la historiografía asturiana posterior, A. Barbero y M. Vigil, *La formación del feudalismo en la Península ibérica*, Barcelona, Crítica, 1978, pp. 236-247 y 263-278, y sobre el trasfondo político de la historiografía medieval hispánica, Jean-Pierre Barraqué et Béatrice Leroy, *Des écrits pour les rois*, Limoges, Pulim, 1999. Una visión de conjunto con traducciones fragmentarias que van desde la *Crónica albeldense* (883) al *Chronicon Pelagii ovetensis* (*c.* 1150) en Jesús E.Casariego, *Crónicas de los reinos de Asturias y León*, Madrid, Everest, 1985.

El último de los grandes nombres de esta historia bárbara es Pablo el Diácono o Paulus Diaconus (*c.* 720-799), hijo de una noble familia lombarda, educado en la corte de Pavia. Al caer el reino de los lombardos ante los ejércitos de Carlomagno, se refugió en el monasterio de Montecassino, donde escribió una *Historia romana* que completaría más adelante, después de visitar la corte de Carlomagno, con su obra más famosa, una *Historia de los lombardos* (*Historia langobardorum*) que era una justificación póstuma del «estado bárbaro desaparecido», presentado como el «heredero legítimo de la civilización romana». El libro nos explica la historia de los lombardos desde sus primeras migraciones, basándose a menudo en tradiciones orales, y pone especial atención en su instalación en Italia, señalando los personajes dramáticos de su historia, como Alboino, y el complejo proceso de su cristianización, que había comenzado en el arrianismo.[28]

Pablo iría, como hemos dicho, a la corte de Carlomagno, un centro de renacimiento cultural donde, con la pretendida recuperación del Imperio, se despertaría el interés por la cultura clásica. Einhard o Eginardo (*c.* 770-840), hombre de confianza del emperador, escribió una *Vida de Carlomagno* que tomaba como modelo las de Suetonio, y en especial la que éste había dedicado a Augusto. Obra de apología, la recuperación de la cultura clásica que se lleva a cabo en ella se limita a los aspectos formales y literarios, ya que Eginardo no tenía ningún interés en transcribir fielmente los documentos y los textos en que se inspiraba, como los diversos *Anales carolingios*, y cometía frecuentes errores. La recuperación real de la historiografía clásica —la de su sentido, y no la de su estilo— aún tardaría siglos.[29]

A esta serie de los «narradores de la historia bárbara» podría añadirse, aunque corresponda a una época más tardía, el islandés Snorri Sturluson (1179-1241), autor de una *Historia de los reyes de Noruega* (*Heimskringla*) que él mismo nos dice que ha basado en parte en «las listas genealógicas en que los

28. Paolo Diacono, *Storia dei longobardi*, edición bilingüe de Antonio Zanella, Milán, Rizzoli, 1993. Sobre este autor, además de Goffart (pp. 329-431), Donald Bullogh, «Ethnic history and the carolingians: an alternative reading of Paul the Deacons *Historia langobardorum*», en Holdsworth y Wiseman, *The inheritance of historiography*, pp. 85-105. La representatividad de estos autores que hemos citado nos la muestra la frecuencia con que los encontramos en las bibliotecas medievales: en la del monasterio de Reichenau, por ejemplo, los historiadores se reducían a poco más que Eusebio de Cesarea, Orosio, Flavio Josefo (en una versión latina), Isidoro de Sevilla, Beda, Gregorio de Tours y Eginardo (Judith Herrin, *The formation of Christendom*, Oxford, Blackwell, 1987, pp. 482-483).

29. Eginhard, *Vie de Charlemagne*, edición y traducción de Louis Halphen, París, Les Belles Lettres, 1994 y la introducción de Lewis Thorpe a Einhard and Notker the Stammerer (Notkerus Balbulus), *Two lives of Charlemagne*, Harmondswoth, Penguin, 1969. Sobre la obra de Notker y la existencia de una tradición cultural laica, en buena medida oral, Matthew Innes, «Memory, orality and literacy in an early medieval society», en *Past and Present*, n.° 158 (1998), pp. 3-36; Stern, *The Greater medieval historians*, pp. 97 y ss. *Anales del imperio carolingio (años 800-843)*, edición de Javier del Hoyo y Bienvenido Gazapo, Madrid, Akal, 1997. El volumen de Yitzhak Hen y Matthew Innes, eds., *The uses of the past in the early middle ages*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, y el texto de Rosamond McKitlerick, *History and its audiences*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, me han llegado demasiado tarde para poder sacar provecho de ellos.

reyes y otros grandes han fijado su ascendencia paterna, y en parte ha sido transcrita de los viejos cantos y los poemas épicos cuya recitación constituía una especie de diversión».[30]

Con el auge del feudalismo surgiría en la Europa occidental una nueva historiografía «caballeresca» puesta al servicio de las monarquías y de la aristocracia feudal: una historiografía que no se escribe exclusivamente en los monasterios, que se dirige a un público más amplio, y que adopta para ello las lenguas vulgares. Es el momento de los cantares de gesta, como el *Parsifal* o el cantar de Roland (donde la derrota del ejército carolingio en Roncesvalles —víctima, había dicho Eginardo, de «la perfidia vasca»—, se convierte en una victoria sobre más de cien mil sarracenos), por un lado, y de la nueva historiografía que tiene a reyes y caballeros como protagonistas, de otro.[31]

El resultado serán las historias de las cruzadas, como la crónica de Guillaume de Tyr (*c.* 1130-1186), escrita en latín, o como *La conquista de Constantinopla*, de Geoffroi de Villehardouin (*c.* 1150-*c.* 1213), que había sido uno de los caudillos de la cuarta cruzada: una de las primeras crónicas escritas en francés, que trata de justificar la actuación de los cruzados, sin dejar por ello de explicarnos los saqueos y las reglas de reparto del botín, que llevarían a que se ahorcara a algunos caballeros que habían querido robar por su cuenta. O como la de Jean de Joinville (1225-1317), que transformará sus recuerdos personales de la cruzada de Egipto, y de su cautividad al lado del rey, en una glorificación de Luis IX; la *Historia de San Luis*.[32]

Es también el momento de las *Grandes chroniques de France*, una compilación de obras históricas elaborada entre el siglo XIII y el XV en la abadía de Saint-Denis (de la cual se conservan más de cien manuscritos), de la *Historia de los reyes de Inglaterra*, (*Historia regum Britanniae*), de Geoffrey de Monmouth (muerto en 1155), uno de los libros más populares de su tiempo, que mezcla historia y ficción (hace arrancar su relato de la llegada de los troyanos a Inglaterra, y lo ameniza después con la historia de las conquistas de Arturo y de las profecías de Merlín), de la *General Estoria* de Alfonso X de Castilla (para quien la elaboración histórica estaba ligada a sus pretensiones imperiales), de las cuatro grandes crónicas catalanas (dos de las cuales, la de Munta-

30. A lo que agrega: «Y aunque ignoramos hasta qué punto estas obras son dignas de fe, sabemos que en la época antigua los eruditos las consideraban como tales». Snorri Sturluson, *Histoire des rois de Norvège*, Première partie, traducción, estudio preliminar y notas de F. X. Dillmann, París, Gallimard, 2000 (cita de p. 519).

31. Eginhard, 9 («wasconicam perfidiam»); en la *Chanson* se dice que los sarracenos han reunido en Zaragoza 400.000 hombres (LXVIII), y en Roncesvalles son tantos que Oliver estima *que mais nuls hom en tere nen vit plus* y que *cil devant sunt C. milie ad escuz* (LXXXII). Sobre las nuevas crónicas en lengua vulgar, Gabrielle M. Spiegel, «Social change and literary language. The textualization of the past in thirteenth-century old French historiography», en *The past as text. The theory and practice of medieval historiography*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press. 1999, pp. 178-194.

32. Villehardouin, *La conquête de Constantinople*, LVI. Una compilación de otros textos de crónicas de las cruzadas en Danielle Régnier-Bohler, ed., *Croisades et pèlerinages. Récits, chroniques et voyages en Terre Sainte, XII^e-XVI^e siècle*, París, Robert Laffont, 1997.

del y la del rey Pere el Cerimoniós, son sobre todo relatos de hechos vividos, escritos con una fuerte impronta personal), de las *Crónicas* de Pedro López de Ayala (1332-*c.* 1407), testimonio parcial y sesgado de un tiempo de guerras civiles en Castilla, o de esa gran celebración del mundo de la nobleza caballeresca que son las *Crónicas de Francia, Inglaterra y de los países vecinos* de Jean Froissart (*c.* 1337-*c.*1410), que nos explica, sobre la base de informaciones orales y de recuerdos personales, la gloria de la aristocracia en tiempos de la Guerra de los Cien Años —«las grandes maravillas y los hermosos hechos de armas que han tenido lugar a causa de las grandes guerras de Francia, de Inglaterra y de los países vecinos»—, de una manera pintoresca y superficial, lo que hace comprensible su éxito (se conservan más de cien manuscritos). Este testimonio del hombre que Allmand ha calificado como «el más importante de los corresponsales de guerra de la baja edad media», no nos sirve para nada, sin embargo, cuando lo que queremos es informarnos, no de las gestas de los caballeros, sino de los sufrimientos de la gente común en un siglo de peste y miseria.[33]

La visión del mundo elaborada por la Iglesia y por la nobleza, que establecieron conjuntamente la teoría de los tres órdenes o estados —los caballeros, los clérigos y los que trabajan— para justificar su situación de privilegio con una pretensión de «división social» de las responsabilidades colectivas, tenía su fundamento en la interpretación de la historia escrita en los monasterios y las cortes. Contra ella los disidentes y los excluidos construirían una versión alternativa, expresada en el terreno religioso por la herejía popular igualitaria —que tenía su propia literatura, perdida en buena medida como consecuencia de la represión— o por visiones milenaristas asentadas en modelos proféticos como el de Gioacchino da Fiore (*c.* 1132-1202), que en el *Libro de las figuras* presentaba una compleja articulación de etapas cósmicas y trinitarias que le servían para anunciar que, después de la edad del Padre (el Antiguo Testamento) y de la del hijo (la del Evangelio), venía una tercera edad, la del Espíritu Santo, que se había iniciado ya, pero que culminaría —una vez fuera vencido el Anticristo y la Iglesia hubiera sido renovada— en unos tiempos de paz y de felicidad colectiva. El programa joaquimita incitaría a muchos a pensar que era necesario acelerar la plenitud de los nuevos tiempos con una participación activa en la reforma de la Iglesia y en la transformación de la sociedad. En el terreno civil, por otro lado, una cultura popular de sátira y degradación, expresada en la literatura y en la fiesta, ponía en duda la validez del ideal

33. Bernard Guenée, «Les Grandes Chroniques de France» en Pierre Nora, ed., *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, 1997, I, pp. 739-758; Antonia Grandsen, *Historical writing in England. II: c. 1307 to the early sixteenth century*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1982; Joachim Bumke, *Courtly culture. Literature and society in the high middle ages*, Berkeley, University of California Press, 1991; Francisco Rico, *Alfonso el Sabio y la General Estoria*, Barcelona, Ariel, 1975; Ludwig Vones, «Historiographie et politique: l'historiographie castillane aux ahords du XIV[e] siècle», en J. P. Genet, ed., *L'historiographie médiévale*, pp. 177-188; Jordi Rubió, *Història i historiografia*, Montserrat, Abadia, 1987; Christopher Allmand, *La guerra de los Cien años*, Barcelona, Crítica, 1990.

caballeresco,[34] de manera que los campesinos ingleses del siglo XIV, o los alemanes de principios del siglo XVI, habían dejado de creer que la estructura trinitaria de la sociedad estamental fuera «un reflejo divino de la división funcional del trabajo en la sociedad».[35]

Reflexión política y cambio en los modelos de explicación histórica habrían de ir forzosamente asociados. Fue, sin embargo en Italia, en un país en que coexistían las monarquías con las ciudades-estado republicanas, donde habría de surgir una visión del mundo que se expresaría en innovaciones culturales como el primer humanismo de Padua, el pensamiento político de Dante —que «quería superar el presente con los ojos fijos en el pasado»— o el arte realista de Giotto —que «captó la confianza en ellos mismos y el carácter práctico de los que vivían del comercio, estaban al frente del *comune* y extendían un control agresivo sobre el campo». Cuando la crisis del siglo XIV puso en evidencia las limitaciones de este mundo, los humanistas florentinos potenciaron su reflexión crítica y se reencontraron en sintonía con el tipo de visión civil y política de los viejos historiadores de la antigüedad clásica: lo que estaba empezando era, más que el renacimiento de la cultura clásica, el nacimiento de una nueva sociedad.[36]

34. Hay una amplísima literatura sobre estas cuestiones, de la cual me limitaré a recordar Bernard McGinn, *Visions of the end. Apocalyptic traditions in the middle ages*, New York, Columbia University Press, 1979, pp. 126-141; Marjorie Reeves and Beatrice Hirsch-Reich, *The figurae of Joachim of Fiore*, Oxford, Clarendon Press, 1972; Malcolm Lambert, *Medieval heresy. Popular movements from Bogumilto Hus*, Londres, Edward Arnold, 1977, pp. 101-102 y 186-197; Ann Williams, ed., *Prophecy and millenarianism. Essays in honour of Marjorie Reeves*, Londres, Longman, 1980; José Guadalajara, *Las profecías del Anticristo en la edad media*, Madrid, Gredos, 1996; P. J. Pou y Martí, *Visionarios, beguinos y fraticelos catalanes (siglos XII-XV)*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil Albert, 1996, etc. Sobre la cultura popular alternativa, véanse Bakhtin, Gurevich, Spierenburg, etc.

35. Sobre la literatura de los disidentes religiosos, Peter Biller y Anne Hudson, eds., *Heresy and literacy, 1000-1530*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994: Heinrich Fichtenau, *Heretics and scholas in the high middle ages, 1000-1200*, University Park, Pennsylvania State University Press, 1998. Sobre la del bogomilismo en concreto, Jordan Ivanov, *Livres et légendes bogomiles*, Paris, Maisonneuve et Larose, 1976; la de los cátaros es hoy objeto de divulgación. Sobre las ideas de los campesinos ingleses del siglo XIV: Rodney Hilton, *Bond men made free. Medieval peasant movements and the English rising of 1381*, Londres, Temple Smith, 1973 y Steven Justice, *Writing and rebellion. England in 1381*, Berkeley, University of California Press, 1996. La cita final es de Jurgen Bucking, «The Peasant War in the Habsburg Lands as a Social Systems-Conflict», en Bob Scribner y Gerhard Benecke, eds., *The German peasant war of 1525. New viewpoints*, Londres, Allen and Unwin,1979, pp. 160-173; cita literal de p. 163.

36. La caracterización del arte de Giotto es de Lauro Martines, *Power and imagination. City-states in Renaissance Italy*, New York, Knopf, 1979, pp. 249-250. La valoración del pensamiento político de Dante, de Antonio Gramsci, *Il Risorgimento*, Torino, Einaudi, 1949, p. 7.

3. RENACIMIENTO Y RENOVACIÓN DE LA HISTORIA

Hablar de humanismo y de renacimiento —o de humanismo renacentista, como se hace a menudo, ligando, y de algún modo identificando, los dos conceptos— significa entrar en un terreno confuso. Lo es, de entrada, por la necesidad de definir qué queremos significar con estas palabras, en especial cuando pretendemos aplicarlas tanto a la filosofía, como al arte, la ciencia, la literatura, etc.[1] En su sentido más amplio se puede irá a buscar el origen del renacimiento tan atrás como se quiera —es harto habitual hablar de «Renacimiento carolingio»— y se puede ver el humanismo como contrapuesto al escolasticismo (como el enfrentamiento entre retórica y dialéctica) o como un componente que se encuentra ya en el escolasticismo mismo, y hablar de humanismo escolástico.[2] Con conceptos vagos y lo suficientemente amplios es posible argumentar lo que se quiera. Unos ven al humanismo como un componente esencial de los grandes cambios políticos e ideológicos del final de la Edad Media y del comienzo de la modernidad; otros, hostiles a la utopía repu-

1. No es este el lugar para hacer una historia de las interpretaciones sobre el humanismo y el renacimiento, que nos dirían mucho más sobre los conceptos historiográficos de los siglos XIX y XX que sobre los de los siglos XV y XVI. Sería necesario comenzar en el siglo XVIII con Herder, pasar al XIX con Michelet —que según Lucien Febvre habría «creado el Renacimiento» (Lucien Febvre, *Michelet et la Renaissance*, Paris, Flammarion, 1992, p. 36)—, seguir con Burckhardt, Dilthey, Cassirer, Paul Oskar Kristeller, Chabod (*Escritos sobre el Renacimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990), Eugenio Garin (especialmente *La revolución cultural del Renacimiento*, Barcelona, Crítica, 1981), etc. Lo que está más claro es que el concepto de Renacimiento ha nacido paralelamente al de edad media, destinada a servir de intervalo que separa dos épocas.

2. La primera postura es, por ejemplo, la de Erika Rummel en *The humanist-scholastic debate in the Renaissance and Reformation*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1995, pese a que con muchos matices; la segunda, la de R. W. Southern, *Scholastic humanism and the unification of Europe*, I. Foundations (el único de los tres volúmenes anunciados que se ha publicado hasta ahora), Oxford, Blackwell, 1995, que hace del escolasticismo del siglo XII el precursor de un «humanismo científico», no precisamente literario, que reaparecería «en los desarrollos científicos de los siglos diecinueve y veinte» (p. 21), o la del desafortunado libro de Marcia L. Colish, *Medieval foundations of the Western intellectual tradition*, New Haven, Yale University Press, 1997. Una amplia colección de estudios se podrá encontrar en Albert Rabil, jr., ed., *Renaissance humanism. Foundations, forms and legacy*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1988, 3 vols. Sobre su influencia, Anthony Goodman y Angus MacKay, eds., *The impact of humanism on western Europe*, Londres, Longman, 1990.

blicana florentina —y, por regla general, a cualquier utopía—, pretenden ignorar cualquier contenido político y reducirlo a retórica. El humanismo es ambas cosas; retórica y política coexisten inseparablemente en él, aunque sea en diversas proporciones, según los casos. En lo que se refiere a la historia, en concreto, es necesario que nos acerquemos a él por los dos caminos paralelos de la filología y la política.[3]

En el origen aparece sobre todo la filología. El caso más famoso es el de Lorenzo Valla (1407-1457), un humanista que se esforzaba por recuperar la elegancia del latín de la antigüedad (*De elegantiis linguae latinae*), que comparaba los manuscritos griegos y latinos del Nuevo Testamento a fin de depurar el texto de la Vulgata (en las *Adnotationes in Novum testamentum*, que publicaría Erasmo), que realizó buenas traducciones de Heródoto y de Tucídides al latín y escribió una historia de Fernando I de Aragón (*Historiarum Ferdinandi regis Aragoniae*) imitando los modelos antiguos. Su fama la debe, sin embargo, a haber aplicado un método de investigación histórico-filológica al análisis de *La falsa donación de Constantino* (*De falso credita et ementita Constantini donatione*, 1440), gracias a lo cual se pudo denunciar la falsedad de la imaginaria donación por la cual el emperador Constantino habría transferido el poder temporal sobre Italia y sobre todas las provincias occidentales del imperio al papa Silvestre I. Valla, que estaba al servicio de Alfonso el Magnánimo, entonces en pugna con Roma, hizo una crítica demoledora de esta falsificación que los papas utilizaban para fomentar sus pretensiones de superioridad sobre los gobernantes civiles de Occidente. En su brillante demostración, escrita como una acusación judicial, probaba que el documento era inaceptable desde un punto de vista histórico, utilizaba argumentos arqueológicos e historiográficos para poner en evidencia que nadie había hablado de él durante siglos, y señalaba los anacronismos y las incoherencias del texto (donde se habla de sátrapas reunidos con los senadores de Roma o se alude a Constantinopla cuando aún no se había fundado), al lado de unos inexplicables errores de lenguaje («*princeps sacerdotibus*», en lugar de «*princeps sacerdotum*»), etc. El escrito de Valla no era propiamente un texto de crítica histórica, sino que tenía una intención política y religiosa, manifestada en el argumento final que sostenía que, aunque la donación hubiera sido auténtica, se habría extinguido por derecho en razón de los crímenes a los que había dado lugar, y expresaba su esperanza de que llegase un día en el que el papa llevase la paz al mundo en lugar de incitar a los cristianos a la guerra.[4]

3. Una buena introducción a este debate se encontrará en el libro de Eugenio Garin, *Umanisti artisti scienzati*, Roma, Riuniti, 1989. El miedo «post-1989» a la utopía lleva a Alberto Savinio a presentar una edición de *La città del sole* de Campanella (Milán, Adelphi, 1995) con estas palabras: «Como modelo de república a imitar "La ciudad del sol" es un modelo a no imitar» (p. 22).

4. Giovanni di Napoli, *Lorenzo Valla. Filosofia e religione nell'umanesimo italiano*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1971; Eugenio Garin, «Lorenzo Valla e l'umanesimo» en *Umanisti artisti scienzati*, pp. 75-89. Los textos se han usado en las ediciones de L. Valla, *Scritti filosofici e religiosi*, Florencia, Sansoni, 1953, la bilingüe de *La falsa donazione di Costantino*, a cargo de Olga Pugliese, Milán, Rizzoli, 1994 (hago citas de III, 10; XII, 38-39; XIV, 43-44 y XXIX, 94 y 99) y la de *Historiarum Ferdinandi*, facsímil, de Valencia, Anubar, 1970, con pró-

Más adelante la crítica filológica se aplicó sobre todo a la edición de textos —cuando, con la difusión de la imprenta, se hizo necesario comparar los diversos manuscritos de los clásicos para establecer versiones fiables— y no siempre se realizó con la competencia de Valla o de Angelo Poliziano (1454-1494). La mayoría de los humanistas no tenían una buena preparación filológica, e intervenían en los textos con interpretaciones poco fundamentadas.[5] En lo que se refiere a la historia —dejando de lado alguna excepción como la de Flavio Biondo (1392-1463), que escribió un conjunto de obras sobre antigüedades romanas (*Roma instaurata*, *Roma triumphans*, etc.) donde aclaraba los textos antiguos con elementos extraídos de los documentos, de la topografía o de los testimonios arqueológicos— los métodos críticos tardaron bastante en aplicarse. Dominaba en ella la retórica y se podían dar casos tan espectaculares como el de Giovanni Nanni, conocido como Annio de Viterbo (1432-1502), que fingió haber descubierto un conjunto de obras históricas antiguas perdidas, para fabricar una narración llena de detalles inventados de la historia de los pueblos europeos en la antigüedad. Las fabulaciones de Nanni son el primer capítulo de una familia de obras del mismo estilo, entre las cuales es necesario incluir las fantasías de los «cronicones» españoles del siglo XVII, como la *Población eclesiástica de España* de fray Gregorio de Argaiz que, entre otras maravillas, transcribía las cartas en que los judíos de Jerusalén consultaban a los de Toledo qué debían hacer con Jesucristo, una vez preso. Esta misma falta de sentido crítico explica que se aceptara la cronología establecida por la patrística —un libro de texto universitario español de mediados del siglo XIX sostenía aún que de la creación del mundo hasta entonces habían transcurrido menos de seis mil años— y que siguieran usándose las pautas proféticas de la historia cristiana como instrumento para conocer el futuro: en la Inglaterra del siglo XVII los partidarios de la «quinta monarquía» seguían analizando la visión de Daniel, y Newton estudiaba las profecías sobre el fin del mundo y escribía un tratado sobre *La cronología de los antiguos reinos corregida*, donde se pueden encontrar racionalizaciones de la mitología tan singulares como la que nos dice que en el año 1030 a.C. «Ceres, una mujer de Sicilia, buscando a su hija raptada, llega hasta el Ática, donde enseña a los griegos a sembrar trigo.»[6]

logo de Pedro López Elum. Ha sido «el descubrimiento accidental de las notas de Lorenzo Valla sobre el Nuevo Testamento» lo que ha estimulado a Erasmo a realizar su obra filológica (Joseph M. Levine, *The autonomy of history. Truth and method from Erasmus to Gibbon*, Chicago, University of Chicago Press, 1999, p. 27).

5. U. von Wilamowitz-Moellendorff, *Storia della filologia classica*, Turín, Einaudi, 1967; Rudolf Pfeiffer, *History of classical scholarship, 1300-1850*, Oxford, Clarendon Press, 1976; R. Weiss, *The Renaissance discovery of classical antiquity*, Oxford, Blackwell, 1973; Elizabeth L. Eisenstein, *The printing press as an agent of change*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980; Carlo Dionisotti, *Aldo Manuzio umanista e editore*, Milán, Il Polifilo, 1995; Edward John Kenney, *Testo e metodo*, Roma, GEI, 1995. etc.

6. Sobre los cronicones españoles, José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid, Alatar, 1981 (la edición original es de 1868) y Julio Caro Baroja, *Las falsifica-*

Los avances más interesantes en el campo de la historia no vendrían de la vertiente retórica del humanismo, que buscaba escribir relatos literarios acomodados estilísticamente a los modelos clásicos —un tratadista tardío, como Luis Cabrera de Córdoba (1559-1623), se mostraba preocupado sobre todo por temas como «el buen sonido de la oración» o «la antonomasia y epíteto»—, amenizados con escenas de batalla convencionales y con discursos imaginarios. «La exactitud de los hechos —ha dicho Frances A. Yates—, el uso de fuentes documentales y el análisis de las conexiones causales entre los sucesos eran cosas subsidiarias respecto del objetivo central de una historia verdadera: explicar la ética a través de ejemplos.» Sólo en algunos casos aislados, como en el de Paolo Giovio (1483-1552), que se ocupaba de temas contemporáneos y daba a la historia «un trato periodístico», el contenido informativo sería más importante que la retórica moralizante.[7]

Aunque los modelos clásicos proporcionaban unas interpretaciones formuladas en términos humanos, no sería su influencia literaria la causa principal que llevó a algunos historiadores a evolucionar hacia una historia de inspiración secular, sino las exigencias de la reflexión y de la práctica políticas. El renacimiento de los estudios literarios estuvo asociado a las necesidades derivadas del ascenso de la autonomía de las ciudades, que exigía que se formaran cancilleres, jueces y funcionarios, a la vez que buscaba fundamento histórico en los viejos modelos de la polis griega y de la república romana. «Así, la civi-

ciones de la historia (en relación con la de España), Barcelona, Seix Barral, 1992. Los textos comentados son de Fray Gregorio de Argaiz, *Población eclesiástica de España*, Madrid, 1667-1669, I, parte 2, pp. 91-95 y de Joaquín Federico de Rivera (catedrático «propietario» de historia en la Universidad de Valladolid), *Curso elemental de historia*, Valladolid, Aparicio, 1849, I, p. XIII. La persistencia de la fe en las falsificaciones se puede ver en una obra anónima, *La crisis Ferrérica*, Zaragoza, s.i., 1720, que se inicia con una frase de Mabillon pero defiende la veracidad de todas las fábulas tradicionales. Sobre Biondo, Eric Cochrane, *Historians and historiography in the Italian renaissance*, Chicago, University of Chicago Press, 1981, pp. 35-40. Sobre cronología, D. J. Wilcox, *The measure of time past*, Chicago, University of Chicago Press, 1987; A. Rupert Hall, *Isaac Newton adventurer in thought*, Oxford, Blackwell, 1992, pp. 339-348, 372-374 (sobre su extraña visión de una nueva Jerusalén donde los resucitados habitarían junto a los vivos), etc.; Michael White, *Isaac Newton. The last sorcerer*, Londres, Fourth estate, 1997; Issac Newton, *The chronology of ancient kingdoms amended*, Londres, 1728 (edición facsímil de Londres, Histories & Misteries of Man, 1988), cita de p.15, *Ecrits sur la réligion*, París, Gallimard, 1996, pp. 225-247 («Fragments d'un traité sur l'Apocalypse») y 249-262 («Du jour du jugement et du monde à venir»); Mario Miegge, *Il sogno del re di Babilonia. Profezia e storia da Thomas Muntzer a Isaac Newton*, Milán, Feltrinelli, 1995.

7. Frances A. Yates, «The history of history», en *Renaissance and reform: the Italian contribution* (Collected essays, II), Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983, pp. 89-93 (cita de la p. 89); la cita de Cabrera de Córdoba es de *De historia, para entenderla y escribirla*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1948, p. 11 (el texto es de 1611). Sobre la historiografía humanística en general, Donald R. Kelley, «Humanism and history», en Rabil, *Renaissance humanism*, III, pp. 236-270, etc. Un ejemplo de historia humanística convencional lo tenemos en las obras «hispánicas» de Lucio Marineo Siculo, como *De Aragoniae regibus et eorum rebus* (1509, traducción castellana, *Crónica de Aragón*, en 1524). Sobre Giovio, Cochrane, *Historians and historiography*, pp. 366-375 y Eduard Fueter, *Storia della storiografía moderna*, Milán, Ricciardi, 1970 pp. 65-71, que es quien le califica de «periodista».

lización humanística se presenta como una mediación entre la situación histórica actual y las formas político-culturales de la antigüedad.»[8]

Sería sobre todo en Florencia, una ciudad rica y avanzada, con una sociedad diversificada, que iba desde la opulencia de los banqueros a la insegura condición de los proletarios, donde se desarrollarían las nuevas ideas, en un medio de abogados y de notarios que unían la doble condición de letrados y de participantes activos en la vida pública. Esta vinculación a la política de hombres como Bruni, Maquiavelo o Guicciardini les llevó a enfocar el estudio de la historia a la luz de su propia experiencia, «uniendo la pasión del presente a la visión de un pasado» que se esforzaban en comprender en su realidad.[9]

Florencia sufriría una serie de crisis políticas entre 1402 y 1527, dentro del marco general del «choque entre las libertades de las ciudades-estado supervivientes y la expansión del despotismo de las grandes monarquías». En 1434 los Médicis habían conseguido controlar el gobierno y lo dirigieron durante sesenta años, sin abolir de hecho las instituciones republicanas, en una larga etapa de prosperidad que facilitaba la paz social. Su régimen se hundió en 1494, ante la invasión francesa, y entonces se estableció una nueva constitución republicana que otorgaba una mayor participación política a las capas medias y populares. Los años de esta etapa, que duraría hasta 1512, fueron tiempos de conmociones, que vieron la predicación de Savonarola —que mantenía que «era necesario instituir que la autoridad de distribuir los cargos y los honores resida en el pueblo entero» y para ello hizo construir la «sala de los quinientos» para el Gran Consejo del pueblo— y su muerte en la plaza pública, en medio de tensiones sociales, agravadas por la crisis económica. Desde 1512 a 1526 hubo un nuevo período de gobierno de los Médicis y una segunda fase republicana entre 1527 y 1530.[10]

En este escenario tan complejo y en este momento confuso se produjo la aparición de una conciencia política que se expresaría en nuevas formas de escribir la historia, anunciadas ya por Leonardo Bruni (*c.* 1370-1444), que en la *Laudatio Florentinae urbis* unía al panegírico habitual del entorno físico y de la cultura el del regimiento político que hacía de la ciudad «una suprema

8. Maurizio Ferraris, *Storia dell'ermeneutica*, Milán, Bompiani, 1988, p. 31; Antonia Grandsen, *Historical writing in England*, II, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1982 p. 469; John Hale, *La civilización del Renacimiento en Europa, 1450-1620*, Barcelona, Crítica, 1993, p. 195; Beatrice Reynolds, «Shifting Currents in Historical Criticism», en P. O. Kristeller y P. P. Wiener, eds., *Renaissance Essays*, Nueva York, Harper and Row, 1968, pp. 115-136.

9. Denis Hay, *Profilo storico del Rinascimento italiano*, Florencia, Sansoni, 1970; Lauro Martines, *The social world of the Florentine humanists. 1390-1460*, Princeton, Princeton University Press, 1963, y *Power and imagination. City-states in renaissance Italy*, Nueva York, A. A. Knopf, 1979; Eugenio Garin, «Los cancilleres humanistas de la república florentina», en *La revolución cultural del Renacimiento*, pp. 73-105.

10. Felix Gilbert, *Machiavelli e Guicciardini. Pensiero politico e storiografía a Firenze nel Cinquecento*, Turín, Einaudi, 1970; Dale Kent, *The rise of the Medici. Faction in Florence, 1426-1434*, Oxford, Oxford University Press, 1978; J. R. Hale, *Florence and the Medici. The Pattern of Control*, Londres, Thames and Hudson, 1977; Eric Cochrane, *Florence in the Forgotten Centuries. 1527-1800*, Chicago, Chicago University Press, 1973; Richard C.Trexler, *Public life in renaissance Florence*, Ithaca, Cornell University Press, 1991.

y concordada república» y que en la *Historia del pueblo florentino* creó el modelo, que habría de seguir más adelante Maquiavelo, de una identificación entre Florencia y la Roma republicana, como un método para elaborar un tipo de historia que pudiera servir de base a una reflexión general sobre la sociedad, consecuente con su propósito de ligar la filosofía y la política.[11]

Nicolás Maquiavelo (1469-1527) era hijo de un humanista y recibió una excelente educación (entre los libros que tenía su padre sabemos que figuraban las *Décadas* de Tito Livio). Sus primeros años de actividad parecen haber estado dedicados al mundo de los negocios; entró en 1498 al servicio político de Florencia, y pese a que su posición social —pertenecía a la rama empobrecida de una buena familia— no le permitía optar a cargos como el de embajador o gobernador, a los que sí pudo acceder su amigo Guicciardini, tuvo responsabilidades importantes e hizo un trabajo diplomático de primer orden. En el terreno de la política interior dio su apoyo a la república contra la aristocracia, de manera que los Médicis lo destituyeron del cargo que desempeñaba en la cancillería en 1512, lo encarcelaron y torturaron —le quedarían de ello, nos dirá, «seis marcas de cuerda en la espalda»— a causa de haber sido denunciado falsamente como participante en una conjura, y lo enviaron al exilio. Fueron estos años de ocio político en el campo —jugando a cartas en la taberna con «un carnicero, un molinero y dos panaderos» y leyendo los clásicos de noche— los que le permitieron llevar a cabo su obra de literato y de teórico de la política. Recuperó más adelante el favor de los Medicis y el cardenal Julio lo protegió y llamó a Roma en 1524, al convertirse en papa bajo el nombre de Clemente VII. La restauración de la república en Florencia, en mayo del 1527, despertó en él la esperanza de que le volviesen a llamar a su antiguo puesto en la cancillería —nunca abdicó de sus ideas republicanas—, pero en Florencia no se fiaban de él, de manera que un Maquiavelo amargado y enfermo moriría poco después, dolido por este rechazo. Sus obras serían muy pronto condenadas por la Iglesia, incluso las *Istorie fiorentine*, que habían sido escritas a instancias del papa Clemente VII y publicadas con autorización del pontífice (después de algunos intentos de someterlas a corrección, la Inquisición decidió que era el autor mismo quien debía ser condenado).[12]

11. Hans Baron, *The crisis of the early Italian renaissance. Civic humanism and republican liberty in an age of classicism and tyranny*, Princeton, Princeton University Press, 1966 (segunda edición revisada); *In search of florentine civic humanism. Essays on the transition from medieval to modern thought*, Princeton, Princeton University Press, 1988, 2 vols. (Citas de I, p. 46 y p. 92). Una valoración actual de la obra de Baron se puede hallar en el «forum» que le dedicó *American historical review*, febrero de 1996, pp. 107-144 y una de Baron y de Bruni a la vez, en Eugenio Garin, «Leonardo Bruni: politica e cultura», en *Umanisti artisti scienzati*, pp. 35-47. La *Laudatio* se ha usado en la traducción italiana, *Panegirico della città di Firenze*, Florencia, La Nuova Italia, 1974 (una cita de p. 83). Benjamin G. Kohl y Ronald G. Witt, *The earthly republic. Italian humanists on government and society*, Manchester, Manchester University Press, 1978; Gene Brucker, *The civic world of early renaissance Florence*, Princeton, Princeton University Press, 1977.

12. La bibliografía sobre Maquiavelo es inmensa y aumenta cada día. En lo referente a la biografía se ha usado sobre todo la de Roberto Ridolfi, *Vita di Niccolò Machiavelli*, que se ha utilizado en su séptima edición ampliada de Florencia, Sansoni, 1978. Se han utilizado, además, Federico Chabod, *Scritti su Machiavelli*, Torino, Einaudi,1964; el libro tradicional, ya citado, de

Maquiavelo es famoso, y difamado, por su reflexión política en *El príncipe*, un pequeño texto escrito en 1513: un tratado destinado a los Médicis, en espera de obtener de ellos algún trabajo para salir de la pobreza, que presentaba como una muestra de que «los quince años que he dedicado al estudio del arte no los he pasado ni durmiendo ni jugando». Se publicó en 1532, cinco años después de su muerte —el único escrito político de Maquiavelo impreso en vida del autor sería el *Arte de la guerra*— y fue condenado por el Índice de libros prohibidos desde 1557. *El Príncipe* es una muestra de realismo político —«siendo mi intención escribir alguna cosa útil a quien la lea, me ha parecido conveniente ir a la verdad efectiva de la cosa, en lugar de a su imaginación»— que se nutre de su experiencia política y que se presenta como un tratado de conducta política para un «príncipe nuevo» en las condiciones peculiares de la Italia de aquel momento. Todos los estados, dice al principio, son o bien repúblicas o bien principados. En este libro trata sólo de los principados —que es lo que podía interesar a los Médicis de vuelta al poder—, porque de las repúblicas lo ha hecho en otro lugar —en los *Discorsi*, a los que nos referiremos a continuación— y lo hace en un texto de un pragmatismo sorprendente, que transforma en principios generales la suma de las observaciones vividas y de las lecturas de los clásicos. Estos principios se dirigen a explicar el funcionamiento interno de los estados: en toda ciudad, dice, existen los grandes y el pueblo, «el pueblo desea no ser mandado ni oprimido por los grandes, y los grandes desean mandar y oprimir al pueblo, y de estos dos deseos diversos nace en la ciudad uno de estos tres efectos: o principado, o libertad o licencia». La forma en que el príncipe ha de conducirse para poder mantenerse en el poder es analizada con realismo, señalando, por ejemplo, que un príncipe no puede ser siempre bueno «en medio de tantos que no son buenos», o que conviene que sea temido, sin que ello signifique que deba de ser necesariamente odiado.[13]

Más importante que *El príncipe*, pero mucho menos conocido, es el otro tratado político de Maquiavelo: los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (*Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*), donde se ocupa de las repúblicas y de la «dolcezza del vivere libero». Una obra, publicada también des-

Felix Gilbert, *Machiavelli e Guicciardini*; Josef Macek, *Machiavelli e il machiavellismo*, Florencia, La Nuova Italia, 1980; Carlo Dionisiotti, *Machiavellerie*, Turín, Einaudi, 1980; Genaro Sasso, *Niccolò Machiavelli*, Bolonia, Il Mulino, 1980; Sebastian di Grazia, *Machiavelli in hell*, Princeton, Princeton University Press, 1989; Frances A. Yates, «Not a machiavellian», en *Renaissance and reform: the Italian contribution*, pp. 94-100; J. N. Stephens y H.C.Butters, «New light on Machiavelli», en *English Historical Review*, XCVII (1982), n.º 382, pp. 54-69, etc. El verso sobre las marcas de cuerda en la espalda es del poema «A Giuliano di Lorenzo de Medici», en *Il teatro e tutti gli scritti letterari*, ed. de Franco Gaeta, Milán, Feltrinelli, 1965, p. 362. Cito también la famosa carta de Maquiavelo a Francesco Vettori del 10 de diciembre de 1513 en la que éste describe la vida que hace en su retiro, mientras escribe *El príncipe* (en *Cartas privadas de Nicolás Maquiavelo*, traducción y notas de L. A. Arocena, Buenos Aires, Eudeba, 1979, pp. 114-120).

13. He usado *Il Principe* en la edición de Giorgio Inglese (Turín, Einaudi, 1995). Los textos que se citan proceden respectivamente de los capítulos 15, 1, 9 y 17.

pués de su muerte, que no es un mero ejercicio de interpretación de Tito Livio, sino que, como todas las suyas, mezcla «el conocimiento de las cosas antiguas y de las modernas» —las lecturas de los viejos autores con sus observaciones— a fin de interpretar y explicar el mundo real en una época de crisis en que lo que se estaba planteando a los ciudadanos era la opción entre el gobierno democrático y el absolutismo monárquico, en aquellos momentos en ascenso en Europa. Los *Discorsi*, que hacen de Maquiavelo el más importante teórico renacentista del republicanismo, influyeron en el pensamiento democrático europeo de los siglos siguientes, desde los revolucionarios ingleses del siglo XVII a Montesquieu.[14]

En los *Discorsi* la lección de los hechos de la antigüedad griega o romana (la historia entendida como fuente de conocimiento a través de la acumulación de las experiencias del pasado) se asocia a los comentarios sobre la política italiana o francesa de su tiempo para extraer unas consecuencias generales, de alcance universal. Cuando escribe «es cosa sencilla entender de dónde nace en los pueblos este deseo de vivir libre: porque se ve por experiencia que las ciudades no han aumentado nunca de dominio ni de riqueza, sino mientras han permanecido en libertad (...), porque no es el bien particular sino el común el que hace grandes a las ciudades, y sin duda alguna, este bien común no puede observarse más que en las repúblicas», resulta evidente que está pensando en el presente. Maquiavelo asocia historia y política, no al estilo de los humanistas retóricos, sino de manera pragmática, utilizando la historia para explicar el presente y renunciando deliberadamente a adornar sus escritos con «cláusulas amplias o palabras ampulosas».[15]

La reflexión política se halla también asociada a su obra propiamente histórica, las *Istorie fiorentine*, que explican la evolución de su ciudad hasta 1492. Al inicio mismo de este libro nos dice que no quiere seguir el modelo de sus predecesores que se han ocupado sobre todo de las guerras de los florentinos con príncipes y pueblos extranjeros, pero no han dicho nada de las discordias interiores de la ciudad y de sus consecuencias, porque «si alguna lección les es útil a los ciudadanos que gobiernan las repúblicas es la que muestra la causa de los odios y las divisiones de la ciudad». El libro segundo nos explica el enfrentamiento entre la aristocracia y el pueblo (dividido a su vez en tres clases: potente, mediocre y bajo) que llevó a la ruina de la nobleza, y el tercero, la pugna que se produjo entre el pueblo y la plebe. Su realismo le lleva a

14. Los *Discorsi* se han utilizado en la excelente edición de Corrado Vivanti, con un buen estudio preliminar y una amplia anotación (N. Machiavelli, *Discorsi sopra la prima deca de Tito Livio*, Turín, Einaudi, 1980). Sobre el republicanismo de Maquiavelo, Gisela Bock, Quentin Skinner y Maurizio Viroli, eds., *Machiavelli and republicanism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990; Hans Baron, «Machiavelli the republican citizen and author of "The Prince"», en *In search of Florentine civic humanism*, II, pp. 101-151; J. G. A. Pocock, *The machiavellian moment. Florentine political thought and the atlantic republican tradition*, Princeton, Princeton University Press, 1975, etc.

15. El texto citado es de los *Discorsi*, II, 2. Hay también citas de *El principe*, dedicatoria, y de las *Istorie fiorentine*, II, 34.

afirmar que las leyes no se hacen para la utilidad pública, sino para la privada «no según el vivir libre, sino según la ambición de aquella parte que ha triunfado», de lo que se sigue que las divisiones políticas se perpetúen. La lucidez con que entiende la formación de la conciencia social de los grupos y los móviles de las actuaciones colectivas llega a un momento culminante en el discurso en que hace que uno de los plebeyos rebeldes —«uno de los más valientes y de mayor experiencia»— explique su visión de la sociedad, donde «sólo la pobreza y la riqueza nos hacen desiguales», y donde la riqueza se obtiene con la violencia o el engaño: «Dios y la naturaleza han puesto todas las riquezas en medio de los hombres, las cuales se obtienen más con la rapiña que con el trabajo, más con las malas que con las buenas artes: de aquí viene que los hombres se coman los unos a los otros y que siempre le toque la peor parte a quien menos puede».[16]

Francesco Guicciardini (1483-1540), de buena familia y amigo personal de Maquiavelo, era un abogado de éxito antes de incorporarse a la política en 1511, favorecido por un matrimonio brillante, y de ser designado embajador ante Fernando el Católico en 1522. Se hallaba en España cuando los Médicis volvieron al poder, y decidió pasarse al nuevo régimen, más cercano a sus convicciones que el republicano, lo que le permitió proseguir una brillante carrera en unos tiempos confusos en que Italia era escenario de las luchas entre españoles y franceses, y en que era necesario llevar a cabo una complicada gestión de alianzas con unos y otros, si se quería conservar la independencia: «Todos vagamos en las tinieblas y con las manos atadas a la espalda para no poder parar los golpes» escribe Guicciardini a Maquiavelo hacia agosto de 1525. Al restablecerse la república en Florencia, en 1527, se encontró en una situación difícil, ya que debía defenderse de la acusación de ser «ladrón del dinero público, saqueador de nuestra tierra, hombre de vida privada odiosa, deseoso del retorno de los Médicis, amante de la tiranía (...), enemigo de la libertad común». Fueron los momentos de retiro posteriores a esta situación los que le llevaron a escribir historia como una forma de explicación de la compleja política que le había tocado vivir.[17]

Guicciardini y Maquiavelo eran amigos íntimos, como se puede observar en su correspondencia personal, llena de humor y cordialidad. Tenían diferencias políticas, puesto que Guicciardini era contrario a cualquier forma de democracia republicana —las alusiones al «pueblo» en la *Historia de Italia* están siempre llenas de desconfianza—, pero era natural que estas diferencias

16. Se ha usado la edición de las *Istorie fiorentine* de Franco Gaeta, Milán, Feltrinelli, 1962 (citas de proemio; II, 42; III, 5 y 13). Sobre este libro véase Gisela Bock, «Civil discord in Machiavelli's *Istorie Fiorentine*» en Bock, Skinner y Viroli, *Machiavelli and republicanism*, pp. 181-201 y el cuidadoso análisis de los materiales con los que Maquiavelo ha compuesto el libro segundo, y de la forma en que los ha escogido y combinado, que hace Anna Maria Cabrini en *Per una valutazione delle «Istorie fiorentine» del Machiavelli. Note sulle fonti del Secondo libro*, Florencia, La Nuova Italia, 1985.

17. Felix Gilbert, *Machiavelli e Guicciardini*. Los textos de Guicciardini se emplean en la edición de sus *Opere*, Milán, Ricciardi, 1953 (una cita de «Accusatoria», pp. 61-62).

permaneciesen minimizadas en una época en que Italia estaba «oprimida por las armas de los ultramontanos que, combatiendo entre ellos (...) desfogaban sobre su cuerpo sus apetencias inmoderadas». La diversidad de sus planteamientos, y de su talento, había de aparecer por fuerza en la escritura de la historia. Y no lo digo tanto por las *Consideraciones entorno a los Discursos de Maquiavelo*, en que las críticas de Guicciardini son de poca entidad, como por la forma en que estructuró su obra más ambiciosa, la *Historia de Italia*, que explicaba los acontecimientos desde el año 1492 hasta el 1534 (continuaba de alguna manera las inacabadas *Storie fiorentine* que él mismo había escrito hacia 1509).

Guicciardini se ocupaba en su libro del conjunto de Italia, y lo situaba incluso dentro del contexto europeo, ya que necesitaba explicar las actuaciones de los soberanos de otras potencias que intervinieron en Italia. Hacía una crónica puntual de los acontecimientos políticos y militares, y analizaba los actos y las motivaciones de los dirigentes con un realismo extraordinario, mostrando que el miedo y la codicia eran motivaciones dominantes de sus actos, o añadiendo observaciones tan sensatas como que: «Los hombres no son todos sabios, más bien son muy pocos los sabios, y quien quiere hacer pronósticos sobre las deliberaciones de los otros debe, si no quiere engañarse, tener en cuenta no tanto lo que haría verosímilmente un sabio, sino cómo son el cerebro y la naturaleza del que ha de deliberar». El realismo crítico de Guicciardini se mantiene hasta el final mismo de la obra: la última noticia que nos da, la elección del papa Paulo III, va acompañada del siguiente comentario: «Y acordaron los cardenales elegirlo con tanta más voluntad por el hecho de que, estando ya en el año sesenta y siete de su edad, y con fama de complexión débil y de poca salud (opinión estimulada por él mismo con alguna argucia) esperaban que el suyo sería un pontificado breve».

A diferencia de Maquiavelo, sin embargo, no entraba en las causas de las conmociones sociales (el «pueblo» era un factor de incertidumbre en su análisis), ni quería deducir principios generales de política, ya que la experiencia le había enseñado hasta qué punto el azar y la fortuna podían decidir los acontecimientos —«considere cada uno de cuántos pequeños accidentes dependen las cosas de gran importancia en las guerras»— y denunciaba que se tendiera a «atribuir siempre a consejo lo que a menudo ha procedido de la fortuna». Chabod nos dice que en Guicciardini «no hay nunca rastros de literatura o de abstracciones doctrinarias», sino que se basa en la experiencia y rehuye el recurso a los ejemplos antiguos, lo cual lo sitúa fuera del humanismo, en plena modernidad.[18]

18. La *Historia de Italia* se ha usado en la edición de Milán, Garzanti, 1988 (los textos citados directamente proceden de VII, 10; XIV, 5; XIV, 9 y XX, 7, con una modificación en este último caso); pero también se ha empleado una vieja edición de Venecia, Pasini, 1623, que si bien tiene el inconveniente de no presentar división en capítulos, contiene las notas marginales que faltan en la moderna. El texto sobre la situación de Italia que se cita es de la «Vida» que figura delante de esta edición veneciana, p. 6. F. Chabod, «Francesco Guicciardini» en *Escritos sobre el renacimiento*, pp. 193-304; Mark Phillips, *Francesco Guicciardini: The historian's craft*, Manchester, Manchester University Press, 1977. Las opiniones de Guicciardini hostiles a la democracia republicana se pueden ver en «Ricordi», 65, 109 y 140 (en la edición de las *Opere* citada, pp. 111, 119 y 126).

La *Historia de Italia* era un libro ambicioso, una crónica política de una amplitud sin precedentes, que muy pronto se convertiría en modelo a imitar por los historiadores «nacionales» de las monarquías del occidente europeo. En el viejo debate humanístico sobre la importancia relativa de la «fortuna» y de la «virtud», que en Maquiavelo se había de resolver por fuerza a favor de la «virtud», Guicciardini se situaba del lado de la «fortuna». No se trataba, sin embargo, de una opción filosófica, sino de una consecuencia directa de su experiencia de gobernante, que le llevaba a poner una atención, tal vez excesiva, en el detalle y en la contingencia, pero que le daba una gran agudeza para interpretar las acciones concretas de los hombres.

El libro produjo entusiasmo en su tiempo. De 1568 a 1599 se tradujo al francés, alemán, inglés, español y neerlandés. Montaigne elogiaba su veracidad y exactitud, si bien criticaba su tendencia a buscar causas mezquinas o interesadas a todas las acciones, y Bodin lo admiraba. Esta valoración cambió con Ranke, a quien repugnaba esta visión realista del mundo, lo que le llevó a desacreditarlo injustamente, pero ha vuelto a modificarse en el siglo XX, una vez restablecida la confianza en sus fuentes y en su método. Gilbert considera la *Historia de Italia* como «la primera gran obra de la historiografía moderna» y Fueter elogia su «aversión a las reglas teóricas», lo compara favorablemente con Maquiavelo y le considera modelo del oficio de historiador.[19]

La vieja historia humanística de vocación retórica fue fosilizándose y convirtiéndose en un conjunto de fórmulas: los tratadistas italianos del «ars historica» acabaron, a fines del siglo XVI, en una mera preocupación estilística. Un intento de aplicar sus métodos a una narración histórica «sagrada» llevó a una situación conflictiva: Paolo Sarpi (1562-1623), un servita veneciano de cultura humanística y de profunda religiosidad —un hombre que mantenía correspondencia con Galileo, quien sostenía que no había nadie en Europa con más conocimientos de matemáticas que Sarpi, y a quien quería san Carlos Borromeo como director espiritual—, enfrentado políticamente a Roma como veneciano que era (un intento de apuñalarlo en la calle, en 1607, sería atribuido a esta causa), escribió una gran historia del Concilio de Trento. El libro, que ha sido considerado de una ambición e importancia comparables a las de la *Historia de Italia* de Guicciardini, estaba inspirado en actitudes reformistas moderadas y se publicó en 1619 en Londres como obra de Pietro Soave Polano, tal vez sin su consentimiento, con el provocador título de *Historia del Concilio tridentino en la que se descubren todos los artificios de la corte de Roma para impedir que (...) se tratara de la reforma del papado y de la Iglesia* y con una introducción de Antonio de Dominis, arzobispo de Spalato, que se había convertido al anglicanismo. Sarpi eliminaría este prólogo en una nueva edición «revisada y corregida» que se publicó en Ginebra en 1629, pero eso no impidió que el libro fuese condenado en el Índice.[20]

19. Cochrane, *Historians and historiography*, pp. 295-305; Montaigne, *Essais*, II, 10; Gilbert, *Machiavelli e Guicciardini*, p. 255; Fueter, *Storia della storiografía moderna*, p. 98.

20. Girolamo Cotroneo, *I trattatisti dell'«Ars historica»*, Nápoles, Giannini, 1971. Sobre Sarpi y su libro, Florence A. Yates, «Paolo Sarpi's History of the Council of Trent» y «A new edi-

Mientras tanto la influencia de Guicciardini se dejaba sentir en las historiografías nacionales de los países absolutistas. En Francia lo haría sobre la escuela denominada de la «historia perfecta», con Pasquier y La Popelinière. Étienne Pasquier (1529-1615) escribió las *Recherches de la France*, una gran compilación en diez volúmenes, publicada entre 1560 y 1621, que pretendía ser una «biografía» de la nación francesa, que hacía arrancar en los galos, olvidando la vieja fábula de los orígenes troyanos. Escribía en francés para hablar de Francia, separándose abiertamente de los humanistas que se ocupaban siempre de Grecia y Roma, y era considerablemente innovador en el uso de los textos y de los documentos, que citaba puntualmente. A La Popelinière (1541-1608), que había escrito una *Historia de Francia* donde analizaba las guerras de religión, su propio trabajo le había convencido de la inutilidad de los libros de historia que consultaba y lo llevó a sostener que «saber la historia no consiste en recordar los hechos y los acontecimientos humanos», sino que era necesario, sobre todo, «conocer los motivos y las verdaderas ocasiones de estos hechos y accidentes». Años después desarrollaría estas ideas en *L'histoire des histoires, avec l'idée de l'histoire accomplie* (1599), donde, a la vez, criticaba a Bodin por haber querido hacer de la historia un arte general de conocimiento.[21]

El más influyente de los teóricos franceses de la historia en estos tiempos sería Jean Bodin (1530-1596), que escribió una ambiciosa reflexión teórica sobre la interpretación de la historia, *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* (1566), que no es propiamente una «*ars historica*», ya que no se interesa por la forma de escribirla, sino esencialmente por su utilización como herramienta de una visión global de la política —no para el conocimiento del pasado, sino para la inteligencia del presente— que lo conduciría a su obra fundamental, *Los seis libros de la república* (1576), donde propone un arte de la política basado en su filosofía de la historia. Bodin dividía lo que él llamaba historia en tres campos: la «natural», que estudia las causas que operan en la naturaleza; «la sagrada», que se ocupa de las manifestaciones divinas y, finalmente, «la historia humana», que «expone las gestas del hombre a través de las sociedades». En el terreno de la historia humana la aportación más original de Bodin es seguramente su «teoría de los climas», que lo lleva a usar el conocimiento geográfico científico —basado en el sistema de medidas astronómicas de Tolomeo— como criterio de verificación del discurso de los historiadores, ya que si su localización determina la «naturaleza de los pueblos», podremos extraer de este conocimiento la regla para juzgar si lo que han dicho los his-

tion of Paolo Sarpi» en *Renaissance and reform: the Italian contribution*, pp. 189-222. Sobre el transfondo político, Federico Chabod, «La política de Paolo Sarpi» en *Escritos sobre el renacimiento*, pp. 409-519.

21. George Huppert, *L'idée de l'histoire parfaite*, París, Flammarion, 1973; P. Bouteiller, «Un historien du XVI siècle: Etienne Pasquier», en *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, VI (1945), pp. 357-392; Corado Vivanti, «*Les Recherches de la France* d'Etienne Pasquier. L'invention des Gaulois» en Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1997, I, pp. 759-786.

toriadores corresponde o no a la «naturaleza» del pueblo del que hablan. Para entender a Bodin es necesario tener en cuenta, sin embargo, la compleja mezcla en su pensamiento de elementos de astrología y numerología, su obsesión por demonios y brujas —su *Démonomanie des sorciers* (1580), un libro infame que dio pie a nuevas persecuciones, contó con quince ediciones en veinticinco años y se tradujo al latín, al alemán y al italiano— sin olvidar tampoco el «misterio» que ha hecho pensar en una posible conversión oculta al judaísmo.[22]

La prometedora corriente de la «historia perfecta», que había nacido, tanto en Francia como en Italia, de la necesidad de enfrentarse a una época de conflicto y desconcierto, no sobrevivió al cierre ideológico del siglo XVII, sino que sus cultivadores serían asimilados a los «libertinos» y se dio apoyo oficial al irracionalismo teológico, que culminaría en el *Discurso sobre la historia universal* (1681) de Bossuet, donde todo se hace depender de la voluntad divina y no hay lugar ni para una causalidad humana ni para el azar, con lo cual toda posibilidad de historia quedaba negada (o relegada a formas de narración novelada, como las que proporcionaron grandes éxitos a César de Saint-Réal).

En la Castilla de los siglos XVI y XVII hallamos una serie de cronistas «oficiales» como Ocampo (*c.* 1495-1558), Morales (1513-1591), Sandoval (1553-1620), Garibay (1533-1599) o Herrera (1549-1625), más citados que leídos en su tiempo. En los reinos de la corona de Aragón, en cambio, el recuerdo de la propia historia tiene una función de defensa foral, como en el caso de Jerónimo de Zurita (1512-1580), una de las figuras más importantes de la historiografía hispánica de estos tiempos, o refleja la preocupación por conservar la personalidad propia dentro de una monarquía absorbente, como en el caso de Jeroni Pujades (1568-1635), autor de una *Crónica universal del Principado de Cataluña*. La aparición de la *Historia de España* (en latín en 1592 y en castellano en 1601) del jesuita Juan de Mariana (*c.* 1535-1624) cambiaría el panorama: su libro, de ínfimo valor científico, estaba destinado a ser la obra de referencia para los lectores españoles durante mucho tiempo (se seguiría reeditando hasta bien entrado el siglo XIX), lo que sirve para mostrar la escasa entidad de la historiografía castellana de los siglos XVI y XVII, dominada por los cronicones y por productos literarios pretenciosos como la *Corona gótica* de Saavedra Fajardo (1584-1648), que, pese a la acumulación de larguísimas citas de fuentes latinas, no es otra cosa que un texto de imaginación, con perlas como el relato de la batalla de Guadalete, incluyendo los discursos previos de Rodrigo y de «Tarif», que montado «en un caballo berberisco, (...) levantando

22. Marie Dominique Couzinet, *Histoire et méthode a la Renaissance. Une lecture de la Methodus de Jean Bodin*, París, Vrin, 1996; Girolamo Cotroneo, *Jean Bodin teorico della storia*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1966; Florence A. Yates, «The mistery of Jean Bodin» en *Ideas and ideals in the north European renaissance*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1984, pp. 139-152; A. C. Crombie, *Styles of scientific thinking in the European tradition*, Londres, Duckworth, 1994, III, pp. 1566-1572. Sobre su responsabilidad en la caza de brujas, Guy Bechtel, *La sorcière et l'occident*, París, Plon, 1997, pp. 330-340.

el brazo desnudo, empuñado el alfanje, le jugó de una y otra parte» mientras arengaba a sus soldados.[23]

Al lado, sin embargo, de estas historias generales, que tienen todas las taras retóricas de la corriente humanística, y de una historiografía de sucesos particulares (sobre la guerra de las Comunidades, la expulsión de los moriscos, etc.), se produjo en Castilla la eclosión de la historiografía indiana, que transmitía a un mundo conmocionado por los «descubrimientos» las gestas de los conquistadores y las maravillas de las nuevas tierras. A las *Décadas de Orbe novo*, de Pedro Mártir de Anglería (1459-1526), obra de primera hora hecha a partir de los relatos de los protagonistas, se añadiría muy pronto la *Historia general y natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo (1479-1557), que valoraba la observación personal —«todo esto depongo y afirmo como testigo de vista»— por encima de la tradición escrita; la *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, de Antonio de Herrera (1549-1625), nombrado cronista oficial de Indias, etc. Mucho más interesantes serían aún los testimonios personales del descubrimiento y la conquista, empezando por las *Cartas de relación* de Hernán Cortés y siguiendo por las narraciones de Bernal Díaz, Cabeza de Vaca, Cieza de León, etc. Sin olvidar la novedad que represen-

23. El estudio de conjunto más documentado de la historiografía castellana de este tiempo es el que hace José Cepeda Adán, «La historiografía barroca», en R. Menéndez Pidal, ed., *Historia de España*, XXVI, «El siglo del Quijote (1580-1680)», I, pp. 525-643, muy superior al viejo libro de B. Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía española*, Madrid, C.S.I.C., 1947-1950, 3 vols.; R. L. Kagan, «Clio and the crown: writing history in Habsburg Spain», en Richard L. Kagan and Geoffrey Parker, eds., *Spain, Europe and the Atlantic world. Essays in honour of John H. Elliott*, Cambridge, C.U.P., 1995, pp. 73-99; Fernando Sánchez Marcos, «La historiografía sobre la edad moderna», en José Andrés Gallego, ed., *Historia de la historiografía española*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1999, pp. 117-182. Los «cronistas» citados fueron objeto de muy pocas ediciones en su tiempo, cosa que contrasta con las muchas que tiene un libro generalmente ignorado por los especialistas, como es la *Historia pontifical y cathólica* de Gonzalo de Illescas, continuada posteriormente por Luis de Bavia, Fr. Marcos de Guadalajara y Juan Baños (seis volúmenes, entre 1565 y 1678), que era una autentica historia universal y que en alguno de sus volúmenes llegó a más de diez ediciones. Para una valoración «nacional-franquista» de Mariana, Manuel Ballesteros-Gaibrois, estudio preliminar en *Juan de Mariana, cantor de España*, Barcelona, Fe, 1941. Uso la *Corona gótica* de Saavedra Fajardo en la edición de Madrid, Andrés Garcia de la Iglesia, 1670 (el relato de la batalla que se cita en pp. 466-471), donde se indica que el segundo volumen es obra de Alonso Núñez de Castro, «compuesta de algunos originales que quedaron de D. Diego de Saavedra Faxardo». Sin embargo, había productos literarios más llanos y más simpáticos, como *El rey don Pedro defendido*, de Juan Antonio de Vera y Figueroa (Madrid, Francisco García, 1648), donde un relato sobre posibles encantamientos se resuelve con un «pero ninguno de los que lo cuentan lo cree, y yo menos» (f. 15v.). El centenario de Felipe II ha dado lugar a reediciones de las obras históricas de Luis Cabrera de Córdoba: *Relación de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614*, estudio preliminar de R. García Cárcel, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1997, e *Historia de Felipe II, rey de España*, ed. De J. Martínez Millán y C. J. de Carlos Morales, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1998, 3 vols. Para una visión de conjunto de la historiografía de la corona de Aragón, Agustí Alcoberro, «La historiografía de la Corona de Aragón en el reinado de Felipe II», en *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*, Madrid, Comisaría General de España en la Expo de Lisboa '98, 1998, III, pp. 7-28; sobre los cronistas aragoneses, Conde de la Viñaza, *Los cronistas de Aragón*, Zaragoza, Cortes de Aragón, 1986 (reproducción de la edición de 1904) y Antonio Peiró, *Ignacio de Asso y la Historia de la economía política de Aragón*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1998, pp. 13-23.

taba la aportación de los indígenas mismos, como Felipe Guamán Poma de Ayala o Hernando de Alvarado Tezozomoc. Estos libros hablaban de una forma viva y directa de tierras desconocidas donde había animales y plantas ignorados por los antiguos y donde vivían gentes con lenguas, costumbres y culturas diferentes. En algunos lugares se habían hallado grandes civilizaciones, con ciudades más pobladas que Roma o que Constantinopla, y con gentes que tenían memoria de su propia historia. El interés por la evangelización llevó a un estudio de la cultura misma que se quería destruir, que hizo de los misioneros unos precursores de la antropología moderna. Todo ello abrió un mundo nuevo de conocimiento y de debate, para el que no servían los antecedentes greco-romanos, sino que obligaba a plantear reflexionès innovadoras en terrenos muy diversos. Porque si el padre Las Casas (*c.* 1474-1566) denunciaba la destrucción de las Indias, fray Tomás de Mercado (*c.* 1530-1576) hacía lo mismo con los horrores de la esclavitud negra, a la vez que el estudio de los «tratos y contratos» y de la «revolución de los precios», provocada por la afluencia del oro americano, le llevaba a reflexionar sobre el dinero, como haría también el padre Azpilcueta (1493-1586) en su estudio sobre los cambios. Sin embargo, tampoco estas nuevas corrientes del estudio de la historia sobrevivirán al siglo XVII, y sólo dejarán su rastro en la reflexión política de los arbitristas.[24]

Lo que se salvó sobre todo de la herencia del Renacimiento fue el conjunto de los métodos de crítica filológica y el trabajo arqueológico. En una época de disputas religiosas, la erudición crítica de los reformistas obligó a la Iglesia católica a depurar sus textos de la carga de mitos que se les había ido agregando, y eso estimuló una actividad de la que son un buen ejemplo los bolandistas —los jesuitas que establecieron las actas de los santos, a fin de reivindicar el núcleo de veracidad histórica que había bajo la masa de fabulaciones— y los benedictinos maurinos, y en especial Jean Mabillon (1632-1707), que elaboró un cuerpo de métodos y reglas para el estudio de los documentos en *De re diplomatica* (1681, el mismo año de la publicación del *Discurso* de Bossuet), una obra en la que contó con el auxilio de otros eruditos benedictinos, como Baluze o Du Cange. No podemos, sin embargo, calificar a este libro, como algunos han hecho, de «obra maestra de la historia científica», ni presentar la línea que arranca de esta erudición documental y arqueológica como el origen de la historiografía moderna. Una cosa son las herramientas con las que el historiador actúa sobre sus materiales, y otra muy distinta la teoría que inspira el plan de búsqueda. En el primer terreno, la erudición de los bolandistas y de los maurinos, así como en España la de los grandes eruditos monásticos del siglo XVIII, fue de una importancia

24. Francisco Esteve Barba, *Historiografía indiana*, Madrid, Gredos, 1992/2; José Antonio Maravall, «Naturaleza e historia en el humanismo español», en *Estudios de historia del pensamiento español*, Madrid, Cultura Hispánica, 1984, II, pp. 195-216. Tomás de Mercado, *Suma de tratos y contratos*, edición de Nicolás Sánchez Albornoz, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1977, I, pp. 229-239, sobre la esclavitud negra. Buena parte de las crónicas de autores indígenas pueden hallarse, en excelentes ediciones, en la colección «Crónicas de América», publicada con motivo del «quinto centenario».

trascendental; en el segundo, que corresponde más propiamente a la historia, no aportaron gran cosa: Mabillon y Bossuet son perfectamente compatibles.[25]

Los métodos eruditos que usaba esta escuela de religiosos estaban siendo desarrollados también, en una versión laica, por aquellos que se dedicaban a la defensa de los derechos de los príncipes. En 1680 Leibniz, nombrado bibliotecario y consejero del duque de Hannover, se puso a escribir una historia de la casa de Braunschweig-Lüneburg a fin de «establecer objetivamente por la genealogía» sus derechos a un electorado, en tanto que descendientes de la familia Este, y recorrió los archivos de Alemania, Austria e Italia en busca de documentos, que estudió de acuerdo con los principios de la erudición. Su propósito parece haberse hecho gradualmente más ambicioso, hasta el punto que concibió la idea de escribir una historia universal que comenzara con los acontecimientos geológicos, si bien nunca consiguió acabarla.[26]

El caso de Leibniz, a quien la investigación histórica llevó a plantearse el problema de la evolución geológica, nos ha de ayudar a entender que los cambios en la forma de concebir la historia se producían en un contexto muy amplio y complejo. Fue por obra de «aquellos pedantísimos investigadores de antiguas historias» que empezó a modificarse la visión del mundo natural. La conquista del sentido de lo antiguo como historia —que permitía analizar las ideas del pasado como productos de un contexto cultural— y la revelación aportada por los descubrimientos de que en el mundo había muchas realidades —tierras, plantas, animales, hombres y culturas— que desconocían los hombres del pasado, aquellos pensadores de la antigüedad en los que hasta entonces se había basado el conocimiento, favoreció una actitud crítica que acabaría llevando a la revolución científica.[27]

Los científicos del Renacimiento comenzaron la demolición de la cosmología aristotélico-tomista que explicaba el mundo natural y que se completaba con una visión teológica del mundo humano, avanzando en dos direcciones distintas, pero no siempre antagónicas: la de la magia natural y la de la filosofía mecánica. Las innovaciones de estos «filósofos de la naturaleza» proponían unos elementos que habrían de integrarse a la larga en sistemas alternativos que explicaran conjuntamente el macrocosmos físico y el microcosmos humano, lo cual suponía una gravísima amenaza para el orden establecido. Un hombre como Giordano Bruno (1548-1600), que moriría en las hogueras de la Inquisición, asociaba elementos de magia natural con la defensa de la cosmología de Copérnico y con la propuesta de una religión natural sin dogmatismo ni intole-

25. La sobrevaloración de las técnicas eruditas, insinuada ya en Fueter, llega al máximo, casi delirante, en la obra de Blandine Barret-Kriegel, *Les historiens et la monarchie: I. Jean Mabillon. II: La défaite de l'érudition. III: Les Académies de l'histoire. IV: La République incertaine*, París, PUF, 1988. Más arriba nos hemos referido al caso de una obra española de 1720 que comienza citando a Mabillon para dar apoyo a todas las fábulas de los cronicones.

26. E. J. Aiton, *Leibniz. Una biografía*, Madrid, Alianza, 1992, *passim*; Claudine Cohen, *Le destin du mammouth*, París, Seuil, 1994, pp. 66-86.

27. Eugenio Garin, *L'umanesimo italiano. Filosofia e vita civile nel Rinascimento*, Bari, Laterza, 1970/4 (cita de la p. 16).

rancia. Campanella, impregnado de milenarismo joaquimita, expresaba su percepción de un vínculo entre la recuperación de la antigüedad, los descubrimientos geográficos y los avances de la ciencia con un programa de transformación de la sociedad, cuando escribía a Galileo en 1632: «Estas novedades de verdades antiguas, de nuevos mundos, nuevas estrellas, nuevas naciones, etc. son el anuncio de un siglo nuevo». Todo eso nos permite entender por qué decidió que el descubridor de la Ciudad del sol fuese un piloto de Colón.

Que estas novedades fueran «peligrosas» lo entendieron desde el primer momento los defensores del orden establecido, empezando por la Iglesia, como lo demuestra su actuación en el caso de Galileo. Al margen de las diversas especulaciones que se han hecho sobre las razones de su condena, podemos ver que Descartes, una vez comprendió que la Iglesia condenaba la afirmación del movimiento de la Tierra, abandonó la redacción de su gran obra sobre *El mundo*, ya que «si este punto de vista es falso, entonces también lo son los fundamentos de mi filosofía», y se contentó con publicar, en 1637, el *Discurso del método* con los tratados sobre «La dióptrica», «Los meteoros» y «La geometría», «que son ensayos de este método», renunciando a las grandes especulaciones cosmológicas.[28]

Los caminos que llevaron hacia el futuro la carga más positiva de la renovación renacentista en el terreno de la historia no tienen nada que ver con Bossuet y muy poco con Mabillon, sino que son harto complejos y circulan a menudo subterráneamente. Los puentes que van desde Maquiavelo a Montesquieu pasan por la teoría política de la revolución inglesa, por los libertinos franceses (como Gassendi, Molière o Cyrano, que debió conocer a Campanella en París y que escandalizó a sus contemporáneos comparando a los súbditos de los monarcas con esclavos o definiendo a la muerte como «esta gran nada»), por Galileo cuando descubría nuevos mundos celestiales en el *Sidereus nuncius*, por los participantes en la disputa «entre antiguos y modernos» (que llevará a Fontenelle a la primera formulación de una teoría del progreso) o por Spinoza, cuando recuperaba la ciencia del «vivere libero» para proclamar que la única finalidad lícita de la política era la libertad.

28. Alfonso Ingegno, *Filosofía e religione nel cinquecento italiano*, Florencia, Sansoni, 1977; Frances Yates, *Giordano Bruno e la tradizione ermetica*, Bari, Laterza, 1969, y *The Rosicrucian Enlightenment*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1972; J. G. Burke, «Hermetism as a Renaissance world view», en Robert S. Kinsman, ed., *The darker vision of the Renaissance*, Berkeley, University of California Press, 1974, pp. 95-117; Eugenio Garin, «Da Campanella a Vico», en *Dal Rinascimento all'Illuminismo. Studi e ricerche*, Pisa, Nistri-Lischi, 1970, pp. 79-117 (la carta de Campanella a Galileo en la p. 83); N. Badaloni, *Tommaso Campanella*, Milán, Feltrinelli, 1965; John M. Headley, *Tommaso Campanella and the transformation of the world*, Princeton, Princeton University Press, 1997; Michele Ciliberto, *Giordano Bruno*, Roma, Laterza, 1990; Stephen Gaukroger, *Descartes. An intellectual history*, Oxford, Clarendon Press, 1995, pp. 290-292; Geneviève Rodis-Lewis, *Descartes. Biographie*, París, Calmann-Lévy, 1995, pp. 141-184; utilizo los textos de Descartes en la edición del 350 aniversario, París, Fayard, 1987; sobre el contexto en que la filosofía de Descartes comenzó a ser considerada peligrosa y perseguida en Holanda, véase Steven Nadler, *Spinoza. A life*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 196-202 y *passim*; Jochen Schlobach, «Anciens et modernes, querelle» en Michel Delon, ed., *Dictionnaire européen des Lumières*, París, PUF, 1997, pp. 75-79.

4. LA ILUSTRACIÓN

El primer problema ante el que nos hallamos en el estudio de la «Ilustración» es el de definir de qué estamos hablando. El sentido que hoy damos a las palabras «las luces» e «Ilustración», nace del alemán *Aufklärung*. La palabra inglesa *enlightenment* no aparece en su sentido figurado hasta mediados del siglo XIX, y en Francia, país por excelencia de las *lumières*, el concepto global parece que surge también de forma muy tardía, en la obra de Taine.

Es cierto que se utilizaba la expresión «las luces» para hablar de los conocimientos adquiridos por la humanidad y que sus partidarios eran definidos como *eclairés*. Pero esta palabra no adquirió una dimensión activa, no llegó a tener un valor de conquista histórica, de acumulación progresiva. En la *Encyclopédie* hay un artículo «*lumière*» dedicado sobre todo a la física, sin implicaciones filosóficas, y Diderot no parece haber ido más allá de la asociación de los dos conceptos de filosofía y luz, en que el segundo término es complementario: «la filosofía avanza con paso de gigante y la luz la acompaña y sigue».

Para los hombres del *siècle des lumières* —que no sabían que su siglo fuera tal cosa— a eso se le llamaba sobre todo *philosophie*, y los ilustrados eran *philosophes*. Un *philosophe* era para Voltaire «el amante de la sabiduría y de la verdad», que tenía por enemigos a los fanáticos, ya que «el siglo de la filosofía es también el siglo del fanatismo».

El concepto de Ilustración nace en la Alemania de mediados del siglo XVIII, con un sentido más activo que el que nosotros acostumbramos a darle, ya que designa el acto de «iluminar» y no la iluminación resultante (un *Aufklärer* no es un «ilustrado», sino un «ilustrador»). Ya veremos, sin embargo, que no todo el mundo estaba de acuerdo sobre su alcance.

La diversidad de interpretaciones y la confusión dominan desde el origen en los estudios sobre la Ilustración, donde cada uno tira por donde le conviene, con interpretaciones que van desde la que veía a los «filósofos» franceses como unos conspiradores clandestinos contra la monarquía y la Iglesia, a la que se conforma con definir las ideas de la Ilustración como «las que comparten los hombres y las mujeres que participan en este movimiento», y se limita a hacer listas de los miembros de la *communauté des lumières*, definida circularmente. Entre estos dos extremos cabe casi cualquier cosa, incluyendo una pretendida «ilustración cristiana», denominación que parece contradictoria, ya que el cristianismo se basa en la revelación y en la tradición, y no en la razón

(la iglesia francesa condenó a Montesquieu, Voltaire, Buffon, la *Encyclopèdie*, etcétera y en 1770, explícitamente, la «libertad de pensar»).[1]

Una de las asociaciones más frecuentes, y más equívocas, es la que se establece entre la Ilustración y el absolutismo en el llamado «despotismo ilustrado», un concepto inventado por los prusianos en el siglo XIX. Voltaire tuvo que huir de Federico de Prusia, el pretendido «rey filósofo», en cuyo país, decía, «hay un número prodigioso de bayonetas y muy pocos libros», y Diderot denunció al mismo soberano en 1771, con unas palabras que van más allá de lo estrictamente personal: «El autor de la crítica es un gran señor, o al menos defiende la causa de sus antepasados como si los tuviera. Sea como fuere, nosotros continuaremos creyendo que hay menos inconvenientes en la ilustración que sube, que en la ilustración que baja; y no aceptaré en absoluto que un títere con título me insulte porque sea el último de su raza, a mí que tal

1. Utilizo aquí, además del artículo de la *Encyclopédie*, Pedro Álvarez de Miranda, *Palabras e ideas. El léxico de la ilustración temprana en España (1680-1760)*, Madrid, Real Academia Española, 1992 y diversos trabajos de Jacques Roger. Carl Becker hablaba de una «religión de la ilustración» que sostiene que el hombre es capaz, bajo la única luz de la razón, de mejorar la vida en la tierra, liberando las mentes de los hombres de las cadenas de la superstición y la ignorancia, y sus cuerpos, de la opresión arbitraria del orden social establecido. Paul Hazard, en *La crise de la conscience européene au XVIII^e siècle, 1680-1715*, (uso la edición de París, Fayard, 1981) y sobre todo en *La pensée européenne au XVIII^e siècle: de Montesquieu a Lessing* (París, Fayard, 1990; la edición original es de 1963), identificó el pensamiento europeo con el cristianismo y analizaba la Ilustración como un proceso a Dios y una lucha contra la religión revelada. Peter Gay en *The Enhlightenment: An interpretation* (1966 y 1999, 2 vols.) divide su análisis en dos partes: «El ascenso del moderno paganismo» y «La ciencia de la libertad», es decir, la emancipación de la tutela religiosa y lo que los ilustrados construyen para transformar su mundo. El silesiano (naturalizado sueco y huido a los Estados Unidos en la época nazi) Ernst Cassirer, publicó en 1932 su *Filosofía de la Ilustración*, un libro abstracto y simplificador —hay que tener en cuenta que Cassirer había desarrollado como filósofo neokantiano una teoría que sostiene que el hombre interpreta el mundo a través de un conjunto de representaciones simbólicas— que tiene el mérito, sin embargo, de haberse liberado del mito que sostenía que el siglo XVIII es ahistórico y lo denunciaba como «una consigna acuñada por el Romanticismo para luchar contra la filosofía de las luces» (*Filosofía de la ilustración*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, p. 222; la edición original es de 1951). Ira O. Wade, *The intellectual origins of the French enlightenment* y *The structure and form of the French enlightenment*, Princeton, Princeton University Press, 1971 y 1977 respectivamente, busca sus orígenes desde el Renacimiento y divide su evolución en dos etapas: la del «esprit philosophique» y la del «esprit révolutionnaire». La visión «circular» a la que me refiero es la de Daniel Roche, *Les républicains des lettres*, París Fayard, 1988 y *Le siècle des lumières en province*, París, EHESS, 1978, 2 vols. Las referencias se podrían multiplicar indefinidamente. Hay incluso una visión de la «Ilustración secreta» que sobrevalora la transcedencia de los núcleos que cultivaban la pornografía y que mantenían extraños grupos político-sexuales como el club de Leiden, al que pertenecían el inglés Wilkes (que tuvo que huir de su país como autor de una obra obscena) y el barón de Holbach (G. S. Rousseau, *Perilous enlightenment. Pre- and post-modern discourses, sexual, historical*, Manchester, Manchester University Press, 1991). Entre las aportaciones más recientes hay que señalar el intento de estudiarlo en una dimensión nacional (R. Porter y M. Teich, eds., *The Enlightenment in national context*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981) y, sobre todo, una visión social innovadora como es la de Thomas Munck, *The Enlightenment. A comparative social history 1721-1794*, Londres, Arnold, 2000.

vez soy el primero de la mía. Veo tantos ilustres ociosos deshonrar los laureles de sus antepasados, que hago más caso del burgués o del hombre común que no se hincha con los méritos ajenos».[2]

A mediados del siglo XX, por otro lado, nace una crítica de la Ilustración que la acusa de haber construido una visión abstracta y universalista del hombre, y sostiene que su racionalismo y la búsqueda de explicaciones totales, coherentes con las de la nueva ciencia, han llevado a los ilustrados a una concepción mecanicista del hombre y de la sociedad. Habrían pretendido que todo en el universo está determinado y que lo único que es necesario para conocer un acontecimiento es tener todos los datos sobre sus antecedentes. De este reduccionismo, y del hecho de haber imaginado que los hombres están todos cortados por el mismo patrón y que es posible pensar una sociedad ideal, de acuerdo con unas reglas deducidas racionalmente, nace la acusación que considera a la Ilustración responsable de todas las aberraciones que se hayan cometido en nombre de proyectos globales y, más en concreto, de todas las dictaduras del siglo XX. Horkheimer y Adorno escriben: «La abstracción, la herramienta de la Ilustración, trata a sus objetivos como lo hacía el destino, cuya noción rechaza: los liquida. Bajo el dominio nivelador de la abstracción (que dice que todo lo natural es repetible), y de la industria (para la cual la abstracción ordena la repetición), la libertad misma acabó formando este "rebaño" que Hegel ha declarado ser el resultado de la Ilustración», con aclaraciones como: «La horda que aparece tan netamente en la Juventud Hitleriana no es un retorno a la barbarie, sino el triunfo de la igualdad represiva». De ahí que un «liberal» como Isaiah Berlin reivindique contra la Ilustración, que sería la madre del marxismo, una tradición anti-ilustrada y equívoca, de donde salen tanto el «liberalismo» como el fascismo.[3]

La única forma de liberarnos de esta confusión es mantener unos elementos esenciales de definición, sin caer en la tentación de interpretar unitariamente un haz de corrientes que, teniendo elementos en común, pueden ser contradictorias en otros aspectos.[4] La Ilustración sería esencialmente pensamiento crítico, desconfianza hacia el saber establecido y el consentimiento universal: la defensa de la razón contra la convicción, del saber transformador contra la tradición.

La mayor de las limitaciones que tiene la forma de entender habitualmente la Ilustración, es que se limita a considerar una serie de autores, a estudiar las

2. Carta de Voltaire a D'Alembert del 9 de septiembre de 1752; Diderot, *Pages inédites contre un tyran*, Paris, GLM, 1937 (titulo que le dio Franco Venturi al publicarlo, en los años de su exilio antifascista). Para una condena explicita del gobierno «de un déspota justo e ilustrado» por parte de Diderot véase más adelante.

3. Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Dialectic of enlightenment*, Londres, Allen Lane, 1973, p. 13. Isaiah Berlin, *The magus of the north. Hamman and the origins of modern irrationalism*, Londres, John Murray, 1993.

4. No se puede olvidar, por ejemplo, que Diderot ha escrito una *Réfutation suivie de l'ouvrage d'Helvétius intitulé «L'homme»* o que Voltaire llegó a sentir un considerable menosprecio por Rousseau.

relaciones entre ellos y a analizar las influencias que sus libros han podido ejercer sobre sus lectores. Recientemente, sin embargo, está tomando cuerpo una nueva forma de entender los orígenes que pone una atención especial en la aparición de una «opinión pública» a partir de mediados del siglo XVII. Un fenómeno ligado al surgimiento de una auténtica «industria de la información» que multiplicó las impresiones de cartas, folletos, gacetas y, en general, de textos breves y accesibles a un público extenso, que se ocupaban de crítica política o reproducían todo tipo de noticias del momento.

Hoy sabemos cuál fue la importancia que tuvo en Italia y en Francia esta revolución de la información que llevaba a los propios historiadores a decir que vivían en un tiempo «lleno de noticias» y que obligó a los gobiernos a tomar historiadores a su servicio para combatir los efectos de la crítica (Luis XIV de Francia tenía en nómina a 19 historiadores, incluyendo a Jean Racine).[5] En Inglaterra, donde Robert Burton ya señalaba en 1622 que vivía en medio de un mundo donde se multiplicaban todo tipo de noticias públicas y privadas, la guerra civil y la revolución hicieron que este proceso se acelerase, hasta el punto de que se haya podido ver en él uno de los fundamentos del nacimiento de una cultura democrática.[6]

Esto sucedía en unas sociedades conmocionadas por los debates políticos que enfrentaban a las monarquías absolutas con las demandas de representatividad política, ante el repliegue de los poderes establecidos, que temían no sólo la oposición política directa, sino las consecuencias que podía acarrear a largo plazo la evolución que se estaba produciendo en la ciencia y la religión, que, al minar el viejo orden aristotélico-escolástico, debilitaba los fundamentos de la autoridad y animaba a hacer especulaciones sobre un posible orden mejor de la sociedad (no en vano es ésta una época de utopías subversivas: Thomas More, Campanella, Bacon, Hartlib, Harrington, Cyrano...).[7]

Campanella, que defendía una aproximación empírica al conocimiento científico, permaneció en prisión desde 1568 a 1626, Giordano Bruno fue quemado en 1600 y Lucio Vanini, en 1619. Galileo comenzó a tener problemas

5. Brendan Dooley, *The social history of skepticism. Experience and doubt in early modern culture*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1999 (sobre los «historiadores alquilados», por ejemplo, pp. 91-101).

6. David Zaret, *Origins of democratic culture. Printing, petitions, and the public sphere in early-modern England*, Princeton, Princeton University Press, 2000. Causas parecidas habrían dado lugar a la aparición en la Cataluña de mediados del siglo XVII de un tipo de literatura política destinada a un público amplio (véanse los dos volúmenes de *Escrits politics del segle XVII*, editados por Xavier Torres y Eva Serra, Barcelona, I. U. d'Història Jaume Vicens Vives, 1995).

7. Hay una abundantísima literatura general sobre las utopías —Pierre Versins, *Encyclopédie de l'utopie, des voyages extraordinaires et de la science fiction*, Lausanne, L'age d'homme, 1972; Raymond Trousson, *Historia de la literatura utópica*, Barcelona, Península, 1995, etc.— de escasa utilidad, precisamente por su carácter general. De todos modos el libro de Versins contiene una tabla cronológica (pp. 171-174) que permite ver que el género nace de hecho en el siglo XVI, con Thomas More, y tiene su florecimiento en el XVII, con 16 títulos. Hay que ir con cuidado, sin embargo, al interpretar a personajes complejos como Campanella, de quien hemos hablado antes.

con la Inquisición en 1616 y acabó procesado en 1623. En 1624 el Parlamento de París condenaba con la muerte los ataques a Aristóteles, y en 1628 Descartes se marchaba a Holanda, donde permaneció durante veinte años. En esta tierra de refugio desarrolló su visión mecanicista del mundo que inspiró la investigación científica de hombres como Christiaan Huygens (1629-1695) en los terrenos de las matemáticas y de la astronomía, así como también en la construcción de relojes de precisión.

Holanda era el lugar donde se habían reunido los judíos sefarditas huidos de España y Portugal, de los cuales nacería una línea de deístas como Uriel da Costa, de posibles ateos como Juan de Prado (que no creía en el más allá y pensaba que el mundo no ha sido creado sino que ha existido siempre bajo la misma forma y que seguirá existiendo por siempre) y, sobre todo, como ese personaje extraordinario que es Baruch Spinoza (1632-1677) que, expulsado de la comunidad judía, expuso sus concepciones filosóficas en el *Tractatus theologico-politicus* (1670), publicado anónimamente en Amsterdam y prohibido en seguida, donde nos pide que no sometamos la razón a una letra muerta que puede estar corrompida por la malicia humana, como las escrituras —que los teólogos usan para extraer de ellas «sus propias ideas inventadas arbitrariamente»—, sino que nos guiemos por la razón; donde sostiene que la finalidad propia del estado es la libertad (cosa que ha hecho que Antonio Negri sostenga que «es la obra que funda teóricamente el pensamiento político democrático moderno en Europa») y que «en una comunidad libre cada hombre puede pensar lo que quiera y decir lo que piensa». Desde el punto de vista de la historia, Spinoza, crítico de la validez histórica de la Biblia, representa un impulso muy importante hacia la secularización.

Esta revisión crítica no aparecerá tan sólo entre los judíos, sino también entre los protestantes descontentos del acomodo al orden establecido de las iglesias reformadas: los *collegianten* holandeses, por ejemplo, partían de las corrientes radicales del reformismo religioso e «hicieron una tempestuosa travesía de la fe a la razón». Al principio se dedicaban a leer la Biblia y a cantar himnos, pero después quisieron escuchar a gentes como Comenius (un obispo de la hermandad morava, obligado a abandonar su tierra checa), como Spinoza (fue un librero de su comunidad quien publicó el *Tractatus*) o como los socinianos que habían huido de Polonia y cuyas ideas fueron prohibidas incluso en Holanda en 1653 porque negaban la trinidad, la divinidad de Cristo o la providencia.[8]

8. Como marco general, Jonathan I. Israel, *The Dutch republic. Its rise, greatness, and fall, 1477-1806*, Oxford, Clarendon Press, 1995 (en especial el capítulo 34, «Intellectual life, 1650-1700»). Sobre los sefardíes, Gabriel Albiac, *La sinagoga vacía*, Madrid, Hiperión, 1987 y Henry Méchoulan, *Etre juif a Amsterdam au temps de Spinoza*, Paris, Albin Michel, 1991. Sobre Spinoza, Steven Nadler, *Spinoza. A life*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999; Yirmiyahu Yovel, *Spinoza and other heretics*, Princeton, Princeton University Press, 1989, 2 vols. (la cita de Antonio Negri es de *Spinoza sovversivo*, Roma, Pellicani, 1992). Sobre los «collegianten», Andrew C. Fix, *Prophecy and reason*, Princeton, Princeton University Press, 1991. Uso el *Tractatus* de Spinoza en la traducción inglesa de Samuel Shirley (Leiden, Brill, 1989).

Algunos de los componentes esenciales de la Ilustración procedían de las formas de libre pensamiento y de crítica del siglo XVII francés. Por un lado del libertinismo, donde se han de incluir nombres tan diversos como los de Gassendi, Molière o Cyrano (el escritor radical que ha sido caricaturizado por la leyenda).[9] Por otra, del pirronismo histórico, que implicaba una actitud de escepticismo ante los relatos históricos, al extender a los contenidos la actitud crítica que Mabillon limitaba a la validez de las fuentes. François de La Mothe Le Vayer (1588-1672), que fue preceptor de Luis XIV, significó una especie de enlace entre las nuevas corrientes y las viejas tradiciones escépticas que enseñaban a «substituir la verdad por la verosimilitud», dirigidas ahora contra las pretensiones del racionalismo cartesiano, pero también específicamente contra los abusos de los historiadores —llevaría a cabo una crítica demoledora de la *Historia del emperador Carlos V* de Sandoval— y, más en general, contra la credulidad en la historia (*Discurso sobre la poca certeza que hay en la historia*, 1668). Richard Simon (1638-1712) escandalizó a Bossuet con su *Historia crítica del viejo testamento* (1678), en la que quería aplicar criterios científicos al estudio del contenido de la Biblia: el autor fue expulsado de la orden religiosa a la que pertenecía y Bossuet consiguió que su libro fuera incluido en el Índice (y, de paso, condenó como vana curiosidad erudita el estudio de la historia, que había de reducirse al reconocimiento de la acción de la providencia). Pierre-Daniel Huet, obispo de Avranches (1630-1721), generalizó los principios del pirronismo en su *Traité philosophique de la foiblesse de l'esprit humain*, publicado después de su muerte, donde sostenía que «la verdad no puede ser conocida por el entendimiento humano, mediante la razón, con una perfecta y entera certidumbre», «que es necesario dudar y que este es el único medio de evitar los errores». Miembro tardío, pero representativo, del pirronismo histórico fue Bernard Le Bovier de Fontenelle (1657-1757), autor de una *Histoire des oracles*, que era en realidad la adaptación «amena» —escrita en «un estilo de charla»— de una obra del médico holandés Van Dale, donde se da una explicación «naturalista» del fenómeno; niega que tengan su origen en el demonio y sostiene que «grandes sectas de filósofos paganos no creían que hubiera nada sobrenatural en los oráculos» y que su decadencia y desaparición es un hecho perfectamente explicable en términos históricos.[10]

El fruto más importante de esta corriente, sin embargo, y el que tendría una mayor influencia en el desarrollo de la Ilustración sería la obra de Bayle. Pierre

9. J. S. Spink, *La libre pensée française. De Gassendi à Voltaire*, París, Editions Sociales, 1966. Parece ser que Molière y Cyrano habían estudiado filosofía con Gassendi (Louis Moland, *Vie de J.-B. P. Molière. Histoire de son théatre et de sa troupe*, París, Garnier, 1892, pp. 26-27).

10. Carlo Borghero, *La certezza e la storia. Cartesianismo, pirronismo e conoscenza storica*, Milán, Franco Angeli, 1983 (sobre La Mothe Le Vayer, pp. 57-83). Se hace una cita de La Mothe Le Vayer, «De l'ignorance louable» en *Dialogues faits à l'imitation des anciens*, París, Fayard, 1988, p. 216, y una de Pierre-Daniel Huet, *Traité philosophique de la foiblesse de l'esprit humain*, Londres, Nourse, 1741, p. 169; B.Fontenelle, *Histoire des oracles*, citas del prefacio y del capítulo VII. Sobre Fontenelle, sobrino de Corneille, «bel esprit» y científico frustrado, Elisabeth Badinter, *Les passions intellectuelles. I. Désirs de gloire (1735-1751)*, París, Fayard, 1999, pp. 31-36.

Bayle (1647-1706) había nacido en el sur de Francia, hijo de un pastor protestante y de familia pobre (tres inconvenientes para hacer una carrera literaria). En 1669, a los veintidós años, fue a Toulouse a estudiar al colegio de los jesuitas y se convirtió al catolicismo, del que abjuraría en 1670 para volver al protestantismo, movido por las presiones de su familia (y no sin peligro, ya que los relapsos eran condenados al exilio perpetuo del reino). Marchó a Ginebra para estudiar y tuvo que ejercer de preceptor para sobrevivir. En 1675 obtuvo la cátedra de filosofía de la academia protestante de Sedan, donde permaneció seis años, dedicado a la enseñanza. Admiraba cada vez más los escépticos y los libertinos, la ciencia de lo concreto, la historia y la erudición. Cerrada por el gobierno la academia donde trabajaba, tuvo que marchar a Rotterdam en 1681 y allí enseñó filosofía e historia en una escuela. Permanecería en esta ciudad veinticinco años, sin llegar no obstante a aprender neerlandés, y comenzaría entonces a publicar sus grandes obras, comenzando por *Pensées diverses sur la comète*, donde, con el pretexto de atacar las supersticiones sobre los cometas (el libro se escribe con motivo del de 1680) y de afirmar que los astros no tienen nada que ver con las libres acciones de los hombres, iba mucho más lejos: criticaba los milagros, el argumento de autoridad y la tradición, con opiniones tan arriesgadas como que «el ateísmo no conduce necesariamente a la corrupción de las costumbres», afirmación que desató la indignación de los ortodoxos de uno y otro bando («uno pasa casi por hereje, incluso entre los protestantes, cuando habla con fuerza en favor de la tolerancia», dirá).

En 1697 apareció en Rotterdam su *Dictionnaire historique et critique*. El libro había sido concebido inicialmente como una réplica crítica al *Grand dictionnaire historique* de Louis Moreri (1643-1680), una colección de noticias eruditas que llegaría a tener veintiuna ediciones, corregidas y muy ampliadas por sus continuadores (mientras la segunda edición, preparada aún por Moreri, tenía dos volúmenes, la vigésimoprimera, de 1759, tenía diez). El plan inicial de Bayle, sin embargo, cambió y el resultado fue otro tipo de «diccionario histórico», con un fuerte componente crítico, muy especialmente respecto de materias de historia eclesiástica —hablando de la monjas endemoniadas de Loudun, por ejemplo, explica racionalmente unos hechos de apariencia sobrenatural y comenta: «sabemos que el secreto de que aparezcan los muertos y de provocar visiones de la Santa virgen es conocido y practicado en los monasterios»—, y con una defensa constante de la tolerancia, o tal vez mejor, como ha dicho Elisabeth Labrousse, de la libertad de conciencia: en el artículo dedicado a Mahoma dirá que mientras los musulmanes, obligados por su ley a ejercer la violencia en materia de religión, se habían mostrado bastante tolerantes, los cristianos, que tienen el mandamiento de predicar, «exterminan a hierro y fuego a los que no son de su religión». Crítico en lo que se refiere a materias eclesiásticas, no entra nunca en cuestiones teológicas, ya que considera que el cristianismo está por encima de la razón.

Un artículo concreto puede dar idea del método de Bayle: Jean François Bagni, un eclesiástico francés que fue nombrado cardenal en 1629, tiene en el *Dictionnaire* un artículo de ocho líneas donde se hace poco más que señalar las deficiencias del que le había dedicado Moreri. Las anotaciones a estas líneas, sin

embargo, ocupan cuatro columnas de letra menuda —Grafton ha dicho que el libro de Bayle «consiste sobre todo en notas e incluso en notas a las notas»—, donde, entre otras cosas, destroza al autor que había asegurado que, a la vista de los 37 volúmenes de una edición de los concilios, Bagni había dicho que le admiraba que pudiera haber aún herejes en Francia. Bayle observa que difícilmente podía haber hablado Bagni de una obra editada en 1644, ya que había muerto tres años antes, pero que, si hubiera dicho lo que se le atribuye, se habría equivocado, porque no había muchos protestantes capaces de leer el latín en que está escrita la obra, y los que lo saben no tienen ni el gusto ni la paciencia de tragarse 37 volúmenes. Por otro lado, «sin la gracia de Dios y la fuerza de la educación la lectura de los concilios haría cien veces más incrédulos que cristianos», porque «no hay historia que abunde más en motivos de escándalo, ni un escenario más chocante de pasiones, intrigas, facciones, cábalas y astucias».

El *Dictionnaire* de Bayle tendría un gran éxito en el siglo XVIII (Catalina de Rusia, por ejemplo, dedicó dos años a leerlo íntegramente). El ingenio con que ejercía la crítica, apoyada en una inmensa erudición y en una capacidad lógica privilegiada, hace que nos parezca un escéptico libertino, cuando en el fondo tiene una intención claramente religiosa; un hombre que defiende la razón, pese a que sabe que «los prejuicios del corazón son más capaces de obligar a tomar partido que las luces de la razón».

Con su fuerza crítica, sin embargo, el *Dictionnaire* enseñó a razonar a los ilustrados y está en el origen de muchas crisis de conciencia, que han ido más allá que su autor («no se le podía acusar de impiedad, pero ha hecho impíos» con su crítica). Para Voltaire —que ha visto en 1754 cómo unos jesuitas quemaban en público en Colmar siete ejemplares del *Dictionnaire*— Bayle es un «apóstol de la razón», «el más grande dialéctico que jamás haya escrito», y el *Dictionnaire*, el primer libro «en el que se puede aprender a pensar». Desde el punto de vista de la historia, además, Bayle ha fundamentado, con el desarrollo del arte de las notas como herramienta crítica, un modelo de trabajo erudito que será universalmente aceptado y que ha llegado hasta nosotros sin demasiados cambios.

No todo lo que se presenta como nuevo en estos años en el terreno de la reflexión filosófica sobre la historia se ha de inscribir, sin embargo, en la línea del pensamiento ilustrado. La obra de Giambattista Vico (1668-1744), los *Principios de la Ciencia Nueva* (1725-1744), representaba más bien una reacción contra las corrientes del racionalismo cartesiano que se estaban difundiendo a principios del siglo XVIII. Vico, que era de origen muy humilde, sufrió una vida de privaciones y de miseria y hubo de ver como su obra era ignorada y menospreciada por sus contemporáneos.[11]

Las corrientes de la historiografía de la Ilustración pasarán en Nápoles por las figuras de Ludovico Muratori (1672-1750), que aplicaría los métodos críti-

11. El libro fundamental sobre Bayle es el de Elisabeth Labrousse, *Pierre Bayle*, Den Haag, M. Nijhoff, 1963-1964, 2 vols., sobre todo en su segunda edición ampliada, de la que he usado, *Pierre Bayle. Hétérodoxie et rigorisme*, París, Albin Michel, 1996, donde se encontrará una bibliografía actualizada que comprende centenares de títulos. Sobre el Diccionario, Pierre Rétat, *Le Dic-*

cos de la historiografía eclesiástica de Mabillon a temas civiles en sus *Annali d'Italia* y, sobre todo, de Pietro Giannone (1676-1748), que publicó una *Historia civil del reino de Nápoles* (1723), que quería hablar «del orden político de este noble reino, de sus leyes y costumbres». Sus críticas a las reivindicaciones políticas de la Iglesia frente al poder civil lo obligaron a huir a Viena, mientras su libro era condenado por Roma. En 1736 fue secuestrado por agentes del gobierno de Cerdeña y pasó los últimos doce años de su vida en prisión. Giannone, que en su autobiografía no llega ni siquiera a mencionar a Vico, será en el siglo XVIII un escritor de fama europea (se llevarán a cabo traducciones al francés, al inglés y al alemán de sus obras) y se le valorará como uno de los fundadores de la historia del derecho. Vico, en cambio, ignorado en el siglo XVIII —ya que será la línea de los Giannone y Muratori la que continúen los grandes nombres de la Ilustración italiana de la segunda mitad del siglo, como Genovesi o Beccaria—, sería un descubrimiento de los románticos y ejercería su influencia sobre personajes tan diversos como Michelet, Comte o Marx.[12]

Vico quiso crear una ciencia nueva y global de la historia, más exacta, si cabe, que las de la naturaleza, pero, sobre todo, distinta de ellas, evitando la aproximación que otros realizan en esos años entre ciencias sociales y ciencias naturales: «Este mundo civil ha sido creado ciertamente por los hombres, cosa que quiere decir que se deben y se pueden hallar sus principios dentro de las modificaciones de nuestra misma mente humana. De manera que cualquiera que reflexione sobre esto se maravillará de que todos los filósofos se hayan ocupado seriamente de conseguir la ciencia del mundo natural, del cual, al ser creado por Dios, sólo Él posee la ciencia, mientras que se olvidaron de meditar sobre el mundo de las naciones, o sea, el mundo civil, creado por los hombres, cuya ciencia podían conseguir». Su respuesta se plantea en términos estrictamente filosóficos, y de manera harto oscura, pero el método que propone se diferencia tanto de la erudición histórica como de la «historia filosófica»: «La filosofía contempla la razón, de donde procede la ciencia de lo que es verdadero; la filología observa la autoridad del arbitrio humano, de donde viene la conciencia de lo que es cierto (...). Han fracasado en la misma medida, tanto los filósofos que no se preocuparon de

tionaire de Bayle et la lutte philosophique au XVIII siècle, París, Les Belles Lettres, 1971 y J. Solé, *Bayle polémiste*, París, R. Laffont, 1972; sobre las notas en la obra de Bayle, Anthony Grafton, *The footnote. A curious history*, Londres, Faber and Faber, 1997, pp. 191-201. Uso las *Pensées diverses sur la comète* en la edición Prat, actualizada por Pierre Rétat, París, Nizet, 1984, 2 vols. Y el *Dictionnaire* en la quinta edición de Amsterdam (en realidad Trévoux) de 1734, en cinco volúmenes, corregida y aumentada, con una extensa vida de Bayle por Maizeaux y una serie de complementos (confrontándola en ocasiones con la primera, Rotterdam, Reinier Leers, 1697). Los principales artículos citados son «Bagni» (I, pp. 609-610); «Loudun» (III, pp. 761-763), «Mahomet» (IV, pp. 25-47, citas literales de p. 37), «Phyrron» (IV, pp. 669-674). Las citas de Voltaire son de una carta al conde de Argental del 24 de febrero de 1754 y de «Lettres» a S. A. M.G.R. Le Prince de ..., 1767.

12. Pietro Giannone, *Istoria civile del regno di Napoli*, en Opere, Milán, Ricciardi, 1971 (cita de la introducción); *Vita scritta da lui medesimo*, Milán, Feltrinelli, 1960. La continuidad en la línea de la Ilustración italiana está expresada en el mismo título del libro de Franco Venturi, *Settecento riformatore; Da Muratori a Beccaria*, Turín, Einaudi, 1969 (sobre Vico y Genovesi, por ejemplo, p. 527). D. Consoli, *Dall'Arcadia all'Illuminismo*, Bolonia, Capelli, 1972, pp. 73-97.

certificar sus razones con la autoridad de los filólogos, como los filólogos que no se preocuparon de verificar sus autoridades con la razón de los filósofos».[13]

La propuesta de Vico, con todo lo que tenía de intuición, de una antropología histórica que hiciera posible llegar al conocimiento de la mentalidad de los hombres del pasado, permanecería, sin embargo, inerte en su tiempo. El hecho mismo de que aceptase la cronología bíblica, que reducía el curso de la historia a unos cinco mil años —como una necesidad de defender las verdades de la historia sagrada del ataque de ateos y libertinos— lo desacreditaría ante los hombres de fines de siglo, conocedores ya de los avances de la geología.

Los herederos directos del estilo crítico de Bayle serán los «ilustrados» franceses del siglo XVIII, que llevarán sus propósitos más allá, en la búsqueda de un tipo de historia que desempeñe las funciones de ciencia de la sociedad. Estos hombres rechazan de entrada el tipo de crítica de la historia erudita «monástica», que consideran insegura —la veracidad no tiene nada que ver con la mera acumulación de informaciones— y corta de miras: un impedimento, por ello, para llegar a la visión global a la que aspiran. Montesquieu y Voltaire menosprecian explícitamente esta erudición, Condillac la confronta con la razón y no faltará quien proponga quemar los volúmenes de este tipo de estudios históricos.[14]

En estas páginas hablaremos sobre todo de los autores que plantean nuevas formas de entender la historia y que escriben el tipo de libros que se convertirán en un modelo perdurable. Pero es necesario dejar claro desde el principio que estos autores franceses —al igual que los británicos, de los que hablaremos más adelante, o que los italianos o alemanes de su tiempo—, actúan ahora en un medio cultural distinto, en el que la aparición de la «opinión pública», restringida inicialmente al círculo de los salones y de los lectores de periódicos, pero ampliada progresivamente en el transcurso del siglo, dará una fuerza y una extensión insospechadas a sus ideas, hasta incorporarlas a las nuevas concepciones colectivas del mundo y de la sociedad que inspirarán la Revolución francesa.[15]

Charles-Louis de Secondat (1689-1755), barón de La Brède, que llevaba el nombre de Montesquieu, heredado de un tío a la vez que una magistratura, es

13. Nicola Badaloni, *Introduzione a G. B. Vico*, Milán, Feltrinelli, 1961. Uso las obras de Vico en la edición de las *Opere filosofiche*, Florencia, Sansoni, 1971, citas de las pp. 447 y 438, respectivamente. Thomas Berry, *The historical theory of Giambattista Vico*, Washington, Catholic University of America, 1949; A. C. Crombie, *Styles of scientific thinking in the European tradition*, III, pp. 1588-1594; A. Momigliano, «Vico's Scienza Nuova : Roman Bestioni and Roman Eroi», en *Essays in Ancient and Modern Historiography*, Oxford, Blackwell, 1977, pp. 253-276; Patrick H. Hutton, *History as an art of memory*, Hanover, University of Vermont, 1993, pp. 32-51; Maurizio Ferraris, *Storia dell'ermeneutica*, Milán, Bompiani, 1989, pp. 64-71. Una visión revalorizadora se encontrará en Dooley, *The social history of skepticism.*

14. Jean Marie Goulemot, *Le règne de l'histoire. Discours historiques et révolutions XVII^e-XVIII^e siècle*, París, Albin Michel, 1996, p. 158.

15. Esta visión «social» de la Ilustración se puede ver sobre todo en el libro ya citado de Thomas Munck, *The Enlightenment. A comparative social history, 1721-1794*. Sobre la aparición de la opinión pública también E. Badinter, *Les passions intellectuelles. 1. Désirs de gloire*, con una cita casi literal de p. 14.

el menos revolucionario de los hombres que revolucionaron el mundo. Aristócrata con una buena fortuna, cosechero de vinos de Burdeos, ha sido probablemente uno de los máximos divulgadores de las nuevas ideas con un libro que tuvo un gran éxito popular, las *Cartas persas* (1721), en que la sociedad europea de su tiempo se nos muestra a través de los ojos de unos viajeros orientales. La más importante de sus obras estaba dedicada a investigar los fundamentos de las formas de gobierno y de las leyes que corresponden a cada una de ellas. Esta obra máxima es *El espíritu de las leyes* (1748), que enuncia así su objeto: «He comenzado examinando a los hombres y he creído que, en esta infinita diversidad de leyes y de costumbres, no les guiaba solamente su fantasía. He planteado los principios y he visto que los casos particulares se adaptaban a ellos naturalmente, que las historias de todas las naciones son sólo sus consecuencias y que cada ley particular está ligada a otra ley o depende de otra más general». La frase inicial del libro primero expresa el principio general que lo guía: «las leyes (...) son las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas».

Pero, ¿qué «cosas»? A muchos lectores les impresionaron, por su novedad «materialista», los «libros» de la tercera parte, que examinan la relación de las leyes con el clima y con el terreno; pero esta misma parte acaba extendiendo el análisis a «las relaciones que tienen con los principios que conforman el espíritu general, las costumbres y las maneras de una nación», donde se dice que «diversas cosas gobiernan a los hombres: el clima, la religión, las leyes, las máximas del gobierno, los ejemplos de las cosas pasadas, las costumbres, las maneras; de lo que se forma un espíritu general. A medida que, en cada nación, una de estas causas actúa con más fuerza, las otras ceden otro tanto». Y el primer ejemplo de esto aclara el lugar que se reserva a los factores «materiales»: «la naturaleza y el clima dominan casi solos sobre los salvajes». Es verdad, sin embargo, que en otros momentos cae en simplicidades «climáticas», como en el contraste tópico entre los pueblos europeos del sur y los del norte, al considerar la geografía de Asia como causa de la existencia de grandes imperios contra el espíritu de libertad que engendra en Europa la fragmentación del territorio, o al justificar la esclavitud de los negros por la pereza que produce el clima cálido (pero también, más pragmáticamente, porque «el azúcar sería demasiado caro, si no se hiciera trabajar por esclavos la planta que lo produce»).

Montesquieu, que contribuirá con la «física social» del *Espíritu de las leyes* a dar una base científica al estudio de la sociedad y de la política, no menosprecia, sin embargo, el análisis histórico concreto. Si en el estudio de las leyes feudales de los francos propone «iluminar la historia con las leyes y las leyes con la historia», en sus *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los romanos y de su decadencia* (1734), que llevan una amplia y cuidadosa anotación de las fuentes utilizadas, ha hecho la distinción entre las «causas generales» que explican los grandes cambios históricos y las causas particulares y accidentales, como la suerte de una batalla, que aparecen a primera vista como determinantes, en un intento, bastante afortunado, de buscar las explicaciones de la historia del imperio, de su ascenso y decadencia, en la propia sociedad romana y no en los designios de la providencia.

Él, que no pretendía en modo alguno cambiar la sociedad en que vivía —aunque tenga intuiciones como la que le hace ver que «las grandes empresas de comercio no son para las monarquías, sino para los gobiernos de más de uno», o sea «republicanos», porque en ellos, siendo la propiedad más segura, hay más estímulos para la inversión—, al incitar a los hombres a analizar racionalmente la sociedad en que viven ha contribuido a su crisis. Como ha dicho Ehrard: «En la historia de las ideas el lugar de Montesquieu sería más modesto si las verdades que defiende no estuvieran preñadas de verdades contrarias».[16]

François-Marie Arouet, conocido como Voltaire (1694-1778), era sólo un joven poeta cuando, apaleado por los criados del caballero de Rohan por no haberle mostrado el respeto que éste creía que le era debido (y habiendo permanecido en la prisión de la Bastilla a consecuencia de este incidente), decidió marchar a Inglaterra, donde recibió una gran influencia de la ciencia de su tiempo (en 1738 publicaría unos *Elementos de la filosofía de Newton*) y preparó la *Historia de Carlos XII*, iniciando la carrera que lo había de convertir en un escritor de moda en Francia, y en un pensador de reputación europea, que Federico de Prusia invitaría a su corte. Voltaire creía en el poder transformador del conocimiento —«una vez que llega el momento de pensar no se puede robar a los espíritus la fuerza que han adquirido»— y en la tolerancia. Demostró un valor extraordinario en la defensa de casos como el de Calas (un comerciante de indianas de Toulouse, protestante, que fue torturado y ejecutado por un crimen que no había cometido) o el del caballero de la Barre (ejecutado por no haberse arrodillado al paso de una procesión y quemado con el *Diccionario filosófico* de Voltaire en la hoguera) y se mantuvo consecuente en sus ideas, pese a que todos sus libros fueron prohibidos en un momento u otro, inscritos en el Índice por la Iglesia y quemados por la autoridad civil (pero vivía cerca de la frontera para poder escapar fácilmente, como lo hará por precaución en diversas ocasiones). No iba, sin embargo, tan lejos en la crítica de la sociedad existente como Rousseau y no aceptará las objeciones de éste sobre la propiedad, ni la idea de que los hombres sean iguales, que la civilización los haya pervertido y que estén hechos para vivir naturalmente, «aislados como bestias salvajes».[17]

16. Jean Starobinski, *Montesquieu*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989. Uso las obras de Montesquieu en la edición de *Oeuvres complètes* de Daniel Oster, París, Seuil, 1974 y el *Esprit des lois*, además, en la de Laurent Versini, París, Gallimard, 1995. Las citas del *Esprit des lois* que se hacen corresponden, respectivamente, al libro I, capítulo I; XIX, 4; XXI, 3; XVII, 7; XV, 5-8; XXXI, 2 y XX,4. De las *Consideraciones sobre la grandeza de los romanos...*, capítulo XVIII. Las palabras de Jean Ehrard en *L'idée de nature en France à l'aube des lumières*, París, Flammarion, 1970, p. 384.

17. La obra esencial es *Voltaire et son temps*, dirigida por René Pomeau, con diversos colaboradores, en cinco volúmenes —*D'Arouet a Voltaire, 1694-1734*, *Avec Madame Du Châtelet, 1734-1749*, *De la cour au jardin, 1750-1759*, *«Ecraser l'Infâme», 1759-1770* y *On a volu l'enterrer, 1770-1791*— Oxford, Voltaire Foundation, 1985-1994. Complementariamente se han usado, entre otros títulos, J. H. Brumfitt, *Voltaire historian*, Oxford, Oxford University Press, 1970; A. Owen Aldridge, *Voltaire and the century of light*, Princeton, Princeton University Press, 1975 (basado esencialmente en los 107 volúmenes de la correspondencia de Voltaire, editados por Besterman); Pierre Lepape, *Voltaire le conquerant*, París, Seuil, 1994; M. C. Jacobs, *The radical enlightenment*, Londres, Allen and Unwin, 1981, etc. Los textos se han empleado en diversos

El interés de Voltaire por la historia es bien conocido. Fue él quien escribió el artículo «Historia» para la *Encyclopédie*, donde comienza diciendo que «es el relato de los hechos que se consideran verdaderos, al contrario de la fábula, que es el relato de los que se consideran falsos», una trivialidad de origen ciceroniano, que enriquecerá más adelante al añadir que la única certeza posible en la historia es la de «una extrema probabilidad», a causa de la falta de documentos para los tiempos antiguos y medievales.[18] Como la mayor parte de los ilustrados, Voltaire distingue entre la veracidad y la acumulación de datos concretos propios de la erudición —«los hechos principales pueden ser auténticos y los detalles, muy falsos»— y menosprecia la historia en minúsculas —«la historia ordinaria, que no es más que un amontonamiento de hechos obrados por los hombres, y en consecuencia de crímenes, no tiene mucha utilidad (...). Sólo satisface la curiosidad». La suya es una concepción «filosófica» de la historia, una visión de altos vuelos, cuyo objetivo ha descrito Pomeau con estas palabras: «Rehacer el desarrollo de la civilización —nosotros diríamos de las civilizaciones—, seguir los esfuerzos de los hombres viviendo en sociedad para salir del estado primitivo del bruto —del primate, cuya existencia no sospechaba— para cumplir la vocación del hombre, pese a todas las caídas y todos los fracasos».[19]

Su primera obra histórica importante fue la *Historia de Carlos XII, rey de Suecia* (1731), publicada con pie de imprenta falso por temor a la censura —un destino casi constante en la obra de Voltaire—, que es un relato que alcanza en algunos momentos el dramatismo de la tragedia y en otros la inmediatez del periodismo, pero al que le falta aún la amplitud de los grandes libros posteriores (Pomeau dirá que es una novela «apasionante y casi verdadera»).[20]

Su programa histórico se mostraría con toda claridad en *Le siècle de Louis XIV* (1751), un libro que no se ocupa de Luis XIV, sino «del espíritu de los hom-

volúmenes de la todavía inacabada edición de las «obras completas», en una vieja edición de *Oeuvres complètes* de París, Furne, 1835-1838 y, en lo que se refiere a las obras históricas, en la edición preparada por René Pomeau, *Oeuvres historiques*, Paris, Gallimard/La Pléiade, 1957. A efectos prácticos he empleado las compilaciones *Dictionnaire de la pensée de Voltaire par lui-même*, preparado por André Versaille (Bruselas, Complexe, 1994) e *Inventaire Voltaire*, dirigido por Jean Goulemot, André Magnan y Didier Masseau (París, Gallimard, 1995) y, para la correspondencia, las selecciones de Naves, *Lettres choisies*, Paris, Garnier, 1963 y Jacqueline Hellegouarc'h, *Correspondance choisie*, Paris, Librarie Générale Française, 1997/2. La cita que se hace en este párrafo es de «Reflexions sur les sots», en *Oeuvres*, VIII, p. 593.

18. Utilizo este artículo en la edición de Voltaire, *Oeuvres alphabétiques*, Oxford, Voltaire Foundation, 1987, I, pp. 164-186. El artículo deja claro que la incertidumbre depende de la falta de documentos; en los cuadernos de notas dirá que sólo podemos tener certeza desde los tiempos de las gacetas y los periódicos, que se contradicen y se critican (Voltaire, *Notebooks*, Ginebra, Institut et Musée Voltaire, 1968/2, II, pp. 464-465). Sobre la aplicación de criterios de probabilidad a la historia véase Lorraine Daston, *Classical probability in the Enlightenment*, Princeton, Princeton University Press, 1995, pp. 313-316 y 333-334.

19. Citas de «Le pyrrhonisme de l'histoire», en *Oeuvres*, V, p. 70 y de *Notebooks*, I, p. 230. La de Pomeau es de *On a volu l'enterrer*, p. 375.

20. Uso la edición crítica de Gunnar von Proschwitz, Voltaire, *Histoire de Charles XII*, Oxford, Voltaire Foundation, 1996, que contiene un amplio estudio preliminar. Pomeau, *D'Arouet à Voltaire*, pp. 267-275.

bres en el siglo más ilustrado que nunca haya habido», con ambición auténtica de historia universal (contrastando con Bossuet, que había llamado «historia universal» a la de cuatro o cinco pueblos «y sobre todo la de la pequeña nación judía, o ignorada o justamente menospreciada por el resto de la tierra»). La historia del mundo se dividía según Voltaire en cuatro «siglos» o épocas: el de Alejandro, el de César y Augusto, el de los Médicis, que es tanto como decir el Renacimiento, y este «siglo de Luís XIV», la época moderna de la historia de la humanidad, que analiza en unos primeros capítulos sobre la política exterior e interior, a la vez que prepara el terreno «para esta culminación que son los cuatro capítulos sobre las ciencias y las bellas artes y para el que constituye el fondo sombrío del cuadro, los cinco capítulos de cuestiones eclesiásticas». Se le ha criticado por no haber conseguido fundir los diversos elementos en un relato global, pero este libro, al cual Voltaire dedicó mucho esfuerzo y que corregiría en sucesivas versiones, era una obra nueva, de una ambición y una amplitud hasta entonces desconocidas, y así lo supieron reconocer los contemporáneos que, pese a que la obra estuviera prohibida en Francia, hicieron que se realizaran más de cincuenta ediciones de ella en vida del autor.[21]

El «siglo» mostraba las ideas del escritor, al cual no le interesaban los reyes ni las batallas, y que propugnaba una historia universal, que hablase de la India o de China como de Europa, y que se ocupase de los grandes problemas colectivos: quería «saber la historia de los hombres en lugar de saber una pequeña parte de la historia de los reyes y de las cortes». Su menosprecio por el pasado más remoto no se basaba solamente en su actitud escéptica ante los testimonios de la antigüedad, sino en el hecho de que consideraba que la historia «se vuelve realmente interesante para nosotros hacia finales del siglo XV», cuando el impacto de la imprenta, el Renacimiento, los descubrimientos y la Reforma contribuyeron a unificar el mundo.[22]

El punto máximo de su trabajo de historiador llegaría con el *Essai sur les moeurs et l'esprit des nations*, su obra más importante, que empezó a escribir en 1741, publicó por vez primera en 1756 y siguió rehaciendo y ampliando hasta su muerte. En la edición de 1769 Voltaire incluyó, como introducción, una obra que había publicado en 1765 utilizando el nombre de un cierto *abbé* Bazin ya fallecido, *La philosophie de l'histoire*, donde examinaba la historia humana desde sus orígenes hasta la caída del imperio romano, en un intento de análisis comparado que estaba destinado a relativizar el Antiguo Testamento y la importancia del pueblo judío.[23] En lo que atañe a los orígenes, sin embargo, Voltaire se mostró incapaz de asimilar los adelantos en el terreno de la geolo-

21. Pomeau et al., *De la cour au jardin*, pp. 62-67. La opinión sobre Bossuet en «Le pyrrhonisme de l'histoire», p. 70. La cita de «Le siècle de Louis XIV» d'*Oeuvres*, IV, p. 63.

22. Citas de una carta a Jacob Vernet, *Oeuvres*, XI, pp. 448-449 y de «Fragments sur l'histoire», V, p. 243. En un sentido similar: «Todos los hechos de la historia se han de aplicar a la moral y al estudio del mundo; sin esto la lectura es inútil», *Notebooks*, II, p. 509

23. Voltaire, *La philosophie de l'histoire*, edición de J. H. Brumfitt, Ginebra-Toronto, Institut et Musée Voltaire, 1969/2 (Oeuvres completes, 59).

gía que habían sido ya divulgados por George Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), quien había comenzado su gran *Historia natural* en 1749 con una «Historia y teoría de la Tierra», que contenía un capítulo sobre los fósiles marinos «que se hallan en el interior de la tierra», como prueba de los grandes cambios acaecidos en el planeta.[24]

En el *Essai sur les moeurs* Voltaire repite que su objetivo no es explicarlo todo, sino solamente aquello que merece ser conocido, «el espíritu, las costumbres, los usos de las naciones principales, con los hechos que no está permitido ignorar», y añade: «La finalidad de este trabajo no es la de saber en qué año un príncipe indigno de ser conocido sucedió a un príncipe bárbaro en una nación grosera. Si se tuviera la desgracia de meterse en la cabeza la lista cronológica de todas las dinastías no se sabría más que palabras».

La obra comienza con unos capítulos dedicados a China, India, Persia y Arabia, a Mahoma, a los orígenes del cristianismo, las causas de la caída del imperio romano y el inicio de un período de superstición y envilecimiento que duraría en Europa hasta el siglo XVI. Sigue después la historia de la Europa medieval, incluyendo los normandos y Bizancio —con capítulos de síntesis en los que se analizan el estado general, las costumbres, la cultura o la religión de Europa. Después de los capítulos dedicados a las cruzadas, entran en consideración los mongoles y Gengis Khan, la cruzada contra los languedocianos (una guerra injusta que dio lugar a que naciera la infamia de la Inquisición) y el cisma de Occidente. Se dedican nueve capítulos analíticos a los privilegios de las ciudades y a las cortes, a los impuestos y las monedas, antes de pasar a hablar del triunfo de los turcos sobre Bizancio y de Tamerlan, y a una larga lista de capítulos dedicados a las instituciones feudales (la caballería, la nobleza, los torneos, los duelos), con dos más que nos hablan de los judíos y de los gitanos. Finalmente viene todo el despliegue del Renacimiento, de la Reforma y de los descubrimientos, ligado a un relato de la historia de las guerras entre España y Francia, de la revolución inglesa, de Rusia, etc. El cuadro universal introduce ahora al Japón y se ocupa del norte de África.

El capítulo 197 y último recapitula las lecciones de toda esta historia. Una de ellas es la necesidad de luchar contra las fábulas y los mitos: «En todas las naciones la historia queda desfigurada por la fábula, hasta el momento en que la filosofía viene a iluminar las tinieblas; y cuando finalmente la filosofía penetra estas tinieblas, halla a los espíritus tan ciegos por siglos de errores, que apenas si los puede desengañar: halla ceremonias, hechos, monumentos establecidos para constatar mentiras». La barbarie medieval, y en especial «el furor dogmático religioso», han convertido la historia de la Europa medieval «en un montón de crímenes, de locuras y de desgracias». Que en medio de esta situación haya habido tantos hombres que cultivaron las artes útiles y agradables quiere decir que «nuestra parte de Europa tiene en sus costumbres y en

24. Buffon, *Histoire naturelle génerale et particulière*, I, París, Pancoucke, 1769 (la edición original apareció en 1749) «Sur les coquilles et les autres produits de la mer qu'on trouve dans l'interieur de la terre», pp. 331-384.

su genio un carácter» que no se halla en los turcos ni, en general, en Asia. Voltaire critica las explicaciones «geográficas» de estas diferencias que había propuesto Montesquieu. Su naturaleza es, para él, de carácter cultural: de «religión, regimiento, gobierno, costumbres, alimentos, vestidos, manera de escribir, expresarse y pensar». Al fin llega a la conclusión «que todo lo que depende íntimamente de la naturaleza humana se parece de un extremo del universo a otro; que todo lo que puede depender de la costumbre es diferente (...). El imperio de la costumbre es más vasto que el de la naturaleza». La naturaleza asegura la unidad de los hombres, las costumbres, su variedad. Viendo la evolución de Europa desde Carlomagno hasta el presente resulta evidente que ahora está mucho más poblada y es más rica, que su agricultura y su comercio han progresado. Y que habria progresado aun más si no hubiera sido por las muchas guerras que ha sufrido. La guerra misma, sin embargo, se ha humanizado al convertirse en cosa de ejércitos profesionales y no mezclar en ella a la población. «Cuando una nación conoce las artes, cuando no se ve subyugada o deportada por extranjeros, resurge fácilmente de sus ruinas y se restaura siempre.»[25]

Al final de su vida, el propio Voltaire era consciente de la limitación de lo que había hecho, cuando escribía a Diderot, el 14 de agosto de 1776, una carta que es de alguna manera su testamento como ilustrado: «La sana filosofía gana terreno de Arjangelsk a Cádiz, pero (...) todo lo que hemos podido hacer se ha limitado a conseguir que las gentes honradas de toda Europa digan que tenemos razón y tal vez a que las costumbres sean un poco más suaves y más honestas. Pero la sangre del caballero de la Barre humea todavía (...). Lo más terrible es que los filósofos no están unidos y que los perseguidores lo estarán siempre (...). Vivid bastante, señor, y esperemos que podáis asestar golpes mortales al monstruo al cual yo sólo he podido morderle las orejas».[26]

De los dos hermanos Bonnot, el segundo, Etienne, conocido como *abbé* de Condillac (1714-1780), es famoso sobre todo como filósofo, por trabajos como *La lógica* y *La lengua de los cálculos*, pero se ignora por completo su obra de historiador, a la cual volveremos en seguida. Más suerte ha tenido en los últimos años la obra de su hermano mayor, Gabriel, conocido como *abbé* de Mably (1709-1785), que ha escrito mucho sobre historia y que ha sido ampliamente leído por los revolucionarios, como teórico del republicanismo. Mably quiere una historia que sirva para entender los mecanismos sociales. La misión del historiador no es en absoluto la de «coser unos hechos a otros y contarlos con amenidad», sino la de «descubrir las causas de los acontecimientos y la cadena que los enlaza»: una historia que «hable a la razón», que mues-

25. Pomeau et al., *De la cour au jardin*, pp. 298-301. Hago este análisis sobre el texto de la edición Furne, *Oeuvres*, III, pp. 1-610. Las citas literales son del «avant-propos» (pp. 71-72) y del capítulo 197 (pp. 605-610).

26. Carta del 14 de agosto de 1776, en *Oeuvres*, XIII, p. 371. Acababa diciendo, «Si algún día volvéis a Rusia, pasad a visitar mi tumba». Le quedaban menos de dos años de vida.

tre «las costumbres y el gobierno de la república» para explicar las acciones de los hombres.

Mably se enfrentó a los fisiócratas. No aceptaba las bases sociales de su análisis, comenzando por la suposición de que la propiedad privada de la tierra fuera un hecho natural y eterno, y rechazaba sobre todo su idealización del despotismo como forma de gobierno. ¿Qué necesidad hay de tomar como modelo a los imperios asiáticos? «En Europa hay diversas monarquías moderadas, este es el modelo que nos hemos de proponer y no el ridículo despotismo de los chinos.»[27]

La extensa obra histórica de su hermano Condillac —y en especial su curso de historia universal para la instrucción del príncipe de Parma, que ocupa 12 volúmenes de los 23 que tiene la edición original de sus obras completas— no ha recibido en cambio la atención que merecia. Este «curso», destinado a «trazar ante nuestros ojos la secuencia de las revoluciones, mostrar a los gobiernos en su principio, en su progreso, en su decadencia, y acostumbrarnos a ver los efectos en sus causas», contiene observaciones interesantes sobre temas como el uso que se ha de hacer de las conjeturas cuando faltan los testimonios y una visión de la causalidad de los acontecimientos en la que distingue tres niveles: unas causas primeras que derivan de la naturaleza humana y que son iguales en todos, unas causas segundas que proceden de las diferencias existentes en las diversas comunidades humanas por causa del clima, de la naturaleza del gobierno y del progreso de los conocimientos y, finalmente, unas causas terceras no previsibles que pertenecen al dominio del azar. La secuencia causal procede originalmente de la manera de pensar, pasa a las costumbres y de éstas al gobierno, pero reacciona después en sentido contrario del gobierno hasta la manera de pensar. Todo esto al lado de una visión de la historia del pensamiento científico moderno, de observaciones interesantes sobre el desarrollo económico, o de planteamientos que van más allá de los tópicos ilustrados, como éste: «Las supersticiones las enseña el clero, los jefes de gobierno las usan para su interés, los legisladores hacen hablar a los dioses, y los filósofos acomodan sus opiniones a prejuicios que no se atreven a combatir, que no saben destruir y que a veces comparten. Asi la superstición, la legislación y la filosofia no son más que un cuerpo de doctrina, donde los erro-

27. Todos los textos se citan por la edición de *Oeuvres*, París, Bossimge et Besson, 1796-1797, 12 vols. y por *Collection complète des oeuvres de l'abbé de Mably. Oeuvres posthumes*, París, Desbrière, 1794-1795, vols. XIII a XV (obras póstumas, con una numeración en los volúmenes que continúa la de la edición anterior). Las citas que se hacen proceden de «De l'étude de l'histoire» (*Oeuvres*, XII, cita de la p. 5), «De la manière d'écrire l'histoire» (XII, citas de pp. 258, 273-274 y 311-312). «Doutes proposés aux philosophes économistes sur l'ordre naturel et essentiel des sociétés politiques» (XI, pp. 1-174, cita de la p. 123). Es interesante también «Du commerce des grains» (XIII, obras póstumas, pp. 242-298). Mably no ha sido solamente un teórico; de sus *Observaciones sobre la historia de Francia* dice el abbé Brizard, en el «Elogio histórico de Mably» (*Oeuvres*, I, p. 16), que es la primera historia «nacional» de Francia. Sobre sus ideas políticas, Johnson Kent Wright, *A classical republican in eighteenth-century France. The political thought of Mably*, Stanford, Stanford University Press, 1997.

res en gran número, mezclados con un pequeño número de verdades, envuelven en tinieblas a las naciones».[28]

De importancia fundamental en el panorama de la Ilustración, porque abre nuevos caminos, pero también porque en cierto modo anuncia ya la reacción contra ésta, es Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). Tienen especial interés sus visiones críticas de las teorías tradicionales del «contrato social» en *Discours sur les sciences et les arts* (1750), en *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes* (1752) y en *Du contrat social* (1762), que han significado un estímulo para pensar de nuevo los fundamentos del orden político desde los tiempos de la Revolución francesa hasta fechas bastante recientes —Fidel Castro ha dicho que combatió a Batista «con el *Contrato social* en el bolsillo»—, pero la calidad de los planteamientos históricos que se hallan en estos análisis demasiado abstractos es ínfima —su menosprecio, no ya por la erudición, sino por los hechos reales hace que no sepamos si el «estado de naturaleza» del que nos habla es un momento histórico o una suposición dirigida a facilitar el razonamiento— y representa un paso atrás respecto a otros teóricos de su tiempo. No ha entendido la naturaleza de los cambios que el desarrollo del comercio ha introducido en la sociedad y parece tener como ideal una comunidad agrícola primitiva, integrada por pequeñas entidades de vida sencilla. Rousseau ha tenido una fuerte influencia sobre la sensibilidad posterior —es uno de los padres del Romanticismo—, ha ayudado a situar el análisis de las formas políticas en un terreno nuevo y ha sido también muy influyente en la renovación de la pedagogía. En el campo de las ideas ilustradas sobre la historia, sin embargo, su legado es harto ambiguo.[29]

Ha influido en la historiografía alemana de la Ilustración, un hecho del que Fueter nos da una explicación social: mientras en Francia la literatura dependía de los salones aristocráticos, en Alemania era obra de la pequeña burguesía y de los académicos. En los pequeños estados alemanes, además, los aspectos negativos del despotismo ilustrado eran más evidentes y la burguesía sentía su desigualdad en mayor medida que en Francia o Inglaterra. «Esto explica principalmente —dice Fueter— por qué Rousseau no ha hallado entre los historiadores franceses un solo seguidor importante, mientras que ha hecho escuela entre los alemanes», con discípulos que usaban la historia como arma de agitación, narrando una lucha para la libertad o los vicios de un régimen corrompido. O más exactamente, que propugnaban una «historia

28. Condillac, *Oeuvres*, París, Houel, 1798, 23 vols. Las citas del «Cours d'études pour l'instruction du prince de Parme» son de X, p. 21 y pp. 3-4; el estudio de «las revoluciones en las letras y las ciencias» en XX, pp. 271-541; observaciones sobre el mercado interior en XVIII, p. 411; la cita final de X, p. 32.

29. El mejor estudio biográfico es Maurice Cranston, *Jean-Jacques (1712-1754), The noble savage, 1754-1762* y *The solitary self*, Chicago, University of Chicago Press, 1982-1997. Secundariamente, Raymond Trousson, *Jean-Jacques Rousseau*, París, Tallandier, 1988-1989, 2 vols. Uso la edición de las *Oeuvres complètes* de Rousseau de París, Seuil, 1967-1971, 3 volúms. Para los «discursos» sobre las ciencias y las artes y sobre el origen de la desigualdad, también la de Jacques Roger, París, Flammarion, 1971.

pragmática» que permitiera estudiar las causas de los acontecimientos importantes.[30]

El primero en aplicar los métodos «rousseaunianos» habría de ser Friedrich Schiller (1759-1805), tal vez más importante por la influencia que ejercieron sus dramas históricos que por unas obras de historia superficiales y por unos escritos teóricos —como «¿Qué significa y con qué finalidad se estudia la historia universal?» (1789)— de escasa entidad, que acabará condenando en 1793 la Revolución francesa, a la cual culpa de «que un siglo entero haya retrocedido a la barbarie y la servidumbre».[31] El segundo sería Herder.

Parece claro, sin embargo, que al margen de las peculiaridades que distinguen la *Aufklärung*, hay entre sus popios miembros diferencias considerables que aparecerán a la luz en 1783, cuando un periódico de Berlín, el *Berlinische Monatschrift*, con motivo de una discusión en torno al matrimonio civil y el matrimonio religioso, planteó el problema de los límites que había de tener la voluntad de reforma y algunos comenzaron a preguntarse con este motivo *Was ist Aufklärung*? —«¿Qué es la Ilustración?»—, es decir: aclaremos qué es lo que nos proponemos cambiar en este mundo en que vivimos y hasta qué punto queremos llegar.

Se enviaron muchas respuestas a la pregunta, pero las más interesantes son la del filósofo judío Moses Mendelssohn y la de Kant, que, siendo la más contundente, suscitó una serie de réplicas hostiles. Conviene tener en cuenta que nos hallamos en un momento en que aún no se ha producido la Revolución francesa, y en que, en consecuencia, no había motivos para temer que el proceso de las reformas pudiera conducir a una ruptura social.

Mendelssohn escribió que las palabras «luces», «civilización» y «cultura» eran aún recientes; que pertenecían a la lengua de los libros y que la gente de la calle no las comprendía. La cultura, dice, se descompone en civilización y luces. La civilización se refiere al terreno de lo práctico, a las mejoras materiales y de costumbres; las luces, al terreno teórico, al conocimiento racional. Para Mendelssohn el proceso total tiene un sentido histórico que se expresa en términos de progreso.

La respuesta de Kant, que es tal vez el texto más citado del pensamiento ilustrado, dice: «Las luces son la salida del hombre del estado de tutela del cual es él mismo el responsable. El estado de tutela es la incapacidad de servirse del propio entendimiento sin la dirección de otro. Uno mismo es el responsable de este estado de subordinación cuando la causa deriva, no de una insuficiencia del entendimiento, sino de la insuficiencia de resolución y de valor para servirse de éste sin la dirección de otro. *¡Sapere aude!* Ten el valor de servirte de tu propio entendimiento. He aquí la divisa de las luces».

30. Eduard Fueter, *Storia della storiografia moderna*, Milán, Ricciardi, 1970, pp. 509-512. Sobre la «historia pragmática», Peter Hans Reill, *The German enlightenment and the rise of historicism*, Berkeley, University of California Press, 1975, pp. 41-45.

31. F. Schiller, *Escritos de filosofía de la historia*, Murcia, Universidad, 1991. La cita es de la «carta al príncipe» del 13 de julio de 1793, p. 101.

Este proceso, añade Kant, tal vez sea difícil de llevar a cabo para cada hombre aisladamente, pero no lo es para una colectividad donde siempre habrá algunos hombres que piensen por sí mismos y propaguen estos valores en su entorno. Kant rechaza, en cambio, la idea de que una revolución pueda producir este mismo efecto: «Mediante una revolución se puede obtener la caída de un despotismo personal o el fin de una opresión que repose en la sed de dinero o de dominio, pero nunca una verdadera reforma de la manera de pensar; por el contrario, nuevos prejuicios servirán, como lo han hecho los viejos, para mantener al margen el gran número de hombres desprovistos de pensamiento». En consecuencia, «para estas luces no se necesita otra cosa que la libertad, y la más inofensiva dentro de todo lo que se llama libertad, como es la de hacer un uso público de la propia razón en todo».[32]

Frente al pensamiento de Kant hallamos, sin embargo, los términos harto más ambiguos de Herder, y los netamente opuestos de una serie de pensadores reivindicados hoy por los enemigos de la Ilustración, como Hamann (uno de los que protestaron contra el artículo de Kant), que pertenece al mismo mundo intelectual que Mesmer o que el sueco Swedenborg, que hablaba con los ángeles y tenía extrañas visiones (hay aún iglesias suedenborgianas en los Estados Unidos, Nigeria y la India).[33]

Interpretar a Johann Gottfried Herder (1744-1803) no es fácil. Por un lado está claro que *Todavía una filosofía de la historia* (*Auch eine Philosophie der Geschichte*, 1774) es un ataque frontal contra el racionalismo de la Ilustración, donde no ahorra condenas a Montesquieu, Voltaire, Hume o Robertson, a los cuales recrimina las caracterizaciones globalizadoras —«Se pinta un pueblo entero, un período entero, una región entera — ¿qué se ha pintado? Se aúnan pueblos y períodos que se suceden los unos a los otros en una alternancia eterna como las olas del mar —¿qué se ha pintado?»—, pero no lo hace para proponer un estudio individualizado, ni un retorno al providencialismo, sino para invocar una transcendencia —la historia es la «epopeya de Dios a través de todos los milenios, de todos los continentes y de todas las generaciones humanas»— que pone su comprensión fuera del alcance del hombre.[34]

32. Los textos fundamentales del debate alemán se pueden encontrar en Gerard Raulet, ed., *Aufklärung. Les Lumières allemandes*, Paris, Flammarion, 1995 y en James Schmidt, ed., *What is enlightenment? Eighteenth-century answers and twentieth-century questions*, Berkeley, University of California Press (aquí, además, con textos interpretativos del siglo XX). También Franco Venturi: «Sapere aude!», en *Europe des lumières. Recherches sur le XVIII^e siècle*, Paris, Mouton, 1971, pp. 35-47.

33. Sobre Herder, Isaiah Berlin, *Vico and Herder*, Londres, Hogarht Press, 1992; N. Merker, *L'illuminismo tedesco*, Bari, Laterza, 1958, pp. 450-464. (Berlin es también autor de un estudio, ya citado, sobre *The magus of the north. J. G. Hamann and the origins of modern irrationalism*, Londres, Murray, 1993); sobre el debate con Kant, Garrett Green, «Modern culture comes of age: Hamann versus Kant on the root metaphor of Enlightenment», en Schmidt, ed., *What is enlightenment?*, pp. 291-305.

34. Utilizo *Encara una filosofia de la història* en la traducción de Joan Leita, Barcelona, Laia, 1983, citas de las pp. 61 y 127, y los comentarios a la pugna entre Herder y Kant de Gerard Raulet en *Aufklärung*. Paradójicamente, Fueter, que ensalza a Herder por haber «influido tan fuertemente sobre

El más «ilustrado» de los filósofos alemanes ha sido indudablemente Immanuel Kant (1724-1804), que en *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita* (1784) expone una concepción del progreso basada en la suposición teleológica de que «se puede considerar la historia de la especie humana en su conjunto como la ejecución de un plan oculto de la naturaleza para realizar una constitución interiormente y exteriormente perfecta, como el único estado en el cual puede desarrollar plenamente todas sus disposiciones en la humanidad», con el añadido de que «una tentativa filosófica de tratar la historia universal en función del plan de la naturaleza, que tiende a una unificación política total de la especie humana, ha de considerarse como posible e incluso como ventajosa para este designio de la naturaleza». De acuerdo con esto hablará más adelante (1798) de la posibilidad de una historia del futuro —una historia profética de la humanidad— que permitiese asentar el progreso del conjunto de los hombres reunidos en sociedad.[35]

A medio camino entre la Ilustración y las nuevas corrientes de las que hablaremos más adelante está Hegel (1770-1831), que hoy sabemos, gracias a los archivos de la policía, que mantuvo siempre sus simpatías por el liberalismo, lo que, en términos del gobierno prusiano, quería decir tanto como por la revolución. Hegel comenzó a dar en el curso 1822-1823 unas lecciones sobre filosofía de la historia que nos han llegado a través de los apuntes de sus estudiantes. Su visión es esencialmente filosófica y conserva elementos típicamente ilustrados, como el universalismo, la concepción filosófica de la ley y una visión de progreso; pero niega la realidad de un «estado natural» en que los hombres habrían vivido libres y considera que sólo cuando llegan a formar un estado entran los pueblos en la historia —«la historia universal sólo se puede ocupar de los pueblos que se han constituido en estado»—, lo cual no le impedía recordar que «igual que nosotros, el historiador pertenece a su época, a sus necesidades y a sus intereses: honra lo que ésta venera». Estos elementos habrían podido usarse en un sentido conservador en una sociedad como la francesa, que aceptaba al menos una parte de la herencia de la Revolución. Pero la ambigüedad hegeliana, obligada en buena medida por la represión de las ideas, no era aceptable en una Alemania que quería establecer una doctrina conservadora sin dar como contrapartida más que el mínimo de reformas posible.[36]

la especulación histórico-filosófica y sobre la historiografía del romanticismo», admite que las bases de sus teorías «son poco claras y contradictorias» y acaba reconociendo que no se puede decir «que haya hecho realizar a la historiografía adelantos positivos» (*Storia della storiografia*), pp. 522-526).

35. Los textos sobre la historia se han empleado en las compilaciones: Kant, *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre filosofía de la historia*, Madrid, Tecnos, 1994/2; *La paz perpetua*, Madrid, Tecnos, 1989/2; *La philosophie de l'histoire*, Ginebra, Gonthier, 1965, y en la de Gérard Raulet repetidamente citada. Del mismo autor se ha utilizado *Kant. Histoire et citoyenneté*, Paris, P.U.F., 1996.

36. Peter Hans Reill, *The German enlightenment and the rise of historicism*, Berkeley, University of California Press, 1975. Desisto entrar en la inmensa bibliografía sobre Hegel; me han sido de especial utilidad, entre los libros recientes, Jacques D'Hondt, *Hegel*, Paris, Calmann-Lévy, 1998 y Horst Althaus, *Hegel. Naissance d'une philosophie*, Paris, Seuil, 1999; en mucha

El futuro inmediato de la historiografía alemana avanzaría, por eso mismo, más en la línea de Herder que en la de Kant, y el desarrollo de las ideas históricas de la Ilustración se produciría sobre todo en Francia. En otros países, como España, las aportaciones realmente innovadoras, dejando de lado el florecimiento de la erudición, serían obra de figuras aisladas con Antonio de Capmany o Ignacio de Asso,[37] cuyas obras ejercerían poca influencia en su entorno. Merece la pena, por eso mismo, volver a Francia y referirnos a los hombres que avanzaron más en la dirección del futuro.

Denis Diderot (1713-1784) no es solamente la figura clave de la Ilustración francesa, sino, lo que es más importante, la que anuncia lo que vendrá después. Su obra tiene una fuerza crítica y una altura literaria extraordinarias. En un primer momento, en los *Pensamientos filosóficos*, parte del escepticismo —«Lo que nunca se ha puesto en duda, nunca ha sido probado. Lo que no se ha examinado sin prevención, no ha sido bien examinado nunca. El escepticismo es el primer paso hacia la verdad»— y de una confianza plena en la ciencia moderna: «¿Veis este huevo? Con esto se derriban todas las escuelas de teología y todos los templos de la tierra».[38]

La fe en la función de la ciencia, en la eficacia transformadora de «las luces», lo empujará a emprender esa inmensa obra renovadora que es la *Encyclopédie*. Cuando inicia su tarea es un hombre de poco más de treinta años, que ha escrito una novela erótica, *Les bijoux indiscrets*, y una *Carta sobre los*

menor medida David MacGregor, *Hegel and Marx after the fall of communism*, Cardiff, University of Wales Press, 1998. Sus ideas sobre la historia se pueden seguir a través de los *Principios de la filosofía del derecho* y de *La razón en la historia*, compuestos a partir de notas de sus cursos, extraídas de sus manuscritos y de los apuntes de los estudiantes. Hago dos citas de este último texto a través de la traducción francesa de Kostas Papaioanoou (*La raison dans l'Histoire*, París, Union Générale d'Editions, 1965, pp. 138 y 31).

37. Antoni de Capmany y de Montpalau (1742-1813) publicó *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona* (1779-1792), una historia económica concebida de manera nueva y original, acompañada de un gran aparato de documentos, con una primera parte dedicada a la marina, una segunda sobre el comercio —que quería ser «como una introducción a la historia mercantil de las naciones modernas»— y una tercera, aún más original, dedicada a las actividades industriales. También Ignacio de Asso publicó una *Historia de la economía política de Aragón* (1798). Capmany ha sido objeto de estudios diversos de Pierre Vilar, Fernando Sánchez Marco y Miquel Pérez Latre, Emili Giralt, Francisco José Fernández de la Cigoña y Estanislao Cantero (estos dos últimos le han dedicado un libro no muy estimable) y Ramon Grau. Sin embargo, le falta aún un estudio comparable al de Antonio Peiró, *Ignacio de Asso y la «Historia de la economía política de Aragón»*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998 (para el contexto de esta obra, Guillermo Pérez Sarrión, *Aragón en el Setecientos*, Lleida, Milenio, 1999, pp. 375-456).

38. Arthur M. Wilson, *Diderot, sa vie et son oeuvre*, París, Robert Laffont, 1985; René Pomeau, *Diderot*, París, P.U.F., 1967; P. N. Furbank, *Diderot. A critical biography*, Nueva York, Knopf, 1992; Jacques Proust, *Diderot et l'Encyclopédie*, París, Albin Michel, 1995; Yves Benot, ed., Diderot, *Textes politiques*, París, Ed. sociales, 1960. Uso las obras en la edición Assezat-Tourneur, *Oeuvres complètes de Diderot*, Paris, 1875-1877, 20 vols. (la cita de este párrafo de «Pensées philosophiques», 31, I, p.140) y en las *Oeuvres* preparadas por Laurent Versini (París, Robert Laffont, 1994-1997, 5 vols.); la *Encyclopédie* en la reproducción facsímil de Nueva York, Reader Microprint Corporation, 1969.

ciegos que le ha costado un encarcelamiento y el distanciamiento de Rousseau: un individuo que ha sacado de él, probablemente, algunas de sus mejores ideas, pese a que pretende haberlas recibido en una súbita iluminación.

El propósito inicial de los promotores de la *Enciclopedia* se limitaba a traducir un libro inglés, la *Cyclopaedia or an Universal Dictionary of Arts and Sciences* de Chambers, que había tenido un gran éxito. Pero, en manos de Diderot, el proyecto se transforma y en 1750 se publica un prospecto en que se proclama que se quiere llevar a cabo «un cuadro general de los esfuerzos de la mente humana en todos los géneros y todos los siglos». En 1751 sale el primer volumen de la *Encyclopédie* o *Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios*. Estamos en los años cruciales y más fecundos de la Ilustración francesa: en 1748 Montesquieu ha publicado *L'esprit des lois*, en 1749 Buffon inicia la edición de su *Histoire naturelle* (15 volúmenes, que irán apareciendo hasta 1767), ahora, en 1751, sale el primer volumen de la *Encyclopédie*, y en años inmediatamente posteriores, mientras prosigue su publicación, aparecerán las dos grandes historias de Voltaire (*Le siècle de Louis XIV*, en 1751, y *Essai sur les moeurs*, en 1756) y su *Diccionario filosófico* (1764), además del *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité* (1755) de Rousseau.

Atacada por los jesuitas y por los jansenistas, condenada por el Parlamento de París, suprimida por el Consejo del rey (cuando ya había sido repartida a los subscriptores), la *Encyclopédie* se salva por vez primera, en 1752, por la influencia del «director general de la librería», Malesherbes. En 1759, sin embargo, se le revoca el permiso, a la vez que se la condena en el Índice y el papa excomulga a sus lectores, que están obligados a entregar los volúmenes a un cura para que los queme. Sólo se autorizó a que se compensase a los subscriptores con los primeros volúmenes de láminas «técnicas» (que es lo que explica la importancia que éstas tienen en la obra), hasta que en 1765 aparecieron a la vez los últimos diez volúmenes de texto, VIII a XVII, con pie de imprenta falso de Neuchatel, y en 1772, los últimos de láminas. Diderot acabó, después de 25 años de trabajo, amargado por las defecciones: al principio había tenido una amplia nómina de colaboradores ilustres; después éstos se acobardaron y le fallaron, de modo que tuvo que concluir los diez últimos volúmenes con poca cosa más que con el auxilio de De Jaucourt, autor de una cuarta parte del texto, y con algunos artículos de Holbach.

El éxito de la obra, sin embargo, fue extraordinario. Entre 1751 y 1782 se vendieron 25.000 ejemplares que se reparten de manera parecida entre Francia (11.500) y el resto de Europa (12.500). En total representan unos 900.000 volúmenes, lo que la convierte en la obra más gigantesca de la edición desde la invención de la imprenta y en uno de los mayores best-sellers jamás conocidos (y demuestra que esta Ilustración avanzada no era cosa de pequeñas minorías, sino que tenía una enorme expansión en Europa).[39]

39. Robert Darnton, *The bussiness of enlightenment. A publishing history of the «Encyclopédie», 1775-1800*, Cambridge, Mass., Belknap Press/Harvard University, 1979 (complementariamente sus obras sobre la edición de libros prohibidos en Francia, publicados en 1995); Franco Venturi, *Los orígenes de la Enciclopedia*, Barcelona, Crítica, 1980.

Diderot ha aprendido muchas cosas con esta experiencia. Sobre todo, que no bastaba el conocimiento de la ciencia y de la técnica para cambiar el mundo, sino que era necesario profundizar en el terreno de las ciencias sociales y, sobre todo, en el de la historia. Es éste el momento en que comienza a colaborar con el *abbé* Raynal en la *Historia filosófica y política del establecimiento y comercio de los europeos en las dos Indias* (primera edición, 1770), una obra de denuncia del despotismo y del colonialismo, que el parlamento de París prohibió en 1781, donde Diderot anunciará los nuevos tiempos, en los que, después de la erudición, la poesía, la metafísica, la geometría, la física, las ciencias naturales y la química, ha llegado el momento del estudio de las ciencias sociales: «Estamos dedicados por entero a las cuestiones de gobierno, de legislación, de moral, de política y de comercio. Si se me permitiera arriesgar una predicción, anunciaría que los espíritus se inclinarán decisivamente del lado de la historia, una inmensa carrera en que la filosofía aún no ha puesto el pie». Era consciente de que los cambios que se estaban produciendo en la sociedad exigirían una nueva manera de enfocar el estudio de la historia, ya que, «en estas sociedades mercantiles, el descubrimiento de una isla, la importación de una nueva mercancía, la invención de una máquina, el establecimiento de una factoría, la invasión de una rama de comercio, la construcción de un puerto, se convertirán en las transacciones más importantes y los anales de los pueblos habrán de escribirlos comerciantes filósofos».[40]

Diderot concebía la historia como una herramienta de concienciación política: «Si desde sus inicios la historia hubiera cogido y arrastrado por los cabellos a los tiranos civiles y a los tiranos religiosos, no creo que éstos hubieran mejorado, pero habrían sido más detestados y sus desdichados súbditos habrían sido menos pacientes». Pero también de análisis; ante la realidad de que «la historia del hombre civilizado no es otra cosa que la historia de su miseria: todas sus páginas están teñidas de sangre: unas de la sangre de los opresores y otras de la sangre de los oprimidos», era obligado pedir reformas radicales que garantizasen «la libertad política», o sea «la libertad del pueblo», que sólo puede

40. Sobre la «historia» de Raynal, H. J. Lüsebrink y M. Tietz, eds., *Lectures de Raynal. L'Histoire des deux Indes en Europe et en Amérique au XVIII^e siècle. Actes du Colloque de Wolfenbüttel*, Oxford, Voltaire Foundation, 1991. Sobre la participación de Diderot en las diversas ediciones de la obra de Raynal, Yves Benot, *Diderot de l'athéisme à l'anticolonialisme*, París, Maspero, 1970; Hans Wolpe, *Raynal et sa machine de guerre, l'Histoire des deux Indes et ses perfectionnements*, París, Génin, 1956, y Michèle Duchet, *Diderot et l'Histoire des deux Indes ou l'écriture fragmentaire*, París, Nizet, 1978. Una cita de la edición de las *Oeuvres* de Diderot de Versini, III, p. 753; la final, de Raynal, *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des européens dans les deux Indes*, Ginebra, J. L. Peillet, 1781, III, pp. 291-292. Una muestra de que el texto de Raynal-Diderot fue entendido como una obra política la tenemos en la antología *De los pueblos y gobiernos. Colección de pensamientos extraídos de la historia filosófica de las dos Indias, por el abate G. J. Raynal* traducido al castellano por don S. D. V..., Londres, Daviso, 1823, donde el autor ha extraído «los pensamientos que se refieren a las instituciones políticas» y los ha organizado temáticamente. En la selección, como era previsible, aparecen la mayor parte de los textos políticos aportados por Diderot.

asentarse en una constitución, en la existencia de un cuerpo representativo de la nación «depositario de las leyes» y encargado de su observación.

El rechazo del despotismo es constante y explícito —«una de las desgracias mayores que pueden sucederle a una nación libre serían dos o tres reinados consecutivos de un despotismo justo e ilustrado»—, como lo es la invocación de la libertad, de la responsabilidad de los intelectuales —«Saber cómo deberían ser las cosas es propio de un hombre de buen entendimiento; cómo son, de un hombre experimentado; cómo cambiarlas para mejorarlas, de un hombre de genio»— y de su propio compromiso personal: «Pase lo que pase, nunca traicionaré la honorable causa de la libertad».[41]

Diderot, que morirá en 1784, sin llegar a ver los cambios que habrían de sacudir la vieja sociedad, sabía, sin embargo, que el futuro le daría la razón. Dos textos resumirán esta consciencia y sus matices: «Si el filósofo habla en vano para este momento, escribe y piensa útilmente para el porvenir».[42] Y el de esta carta a Grimm: «Entiendo las cosas bien, las juzgo bien, y el tiempo siempre acaba dándome la razón. No riáis: soy yo quien anticipa el futuro y quien sabe su pensamiento».

Anne Robert Jacques Turgot (1727-1781), controlador general de finanzas de Luis XVI entre 1774 y 1776, cuando fue destituido por el malestar suscitado por sus medidas liberalizadoras, era un economista cercano a los fisiócratas, con los que compartía la voluntad de transformar la economía sin riesgo de cambios sociales, pero tenía un sistema de pensamiento propio, más rico que el de aquéllos, que se aproxima en bastantes aspectos al de los escoceses contemporáneos suyos, y que tiene en su base una concepción de la historia como «la larga marcha del progreso», que pasa por las etapas sucesivas del hombre cazador, pastor y agricultor (según la visión predominante hacia 1751, a la cual se añadirá más adelante el comerciante).[43]

Estas ideas de Turgot, de escasa influencia en comparación con la que ejercerían las de los escoceses que estaban desarrollando paralelamente un esquema

41. La primera cita procede de la «Carta apologética sobre el abate Raynal», dirigida a Grimm, y la tomo de Diderot, *Oeuvres philosophiques*, ed. P. Verniére, París, 1961, p. 640. Las citas siguientes son de los textos de Diderot para la Historia de Raynal y de los *Mélanges philosophiques, historiques, etc., pour Catherine II*. Para simplificar las citas hago todas las referencias respecto del volumen II «Politique» de las *Oeuvres* en la edición de Versini. Los textos usados en estos dos párrafos proceden respectivamente de las pp. 714, 738, 636-641, 276, 282, 275, 271 y 759.

42. De los «Mélanges» para Catalina II (*Oeuvres*, III, p. 348).

43. Uso los escritos fundamentales de Turgot en la compilación Turgot, *Formation et distribution des richeses*, textes choisis et établis par Joël-Thomas Ravix et Paul-Marie Romani, París, Flammarion, 1997 (en especial «Plan de un primer discurso sobre la historia universal», de hacia 1751, y «Reflexiones sobre la formación y la distribución de las riquezas», de 1766). Complementariamente Roberto Finzi, *Turgot, le ricchezze, il progresso e la storia universale*, Turín, Einaudi, 1978. Sobre Turgot y la teoría de los «cuatro estadios», de la que se hablará en el capítulo siguiente, R. L. Meek, *Turgot on progress, sociology and economics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973, y «Smith, Turgot and the «Four Stages» theory, en *Smith, Marx and after*, Londres, Chapman and Hall, 1977, pp. 18-32.

interpretativo semejante, han dejado su huella en su discípulo Jean Antoine Nicolas Caritat, marqués de Condorcet (1743-1794). Matemático, colaborador de la *Encyclopédie*, republicano, pero condenado a muerte por la Revolución, escribiría en la prisión en que murió lo que puede considerarse como el testamento intelectual de la Ilustración francesa: el *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*, donde nos muestra el despliegue de una evolución progresiva de la humanidad, dividida en diez épocas, más complejas que los «estadios» de Turgot porque se refieren a la historia de la civilización (la novena, por ejemplo, va «De Descartes hasta la formación de la República francesa») y que acaban con una décima época apuntada hacia el futuro: «Si el hombre puede predecir con una seguridad casi completa los fenómenos de los que conoce las leyes; si, incluso cuando estas le son desconocidas, puede, partiendo de la experiencia del pasado, prever con una gran probabilidad los sucesos del futuro; ¿por qué habría de considerarse una empresa quimérica la de trazar con alguna verosimilitud el cuadro de los destinos futuros de la especie humana, según los resultados de su historia?». Y concreta sus «esperanzas sobre el estado venidero de la especie humana» en tres puntos: «la destrucción de la desigualdad entre las naciones; los progresos de la igualdad en un mismo pueblo; finalmente, el perfeccionamiento real del hombre». Ideas que, a través de los «ideólogos», y fecundadas por las de los escoceses, reaparecerían en los historiadores franceses de la restauración.[44]

44. Elisabeth y Robert Badinter, *Condorcet*, Paris, Fayard, 1988 (sobre el *Esquisse*, pp. 589-595); Condorcet, *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*, edición Prior y Belaval, París, Vrin, 1970, citas de la «décima época» (pp. 203-204 de esta edición).

5. LA INVENCIÓN DEL PROGRESO

Paralelamente a la evolución del pensamiento ilustrado sobre la historia, y manteniendo contactos con éste, pero con la suficiente especificidad y coherencia como para exigir un tratamiento por separado, está la formación en Gran Bretaña de una visión de la historia vertebrada en torno a una concepción global del progreso. Las tendencias que llevaron a madurar esta concepción datan del siglo XVII. Provenian, por un lado, de la propia historiografía británica, que había sido poco relevante antes de Walter Raleigh (1554-1618) —aventurero, amante real, fundador de la colonia de Virginia, hombre de ciencia, historiador y poeta, que murió ejecutado a petición del embajador español— y su *Historia del mundo*, «producto de una década de encarcelamiento en la Torre de Londres», un relato que comenzaba con la creación del mundo y acababa el año 130 antes de Cristo. Era en muchos sentidos una obra tradicional, que seguía la Biblia y presentaba la providencia divina como la causa primera de los acontecimientos, pero Raleigh —que tenía una gran afición por la ciencia y realizaba experimentos químicos en la prisión— era consciente de la necesidad de dar una base racional a la historia y contribuyó a ello completando el marco global del providencialismo con una atención especial a las «causas segundas», estrictamente humanas, que explicarían los acontecimientos concretos. La *Historia del mundo* fue un libro influyente, como lo prueba el hecho de que tuviera una docena de ediciones durante el siglo XVII (muchas más que las obras de Shakespeare). En una línea parecida encontramos a William Camden (1551-1623), que escribió un estudio de topografía antigua, *Britannia*, y los *Annales rerum Anglicarum regnante Elizabetha*, una crónica del reinado de Isabel I que se alejaba de los usos retóricos del humanismo y presentaba una narración puntual y documentada. Camden fue, además, quien dotó la primera cátedra de historia de Oxford.[1]

1. Joseph M. Levine, *Humanism and history. Origins of modern English historiography*, Ithaca, Cornell University Press, 1987; D. R. Woolf, *The idea of history in early Stuard England. Erudition, and the light of truth from the accession of James I to the Civil war*, Toronto, University of Toronto Press, 1990 (una cita de p. 45; sobre Camden, pp. 115-125); y, sobre todo, «Ralegh: science, history, and politics» en Christopher Hill, *Intellectual origins of the English revolution revisited*, Oxford, Clarendon Press, 1997, pp. 118-200.

Más importante sería aún el estímulo proporcionado por Francis Bacon (1561-1626), «teórico y escritor de historia», que, en una consideración global del campo de la ciencia entendida comou n instrumento para el progreso humano, insistió en la importancia de desarrollar el estudio de la historia, completando los tres campos tradicionales de la historia natural, civil y eclesiástica con un cuarto dedicado a describir «el estado general del saber» —una historia de las ciencias y de las artes—, a la vez que pedía, y en ello se observa la importancia política que le otorgaba, que se escribiera una «historia moderna» que hiciera que la isla de Gran Bretaña, «unida ahora en una monarquía para el tiempo venidero estuviera también unida en una historia en lo que se refiere al tiempo pasado» (es decir una «historia británica» que favoreciera la asimilación de Escocia, recientemente agregada a Inglaterra). En los últimos años de su vida, alejado de las ocupaciones políticas, escribió *Historia del reinado del rey Enrique Séptimo*, una narración en forma de anales de los hechos del rey, bastante objetiva en sus juicios y basada sobre todo en fuentes de segunda mano, que usaba la caracterización psicológica del soberano para establecer los móviles de sus acciones, y que ha sido calificada como «una biografía política, a la vez que una historia pragmática, un estudio no solamente de las acciones, sino de la política y del arte de gobernar».[2]

Este movimiento renovador de la historia, fuertemente influido por la lectura de Tácito, que era admirado por su realismo político, haría posible liberarla del yugo del providencialismo sin necesidad de romper con la religión —lo que hubiera obstaculizado el avance del conocimiento histórico—, al establecer una diferencia entre las causas primeras generales, determinantes de las grandes líneas del destino humano, que podían dejarse a la acción de la providencia, y las segundas, de carácter terrenal, que bastarían para la explicación de los acontecimientos «ordinarios». Por otro lado, llevaría a asociar la historia, considerada como ciencia para la investigación de la «sociedad civil», con las ciencias de la naturaleza.

Pero el impulso transformador más importante surgió, sin duda alguna, de las conmociones sociales vividas por Inglaterra en su «guerra civil y revolución». En el transcurso de cincuenta años todos los principios del orden social fueron puestos en tela de juicio, a la vez que su fundamentación religiosa, y los planteamientos más radicales aparecieron por vez primera a la luz pública. Los puritanos radicales leían en la Biblia mensajes revolucionarios y en las páginas de Isaías y de Ezequiel hallaban incitaciones a desbaratar un mundo corrompido. Los *levellers* o «niveladores» querían una nación de pequeños

2. Francis Bacon, *The advancement of learning*, Londres, Dent, 1978, pp. 69-82 (citas de pp. 69 y 75-76) y *The history of the reign of king Henry VII*, edición de Brian Vickers, Cambridge, Cambridge University Press, 1998. Pérez Zagorin, *Francis Bacon*, Princeton, Princeton University Press, 1998, especialmente «History: The idea of progress, *Ars historica*, Bacon the historian», pp. 203-220; Hill, «Francis Bacon and the parlamentarians», en *Intellectual origins revisited*, pp. 77-117; J. F. Tinckler, «Bacon and history» en Markku Peltonen, ed., *The Cambridge companion to Bacon*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 232-259; A. C. Crombie, *Styles of scientific thinking in the european tradition*, Londres, Duckworth, 1994, III, pp. 1572-1586.

propietarios libres. Los *diggers* pedían el reparto de la tierra, ya que sostenían, por boca de Gerrard Winstanley (1609-después de 1660), que los terratenientes se la habían apropiado a través de la violencia y la usurpación: «el poder de cercar la tierra y poseerla en propiedad fue creado por vuestros antepasados mediante la espada» (en consecuencia con estas ideas establecieron una colonia agrícola comunitaria). Los *ranters* no solamente negaban la propiedad privada sino que Lawrence Clarkson (1615-después de 1667) sostenía que el alma era mortal, que el cielo estaba en esta tierra, que el juicio final tiene lugar en la conciencia de los hombres y que el pecado es una invención de las clases dominantes; una doctrina parecida a la de Lodowick Muggleton y sus seguidores, que la conservaron ocultamente durante más de trescientos años (el último muggletoniano conocido murió en 1979). No solamente las capas populares participaron en estos movimientos (Winstanley era un comerciante de tejidos arruinado y Clarkson, un sastre). Intelectuales de la categoría de Locke, Newton y Milton compartieron con los radicales ideas religiosas antitrinitarias y el último de éstos, en concreto, defendió públicamente la legitimidad del regicidio y aceptó la posibilidad de que los cambios sociales llevaran a «un mundo trastocado», antes de hallarse él mismo, una vez vencida la revolución, «ciego en Gaza, en el molino con los esclavos, encadenado bajo un yugo filisteo».[3]

Derrotada la revolución, no fue fácil recomponer la situación y restablecer alguna forma de consenso social. No se pudo volver a la monarquía absoluta, sino que el nuevo régimen, basado en el compromiso de la revolución de 1688, permitió alcanzar, sin apariencia de subversión ni recurso a la movilización de las masas, unos objetivos parecidos a los que se habían querido conseguir inicialmente en 1641: un sistema político representativo —que Hume describió como «un príncipe hereditario, una nobleza sin vasallos y un pueblo que vota a través de sus representantes»— controlado por la alianza entre una aristocracia agraria capitalista que había eliminado los obstáculos del «feudalismo bastardo» y una clase de empresarios mercantiles orientada a los grandes negocios del comercio exterior, la expansión colonial y la financiación de la guerra.

3. Sobre los grupos radicales en los años de la revolución es necesario seguir las obras de Christopher Hill, comenzando por *The world turned upside down. Radical ideas during the English revolution*, Londres, Temple Smith, 1972 y continuando por *The English Bible and the seventeenth-century revolution*, Londres, Allen Lane, 1993, *Milton and the English revolution* (1977), *The experience of defeat. Milton and some contemporaries*, Londres, Bookmarks, 1994, etc. La cita de Winstanley es de *The law of freedom and other writings*, ed. de C. Hill, Harmondsworth, Penguin, 1973, p. 99. (Sobre Winstanley, el libro clásico de David W. Petegrosky, *Left-wing democracy in the English civil war*, reeditado en 1999 por Sandpiper books). Los textos de Milton en *Prose writings*, Londres, Dent, 1974 y en *Political writings*, ed. de Martin Dzelzainis, Cambridge, Cambridge University Press, 1991; una cita de *Samson agonistes*, versos 42 y 43. Sobre Muggleton y sus seguidores, E. P. Thompson, *Witness against the Beast*, Nueva York, The New Press, 1993, pp. 65-105 y William Lamont. *Puritanism and historical controversy*, Londres, University College, 1996, pp. 27-40, etc. Habría sido necesario, naturalmente, hablar también de los «quakers», pero su evolución es mucho más compleja. Nigel Smith, *Literature and revolution in England, 1640-1660*, New Haven, Yale University Press, 1994, pp. 336-355, sobre el estudio de la historia en el siglo XVII como medio para entender las complejidades del presente.

Esta alianza se aseguraba el control del gobierno real limitando los recursos de que éste disponía a los que se votaban cada año en el parlamento y creando una administración burocrática que manejaba de hecho la mayor parte de este dinero. Sobre estas bases se asentaría el doble proceso de la llamada «revolución financiera» y de la expansión comercial, que serían elementos esenciales del crecimiento económico británico.[4]

El nuevo orden social y la nueva estructura del estado necesitaban una nueva legitimación, que ya no podía ser la vieja de las monarquías absolutas, asentada en el derecho divino —entre otras razones porque había de responder a las demandas de una sociedad donde la abundante difusión de las noticias sobre los acontecimientos de la guerra civil había creado una opinión pública y unos hábitos de discusión política que exigían argumentos razonados—, sino que se basaría en la idea de que la sociedad civil se había fundado por medio de un contrato establecido entre sus miembros y el poder soberano. En torno a esta teoría se articularía una nueva visión del mundo: una tarea en la que ciencia e historia actuaron íntimamente asociadas.[5]

La ciencia cumpliría en primer lugar la función de explicar un cosmos de creación divina, pero dominado por la actuación de «causas segundas»: un mundo físico ordenado y regulado por leyes que tenía su paralelo en la sociedad civil. Newton construyó un modelo racional del universo presidido por un Dios-relojero y controlado por leyes, en el que «el mundo natural entero, que consiste en los cielos y la tierra, significa el mundo político entero, que consiste en los tronos y en el pueblo».[6]

Los filósofos sociales, a su vez, habían de fundamentar esta imagen global y ordenada de la sociedad. Thomas Hobbes (1588-1679), que había traducido a Tucídides al inglés, recurrió a una interpretación del origen histórico de las sociedades humanas para dar su versión de los fundamentos del contrato social en *De cive* (1642) y *Leviathan* (1651), donde sostiene que antes de la sociedad civil había «una guerra de todos los hombres contra todos los hombres» y que, a fin de preservar sus vidas, éstos tuvieron que aceptar la realización de pactos

4. En este párrafo sigo puntualmente las conclusiones del gran libro de Robert Brenner, *Merchants and revolution. Commercial change, political conflict, and London's overseas trade*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993. En lo referente a la relación entre el nuevo sistema político y el desarrollo de los mercados, Hilton L. Root, *The fountain of privilege. Political foundations of markets in old regime France and England*, Berkeley, University of California Press, 1994, y Bruce G. Carruthers, *City of capital. Politics and markets in the English financial revolution*, Princeton, Princeton University Press, 1999.

5. Los principios de la monarquía de derecho divino, defendidos por Robert Filmer (*Patriarch and other writings*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991), serían justamente el objeto contra el que se dirigiría Locke en el primero de sus dos tratados sobre el gobierno. Sobre la formación de una opinión pública y el nacimiento de una cultura democrática, David Zaret, *Origins of democratic culture. Printing, petitions, and the public sphere in early-modern England*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

6. M. C. Jacob, *The newtonians and the English revolution, 1689-1720*, Hassocks, Harvester Press, 1976, p.14; C. Hill, «Sir Isaac Newton and his society», en *Change and continuity in seventeenth-century England*, revised edition, New Haven, Yale University Press, 1991, pp. 251-277.

cediendo el gobierno a un poder supremo que era, respecto del conjunto de la «ciudad», como la cabeza respecto del cuerpo. La fría racionalidad «geométrica» de Hobbes haría que los bienpensantes se escandalizaran ante una teoría que daba por supuesto que la sociedad estaba dominada por el egoísmo y que casi todas sus reglas eran convencionales, mientras que algunos de los herederos radicales de la revolución interpretaron la obra de este hombre que hablaba de su propia muerte como de «un gran salto en la oscuridad» en términos de una propuesta liberadora (un estudioso contemporáneo ha calificado *Leviathan* como «la más grande de las utopías revolucionarías inglesas»).[7]

La nueva sociedad necesitaba un modelo explicativo que, por un lado, se expresara en términos del gobierno representativo nacido de la revolución de 1688, y que, por otro, asociase el interés con la conciencia e hiciera posible establecer la base de «confianza» —de «trust»—, sin la cual era imposible el funcionamiento del mundo de los negocios. Quien elaboró la fundamentación histórica del contrato social de acuerdo con estos términos fue John Locke (1632-1704), poseedor de un saber amplio y diversificado, que se interesaba por la ciencia experimental (colaboraría con Robert Boyle en la Royal Society) y que escribió sobre la teoría del conocimiento (a la cual dedicaría su *Ensayo sobre el entendimiento humano*), sobre temas económicos, sobre religión (*Cartas sobre la tolerancia*), sobre educación (proponía que se enseñara un tipo de historia que ayudara a entender los orígenes de la sociedad civil, en lugar de la tradicional que explicaba los hechos de los conquistadores, «que en su mayor parte son los grandes carniceros de la humanidad») y sobre política, como consecuencia de su implicación con los «whigs», que le obligó a exiliarse a Holanda desde 1683 a 1689, huyendo de la persecución de Carlos II. Lo más importante desde el punto de vista del historiador son justamente sus escritos políticos: los *Dos tratados sobre el gobierno* (1690), y en especial el segundo, donde sostiene que los hombres vivían en paz en el estado de naturaleza, pero que aceptaron someter sus libertades a un poder superior a fin de proteger sus propiedades —justificadas como fruto de su trabajo—, y afirma que la finalidad máxima de los hombres al reunirse en estados y sujetarse a un gobierno —que no es en Locke un poder absoluto, sino controlado por los representantes del pueblo— es «la de salvaguardar sus bienes».[8]

7. Sobre la idea de contrato social, Frédéric Atger, *Essai sur l'histoire des doctrines du contrat social*, París, Alcan, 1906. T. Hobbes, *Leviathan*, cap. 13 (uso la edición de Hardmonsworth, Penguin, 1968, con estudio preliminar de C. B. Macpherson); *De cive*, I, 12 y VI, 19 (uso Hobbes, *Man and citizen*, edición de Bernard Gert, Indianapolis, Hackett, 1991). El personaje, un hombre que vivió marcado por el miedo —entre otros, al de ser juzgado por ateísmo— se nos describe muy bien en A. P. Martinich. *Hobbes. A biography*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999 (con una breve pero excelente síntesis bibliográfica en pp. 359-361). Leo Strauss, *The political philosophy of Hobbes*, Chicago, University of Chicago Press, 1963 (ed. original, 1936); William Lamont, *Puritanism and historical controversy*, pp. 96-101.

8. John Locke, *Two treatises of government*, editados por Peter Laslett, Cambridge, Cambridge University Press, 1970; *The educational writings of John Locke*, edición de James L. Axtell, Cambridge, Cambridge University Press, 1968; *Ensayo sobre el entendimiento humano*, ed.

La nueva ciencia experimental también contribuyó a asentar la confianza en el mantenimiento de los compromisos, al establecer los principios de una veracidad social, a la vez que transmitía credibilidad a la historia al inducirla a usar criterios de verificación y una lógica cercana a la que utilizaban los experimentadores. «Que historia e historia natural compartan nombre es más que un accidente lingüístico. En el siglo diecisiete «historia» significaba una relación verdadera de hechos: cualquier tipo de hechos, físicos, biológicos, sociales o "históricos".» La asociación entre ciencia e historia no solamente se planteó en términos de la adopción común de métodos «de observación de hechos y de fenómenos que se asociaban a la verdad y a la certeza moral», sino que los cultivadores de ambas ramas del saber tenían clara su responsabilidad en el establecimiento de un nuevo consenso social.[9]

Sin embargo a la historia le costó mucho hallar su Newton. Las primeras formulaciones históricas escritas desde el punto de vista de los «whigs» vencedores de la revolución de 1688 no respondían a las expectativas que había expresado Locke al hablar de una disciplina que ayudase a entender la sociedad civil, ya que se limitaban, como en el caso de Paul Rapin-Thoyras —un hugonote francés exiliado, autor de una historia de Inglaterra muy leída en la primera mitad del siglo XVIII—, a una propaganda política partidista elemental, basada en el mito de la existencia de una antigua constitución anterior al «yugo normando», que habría sido recuperada por los «whigs». En contraste con ésta tenemos la *Historia de la rebelión y guerras civiles de Inglaterra*, del conde de Clarendon, una versión «tory» de los sucesos, escrita con elegancia clásica, que no se publicó hasta principios del siglo XVIII, treinta años después de la muerte del autor. A mediados del siglo XVIII «los ingleses —dice Philip Hicks— llevaban más de dos siglos quejándose de la poca calidad de sus libros de historia».[10]

de S. Rábade, Madrid, Editora Nacional, 1980; *Lettre sur la tolerance*, ed. bilingüe de la primera «carta», París, PUF, 1965; C. B. Macpherson, *The political theory of possessive individualism: Hobbes to Locke*, Oxford, Oxford University Press, 1962; Joyce Oldham Appleby, *Economic thought and ideology in seventeenth-century England*, Princeton, Princeton University Press, 1980, pp. 220-241 (sobre su intervención en cuestiones monetarias), etc. Sobre la ética de los negociantes, Ricahrd Grassby, *The business community of seventeenth-century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 297-301 («Interest and conscience»).

9. Este es un tema complejo que requeriría una exposición mucho más matizada. La que aquí se hace derivar en gran medida de Steven Shapin, *A social history of truth. Civility and science in seventeenth-century England*, Chicago, Chicago University Press, 1994 y *The scientific revolution*, Chicago, Chicago, University Press, 1996; de William Eamon, *Science and the secrets of nature*, Princeton, Princeton University Press, 1994, pp. 341-350 (donde se habla de la «historia de los oficios» organizada por la Royal Society) y de Barbara J. Shapiro, *Probability and certainty in seventeenth-century England. A study of the relationship between natural science, religion, history, law, and literature*, Princeton, Princeton University Press, 1983 (citas de las pp. 120 y 161). No hay que olvidar, no obstante, la supervivencia de aspectos relacionados con la alquimia, la astrología, etc. que se encuentran en Newton, como es bien sabido, pero parece que también se hallan en Boyle, según Lawrence M. Princip, *The aspiring adept. Robert Boyle and his alchemichal quest*, Princeton, Princeton University Press, 1998.

10. Philip Hicks, *Neoclassical history and English culture. From Clarendon to Hume*, Londres, Macmillan, 1996.

El auténtico fundador del tipo de historia que respondía a las necesidades de la nueva sociedad sería David Hume (1711-1776), y buena parte de los que la perfeccionaron eran, como él, escoceses, que hicieron de esta visión del progreso «una historiografía de acomodación a Gran Bretaña», que les servía para identificar su situación presente como una fase superior de desarrollo político respecto de un pasado local de atraso, lo que acabaría, en el caso de Hume, llevándolo a ocuparse solamente de la historia de Inglaterra, y no de Gran Bretaña.[11]

Nacido en una familia escocesa de la pequeña nobleza, de escasa fortuna, David Hume estudió primero en la Universidad de Edimburgo, pero no quería seguir la carrera de Derecho, a la cual le destinaba su familia, y se puso a estudiar por su cuenta, viviendo con modestia y con mucha frugalidad. Marcharía después a Bristol a trabajar con comerciantes, pero «en pocos meses hallé aquella ocupación totalmente inadecuada para mí». Pasó entonces a Francia para proseguir sus estudios; allí residió desde 1734 a 1737 y escribió el *Tratado de la naturaleza humana*, que publicaría en 1738, de retorno a Londres. Este libro y otros dos posteriores, *Investigación sobre el conocimiento humano* (1749) e *Investigación sobre los principios de la moral* (1751), le ganaron fama de ateo y de materialista. En cambio los *Discursos*, cuya primera parte apareció en 1742 y una segunda, *Discursos políticos*, en 1751, fueron bien recibidos por el público. Pasó dos años acompañando al general Saint Clair en las cortes de Viena y de Turin, y fracasó después en su intento de obtener una cátedra universitaria de filosofía moral en Edimburgo, a consecuencia de la reprobación de sus obras (en 1755 la iglesia escocesa lo quiso excomulgar, pero los moderados consiguieron evitarlo; Hume escribiría en una carta: «La última asamblea se ha ocupado de mi caso. No han propuesto quemarme, porque no pueden, pero querían entregarme a Satanás y creo que eso sí pueden hacerlo»). Consiguió, entonces, que le nombraran director de la biblioteca de los abogados de Edimburgo, que con sus 30.000 volúmenes estaba considerada como una de las mejores de Europa, lo que le proporcionó los materiales y la tranquilidad que le permitirían escribir su obra más ambiciosa, la *Historia de Inglaterra*, que tuvo más de siete ediciones en vida de su autor y que se convirtió en la visión del pasado inglés más leída durante un siglo (con ciento setenta y cinco ediciones más), hasta la aparición de la de Macaulay. Él mismo dirá que el dinero que le pagaban los libreros, excediendo todo lo que se había visto hasta entonces, le hizo «no solamente independiente, sino opulento». Dejó el cargo de bibliotecario en 1757, marchó de nuevo a Francia, como secretario de lord Hertford en la embajada británica, y estuvo allí desde 1763

11. Sobre esta visión, que no solamente favorecía la acomodación en Gran Bretaña, sino que reordenaba el pasado en función de un futuro común, Murray G. H. Pittock, *Inventing and resisting Britain. Cultural identities in Britain and Ireland, 1685-1789*, Londres, Macmillan, 1997, pp. 140-145, que matiza los planteamientos de Linda Colley en *Britons. Forging the nation, (1707-1837)*. C. Hill, «The Norman Yoke», en *Puritanism and revolution*, Londres, Mercury Books, 1962, pp. 50-122 (y el complemento, con el mismo título, en *Intellectual origins of the English revolution revisited*, pp. 361-365).

hasta 1767, famoso ya por sus escritos y en contacto con los ilustrados. En 1769 volvía a Edimburgo «muy rico (tenía unos ingresos de mil libras al año), sano y, aunque afectado por los años, con la perspectiva de disfrutar largamente de mi bienestar y de contemplar el aumento de mi reputación». Su autobiografía nos explica el cambio súbito que se produjo entonces: «En la primavera de 1775 sufrí un desorden del vientre, que al principio no me alarmó pero que se ha convertido desde entonces, como he sabido, en mortal e incurable. Cuento con que ahora tendré un final rápido. He sufrido muy poco dolor por mi mal, y lo que es más raro, no he tenido, pese a mi gran desmejoramiento físico, momento alguno de abatimiento de mi espíritu. Hasta el punto de que si tuviera que escoger un momento de mi vida que desease volver a vivir, me sentiría tentado de escoger este último. Siento el mismo entusiasmo que siempre por el estudio y la misma alegría de estar en compañía de otros. Considero, además, que un hombre de sesenta y cinco años, al morir, no hace sino ahorrarse unos pocos años más de enfermedades (...). Es difícil estar menos preocupado por la vida de lo que yo me siento en el presente». En 1776 pudo ver la aparición de la obra máxima de su discípulo y amigo, Adam Smith, y leyó el primer volumen del *Decline and fall* de Gibbon, al cual visitó en Londres, después de haberle escrito una carta de elogio por su libro que, dice Gibbon, «me pagaba por diez años de trabajo». Murió, con «la muerte de un santo laico», el 25 de agosto de 1776. Muchos se escandalizaron por este final, ya que se suponía que los incrédulos debían morir en medio de tormentos. La publicación del texto de *Mi vida*, acompañado por una carta de Adam Smith, provocó indignación. Johnson suponía que la serenidad de Hume era fingida, y Boswell, que dudaba de ello, acabó encontrando una solución ocho años más tarde: había soñado que descubría un diario secreto en el que Hume decía que aunque su vanidad le había llevado a publicar libros de escepticismo e infidelidad, en el fondo era un hombre cristiano y muy piadoso.[12]

En su obra histórica Hume tomaría a Tácito como modelo de estilo, y a Maquiavelo y a Sarpi, de método. Pero una de las novedades más fecundas que aportó procedía de un autor radical y de una obra escrita en la perspectiva de los años de la revolución: en *Océana* (1656) James Harrington (1611-1677)

12. Ernest Campbell Mossner, *The life of David Hume*, second edition, Oxford, Clarendon Press, 1980; David Fate Norton, *The Cambridge companion to Hume*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993; Ian Simpson Ross, *The life of Adam Smith*, Oxford, Clarendon Press, 1995, pp. 289-304 («Dialogue with a dying man»). La autobiografía —«My own life»— y la carta de Smith a Strahan que la acompaña se pueden ver en la edición de *The history of England* que se cita a continuación, I, pp. XXVII-XL. Se han empleado las siguientes ediciones de otras obras: *Tratado de la naturaleza humana*, ed. de Félix Duque, Madrid, Editora Nacional, 1977, 2 vols. (contiene también la «Autobiografía»); *Investigació sobre l'enteniment humà*, Barcelona, Laia, 1982; *The natural history of religion. Dialogues concerning natural religion*, ed. D. A. Wayne Colver y J. Valdimir Price, Oxford, Clarendon Press, 1976 (sobre la complicada historia de la publicación de este texto póstumo, véase Alessandra Attanasio, «La religione come corruzione della moralità e della società» en *MicroMega*, 3/96, pp. 215-238). Se prescinde de la abundantísima bibliografía sobre Hume visto fragmentariamente (como filósofo, economista, etc.).

había presentado el modelo de un gobierno republicano (que influyó posteriormente en los primeros textos constitucionales norteamericanos), a la vez que planteaba una visión determinista de la historia en la que sostenía que la naturaleza del gobierno dependía de «la balanza del dominio o de la propiedad» —un concepto que incluía no solamente la tierra, sino «el dinero y otros objetos parecidos»— entre los diversos grupos sociales; un reparto equitativo de la tierra, por ejemplo, correspondería a una república. Hume ha enriquecido y desarrollado esta visión en algunos textos de los *Discursos*, donde se formula por vez primera el modelo de una sucesión de fases de la historia humana ligadas al desarrollo económico, que sería el motor del progreso. La primera fase de la historia habría sido la del salvajismo en que los hombres se dedicaban sólo a la caza y la pesca. Desde ahí se pasó a otra en que crecieron desigualmente la agricultura y las manufacturas: una economía de base agraria, parecida a la que dominaba en la mayor parte de la Europa del siglo XVIII. Dentro de esta sociedad el desarrollo económico se basaba en la división del trabajo y en la articulación del mercado. En una primera etapa esta articulación era interna, limitada al intercambio entre los excedentes campesinos y los productos de las manufacturas locales. Muy pronto, sin embargo, el comercio exterior y el gusto por el lujo potenciarían la producción industrial. La atracción por productos nuevos, traídos de otros países por el comercio lejano, incitó a los poderosos a consumirlos; los grandes beneficios que daba este tráfico hicieron que otros comerciantes entrasen en la competencia y, finalmente, la industria local imitó estos productos foráneos de los que había una gran demanda. Este patrón le sirve a Hume para explicar el progreso humano y le permite, por ejemplo, criticar a los que creían que la tierra podía haber estado más densamente poblada en la antigüedad que en el presente, argumentando que, ya que las manufacturas y el comercio no eran tan florecientes en el pasado, de eso se debería deducir que también estaba más atrasada la agricultura, necesaria para la subsistencia humana, que condicionaba el tamaño de la población. El razonamiento se cerraba con un acto de fe en la capacidad de progreso que ofrecía el nuevo mundo del comercio:

«Todas las cosas que en estos últimos tiempos se han descubierto o perfeccionado, ¿acaso no han contribuido a hacer la subsistencia de los hombres más fácil y, con ello, a su propagación y aumento? Nuestra habilidad en las artes mecánicas, el descubrimiento de nuevos mundos que han aumentado tanto el comercio, el establecimiento de los correos y el uso de las letras de cambio: todo ello parece extremadamente útil para el estímulo de las artes, industria y población. Si se suprimiera de repente, ¡cuántos males no se seguirían en todo tipo de negocios y trabajos! ¡Qué multitud de familias perecerían inmediatamente de necesidad y de hambre! No parece probable que ninguna otra institución pudiera llenar el vacío de estas nuevas invenciones.»

En estas formulaciones se halla lo esencial de la visión que ve en el desarrollo del mercado, el motor esencial del crecimiento económico (Smith lo enriquecería introduciendo como explicación las consecuencias progresivas de la división social del trabajo que hacía posible la extensión del mercado) y los

primeros rudimentos de la teoría de los cuatro estadios, que completaría también Adam Smith, sin olvidar reconocer la deuda que tenía con su maestro.[13]

La fama de historiador de Hume, sin embargo, se basaba en un libro hoy olvidado: la *Historia de Inglaterra*. Hume comenzó publicando la parte que se refería a los dos primeros Estuardo en 1754; dos años más tarde apareció la que abarcaba desde la muerte de Carlos I a la revolución de 1688, en 1759, la que se ocupaba de la dinastía de los Tudor y en 1762, finalmente, completó la obra con el principio, que iba desde la invasión de Julio César hasta 1485 (si bien continuó revisándola hasta su muerte). Su objetivo fundamental era explicar el periodo que iba desde la subida al trono de Enrique VIII hasta 1689. Al final de la obra, al hablar del triunfo de la *glorious revolution* y del advenimiento de la nueva dinastía, Hume exponía las razones políticas que había tenido para escribir este libro de una manera más objetiva de lo que hasta entonces habían hecho los propagandistas de la causa «whig», que denigraban a sus antagonistas «tories». La búsqueda de un consenso exigía una visión más equilibrada, que tuviera también en cuenta las razones por las que habían actuado los perdedores: «los extremos deben evitarse en todas las cosas, y pese a que nadie podrá complacer jamás a dos facciones opuestas con opiniones moderadas, es en ellas, probablemente, donde se halla la verdad».

Pese a la abundancia de las citas de sus fuentes en las notas a pie de página (no las había puesto en los primeros volúmenes, pero las añadió al revisarlos), está claro que en Hume predomina el filósofo social por encima del erudito: la suya, como la de Smith, es lo que Dugald Stewart llamará «historia teórica o conjetural»[14]. Introduce apéndices analíticos sobre las leyes, las instituciones, las costumbres o la economía de una época; explica el establecimiento del feudalismo por el hecho de que «la autoridad es naturalmente compañera de la propiedad», y critica duramente la ignorancia de los tiempos medievales, cuando «en todas las escuelas predominaba la locura, no menos que en todas las iglesias». La Magna Carta se discute largamente en el capítulo XI, donde afirma que «la distribución igual de la justicia y el libre uso de la propiedad (...) son los dos grandes objetos por los cuales instituyeron los hombres la sociedad política». No muestra, lógicamente, simpatía alguna por los rebeldes igualitarios de 1381: «Serían tan grandes los inconvenientes que resultarían de la abolición de las clases y distinciones, que no tardarían en advertirse, y las cosas volverían muy pronto a tomar su curso ordinario».

13. Estas ideas de Hume se encuentran en los dos ensayos «Of commerce» y «Of the populousness of ancient nations», en David Hume, *Essays, moral, political and literary*, Londres, Longmans, 1912, I, pp. 287-299 y 381-443 (cita de pp. 412-413). David Wootton, «David Hume "the historian"», en Norton, *The Cambridge companion to Hume*, pp. 281-312. He tenido que usar *Oceana* en una versión francesa (París, Belin, 1995) —citas de las pp. 232-233—, que contiene también el extenso estudio que J. G. A. Pocok escribió para *The political works of Harrington* (Cambridge, 1977).

14. Sobre el significado real de la denominación «historia conjetural», Mary Poovey, *A history of the modern fact. Problems of knowledge in the sciences of wealth and society*, Chicago, The University of Chicago Press, 1998, pp. 214-263.

La parte políticamente más importante es la dedicada al siglo XVII y, muy en especial, la que se refiere a los 46 años que van desde el inicio de la «guerra civil» hasta la revolución de 1688, que ocupa en extensión una cuarta parte del total de la obra. Hume, si bien se opone a la condena sistemática de los Estuardo y pide a los vencedores que tengan respeto «por los adictos a la antigua constitución», no tiene inconveniente en reconocer los beneficios que se han obtenido con la nueva constitución salida de la revolución y concluye: «Así es que podemos afirmar, sin exageración alguna, que nosotros, en esta isla, hemos disfrutado desde entonces, si no del mejor sistema de gobierno, al menos del sistema de libertad más amplio que jamás haya conocido la humanidad».[15]

Las concepciones de la escuela escocesa, que tienen su elaboración más acabada en Hume y en Adam Smith, surgen de un medio más amplio, donde hay otros autores que hicieron aportaciones y que, sobre todo, contribuyeron a su difusión. Este es el caso de Adam Ferguson (1723-1816), que sucedió a Hume como conservador de la biblioteca de los abogados, a propuesta de éste mismo, y que fue nombrado profesor de filosofía moral en la Universidad de Edimburgo en 1759. En 1767 publicó su *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil*, donde el paso de la barbarie a la civilización se muestra condicionado por el proceso de división del trabajo, y donde la propiedad privada y las instituciones de gobierno aparecen relacionadas con los estadios del crecimiento económico: era un libro que tocaba temas entonces de interés de una forma llana y comprensible, y tuvo, por ello, un éxito de público considerable (lo que no sucedería, en 1783, con su *Historia del ascenso y caída de la república romana*).[16] William Robertson (1721-1793) publicó en 1769 la *Historia del emperador Carlos V*, que comenzaba con una extensa introducción —«Visión del progreso de la sociedad en Europa»— donde mostraba la similitud de la «situación política» de las tribus indígenas de América del Norte con la de los antiguos pueblos germánicos y afirmaba que «la mente humana, allí donde se encuentre en la misma situación, en las edades más distantes y en los países más lejanos asumirá la misma forma y se distinguirá por las mismas costumbres». Con este texto, y con su inacabada *His-*

15. David Hume, *The history of England from the invasion of Julius Cesar to the revolution in 1688*, Indianapolis, Liberty Classics, 1983, 6 vols. (reproduce la edición de 1778 con las últimas correcciones de Hume). Se hacen citas directas o indirectas de VI, pp. 533-534; I, p. 203, pp. 333-334; II, p. 293, pp. 518-525; IV, pp. 354-355 y VI, p. 531. Un excelente análisis de esta historia en Karen O'Brien, *Narratives of Enlightenment. Cosmopolitan history from Voltaire to Gibbon*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 56-92, también Philip Hicks, *Neoclassical history and English culture*, pp. 170-209 y J. G. A. Pocok, *Barbarism and religion. II: Narratives of civil government*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 199-257. El texto de Dugald Stewart lo tomo de Alexander Broadie, *The Scottish Enligtenment. An anthology*, Edimburgo, Canongate, 1997, pp. 670-674.

16. A. Ferguson, *Essay on the history of civil society*, ed. Duncan Forbes, Edimburgo, Edinburgh University Press, 1966. He utilizado también *The correspondence of Adam Ferguson*, publicada por Vincenzo Merolle (Londres, Pickering, 1995, 2 vols.), con una excelente y extensa introducción biográfica de Jane B. Fagg. Pocock (*Barbarism and religion*, II, pp. 330-365) opina que Ferguson compartía la teoría de los cuatro estadios con Smith o Millar, pero que no la había extraído de ellos, y que el uso que hacía de ella era propio y original.

toria de América, Robertson fue el exportador de la teoría de los cuatro estadios y tuvo un éxito considerable en Europa, por más que no se pueda decir que enriqueciera lo que habían escrito Hume y Smith.[17]

Adam Smith (1723-1790) es el más directo continuador de Hume. Nacido en Escocia, de familia distinguida pero no rica, estudió en Glasgow y en Oxford e inició muy pronto una vida dedicada a la enseñanza en la universidad de Glasgow, donde entraría en contacto con los grupos burgueses ligados al comercio y a la industrialización naciente —parte de los adelantos en la máquina de vapor de Watt se hicieron justamente mientras trabajaba en esta universidad con gente relacionada con Smith—. La publicación en 1759 de *La teoría de los sentimientos morales* le dio renombre y explica que se le escogiera para acompañar a un joven noble en su viaje de formación al extranjero, en el curso del cual conoció a Voltaire, Turgot y Quesnay. De vuelta a Inglaterra se retiró a su pueblo natal de Kirkcaldy y trabajó desde 1767 hasta 1776 en la redacción de *La riqueza de las naciones*, que vendría a cumplir una parte del programa que había expuesto al final de *La teoría de los sentimientos morales*, al decir que «en otro estudio procuraré explicar los principios generales del derecho y del estado, y los grandes cambios que han experimentado en los diversos períodos y etapas de la sociedad, no solamente en lo relativo a la justicia, sino en lo que se refiere a la administración, las finanzas públicas, la defensa y todo lo que cae en el ámbito legislativo».[18]

En *La riqueza de las naciones* Smith ha sintetizado la concepción «whig» de la sociedad, en que la defensa de la propiedad aparece como fundamento del orden civil, con las ideas históricas de Hume y la física social de Montesquieu, poniendo en el lugar central de su construcción una concepción del progreso de carácter económico, apuntada ya en Hume, pero que él acaba de concretar en la llamada teoría de los cuatro estadios, que nos muestra cuatro etapas socio-económicas sucesivas de la evolución humana, cada una de les cuales se basa en un «modo de subsistencia» particular: caza, ganadería, agricultura y comercio. A los diversos estadios corresponden diferentes formas de organización social y diferentes instituciones sobre la propiedad y el gobierno, y cada uno de ellos permite hacer afirmaciones generales sobre el estado de las costumbres y de la moral, el excedente social, el sistema legal, la división del trabajo, etc.[19]

17. Los textos programáticos de Robertson en *The progress of society in Europe. A historical outline from the subversion of the Roman empire to the beginning of the sixteenth century*, ed. Felix Gilbert, Chicago, Chicago University Press, 1972, p. 154. Campomanes ofreció a Robertson el ingreso en la Academia de la Historia española. Que Robertson fue poco más que un plagiario lo sostiene Ronald Meek en *Smith, Marx and after. Ten essays in the development of economic thought*, Londres, Chapman and Hall, 1977, p. 28. Opinan más favorablemente Karen O'Brien, *Narratives of Enlightenment*, pp. 93-166 y Pocock, en *Barbarism and religion*, II, pp. 258-329.

18. *La teoría de los sentimientos morales*, parte VI, sección 4. Utilizo esta obra en la traducción castellana de Carlos Rodríguez Braun, Madrid, Alianza, 1997 (la cita en p. 595).

19. La biografía que se ha seguido preferentemente es la de Ian Simpson Ross, *The life of Adam Smith*, Oxford, Clarendon Press, 1995; complementariamente R. H. Campbell y A. S. Skinner, *Adam Smith*, Londres, Croom Helm, 1982; Istvan Hont y Michael Ignatieff, eds., *Wealth and*

Partiendo de una concepción que ve el curso de la historia como el ascenso desde la barbarie al capitalismo, se establece un programa para el pleno desarrollo de éste —dentro de un marco de liberalismo económico, con un sistema político que garantice el respeto por la propiedad privada— con la promesa explícita de un futuro de prosperidad para todos. Estos elementos forman un complejo de ideas que ha sido dominante como núcleo duro del pensamiento socio-económico de nuestro mundo, y que aún se sigue conservando, aunque corrompido y pervertido, en el neoliberalismo actual.

Un rasgo fundamental de esta visión de la evolución social, que es probablemente lo que le ha asegurado su éxito, es el haber eliminado toda referencia a las transformaciones políticas, que aparecen como simples consecuencias del proceso de desarrollo económico: en palabras de Ross, la naturaleza revolucionaria del libro residía en mostrar que «la competencia y el mecanismo del mercado tendían en determinadas condiciones históricas a mejorar la suerte de la humanidad, sin elaborar refinamientos abstractos en una constitución política».[20] Al reducir el motor del cambio social a la economía, *La riqueza de las naciones* venía a proclamar «el fin de la historia», negaba legitimidad al enfrentamiento social y a la lucha política, y condenaba por anticipado los caminos que seguiría la revolución francesa. La teoría de los cuatro estadios tendría, en los tiempos confusos que se acercaban, una función profundamente contrarrevolucionaria, y la obra de Smith sería adoptada por los representantes de los viejos regímenes en crisis que se propusieron usarla como recetario para las adaptaciones políticas mínimas que se necesitaban para que, en lo esencial, todo siguiera como antes. (Desde las Cortes de Cádiz, por ejemplo, un diputado reaccionario catalán, Dou, advertía al inquisidor de Barcelona, elegido diputado para una próxima legislatura, que lo que debía hacer para actuar en las cortes con eficacia era aprender bien el castellano y estudiar a Adam Smith, al cual Toreno proclamaba «el santo padre de la economía política».)[21]

virtue. The shaping of political economy in the Scottish enlightenment, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; Peter Jones y A. S. Skinner, *Adam Smith reviewed*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 1992; Thomas Wilson y Andrew S. Skinner, eds., *The market and the state. Essays in honour of Adam Smith*, Oxford, Clarendon Press, 1976. Sobre la elaboración de la teoría de los cuatro estadios se ha seguido fundamentalmente a Ronald Meek: *Smith, Marx and after*, «Turgot and the "Four Stages" Theory», en *History of Political Economy*, III, 1971, n.° 1, pp. 9-27 y, sobre todo, *Social science and the ignoble savage*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976. Los «apuntes» de estudiantes que han permitido profundizar en nuestro conocimiento del pensamiento histórico de Smith se pueden leer en Adam Smith, *Lecciones de jurisprudencia*, ed. de Alfonso Ruiz Miguel, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1996. Schumpeter diría que «*La riqueza de las naciones* no contiene una sola idea analítica, principio o método que fuese enteramente nuevo en 1776» (*History of Economic Analysis*, Londres, Allen and Unwin, 1963, p. 184) y la misma acusación de falta de originalidad se sostiene, más recientemente, en Salim Rashid, *The myth of Adam Smith*, Cheltenham, Edward Elgar, 1998, lo que revela una escasa comprensión del carácter colectivo de la obra de la ilustración escocesa, por un lado, y del hecho de que el libro de Smith no es solamente, ni principalmente, un tratado de análisis económico.

20. Ross, *The life of Adam Smith*, p. 364.

21. Melchior Palyi, «The introduction of Adam Smith on the continent» en John Maurice Clark *et al.*, *Adam Smith, 1778-1926*, Nueva York, Augustus M. Kelley, 1966 (reimpresión de una

El análisis de Smith tiene desde el primer momento, desde el planteamiento de la relación que existe entre la división del trabajo y la extensión del mercado, una dimensión histórica. El esquema evolutivo aparece con toda su fuerza en el libro tercero, «Sobre el distinto progreso de opulencia en diferentes naciones», y en el extenso capítulo primero del libro quinto, donde el análisis de los gastos del gobierno en defensa, justicia, obras públicas y educación le permite examinar de qué manera se corresponde el desarrollo del estado con cada una de las etapas del crecimiento económico, y mostrar —recuperando a Harrington a través de Hume— que las instituciones políticas están en última instancia ligadas al reparto de la propiedad.

El modelo evolutivo de Smith completa el de Hume en sus etapas finales. Al principio los hombres eran cazadores-recolectores, como las tribus nativas de Norteamérica, y vivían igualitariamente. Al transformarse en pastores, como los tártaros o los árabes, comenzó la desigualdad de las riquezas («por cada hombre muy rico, debe haber al menos quinientos pobres») y se introdujeron la autoridad y la subordinación: los ricos necesitaban que hubiera gobierno para preservar sus bienes y los menos ricos se asociaban a ellos para que les ayudaran a defender los suyos. De esta fase ganadera se pasó a la agrícola, en el seno de la cual apareció la diferenciación agricultura-manufactura, que creó un mercado que sería potenciado por el comercio internacional. En Europa la apetencia del lujo por parte de los señores, que les llevó a sacrificar los medios que utilizaban para defender su autoridad, dio lugar a una evolución «silenciosa e insensible» que acabó liquidando el feudalismo. Entonces se establece el sistema mercantil, que ha de garantizar la riqueza de todas las capas de la sociedad y ha de acabar extendiendo por todo el mundo la «universal opulencia» de Europa. Smith introduce en este punto sus ideas sobre la importancia del mercado para aclarar que la prosperidad nacida del comercio sólo quedará asegurada si una parte de los capitales se invierten en la tierra y potencian su capacidad productiva, ya que de otro modo, cuando las cosas fueran mal, los capitales comerciales tenderían a huir, como pasó en las ciudades de la Hansa (Smith no es aún consciente de los cambios que en la estructura del mercado introducirá la revolución industrial, que hará que la inversión en equipos tenga un papel parecido al del desarrollo agrícola tal y como él lo analiza).[22]

obra publicada por The Adam Smith Library en 1928), pp. 180-233. (La carta de Dou al inquisidor Lloser se encuentra en el Archivo del Castillo de Papiol).

22. *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations* se ha usado en la cuarta edición (Londres, Strachan, 1786, 3 vols.), de la que se hacen las citas, y la traducción castellana de la edición de Glasgow, preparada por Campbell y Skinner (Vilassar, Oikos-Tau, 1988, 2 vols.). El modelo histórico forma como un esqueleto de la obra, de modo que en muchas partes de ella el análisis se organiza en función de la teoría de los cuatro estadios. Lo que se cita en estos párrafos proviene sobre todo de los capítulos 1 y 3 del libro primero (en la edición citada, I, pp. 6-19 y 26-33), del conjunto del libro tercero —y en especial del capítulo 4 (II, pp. 117-137), donde se describe «la silenciosa e insensible actuación del comercio exterior y de las manufacturas» (p.125)—, del libro IV, capítulo 7, parte 3.ª (II, pp. 400-485), donde se sostiene que el descubrimiento de América y de la ruta a la India por el Cabo de Buena Esperanza han elevado el sistema mercantil a un grado de esplendor y de gloria que jamás se hubiera obtenido de otra manera, y

Después de la publicación de *La riqueza de las naciones* Smith pensaba dedicarse seriamente a la historia y quería escribir dos grandes obras: una «teoría e historia de la ley y del gobierno» (que era lo que le faltaba para completar el programa de trabajo que había anunciado en *La teoría de los sentimientos morales*) y una «historia filosófica de las distintas ramas de la literatura, la filosofía, la poesía y la elocuencia». Fue entonces, sin embargo, cuando recibió el nombramiento de comisionado en las aduanas de Escocia y en los últimos años de su vida hizo poca cosa más, en el terreno intelectual, que introducir mejoras en la segunda y tercera edición de *La riqueza de las naciones*.[23]

En este mismo «annus mirabilis» de 1776 —el año de la muerte de Hume y de la publicación de *La riqueza de las naciones*, de la declaración de independencia de los Estados Unidos de América (donde se hacía la afirmación solemne de «que todos los hombres han sido creados iguales») y de la caída de Turgot, en Francia, que significaría una nueva etapa en el camino hacia la Revolución— apareció el primer volumen de la gran obra que Gibbon dedicó a estudiar la *Decadencia y caída del imperio romano*.

Edward Gibbon (1737-1794) era de familia acomodada, lo que le permitió dedicarse al estudio sin demasiadas preocupaciones. Perdió a su madre a los diez años y vivió desde entonces dedicado en gran parte a la lectura, hasta que su padre decidió enviarlo a estudiar a Oxford a los catorce años. Allí le influyeron más los libros que hallaba en las bibliotecas que una enseñanza que siguió poco tiempo, porque el hecho de haberse convertido al catolicismo hizo que su padre lo enviara a Lausanne a educarse con un pastor calvinista, lo que le brindó la ocasión de recibir una preparación sólida y amplia, que no sólo incluía la lectura de los clásicos latinos y griegos, sino la de la literatura histórica de su tiempo y la de teóricos como Locke, Montesquieu, Hume o Voltaire (si bien regresó pronto del catolicismo al anglicanismo, mantendría desde entonces una actitud escéptica respecto de la religión y de las iglesias). Desde 1763 hasta 1765 hizo el viaje por Europa que formaba parte de la educación de los jóvenes ingleses de clase alta. Fue en el transcurso de este viaje, a los veintisiete años de edad, cuando tuvo la idea de su gran obra. En su autobiografía nos dice: «Fue en Roma, el 15 de octubre de 1764, meditando entre las ruinas del Capitolio, mientras los frailes descalzos cantaban vísperas en el templo de Júpiter, cuando me vino por vez primera a la imaginación la idea de escribir la decadencia y caída de la ciudad».

La muerte de su padre, en 1770, lo hizo financieramente independiente, aunque no rico, y su situación mejoró al ser elegido miembro del parlamento

del capítulo primero del libro V (III, pp. 44-241) donde se analizan las formas que toma el estado en las diversas fases de desarrollo económico, a través de sus gastos en defensa, justicia, obras públicas y educación.

23. Ross, *Life of Adam Smith*, pp. 305, 360-361 y 405. De lo que pensaba hacer en el terreno de la historia legal tenemos los apuntes de clase de sus estudiantes, publicados con el título de *Lecciones sobre jurisprudencia* (hay una versión castellana, citada más arriba, y una parcial publicada en Granada, Comares, 1995). Smith había expuesto sus ideas sobre la historia y los historiadores en las *Lessons on rethoric and belles lettres* de enero de 1763.

en 1774 y obtener algunos ingresos adicionales de funciones públicas. Comenzó a escribir en 1774 y el primer volumen de *Decadencia y caída del Imperio romano* apareció en 1776, con una tirada de mil ejemplares (el doble que *La riqueza de las naciones*, publicada al mismo tiempo y por el mismo editor). El éxito fue inmediato, hasta el punto de que, en poco tiempo, se agotaron tres ediciones. «Mi libro —dirá Gibbon— estaba en todas las mesas y en casi todos los tocadores». Los otros cinco volúmenes de la obra irían saliendo hasta 1788, continuando el relato hasta la caída del Imperio de Oriente. Gibbon se había convertido en un hombre rico y famoso, que pudo volver a Suiza, donde vivió hasta poco antes de su muerte. El éxito de su libro se debe en buena parte a su calidad como escritor, pero lo que lo ha hecho perdurable es que fue el primero que consiguió reunir las concepciones teóricas de los filósofos sociales del siglo XVIII, como Montesquieu o Hume, con el tipo de trabajo científico que propugnaban los eruditos del siglo XVII, como se puede ver en la abundancia y la riqueza de sus notas a pie de página. Un historiador de la antigüedad como Moses Finley ha dicho que este libro es «la primera historia moderna de cualquier período de la antigüedad (y posiblemente la primera historia *tout court*)».[24]

Esta recuperación del trabajo erudito —que Hume y los enciclopedistas franceses menospreciaban; al tener que hablar de las primeras fases de la historia humana, Rousseau había dicho: «comencemos por descartar todos los hechos»— era en Gibbon consciente y le venía seguramente de su conocimiento de las fuentes históricas antiguas y del hecho de que la erudición había de servirle de base para ejercer el tipo de crítica que quería hacer. Admiraba a Hume, pero le parecía que su *Historia de Inglaterra* era «superficial». No podía tampoco plegarse a la simplicidad con que Montesquieu había tocado el tema de la decadencia de los romanos, pese a que compartiera con él la idea de separar las «causas generales», que operan en los dominios de las costumbres,

24. Se está publicando en la actualidad un estudio muy ambicioso sobre Gibbon y su obra, situándola en la línea de desarrollo de la historia de los escoceses —J. A. Pocock, *Barbarism and religion*—, del que han aparecido, hasta el momento de escribir esta nota, los volúmenes I («The enlightenments of Edward Gibbon, 1737-1764») y II («Narratives of civil government»), ambos publicados por Cambridge University Press en 1999; en la medida en que la obra está aún inacabada —el volumen II llega hasta los momentos de la redacción inicial de *Decline and fall*— no ha sido posible sacarle todo el provecho por entero. Una reseña de estos volúmenes, P. N. Furbank, «Epic making», en *New York Review of Books*, 30 noviembre 2000, pp. 57-59. Se han empleado también Roy Porter, *Gibbon. Making history*, Londres, Phoenix, 1995; Michel Baridon, *Edward Gibbon et le mythe de Rome. Histoire et idéologie au siècle des lumières*, Lille, Université de Lille III, 1975, 2 vols; E. Gibbon, *Autobiography*, Londres, Everyman's Library, 1932; R. McKitterick y Roland Quinault, eds., *Edward Gibbon and empire*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997; M. I. Finley, *Ancient slavery and modern ideology*, Londres, Chatto and Windus, 1980, pp. 21-22; Paul Turnbull, «The "supposed infidelity" of Edward Gibbon», *Historical Journal*, 25 (1982), pp. 23-41; J. A. Pocock, «Was he one of them?», *London Review of Books*, 23 feb.1995, pp. 20-21 y «Gibbon's "Decline and fall" and the world view of the late Enlightenment» en *Virtue, commerce and history*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 143-156.

la religión, y de todo lo que cae bajo el yugo de la opinión, de las «causas particulares» de los acontecimientos.[25]

Los volúmenes segundo y tercero, que habían de llevar el relato hasta el fin del imperio de Occidente, aparecieron en 1781. Después pasarían siete años hasta que en 1788 salieran de golpe los tres volúmenes finales, dedicados a la etapa que iba desde el 476 hasta el siglo XV, escritos con un ritmo más rápido y con un enfoque más «universal», que prestaba atención tanto a las herejías como a los pueblos no cristianos que habrían de interferir en la historia de Europa. La obra se había transformado, desde sus inicios, pasando de una historia del imperio romano a «una historia del mundo escrita en una escala euroasiática», que analizaba el nuevo mundo medieval dominado por los bárbaros y por la Iglesia[26]

Los primeros conflictos se plantearon con el volumen primero. En los capítulos 15 y 16, al ocuparse de la cristianización del imperio, anunció que se proponía hacerlo con imparcialidad: «El teólogo puede permitirse la agradable tarea de describir la religión tal y como bajó del cielo, adornada con su pureza nativa. Una tarea mucho más melancólica se le impone al historiador. Debe descubrir la inevitable mezcla de error y corrupción que ésta contrajo en una larga residencia en la tierra, en medio de una raza degenerada de seres» (los ataques de que sería objeto por este planteamiento le obligaron a publicar en 1789 una *Vindicación de algunos pasajes en los capítulos quince y dieciséis de la «Historia de la decadencia y caída del Imperio romano»*).

El libro contiene de vez en cuando apartados sobre instituciones, gobierno o economía que recuerdan los «apéndices analíticos» de la *Historia de Inglaterra* de Hume, y muestra la influencia de la escuela escocesa en muchas ocasiones, como cuando, al hablar de los hunos, los compara con los tártaros de su tiempo y realiza un estudio de los condicionamientos de la vida pastoral (dieta, habitación, actividades) que le lleva a concluir que «la influencia de la alimentación o del clima, que en un estado más avanzado de la sociedad se suspende o se suaviza por muchas causas morales, contribuye poderosamente a formar y mantener el carácter nacional de los bárbaros». El error de Gibbon al atribuir a los bárbaros de occidente un género de vida pastoral procede justamente de haber seguido demasiado fielmente el esquema de los cuatro estadios.[27]

Uno de los rasgos más notables de la obra es el modo en que, al final del volumen tercero, después de haber explicado la caída del imperio romano de occidente, Gibbon consigue encajar la visión tradicional de la decadencia den-

25. Peter Ghosh, «The conception of Gibbon's *History*» en McKitterick y Quinault, *Edward Gibbon and empire*, pp. 271-316, nos muestra que Gibbon ha expuesto esta idea en una obra primeriza, el *Essai sur l'étude de la litterature*, escrita en 1758-1761 (sobre esto, Pocock, *Barbarism and religion*, I, pp. 208-239). Está claro que, pese a que la idea general proceda de Montesquieu, Gibbon la ha desarrollado y llevado a la práctica. El trabajo de Ghosh es uno de los mejores análisis de conjunto de la obra de Gibbon.

26. Pocock, *Barbarism and religion*, II, pp. 397-402.

27. T. S. Brown, «Gibbon, Hodgkin and the invaders of Italy» en McKitterick y Quinault, *Gibbon and empire*, pp. 137-161 (sobre esto p. 138).

tro del marco general de la historia del progreso: las «observaciones generales» que siguen al capítulo 38 sostienen que, pese a los ascensos y las decadencias de los imperios, los hombres han ido progresando desde el salvaje primitivo «privado de leyes, artes, ideas y casi de lenguaje» hasta «mandar sobre los animales, fertilizar la tierra, atravesar el océano y medir los cielos» (son, como se ve, los cuatro estadios). Este progreso ha sido irregular y diverso y en muchos momentos se han visto retrocesos que parecían ponerlo en peligro. Pero la experiencia global de la historia muestra que «ningún pueblo, a menos que la faz de la naturaleza se modifique, volverá a caer en la barbarie original». Porque hay unos adelantos que se deben a individuos geniales —como los poetas o los filósofos—, otros que son obra de los grupos ilustrados de la sociedad —como los de la ley y la política, de las artes, las ciencias y el comercio—, y otros, finalmente, más elementales pero más decisivos para la suerte de los hombres, que se difunden por el conjunto de la colectividad y son conservados en la práctica de ésta.

«Cada pueblo, cada familia, cada individuo ha de poseer siempre la habilidad y la inclinación para perpetuar el uso del fuego y de los metales; la propagación y el servicio de los animales domésticos; los métodos de caza y de pesca; los rudimentos de la navegación; el cultivo imperfecto del trigo y otros granos nutritivos, y la simple práctica de los oficios mecánicos.»

El genio individual o los adelantos de los grupos más ilustrados pueden extirparse, como pasó con las leyes y los palacios de Roma; «pero estas otras plantas resistentes sobreviven a la tempestad y asientan una raíz perenne en el suelo más desfavorable». El uso de la guadaña para segar las cosechas se mantuvo, y desaparecieron las costumbres bárbaras de las tribus itálicas primitivas. Son estas artes básicas, ligadas a la subsistencia del hombre, las que forman el auténtico motor del progreso humano. Difundidas por el comercio, la guerra o la predicación religiosa, han ido extendiéndose por toda la tierra «y jamás se podrán perder». «Podemos llegar a la agradable conclusión de que cada edad del mundo ha aumentado, y sigue aumentando aún, la riqueza real, la felicidad, el saber y tal vez la virtud de la especie humana.»

La segunda parte de la obra cambia, como hemos dicho, el enfoque, que ya no está centrado en la ciudad de Roma, sino que dedica amplio espacio a los pueblos musulmanes y a los mongoles, y tiene uno de sus momentos culminantes en el estudio de las cruzadas, que le permite otra elaboración en términos de una historia del progreso. Gibbon no acepta la visión simplista de Robertson que veía en las propias cruzadas una de las causas del adelanto de la Europa occidental. El único aspecto en que le parecen beneficiosas es el de haber contribuido a arruinar a las grandes familias feudales, ayudando a liquidar el sistema de sujeción de los campesinos, «sostenido por las mañas del clero y las espadas de los barones». La ruina les obligó a hacer concesiones y así «la conflagración que destruyó los árboles altos y estériles del bosque dio aire y espacio a la vegetación de las plantas más pequeñas y nutritivas del suelo». En lo que se refiere a los efectos directos, Gibbon aducía un argumento «a la Hume», que muestra el fondo eurocéntrico de esta doctrina: los europeos occi-

dentales (los «latinos») eran en aquellos momentos inferiores a los griegos de Bizancio y a los árabes, pero tenían «una energía peculiar de carácter, un espíritu activo y de imitación, desconocido de sus más refinados rivales, que en aquellos momentos estaban en un estado estacionario o retrógrado». La relación con los pueblos de Oriente abrió los ojos a los europeos y les hizo progresar en el comercio y en las manufacturas, lo cual, unido a la destrucción de la sujeción feudal, les llevaría a «su mejora sucesiva y a su presente superioridad». No cuesta mucho situar este análisis en el modelo histórico smithiano.[28]

Que el libro acabe de una forma un tanto abrupta, con una visión de la ciudad de Roma en el siglo xv —un retorno a las mismas ruinas del Capitolio en que afirmaba haber tenido la idea de escribir una obra a la cual había dedicado cerca de veinte años de su vida—, y con unas consideraciones sobre las causas de la destrucción física de la ciudad, sin una auténtica conclusión, puede explicar los ataques de los que ha sido objeto por parte de aquellos de sus detractores que no han entendido cuál era su intención real. Un análisis reciente de *Decadencia y caída del imperio romano* hecho por un grupo de especialistas en el estudio de diversas épocas —nadie sería capaz hoy de cubrir con competencia el amplio campo histórico del que se ocupó Gibbon— nos descubre los sesgos de su visión y sus insuficiencias puntuales, pero señala también la enorme influencia que tuvo. Influencia, por un lado, en el desarrollo de la historiografía posterior —Guizot, que tradujo a Gibbon al francés, enseñó a Fustel de Coulanges, el cual a su vez fue maestro de Ferdinand Lot, etc.— y también en la formación del proyecto imperial británico: Winston Churchill, que leía a Gibbon a los veinte años, en el cuartel de Bangalore, había de sentirse doblemente identificado, como político y como historiador, con el hombre que, mucho antes de la Revolución, discutiendo en París con Mably, condenaba «la locura sobre los derechos y la igualdad natural del hombre», como condenó más adelante una revolución que, con la confiscación de los bienes del clero, «ataca la raíz de toda propiedad».[29]

En 1776, sin embargo, también se publicó otro libro que no se menciona en los estudios sobre la historiografía, pero que tendría una gran transcendencia en la historia real de su tiempo: *El sentido común* (*Common sense*) de Tom Paine (1737-1809).

Nacido el mismo año que Gibbon, pero en una familia pobre de Thetford, Paine se educó en la medida de sus posibilidades, pero como el desconoci-

28. He utilizado *The history of the decline and fall of the Roman empire* en la excelente edición de David Womersley, Londres, Penguin, 1995, 3 vols. La cita sobre el cristianismo es de I, cap. 15 (en esta edición, I, p. 446); sobre la barbarie pastoril, II, cap. 26 (I, p.1025); las «observaciones generales» sobre el fin del Imperio de Occidente siguen en III, cap. 38 (II, pp. 508-516, los textos citados en pp. 515-516); sobre los musulmanes, V, caps. 51 y 52; sobre los mongoles, VI, caps. 64 y 65; sobre las cruzadas, VI, cap. 61 (las citas en III, pp. 725-728).

29. Anthony Bryer, «Gibbon and the later byzantine empires» (cita de p. 107, modificada, porque Guizot no solamente editó, sino que también tradujo a Gibbon) y Roland Quinault, «Winston Churchill and Gibbon», pp. 317-332, en McKitterick y Quinault, *Edward Gibbon and empire*.

miento del latín y de otras lenguas le impedía el acceso al mundo literario, tuvo que comenzar trabajando como aprendiz de corsetería. A los 19 años se embarcó con un corsario, y trabajó más adelante como recaudador de consumos. Perdió su puesto de trabajo por haber escrito un documento en favor de los funcionarios, y emigró a América en 1774, con una carta de recomendación de Benjamin Franklin. Allí comenzó a implicarse en la política y en 1776 publicó *Common Sense*, que tuvo una recepción entusiasta en América —es posible que la lectura del manuscrito haya contribuido a hacer independentista a Franklin y que el texto impreso haya decidido a Washington— y pasó rápidamente a Europa, donde fue leído y traducido ampliamente. Paine decía las cosas que era necesario decir en aquel momento, con elocuencia y claridad. Atacaba la monarquía como un régimen despótico e irracional: «Más vale para la sociedad un hombre honrado que todos los rufianes coronados que jamás hayan vivido» (frase que citó Fidel Castro al ser juzgado por el asalto al cuartel de Moncada). Mantenía después, y era el primero en hacerlo, una clara distinción entre «sociedad civil» y «estado», que hasta entonces se consideraban sinónimos. La agrupación legítima era la «sociedad civil», mientras que el gobierno o el estado no eran más que delegaciones de poder que ésta hacía. En consecuencia Paine proponía que las colonias americanas se fundieran en una sociedad civil a escala continental, y que ésta se diera a sí misma un gobierno representativo. Era el principio de autodeterminación por primera vez planteado como un derecho de la sociedad civil.

En 1787 Paine fue a Francia y en 1790 volvía a Inglaterra donde, para responder a los ataques de Burke contra la revolución francesa, publicó en 1791 la primera parte de *Los derechos del hombre*, a la cual seguiría una segunda parte en 1792. Si en la primera defendía la Revolución, en la segunda se ocupaba de los principios generales de la política y retomaba los razonamientos y el lenguaje del viejo radicalismo inglés del siglo XVII para denunciar el engaño del gobierno formal, sostener que «cuanto más perfecta sea la civilización, menos necesidad tiene de gobierno» y reinterpretar la historia de los orígenes del estado, no como la de un contrato social, sino como la de la acción violenta de bandas de depredadores que se habían impuesto por la fuerza a sus colectividades.[30]

El futuro inmediato, sin embargo, no iba en la línea de las ideas de Paine. Los historiadores escoceses habían triunfado plenamente y conseguirían imponer al conjunto del mundo civilizado una visión evolutiva de la historia organizada en función de un motor económico, que presentaría el desarrollo del capitalismo «liberal» como el punto máximo alcanzado por la humanidad y, en consecuencia, situaría todos los pueblos y todas las civilizaciones dentro de un esquema único de progreso, y justificaría con ello el dominio imperialista de los europeos y de sus descendientes transatlánticos sobre el resto de la especie humana, presentando la explotación colonial como una misión humanitaria de enseñanza: «la carga del hombre blanco».

30. John Keane, *Tom Paine. A political life*, Londres, Bloomsbury, 1996. Las citas son de *Common sense* y de *Rights of man*, II, caps. 1 y 2.

Las consecuencias de este consenso no sólo resultarían nefastas para la parte de la humanidad que a partir de entonces se consideraría «subdesarrollada», sino también para el propio mundo «avanzado».[31] Al definir como progresivo todo lo que conduce al capitalismo y a la industrialización fabril, esta visión de la historia descalificaba cualquier forma alternativa de organización como retrógrada o inviable (utópica). Al eliminar, por otro lado, la política como elemento activo de transformación, presentándola como una simple consecuencia de una evolución social determinada por el grado de desarrollo económico —o, a lo sumo, como un condicionamiento de esta evolución social— y fundar la esperanza en una especie de mecanismo de progreso invencible que acabaría mejorando la condición humana, fuesen cuales fueran las circunstancias puntuales que se produjeran, envenenó las fuentes del radicalismo revolucionario. El socialismo mismo acabó creyendo que su objetivo era llegar a una etapa superior de industrialización y traicionó las esperanzas de transformación social que lo habían hecho nacer. Todavía hoy, cuando han pasado más de doscientos años desde la fecha crucial de 1776, no nos hemos liberado de la carga de estos errores y seguimos pagando sus consecuencias.

31. Para una visión crítica de los efectos del modelo smithiano, véase Michael Perelman, *The invention of capitalism. Classical political economy and the secret history of primitive accumulation*, Durkham, Duke University Press, 2000.

6. REVOLUCIÓN Y RESTAURACIÓN

Uno de los problemas que se presentarían a los hombres que vivieron la gran conmoción revolucionaria iniciada en Francia en 1789 sería el de interpretar esta experiencia con las explicaciones globales del desarrollo social que habían elaborado unos ilustrados de quienes se sentían continuadores. Admitían, al igual que los teóricos escoceses, que a los distintos grados de desarrollo económico les correspondían unas determinadas formas de organización de la sociedad, pero habían podido ver, por lo ocurrido en Francia, que los cambios no se producen siempre espontáneamente, ya que las fuerzas sociales dominantes en la vieja etapa de organización se resisten a ceder el poder, de manera que puede llegarse a un momento en que los cambios necesarios para mantener abierta la vía del progreso exijan el uso de la fuerza: que el camino de la evolución social deba desbloquearse mediante una acción política violenta.

El más innovador de los pensadores que iniciaron esta línea de análisis fue Antoine Barnave (1761-1793), hijo de un abogado de Grenoble, diputado en la Asamblea constituyente, que fue condenado a muerte por el tribunal revolucionario de París, acusado de conspirar con el entorno del rey a fin de moderar la marcha de la revolución. Barnave, que había crecido en medio de la actividad industrial y de la prosperidad del Delfinado, escribió en 1792, un año antes de morir en la guillotina, unas notas que no serían publicadas hasta 1843, donde a la teoría de los cuatro estadios se le añade una nueva dimensión política. Barnave piensa, como los escoceses, que al grado de desarrollo de la economía le corresponden unas formas de propiedad y un marco institucional adecuados, pero añade que eso tiene como consecuencia que la clase social que controla el viejo sector dominante de la economía, y que ejerce la hegemonía política, se esfuerce en frenar unos cambios que la perjudicarían, con lo cual dificulta el proceso evolutivo y obliga a los sectores en ascenso a desplazarla del poder o derrocarla.

«Desde el momento —dice— en que las artes y el comercio consiguen penetrar en el pueblo y crean un nuevo medio de riqueza en provecho de la clase laboriosa, se prepara una revolución en las leyes políticas; una nueva distribución de la riqueza prepara una nueva distribución del poder. Igual que la posesión de las tierras ha elevado la aristocracia, la propiedad industrial eleva el poder del pueblo; adquiere su libertad, se multiplica y comienza a influir en los negocios públicos.» Conviene aclarar, sin embargo, que para Barnave

«revolución» significa un cambio político que no ha de ser necesariamente violento, sino que puede producirse por una progresión pacífica (de alguna manera él mismo estaba implicado en un proyecto de este tipo, que acabaría costándole la vida).

P. L. Roederer (1754-1835) expondría ideas semejantes en *El espíritu de la revolución de 1789*, un libro escrito en 1815, pero que no se publicó hasta 1831, donde sostiene que el enriquecimiento gradual de la burguesía en la etapa final del Antiguo régimen fue lo que hizo de ella la clase social dominante. Desde el momento en que se supo más rica y más culta que la aristocracia reivindicó el sitio que le correspondía en el orden político mediante la revolución: «no son esclavos sujetos por la conquista, ni siervos escapados de las cadenas del feudalismo los que han comenzado esta revolución. Son (...) hombres libres y propietarios, son los burgueses de los pueblos y ciudades, hartos de las vejaciones de los nobles y de los señores, pero no cargados de cadenas».[1]

Barnave y Roederer estaban comenzando a construir el mito histórico de la «revolución burguesa», que culminaría Guizot. Un mito que presentaba el proceso revolucionario como la gran obra de progreso realizada por iniciativa de la burguesía a fin de conseguir la libertad de todos. Esta teorización estaba destinada a ocultar que eran en realidad los combates internos que se habían producido en el seno de los revolucionarios los que explicaban gran parte de las ganancias sociales conseguidas, al haber forzado a la burguesía a ir más allá de lo que habría querido. Esta visión estaba también destinada, por otro lado, a combatir la otra tradición revolucionaria, la de los que pretendían discutir también la legitimidad de la propiedad burguesa, convencidos de que un orden social más justo podía cimentarse volviendo a un pasado idílico en que la tierra estaba repartida equitativamente entre los hombres, como parecía desprenderse de algunos textos de Montesquieu, de Mably o de Rousseau.

Morelly (*c.* 1700-d. de 1755) había sostenido en *La Basiliada o Las islas flotantes*, un poema heroico publicado en 1753, que todos los males sociales tenían su origen en «la dura, la insensible propiedad» y que no había reforma posible, si no se atacaba este problema con un *Código de la naturaleza* (1755) que determinase que nada pertenece en propiedad a nadie, exceptuando los objetos de uso personal; que todo ciudadano debe ser mantenido y ocupado por cuenta del público y que todos tienen la obligación de contribuir a la utilidad pública según sus fuerzas y sus capacidades.[2]

1. Barnave, *Introduction à la Révolution française*, edición de Fernand Rudé, París, Armand Colin, 1971. Ralph Milliband «Barnave: un caso de conciencia de clase burguesa», en el volumen editado por Istvan Mészáros, *Aspectos de la historia y la conciencia de clase*, México, Unam, 1973, pp. 33-66. Sobre Roederer, Sergio Moravia, *Il pensiero degli idéologues*, Florencia, La Nuova Italia, 1974, pp. 717-723.

2. Morelly (ignoramos su nombre de pila), *Code de la nature*, ed. de V. P. Volguine, París, Éditions Sociales, 1953, pp. 84 y 127-128. Se cita también una curiosa traducción de fragmentos de *La Basiliada* hecha por Antoni Bulbena (Barcelona, Suárez, 1908, p. XI), en una rara edición, con tirada de 52 ejemplares. Está claro que Bulbena se identificaba con este «filósofo» de quien

Esta línea de pensamiento radical hallaría eco en algunos sectores de la revolución, como los «enragés», con gente como el cura Jacques Roux (1752-1794), que escribió que «los productos de la tierra, como los elementos, pertenecen a todos los hombres» y denunció como «ladrones, anarquistas y asesinos» a los especuladores que robaban al trabajador el pan que necesitaba para sustentarse. O como François-Noël, llamado después Gracchus, Babeuf (1760-1797), que formó sus primeras concepciones sobre la doble base de la experiencia en su Picardia natal como «feudista» -es decir como investigador de títulos y derechos feudales por cuenta de los propietarios— y de la influencia de Mably, y que llegó, más adelante, en el *Manifiesto de los iguales*, a unos planteamientos más avanzados en los que ya no proponía el retorno a un pasado idílico, sino la construcción de un futuro diferente a través de una revolución «que será la última», anunciando de esta manera los caminos que seguiría el socialismo del siglo XIX.[3]

Esta radicalización se vería combatida desde los primeros momentos por hombres como Anacharsis Cloots (1755-1794), el «orador del género humano», que se oponía al reparto igualitario de la tierra con argumentos extraídos de la lógica de la sociedad industrial y concluía que «la propiedad es eterna como la sociedad».[4] Los más importantes teóricos de una salida burguesa para la revolución serán los llamados «ideólogos», cuya figura más destacada es Antoine-Louis-Claude Destutt de Tracy (1754-1836), coronel y diputado de la nobleza en 1789, que publicó desde 1803 hasta 1805 su obra más importante, *Elements d'idéologie*. La «ciencia de las ideas» que proponía en esta obra estaba destinada a una función pedagógica, que tenía la finalidad de ayudar a crear una sociedad en que los intereses de cada uno estuvieran armonizados con el interés común. En la base de sus planteamientos estaba el respeto por la propiedad privada: después de sostener que la de propiedad es una de las primeras nociones adquiridas por los hombres, Destutt argumenta que es también un fundamento natural de la sociedad y que resulta imposible evitar la desigualdad que genera su propia existencia, de manera que la suposición de que hubiera existido una época en que los hombres eran iguales había de ser necesariamente falsa.

nos dice que pertenecía a «un reducido círculo de pensadores» que actuaban al margen de la cultura académica oficial, difundiendo subterráneamente ideas sociales que se dirigían sólo a un pequeño número de lectores y que «consideran atrasado todavía a nuestro siglo progresivo».

3. Sobre Roux, Maurice Dommanget, *Jacques Roux et le Manifeste des «Enragés»*, París, Spartacus, s. d. Sobre Babeuf, Maurice Dommanget, *Sur Babeuf et la conjuration des égaux*, París, Maspero, 1970; Victor Daline, *Gracchus Babeuf. 1785-1794*, Moscú, Progreso, 1976; R. B. Rose, *Gracchus Babeuf. The first revolutionary communist*, Stanford, Stanford University Press, 1978; Alain Maillard *et al.*, eds., *Présence de Babeuf. Lumières, révolution, communisme*, París, Publications de la Sorbonne, 1994. En 1977 se inició una edición de las obras de Babeuf (París, Bibliothèque Nationale) que no ha tenido continuación.

4. Georges Avenel, *Anacharsis Cloots, l'orateur du genre humain*, París, Champ Libre, 1976 (la edición original es de 1865); A. Soboul, «Anacharsis Cloots, l'orateur du genre humain», en *Annales historiques de la révolution française*, 52 (1980), n.° 239, pp. 29-58.

Napoleón, que se había considerado a sí mismo como uno de los primeros ideólogos, quiso librarse de ellos más adelante, cuando creyó que había asegurado ya el nuevo orden social y que no necesitaba más teorizaciones. Cuando descubrió que la religión era mucho más útil que el racionalismo ilustrado para suscitar la obediencia al poder establecido —«Sólo la religión da al estado un soporte firme y duradero», había dicho a los curas de Milán en 1800—, decidió combatir la «perniciosa metafísica» de los ideólogos. La figura del viejo Destutt, ciego, pidiendo que lo llevaran a las barricadas de París en 1830 para mostrar su oposición a la monarquía de los Borbones, es un símbolo patético de esta empresa fracasada, de la cual sobrevivió sobre todo lo que era menos original: el trabajo de divulgación de la economía política liberal hecho por Say.[5]

La restauración aceptó inicialmente algunos de los cambios esenciales que la revolución había realizado en beneficio de la burguesía, a la vez que combatía su base ideológica, bien fuera por medio de reivindicaciones del viejo orden social, con obras como las de Joseph de Maistre (1753-1821) o de Louis de Bonald (1754-1840), que presentaban la revolución como una conspiración satánica, bien por la vía de la renovación que propugnaba el romanticismo en unas primeras formulaciones que pretendían revalorizar un pasado medieval heroico, feudal y cristiano —Comte señalará la aparente paradoja que representaba que fuera esta «escuela católico-feudal» la que «preconizara las más monstruosas aberraciones de los innovadores literarios». El primer intento «romántico» hecho en Francia para contrarrestar en el terreno de las ideas la herencia de la Ilustración fue *El genio del cristianismo* (1801) de François-René de Chateaubriand (1768-1848), un libro que pretendía una aproximación al cristianismo por los caminos de la poesía y la belleza, que consideraba superiores a los de la razón. En lo que se refiere a la historia, Chateaubriand —que sería el último de los 104 «historiographes du roy» que se sucedieron desde 1554 hasta 1824— quería hacer un género en que Bossuet reemplazara a Voltaire como fuente de inspiración, pero sin el fatalismo providencialista del obispo de Metz, ya que entendía que «el pensamiento social no retrocede, por más que los hechos miren a menudo hacia el pasado», y creía que el catolicismo era compatible con el progreso. De hecho su papel principal en los debates historiográficos fue el de defender una historia descriptiva que se limitase a explicar y dejara al lector la tarea de sacar conclusiones, a diferencia de los nuevos historiadores «fatalistas» —en el sentido de deterministas—, que no buscaban los detalles, sino que querían hallar explicaciones globales. Como señalaría Sainte-Beuve, Chateaubriand era incapaz de cultivar la erudición y «no estaba hecho para ser verdaderamente historiador en el sentido serio y augusto de la palabra».[6] También Prosper de Barante, con su *Histoire*

5. Hans Barth, *Verità e ideologia*, Bolonia, Il Mulino, 1971 y Sergio Moravia, *Il pensiero degli idéologues. Scienza e filosofia in Francia, 1780-1815*, ya citado. Destutt de Tracy, *Élemens d'idéologie. Traité de la volonté*, París, Courcier, 1815.

6. Jean-Paul Clément, *Chateaubriand*, París, Flammarion, 1998; René de la Croix, duque de Castries, *Chateaubriand ou la puissance du songe*, París, Perrin, 1974. Uso las obras de Chateau-

des ducs de Bourgogne (1824), quiso desarrollar una especie de historia narrativa inspirada en las novelas de Walter Scott, llena de coloristas descripciones de fiestas y torneos, sin más preocupaciones que las estrictamente literarias.

Pero Chateaubriand, cuyas ideas sobre la historia reflejan la influencia de Vico y de Herder, seria una figura aislada en ese intento de ensamblar los viejos valores con el nuevo estilo. Los grandes historiadores franceses del romanticismo serán hombres de la generación que llegará al primer plano después de la revolución de 1830 y que escribirán al servicio de ideas liberales con el propósito de cimentar ideológicamente el nuevo orden social burgués. Todo comenzó después de 1820, cuando la tregua social conseguida en los primeros momentos por la monarquía francesa restaurada se vio amenazada por los intentos de los grupos ultras de dar marcha atrás. Será entonces cuando un grupo de jóvenes políticos liberales recurrirán a escribir la historia de la revolución francesa con el fin de defender su herencia burguesa: la historia estaba elaborando en estos años el lenguaje que usaría la política.[7]

Los dos primeros en emprender este camino serian Adolphe Thiers (1797-1877) y François Mignet (1796-1884), amigos desde su juventud en Provenza, que marcharon a París en 1821, donde comenzaron a ganarse la vida como periodistas y recibieron casi simultáneamente, de dos editores diferentes, el encargo de escribir sendas historias de la revolución francesa. La primera en aparecer completa sería la de Mignet, que antes había publicado un estudio sobre el feudalismo, *De la féodalité*, bien recibido por los especialistas. En 1824 aparece su *Historia de la revolución francesa*, mientras que la de Thiers, que había comenzado a publicarse en 1823, no concluiría hasta 1827 (más adelante, de 1845 a 1869, el mismo Thiers la completaría con una extensa *Historia del consulado y del imperio*, que tendría un éxito extraordinario).

En la medida en que estos hombres, como ha dicho Lefebvre, «hacían obra política al defender la revolución de 1789, la revolución «burguesa», liberal y censitaria», ninguno de los dos caerá en la tentación de escribir historia narrativa a la manera de Barante. Los dos, por el contrario, optarán por los métodos de la «historia filosófica» y analítica, que los románticos criticaban, calificándola de «historia fatalista», porque trataba de explicar los sucesos como resultado necesario de unos determinantes sociales. Mignet y Thiers no hacen aún, en estos primeros momentos, obra de erudición, sino que utilizan en gran medida los testimonios recogidos oralmente de los viejos protagonistas que están a punto de desaparecer, cuyas preocupaciones políticas comparten.[8]

briand en la edición de *Oeuvres*, París, Dufour, Boulanger et Legrand, 1860-1863, 26 vols. La cita de Sainte-Beuve es de *Chateaubriand et son groupe littéraire sous l'Empire*, París, Garnier, 1948, I, p. 130.

7. Ceri Crossley, *French historians and romanticism*, Londres, Routledge, 1993.

8. Jean Walch, *Les maîtres de l'histoire. 1815-1850*, Ginebra, Slatikine, 1986, pp. 75-93; Yvonne Knibiehler, *Naissance des sciences humaines: Mignet et l'histoire philosophique au XIX siècle*, París, Flammarion, 1973 (más adelante se hace un cita literal de p.131); Jacques Godechot, *Un jury pour la révolution*, París Robert Laffont, 1974. La cita de Georges Lefebvre es de *Réflexions sur l'histoire*, París, Maspero, 1978, p. 226. Cito la *Histoire de la Révolution française*

De los dos será Mignet, que se dedicaría posteriormente a la investigación histórica,[9] quien haga la obra más analítica, a la vez que la más comprometida desde un punto de vista ideológico. Thiers, destinado a convertirse en un político profesional, será en cambio quien manifieste más gusto por la narración histórica y explique más puntualmente los acontecimientos. Pese al éxito alcanzado por este último, que ha hecho olvidar la obra de su compañero, es justo decir que «ha sido Mignet quien ha explicado la revolución francesa a su generación».

Mignet comienza su libro con una introducción, donde, después de comparar la revolución francesa con la de Inglaterra, dice: «Esta revolución no ha modificado solamente el poder político, ha cambiado toda la existencia interior de la nación». El desorden y los abusos del Antiguo régimen han sido reemplazados por un orden «más conforme a la justicia y más apropiado a nuestros tiempos». Estas reformas han tenido que hacerse venciendo obstáculos dentro y fuera, porque los privilegiados no querían resignarse a los cambios. Si los hombres fuesen capaces de entenderse, los cambios podrían hacerse pacíficamente. «Pero hasta hoy los anales de los pueblos no ofrecen ningún ejemplo de esta prudencia ante los sacrificios: los que habrían de hacerlos, los rechazan; los que los desean, los imponen, y el bien se opera, como el mal, por medio de la violencia de la usurpación.» Al final de la obra, y después de explicar que la reacción europea ha engendrado la «santa alianza contra los pueblos y el gobierno de un partido contra la Carta», Mignet concluye: «Este movimiento retrógrado habrá de tener su curso y su término. No se puede seguir rigiendo Francia de manera duradera, si no es satisfaciendo la doble necesidad que le ha hecho experimentar la Revolución. Necesita, en el gobierno, una libertad política real, y en la sociedad, el bienestar material que produce el desarrollo incesantemente perfeccionado de la civilización». Thiers, en cambio, se compromete menos desde un punto de vista político y comienza diciendo: «Voy a escribir la historia de una revolución memorable que ha conmovido profundamente a los hombres y que todavía los mantiene divididos». Sabe que lo hace en momentos en que se están renovando los resentimientos del pasado, pero, aunque es partidario de la causa de la libertad, no se siente obligado a defender a los hombres que hicieron la revolución. Recoge los recuerdos de sus actores, «apelando a su testimonio, sin participar de sus pasiones», y anuncia que quiere situarse tanto del lado de los unos como de los otros a fin de comprender mejor las acciones de todos. La obra presta mucha más atención

dépuis 1789 jusqu'en 1814 de Mignet por una edición de París, Nelson, s.a. (citas de I, pp. 13-15 y II, pp. 382-383).

9. Pese a que pasará diez años sin publicar ningún otro libro de historia, Mignet retomará su trabajo de historiador con *Negociaciones relativas a la sucesión de España* (1834), fruto de un viaje a España en tiempos de la guerra carlista, y se integrará en las tareas de publicación de documentos que promueve Guizot. Moderará su visión después de la revolución de 1848 —abandonará lo que los contemporáneos denominan el «fatalismo», que le hace justificar los hechos de la revolución— y acabará escribiendo las biografías de Antonio Pérez y de María Estuardo, en lugar de seguir haciendo análisis sociales globales.

que la de Mignet a los elementos psicológicos y adopta una estructura más narrativa; pero conviene no olvidar que fue Thiers el primero en utilizar la expresión «lucha de clases», un comienzo adecuado para la carrera de un hombre que casi cincuenta años más tarde aplastaría a sangre y fuego la Commune.[10]

La obra de Augustin Thierry (1795-1856) nace de la misma preocupación que movió a Mignet y a Thiers, aunque tendrá mayor importancia en el terreno de la renovación de la historia. Comparte, para empezar, las mismas intenciones políticas; Thierry confesaba, en el prefacio a sus *Cartas sobre la historia de Francia*, que en 1817 —cuando rompió con Saint-Simon después de haber sido su secretario durante tres años— «preocupado por el vivo deseo de contribuir por mi parte al triunfo de las ideas constitucionales, me puse a buscar en los libros de historia pruebas y argumentos para dar soporte a mis ideas políticas». Por este camino descubrió a Hume (pese a que prefería, con mucho, la lectura de Walter Scott), se interesó por la revolución de Inglaterra y comenzó a publicar, de 1817 a 1820, una serie de escritos sorprendentes por su lucidez, que precedieron a su primer libro como historiador, *L'histoire de la conquête de l'Angleterre* (1825), que tendría un gran éxito y asentaría desde el primer momento su fama.[11]

Comienzan entonces unos problemas de salud que acabarán produciéndole la ceguera —como consecuencia de una sífilis no descubierta hasta muy tarde y, por lo tanto, mal curada—, pese a lo cual seguirá trabajando febrilmente. En 1827 reúne en un volumen las *Cartas sobre la historia de Francia*, donde ataca las falsedades de una historia tradicional en que las afirmaciones se repiten sin estar documentadas, y proclama la necesidad de trabajar en los archivos y de usar los documentos críticamente. A partir de 1833 publica los textos que después se reunirán bajo el título de *Relatos de los tiempos merovingios*, resultado de las nuevas «cartas» que vuelve a escribir para el gran público, esta vez con la intención de hacer «un trabajo de arte a la vez que de ciencia histórica», con un éxito enorme (y que es el libro por el cual se le recuerda hoy, ignorando injustamente sus trabajos más serios). En plena fama, recibió el encargo oficial de hacer, contando con auxiliares que le ayudasen, una compilación de documentos históricos que culminaría con la aparición, en 1853, de su *Ensayo sobre la formación y progresos del tercer estado*, pensado como una introducción general a una colección de documentos históricos. En estas páginas defiende lo que estuvo sosteniendo a lo largo de toda su obra: la idea

10. Uso la historia de la revolución de Thiers en la edición española de Madrid, Mellado, 1845, 6 vols. Un buen análisis de este libro se encuentra en Walch, *Les maîtres de l'histoire*, pp. 137-192.

11. Anne Denieul Cormier, *Augustin Thierry. L'histoire autrement*, Paris, Publisud, 1996; Walch, *Les maîtres de l'histoire*, pp. 61-73; Crossley, *French historians and romanticism*, pp. 45-70; Marcel Gauchet, «Les "Lettres sur l'histoire de France" d'Augustin Thierry», en Pierre Nora, ed., *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, 1997, I, pp. 787-850. Las cartas empezaron a publicarse en el «Courrier français» en 1820, en momentos en que se vivía la ofensiva ultra. Sobre la *Historia de la conquista de Inglaterra*, de la cual se hicieron nueve ediciones en vida del autor, Denieul, pp. 202-230.

de que la historia tradicional había sido escrita a fin de legitimar el antiguo régimen —consistía, por eso, en una sucesión de biografías de soberanos, a muchos de los cuales se calificaba abusivamente como reyes de Francia, cuando, como Clodoveo, no eran más que jefes de pueblos germánicos— y que había que rehacerla por completo, si se quería que cumpliera la misma función de legitimación respecto de la sociedad burguesa. Era necesario reemplazar la historia de los reyes y de los aristócratas por la del «tercer estado» —es decir, la de «la nación menos la nobleza y el clero»—, que era «la historia misma del desarrollo y de los progresos de nuestra sociedad civil, desde el caos de las costumbres, leyes y condiciones que siguió a la caída del imperio romano, hasta el régimen de orden, de unidad y libertad de nuestros días».[12]

A los nombres que hemos citado hasta ahora conviene añadir, muy especialmente, el de François Guizot (1787-1874), protestante e hijo de un hombre guillotinado por la revolución como colaborador de los girondinos, que se convertiría en uno de los teóricos principales del liberalismo doctrinario. En 1812 publicaba, ayudado por su primera esposa, Pauline de Meulan, una nueva traducción de Gibbon, un autor que influiría fuertemente en su idea de civilización, y obtenía una plaza de profesor de historia moderna en la facultad de Letras. Comenzaría su carrera política en 1814, como liberal dentro del sistema de la restauración, hasta que la reacción ultra lo apartaría de la política y lo llevaría a dedicarse de lleno a su tarea de historiador, de connotaciones claramente políticas, y a la enseñanza en la Universidad, donde desde 1820 hasta 1822 daría un curso memorable sobre la historia del gobierno representativo. En el otoño de 1822 el gobierno suprimió su curso y Guizot se dedicó entonces a trabajar en lo que habían de ser los dos primeros volúmenes, publicados en 1826 y 1827, de su gran obra de historiador, la *Historia de la revolución de Inglaterra*. En 1828 retomaba su actividad docente con un curso de historia moderna, editado entre 1829 y 1832, y reeditado más adelante en dos partes separadas: la *Historia general de la civilización europea* y la *Historia de la civilización en Francia*.

La revolución de 1830 sería para los doctrinarios como Guizot la culminación del proyecto de monarquía constitucional de 1814, hecho fracasar por los ultras, y no una ruptura revolucionaria. Estos liberales que expresaban sus ideas

12. Lionel Gossman, «Augustin Thierry and Liberal Historiography», en *History and theory*, XV (1976), n.º 4, suplemento 15 (en especial, pp. 6-19). Una crítica de Marx se puede encontrar en la carta a Engels del 27 de julio de 1854, (en *MEW*, XXVIII, pp. 381-382). Se han utilizado las siguientes obras de Thierry: *Dix ans d'études historiques*, París, Furne, 1846 (donde se reproducen sus escritos sobre la revolución de Inglaterra —pp. 25-113— y otros textos teóricos interesantes); *Essai sur l'histoire de la formation et des progrès du Tiers Etat. suivi de deux fragments du recueil des monuments inédits de cette histoire*, Paris, Furne, 1853 (edición facsímil de Mégariotis Reprints, Ginebra, s.a.; se hace una cita de pp. 1-2) y *Récits des temps mérovingiens*, París, Les Presses d'Aujourd'hui, 1981. A la hora de la verdad Thierry limitaría la compilación de los documentos sobre el «tercer estado» a los referentes a la historia de los municipios y a la de los gremios, renunciando a los que habían de referirse a la participación de la burguesía en los Estados generales y dejando para más adelante la colección de los documentos «sobre el estado de las familias» (pp. 367-370).

políticas a través de la historia —Guizot, Thiers y Thierry— son los autores intelectuales del nuevo régimen de liberalismo doctrinario que ha nacido de los acontecimientos de 1830. Una revolución que ellos mismos consideraban como su victoria: «Guizot y Thiers tomaron parte en los tratos que escamotearon el triunfo de la revolución en favor del duque de Orléans; Guizot fue uno de los autores de la carta revisada». Thierry, por su lado, decía en 1840 que la monarquía de julio era «la lógica conclusión de la historia política de Francia».[13]

Guizot comenzará en estos momentos su larga etapa de gobernante, que tiene una primera fase importante como ministro de Instrucción pública desde 1832 hasta 1837 (con «la ley Guizot» de 28 de junio de 1833 que organizaba la enseñanza pública de los niños). Sería ahora también cuando pondría las bases para la investigación profesional de la historia de Francia: en 1834 creó, desde el gobierno, el «Comité des travaux historiques», encargado de la publicación de documentos inéditos en una «Collection des documents inédits sur l'histoire de France», de la que entre 1835 y 1852 aparecieron 103 volúmenes. En 1835 fundó, con Mignet y otros, la «Société de l'historie de France», de carácter privado, que en 1860 tenia ya 450 miembros y había publicado 71 volúmenes.[14]

En 1839, después de una fase de inestabilidad debida a las interferencias del rey Luis Felipe, los políticos tuvieron que recordar al soberano que «el rey reina pero no gobierna». Sería entonces cuando se produciría el último gobierno de Thiers en esta etapa (marzo-octubre de 1840), que daría paso a la larga fase de predominio de Guizot, hasta la revolución de 1848. Guizot no quería hacer modificaciones en la extensión del voto, que estaba limitado por la fortuna –a los que la reclamaban les decía, «enriqueceos»— y aseguró a Francia una larga etapa de tranquilidad y de inmovilismo, en que la política pasó a segundo término. Pero esta situación duró mientras hubo prosperidad económica; cuando llegaron las dificultades de 1847 se vio que el espíritu político del país no estaba muerto en absoluto.

La revolución de 1848 cogió a Guizot por sorpresa y le obligó a marchar al exilio en Inglaterra, y a apartarse de la política para siempre. Regresaría entonces a su investigación sobre la revolución inglesa, a la vez que publicaba una serie de escritos sobre cuestiones religiosas, vistas siempre desde su óptica de protestante.[15]

13. Émile Coornaert, *Destins de Clio en France depuis 1800*, París, Éditions Ouvrières, 1977, p. 27; Pim den Boer, *History as a profession. The study of history in France, 1818-1914*, Princeton, Princeton University Press, 1998, p. 76. La obra de estos historiadores, se ha dicho, fue más importante para la configuración de Francia como nación «que el desarrollo constitucional formal» (Roger Brubaker, *Citizenship and nationhood in France and Germany*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1992, p. 11).

14. Sin embargo la erudición histórica tenía en Francia el antecedente de la Académie des Inscriptions et Belles Lettres, reorganizada en 1715, que publicaba documentos sobre la historia de Francia; la Ecole des chartes se había puesto en marcha en 1829. Knibichler, *Naissance des sciences humaines*, pp. 285-303; Boer, *History as a profession*, pp. 55-58 y 74-75.

15. Gabriel de Broglie, *Guizot*, París, Perrin, 1990; Guizot, *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps*, París, Levy, 1858-1867, 8 vols; Pierre Rosanvallon, *Le moment Guizot*, París, Gallimard, 1984.

En la obra histórica de Guizot hay un substrato de ideas que se mantienen sin grandes cambios desde 1820 hasta los últimos escritos del exilio. Guizot quiere ofrecernos una visión del desarrollo de la civilización europea desde la caída del imperio romano hasta la Revolución francesa, interpretado como el relato de un progreso. Su planteamiento parte de una noción de civilización que implica al conjunto del desarrollo social y político: «un hecho general, oculto, complicado, muy difícil de conocer, describir y contar, pero que al igual que los otros ha de ser descrito y contado», porque es «el hecho por excelencia, el hecho general y definitivo al cual van a referirse todos los demás». No quiere, sin embargo, definir la civilización, sino que sostiene que se trata de una idea que todo el mundo comprende y que él, simplemente, se propone estudiar: «no hemos de explicar ninguna teoría, sino que hemos de explicar un hecho». Hay una «cierta unidad» de civilización en todos los estados de Europa que invita a estudiar sus complejos desarrollos a escala global, por más que Francia haya sido «el centro y el foco de la civilización general». Al analizar el progreso de la civilización lo que el historiador halla no es sólo el aumento de la producción y del bienestar material, sino sobre todo el desarrollo de la actividad social que facilita a la vida individual su plena expansión.[16]

Este esquema lo había expuesto ya en sus cursos de 1820-1822, donde examina la historia de Europa dividiéndola en cuatro épocas: la primera es la de la barbarie, donde no puede asentarse firmemente ninguna institución; la segunda es la del feudalismo, del siglo X al XIV; la tercera, que va desde el siglo XIV al XVI, muestra los esfuerzos de los pueblos de Europa para avanzar hacia la monarquía constitucional, mientras el feudalismo declina y la gente conquista espacios de libertad; la cuarta, finalmente, del siglo XVI hasta la Revolución francesa, muestra que «los esfuerzos hacia el sistema representativo han fracasado o desaparecido casi del continente; la monarquía pura —es decir, absoluta— prevalece; sólo Inglaterra conquista decididamente el régimen constitucional».[17]

De ahí la lógica que le habría de llevar a estudiar a fondo la revolución de Inglaterra, que le parecía haber tenido un doble fruto: «sus autores han fundado en Inglaterra la monarquía constitucional; sus descendientes han fundado, en América, la república de los Estados Unidos». Lo admirable del caso británico era que la revolución permitió que el acceso al gobierno representativo se produjese sin necesidad de ruptura social, a diferencia de lo que pasaría más adelante en Francia. Pero este léxico no nos ha de ocultar que Guizot no confunde «gobierno representativo» con democracia, de la cual abomina, y que el tipo de régimen revolucionario que defiende es el que podría haber asentado la monarquía restaurada de 1814, que era el mismo que los doctrinarios renovaron en 1830, cambiando los colores de la bandera de Francia pero mante-

16. Las citas proceden todas de la sección primera de la *Histoire générale de la civilisation en Europe*, que uso en la edición española *Historia general de la civilziación europea*, Barcelona, Verdaguer, 1839 (pp. 3-27).

17. Guizot, *Histoire des origines du gouverenement representatif et des institutions politiques de l'Europe*, París, Didier, 1856, II, pp. 2-3.

niendo el mismo texto de la carta otorgada y sin aumentar la representatividad del sistema (los que votaban en Francia eran unos 250.000 en una población de más de 32 millones de habitantes). Porque, como dirá en su discurso sobre la historia de la revolución inglesa: «El espíritu revolucionario es tan fatal para los hombres que ensalza como para los que derriba. La política que conserva los estados es la única que completa y asienta las revoluciones».[18]

Para Guizot este tipo de historia que mostraba al régimen de 1830 como la culminación de un progreso, el del tercer estado, respondía tanto a sus intenciones políticas como a sus convicciones íntimas, expresadas orgullosamente en sus memorias: «Soy de aquellos que el impulso de 1789 ha elevado y que no aceptarán nunca volver a descender. (...) Nacido burgués y protestante, estoy profundamente dedicado a la libertad de conciencia, a la igualdad ante la ley y a todas estas grandes conquistas de nuestro orden social».[19]

El programa político de Guizot se hundió en 1848 —Tudesq ha dicho que Guizot «como historiador ha puesto el acento en una cierta lucha de clases, a fin de explicar el ascenso de la burguesía, y, por otro lado, como político, se ha negado a ver que esta lucha de clases podía proseguir»—, pero sobrevivió, en cambio, su visión historiográfica, que interpretaba el ascenso de la burguesía como una manifestación del progreso de la humanidad. Por otro lado, el hecho de mostrar a la «sociedad civil» como protagonista, reemplazando la historia tradicional de los reyes y las dinastías, ha hecho de él uno de los fundadores de la historia de las naciones. La influencia ejercida por la *Historia de la civilización europea* —un libro que aún se sigue traduciendo y leyendo hoy— sobre los historiadores europeos del siglo XIX ha sido extraordinaria y no se ha valorado aún adecuadamente.[20]

Los triunfadores de 1848, obligados a establecer las bases del consenso de una manera más abierta que los doctrinarios, pero interesados igualmente en combatir el miedo que podía producir en determinados sectores sociales la reaparición de un régimen republicano, usarían ahora la historia de la Revolución francesa para destacar sus aspectos reformistas y mostrar que la aceptación de lo conseguido —comenzando por la ampliación del sufragio, que evitaría que los descontentos tuvieran que recurrir a la revuelta, como habían hecho en 1830 y en 1848— era una garantía contra los peligros de radicalización.[21]

18. Uso esta obra en la excelente edición de Laurent Theis, F. Guizot, *Histoire de la révolution d'Angleterre. 1625-1660*, París, Bouquins, 1997. El volumen comprende las tres partes de la obra. La primera, que abarca desde 1625 hasta 1649, se publicó en 1826-1827 y es la que acostumbra a traducirse generalmente. Después de haber caído del poder Guizot retomó, como se ha dicho, el estudio de este tema en el exilio y publicó las partes que van desde la «república» hasta el restablecimiento de los Estuardos, entre 1854 y 1856. La cita que se hace corresponde a esta edición, p. 75.

19. Guizot, *Mémoires pour sevir à l'histoire de mon temps*, I, p. 27.

20. Boer, *History as a profession*, pp. 64-75; Knibiehler, *Naissance des sciences humaines*, pp. 285-303.

21. No solamente para evitar la acción de las masas, sino para tranquilizar a una burguesía que, como señalaba en 1818 Shelley, vivía con «el pánico que, como una epidemia, alcanzó a todas las clases de hombres durante los excesos producidos por la Revolución francesa» *(The revolt of Islam*, prefacio).

Esta revisión de la república revolucionaria se haría en dos obras capitales que empezaron a publicarse el mismo año, en 1847. De una, la *Historia de la revolución francesa* de Michelet, hablaremos a continuación. La más importante desde un punto de vista político, por su gran éxito y por las pasiones que suscitó, será la *Historia de los Girondinos* de Alphonse de Lamartine (1790-1869), que defendía la imagen de una república de la fraternidad, donde la libertad podía haberse alcanzado sin recurrir al terror, y acababa el libro exhortando a la paz social: «Arranquemos el crimen de la causa del pueblo como el arma que le ha atravesado la mano convirtiendo la libertad en despotismo; no intentemos justificar el patíbulo con la patria y las proscripciones con la libertad; no endurezcamos el alma del siglo con el sofisma de la energía revolucionaria; dejemos a la humanidad el corazón, que es el más seguro e infalible de sus principios, y acomodémonos resignadamente a la condición de las cosas humanas». La finalidad de esta interpretación la expresaría el mismo Lamartine más claramente, dejando a un lado la retórica romántica, con estas palabras: «Es necesario dirigir las masas (...) para que no se dejen llevar por los caminos de la subversión social y del materialismo».[22]

El historiador que dejaría una huella más profunda sería, sin embargo, Michelet, el más famoso, y probablemente el mejor, de su tiempo: el hombre que, desde los presupuestos estéticos del romanticismo, llevó más allá el programa de una historia popular y nacional. Jules Michelet (1798-1874) nació en una iglesia convertida en imprenta por obra de la Revolución, y trabajó en ella al lado de su padre, un hombre que había participado plenamente de la actividad febril de esos años de transformación. En 1821 ganó una plaza de profesor agregado y comenzó una dedicación a la enseñanza de la filosofía y de la historia que le llevaría a obtener en 1838 una plaza de profesor en el Collège de France (había sido, previamente, profesor de la hija de la duquesa de Berry y de la hija del rey Luis-Felipe, y suplente de Guizot en la Sorbona). En 1830 le nombraron jefe de la sección histórica de los Archivos Nacionales; pero en 1852 rechazó jurar a Napoleón III, y eso dio pie a que se destituyera de sus cargos a este republicano que se había mostrado anticlerical en la enseñanza —sus lecciones de 1842 sobre los jesuitas provocaron auténticos alborotos— y a que se le negara posteriormente la pensión, de manera que tuvo que vivir pobremente el resto de su vida, obligado por eso mismo a una tarea activa de escritor.[23]

En la extensa obra de Michelet, muy influida por las ideas de Vico y por el estilo de Chateaubriand, cabe destacar una *Historia de Francia* que fue publi-

22. William Fortescue, «Poetry, politics and publicity, and the writing of history: Lamartine's *Histoire des Girondins* (1847)», en *European History Quarterly*, 17 (1987), pp. 259-284; Robert Gildea, *The past in French history*, New Haven, Yale University Press, 1994, pp. 34-36; Lamartine, *Historia de los girondinos*, libro LXI, XVIII; A. Gérard, *La révolution française, mythes et interprétations, 1789-1970*, París, Flammariom, 1970, p. 44.

23. Paul Viallaneix, *Michelet, les travaux et les jours, 1798-1874*, París, Gallimard, 1998 (Viallaneix ha publicado el extenso *Journal* de Michelet —París, Gallimard, 1959-1976, 4 vols.—);

cando desde 1833 hasta 1873, cuya parte central es justamente una *Historia de la Revolución francesa*, aparecida entre 1847 y 1853. Michelet decía que la idea de escribir una historia de Francia la tuvo en los días de la revolución de 1830, y que su intención era la de ofrecernos una visión personalizada de la nación en que la realidad presente aparecía como la forma adulta de un «ser nacional francés» que habría existido desde el origen de los tiempos. Todo ello expresado en una retórica romántica que rehuye el tipo de análisis social de sus predecesores y le lleva a sostener que su programa de historiador consiste en «la resurrección de la vida íntegra».[24]

Para él hacer historia «nacional» no significaba ocuparse de los grandes personajes, sino del «pueblo», lo que quiere decir de las masas (y, como máximo, de aquellos raros individuos que se identifican con ellas y las representan). «El progreso moral depende de la vitalidad de las masas, ya que la humanidad no se resume en algunos gloriosos tiranos (...). Las mejores figuras son la flor del género humano (San Luis, la Doncella) por el hecho mismo de que contienen en ellos al pueblo, cuyos progresos he seguido porque era yo mismo, porque era vosotros.»[25]

En ningún lugar es esto más visible que en la *Historia de la Revolución*, escrita para defenderla de los miedos que habían suscitado los que habían deformado su realidad histórica. Michelet comienza destacando el «carácter profundamente pacífico, benevolente, amante de la revolución» y atribuye la violencia a los esfuerzos que tuvo que hacer «para no perecer contra el mundo conjurado». En todo caso es evidente que «la época humana y benevolente de nuestra revolución tiene por actor al pueblo mismo, al pueblo entero, a todo el mundo. Y la época de las violencias, la época de los actos sanguinarios a que más tarde el peligro la empuja, no tiene por actores más que a un número mínimo de hombres, infinitamente pequeño». Todo ello le lleva a ver que «el pueblo valía mucho más que los que lo dirigían» y a concluir: «Cuanto más he profundizado, más he encontrado que lo mejor estaba abajo, en las oscuras profundidades».[26]

Michelet, que fue el primero que basó su historia en unos sólidos fundamentos de erudición —este libro, dirá en 1868, «ha nacido del seno de los Archivos»—, ha recogido en él también la visión de los de abajo que le ha transmitido, entre otros, su propio padre, y que le lleva a hacer del «pueblo», que en su caso está claro que se identifica con «la nación», el protagonista de

Arthur Mitzman, *Michelet historian. Rebirth and romanticism in Nineteenth-century France*, New Haven, Yale University Press, 1990; Roland Barthes, *Michelet*, Paris, Seuil, 1995; Donald R. Kelley, *Historians and the law in postrevolutionary France*, Princeton, Princeton University Press, 1984, pp. 101-112; Walch, *Les maîtres de l'histoire*, pp. 193-232, etc.

24. J. Michelet, *Histoire de France*, Paris, A. Lavroix, 1876², I, pp. I-XV.

25. J. Michelet, *Cours au Collège de France, I, 1838-1844*, ed. de Paul Viallaneix, Paris, Gallimard, 1995, p. 362.

26. Uso la *Histoire de la Révolution française*, en la edición de Gerard Walter, Paris, La Pléiade, 1952; daré, sin embargo, las citas de manera que puedan identificarse en cualquier otra. Éstas, en concreto, corresponden al prefacio de 1847 (en la edición Walter, I, pp. 2-8).

esta historia. La convocatoria de los Estados generales «llamó al pueblo entero al ejercicio de sus derechos»; el asalto a la Bastilla es un «acto de fe» colectivo que no ha propuesto nadie en concreto y que han realizado entre todos; «el pueblo solo» es el que ha llevado el rey a París... En la introducción al libro III —«Del método y del espíritu de este libro»— lo afirmará decididamente: «Sin negar la influencia poderosa del genio individual, no se puede dudar de que en la acción de estos hombres la parte principal no corresponda a la acción general del pueblo, de los tiempos, del país». Y lo hará constar en las breves palabras con que concluye su gran trabajo, en 1853: «Todas las historias de la revolución hasta aquí eran esencialmente monárquicas (o por Luis XVI o por Robespierre). Esta es la primera republicana, la que ha roto los ídolos y los dioses. Desde la primera página hasta la última no tiene más que un héroe: el pueblo».[27]

Esto no debe entenderse tan sólo en términos sociales. Michelet abominaba tanto de Babeuf como, al final de su vida, de la Commune y, en general, del socialismo. Lo que esta historia nos explica es en realidad la construcción de una nación en que todos los hombres habían de convertirse en miembros iguales, desde un punto de vista político, de una comunidad. Al narrar la noche del 4 de agosto Michelet no celebra solamente la abolición de los «privilegios de las clases» —que era evidentemente una de las condiciones de esta igualdad—, sino también la de los privilegios de «las provincias» —es decir, de los «Pays d'état» que conservaban restos de sus viejas libertades— para concluir: «Después de esta maravillosa noche, no hay más clases, sino franceses; no más provincias, sino una Francia. ¡Viva Francia!».[28]

Está claro que para conseguir este resultado se necesitaba algo más que la simple «revolución burguesa» que había celebrado Guizot, deslumbrado por el modelo inglés. Uno de los momentos en que la diferencia entre la visión de Michelet y la de sus predecesores resulta más evidente es aquel en que, al referirse al proceso de Luis XVI —en un capítulo titulado sin equívoco alguno, «Luis XVI era culpable»— contrapone a este hecho puntual el aspecto positivo de la gran corriente de la Revolución que ha consistido en «la conquista interior de Francia por ella misma, *la conquista de la tierra por el trabajador*, el cambio más grande que nunca se haya producido en la propiedad desde las leyes agrarias de la antigüedad y la invasión de los bárbaros». Para crear la nación eran necesarios, evidentemente, cambios mucho más profundos que los que hubiera podido aportar «una revolución inglesa y superficial».[29]

Otro hombre que analiza la revolución a la luz de la experiencia de 1848, pero desde una perspectiva muy distinta de la de Michelet, es Alexis de Toc-

27. Citas del libro I, capítulo 1; I, cap. 7; III, introducción, y de la breve conclusión al final del libro XXI (Walter, I, pp. 77, 145 y 287, y II, p. 990).

28. Libro II, capítulo 4 (I, p. 217).

29. Libro IX, capítulo 1 y libro XIV, cap. 1 (Walter, II, pp. 7 y 622). Coetáneo y amigo de Michelet, pero mucho menos interesante, es Edgar Quinet (1803-1875), traductor de Herder, autor de libros en que estudia el papel de la religión, y de una historia de la revolución (Walch, *Les maîtres de l'histoire*, pp. 233-264).

queville (1805-1859), miembro de una familia aristocrática. Estudió Derecho, desempeñó durante unos años el cargo de juez en Versalles y en 1831 viajó con un amigo por los Estados Unidos, con el pretexto de estudiar su sistema penitenciario, en una experiencia de la que saldría su primera obra importante, *La democracia en América* (publicada en dos partes, en 1835 y 1840). El libro, que ha sido calificado como la obra de un sociólogo, tuvo un éxito extraordinario y empujó a su autor hacia una carrera política que llegaría a su culminación en 1849, cuando llegó a ser ministro de Asuntos Exteriores. En 1850 se le declaró una tuberculosis que, combinada con la hostilidad de Luis Napoleón, lo obligó a abandonar su carrera política. Fue entonces cuando decidió dedicarse a escribir una obra muy ambiciosa, *El antiguo régimen y la revolución*, cuya primera parte, la única que llegó a completar, aparecería en 1856. De la segunda sólo quedarían las notas preparatorias.[30]

En las páginas de *El antiguo régimen y la revolución* Tocqueville analiza la sociedad del antiguo régimen francés tal y como era en el siglo XVIII, muestra sus defectos, pero sostiene que estos se iban modificando y reformando, de manera que una buena parte de los cambios que atribuimos a la Revolución ya habían sido realizados antes de 1789. Porque la Revolución no se ha hecho, como se dice a menudo, para destruir las ideas religiosas, sino que «ha sido esencialmente, pese a las apariencias, una revolución social y política» encaminada a destruir los elementos caducos del viejo orden feudal que quedaban en pie y a «aumentar el poder y los derechos de la autoridad pública». Por radical que haya podido parecer, la verdad es que «ha innovado mucho menos de lo que generalmente se supone». No ha sido, además, un acontecimiento fortuito, sino «el complemento del más largo trabajo, la terminación súbita y violenta de una obra en que habían trabajado diez generaciones de hombres. Si no se hubiera producido, el viejo edificio social habría caído igualmente a pedazos en lugar de hundirse de golpe». Lo malo es que se ha querido crear una nueva estructura administrativa centralizada sin haber eliminado previamente la vieja y que, de paso, la monarquía ha destruido los poderes locales y todas las instituciones que podían permitir alguna forma de participación, y ha querido controlarlo todo de arriba a abajo. Pero el nuevo sistema no era lo suficientemente fuerte para dar al edificio que se estaba cimentando la resistencia que el anterior sacaba de las viejas estructuras aniquiladas, en una Francia que se había convertido en «uno de los países de Europa en que toda la vida política estaba extinguida desde hacía más tiempo y de la manera más completa». En este contexto los intelectuales comenzaron a mediados del siglo XVIII a formular «teorías generales y abstractas en materia de gobierno», en lugar de proponer, como habían hecho los ingleses, no la destrucción de las viejas instituciones, sino ir cambiando «gradualmente su espíritu por la práctica».

30. André Jardin, *Alexis de Tocqueville*, París, Hachette, 1984; Alexis de Tocqueville, *Souvenirs*, París, Gallimard, 1999; George Wilson Pierson, *Tocqueville in America*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1996.

Las ideas nacidas de esta crítica fueron penetrando en la sociedad y se presentaron a ella como la única forma de interpretar sus agravios —las páginas en que analiza cómo pesaban sobre los campesinos las últimas supervivencias de un régimen señorial casi extinguido figuran entre las más originales del libro. Pero es que el gobierno contribuyó «a hacer entrar y a fijar en el espíritu del pueblo muchas de las ideas que después se han llamado revolucionarias» con sus propios errores y sus abusos. Como el tejido de la sociedad civil era inexistente, cuando llegó la Revolución no había ninguna capacidad autónoma de resistencia, porque se suponía que correspondía al poder central ocuparse de ello. Y cuando este poder pasó de manos del rey a las de una asamblea irresponsable y soberana, las cosas se precipitaron.[31]

La visión que Tocqueville nos da de la revolución francesa está marcada por su experiencia de la de 1848, en la que él cree haber visto una «revolución socialista». Una revolución «exclusivamente popular» que había hecho omnipotente «al pueblo propiamente dicho, es decir, a las clases que trabajan con sus manos». En la Convención revolucionaria no había habido tal vez ni un solo hombre del pueblo, sino que «estaba llena de burgueses y letrados». La revolución de 1830 la hizo el pueblo, pero controlado por «la clase media». La revolución de febrero —de 1848—, en cambio, «parecía hecha enteramente al margen de la burguesía y contra ella». «Era una cosa extraordinaria ver en las solas manos de aquellos que no poseían nada» toda la riqueza de París y de Francia entera. Esta experiencia reforzará en él una idea que había formulado ya en *La democracia en América* y que aparece como planteamiento final del libro dedicado al antiguo régimen: la de la contraposición entre la libertad, que es un fin legítimo de la revolución y de la construcción de una sociedad estable, y la igualdad, que lleva a su corrupción.[32]

En las notas que dejó para el segundo volumen Tocqueville explica que los que iniciaron la agitación revolucionaria «no pertenecían a las clases altas, sino a las más bajas», y que «no era la igualdad de derechos sino la libertad política lo que parecían proponerse». El problema fue que cuando el tercer estado hubo dominado la asamblea, y la iniciativa pasó a sus manos, los caminos de la reforma estaban cortados y se acabó en una revolución radical: un propósito que se extendió a los campesinos cuando éstos fueron llamados a formular sus agravios en los cuadernos. Esto ha sido lo que ha marcado el carácter de la revolución: «¿Por qué de unas costumbres tan suaves, tan humanas, tan benévolas ha surgido una revolución tan cruel? La suavidad estaba arriba, la violencia ha venido de abajo (...). Así se vería un hecho nuevo y terrible en el mundo: una inmensa revolución en que las clases más incultas y groseras serían los agentes más duros y los que tendrían como legisladores (incitadores, dirigentes) serían los letrados». La consecuencia fue «el carácter democrático de nuestra revolución, que llevaba al menosprecio de los derechos individuales,

31. A. de Tocqueville, *L'ancien régime et la revolution*, París, Gallimard, 1964, *passim* (citas literales de pp. 79-81, 231-232, 292 y 313).

32. Tocqueville, *Souvenirs*, pp. 96-97.

a la violencia, ya que el pueblo era el principal instrumento de la revolución». Está claro que nos hallamos ante una negación, casi una inversión total, de las tesis de Michelet. Podríamos pensar que la diferencia procede de la óptica tan diferente de uno y del otro: Michelet escribe su historia como un hombre que proclama orgullosamente «yo he nacido pueblo», mientras que el conde de Tocqueville es un aristócrata ilustrado. Pero la diferencia va mucho más lejos y procede de unos planteamientos políticos muy diferentes. Michelet ha escrito para que al pueblo no le vuelvan a arrebatar los frutos de la Revolución; Tocqueville para denunciar que esta Revolución, que ha seguido en plena vigencia «desde hace sesenta años» —es decir, hasta su «hoy»— ha dado nacimiento a una «raza de revolucionarios» que desprecia los derechos individuales y oprime a las minorías en nombre de «una masa a la cual todo le está permitido para llegar a sus fines».[33] No es extraño que este hombre, que era conservador, pero lo bastante inteligente como para rehuir la limitada visión negativa de los contrarrevolucionarios que pretendían restablecer un pasado que se había hundido porque era inviable, se haya convertido en un modelo para los liberales del futuro, pero haya merecido también el respeto de los historiadores progresistas.[34]

Hay otra historia inspirada por la revolución de 1848, muy diferente y demasiado olvidada. El prestigio de Louis Blanc (1811-1882) se vio afectado por el fracaso de su gestión en la revolución de 1848, pero su *Historia de diez años, 1830-1840*, publicada entre 1841 y 1844, aunque fuera una crónica de su tiempo, contenía análisis muy atinados sobre el papel de la burguesía al final del Imperio y en el inicio de la restauración, y su *Historia de la revolución francesa* (1862) se esfuerza en mostrar, contra Tocqueville, que al menos un sector de la Revolución, el de los girondinos, hizo del derecho individual su objetivo esencial, mientras otro, el de los Montañeses, luchaba por el derecho social y que «estas dos concepciones, lejos de ser contradictorias, eran de una naturaleza tal que se completaban la una a la otra, y contienen conjuntamente todos los elementos de la verdad». No se halló entonces «el punto preciso en que armonizaban», pero es que la revolución, al fin y al cabo, no era «el punto de llegada del espíritu humano».[35]

Entre los historiadores que representan el giro conservador que tiene lugar después de 1848 hay que situar de manera muy destacada a este personaje sin-

33. Alexis de Tocqueville, *Inéditos sobre la revolución*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1973, citas de las pp. 49-50, 91-95, 97-101, 188 y 190.

34. Véase por ejemplo, la alta valoración que del libro de Tocqueville hacen Georges Lefebvre (*Réflexions sur l'histoire*, París, Maspero, 1978, pp. 230 y 127-136), y Tawney (*History and Society*, p. 50).

35. Uso la versión castellana *Historia de diez años o sea de la revolución de julio y de sus consecuencias en Francia y fuera de ella hasta fines de 1840*, Barcelona, Oliveres, 1845-1847, siete volúmenes (interesante porque el traductor, A. de Burgos, hace por primera vez una definición en castellano del concepto de burguesía: «la clase de ciudadanos que poseedores de los instrumentos de trabajo, o de un capital, trabajan con sus propios recursos y no dependen de los demás sino en ciertos casos», I, p. 3, nota); la cita es de *Histoire de la révolution française*, París, [1862], II, p. 770.

gular que es Numa Fustel de Coulanges (1830-1889), un heredero de los historiadores románticos con clara vocación reaccionaria y con una obsesión por hacer «ciencia pura». Con *La ciudad antigua* (1864) —una obra de juventud que es hoy en día el único de sus libros que aún se lee— ganó la estimación de la corte de Napoleón III, donde dio cursos especiales para la emperatriz Eugenia y su séquito. En *La ciudad antigua* la evolución de la sociedad se explica a partir de la religión, lo cual le permite, de paso, defender la propiedad privada como eterna y combatir a quienes imaginen que haya habido alguna vez comunismo. La religión primitiva se basaba en el culto a los muertos y eso exigía que la familia poseyera a perpetuidad la tierra que conservaba las tumbas de los suyos: familia y religión nacían desde el comienzo en estrecha asociación a la propiedad. La verdad es que esta inversión de los avances en el pensamiento histórico, que nos volvía a llevar desde las ideas a las realidades sociales, conducía a menudo a trivialidades, como la de decir: «igual que el hombre no piensa hoy como hace veinticinco siglos, tampoco se gobierna como en aquellos tiempos remotos». En los últimos años de su vida, después de la Commune, Fustel extremó su actitud nacionalista, defendió la «erudición francesa» contra la crítica hermenéutica y filosófica alemana y quiso reorientar su obra hacia un estudio de las instituciones políticas de la antigua Francia, con la intención de combatir la visión liberal. Pero Fustel no será solamente el historiador preferido de la derecha –desde Maurras, que se lo apropiará públicamente, hasta Ariès—, sino que influirá fuertemente en los sociólogos Durkheim y Mauss, a quienes transmitió la preocupación por lo religioso.[36]

Es más difícil valorar la influencia que ha tenido en la historia el positivismo, heredero directo del proyecto de los ideólogos. Auguste Comte (1798-1857), que había sido secretario y colaborador de Saint-Simon, dedicaría la mayor parte de su vida, en medio de unas relaciones familiares difíciles y con algunos periodos de locura, a la fundación de una nueva ciencia de la sociedad que reunía elementos del pensamiento de Condorcet y de Destutt, con otros procedentes de los teóricos de la contrarrevolución, como Bonald y de Maistre. Era, como los ideólogos, un teórico de la armonía social que sostenía que lo necesario para mejorar la nueva sociedad no era la revolución sino la pacífica aplicación de la ciencia y del conocimiento.[37]

Comte representa una concepción de la sociedad en que «la marcha progresiva del espíritu humano» es el elemento decisivo que explica autónomamente el cambio histórico. Al historiador le ofrece de entrada las claves esenciales que explican la evolución social, de manera que no le deja otro trabajo que el

36. Arnaldo Momigliano «The Ancient City of Fustel de Coulanges», en *Essays in Ancient and Modern Historiography*, Oxford, Blackwell, 1977, pp. 325-343; F. Hartog, *Le XIXe siècle et l'histoire. La cas Fustel de Coulanges*, París, PUF, 1988; M. I. Finley, «The Ancient City: from Fustel de Coulanges to Max Weber and beyond», en *Economy and Society in Ancient Greece*, Londres, Chatto and Windus, 1981, pp. 3-23. Uso *La cité antique* en la excelente traducción castellana de J. Petit y A. Vilá (*La ciudad antigua*, Madrid, Plus Ultra, 1947).

37. Gianni M. Pozzo, *Il problema della storia nel positivismo* Padua, Cedam, 1972.

de aplicar los grandes esquemas teóricos que se le proporcionan a la búsqueda concreta de datos, usando métodos «científicos», es decir, parecidos a los de las ciencias naturales. De manera que aunque se acostumbra a calificar de historia positivista, abusivamente, a toda aquella que se limita al simple establecimiento de los hechos, la verdad es que la influencia real del positivismo en la historia ha sido de muy escasa importancia.

La errónea identificación de algunos autores con el positivismo deriva posiblemente de la confusión entre éste y el llamado «cientifismo» que se desarrolla sobre todo después de la derrota de Francia por los prusianos y de la conmoción de la Commune, sobre la base de una mezcla de darwinismo social, racismo —que tenía en Francia bastantes antecedentes—[38] y nacionalismo, que tendrá su expresión historiográfica más notable en Renan y en Taine.

Ernest Renan (1823-1892), un orientalista que había conseguido una fama de escándalo con su *Vie de Jésus* (1863) y con otros estudios sobre los orígenes del cristianismo, hizo un giro político hacia la derecha después de la experiencia de la derrota ante los prusianos. Mucho más importante, sin embargo, resultaría, desde el punto de vista de la influencia que ejerció, la obra de Hippolyte Taine (1828-1893), filósofo, crítico literario (*Histoire de la littérature anglaise*, 1863-1864), psicólogo (*De la conscience*, 1870), que vivió con angustia la experiencia de la Commune y decidió entonces buscar las causas del fracaso colectivo de Francia en sus orígenes, en las faltas de la revolución, con una ambiciosa obra histórica para la que manejó una gran cantidad de documentos y que quiso construir aplicando métodos «científicos», como los que había aprendido estudiando medicina. *Les origines de la France contemporaine*, que se publicaría entre 1876 (*L'ancien régime*) y 1893 (el segundo volumen de *Le régime moderne*, que analiza la Francia napoleónica) es una obra ambiciosa, para la cual manejó seguramente más documentación inédita sobre el periodo que ningún historiador anterior —Taine se complace, por ejemplo, en darnos el número exacto de las piezas cazadas por Luis XVI—, aunque la usó sin demasiado criterio. Su método supuestamente científico no le permitió desembarazarse de los prejuicios antidemocráticos que estaban presentes desde el inicio en su proyecto, y que le llevaron a sostener que Francia se había alejado con la Revolución, que implicaba una ruptura total con el pasado, del camino normal de la modernización, que implicaba reformar y conservar lo que conviniera de la vieja sociedad, tal y como había hecho Inglaterra. Es innegable, sin embargo, que en medio de esta construcción pesada y mal estructurada, obra de quien no dominaba en absoluto el oficio

38. El nombre más notorio, pero en absoluto el único, es evidentemente el del conde de Gobineau (1816-1882), que había sido secretario de Tocqueville en el ministerio de Asuntos Exteriores y seguiría después una carrera diplomática en diversos países. Su *Esssai sur l'inégalité des races humaines*, aparecido en 1853-1855, influirá en el racismo posterior, hasta en el propio Hitler (uso la traducción publicada, paradójicamente, en Barcelona por Ediciones Apolo en 1937, en plena lucha contra el fascismo). Sobre estas cuestiones, Léon Poliakov, *Le mythe aryen*, Bruselas, Complexe, 1987, pp. 245-288.

de historiador, se encuentran hallazgos interesantes desde el punto de vista de la historia social.[39]

La influencia más importante de Renan y de Taine no ha sido sin embargo la que hayan podido ejercer sobre la historia —pese a que *Les origines* estuviera en el inicio de una corriente de condena de la Revolución que, a través de Bainville o de Gaxotte, llegará hasta Furet— sino sobre la política. Los dos, dice Zeev Sternhell, han difundido la idea de que la democracia significa la mediocridad por la nivelación y que la revolución es culpable del comienzo de la decadencia de Francia, culminada en Sédan con la derrota ante Prusia. La extrema derecha francesa, con Maurras al frente, hará de Taine uno de sus maestros indiscutibles.[40]

39. En *Les origines de la France contemporaine*, —que uso en la edición de París, Robert Laffont, 1986, 2 vols.— Taine utiliza terminología científica: dice que el paso de la Francia del antiguo régimen a la sociedad burguesa es como «la metamorfosis de un insecto», nos da —como se ha dicho— el número de piezas cazadas por Luis XVI y se vanagloria de haber clasificado por fechas las muestras de los vestidos que llevaba María Antonieta. Aulard lo acusó, sin embargo, de una gran cantidad de errores y distorsiones y se ha puesto en evidencia el uso parcial que hace de la documentación que usa, en la que no acierta a ver más que aquello que le conviene (Jacques Godechot, *Un jury pour la révolution*, pp. 187-227; Regina Pozzi, *Hippolyte Taine. Scienze umane e politica nell'Ottocento*, Venecia, Marsilio, 1993). Una valoración de su papel como intelectual en Christophe Charle, *Paris fin de siècle. Culture et politique*, París, Seuil, 1998, pp. 97-123 («La magistrature intellectuelle de Taine»).

40. Zeev Sternhell, *La droite révolutionnaire. Les origines françaises du fascisme, 1885-1914*, París, Seuil, 1978, pp. 83-88.

7. MARX Y EL «MATERIALISMO HISTÓRICO»

Karl Marx (1818-1883), de una familia de clase media y de origen judío, estudió derecho y filosofía en la universidad de Berlín, donde recibió la influencia de la izquierda hegeliana —sobre todo de la crítica de la religión de Bauer, que fue el inspirador de su tesis doctoral—, del humanismo radical de Feuerbach, y de Moses Hess, que fue el primero que propuso la alianza de la revolución filosófica alemana con la revolución política propugnada por el socialismo francés. En contraste con esta educación académica, de orientación filosófica, Friedrich Engels (1820-1895), hijo de un rico fabricante de tejidos, que sólo estuvo un año en la universidad de Berlín, mientras hacía su servicio militar, tendría una formación de carácter esencialmente económico que se basaría más en la experiencia vivida que en el estudio. Tenía un conocimiento directo de los males sociales causados por la industrialización —que denunció por vez primera en sus «Cartas desde el Wuppertal», escritas a los diecinueve años—, estaba familiarizado con el funcionamiento del capitalismo —que aprendió en el corazón mismo del sistema, al ser enviado por su familia a Manchester—, y a esto añadió el estudio de la economía política clásica y la experiencia del trato con los dirigentes obreros británicos. Es justamente de Engels de quien proceden los elementos fundacionales de la crítica de la economía política que Marx desarrollará con posterioridad.[1]

1. Los textos biográficos esenciales que se han empleado son los de David McLellan, *Karl Marx. su vida y sus ideas*, Barcelona, Crítica, 1977 y *Marx before marxism*, Nueva York, Harper and Row, 1970; el desafortunadamente inacabado de Auguste Cornu, *Karl Marx et Friedich Engels. Leur vie et leur oeuvre*, cuyo último volumen parece ser el IV; «La formation du matérialisme historique, 1845-1846», París, P. U. F., 1970; Gustav Mayer, *Friedrich Engels, una biografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978. Sobre los años de formación, David McLellan, *Marx y los jóvenes hegelianos*, Barcelona, Martínez Roca, 1969; Mario Rossi, *La génesis del materialismo histórico*, Madrid, Comunicación, 1971, 3 vols.; Paul Kagi, *La génesis del materialismo histórico*, Barcelona, Península, 1974; Francine Markovits, *Marx en el jardín de Epicuro*, Barcelona, Madrágora, 1975. El tema de la relación del pensamiento de Marx con el de Hegel sigue suscitando toda suerte de argumentos. Entre los más recientes véase, Horst Althaus, *Hegel. Naissance d'une philosophie. Une biographie intellectuelle*, París, Seuil, 1999, pp. 570 y ss. y los provocadores planteamientos de David McGregor, *Hegel and Marx after the fall of communism*, Cardiff, University of Wales Press, 1998. Las «Briefe aus dem Wuppertal» de Engels se encuentran en *Marx Engels Werke* (en lo sucesivo *MEW*), Berlín, Dietz, I, pp. 413-432.

Sabemos cómo se han ido formando las ideas centrales del «materialismo histórico». Marx nos ha explicado que en 1842-1843, cuando era un joven hegeliano de izquierdas que escribía en la *Gaceta Renana*, se tuvo que ocupar, en una serie de cuatro artículos, del problema de los robos de leña que se habían convertido en un delito muy frecuente. Espantados por esta situación, los miembros de la dieta renana decidieron convertirlos en «robo calificado», lo que implicaba penas de una dureza desproporcionada. Para un joven educado en los principios de la racionalidad hegeliana el descubrimiento de que el estado y sus leyes estaban al servicio de unos intereses particulares —de la defensa de una propiedad privada surgida de la usurpación de los bienes comunales de los campesinos— había de resultar perturbador.

Poco después Engels le envió su «Esbozo de crítica de la economía política», destinado al único número publicado de los *Anuarios francoalemanes*, donde denunciaba «el sistema de fábrica y la esclavitud moderna» y prometía: «exponer ampliamente la repugnante inmoralidad de este sistema y poner de manifiesto sin miramientos la hipocresía de los economistas» (es el trabajo que llevaría a cabo en su estudio sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, publicado en 1845). Esto despertó el interés de Marx por la economía.[2]

Hacia agosto de 1844 Marx y Engels se encontraron en París, y escribieron su primera obra en colaboración, *La Sagrada Familia*, un intento de definir su posición ante la filosofía alemana. Engels fecha el nacimiento del «materialismo histórico» —es decir el momento en que la crítica parcial se convirtió en un sistema coherente— en 1845 y nos dice que Marx lo formuló por vez primera en las *Tesis sobre Feuerbach*, donde se resuelve el problema de la incongruencia de la filosofía del derecho y la economía política con la realidad social en esta fórmula: «Toda la vida social es esencialmente *práctica*. Todos los misterios que desvían la teoría hacia el misticismo tienen su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica». En lugar de una teoría que sirva para enmascarar la realidad, se nos propone otra que deberá hacerse, abierta y explícitamente, en función de una práctica revolucionaria: «Los filósofos no han hecho más que *interpretar* el mundo de diversas maneras, pero de lo que se trata es de transformarlo».[3]

2. El *Esbozo* de Engels en *MEW*, 1, pp. 499-524. Hay una buena traducción de *La situación de la clase obrera en Inglaterra* en Karl Marx, Friedrich Engels *Obras* (en lo sucesivo *OME*) 6, Barcelona, Grijalbo, 1978, pp. 249-603. Sobre este libro, Steven Marcus, *Engels, Manchester and the working class*, New York, Random House, 1974, pp. 67-88. Para esta etapa de la vida de Marx, además de las obras biográficas citadas antes, Jacques Grandjonc, *Marx et les communistes allemands à Paris. Vorwärts, 1844*, Paris, Maspero, 1974 y, muy especialmente, John Maguire, *Marx's Paris writings. An analisis*, Dublin, Gill and Macmillan, 1972.

3. Auguste Cornu, *Carlos Marx, Federico Engels*, (Buenos Aires, Platina, 1965) pp. 637-692; Mario Dal Pra, *La dialéctica en Marx*, Barcelona, Martínez Roca, 1971, pp. 201-234; E. Bottigelli *Genèse du socialisme scientifique*, Paris, Editions Sociales, 1967, pp. 143-168. *La sagrada familia*, en OME 6, pp. 1-248. Las *Tesis sobre Feuerbach*, de las que se citan la 8 y la 11, han sido reproducidas muy a menudo (sobre su significado real, Rossi, *La génesis del materialismo histórico*, III, pp. 195-211).

En *La ideología alemana*, fruto de un largo trabajo de colaboración que Marx y Engels hicieron en Bruselas entre el verano de 1845 y el otoño de 1846, aparecen las primeras formulaciones extensas y coherentes de su concepción de la historia. Era un texto destinado sobre todo a hacer la crítica de las ideas de Feuerbach, de Bauer y de Stirner, a la vez que de la práctica de los jóvenes filósofos hegelianos que se contentaban con criticar el mundo desde el terreno de las ideas, sin molestarse en contrastarlas con «la realidad material que los rodea»: una realidad compuesta de individuos, que tienen unas condiciones de vida y unas actuaciones que han de estudiarse con métodos empíricos y no especulativamente. El estudio de la historia muestra que los hombres producen sus medios de subsistencia de acuerdo con unos «modos de producción» que son en realidad «modos de vida» —«una forma determinada de manifestar la vida»—, lo que explica que lo que son los individuos dependa de las condiciones materiales de producción y de las relaciones que establecen entre ellos en este proceso.

Seguía a esto una exposición de las etapas del desarrollo histórico en que el viejo esquema de la escuela escocesa tomaba una dimensión social, atendiendo a los diversos grados de división del trabajo y a las formas de propiedad que corresponden a cada uno de ellos. Con la advertencia, sin embargo, de que «en cada caso particular la observación empírica ha de mostrar empíricamente y sin ninguna suerte de mistificación ni de especulación la conexión que hay entre la estructura social y política y la producción». Las ideas, las representaciones y la conciencia aparecen también como emanaciones del comportamiento material de los hombres. En lugar de proceder, como en la filosofía «que baja del cielo a la tierra, aquí se sube de la tierra al cielo», se parte de la vida real de los hombres para llegar a sus pensamientos, y no al revés, como hacen habitualmente los filósofos.

Se trataba de un libro muy extenso que, en vista de la imposibilidad de publicarlo, Marx y Engels dejaron inacabado y que no se editó hasta 1932 (y en una edición más satisfactoria en 1965). Engels dirá en 1888 que el libro demuestra que sus conocimientos de historia económica eran aún muy precarios, pero la obra es el texto de Marx y de Engels que contiene más elementos de reflexión metodológica sobre la historia y entre ellos el muy importante de avisar que las abstracciones teóricas «por ellas mismas y separadas de la historia real, no tienen valor alguno y sólo pueden servir para facilitar la ordenación del material histórico.(...) No dan, a diferencia de la filosofía, ninguna receta o esquema que permita definir correctamente las épocas históricas».[4]

En los elementos que forman el substrato de las concepciones más globales de Marx y de Engels hay, además de la herencia de la filosofía alemana a la que ya

4. *La ideología alemana*, *MEW* 3, pp. 9-530; las citas son de las pp. 20-27. De este libro hay una mala traducción castellana de W. Roces, con fallos que desnaturalizan el sentido, y una catalana de Jordi Moners (Barcelona, Laia, 1987, 2 vols.). Sobre esta obra, véase Auguste Cornu, *Karl Marx et Friedrich Engels*, Paris, PUF, 1970, IV, pp. 170-285, Mario Rossi, *La génesis del materialismo histórico*, III, pp. 19-194 y, sobre todo, Pierre Vilar, «Marx y la historia», en *Historia del marxismo*, Barcelona, Bruguera, 1979, I, pp. 126-145, que tiene el mérito de haber hecho su reflexión sobre «la historia en Marx» a partir de este texto denso y lleno de problemas, y no del esquematismo del prefacio a la *Contribución*, como es habitual.

hemos aludido,[5] una idea del progreso económico que deriva en última instancia de la teoría de los «cuatro estadios»: es decir de la convicción de que la evolución a largo plazo de la economía determina los cambios que se producen en la sociedad.[6]

Hay también, sin embargo, un tercer componente fundamental que recibieron de los historiadores franceses de la Restauración que, aleccionados por el ejemplo de la Revolución francesa, habían descubierto que los cambios de un estadio social a otro «no se producen de manera mecánica y sin resistencias, sino que tienen su motor decisivo en la lucha de clases». Marx insistirá repetidamente en la importancia que tiene la obra de estos historiadores y en el hecho que son ellos los que han hecho este gran descubrimiento. En una carta a Weydemeyer de 5 de marzo de 1852 dice que se han de estudiar las obras de Thierry, Guizot, John Wade, etc. a fin de enterarse de la historia pasada de las clases. Y añade: «no tengo el título de descubridor de la existencia de las clases en la sociedad moderna, ni tan sólo de la lucha entre ellas. Lo que yo hice de nuevo fue demostrar: 1) que *la existencia de las clases* está vinculada únicamente a *fases particulares, históricas, del desarrollo de la producción*; 2) que la lucha de clases conduce necesariamente a la *dictadura del proletariado*; 3) que esta misma dictadura sólo representa la transición a la *abolición de todas las clases* y a una *sociedad sin clases*».[7]

Criticaba, sin embargo, a estos historiadores franceses de la Restauración a causa de su incapacidad para traducir en la práctica sus descubrimientos teóricos. En una carta a Engels de 27 de julio de 1854 le decía que encontraba incomprensible que un hombre como Thierry, «el padre de la lucha de clases en la literatura histórica francesa», no fuera capaz de entender que, de la Revolución francesa en adelante, el tercer estado se había desintegrado y que ahora había una nueva lucha de clases entre la burguesía y el proletariado.[8]

Un cuarto componente a añadir sería el que podemos denominar «la cuestión de las máquinas» o, si se quiere decir de otra manera, el estudio de las consecuen-

5. Y que se analiza críticamente, combatiendo la versión tradicional, que habría surgido de Plekhanov y Lukacs, por James D. White en *Karl Marx and the intellectual origins of dialectical materialism*, Londres, Macmillan, 1996. Un libro interesante en lo que se refiere al problema de los rusos, pero que en este aspecto de los elementos formativos comete el error de ignorar las influencias inglesas, y sobre todo las francesas, en Marx, lo que explica el hecho sorprendente de que en su índice no figure un concepto clave como el de «lucha de clases».

6. He criticado la manera simplista en que Ronald Meek piensa que la teoría de los cuatro estadios ha pasado de Smith a Marx (*Social science and the ignoble savage*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976) en «De Adam Smith a Karl Marx», en *Investigaciones económicas*, I (1977), n.º 2, pp. 5-21. En el prólogo no publicado de la *Contribución* se puede ver la forma despectiva en que Marx alude a las «imaginaciones superficiales del siglo XVIII». Esta manera de ver las cosas se había generalizado mientras tanto. En la introducción de su *Histoire de l'économie politique en Europe*, que Marx ha leído en la segunda edición de Bruselas de 1843, Jerome Adolphe Blanqui, el hermano del revolucionario, explicaba que la práctica de enseñar historia y economía política le había mostrado que estas dos materias estaban estrechamente enlazadas: «la primera proporciona los hechos; la segunda explica las causas y deduce las consecuencias».

7. En *MEW*, 28, pp. 503-509.

8. En *MEW* 28, pp. 380-385.

cias sociales de la industrialización, que procedía en buena medida de la experiencia británica. A eso responde el nombre de John Wade que antes le hemos visto citar. Wade publicó en 1833 una *History of the middle and working classes*, en cuya introducción explicaba que, viajando por el continente, había podido ver que Inglaterra era superior en riqueza y libertades a otros países, pero que «exhibía síntomas de una nación que sufre grandes desórdenes internos». Relacionar estos dos hechos parecía complejo; «podría ser que las mismas ventajas que habíamos conseguido fuesen la fuente de nuestras dificultades, o que hubieran sido neutralizadas por algunos males que las acompañaban, todavía no descubiertos o insuficientemente valorados». La industrialización había traído un conjunto de cambios que era necesario examinar: «el crecimiento de una opulenta clase comercial y de una numerosa e inteligente de operarios, súbitas alteraciones de prosperidad y depresión, extremos de riqueza y pobreza, el aumento del crimen, la expansión de la educación, la excitación política, las reclamaciones en conflicto del capital y la industria, opiniones independientes y divididas en todas las cuestiones públicas, con muchas otras anomalías peculiares de nuestro estado actual».[9]

Desde el punto de vista social estas cuestiones darían lugar a una extensa literatura que va desde el radicalismo de los artesanos a una postura humanitaria que a veces nacía de la denuncia de problemas concretos, y otras tomaba caracteres equívocamente antiindustrialistas y reaccionarios, en autores como Villermé, Buret o Borrego.[10]

La primera vez que Marx y Engels dieron a conocer al público su concepción de la historia fue en el *Manifiesto comunista* de 1848, escrito a petición de la «Liga de los comunistas», con una intención estrictamente política. El *Manifiesto* comenzaba afirmando que «La historia de todas las sociedades que han existido hasta hoy es la historia de luchas de clases» y explicaba la forma en que la industrialización había acabado produciendo una polarización que enfrentaba esencialmente a la burguesía y el proletariado, que era entonces la única clase revolucionaria, mientras los estratos intermedios— las «clases medias» de pequeños industriales, pequeños comerciantes, menestrales y campesinos— adoptaban actitudes conservadoras e incluso reaccionarias.[11]

9. El título completo de la obra de Wade añade: «con una exposición popular de los principios económicos y políticos que han influido en la condición presente y pasada de los órdenes industriosos» —o de las clases industriosas, si se prefiere. Londres, Effingham Wilson, 1833; cito por la reimpresión de Nueva York, Kelley, 1966. Había, además, unos apéndices estadísticos de precios, salarios, población, etc. Las citas son de las páginas III y IV. Hay que aclarar que la parte histórica del libro no tiene el carácter de «historia económica», como el de Blanqui, sino de historia social. La parte de «economía política» estudia con detalle temas como los salarios, las fluctuaciones del trabajo, la legislación o los sindicatos.

10. Estos temas tienen una literatura demasiado extensa como para poder sintetizarla aquí —véase, por ejemplo, Maxine Berg, *The machinery question and the making of political economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982—, pero no querría dejar de mencionar los replanteamientos que propone el excelente y complejo libro de Iorwerth Prothero, *Radical artisans in England and France, 1830-1870*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

11. Utilizo la edición bilingüe de Barcelona, Crítica, 1998, con un estudio introductorio de Eric Hobsbawm.

Las previsiones sobre el momento y el escenario de la gran confrontación que anunciaba el *Manifiesto* eran erróneas y las revoluciones de 1848 representaron una gran decepción para Marx, que analizaría los acontecimientos que habían tenido lugar en Francia en los artículos reunidos en *Las luchas de clases en Francia desde 1848 hasta 1850* (1850) y en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1852), y lo que había sucedido en Alemania, en una serie de artículos en los que afirmaba que «en Alemania es imposible una *revolución burguesa* pura». Estos serían los primeros intentos que Marx haría por utilizar sus concepciones para explicar acontecimientos contemporáneos.[12]

El 18 Brumario —que Engels consideraba el mejor ejemplo de aplicación de la «concepción materialista de la historia»— comenzaba con una afirmación contundente: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen arbitrariamente, en las condiciones escogidas por ellos, sino en unas condiciones directamente dadas y heredadas del pasado. La tradición de todas las generaciones muertas pesa con un peso aplastante sobre el cerebro de los vivos». *El 18 Brumario* contiene algunos de los textos de teoría de la historia más interesantes de toda la obra de Marx, que desarrollan con claridad ideas expuestas más vagamente en *La ideología alemana*, como la afirmación: «Sobre las diferentes formas de propiedad, sobre las condiciones de existencia social, se eleva toda una superestructura de impresiones, de ilusiones, de formas de pensar y de concepciones filosóficas particulares. La clase entera las crea y las forma sobre la base de estas condiciones materiales y de las relaciones sociales correspondientes. El individuo que las recibe por tradición o por educación puede imaginarse que representan las verdaderas razones y el punto de partida de su actividad».[13] Pero esta espléndida anticipación de lo que hoy llamamos la «construcción social» de la cultura tiene una aplicación muy limitada al «análisis de la situación» concreta de Francia en los años 1848-1851, que Marx desarrolla de un modo magistral en lo que se refiere a la conducta de los diversos partidos, y de forma más discutible en lo que hace referencia al enfrentamiento de clases, comenzando por el problema que implica lo que dice de la actuación de los campesinos, que no solamente revela un escaso conocimiento de la situación real de los de Francia en aquellos años —una situación que hoy conocemos mucho mejor que en su tiempo, gracias a una investigación histórica, a menudo de inspiración marxiana, pero que ha prescindido de lo que se dice en *El 18 Brumario* sobre este aspecto en concreto—, sino que cae en la simplificación de hablar de un conjunto tan complejo como el de los campesinos como si de un grupo unitario se tratara.[14]

12. Véase K. Marx y F. Engels, *Sobre la revolución de 1848-1849. Artículos de «Neue Rheinische Zeitung»*, Moscú, Progreso, 1981 (cita de p. 223).

13. *Der achtsehnte Brumaire des Louis Bonaparte*, en *MEW*, 8, pp. 111-207, citas literales de pp. 115 y 139.

14. Marx comienza diciendo que «los Bonaparte son la dinastía de los campesinos, es decir, de la masa del pueblo francés» y añade que «los campesinos parcelarios constituyen una masa enorme, cuyos miembros viven todos en la misma situación», pp. 198-202.

Engels utilizaría un método parecido en 1850 para escribir su trabajo sobre *La guerra de los campesinos en Alemania*, que justificaría en el prefacio a la segunda edición de 1870 por su oportunidad política, como consecuencia del «paralelo entre la revolución alemana de 1525 y la de 1848-1849». Se había limitado en este trabajo a aprovechar materiales de segunda mano para demostrar que el régimen político de Alemania, los levantamientos contra este régimen y las teorías religiosas y políticas de la época, no eran causas, sino resultados del grado de desarrollo a que habían llegado en este país la agricultura, la industria, las vías de comunicación, el comercio y las finanzas, añadiendo que en esto consistía «la concepción materialista de la historia».[15]

En ninguno de los dos casos, sin embargo, nos hallamos ante una investigación histórica hecha con aquella exigencia de rigor empírico que se pedía en *La ideología alemana*, sino ante la utilización de un método esquemático —demasiado «filosófico», en el mal sentido que ellos mismos dan a la palabra— con una finalidad inmediata de análisis político de actualidad. Se hacía difícil deducir de estos textos los principios de lo que podía ser una búsqueda histórica de acuerdo con los métodos del «materialismo histórico». Una de las reflexiones más interesantes que Marx escribió sobre estas cuestiones, y que habría podido esclarecer muchos equívocos, como era el apartado sobre las «formaciones económicas precapitalistas» en los *Grundrisse* —los materiales preparatorios para el estudio de la economía capitalista—, permanecería desconocida hasta la segunda mitad del siglo XX.[16]

En 1859, en cambio, Marx publicaría en el Prefacio de su *Contribución a la crítica de la economía política* una formulación esquemática de su visión de la historia que se convertiría en texto canónico, citado e interpretado una y otra vez por los «marxistas»:

«En la producción social de su existencia los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política, y a la cual corresponden formas sociales determinadas de conciencia. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser; al contrario, su ser social es el que determina su conciencia. Durante el curso de su desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en el interior de las cuales se habían movido hasta enton-

15. F. Engels, *Der deutsche Bauernkrieg*, en *MEW*, 7, pp. 327-413; el prólogo de la segunda edición, de 1870, en *MEW*, 16, pp. 393-400 (citas de p.394).

16. Inédito hasta 1939-1941, pasó desapercibido hasta las ediciones alemanas de 1952 y 1956, y se divulgó en 1964 gracias a la edición inglesa preparada por Eric J. Hobsbawm: Karl Marx, *Pre-capitalist economic formations*, Londres, Lawrence and Wishart, 1964.

ces. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en obstáculos a estas fuerzas. Entonces se abre una era de revolución social. El cambio que se ha producido en la base económica trastorna más o menos rápidamente toda la colosal superestructura. Al considerar estos trastornos conviene siempre distinguir el cambio material de las condiciones de producción —que se ha de comprobar fielmente con la ayuda de las ciencias físicas y naturales— de las normas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en una palabra, las formas ideológicas con que los hombres toman conciencia de este conflicto y lo resuelven. (...) A grandes trazos, los modos de producción asiático, antiguo, feudal y burgués moderno pueden designarse como otras tantas etapas progresivas de la formación social económica. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso de producción social (...): las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean al mismo tiempo las condiciones materiales para resolver este antagonismo. Con esta formación social acaba, entonces, la prehistoria de la sociedad humana.»[17]

Este texto, donde se puede ver que el tema de la «lucha de clases» —de las fases de «revolución social»— no recibe mucha atención, será la última de las reflexiones teóricas sobre la historia que aparezca en las obras publicadas por Marx, que dedicaría los años centrales de su vida al análisis crítico de la economía capitalista. En este arduo trabajo de búsqueda, que culminaría en el edificio inacabado de *El capital*, con su secuela de las *Teorías sobre la plusvalía*, Marx actúa como un investigador, sin conformarse con esquemas abstractos. Lo ha hecho incluso en el capítulo «de historia» que contiene el primer libro de *El capital*. El capítulo veinticuatro sobre «La llamada acumulación originaria» es, seguramente, la mejor muestra del Marx historiador que tenemos. En él estudia la expropiación de los campesinos y la génesis de un «mercado interior para el capital industrial» en Gran Bretaña, y muestra que detrás de este proceso no hay solamente las consecuencias inevitables de la evolución económica, sino la coerción ejercida por las clases dominantes a través del estado, mediante «una legislación terrorista y grotesca» y la forma en que esta violencia permitió establecer las condiciones «naturales» a las que permanecería sometido el trabajador asalariado.[18]

Marx ocupó los años centrales de su vida en este intento de desentrañar el funcionamiento de la economía capitalista de su tiempo, mostrando de paso que los conceptos con que los economistas la legitimaban habían sido «construidos socialmente», lo que le obligaba a un análisis, no solamente del pensa-

17. *MEW*, 13, pp. 8-9. Hay dos traducciones castellanas accesibles de la *Contribución a la crítica de la economía política*, la de Madrid, Comunicación, 1970 y la de Moscú, Progreso, 1989 (una edición casi póstuma, como se ve por la fecha, en una colección que seguía presentándose en 1989 con estas palabras: «Sólo estudiando las obras de C. Marx, F. Engels y V. I. Lenin es posible comprender el mundo contemporáneo y los procesos que en él tienen lugar»).

18. En *MEW*, 23, pp. 741-791. Un capítulo que contiene muchas otras cuestiones que, desgraciadamente, no parecen haber sido percibidas por quienes se limitan a estudiar la visión de la historia de Marx en sus textos «teóricos».

miento económico, sino también de la realidad cotidiana. En una carta a Danilson, de abril de 1879, le dice que no puede acabar el volumen II de *El Capital* antes de que finalice la crisis que está sufriendo la economía inglesa: «Es necesario observar el curso actual de los acontecimientos hasta que lleguen a su madurez antes de poder "consumirlos productivamente", con lo que quiero decir "teóricamente"».[19]

Y si bien Engels dedicó alguna atención a la historia en libros como el *Anti-Dühring* (1878) y *El origen de la familia, de la propiedad privada y del estado* (1884)[20] o en las cartas de los años finales de su vida, a las que me referiré más adelante, la realidad es que el texto del prefacio de Marx de 1859 permanecería como documento esencial, supuesta guía metodológica de una «teoría marxista de la historia» que en buena medida estaba por construir, y que, por eso mismo, resulta inútil estudiar, sin olvidar que para Marx el materialismo histórico era mucho más un método que una teoría. La consecuencia de esto ha sido que la mayor parte de los estudios sobre «la teoría de la historia» de Marx no vayan mucho más allá de discusiones teológicas entorno del prefacio a la *Contribución*, sin confrontarlo, como sería necesario, con otros planteamientos marxianos.[21]

19. En *MEW*, 34, pp. 370-375 (cita de p.371).

20. En el *Anti-Dühring* (*MEW*, 20, pp. 1-303) definirá la aportación del materialismo histórico como el descubrimiento que toda la historia pasada ha sido la historia de la lucha de clases y que estas clases en lucha de la sociedad son en cada caso producto de las relaciones de producción y de tráfico, en una palabra, de la situación económica de su época. En *El origen de la familia* (*MEW*, 21, pp. 25-173) trata de dar una interpretación materialista de la prehistoria y de la historia antigua y establece unas matizaciones que lo llevan a decir que las instituciones sociales bajo las que viven los hombres de una época histórica y de un país determinados dependen de la producción de medios de subsistencia y de la producción de hombres, es decir de la propagación de la especie, lo que quiere decir que dependen del grado de desarrollo del trabajo, por un lado, y del de la familia, por otro.

21. William H. Shaw se dedica a definir los conceptos fundamentales del texto canónico —«fuerzas productivas», «relaciones de producción»— ya que Marx no los ha definido nunca con precisión y sostiene, en cambio, que «el conflicto entre fuerzas productivas y relaciones de producción», que sería según él el mecanismo esencial de la historia marxista, no tiene nada que ver con la lucha de clases: «La lucha de clases en cualquier formación social es distinta de la contradicción entre desarrollo de las fuerzas productivas y su contexto social, que propone el camino para una nueva etapa social». La interacción entre estos dos factores se ha de observar «a través de un cuidadoso estudio de cada modo de producción» (Willim H. Shaw, *Marx's theory of history*, Stanford, Stanford University Press, 1978, citas literales de las pp. 91 y 154). Helmut Fleischer es más flexible e interpreta la teoría marxiana como una combinación de un modelo de etapas de desarrollo que tiene un carácter mecanicista y de una concepción de la historia que acepta la contingencia, que «radica en el hecho de que la realización de lo posible es siempre una cuestión de iniciativas libres y síntesis creativas, cuya calidad y éxito no están garantizados de antemano», lo que de algún modo se podría ejemplificar con el fracaso del «socialismo real». (Helmut Fleischer, *Marxism and history*, Londres, Allen Lane, 1973). G. A. Cohen es un filósofo que comienza su estudio con el texto canónico, anuncia que defiende una «concepción tradicional» del materialismo histórico y se dedica también a analizar los conceptos de fuerzas productivas, relaciones de producción, las relaciones entre base y superestructura, etc. de una forma que combina el rigor analítico con una notable claridad de exposición. G. A. Cohen, *Karl Marx's theory of history. A defence*, Oxford, Clarendon Press, 1978.

La insatisfacción por los resultados conseguidos con unos métodos historiográficos de fundamentos tan débiles, fue lo que llevó, desde mediados del siglo XX, a estudiar con detenimiento un conjunto de textos marxianos desconocidos con anterioridad, como los de los *Grundrisse*, o que pasaban inadvertidos, como los de algunas cartas, que nos revelan un Marx real que se muestra lleno de dudas, de vacilaciones y hasta de contradicciones.

Como dice Kiernan, Marx tuvo que pagar «por el fracaso de su intento de elaborar su método de manera más comprensible, y por el hecho de que la mayor parte de sus reflexiones sobre el tema no hubieran sido publicadas», lo cual impide percatarse de cómo evolucionó su pensamiento después de la *Contribución*. Esto puede verse en todo lo referente a la influencia del desarrollo del capitalismo sobre formas económicas y sociales anteriores, muy especialmente en lo tocante al campo y a los campesinos. El momento clave del cambio lo tendríamos en la carta que Marx enviaba a Engels el 25 de marzo de 1868, comentándole que la lectura de los libros de Maurer le había hecho darse cuenta de que el viejo sistema germánico de tenencia de la tierra había sobrevivido en su propio entorno «hasta hace pocos años», lo que lo lleva a mirar con otros ojos hacia atrás, donde se podía «encontrar lo más nuevo en lo más viejo». Estaba claro que las formas precapitalistas podían sobrevivir en medio de un entorno capitalista y que lo que las destruía no eran razones económicas, sino la acción política deliberada del estado. Con referencia a la expropiación de los campesinos, tal como la había analizado en el capítulo veinticuatro del volumen primero de *El capital*, Marx matizará sus ideas en la traducción francesa, aparecida entre 1872 y 1875, diciendo que este proceso, que sólo en Inglaterra se ha realizado por completo, lo están siguiendo otros países de Europa, pero que, según las circunstancias locales, puede cambiar, reducirse, «presentar un carácter menos definido o seguir un orden de sucesión diferente».[22]

El más desconocido es, sobre todo, el Marx de las «cartas rusas» no enviadas, que serían silenciadas por los «marxistas» durante tantos años. Es el Marx que en 1878 denuncia los intentos de extrapolar los resultados del análisis que había hecho en el capítulo veinticuatro de *El capital*, que «no pretendía otra cosa que trazar el camino por el que surgió el orden económico capitalista, en Europa occidental, del seno del régimen económico feudal» y que protesta de que se quiera «metamorfosear mi esbozo histórico de la génesis del capitalismo en el occidente europeo en una teoría histórico-filosófica de la marcha general que el destino impone a cualquier pueblo, sean las que sean las circunstancias históricas en las que se encuentre». Marx hace entonces un paralelo entre la antigua Roma y el sur esclavista de los Estados Unidos para mostrar que «sucesos notablemente análogos, pero que tienen lugar en medios

22. Victor Kiernan, «History», en David McLellan, ed., *Marx: the first hundred years*, Londres, Frances Pinter, 1983, pp. 57-102 (cita de p. 80). El texto de Kiernan es una de las visiones más ponderadas e inteligentes de la evolución de las ideas históricas del marxismo hasta la actualidad; J. D. White, *Karl Marx and the intellectual origins of dialectical materialism*, pp. 203-210 y 363-364.

históricos diferentes, conducen a resultados muy diversos». Y concluye: «Estudiando separadamente cada una de estas formas de evolución y comparándolas después, se puede hallar fácilmente la clave de este fenómeno, pero nunca se alcanzará mediante el pasaporte universal de una teoría histórico-filosófica general, cuya virtud suprema consiste en ser suprahistórica». Lo que, como se puede ver, nos devuelve otra vez a la exigencia de rigor empírico formulada en *La ideología alemana*.[23]

Esto lo escribe Marx cuando hace unos años que ha aprendido la lengua rusa para poder leer acerca de la situación en aquel país. Ha leído trabajos de Chernichevsky sobre la comunidad campesina, y sus opiniones sobre los «narodniki», que en 1867 eran bastante negativas, han comenzado a cambiar. El 16 de febrero de 1881 Vera Zasulich le escribía una carta preguntándole si pensaba, como hacían buena parte de sus discípulos rusos, que la comunidad campesina rusa era una forma de organización arcaica que estaba condenada a desaparecer. El tema llevó a Marx a escribir hasta cuatro esbozos de una respuesta que no llegó a enviar y que nos muestran que pensaba seriamente en la posibilidad de que Rusia se hallara, si el desarrollo capitalista no seguía avanzando mucho más allá, ante «la mejor oportunidad que haya ofrecido nunca la historia a una nación» para pasar a una sociedad sin clases sin haber de sufrir previamente las «despiadadas leyes del capitalismo». Es evidente que eso implicaba una visión de la historia que difícilmente podía encajarse en el esquema de 1859 —un esquema que podía calificarse, desde esta nueva perspectiva más abierta, de una «teoría histórico-filosófica general»— ya que estos nuevos planteamientos implicaban que se admitía que podían haber diversas vías de evolución, aunque todas acabasen conduciendo al mismo punto final, y obligaba a tomar en consideración «las circunstancias históricas» y el «medio histórico», unos conceptos que parece difícil que pudieran reducirse sólo a las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

Engels descubrió entre los papeles de Marx, después de su muerte, el borrador de la carta al director de *Otechestvennie Zapiski* y la hizo publicar en Rusia, no sin dificultades; pero los borradores de la carta a Vera Zasulich tuvieron una suerte más extraña: tanto la propia destinataria como Plejánov callaron y Riazánov, al publicarlos muchos años después, consideró que no tenían importancia alguna, que eran como un error de Marx. El propio Engels no parece haberse percatado de lo que esta evolución de Marx implicaba, porque cuando en 1894 aconseje a Starkenburg algunas lecturas sobre los métodos del materialismo histórico, se limitará a recomendarle lo que él había

23. Carta a Kugelman de 17 de abril de 1871, en *MEW*, 33, p. 209; carta de finales de 1877 al director de la revista rusa *Otechesvennie Zapiski*, *MEW*, 19, pp. 107-112. Sobre esta carta, que no se envió, véase Haruki Wada «Marx and revolutionary Russia», en Theodor Shannin, ed., *Late Marx and the Russian road. Marx and «the periferies of capitalism»*, Londres, Routledege and Kegan Paul, 1983, pp. 40-75 (sobre la carta, para la que adopto la datación de Wada, pp. 56-60). Es significativo que los compiladores de las *Obras escogidas* de Marx y de Engels publicadas en Moscú por Ediciones Progreso (que utilizo en la edición en lengua francesa de 1970, en tres volúmenes) no considerasen importante incluirla.

escrito en el *Anti-Dühring* o en *Ludwig Feuerbach* y a citarle como ejemplo supremo y muestra más conseguida del método *El 18 Brumario*, como si las ideas de Marx sobre estas cuestiones no hubieran evolucionado lo más mínimo desde los textos publicados a mediados de siglo.

En los últimos años de su vida Engels se ocupará con más interés de estas cuestiones, en unas cartas sobre la concepción de la historia donde muestra su alarma ante el hecho de que los jóvenes usen el marxismo como un sistema para hallar respuestas históricas fáciles, deducidas automáticamente de un esquema previo, sin necesidad de investigación. En 1890 escribía que «el método materialista se convierte en contraproducente si, en lugar de adoptarlo como hilo conductor del estudio histórico, se emplea como esquema fijo e inamovible con que clasificar los hechos históricos». Meses más tarde le decía a Conrad Schmidt: «Nuestra concepción de la historia no es ninguna herramienta de construcción a la manera de Hegel, sino que es, ante todo, una instrucción en el estudio y por medio de él. Toda la historia ha de ser estudiada de nuevo, las condiciones existentes en las distintas conformaciones de las sociedades deben ser objeto de un especial interés en la investigación, antes de que se emprenda la tarea de deducir sus correspondencias en el campo de las concepciones políticas, estéticas, filosóficas, religiosas, de derecho privado, etc.». Y añadía: «Hasta ahora no se ha hecho nada de todo eso, ya que sólo unos pocos se han dedicado a ello seriamente». Y aún en 1894, un año antes de su muerte, decía que «La evolución política, jurídica, filosófica, religiosa, literaria, artística, etc. se basa en la evolución económica. Pero todas reaccionan entre sí y en relación a su base económica. No es cierto, sin embargo, que la situación económica sea la única causa activa y todas las otras un efecto puramente pasivo, sino que se trata más bien de una acción que cambia sobre la base fundamental de la necesidad económica que, en definitiva, se impone constantemente.»[24]

Se hace habitualmente una lectura «teórica» de estos textos, que se enlazan con el testimonio posterior de Kautsky: «La exactitud más o menos absoluta de la concepción materialista de la historia no depende de las cartas y de los artículos de Marx y de Engels; sólo puede probarse por el estudio de la historia misma (...). Esta era también la opinión de Marx y de Engels; lo sé por conversaciones privadas con este último y hallo prueba de ello en el hecho, que parecerá extraño a muchos, que ellos dos no hablaban sino raramente y con brevedad de su teoría y ocupaban la mayor parte de su actividad en aplicar esta teoría al estudio de los hechos».[25] Lo que ocurre es que la interpretación correcta de estas cartas ha de hacerse también en clave política y con referencia a lo que sucedía en el Partido Socialdemócrata alemán en los primeros

24. Las citas corresponden, respectivamente, a una carta a Paul Ernst, de 5 de junio de 1890 *(MEW*, 37, pp. 411-413), otra a Conrad Schmidt, de 5 de agosto del mismo año *(MEW*, 37, pp. 435-438) y, finalmente, a una carta de 25 de enero de 1894 a W. Borgius —o a Starkenburg, pseudónimo de Borgius— *(MEW*, 39, pp. 205-207).

25. C. Kautsky, *La doctrina socialista*, Buenos Aires, Claridad, 1966, p. 21.

años noventa, en unos momentos de expansión en que parecía existir la posibilidad de un triunfo por la vía parlamentaria. Es necesario recordar que Marx y Engels no eran dirigentes del partido. Las complejas relaciones que mantenían con él se revelan en las críticas que Marx hizo al programa de Gotha de 1875, y que no se pudieron publicar hasta 1891, y aun entonces con supresiones. Después de la muerte de Marx, sin embargo, Engels parece haberse acomodado mejor a la evolución del partido, aunque no sin problemas de conciencia, como lo demuestran las pocas correcciones que hizo en 1891 al programa de Erfurt.[26]

En este contexto, las cartas de Engels de 1890 «sobre la teoría de la historia» aparecen bajo una luz nueva, porque resulta que se escriben en los momentos en que van a celebrarse los congresos de Halle y de Erfurt, mientras el Partido Socialdemócrata inicia su giro hacia el parlamentarismo, y hay en sus filas grupos de jóvenes izquierdistas que atacan esta política basándose en los escritos de Marx y de Engels —Mehring dirá que «interpretaban el *Manifiesto comunista* de manera demasiado unilateral y formalista»—, lo que obligará a Engels a redefinir la doctrina para adaptarla a las necesidades políticas del momento. Estos periodistas de izquierda son los «jóvenes» que Engels denuncia por el uso que hacen del «método materialista» como «un esquema fijo e inamovible». La persona a quien se dirige esta carta del 5 de junio de 1890 es justamente Paul Ernst, uno de los izquierdistas, que el 16 de septiembre publicó en el *Volksstimme* de Magdeburg un artículo en que desafiaba a Engels a demostrarle en qué diferían las ideas de los izquierdistas de las que siempre habían sostenido Marx y él mismo. Fue entonces cuando Engels contestó en el *Berliner Volksblatt* del 5 de octubre, una semana antes de que comenzara el congreso del partido, dando publicidad a la carta que le había escrito a Ernst hacia junio.[27]

Más revelador aun de la ambigua posición que Engels mantenía en estos momentos es el extenso prólogo que escribe, desde el 14 de febrero al 6 de marzo de 1895, pocos meses antes de morir, para una nueva edición de *Las luchas de clases en Francia* de Marx. Engels había redactado este texto en Londres, sometido a la presión de sus amigos del Partido Socialdemócrata, que temían que un planteamiento demasiado «revolucionario» pudiera resultar una provocación inoportuna en momentos en que en Berlín se estaba discutiendo la posibilidad de publicar nuevas leyes coercitivas contra los socialistas. Pero lo peor fue que Liebknecht se aprovechó y publicó fragmentos de este prólogo escogidos por él mismo en el *Vorwärts* con el título de «Cómo se hacen las revolu-

26. He usado en este caso la excelente traducción de Jordi Monés y Neus Faura, Karl Marx y Friedrich Engels, *Crítica dels programes de Gotha i Erfurt*, Barcelona, Ed. 62, 1971.

27. Sobre el debate con los «jóvenes», Franz Mehring, *Storia della socialdemocrazia tedesca*, Roma, Riuniti, 1974, III, pp. 1374-1380, y Gustav Mayer, *Friedrich Engels. Una biografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, pp. 837 y ss.; el texto de la «Contestación» de Engels en *MEW*, 22, pp. 80-85. Una revisión reciente del papel de Engels en George Labica, Francisco Fernández Buey *et al.*, *Engels y el marxismo*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1998.

ciones hoy». Engels se quejó de ello a Kautsky, diciendo que le hacía parecer «un pacífico adorador de la legalidad a cualquier precio», y escribió a Lafargue: «Liebknecht acaba de hacerme una jugarreta. Ha cogido de mi introducción a los artículos de Marx sobre la Francia de 1848-1850 todo lo que podía servirle para sostener la táctica pacífica y antiviolenta a cualquier precio que predica desde hace un tiempo. Pero esta táctica yo no la predico más que para la *Alemania de hoy* y aun *con reservas*. Pero en Francia, Bélgica, Italia, Austria esta táctica no debería seguirse en su conjunto, y para Alemania puede convertirse en inaplicable mañana». No es difícil entender que ese texto produjera confusión. En él encontramos, para empezar, una tendencia constante a explicar los acontecimientos históricos en términos de la evolución económica inmediata, que contrasta con la sutileza con que se expresaba el Marx viejo. Hay, además, un reconocimiento de que las esperanzas revolucionarias que él y Marx tenían en 1848 eran erróneas y que a fines de siglo ya no era válida la forma en que entonces pensaban que podía realizarse la revolución, porque la evolución histórica había «cambiado totalmente las condiciones en que el proletariado ha de combatir». En Alemania, en concreto, la utilización por parte del Partido Socialista de las posibilidades que daba el sufragio universal había puesto en manos de la clase obrera un instrumento para combatir desde dentro mismo las instituciones del estado.[28]

La consecuencia del apoyo que Engels había dado a la política de la socialdemocracia sería que, a su muerte, un hombre que tenía toda su confianza, como era Eduard Bernstein (1850-1932), plantease abiertamente la conveniencia de revisar la doctrina política de los socialistas en una serie de artículos que reunió en 1899 en su libro *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, donde defendía un socialismo evolucionista que había de conquistar el estado por la vía parlamentaria «para utilizarlo como palanca de reforma social hasta que llegue a un carácter completamente socialista». Lo que obligaba a revisar o abandonar determinados postulados del marxismo, incluyendo la interpretación materialista de la historia. El escándalo que produjo el libro de Bernstein, y que dio lugar a una réplica de Karl Kautsky, era injustificado, ya que lo único que hacía era plantear la necesidad de acomodar la doctrina a la praxis política reformista del partido alemán. En este sentido Bernstein tenía razón, y no hacía más que anunciar el camino que han acabado siguiendo todos los partidos socialdemócratas, dejando finalmente a un lado el marxismo y optando por terceras vías reformistas. Pero a principios del siglo XX a los partidos de la Segunda Internacional les convenía conservar formalmente los aspectos revolucionarios de sus programas a fin de no desconcertar a una militancia que, en caso contrario, se les podía escapar de las manos. Esta simbiosis de una retórica revolucionaria y una práctica reformista la usaría el Partido Socialdemócrata alemán en 1918 para aislar y combatir a los esparta-

28. La introducción de 1895 en *MEW*, 22, pp. 509-527; carta de protesta a Kautsky, *MEW*, 39, p. 452. La carta a Lafargue en Friedrich Engels, Paul et Laura Lafargue, *Correspondance*, Paris, Editions Sociales, 1956-1959, III, p. 404.

quistas y se convertiría posteriormente en una estrategia para competir con el Partido Comunista, hasta los años de la guerra fría, cuando el programa de Bad Godesberg, de 1959, omitirá cualquier referencia a la evolución social para hablar solamente de los «valores fundamentales del socialismo» que son libertad y justicia, y decir que «de ellos se deduce la política socialista en sus diversas esferas de actividad, y no de leyes de desarrollo histórico supuestamente inevitables».[29]

Lo más grave, desde el punto de vista de la evolución del materialismo histórico, fue la participación de Engels en la codificación del «marxismo», un corpus de pensamiento que no existía a la muerte de Marx. En los últimos años de su vida Engels escribió abundantemente y se convirtió en un divulgador del pensamiento de Marx, lo que hacía con mucha claridad, dándole un tono de «ciencia». Sus obras de síntesis, y en especial *Socialismo utópico y socialismo científico*, han sido la referencia esencial para el marxismo ortodoxo, que Engels legitimaba «como una ciencia objetiva y sistemática», de manera que Jacoby puede llegar a decir «que los textos básicos de Lenin, Stalin y Mao se basan casi exclusivamente en Engels».[30]

Es así como contribuyó a transformar lo que había sido concebido como un método de análisis de la realidad en una «doctrina científica» que Lafargue, Kautsky y Plejánov acabaron de codificar. Esta ciencia, que permitía anunciar a los militantes que tenían «las leyes de la historia» a su favor, y que, por consiguiente, el triunfo de su causa era inevitable, sería explicada a los miembros del movimiento obrero en compendios de fácil asimilación, como los de La-

29. Franz Mehring, *Storia della socialdemocrazia tedesca, passim*; Bo Gustafson, *Marxismo y revisionismo*, Barcelona, Grijalbo, 1975; Eduard Bernstein, *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgabe der Sozialdemokratie*, Berlín, Dietz, 1973 (hay una traducción española en México, Siglo XXI, 1982); Gary P. Steenson, *Karl Kautsky, 1854-1938. Marxism in the classical years*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1991. Sobre la práctica política de los partidos de la Segunda Internacional, en términos generales, Julius Braunthal, *Geschichte der Internationale*, Berlín, Dietz, 1978. Las nuevas visiones del capitalismo que corresponden a este estadio en Rudolf Hilferding, *El capital financiero*, Madrid, Tecnos, 1963, que introduce el tema del imperialismo, que Rosa Luxemburg usará para explicar en *La acumulación de capital* por qué el capitalismo había conseguido obviar hasta aquel momento la amenaza de la crisis. Uso el manifiesto antirrevisionista de Kautsky en la vieja versión de Pablo Iglesias y J. A. Meliá, Carlos Kautsky, *La doctrina socialista*. Nicola D'Elia —«Il "modelo inglese" nella battaglia revisionistica di Bernstein (1890-1895)», en *Passato e presente*, XVII (1999) n.º 48, pp 29-54, sostiene que el propósito de Bernstein era adaptarse al modelo británico que había permitido la alianza del movimiento obrero y el liberalismo en la lucha contra la reacción. Que no era, por tanto, una alternativa teórica al marxismo, sino una adaptación a las necesidades de un partido que ahora movilizaba masas y tenía un peso parlamentario considerable.

30. Russell Jacoby, *Dialectic of defeat. Contours of western marxism*, Cambridge, Cambridge Unviersity Press, 1981, pp. 52-53; sobre esta cuestión resulta interesante el libro de Montserrat Galceran Huguet, *La invención del marxismo (Estudio sobre la formación del marxismo en la socialdemocracia alemana de finales del s. XIX)*, Madrid, Iepala, 1997. Para comprender la importancia que ha tenido como «manual» *Socialismo utópico y socialismo científico*, véase que el mismo Engels ha reconocido, en el prólogo a la edición inglesa de 1892, que «ninguna otra obra socialista, ni nuestro "Manifiesto comunista" de 1848, ni "El capital" de Marx, ha sido traducida tan a menudo».

briola (1843-1904) o Plejánov (1856-1918), que, a la vez que difundían el conocimiento de algunos conceptos básicos, proseguían el proceso que habría de fosilizar esta herramienta de análisis y de crítica convirtiéndola en un canon de verdades establecidas que proporcionaba todas las respuestas. Esto permitía, por otro lado, elaborar corpus especializados de doctrina, de manera que tanto Labriola como Plekhánov harán lo que Marx y Engels se habían negado siempre a hacer: ofrecer una visión especializada de la concepción materialista de la historia, reducida a un conjunto de afirmaciones esquemáticas que difícilmente podían servir de guía para la investigación.[31]

El esquematismo de estas codificaciones explica la ausencia de investigación histórica marxista en estos años. Algo que Hilferding quería justificar, erróneamente, por la desconexión del marxista respecto del mundo académico: «excluido de las universidades, que proporcionan el tiempo necesario para las investigaciones científicas, se ve obligado a realizar el trabajo científico sólo en los ratos de descanso que le dejan sus horas de lucha política».[32] Y con el triunfo de la revolución bolchevique de 1917, como veremos más adelante, las cosas no harían sino empeorar.

31. Antonio Labriola, *La concepción materialista de la historia*, Barcelona, Editorial 7 1/2, 1979; G. Plekhanov, *Essai sur le developpement de la conception maniste de l'histoire*, Moscú, Editions en langues etrangères, 1956; *El materialismo histórico*, Madrid, Akal, 1975, etc. Sobre este autor: Samuel H. Baron, *Plejánov. El padre del marxismo ruso*, Madrid, Siglo XXI, 1976.

32. Rudolf Hilferding, *El capital financiero*, Madrid, Tecnos, 1963, pp. 10-11.

8. HISTORICISMO Y NACIONALISMO

Si la Francia de la Restauración utilizó la historia para asimilar la herencia de la Revolución y poner las bases de la nueva sociedad burguesa, la situación en Alemania sería muy diferente, y las consecuencias que este punto de partida tendría en la evolución de la historia resultarían transcendentales a partir del momento en que la «historia científica» elaborada en las universidades alemanas por investigadores que eran funcionarios del estado se convirtió en un modelo imitado en el mundo entero.

La Alemania de principios del siglo XIX tenía dos problemas fundamentales que influirían decisivamente en la orientación que tomaron sus historiadores: la aspiración a realizar la unificación política a partir del mosaico de las diversas entidades que la componían (un caos de estados, ciudades libres y feudos que el congreso de Viena redujo a 39), y la de emprender el camino de la modernización sin correr riesgos revolucionarios.

Los intelectuales alemanes estaban trabajando desde finales del siglo XVIII para establecer las bases de una cultura nacional basada en la unidad de la lengua, recuperando todo un tesoro de mitos y poesías transmitidos por una cultura popular hasta entonces menospreciada, como lo haría Jakob Grimm, «estudioso del folklore germánico y de las leyes antiguas; las dos cosas, para él, parte de un mismo trabajo».[1] En el terreno artístico la recuperación se haría a través del paisaje, en ocasiones cargado de un discurso nacionalista más o menos explícito, como en el caso de Caspar David Friedrich. En el campo de la historia la valoración de un pasado clásico común se enriquecería con la recuperación de las crónicas medievales, que añadían un elemento «nacional», pero habría también, y eso será muy importante para la consolidación de la «historia científica», el desarrollo de unos métodos de crítica erudita que tienen su origen, sobre todo, en el campo de la filología.

La dimensión política de este proyecto es fundamental para entender su evolución. La amenaza revolucionaria enseñó a los políticos prusianos que era mejor ceder alguna cosa de antemano —hacer una limitada «revolución desde arriba»— que arriesgarse a perderlo todo. La derrota ante Napoleón condujo

1. J. W. Burrow, *The crisis of reason. European thought, 1848-1914*, New Haven, Yale University Press, 2000, p. 114.

al inicio efectivo de las reformas, que llevarían a la abolición formal del feudalismo por obra de hombres como Stein o Hardenberg, convencidos de la necesidad de «introducir los principios democráticos en el estado monárquico». Reformas bastante limitadas, sin embargo, ya que si bien se permitía la libre disposición de la tierra y se abolía la servidumbre de los campesinos, éstos seguían obligados a prestar los mismos servicios y obligaciones, si querían conservar unas tierras que eran consideradas como propiedad de los señores. Lo que explica que se rebelaran al descubrir que su liberación los dejaba sometidos a un régimen más duro que el anterior. La situación aún habría de empeorar más adelante, con el resultado de permitir a los grandes propietarios hacerse con una parte cada vez mayor de la tierra, mantener su propia policía rural y controlar los órganos de gobierno local. Esta sería la paradoja de una modernización política que haría posible el desarrollo industrial, a la vez que conservaba los privilegios sociales de la nobleza.[2]

Los dirigentes de esta sociedad entendieron desde el principio la necesidad de cerrar las puertas a las ideas subversivas y ayudar a crear un consenso social basado en la lucha nacionalista. La acción se inició con la reforma educativa de Humboldt y la continuaron las universidades prusianas —en especial la de Berlín, fundada en 1810— que ofrecían a los intelectuales satisfacción económica y promoción social, y recibían de ellos, a cambio, las armas ideológicas para hacer frente a la subversión en forma de una cultura nacional que se presentaba disociada del terreno de la política y renunciaba a las funciones de crítica social que habían asumido los intelectuales de la Ilustración, encargándose de preparar a la población para reverenciar el estado al cual proporcionaban legitimación.[3]

Lo que se denomina «historicismo» resulta difícil de definir. «Para unos —dice Thomas Nipperdey— el historicismo es método, o más exactamente metodología, teoría de la ciencia; para otros es una visión del mundo fundada metafísicamente con implicaciones políticas.»[4] Un rasgo que lo define es el

2. T. S. Hamerow, *Restoration, revolution, reaction. Economics and politics in Germany, 1815-1871*, Princeton, Princeton University Press, 1972; Jerome Blum, *The end of old order in rural Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1978; Alexander Gerschenkron, *Bread and democracy in Germany*, Berkeley, University of California Press, 1943; Robert M. Berdahl, *The politics of the Prussian nobility. The development of a conservative ideology, 1770-1848*, Princeton, Princeton University Press, 1988; Hagen Schulze, *The course of German nationalism. From Frederick the Great to Bismarck, 1763-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991; David Blackbourn, *The long nineteenth century (The Fontana history of Germany)*, Londres, Harper Collins, 1997, etc.

3. Fritz Stern, *The failure of illiberalism. Essays on the political culture of modern Germany*, Nueva York, Knopf, 1972, pp. 5-14.

4. De hecho, concluye, las interpretaciones son tan diversas que «se tiene la impresión de que determinadas corrientes de la ciencia de la historia llaman historicismo a lo que no les gusta de su tradición y que historicismo se ha convertido así en un concepto enemigo y delimitante polémico que no tiene casi significado analítico», Thomas Nipperdey, *Sociedad, cultura, teoría*, Buenos Aires, Alfa, 1978, pp. 80-81. Una versión legitimadora es, por ejemplo, la de Meinecke, que lo interpreta como una continuación de la Ilustración que no habría hecho otra cosa que reemplazar la generalización por un proceso de observación individualizadora (Friedrich Mei-

rechazo del universalismo de la Ilustración, reemplazado por una visión en la que cada nación es considerada como una totalidad orgánica que tiene sus propias leyes de evolución.[5] La escuela histórica del derecho, con hombres como K. von Savigny, Gustav F. Hugo y Karl F. von Eichhorn, combatía los planteamientos iusnaturalistas que suponían la existencia de principios legales comunes para todo el mundo y defendía la peculiaridad individual e histórica de las leyes de cada pueblo. La historia, por su lado, no había de ocuparse de estadios de desarrollo social ni de «siglos» de la cultura humana, sino de las naciones consideradas orgánicamente, y los hechos que estudiase el historiador habían de analizarse individualmente, en el contexto nacional, sin buscar leyes o regularidades generales que los explicasen. El interés político del proyecto explica que uno de los dirigentes del reformismo prusiano, Stein, fuera quien, después de retirarse de la política, fundó la sociedad encargada de publicar las fuentes de la historia alemana en los *Monumenta Germaniae historica*, que han sido calificados como «el principal producto del nuevo espíritu del nacionalismo».[6]

Las preocupaciones políticas conservadoras son bien visibles en el pensamiento de quien será el introductor de los métodos críticos de la filología en la historiografía alemana: el «Tácito prusiano», Barthold Georg Niebuhr (1776-1831). Niebuhr, hijo de un gran explorador danés, sería sucesivamente banquero y diplomático al servicio de Prusia, antes de convertirse en profesor universitario, y de dejarnos un modelo de los nuevos métodos en los dos volúmenes de una *Historia de Roma* (1811-1812) que había escrito «con el sentimiento de un contemporáneo», según él mismo dirá a Goethe, y que se convertiría en un ejemplo de trabajo erudito por el modo en que hacía la crítica de las fuentes,

necke, *El historicismo y su génesis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 12 (la edición original alemana es de 1936). Una interesante revisión del historicismo se encontrará en Juan José Carreras, *Razón de historia*, Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 39-58.

5. Esta evolución puede verse, por ejemplo, en las ideas sobre la historia de Wilhelm von Humboldt, que pasaría de unos planteamientos «ilustrados» que buscaban las leyes del progreso a otros, posteriores, que sostenían que había que valorar cada época en su individualidad. Jorge Navarro Pérez, *La filosofía de la historia de Wilhelm von Humboldt*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1996 y Wilhelm von Humboldt, *Escritos de filosofía de la historia*, ed. J. Navarro, Madrid, Tecnos, 1997.

6. J. R. Seeley, *Life and times of Stein*, Nueva York, Haskell, 1969, 3 vols. (reprint); Gerhard Ritter, *Freiherr vom Stein. Eine politische Biographie*, Frankfurt, Fischer, 1983; Elisabeth Fehrenbach, *Sociedad tradicional y derecho moderno*, Buenos Aires, Alfa, 1980; G. P. Gooch, *History and historians in the nineteenth century*, Boston, Beacon Press, 1968, pp. 60-71 (cita de p. 67); Francesco Grelle, «L'archeologia dello stato in Savigny e Mommsen» en B. de Gerloni, ed., *Problemi e metodi della storiografia tedesca contemporanea*, Turín, Einaudi, 1996, pp. 133-142. En el terreno de la economía la influencia del historicismo sería más tardía pero muy duradera, y estaría marcada por la voluntad de abandonar los métodos deductivos de la escuela clásica para fundamentar el conocimiento económico en el estudio comparativo de casos históricos aislados, como propondrían inicialmente Roscher, Hildebrand y Knies, a los cuales seguirían los miembros de la «nueva escuela histórica», y en especial Schmoller. Sobre esto véase, Joseph A. Schumpeter, *History of economic analysis*, Londres, Allen and Unwin, 1963, pp. 807-819 y Karl Pribram, *A history of economic reasoning*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1983, pp. 209-224.

con un «escepticismo constructivo». Políticamente Niebuhr era una rara especie de conservador-liberal, que quería la liberación de los siervos, pero estaba aterrorizado por las demandas agrarias de la revolución y, en general, por el ascenso de las capas populares, y que pensaba que la historia podía dar lecciones para prevenir posibles catástrofes sociales.[7]

El hombre a quien se considera habitualmente fundador del historicismo, y que sería el divulgador de los nuevos métodos «científicos» de la historia, es Leopold von Ranke (1795-1886). Procedente de una familia de pastores luteranos, publicó *Historias de los pueblos románicos y germánicos de 1494 a 1514* en 1824, cuando aún no tenía treinta años, y ganó con esta obra una reputación que le abriría las puertas de la universidad de Berlín, donde acudiría a combatir las ideas hegelianas. Este primer libro suyo contenía en apéndice una «Crítica a los historiadores modernos», dirigida contra la filosofía histórica de la Ilustración, que mostraba ya las grandes líneas de la cruzada metodológica que habría de mantener a lo largo de su vida. Sería, sin embargo, una frase del prólogo de este mismo libro la que crearía un equívoco que todavía dura. El joven historiador, haciendo un ejercicio de modestia, decía que aunque la historia tiene «la misión de juzgar el pasado y de instruir el presente en beneficio del porvenir», su libro no aspiraba a tanto, sino que se contentaba con «mostrar las cosas tal y como pasaron». Esta frase —«Er will bloss zeigen wie es eigentlich gewesen»— fue sacada de contexto injustificadamente e interpretada como una declaración metodológica, y sería desde entonces repetida con entusiasmo por los ejércitos de historiadores académicos que creyeron que legitimaba su incapacidad, moral o intelectual, de pensar por cuenta propia. El engaño ha llegado al extremo de presentar como uno de los grandes méritos de Ranke el haber, como dice Gooch, «divorciado el estudio del pasado, tanto como fuera posible, de las pasiones del presente para escribir las cosas tal y como fueron». Dejando a un lado que el propio Ranke repitió una y otra vez que la misión de la historia «no consiste tanto en reunir y recabar hechos como en entenderlos y explicarlos», su biografía y su obra —mucho más invocada que leída, salvo unos breves textos programáticos— desmienten el mito del «wie es eigentlich gewesen».[8]

7. Barthold C. Witte, *Barthold Georg Niebuhr. Una vida entre la política y la ciencia*, Barcelona, Alfa, 1987; Gooch, *History and historians in the nineteenth century*, pp. 1423; Rudolf Pfeiffer, *History of classical scholarship, 1300-1850*, Oxford, Clarendon Press, 1976; Arnaldo Momigliano, «Niebuhr and the agrarian problems of Rome», en *History and theory*, beiheft 21 (1982), pp. 3-15. Niebuhr participaría activamente en las grandes empresas de la erudición histórica de su tiempo, como el «Corpus inscriptionum graecarum» o el «Corpus scriptorum historiae byzantinae».

8. Gooch, *History and historians in the nineteenth century*, pp. 7297 (cita de pp. 96-97). Este capítulo ha sido publicado también, en versión en lengua castellana, en Leopold von Ranke, *Pueblos y estados en la historia moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979 (que es, en realidad, una antología sacada de diversas obras de Ranke). El tema del «wie es eigentlich gewesen» como muestra de modestia del joven Ranke y no como norma para los historiadores aparece todavía en un intercambio de cartas entre Fritz Stern y E. H. Gombrich en *New York review of books*, 24 febrero 2000, p. 49.

Ranke no fue precisamente un hombre que permaneciera al margen de la política. Después de la revolución de 1830 el gobierno prusiano quiso publicar una revista para combatir las ideas revolucionarias, la *Revista histórico-política*, que Ranke dirigiría y donde Savigny colaboró activamente. Se le ennobleció en 1865 y en este mismo año comenzó la publicación de sus obras completas en 54 volúmenes. Amigo de Federico Guillermo de Prusia y de Maximiliano de Baviera, vivió lo suficiente como para contemplar la universalización de su fama y ver a sus discípulos ocupando la mayor parte de las cátedras de historia de las universidades alemanas. Lo había merecido, gracias a una vida dedicada a combatir la revolución, a prevenir a la sociedad contra los males que había desencadenado la Ilustración y a sostener que la finalidad suprema de la historia era «la de abrir el camino a una política sana y acertada, disipando las sombras y los engaños que, en estos tiempos en los que vivimos, oscurecen y fascinan las mentes de los mejores hombres».[9] Nada que se parezca a «explicar las cosas tal y como sucedieron» y, mucho menos todavía, al «divorcio de las pasiones del presente». Ranke fue un funcionario ideológico del estado prusiano, útil, servicial y consciente del papel que le correspondía desempeñar.

Su visión de la historia tenía un fundamento teológico, donde Dios hacía de primer motor que articula las piezas de una sociedad disuelta en individuos y de un universo fragmentado en pueblos, y asumía la función que el progreso ejercía para los ilustrados. En los momentos decisivos de la historia —diría— aparece lo que solemos llamar «el destino» y que es, en realidad, «el dedo de Dios». Como le escribía en 1873 a su hijo Otto: «Sobre todo flota el orden divino de las cosas, muy difícil por cierto de demostrar, pero que siempre se puede intuir. Dentro de este orden divino, idéntico a la sucesión de los tiempos, ocupan su lugar los individuos importantes: así es como los ha de concebir el historiador». La actividad de los hombres se canaliza a través de las naciones, que son el componente fundamental de la sociedad: cada una de ellas es distinta y peculiar, de manera que las generalizaciones no sirven: «cada país tiene su propia política».[10]

Sus libros hablan siempre de los estados y de las relaciones que se establecen entre ellos por medio de la diplomacia y la guerra. Cuando estudia la monarquía española de los siglos XVI y XVII, por ejemplo, comienza con los retratos personales de los reyes, se ocupa de la corte y de los ministros, de la organización del gobierno y de la administración, de la hacienda y de «la situación pública», interpretada de manera convencional, con afirmaciones como que la pobreza de Castilla la causaban el catolicismo, la «concepción jerárquica del mundo» y el gusto de los españoles por «pasar la vida alegremente y

9. Ranke, *Pueblos y estados*, pp. 516-517. En este texto, que corresponde a su lección de toma de posesión de la cátedra de Berlín, en 1836, refiriéndose al golpe de La Granja, que acababa de producirse en España, lo califica de «inmenso infortunio». Condenaba por principio un atentado al orden establecido, ya que es difícil que tuviera idea de lo que realmente había sucedido.

10. Georg G. Iggers, *The German Conception of history*, Middletown, Wesleyan University Press, 1968, pp. 65-74. La carta de Ranke en *Pueblos y estados*, p. 525.

sin esfuerzo». Después de este análisis del estado, Ranke pasa a una segunda parte dedicada a la acción de la monarquía española en el mundo que, como era de prever, se limita a hablarnos de las guerras que la enfrentan a otros estados.[11]

De hecho Ranke no entiende las naciones más que en el seno de los estados: era contrario, dice Wolfgang J. Mommsen, a las ideas contemporáneas de nación, ya se basaran en criterios étnicos y culturales, ya en la voluntad de los ciudadanos. Pensaba que el acontecimiento más importante de su tiempo había sido «la renovación y el nuevo desarrollo de las nacionalidades» y su integración en el marco de los estados, que se apoyaban ahora en la conciencia de identidad nacional de sus súbditos, lo que exigía que se les educara con una clase de historia que no había de hablar de progreso, de modos de subsistencia o de lucha de clases, sino sólo de pueblos, en el sentido de colectividades humanas interclasistas fundamentadas en el sentimiento de la nacionalidad compartida.[12]

Ranke hablará siempre con reverencia del poder y con respeto de los dirigentes, atribuyendo sus actos a los motivos más elevados. El historiador preparaba así el camino hacia la sumisión absoluta de los ciudadanos al poder, sin discusiones ni críticas, ya que el estado encarna a la nación y ésta no hace otra cosa que seguir las pautas que ha fijado el dedo de Dios. Como dirá A. J. P. Taylor, estos hombres «veían el estado, fuera quien fuera el que lo rigiera, como parte del orden divino de las cosas, y creían tener el deber de asentir a este orden», de manera que acabaron justificando todos sus actos: «Ranke explicó la revocación del edicto de Nantes; sus sucesores explicaron las cámaras de gas».[13]

Los continuadores de Ranke se implicaron en la política de manera todavía más explícita que él, comprometiéndose en uno u otro campo. Mientras Droysen, Heinrich von Sybel o Mommsen estuvieron del lado del liberalismo, incluso después del amargo desengaño por el fracaso de 1848, otros, como Treitschke, no harían más que proseguir la obra de sacra ización del estado, identi icado con «el

11. Leopold von Ranke, *La monarquía española de los siglos XVI y XVII*, México, Leyenda, 1946 (cita de p. 208). Leonard Krieger, *Ranke. The meaning of history*, Chicago, Chicago University Press, 1977, pp. 107-115, nos dice que hay una gran distancia entre los pronunciamientos teóricos de Ranke y las obras que escribe.

12. Wolfgang J. Mommsen, «Le trasformazioni dell'idea di nazione nella scienza storica tedesca del XIX e XX secolo», en Gerloni, *Problemi e metodi della storiografia tedesca*, pp. 5-28. Ranke, *Pueblos y estados*, pp. 95, 89-93 y 520.

13. Meinecke, *Historism*, p. 500, y A. J. P. Taylor, «Ranke», en *Europe: grandeur and decline*, Harmondsworth, Penguin, 1969, p. 119. Mientras los historiadores han rechazado enfrentarse al problema de su complicidad con el nazismo —ya hablaremos de esta cuestión más adelante—, hay algunos estudios interesantes acerca de la forma en que el saber académico se acomodó, como James R. Dow y Hannjost Lixfeld, eds., *The nazification of an academic discipline. Folklore in the Third Reich*, Bloomington, Indiana Unviersity Press, 1994. Sobre la arqueología alemana, Alain Schnapp, «Archeologie, archeologues et nazisme», en M. Olender, ed., *Le racisme. Mythes et sciences*, Bruselas, Complexe, 1981, pp. 289-315. Un historiador académico de prestigio como Gunther Franz introducía planteamientos *volkisch* de clara filiación nazi al final de su estudio sobre las revueltas campesinas del siglo XVI (*Der deutsche Bauernkrieg*, Munich, Oldenbourg, 1933), que desaparecerían de las ediciones posteriores a 1945, sin que el resto del libro cambiase demasiado.

pueblo unido por la ley y considerado como una potencia independiente» que tiene el derecho de «hacer prevalecer por las armas su voluntad contra toda voluntad extranjera». La finalidad de las naciones-estado era la guerra: «La guerra no es sólo una necesidad práctica: es también una necesidad teórica, una exigencia de la lógica. El concepto de estado implica el concepto de guerra, ya que la esencia del estado es la potencia. El estado es el pueblo organizado en potencia soberana».

Johan Gustav Droysen (1808-1884), que había estudiado en Berlín con Hegel y con el filólogo August Boeck, publicó en 1833 una *Historia de Alejandro Magno*, primera parte de lo que habría de ser una *Historia del helenismo*. Implicado políticamente en el liberalismo moderado —fue miembro del Parlamento de Frankfurt en 1848— se orientó posteriormente hacia la historia de la política contemporánea y escribió una *Historia de la política prusiana* que se publicaría póstumamente, en 1886. La fama académica de Droysen se basa, sin embargo, en *Histórica. Sobre enciclopedia y metodología de la historia*, donde reunió sus cursos de metodología de la historia. Droysen estaba contra el positivismo que pretendía buscar causas «científicas» de los hechos y leyes «naturales» de la historia y anticipaba hasta cierto punto las posturas de Dilthey.[14]

También era discípulo de Ranke el suizo de lengua alemana Jacob Burckhardt (1818-1897), que había comenzado estudiando teología y que marcharía a Italia en 1846 para investigar su cultura y huir de la revolución (lo que más temía era «el paso de la historia a las manos de las masas»). Burckhardt escribiría un tipo de historia distinta, donde el gran protagonista no era ya el estado, sino que éste compartía el papel central con la religión y, sobre todo, con la cultura; una cultura definida como «el conjunto de los desarrollos espirituales que se producen espontáneamente y que no reivindican una validez coercitiva universal» y que era un elemento de crítica del estado y de la religión. Su obra fundamental, *La civilización del Renacimiento en Italia* (1860), iniciaba un planteamiento innovador de la historia de la cultura, que iba más allá de la mera descripción de los productos artísticos, o de la consideración del retorno a la antigüedad, para articular una nueva visión global que incluía aspectos tan diversos como el desarrollo de la individualidad personal, el descubrimiento de la belleza del paisaje o «el espíritu general de duda», pero que tenía como telón de fondo una visión pesimista del futuro.[15]

Theodor Mommsen (1817-1903) será el más famoso de los miembros de esta «escuela prusiana». Tenía un conocimiento excepcional de todas las técnicas auxiliares de la investigación histórica —en especial de la epigrafía, lo que le

14. Robert Southard, *Droysen and the Pussian school of history*, Lexington, The Univesity Press of Kentucky, 1995; Michael J. Maclean, «Johan Gustav Droysen and the development of historical hermeneutics», en *History and theory*, XXI (1982), n.º 3, pp, 347-365. Utilizo *Histórica* en la traducción publicada en Barcelona, Edicions 62, 1986, con un prólogo de Emilio Lledó.

15. Utilizo *La civilización del Renacimiento en Italia* en una edición inglesa (Londres, Phaidon, 1995). Las citas que se hacen son de Jacob Burckhardt, *Sullo studio della storia (Lezioni e conferenze, 1868-1873)*, Turin, Einaudi, 1998, pp. 72 y 169. Lionel Gossman, *Basel in the age of Burckhardt. A study of unseasonable ideas*, Chicago, University of Chicago Press, 2000; Egon Flaig, «Concezione della storia antica e ossessione politica in Jacob Burckhardt e Theodor Mommsen», en Gerloni, ed., *Problemi e metodi della storiografía tedesca*, pp. 143-173.

llevaría a dirigir el monumental *Corpus inscriptionum latinarum*—, de la filología y de la historia del derecho, y una capacidad excepcional de escritor, que explica que su obra maestra, la *Historia romana* —un libro escrito con la agilidad y la pasión de un relato de hechos contemporáneos—, le valiera el Premio Nobel de Literatura en 1902. Mommsen era un liberal: «un hombre de 1848 —dirá Nicolet—, profundamente marcado por la doble crisis política y nacional que conmovió a Alemania». Se sentía con vocación de político, pero se dedicaría a la historia porque la actividad política le estaba negada en una Alemania controlada desde arriba y tarada por abajo por un abyecto conformismo.[16]

Quien puede considerarse más en justicia como un continuador de Ranke, en lo tocante a dar un soporte incondicional al poder, es Heinrich von Treitschke (1834-1896), que Gooch presenta como «el más joven, el más grande y el último de los miembros de la escuela prusiana». Partidario de una política de conquistas por parte de Prusia, y considerado más un publicista político que un investigador —el propio Ranke no se mostró favorable a que fuera nombrado profesor en Berlín— se dedicó a escribir una ambiciosa *Historia de Alemania en el siglo XIX*, cuyos cinco volúmenes, publicados entre 1879 y 1894, no le permitieron llegar más que hasta 1847. La obra era una justificación de los actos políticos de Prusia y una glorificación de la grandeza de una Alemania destinada a convertirse en potencia dominante, en una línea de pensamiento que se manifestaría de acuerdo con sus lecciones universitarias, donde lanzaba «ataques sin medida contra Francia e Inglaterra, contra los socialistas, los judíos, el pacifismo y el gobierno parlamentario».[17]

Paradójicamente, estos hombres que se negaban a aceptar la existencia de leyes históricas generales por encima de las realidades nacionales, serían los creadores de unos métodos de investigación que se difundirían universalmente hasta ser admitidos como norma científica de la profesión, que los consideraría, sin fundamento alguno, como equivalentes en el campo de la historia a los métodos de investigación de las ciencias de la naturaleza.[18]

16. Sigo la introducción de Claude Nicolet a la edición de la *Histoire romaine* de París, Robert Laffont, 1985. Hay una traducción castellana publicada en Madrid por Turner en 1983 (8 volúmenes). Un interesante análisis de la *Historia de Roma* en el libro, ya citado, de Juan José Carreras, *Razón de historia*, pp. 15-39.

17. Gooch, que no parece entender que Droysen y Mommsen difícilmente pueden asociarse a Treitschke, consideraba la *Historia de Alemania en el siglo XIX* como «una de las obras históricas más grandes del siglo» (p.142). Claro que esto lo escribía en 1913. En la introducción del último volumen de la edición norteamericana —*Treitschke's history of Germany in the Nineteenth century*, Nueva York, Robert M. McBride, 1915-1919, 7 volúmenes—, que aparecía en Nueva York en 1919, William H. Dawson decía: «hoy todo el mundo puede ver que ha sido una calamidad para Alemania que el historiador que alentó a sus compatriotas en el menosprecio por los intereses y derechos de otros países (...) y en una disposición fatal para poner a Alemania «antes que cualquier otra cosa en el mundo», haya sido entronizado como una especie de héroe supremo nacional» (vol.VII, p. XI).

18. Burrow, *The crisis of reason*, p. 135. También Peter Novick, *That noble dream*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pp. 21-31. Frederick Jackson Turner sostenía que Ranke había aplicado a la historia «este estudio inductivo de los fenómenos que ha producido una revolución en nuestro conocimiento del mundo externo» (pp. 28-29).

El «método científico» difundido desde los seminarios universitarios alemanes fue asimilado por los historiadores de otros países que coincidían también con sus colegas prusianos en la preocupación por consolidar el consenso social en torno a unas libertades que no implicaban la conquista de la democracia, contra lo que habían creído las masas populares que habían dado apoyo a las revoluciones liberales. Porque, como decía Benjamin Constant, el gran teórico del liberalismo doctrinario, «nuestra constitución actual reconoce formalmente el principio de la soberanía del pueblo, es decir la supremacía de la voluntad general sobre toda voluntad particular». Pero añadía inmediatamente que era necesario definirla y limitarla, porque «cuando se establece que la soberanía del pueblo es ilimitada, se crea y se lanza al azar en la sociedad humana un grado de poder demasiado grande por sí mismo y que resulta ser un mal, se ponga en las manos de quien se ponga».[19]

Los historiadores liberales del siglo XIX defendían una idea de la organización del estado que negaba al conjunto de la población el derecho a participar en la política. Carlyle decía que el sufragio universal era «una forma diabólica de igualar a Judas y Jesucristo»; Odilon Barrot sostenía que era «el más peligroso y despótico absurdo que haya salido jamás de un cerebro humano». Los pobres no tenían tiempo para ocuparse de la política, ni disponían de los conocimientos necesarios para hacerlo. «Sólo la propiedad hace a los hombres capaces del ejercicio de los derechos políticos», decía Constant, y estaba pensando exclusivamente en la propiedad de la tierra.[20] Detrás de estos argumentos pretendidamente racionales había otro inconfeso: el miedo a que los ciudadanos sin propiedades, siendo como eran mayoría, usasen el derecho al voto, si se les concedía, para desposeer a los que las tenían. Macaulay diría que el sufragio universal era «incompatible con la existencia de la civilización», ya que «el populacho lo emplearía para desposeer a cualquiera que tuviera una buena chaqueta sobre los hombros y un buen techo sobre la cabeza».

En la Gran Bretaña de principios del siglo XIX, una época sin grandes historiadores, sería sobre todo la economía la que hiciera la función de explicar e inculcar las reglas de una sociedad estable. Es ésta una época en que Malthus, Ricardo y Stuart Mill codifican las verdades «eternas» de la economía, que la señorita Harriet Martineau —hija de un comerciante arruinado, sorda, fea y virtuosa— explicaría al gran público a través de novelitas sentimentales y educativas. Una época en que el radicalismo parece limitado a los versos de los poetas —de Blake a Shelley—, y a una literatura popular de crítica del capitalismo que no ha merecido la atención que se presta habitualmente a la cultura académica, incluyendo la de más bajo nivel.[21]

19. Benjamin Constant, «Principes de politique», en *Écrits politiques*, París, Gallimard, 1997, pp. 310-311.

20. *Id.*, p. 367.

21. La observación sobre la falta de grandes historiadores la hace R. W. Harris, *Romanticism and the Social Order, 1780-1830*, Londres, Blandford Press, 1969, p. 11. En lo que se refiere a la literatura popular alternativa, basta remitirse, entre otros, a los trabajos de E. P. Thompson y de I. Prothero.

El primero de los grandes historiadores británicos desde Gibbon fue Thomas Babbington Macaulay (1800-1859), que estaba más próximo a los historiadores escoceses del siglo XVIII que a los prusianos del XIX, pero que supo, como estos últimos, ayudar a reforzar el consenso social en tiempos difíciles. Se distinguió como político en la época en que se preparaba la reforma electoral de 1832, fue miembro del Consejo Supremo de la India y ministro de la Guerra en un gobierno *whig*, hasta que decidió renunciar a la carrera política para dedicarse plenamente a la historia y en 1849 publicó los dos primeros volúmenes de su *Historia de Inglaterra*, con un éxito extraordinario. Macaulay es uno de los máximos representantes de la llamada «interpretación *whig*» de la historia, que reconstruye el pasado para mostrarlo como un ascenso continuado hacia las formas de la libertad constitucional inglesa y explica las luchas políticas en términos de la situación parlamentaria en Gran Bretaña en el siglo XIX, esto es: en términos de reformistas *whigs* luchando contra *tories* defensores del *status quo*. Su visión del mundo, impregnada de la concepción del progreso de la escuela escocesa, inspiraba esta *Historia de Inglaterra*, de la cual publicó otros dos volúmenes en 1855, mientras que el quinto aparecería póstumamente, en 1861. Por más que su intención era ir de la revolución de 1688 a la reforma electoral de 1832, completando el ciclo «desde la revolución que trajo la armonía entre la corona y el parlamento a la revolución que trajo la armonía entre el parlamento y la nación», la lentitud con que se documentaba y con que corregía el texto dio lugar a que no llegara a escribir más que la parte correspondiente al período que va desde 1685 a 1702. El punto de partida era coherente con su intención de mostrar que el acuerdo establecido entre la monarquía y el parlamento en 1688 había permitido evitar los riesgos del radicalismo y construir un sistema político estable, condición del progreso británico: «Bajo los auspicios de alianza tan estrecha entre la libertad y el orden crecieron hasta tal punto la prosperidad, la riqueza y el bienestar, que no hay ejemplo de progreso parecido en los anales de la especie humana». Macaulay acababa la primera parte, escrita bajo el influjo de los hechos de 1848, con un canto a la estabilidad social británica en medio de una Europa sacudida por las revoluciones. Este defensor del liberalismo y de la industrialización, indiferente en materia religiosa, era un hombre de considerable cultura y un buen escritor que pudo ofrecer a la sociedad británica de mediados del siglo XIX el tipo de análisis del pasado que habría de confirmar su confianza en el camino emprendido.[22]

22. Sobre los historiadores «whigs» del siglo XIX, J. W. Burrow, *A Liheral descent. Victorian historians and the English past*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981. No es posible ocuparse aquí de otras figuras del grupo, como Stubbs, Freeman y Froude, ni de sus antagonistas, como Carlyle. Sobre éstos, Christopher Parker, *The English historical tradition since 1850*, Edimburgo, John Donald, 1990. La *Historia de Inglaterra* se ha utilizado en la traducción castellana que lleva los títulos de *Historia de la revolución de Inglaterra* (Madrid, Hernando, 1905-1908, 4 volúmenes) y *Historia del reinado de Guillerrno III*, (Madrid, Hernando, 1905-1913, 4 volúmenes). Sus *Critical and historical essays* en la edición de A. J. Grieve, Londres, Dent, 1916, 2 volúmenes (en II, p. 197 se puede ver, por ejemplo, la defensa que Macaulay hace de la industrialización). De su estilo, tal vez demasiado enfático, diría Lytton Strachey que era «uno de los productos más notables de la revolución industrial».

Desaparecido, con el fracaso del cartismo, el peligro de una revolución, el combate ideológico parece perder fuerza en Gran Bretaña. Entre Macaulay y lord Acton (1834-1902), que es ya un representante de la «ciencia histórica» a la alemana, el optimismo *whig* se ha evaporado y no queda más que el vacío —la ausencia de ideas elevada a virtud— que será característico de la historiografía académica británica de principios del siglo XX.

Acton había nacido en Nápoles de una familia católica, y seguiría siendo toda su vida un católico liberal; su padre, primer ministro del reino de las Dos Sicilias, murió cuando él tenía tres años y el segundo matrimonio de su madre con el que sería lord Granville le permitió acceder a los medios aristocráticos británicos, tener contacto con los políticos *whigs* y una amistad especial con Gladstone. Estudió en Alemania, ya que su condición de católico impedía que le aceptasen en Cambridge —al final de su vida, sin embargo, sería nombrado «Regius professor» de esta universidad—, y fue el introductor en Gran Bretaña de los nuevos métodos de la erudición germánica. Pese a que escribió poco, paralizado por un afán de perfeccionismo que procedía posiblemente de haber tomado al pie de la letra las exigencias del método prusiano, tuvo un papel decisivo en preparar lo que se quería que fuese un monumento de la «nueva historia científica», la *Cambridge Modern History*, una obra colectiva a cuyos colaboradores les planteaba Acton el siguiente programa: «Nuestro esquema pide que nada revele el país, la religión o el partido al que pertenecen los escritores. Esto es esencial, no solamente sobre la base de que la imparcialidad es la característica de la historia legítima, sino porque el trabajo lo realizarán hombres que se han reunido con el único objeto de aumentar el conocimiento exacto». La falacia académica de la imparcialidad se proclamaba así solemnemente. El pasado estaba en los documentos, esperando que los historiadores recogieran los hechos, los pulieran dándoles forma narrativa y los sirvieran al público. Acton murió sin llegar a ver el primer volumen de la historia de Cambridge, que no respondería a las grandes esperanzas depositadas en ella: «el plan estaba viciado por un enfoque positivista y atomizado de los temas, y las contribuciones eran de valor muy desigual».[23]

Cuando alguien ajeno al sacerdocio académico de los historiadores profesionales intentó discutir el consenso establecido, como lo haría Henry Thomas Buckle (1821-1862) con su inacabada *Historia de la civilización en Inglaterra*, un libro de filiación positivista que gustó a Darwin y a Stuart Mill, el estamento en pleno, con Acton al frente, se lanzó en su contra. Cuando este tipo de intento lo cometió un miembro de la misma profesión, como era James E.

23. La fuente esencial de este párrafo ha sido Roland Hill, *Lord Acton*, New Haven, Yale University Press, 2000 (una cita literal de pp. 396-397). El texto de la «Letter to contributors to the Cambridge Modern History», en *Essays in the liberal interpretation of history*, ed. por W. H. McNeill, Chicago, Chicago University Press, 1967, p. 397. De manera parecida se expresaba en su «Lección inaugural sobre el estudio de la historia» dada en Cambridge en 1895, al ser nombrado «Regius professor», donde decía que lo mejor era que la personalidad del historiador no se manifestara para nada en su obra (Lord Acton, *Lectures on modern history*, Londres, Collins, 1960 pp. 2627).

Thorold Rogers (1823-1890), profesor de economía en la universidad de Oxford, se le alejó durante muchos años de la enseñanza. Pero es que Rogers creía haber descubierto «que una gran parte de la economía política que circula usualmente bajo la fe de las autoridades de la ciencia no es más que un conjunto de logomaquias, sin relación alguna con los hechos de la vida social», y que los trabajadores hacían bien en desconfiar de ella, ya que los economistas solían pertenecer a las clases acomodadas y lo ignoraban casi todo del trabajo y de las condiciones de vida de los obreros. Nada puede resultar más revelador de los condicionamientos sociales asumidos por la ciencia académica que el hecho de que en Inglaterra no se publicase ningún libro de historia sobre la «revolución industrial» hasta 1884, cuando hacía más de medio siglo que el concepto era usado por franceses y alemanes —y que incluso entonces se aceptase esta denominación con muchas reticencias: los historiadores británicos no querían oír hablar de revoluciones ni en el terreno de la tecnología.[24]

Un proceso parecido de difusión de los métodos de la erudición alemana, asociada a una pretensión de objetividad que no era otra cosa que la mansa aceptación del orden establecido, y acompañada por la profesionalización de los historiadores, se dio en la Norteamérica de fines del siglo XIX. El manual de referencia de los historiadores norteamericanos era la *Introducción a los estudios históricos* de Langlois y Seignobos[25] y su pretensión de alcanzar la objetividad y la certeza se basaban en la confianza que les daban los métodos «científicos» usados, supuestamente similares a los de las ciencias naturales. Así consiguieron alcanzar una buena consideración profesional en una sociedad a cuya estabilidad contribuían prestando apoyo a un consenso conservador, nacionalista y racista.[26]

24. Sobre Buckle y su *Historia de la civilización en Inglaterra*, véanse los durísimos ataques que le dedicó Acton en *Essays in the liberal interpretation of history*. Hace unos años, G. A. Wells «The critics of Buckle», *Past and Present*, n.° 9 (abril 1956), pp. 7589 lo quiso reivindicar, demostró que algunos de los que lo atacaban, como Fueter, no le habían leído y sostuvo que la razón básica de los ataques que se le hicieron era su carácter contrario a la religión. Cuarenta y cinco años más tarde sigue sin que se le haya prestado atención. J. E. Thorold Rogers, que dejó la Iglesia para convertirse en profesor de economía en Londres y en Oxford, es autor de una gran *Historia de la agricultura y los precios*, publicada entre 1866 y 1887, que ha elogiado Henry Phelps Brown (H. P. Brown y S. V. Hopkins, *A Perspective on wages and prices*, Londres, Methuen, 1981, pp. XIII y ss.). Las citas que se hacen provienen de su libro *Sentido económico de la historia*, Madrid, la España Moderna, 1894, pp. 7-15.

25. Donde se divide el trabajo del historiador en unas operaciones analíticas, que consisten en la crítica externa, o de erudición, y la crítica interna, y unas operaciones sintéticas que empiezan con el agrupamiento de los hechos y permiten, mediante el razonamiento constructivo, la elaboración de la exposición final. En la conclusión se decía que la historia no era otra cosa que el aprovechamiento de los documentos y que su mérito principal era el de ser un instrumento de cultura intelectual, pero no una fuente de enseñanzas prácticas para guiarse en la vida. C. V. Langlois y E. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos*, Buenos Aires, La Pléyade, 1972 (citas de las pp. 235-236).

26. La fuente esencial de este párrafo es el gran libro, que ya hemos citado y que en adelante usaremos en más ocasiones, de Peter Novick, *That noble dream. The objectivity question and the American historical profession*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pp. 21-85.

Sólo una voz original se dejaría oír en este panorama norteamericano de finales de siglo: la de un historiador que iniciaría, solo y por su cuenta, el camino que después continuarían los «new historians» o historiadores progresistas. Frederick Jackson Turner (1861-1932) había escrito en 1891 en «El significado de la historia», enfrentándose a los «objetivistas» académicos, que la historia la volvía a escribir cada época de acuerdo con sus propias condiciones: el objeto real del historiador era el presente y su trabajo había de dirigirse a un público amplio. En 1893 Turner publicó un ensayo sobre «El significado de la frontera en la historia norteamericana» en el que negaba la teoría «germinal» que decía que la sociedad norteamericana había surgido en el este, de unas semillas culturales traídas de Europa por los inmigrantes ingleses, y sostenía, en cambio, que sus caracteres derivaban de la existencia, hacia el oeste del país, de una frontera de tierras libres —Turner no haría nunca mención de los indígenas que ya vivían previamente en ellas—, cuya conquista, que ponía al hombre en contacto con la naturaleza, había forjado el carácter específico de la democracia norteamericana. La frontera hizo posible que los inmigrantes se americanizasen rápidamente y engendró el carácter del pionero, independiente y autosuficiente, capaz de crear sus propias instituciones al margen del gobierno central. La frontera había sido también una «válvula de seguridad» para los conflictos sociales: los descontentos de la sociedad del este marchaban a conquistar tierras nuevas y construían en ellas una sociedad abierta y móvil que permitió el surgimiento de una democracia individualista. A fines del siglo XIX, sin embargo, la frontera del oeste estaba ya cerrada y la energía de la nación habría de buscar nuevos caminos y nuevas fronteras.[27]

En el caso de España la profesionalización de los historiadores y la introducción de los nuevos métodos científicos se produjo tardíamente, a fines del siglo XIX, bajo un control político encaminado a defender, desde la Academia de la Historia y desde la Universidad, una concepción «nacional» que era vista como una necesidad política por un estado español en crisis (pérdida de las colonias, surgimiento de los nacionalismos catalán y vasco, crisis social). El cambio metodológico llegaría así con un retraso de más de medio siglo respecto de Francia, Alemania o Inglaterra, y con menos consistencia. Los volúmenes aparecidos de una *Historia general de España* de la Academia de la Historia, dirigida por Antonio Cánovas del Castillo, que nunca se completaría, mostraban bien la distancia que existía entre esta historiografía oficial española y el nivel de la ciencia académica europea. Algunas personalidades aisla-

27. Turner fue hombre de escasa producción historiográfica: una sola monografía (*The rise of the new West, 1819-1829*, 1906) y dos colecciones de ensayos (*The frontier in American history*, 1920 y *The significance of sections in American history*, 1933, póstumo). Tuvo, sin embargo, una gran influencia. James R. Grossman, *The frontier in American culture*, Berkeley, University of California Press, 1994; Allen G. Bogue, *Frederick Jackson Turner: strange roads going down*, Norman, University of Oklahoma Press, 1998. Los textos fundamentales de Turner se pueden encontrar en F. J. Turner, *La frontera en la historia americana*, Madrid, Castilla, 1976. Sobre la teoría de la frontera véase el volumen compilado por Richard Hofstadter y Seymour Martin Lipset, *Turner and the sociology of the frontier*, Nueva York, Basic Books, 1968.

das, como Rafael Altamira, intentarían colmar el retraso y procurarían paliarlo traduciendo manuales de metodología como el de Langlois y Seignobos, o con la edición española de la *Historia del mundo en la edad moderna*, o sea la historia de Cambridge proyectada por Acton.[28]

En los países de cultura europea se podía sostener la ficción de la independencia del intelectual, ya que eran los historiadores académicos mismos quienes mantenían lejos de las filas de la «ciencia» a los posibles perturbadores de la profesión. En otras culturas la realidad de la dependencia de la historia respecto del poder se mostraba sin disfraces. En el Japón la compilación de la historia se consideraba una prerrogativa de las autoridades, que se preocuparon siempre de difundir una versión canónica. Si los Tokugawa tenían sus equipos de historiadores, la restauración Meiji, por más que permitiera un cierto grado de libertad académica, controlaba estrictamente los manuales de enseñanza que habrían de reforzar la devoción por la dinastía imperial. Incluso después de 1945, pese a haber eliminado elementos del pasado mítico, se quiso seguir controlando una enseñanza de la historia que tenía la función de mantener la adhesión al país y el patriotismo.[29]

A principio del siglo XX, sin embargo, en una sociedad cambiante, la crisis del historicismo era evidente, lo que explica que se iniciasen los intentos de superarlo en el terreno concreto de la investigación histórica, a la vez que permanecía arrinconado en el de la teoría económica, después de una «disputa del método» que llevó a reivindicar en la economía la primacía de la teoría contra el estudio aislado de casos puntuales que propugnaba la escuela histórica. Las corrientes de pensamiento que proponían en estos años la revisión de un historicismo que consideraban fracasado no se interesaban, sin embargo, por los problemas concretos de la investigación —un terreno en el que aceptaban de hecho los planteamientos tradicionales— sino solamente por su fundamentación filosófica.

En esta línea hallamos sobre todo el neokantismo de la escuela de Marburg, con Heinrich Rickert (1863-1936), que opinaba que la realidad empírica era múltiple e inabarcable en su totalidad. La forma en que las diversas ciencias se enfrentaban a ella era diferente. Las ciencias de la naturaleza lo hacen con un método «generalizador», que usa de los conceptos de ley, género y especie, con los cuales consiguen un conocimiento general de la realidad, mientras que el individuo, con todo lo que tiene de único e irrepetible, se les

28. Ignacio Peiró *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995 y «Valores patrióticos y conocimiento científico: la construcción histórica de España» en Carlos Forcadell, ed, *Nacionalismo e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998, pp. 29-51; Gonzalo Pasamar, «Los historiadores españoles y la reflexión historiográfica, 1880-1980», en *Hispania*, LVIII, n.º 198 (1998), pp. 13-48. Sobre las etapas más recientes, J. Andrés-Gallego, ed., *Historia de la historiografía española*, Madrid, Encuentro, 1999.

29. Francine Hérail, «Los japoneses y la revisión de la historia nacional», en Gilbert Gadoffre, ed., *Certidumbre e incertidumbres de la historia*, Santafé de Bogotá, Norma, 1997, pp. 125-136.

escapa. Esto es, en contrapartida, lo que recogen en su conceptualización las ciencias de la cultura, entre las cuales figura la historia, que incorporan además la noción de «valor», ausente de las ciencias de la naturaleza. La selección de los hechos con que el historiador construye la historia se hace en función de «valores» trascendentes, que están más allá del objeto y del sujeto. La historia se convierte así en una construcción mental erigida por el hombre, y la concepción de un progreso histórico es una trampa. «Sólo podemos calificar de progreso el desarrollo que lleva hacia una determinada formación, si ésta ha sido establecida *previamente* como valiosa en función de una escala de valores.»[30]

Pese a ser anterior en el tiempo a algunos neokantianos, Wilhelm Dilthey (1833-1911) influyó con retraso en la filosofía de la historia. Para Dilthey no son dos campos distintos lo que marca la diferencia entre las ciencias de la naturaleza y las del espíritu, sino el diferente comportamiento de estas ciencias. Lo que es físico, incluso en el hombre, es accesible al conocimiento científico-natural, mientras que lo que constituye el objeto de las ciencias del espíritu sólo puede ser «comprendido»; los estados humanos se viven, son manifestaciones de vida. A la vida, en toda su complejidad, sólo podemos acceder a través de nuestras propias experiencias de vida: de nuestras vivencias.[31]

Mientras se desarrollaba el conjunto de las nuevas tendencias que transformarían las ciencias sociales —el complejo integrado por marginalismo, funcionalismo y estructuralismo— los historiadores académicos se limitaban a seguir recogiendo «hechos históricos» y pegándolos uno detrás de otro, convencidos que lo que hacían no solamente era «científico» —pese a que fuera dentro de una ciencia de un rango inferior— sino que era la única forma lícita de trabajar en el campo de la historia.

30. I. S. Kon, *El idealismo filosófico y la crisis en el pensamiento histórico*, Buenos Aires, Platina, 1962, pp. 69-85. Las citas de Heinrich Rickert son de *Introducción a los problemas de la filosofía de la historia*, Buenos Aires, Nova, 1961, pp. 42-76 y 113. Sobre otros autores relacionados, como Simmel, Treltsch, etc., A. Waismann, *El historicismo contemporáneo*, Buenos Aires, Nova, 1960, y G. Iggers, *The German conception of history*.

31. W. Dilthey, *El mundo histórico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

9. EL AGOTAMIENTO DEL MODELO ACADÉMICO (1918-1939)

Desde comienzos del siglo XX empezaba a resultar visible en el terreno de la historia el agotamiento de los viejos métodos de la erudición académica profesionalizada del siglo XIX, con sus pretensiones de objetividad científica, que enmascaraban el hecho de que su función real era la de servir, por un lado, para la educación de las clases dominantes y, por otro, para la producción de una visión de la historia nacional que se pudiera difundir al conjunto de la población a través de la escuela. En las universidades británicas, por ejemplo, la enseñanza de la historia estaba pensada para reforzar el consenso entorno a los valores morales y sociales dominantes. La gran mayoría de los profesores compartían «un esquema interpretativo único, que se transmitía a los estudiantes como verdadero, adecuado y razonable», destinado a exaltar los valores de «la ciudadanía responsable». En Francia, en palabras de Paul Nizan, el maestro de escuela hacía, para la sociedad burguesa, la misma función que el cura había hecho para la feudal: «El prestigio local del maestro laico servía para propagar en las más pequeñas poblaciones una especie de enseñanza de estado de la moral oficial».[1]

Esta crisis se agravaría después de la Primera Guerra Mundial, en el período de 1918 a 1939, cuando el mundo cambió considerablemente y dejó desplazados a los profesionales de la historia que se habían formado convencidos de estar siguiendo los mismos caminos que el resto de los científicos en busca de una verdad objetiva, al servicio de una sociedad de fundamentos casi universalmente aceptados. Todo estaba cambiando. Lo hacía la ciencia, que seguía los caminos de Einstein, Bohr y Heisenberg y dejaba de ser una fuente de certezas inmutables. Y lo hacía también, y eso era aun mucho peor, la sociedad, donde aparecían nuevos problemas para los cuales los historiadores académicos parecían tener menos respuestas que los cultivadores de otras ramas de las ciencias sociales que regatearían ahora a la historia su utilidad como herramienta para analizar eficazmente la sociedad.

1. Reba N. Soffer, *Discipline and power. The university, history and the making of an English elite, 1870-1930*, Stanford, Stanford University Press, 1994 (cita de p. 210); Paul Nizan, *Por una nueva cultura*, México, Era, 1975 (cita de p. 98). Sobre la enseñanza de la historia en Francia, Pim den Boer, *History as a profession. The study of history in France, 1818-1914*, Princeton, Princeton University Press, 1998.

El problema no era ya el de la naturaleza de la historia como ciencia, que era lo que habían discutido hasta entonces los filósofos. Uno de los factores que había minado la relevancia del viejo saber académico, y que habría de obligar a su reforma, era la aparición de las masas en la vida colectiva. No era solamente el gran miedo lejano de la revolución rusa, sino el cambio de actitud de los hombres que, al volver de una guerra insensata y sangrienta, exigían su derecho a una sociedad mejor y más justa, como se les había prometido en los años de fraternidad de la lucha en las trincheras. Salvatore Quasimodo ha dicho que después de una guerra nada parece igual que antes. Los hombres que se han enfrentado con la muerte vuelven de las trincheras con una mente cambiada, que no acepta los viejos valores, y es necesario hablarles en un lenguaje nuevo. Un observador tan agudo como Keynes decía, a poco de acabarse la guerra, que el crecimiento capitalista se había basado hasta entonces en el engaño, pero que, una vez descubierto éste, «las clases trabajadoras puede que no quieran seguir más tiempo en esta amplia renuncia». Sin este trasfondo no se entendería la repercusión en el terreno de las ciencias sociales de la inquietud que se extendió por Europa en estos años: huelgas en Francia, huelga general inglesa, ocupaciones de fábricas en Italia, crecimiento del Partido Comunista en Alemania...[2]

Ortega y Gasset —que en 1922 había dado muestras de hasta qué punto el pánico puede producir la suspensión del sentido común, al sostener que el comunismo ruso sólo se entendía en relación con la religiosidad oriental y que para comprenderlo no se debía leer a Marx, sino los viejos libros sagrados de China, los Upanishads y las enseñanzas de Buda— expresaría en 1929 la inquietud del conservadurismo europeo en *La rebelión de las masas*. El gran problema en ese momento en Europa era el advenimiento de las masas al pleno dominio social: como «las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia, y menos regentar la sociedad», Europa estaba sufriendo la más grave de las crisis imaginables.[3]

La historiografía tradicional, que se ocupaba de los reyes y los dirigentes, y que sólo consideraba a las masas como un factor de perturbación que irrumpía súbitamente, y fugazmente, en la evolución «normal» de las sociedades, no tenía nada que decir sobre estas cuestiones. Buena parte de los representantes del orden establecido académico se encerraron en su torre de marfil, predicando la vieja moral, incapaces de encontrar respuestas adecuadas a los cambios que se estaban produciendo a su alrededor. Un historiador que estudiaba en Cambridge en los días de la huelga general inglesa nos ha dejado su recuerdo de

2. J. M. Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, 1987, p. 20; Salvatore Quasimodo, «Discorso sulla poesia», en *Per conoscere Quasimodo*, Verona, Arnoldo Mondadori, 1973, pp. 225-234.

3. José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Madrid, Revista de Occidente, 1943, p. 7; la opinión sobre el comunismo ruso aparece citada en Juan Avilés, *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles, 1917-1931*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, p. 200. Sobre el miedo a las masas véase también John Carey, *The intellectuals and the masses. Pride and prejudice among the literary intelligentsia, 1880-1939*, Londres, Faber and Faber, 1992.

unos jóvenes universitarios desconcertados, que se ofrecían a trabajar en los servicios en huelga o proclamaban que había que matar a todos los mineros.[4]

En esta situación se entienden mejor las críticas que la historia académica comenzaba a recibir desde otras disciplinas, como la sociología y la antropología, que habían iniciado a fines del siglo XIX su renovación: una reacción contra los «excesos» del evolucionismo —contra la idea de que los hechos sociales pudieran estudiarse a través de su génesis y su evolución—, con una propuesta para analizar globalmente la sociedad, considerada como un sistema dentro del cual era necesario examinar la función que ejercía cada uno de los objetos estudiados. Con ello se quería llegar a una imagen de la sociedad como un sistema en equilibrio estático, cuyas reglas podían estudiarse con el fin de saber cómo había que actuar para restablecerlo en los casos en que fuera perturbado.

En el campo de la sociología los grandes cambios procederían sobre todo de Durkheim (1858-1917), Tönnies (1855-1936) y Max Weber (1864-1920). Durkheim señalaba que la primera regla del método sociológico era la de «considerar los hechos sociales como cosas» que debían estudiarse al margen «de sus manifestaciones individuales», examinando la función que cada uno de ellos cumple en su propio medio. Tönnies, por su lado, se basó en la dicotomía entre «comunidad» y «asociación» o «sociedad» —*Gemeinschaft* y *Gesellschaft*— que serviría de modelo a todo un juego de otras dicotomías que se utilizarían para la interpretación de los fenómenos sociales —«tradicional» y «moderno», etc.[5]

Mayor sería, a la larga, la influencia de Max Weber, profesor de economía, liberal preocupado por encontrar en la política alemana una tercera vía entre el conservadurismo prusiano y el marxismo —asustado, como tantos otros, por los movimientos revolucionarios que se habían producido en Alemania en 1918—, quien, para enfrentarse a la crítica neokantiana que quería reducir las ciencias sociales al estudio de lo individual y lo concreto, definió el método de los «tipos ideales», conceptos que se construyen sintetizando rasgos que extraemos de la realidad con la finalidad de poderlos estudiar, y que presentaba no como un nuevo sistema de trabajo, sino como la práctica habitual e inconsciente de los científicos sociales, que él se había limitado a exponer explícitamente. Weber quiso resolver también el problema de la objetividad con el postulado de la «neutralidad ética» (*Wertfreiheit*) que debía llevar al científico social a separar su trabajo de investigación, que había de limitarse a los hechos establecidos científicamente, de los juicios de valor, que pertenecen a otro dominio. Pero si esta separación es relativamente factible en el nivel que corresponde a la formulación de afirmaciones concretas —al estudio de hechos pun-

4. Court, «Growing up in an age of anxiety», en *Scarcity and choice in history*, Londres, Edward Arnold, 1970, pp. 1-60 (cita de p. 16).

5. Steven Lukes, *Durkheim, su vida y su obra*, Madrid, CIS-Siglo XXI, 1984; las citas proceden de Durkheim *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires, La Pléyade, 1976 (pp. 40, 66, 111 y 130). De Ferdinand Tönnies se usa *Comunidad y asociación*, Barcelona, Edicions 62, 1984. Un análisis interesante de la historiografía de esta época en I. S. Kon, *El idealismo filosófico y la crisis en el pensamiento histórico*, Buenos Aires, Platina, 1962.

tuales—, no lo es cuando se trata de las perspectivas globales adoptadas por el historiador, donde la elección del punto de vista se ve claramente afectada por sus intereses y por su visión del mundo, con lo cual la pretendida «neutralidad» se convierte en una trampa. En lo que respecta a su contribución personal a la historia, en la obra de Weber encontramos, por un lado, unos trabajos sobre la antigüedad romana, fuertemente influidos por Mommsen, que no han recibido demasiada atención, y su estudio sobre el papel de la religión en el desarrollo económico en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, un libro de 1904-1905 al cual añadiría en 1920 una introducción en que definía el problema de que se ocupaba como el de dilucidar «las circunstancias» que explican «la aparición en Occidente, y sólo en Occidente, de unos fenómenos culturales situados en una línea de desarrollo (...) de significación y validez universal». Ninguna de estas obras, sin embargo —por más que *La ética protestante* haya dado lugar a una abundante bibliografía de comentarios, mayoritariamente críticos—, ha tenido una influencia real en la historiografía, donde el papel de Weber ha sido mucho menos el de guía para la investigación que el de proveedor de referencias metodológicas de cobertura, utilizadas de forma muy diversa. Porque si bien sirvió inicialmente de fundamento para planteamientos que se presentaban como opuestos al marxismo, en los años sesenta apareció, en contraste con la sociología funcionalista de Talcott Parsons, una «izquierda weberiana» que reivindicaba al pensador alemán como fundamento de una sociología histórica de izquierdas, mientras que Ernst Nolte ha utilizado el concepto de neutralidad ética como pretexto en su intento de desculpabilizar a Alemania de su pasado nazi.[6]

En el terreno de la antropología la ruptura con el evolucionismo data de 1896, cuando Franz Boas (1858-1942) atacó los métodos comparativos e inició los caminos de un neopositivismo sin generalizaciones, fuertemente influido por Dilthey y por los neokantianos, que recibiría el nombre de «particularismo histórico» y que estaba cercano al funcionalismo. Pero las influencias renovadoras parten también en este caso de Durkheim y de Marcel Mauss (1872-1950), inspiradores de los antropólogos británicos que sostenían la necesidad de considerar globalmente los sistemas sociales, concebidos como un conjunto de elementos funcionalmente interdependientes. Así E. R. Radcliffe-Brown (1881-1955), que decía que el presente no había de ser interpretado en términos de su génesis sino por su estructura y funciones, y Bronislaw Malinowski (1884-1942), que combatía explícitamente las influencias del evolucionismo, del difusionismo y de «la llamada concepción materialista de la historia», y pretendía centrarse en la visión

6. Marianne Weber, *Max Weber. Una biografía*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1995; John R. Love, *Antiquity and capitalism. Max Weber and the sociological foundations of Roman civilization*, Londres, Routledge, 1991; Norbert Wiley, ed., *The Marx-Weber debate*, Newbury Park, Sage, 1987; Chris Lorenz, «Historical knowledge and historical reality: a plea for "internal realism"», en *History and theory*, 33 (1994), n.º 3, pp. 297-327. De las obras de Weber: *L'Ètica protestant i l'esperit del capitalisme*, Barcelona, Edicions 62, 1984 (cita de p. 35); *Historia económica general* México, Fondo de Cultura Económica, 1983; *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.

del mundo de los indígenas, «el aliento de vida y realidad que respiran y por el que viven». En el terreno de la arqueología estos planteamientos favorecieron el paso del difusionismo, centrado en el estudio de elementos culturales aislados de cualquier contexto, a un funcionalismo claramente inspirado por la antropología, al menos hasta el salto hacia delante que representó Gordon Childe[7]. La influencia de la antropología se manifestó también en la economía, en la obra de Karl Polanyi y de sus discípulos, de la cual hablaremos más adelante.

Pero el ataque más sistemático a la ortodoxia académica de los historiadores procedió de los filósofos, que continuaban así la tarea iniciada a fines del siglo XIX por los neokantianos y por la «filosofía de la vida». La actitud más extrema en este terreno sería la del austro-británico Karl Popper que, confundiendo abusivamente la condición de ciencia con la capacidad de predecir, negaría a la historia todo valor científico, en un esfuerzo que tenía menos que ver con la epistemología que con sus preocupaciones políticas anticomunistas (que ayudan a explicar que realizase una brillante carrera en la Inglaterra de la guerra fría). En posiciones parecidas, pero más matizadas, estaban Carl Hempel y Patrick Gardiner que, si bien sostenían que la historia no cumplía la exigencia científica que indica que «la explicación de un fenómeno consiste en subsumirlo bajo leyes o bajo una teoría», admitían que las explicaciones de los historiadores usaban esquemas «con una indicación más o menos vaga de las leyes y condiciones iniciales que se consideran pertinentes». Frente a esta visión de unas «covering laws» o «leyes inclusivas» se situaba William Dray, quien decía que no había que hacer ni siquiera este tipo de concesión a una disciplina que no explica, sino que solamente describe. Mientras Arthur C. Danto afirmaba que este debate era puramente verbal y que la tarea de la historia, en última instancia, sería siempre la de explicar lo que pasó en su maravillosa variedad de detalles, sin tener que recurrir a ninguna ley general, lo que hacía evidentemente inútiles las «filosofías substantivas» de la historia.[8]

7. Marvin Harris, *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*, Madrid, Siglo XXI, 1978; Bruce Trigger, *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 230-270; Eric R. Wolf, «Pathways towards a global anthropology» en Sing C. Chew y Robert A. Denemark, *The underdevelopment of development*, Thousand Oaks, California, Sage, 1996, pp. 87-100.

8. Paul Arthur Schilp, ed., *The philosophy of Karl Popper*, La Salle, Open Court, 1974, 2 volúmenes, donde resulta especialmente interesante su autobiografía —I, pp. 3-181—, que nos permite entender la evolución de este judío que vivió las conmociones sociales de Viena a finales de la Primera Guerra Mundial. Para hacerse cargo de sus ideas basta, sin embargo, el catecismo de la secta: Karl Popper, *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza, 1973. C. G. Hempel y P. Oppenheim, «Problems of the concept of general law», en A. Danto y S. Morgenbesser, eds., *Philosophy of science*, Cleveland, Meridian Books, 1970; Patrick Gardiner, *The nature of historical explanation*, Oxford, Oxford University Press, 1952; William Dray, *Laws and explanations in history*, Oxford, Oxford University Press, 1957; Arthur C. Danto, *Analytical philosophy of history*, Cambridge, Cambridge University Press, 1965. Danto publicó después *After the end of art: contemporary art and the pale of history*, Princeton, Princeton University Press, 1997, que suscitó grandes discusiones, como puede verse en el «Theme Issue 37» de *History and theory* (1998) sobre «Danto and his critics».

La influencia de estos planteamientos filosóficos se dejaría sentir en algunos historiadores del período, si bien los más importantes de ellos, Croce y Collingwood, eran en realidad historiadores y filósofos a medias, aunque más relevantes en este terreno híbrido de su teorización, es decir como «filósofos de la historia», que en los de la filosofía o de la historia en concreto.

Benedetto Croce (1866-1952) había comenzado dentro del campo de influencia del marxismo, como discípulo de Labriola, pero lo abandonó muy pronto, ya que, como dijo Momigliano, «no tenía ninguna intención de subvertir un orden social al que debía su fortuna y, en consecuencia, la libertad para estudiar lo que le gustaba». En el momento crucial del ascenso de Mussolini votó en el senado a favor de darle plenos poderes, y mantuvo este apoyo incluso después del asesinato de Mateotti. Sólo se apartó de esta postura en 1925, para permanecer como cabeza visible de una especie de oposición liberal, no demasiado militante y tolerada por los fascistas. Partiendo de postulados neokantianos, y con alguna influencia del idealismo hegeliano, Croce elaboró su doctrina de un historicismo absoluto que identificaba filosofía e historia. De todas las modalidades posibles de la historia consideraba que la más elevada era la que designó como «historia ético-política»: la historia de la razón humana y de sus ideales, «resolviendo y unificando en ella tanto la historia de la civilización como la del estado». La base del juicio histórico era la exigencia práctica: por muy alejados que estuvieran los hechos que se estudian, su historia siempre será contemporánea, ya que la construimos en función de nuestras necesidades y de nuestros problemas actuales. «Los requisitos prácticos que laten bajo cada juicio histórico dan a toda la historia el carácter de «historia contemporánea», por remotos en el tiempo que puedan parecer los hechos que refiere: la historia, en realidad, está en relación con las necesidades actuales y con la situación presente en que vibran estos hechos». Con Croce nos hallamos en un terreno de experiencias vivenciales, sin causalidad y sin leyes. No hay ni siquiera tiempo, sino fluir. Ni tampoco hay historia, sino tantas historias como puntos de vista.[9]

Con Robin G. Collingwood (1889-1943), filósofo y arqueólogo «a tiempo parcial», especializado en el estudio de la Britannia romana, nos encontramos próximos a Croce, de quien era seguidor y amigo personal, pero con matices originales. En *La idea de la historia*, que en la parte que llegó a escribir se presenta como una historia de la historiografía acompañada de reflexiones sobre temas como «La imaginación histórica» o «Historia como «reactualización»

9. Las citas proceden de B. Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, Buenos Aires, Escuela, 1955, p. 278 y *La historia como hazaña de la libertad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 11. Giuseppe Galasso, «Croce storico», en *Croce, Gramsci e altri storici*, Milán, Il Sagglatore, 1978, pp. 185; León Dujovne, *El pensamiento histórico de Benedetto Croce*, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1968; A. Momigliano, «Reconsidering B. Croce (1866-1952)» , en *Essays in ancient and modern historiography*, Oxford, Basil Blackwell, 1977, pp. 345-363 (cita de p. 347). Las responsabilidades políticas de Croce las señala Ruggero Zangrandi, *Il lungo viaggio attraverso il fascismo*, Milán, Feltrinelli, 1962, pp. 340-345. Es necesario tener en cuenta, además, las muchas páginas que Gramsci le dedicó.

(«re-enactment») de experiencia pasada», ataca el concepto de una historia positivista según el modelo de las ciencias naturales, ya que la tarea propia del historiador es la de «penetrar en el pensamiento de los agentes cuyos actos está estudiando». La historia se parece a la ciencia por el hecho de que busca un conocimiento razonado, pero no se ocupa «de lo abstracto, sino de lo concreto; no de lo universal, sino de lo individual», y usa para hacerlo la «imaginación histórica», con la cual construye explicaciones a partir de los datos aislados. El pasado no es directamente observable, sino que «el historiador ha de revivir el pasado en su propia mente». Cuando lee unas palabras escritas —un documento o una crónica— «ha de descubrir lo que quería decir con aquellas palabras quien las escribió». Sólo puede haber conocimiento histórico de lo que «puede ser revivido en la mente del historiador». No basta, sin embargo, con la empatía que nos hace comparar experiencias del pasado con las nuestras, sino que necesitamos revivir el pensamiento en nosotros: «No puede haber historia de cualquier otra cosa que no sea pensamiento (...). El conocimiento histórico tiene como su objeto propio el pensamiento: no las cosas pensadas, sino el acto mismo de pensar». Es precisamente en esta cuestión del «re-enactment» donde Collingwood va más allá de Dilthey o de Croce, y habría podido suscitar reflexiones interesantes por parte de los historiadores, pero la verdad es que su libro, constantemente reeditado y frecuentemente citado en Inglaterra, suele ser menospreciado por los filósofos —su primera edición, aparecida póstumamente, fue de hecho mutilada por el filósofo a quien Collingwood había confiado la publicación— y pese a haber sido ampliamente leído por los historiadores, ha influido muy poco en su práctica.[10]

Hijas también del neokantismo y de la filosofía de la vida son las morfologías, que se basan en la idea de que lo que no puede alcanzarse en historia

10. R. G. Collingwood, *The idea of history*, Oxford , Oxford University Press, 1946 y 1993 (edición revisada). El libro de Collingwood se publicó después de su muerte a partir de manuscritos manipulados por Malcolm Knox, como explicó Jan van der Dussen, en la introducción a la edición revisada y en «Collingwoods "lost" manuscript of "The principles of history"», *History and theory*, 36 (1997), n.º 1, pp. 32-62. De ahí que en 1993 Van der Dusen hiciera una nueva edición revisada (que es la que uso, en una impresión de 1998, con citas de las pp. 228, 234, 282, 302, 304 y 305), que añadía, además, los textos de unas «Lectures on the philosophy of history» de 1926 y un «Outline of a philosophy of history» de 1928. David Boucher reunió sus *Essays in political philosophy* (Oxford, Clarendon Press, 1990). Sobre Collingwood hay abundante bibliografía, de la cual he usado Albert Shalom, *R.G.Collingwood, philosophe et historien*, París, PUF, 1967; J. van der Dussen, *History as a science. The philosophy of R.G. Collingwood*, Den Haag, M. Nijhoff, 1981 y William H. Dray, *History as re-enactement. R.G. Collingwood's Idea of history*, Oxford, Clarendon Press, 1995 (uso la reedición de 1999). También, Stefan Collini, «When the goose cackled. The discovery of history and the world beyond the walls: how Collingwood wrote his last works», en *Times Literary Supplement*, 27 agosto 1999, pp. 3-6 y Jonathan Rée, «Life after life», en *London Review of Books*, 20 enero 2000, pp. 9-11. Sobre la influencia del pensamiento de Collingwood en la arqueología, Ian Hodder, *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*, Barcelona, Crítica, 1988, pp. 113-126. David Bates, «Rediscovering Collingwood's spiritual history (In and out of context)», en *History and theory*, 35 (1996), n.º 1, pp. 29-55, relaciona la idea de «re-enactement» con una vertiente teológica del pensamiento del historiador. No parece una idea demasiado útil.

mediante la formulación de leyes, se puede obtener mediante la contemplación y la comparación, deduciendo a partir de ellas unas regularidades que sirven para fabricar pautas cíclicas que permiten entender el pasado e incluso predecir el futuro.

Oswald Spengler (1880-1936) publicó al fin de la Primera Guerra Mundial un libro espectacular que se hizo rápidamente famoso: *La decadencia de Occidente* (*Der Untergang des Abendlandes*). Era una obra que se nutría de las influencias ideológicas de unas corrientes irracionalistas autóctonas, como el Nietzsche del «eterno retorno» o el vitalismo de Dilthey, pero también de las de Wagner, de Haeckel o del Ibsen crítico de los valores burgueses. Spengler, que había fracasado en su intento por presentar una tesis doctoral y hacer carrera universitaria, y se tuvo que contentar con dedicarse a la enseñanza secundaria, acabó dejando este trabajo y se marchó a Munich en 1911 para dedicarse a escribir. El primer resultado fue este libro en que ofrecía una visión global de las ocho grandes civilizaciones mundiales de la historia para llegar a establecer las reglas que anunciaban la decadencia de la única cultura existente en su tiempo. Spengler distingue entre ciencia e historia, de acuerdo con la forma de aproximarse a su objeto. La ciencia usa leyes; la historia, la intuición. A la morfología de las ciencias de la naturaleza, que establece relaciones causales y descubre leyes, opone la morfología de la historia, que usa como métodos de trabajo «la contemplación, la comparación, la certeza interior inmediata, la justa imaginación de los sentidos». A fin de sobreponerse a los errores que engendra el espíritu de partido, la contemplación del historiador se dirige a un horizonte de milenios, desde un punto de vista estelar. Desde allí contempla la coexistencia y la continuidad de las culturas, cada una de las cuales es un fenómeno cerrado sobre sí mismo, peculiar e irrepetible, pero que muestra una evolución que nos es posible comparar morfológicamente con la de otras y nos da, con ello, la clave para comprender el presente. Este juego de comparaciones le permitía predecir el futuro y anunciar la inmediata crisis de «Occidente», que los nazis entendieron como un presagio del triunfo de su «nuevo orden» —de hecho su libro acababa anunciando «las últimas victorias del dinero» y la próxima llegada del cesarismo— si bien más adelante se cansaron de este profeta de desastres, demasiado conservador para sintonizar plenamente con el nazismo, que en 1933 decía que la civilización blanca estaba amenazada por dos grandes revoluciones hostiles, la lucha de clases y la lucha de razas, y anunciaba desastres inminentes para la raza blanca, si no se reavivaba «el espíritu guerrero, «prusiano», que será la potencia generadora de las nuevas fuerzas». No importa que, como diría Troeltsch, *La decadencia de Occidente* estuviera basada en bibliografía secundaria, y llena «de datos falsos, de afirmaciones fantásticas y de analogías equivocadas». Uno de los espectáculos más repetidos durante el siglo XX en el terreno de las ciencias sociales y de la cultura ha sido justamente el del éxito obtenido por recetas simplistas, fáciles de utilizar, que responden a las inquietudes del momento, pero que no deberían haber resistido un análisis crítico racional. Spengler, que escribía su libro en Munich en los tiempos de la crisis final del poder imperial

alemán —los tiempos de la derrota, la revolución y el nacimiento de la respuesta nazi—, ofrecía una visión culturalista de la historia que cualquiera podría manejar a fin de buscar respuestas a sus angustias. Arrebataba la historia a los profesionales —como diría Ortega y Gasset en el prólogo de la edición española: «No basta, pues, con la historia de los historiadores»— y la entregaba al hombre común para que pudiera hacer sus propias especulaciones y descubrimientos.[11]

Si Spengler fue el morfólogo de moda en el período entre las dos guerras mundiales, Arnold J. Toynbee (1889-1975), pese a haber comenzado a publicar anteriormente, lo fue después de la segunda, cuando se le llegó a considerar el historiador más grande del mundo y vio como su inmenso *Estudio de la historia*, que se leía sobre todo en compendios, era celebrado como «la obra más grande de historia que jamás se haya escrito». Hoy, en cambio, está justamente olvidado y se ha convertido él mismo en un objeto de estudio, que nos invita a averiguar cómo pudo producirse un engaño intelectual de tal magnitud.

Toynbee pertenecía a una familia que tuvo que hacer frente a una situación económica difícil, al volverse loco el padre del historiador, que permanecería treinta años encerrado en un manicomio. Se casó en 1913 con una mujer de una familia rica e influyente, de quien tuvo que recibir a menudo ayuda económica, y consiguió librarse de luchar en la Primera Guerra Mundial. Su carrera universitaria como especialista en el estudio de la historia antigua no fue muy duradera[12] y tuvo que ganarse la vida como director de estudios del Institute of International Affairs, donde publicaba anualmente un volumen de *Sumario de los asuntos internacionales*, en un trabajo que le dejaba los meses de verano libres para escribir, inspirándose en alguna medida en Spengler, el mastodóntico *Estudio de la historia*, que apareció en doce volúmenes entre 1934 y 1961 (mientras tanto su mujer, cansada de él y de su «insensata obra», se fugaba con un fraile dominico veinte años más joven que ella).

11. *La decadencia de Occidente (Bosquejo de una morfología de la historia universal)* se tradujo muy pronto al español (Madrid, Calpe, 1923-1927, 4 volúmenes; utilizo la reedición de Espasa Calpe 1998), con un prólogo de José Ortega y Gasset, que no demostraba demasiada sagacidad al comparar a Spengler con Einstein. Las citas de 1933 son de *Années decisives. L'Allemagne et le développement historique du monde*, que uso en la versión francesa de París, Mercure de France, 1934 (citas de pp.277 y 307-308). Spengler, por poner un solo ejemplo de sus obnubilaciones, interpreta la lucha de los mejicanos contra el emperador Maximiliano como una muestra de odio de un pueblo inferior contra la raza blanca (p. 293). A. Waismann, *El historicismo contemporáneo*, Buenos Aires, Nova, 1960, pp. 9-78; Hans Herzfeld, «Oswald Spengler y la decadencia de Occidente», en Richard Dietrich, ed., *Teoría e investigación históricas en la actualidad*, Madrid, Gredos, 1966; Arthur Herman, *The idea of decline in Western history*, Nueva York, Free Press, 1997, pp. 221-255. Sobre las ideas políticas de Spengler, Alastair Hamilton, *La ilusión del fascismo*, Barcelona, Caralt, 1973, pp. 133-141 y 180-181; Spengler encontraba a los nazis demasiado de izquierdas para su gusto.

12. Consiguió una cátedra de estudios bizantinos y griegos modernos financiada en Londres por ricos anglo-griegos y por el gobierno de Atenas, pero su menosprecio por los griegos de su tiempo y la condena pública de su actuación en Asia menor le obligaron a una involuntaria dimisión. (Richard Clogg, «Beware the Greeks. How Arnold Toynbee became a mishellene», en *Times literary supplement*, 17 marzo, 2000, p. 14.)

En su *magnum opus* —que ha sido descrito como «un inmenso poema teológico en prosa»— Toynbee mostraba todo el curso de la historia humana en una sucesión de veintinueve «sociedades» o «civilizaciones», que nacen como consecuencia de unos estímulos, de la necesidad de superar unos factores adversos que suscitan una respuesta por parte de los hombres que los experimentan, a menos que sean de tal dureza que frenen la respuesta o la aborten. Hay veintiuna civilizaciones plenamente realizadas, tres abortadas y cinco frenadas. Los protagonistas reales de estos procesos, sin embargo, no son las colectividades que están incluidas en estas civilizaciones, sino algunos individuos excepcionales y pequeñas minorías creadoras que hallan unos caminos que los otros seguirán por mimesis o imitación. El individuo creador se retira del mundo para recibir su iluminación personal y vuelve para enseñar a los otros (san Pablo, Buda, Mahoma, Dante, Maquiavelo, etc.). Cuando las sociedades se estancan, las minorías dejan de ser creadoras para convertirse en dominantes, y pierden la adhesión colectiva. Necesitan entonces reemplazar la persuasión por la coerción y los antiguos discípulos se convierten en un proletariado refractario. Contra el imperio universal consolidado por la minoría dominante, el proletariado interno crea una iglesia universal. Los pueblos vecinos, que mientras subsistía el impulso creador sentían su influencia, se vuelven hostiles. Así se prepara, desde dentro y desde fuera, el hundimiento del imperio y se crean las condiciones que harán nacer una nueva sociedad.

Este esquema simplista no sólo ha podido reducirse a un compendio, sino incluso a unas tablas esquemáticas donde se representan las veintinueve civilizaciones y se identifican los momentos que corresponden a cada fase y a cada elemento de su ciclo —imperio universal, iglesia universal, proletariado interno, etc. Con este mecanismo la investigación histórica se hace prácticamente innecesaria, más allá del esfuerzo de identificación que se necesita para situar cada momento del pasado, o del presente, en el cajoncillo correspondiente.

Su construcción misma llevaría a Toynbee a buscar la solución de los problemas del mundo actual en el establecimiento de un nuevo imperio universal que durante unos años pensó que podía tener a Hitler como nuevo Augusto. Después de la Segunda Guerra Mundial, con los norteamericanos asumiendo el liderazgo del «mundo libre», Toynbee conseguiría un gran éxito en Norteamérica (un hecho harto paradójico, ya que personalmente menospreciaba a los «bárbaros» norteamericanos). En los Estados Unidos su obra, difundida en un compendio de un solo volumen —una síntesis hecha por David Somervell de la que se vendieron 130.000 ejemplares en el primer año—, se convertiría en el evangelio que anunciaba la nueva era y que le proporcionó una fama que sirvió para alimentar su progresiva megalomanía. Hasta que los propios norteamericanos se cansaron de escuchar la misma canción, que no había sabido transformar para adaptarla a los tiempos de la guerra fría.[13]

13. Se acostumbra a decir que el *Estudio de la historia* consta de diez volúmenes, pero la verdad es que el autor fue añadiendo recapitulaciones y reconsideraciones. El último volumen de la traducción castellana que tengo a la vista es la segunda parte del volumen XIV (Buenos Aires,

Por más que Spengler y Toynbee sean autores que ningún historiador se toma hoy en serio, su influencia no ha desaparecido en algunos círculos de la sociología histórica, como en el grupo de sociólogos y politólogos «civilizacionistas» que se limitan a recuperar el modelo de las viejas morfologías y no parecen tener otra preocupación que la de construir grandes esquemas para interpretar el pasado y hacer previsiones de futuro, sin molestarse en investigar la realidad del presente.[14]

Sin embargo, la visión de la ciencia histórica del período de entreguerras que podemos obtener desde la perspectiva de la filosofía de la historia, que nos muestra una disciplina desconcertada y en decadencia, no corresponde a la realidad. Los filósofos podían negar la validez científica de la historia, pero no influían con ello más que en una pequeña minoría de historiadores. Los políticos necesitaban que se escribiese, por un lado, un tipo de «historia nacional» que justificase sus planteamientos y reivindicaciones: algo que resultaba de especial importancia en una Europa que, después de la Primera Guerra Mundial, había visto grandes cambios de fronteras que habrían de ir acompañados por el reforzamiento de las conciencias de las nuevas naciones. También necesitaban, por otro lado, que se redactaran libros de texto que ayudasen a enseñar en la escuela los valores sociales preconizados por los gobernantes. Este segundo problema era de orden general, pero resultaría especialmente urgente en los países dominados por el fascismo.

En Alemania la derrota en la Primera Guerra Mundial suscitó por parte de las autoridades de Weimar un intento de renovar la enseñanza de la historia, eliminando de él el ultranacionalismo conservador de la etapa imperial. Muy pocos historiadores académicos, y pocos docentes, dieron apoyo a esta postura, de manera que la enseñanza de la historia se mantuvo en lo esencial sin modificaciones, con el añadido de introducir en los manuales escolares la versión de los militares vencidos que sostenía que el ejército alemán no había sido derrotado en el campo de batalla, sino como consecuencia de «la puñalada por la espalda» de la subversión interior. «De la guerra los estudiantes alemanes han de retener que se ha perdido, no por causa de los generales, eri-

Emecé, 1966). El compendio ha sido publicado en tres volúmenes como *Estudio de la historia* (Madrid, Alianza, 1970), y lleva al final un «sumario general» (III, pp. 325-392), con una tablas y un cuadro sinóptico de civilizaciones. William McNeill publicó una biografía —*Arnold Toynbee: A life*, Oxford, Oxford University Press, 1989— que dio lugar a una sangrienta reseña de H. R. Trevor-Roper («The Prophet», en *New York Review of Books*, 12 octubre 1989, pp. 28-34), de la cual me he servido, igual que de la de Peter Clarke, «When the pistol goes off», en *London Review of Books*, 17 agosto 1989, pp. 11-12. Véase también Herman, *The idea of decline*, pp. 256-292. Omitiremos hablar de figuras menores de las morfologías como Crane Brinton, personaje de simpatías fascistas, y autor de una «anatomía de la revolución», etc.

14. Stephen K. Sanderson, ed.: *Civilizations and world systems*, Walnut Creek, Altamira, 1995. El grupo está asociado a una *International Society for the Comparative Study of Civilizations*, que publica *Comparative Civilizations Review* como órgano de expresión. En el volumen que utilizo abundan las citas de Spengler y Toynbee, y David Wilkinson, profesor de Ciencia política en UCLA, rehace el esquema de Toynbee con su lista de catorce civilizaciones de la historia que termina hoy con «una única civilización global» (pp. 46-74).

gidos bien al contrario en héroes, sino por los políticos, los demócratas y los socialistas». Al mismo tiempo comenzaba a aparecer un nuevo grupo de historiadores, sociólogos y folkloristas que proponían una «Volksgechichte» que reconstruía la vida cotidiana del pueblo común, pero de un «pueblo» entendido en términos de «raza», que estaba destinado a substituir el concepto de «nación».[15]

El mundo académico alemán fue incapaz de asociarse a las transformaciones culturales de la época de Weimar, que hicieron de Berlín la capital de las vanguardias mundiales, porque escogió reflejar el pesimismo de la derrota del viejo orden prusiano, del cual saldría una obra como la de Spengler, pero que inspiraba también la brillante evocación de la cultura del final de la edad media que escribió un holandés educado en Alemania, Johan Huizinga (1872-1945). *El otoño de la edad media* enlazaba arte, literatura, religiosidad y formas de vida, a la manera de Burckhardt, en un cuadro bien estructurado, que correspondía a su visión de la complejidad de unos hechos históricos que dependían «de una multitud casi siempre desconocida de condiciones biológicas y psicológicas», perturbadas además por otras circunstancias independientes de ellas, que llevan al historiador a resumir todo este complejo en «una interpretación que trabaja continuamente con cien mil incógnitas, grandes complejos sin solución, no en virtud del experimento y del cálculo, sino por su experiencia de la vida y su conocimiento personal de los hombres».[16]

En contraste con las reticencias que estos hombres manifestaron ante la cultura y la política de Weimar hay que situar la buena acogida que dieron al régimen nazi. De los historiadores se ha podido decir que «se mostraron especialmente dispuestos a ofrecer su apoyo» al Führer, al Tercer Reich, a la revolución nacionalsocialista y a los planes de conquista de Europa, no tanto por oportunismo como por convicción. Fueron muchos los que se sumaron a una visión racista y «völkisch» de la historia y no dudaron en implicarse en el estudio de la «cuestión judía». Un medievalista de prestigio internacional como

15. George G. Iggers, «Nationalism and historiography, 1789-1996. The German example in historical perspective», en Stefan Berger, Mark Donovan y Kevin Passmore, eds., *Writing national histories. Western Europe since 1800*, Londres, Routledge, 1999, pp. 15-29; Pierre Jardin, «La légende du coup de poignard dans les manuels scolaires allemands des années 1920», en Jean Jacques Becker, *et al.*, *Guerre et cultures, 1914-1918*, París, Armand Colin, 1994, pp. 266-277 (cita de p. 277). Sobre la relación entre estudios folklóricos y racismo en los años anteriores al nazismo, Hermann Bausinger, «Nazi folk ideology and folk reserach», en James R.Dow y Hannjost Lixfeld, *The nazification of an academic discipline. Folklore in the Third Reich*, Bloomington, Indiana University Press, 1994, pp. 11-33: en 1926, por ejemplo, se fundaba una revista con el título «Volk und Rasse».

16. J. Huizinga, *El otoño de la edad media*, Madrid, Revista de Occidente, 1930, 2 volúmenes. La cita metodológica procede de J. Huizinga, *Sobre el estado actual de la ciencia histórica*, Madrid, Revista de Occidente, 1934 (cita de pp. 55-56), que reproduce cuatro lecciones dadas en los cursos de verano de Santander. Para una valoración actual de Huizinga, que en la Segunda Guerra Mundial luchó con la resistencia holandesa y fue encarcelado por los alemanes, véase la reseña de la nueva versión inglesa completa de *El otoño* que hizo Alexander Murray en la *London review of books*, 19 de marzo de 1998, pp. 24-25.

Percy Ernst Schramm (1894-1970) se mantuvo hasta el fin al lado de Hitler y en 1963 publicó una visión elogiosa y humana del Führer, olvidando por completo la vertiente criminal del nazismo. Se salvaron de la ignominia general buena parte de los judíos, obligados a dejar el país como consecuencia de las leyes raciales, como Hajo Hollborn, Felix Gilbert o Hans Baron, que prosiguieron una carrera brillante en Norteamérica. Hay aún casos más complejos, como el de Ernst Hartwig Kantorowicz, que acabó dejando Alemania por el hecho de ser de origen judío, pese a que se sentía muy cercano ideológicamente al régimen nazi.[17]

En Italia el fascismo contó al principio con la tolerancia de dos historiadores de tanto prestigio como eran Benedetto Croce y Gioacchino Volpe. Y si bien Croce, como hemos dicho, se apartó de él tempranamente, Volpe, que durante unos años se limitó a la actividad académica, y que patrocinó a discípulos de tanta categoría como Cantimori o Chabod, escribió en 1932 para la *Enciclopedia Italiana* un largo artículo de historia del fascismo que en 1934 se reeditó como libro y se convirtió en la historia oficial del partido.[18]

En Gran Bretaña predominaría en los años de entreguerras mundiales un academicismo ensimismado cuya figura más representativa sería sir Lewis Namier (1888-1960), un judío polaco nacionalizado (se llamaba realmente Ludwik Bernsztajn vel Niemirowski), historiador de la política que sólo llegó a completar obras menores. Era de un escepticismo conservador, desconfiado ante las ideas e inclinado a escudriñar los motivos personales de los individuos, lo que se vio agudizado a consecuencia de su interés por el psicoanálisis. A su lado otras figuras menores como John H. Clapham (1873-1946), un historiador de la economía que menospreciaba la teoría y se interesaba por la pura y simple cuantificación. Pero el inmovilismo de las universidades tradicionales sería contrarrestado en este caso por el dinamismo innovador de los creadores de las nuevas tendencias de historia económica y social, de las que hablaremos más adelante.[19]

Una coexistencia semejante de inmovilismo académico e inicio de las nuevas tendencias reformadoras se daría en Francia en los años entre las dos guerras mundiales: la época en que Henri Berr llevó adelante el gran proyecto innovador de «L'évolution de l'humanité», de la fundación de *Annales*, de la que hablaremos también después, y de la influencia ejercida por el gran historiador belga Henri Pirenne. Pese a su importancia política, los grupos de extrema

17. Sobre Schramm y Kantorowicz, Norman F. Cantor, *Inventing the middle ages*, Nueva York, William Morrow, 1991, pp. 79-117. El caso de Kantorowicz—que había sido miembro de los «cuerpos libres» que perseguían y asesinaban a revolucionarios— ha sido estudiado por Alain Boureau, *Histoires d'un historien. Kantorowicz*, París, Gallimard, 1990.

18. Martin Clark, «Gioacchino Volpe and fascist historiography in Italy» en Berger *et al.*, eds., *Writing national histories*, pp. 189-201.

19. Linda Colley, *Namier*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1989; Christopher Parker, *The English historical tradition since 1850*, Edimburgo, John Donald, 1990, pp. 140-146; véanse también las visiones que de Namier y otros historiadores británicos de este tiempo da A. L. Rowse en *Historians I have known*, Londres, Duckworth, 1995.

derecha no hallarian aqui, a diferencia de lo que había sucedido en Italia y Alemania, intérpretes de sus programas en el mundo académico y habrían de recurrir a aficionados de dudosa competencia como Jacques Bainville o Pierre Gaxotte.[20]

En contraposición a este agotamiento académico estaban los historiadores que, pensando que su trabajo habia de servir para entender ese mundo nuevo en el que vivían, se percataban de que no les servia el tipo de historia que se ocupaba sólo de los reyes, los ministros y los generales: sólo de las clases dirigentes. De ahí su preocupación por escribir una nueva «historia económica y social» que se ocupase de aquello que afectaba a las vidas de todos (y de ahí también que entonces se empiece a descubrir a las mujeres como sujeto activo de la historia). Merece la pena, por ello, estudiarlos por separado, porque si bien coincidieron en el tiempo de su trabajo con los historiadores de los que hemos estado hablando, sus objetivos y sus perspectivas de futuro eran muy distintos.

20. De Berr y de los *Annales* se habla en un capitulo posterior. Sobre la historia de extrema derecha, Bertram M. Gordon, «Right-wing historiographical models in France, 1918-45», en Berger *et al.*, eds, *Writing national histories*, pp. 163-175.

10. LA HISTORIA ECONÓMICA Y SOCIAL

Al hablar de historia económica y social, en términos generales, nos referimos al conjunto de respuestas que se dieron a la insatisfacción por el viejo modelo de historia limitado a la actividad política, y de manera tangencial a la «alta cultura», que se ocupaba sobre todo de la actuación de las minorías dirigentes. Estas respuestas tenían en común la voluntad de integrar en el relato los datos referidos a la actividad económica —al trabajo, la subsistencia, la producción y los intercambios— y el propósito de ocuparse del conjunto de la sociedad. Sin embargo, más allá de los elementos comunes que compartían, estas corrientes siguieron cursos distintos según los países y las escuelas.[1]

En Gran Bretaña existía una tradición progresista ligada al movimiento fabiano, que inspiró la obra histórica de autores como Sidney y Beatrice Webb, que escribieron una historia del sindicalismo británico y un gran trabajo sobre *El gobierno local inglés*, como los Hammond, que estudiaron la historia de los trabajadores en tres volúmenes dedicados, respectivamente, al trabajador rural, al urbano y al especializado, o como G. D. H. Cole, que publicó una historia de la gente corriente, *The common people*. Incluso desde una tradición liberal un hombre como G. M. Trevelyan (1876-1962) escribió una *Historia social de Inglaterra*, en cuya introducción dice que es necesario hacer una historia de la vida cotidiana de los hombres del pasado, lo que para él incluía las relaciones humanas y económicas de las diversas clases entre sí, el carácter de la familia y de la vida en el hogar, las condiciones del trabajo y del ocio, la actitud del hombre ante la naturaleza y «la cultura de cada edad tal como nació de estas condiciones generales de vida y tomó formas constantemente cambiantes en la religión, la literatura y la música, la arquitectura, el saber y el pensamiento».[2]

La línea de transformación más importante sería la que se concretó en los años veinte como resultado del impulso renovador dado desde la London School

1. Lo que queremos seguir aquí, no es la evolución de la historia económica, que tiene una tradición de cultivo académico anterior, ligada en Alemania a la escuela histórica de economía. Nos limitaremos, además, a considerar tan sólo tres países comparativamente: Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos. Para el caso de Italia, por ejemplo, hay un excelente estudio de Luigi de Rosa, *L'avventura della storia economica in Italia*, Roma, Laterza, 1990.

2. Sobre la historia social y sus orígenes, Julián Casanova, *La historia social y los historiadores*, Barcelona, Crítica, 1991. Una buena visión de conjunto de la historia social británica se puede obtener de los dos volúmenes de *Essays in social history* (Oxford, 1974 y 1986). Sobre los

of Economics, donde Eileen Power (1889-1940) enseñaba historia económica y trabajaba en asociación con R. H. Tawney (1880-1962), que se ocupaba también de los cursos para los trabajadores de la «Workers Educational Association» y que escribió una visión anti-weberiana de *La religión y el ascenso del capitalismo* (1926).

El tipo de estudio de la historia que propugnaba Tawney, un «socialista cristiano», estaba inspirado por las incertidumbres de unos tiempos de crisis y por una voluntad de reforma social: «Si la sociedad ha de controlar su destino, la razón ha de dominar al azar y una dirección consciente ha de liberar la vida humana de la tiranía de la naturaleza y de las locuras del hombre, la primera condición es una percepción adecuada de los materiales que hay que manejar y de las fuerzas que han de domarse. El historiador sirve, en su humilde nivel, para esta finalidad nada despreciable. Su objeto es entender el mundo a su alrededor, un mundo cuyos componentes culturales y cuyos movimientos dinámicos han recibido su impronta y dirección de condiciones que la experiencia de una sola vida humana no alcanza a interpretar». Para esta tarea de entender el presente y controlar las fuerzas que dan forma al futuro se precisaba el tipo de ciencia de la sociedad que se quería alcanzar a través de la historia económica.[3]

Otros, sin embargo, recurrirían a la historia económica y social movidos por la misma inquietud, pero con una finalidad muy distinta, como M. I. Rostovtzeff (1870-1952), que había emigrado de Rusia en 1918 y que en 1926 publicó una valiosa *Historia social y económica del Imperio romano*, marcada por unas dudas que tienen su origen en el miedo a la revolución. Rostovtzeff analizaba el ascenso y la ruina del imperio en términos de las alianzas y los enfrentamientos de clase —«influido por el choque de la revolución rusa, ha dicho Momigliano, creyó haber descubierto el secreto de la decadencia de Roma en el conflicto entre burguesía y campesinos»— y acababa su obra

Hammond se pueden ver las introducciones a los tres volúmenes sobre los trabajadores en la traducción española de Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1987. La cita de G. M. Trevelyan es de *English social history*, introducción (cito por la edición de Penguin, 1964). Es injusto que de esta introducción sólo se acostumbre a retener la desafortunada frase que dice que «se podría definir negativamente la historia social como la historia de un pueblo con la política fuera», que no se entiende fuera de contexto. Hay una biografía de Trevelyan de David Canandine (1992).

3. Sobre este periodo véase John Kenyon, *The history men. The historical profession in England since the Renaissance*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1983 (sobre Namier, pp. 251-269; sobre Tawney, pp. 235-250); A. L. Rowse, *Historians I have known*, Londres, Duckworth, 1995; sobre Clapham, W.H.B. Court, *Scarcity and choice in history*, Londres, Edward Arnold, 1970, pp. 141-150; Stefan Collini, *English pasts. Essays in history and culture*, Oxford, Oxford Unviersity Press, 1999; Maxine Berg, *A woman in history. Eileen Power, 1889-1940*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996. Se ha escrito mucho sobre Tawney —por ejemplo Raphael Samuel, «Religion and politics: The legacy of R.H.Tawney», en *Island stories: Unravelling Britain (Theatres of memory, volume II)*, Londres, Verso, 1998, pp. 233-255—, pero la mejor manera de aproximarse a su visión de la historia es utilizar el volumen R. H. Tawney, *History and society*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1978, con una excelente introducción de J. M. Winter. La cita que se hace es de «The study of economic history», en *History and society*, pp. 54-55.

diciendo que «la evolución del mundo antiguo es para nosotros una lección y un aviso». «Nuestra civilización —añadía— no perdurará sino a condición de no ser la civilización de una sola clase, sino la civilización de las masas». Una afirmación que parecía llevarle al terreno en que se situaban, en estos mismos años, Eileen Power o Tawney, pero que tenía un sentido muy distinto, como demuestran las palabras finales de su libro: «Pero la última interrogación se alza como un fantasma siempre presente y contra el cual no sirve ningún exorcismo: ¿Es posible extender a las clases inferiores una civilización superior sin degradar su contenido y diluir su calidad hasta hacerla desaparecer por completo? ¿No está condenada toda civilización a decaer justo cuando empiece a penetrar entre las masas?». En 1941 publicó una segunda obra de ambición parecida, su *Historia social y económica del mundo helenístico*, donde muestra los factores internos que debilitaron las sociedades helenísticas y facilitaron la dominación romana y recapitula todo el proceso como «otro melancólico ejemplo en la historia de la humanidad de la antinomia de fuerzas creativas y destructivas en un mismo gran pueblo».[4]

Es también éste el momento de la fundación de la Economic History Society (1926), que comenzaría a publicar de inmediato la *Economic history review*. De todos estos estímulos nacería una profunda renovación de la historia económica y social que estaría en el origen de la eclosión, después de la Segunda Guerra Mundial, del grupo de los llamados historiadores marxistas británicos, que, en su preocupación por hacer un análisis crítico del capitalismo, trataron de convertir esta historia social en una historia de la sociedad, para formularlo en los términos que emplea Eric Hobsbawm. La importancia de sus aportaciones justifica, sin embargo, que hablemos de ellos por separado.[5]

En el caso de Francia existía también en el origen una tradición avanzada, la de la «historia socialista» inspirada por Jean Jaurès (1859-1914), profesor de filosofía y buen conocedor del pensamiento alemán, que había llegado al socialismo desde el republicanismo burgués: un luchador por la paz, asesinado en 1914 por un fanático de extrema derecha (que sería absuelto por los jueces franceses y que encontraría la muerte en Ibiza durante la guerra civil española). Jaurés se enfrentó a los presuntos herederos de Marx y combatió su economicismo primario. En 1894 pronunciaba en París una conferencia sobre *Idealismo y materialismo en la concepción de la historia* donde sostenía que, si bien las fuerzas económicas son el motor del cambio histórico, la dirección en que éste se mueve viene determinada por la aspiración perdurable del hombre a la justicia, que es lo que explica que exista progreso en términos que no

4. M. I. Rostovtzeff, *Historia social y económica del imperio romano*, Madrid, Espasa Calpe, 1998, II, p. 1125; *Social and economic history of the Hellenistic world*, Oxford, Clarendon Press, 1941 (cito por la reimpresión de 1998), II, pp. 1311-1312. Arnaldo Momigliano, «M. I. Rostovtzeff» en *Problèmes d'historiographie ancienne et moderne*, París, Gallimard, 1983, pp. 424-439 (cita de p. 435).

5. T. C. Barker, «The beginnings of the Economic history society», en *Economic history review*, XXX (1977), n.º 1, pp. 1-19; E. J. Hobsbawm, «De la historia social a la historia de la sociedad», en *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 84-104.

pueden reducirse solamente al crecimiento económico. La respuesta «ortodoxa» a estas ideas la daría Paul Lafargue en una réplica pronunciada alrededor de enero del 1895, en la línea de un economicismo elemental: «Somos comunistas porque estamos convencidos de que las fuerzas económicas de la producción capitalista llevan fatalmente a la sociedad hacia el comunismo», lo que, paradójicamente, acababa conduciéndole a posiciones tranquilizadoramente reformistas, acordes con las que adoptaría la socialdemocracia alemana a principios del siglo XX (si las fuerzas de la historia iban a resolver el problema fatalmente, ¿para qué preocuparse de hacer la revolución?).

En el terreno de la práctica historiográfica el pensamiento de Jaurès se manifiesta en su *Historia socialista de la revolución francesa* (1901-1904), una obra excepcional, que analiza el trasfondo económico de la revolución y lo relaciona con los enfrentamientos de clase con una finura que no se encontrará en muchos años en la historiografía «marxista» ortodoxa. Como diría Labrousse: «Jaurès ha sido el primer historiador social de la revolución francesa a la manera de nuestra época».[6]

Socialista, como Jaurès, era François Simiand (1873-1935), economista y sociólogo que dedicó una especial atención a los problemas metodológicos, y combatió la historia positivista —«l'histoire historisante»— de Seignobos. Su conferencia de 1903, «Método histórico y ciencia social», fue un auténtico manifiesto contra la historia «événementielle», preocupada tan sólo por los acontecimientos puntuales, a la cual contraponía un estudio que tuviera en cuenta las causas «sociales» de estos acontecimientos.[7]

En esta misma línea seguiría Ernest Labrousse (1895-1988), discípulo de Aulard y de Aftalion. De una familia de artesanos de tradición republicana, Labrousse fue un hombre comprometido políticamente: trabajó en la redacción de *l'Humanité*, fue primero socialista y después miembro del Partido Comunista, que abandonó en 1925; reingresó en el partido socialista en 1938 y militó en él durante la resistencia. Leyó primero una tesis de historia económica en la facultad de Derecho, *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII^e siècle* (1933), seguida, en 1944, por su obra más importante, presentada como tesis en la facultad de Letras, *La crise de l'éco-*

6. He usado *Idéalisme et matérialisme dans la conception de l'histoire* y la réplica de Lafargue en una edición sin año, de hacia 1895, publicada en Lille, Imp. Ouv. P. Lagrange (las citas de Lafargue de pp. 444-445). Hay una traducción española de estos dos textos, Juan Jaurés (*sic*) y Pablo Lafargue, *El concepto de la historia. Controversia*, Barcelona, Presa, s.a. Sobre la actividad política de Jaurés, Joan Wallach Scott, *The Glassworkers of Carmaux*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1974. También la compilación presentada por Vincent Auriol, *Jean Jaurés*, París, PUF, 1962 (en pp. 149-175, «Jaurés historien», por Jacques Godechot). Madeleine Rebérioux, «Jean Jaurès y el marxismo», en A. Zanardo, ed., *Historia del marxismo contemporáneo. I: La socialdemocracia y la II^a Internacional*, Barcelona, Avance, 1976, pp. 435-470. Uso la *Histoire socialiste de la Révolution française* en la edición revisada y anotada por Albert Soboul, París, Editions Sociales, 1969-1986 (7 vols.), con una introducción de Ernest Labrousse, «Le socialisme et la Révolution française», en I, pp. 9-34.

7. Fraçois Simiand, *Méthode historique et sciences sociales*, choix et présentation de Marina Cedronio, París, Editions des Archives Contemporaines, 1987.

Prehistoria de Annales

nomie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution. Con ella Labrousse no solamente iluminaba la génesis de la Revolución, sino que proponía un método para pasar de los datos económicos de que teníamos evidencia cuantitativa serial —sobre todo los de los precios y de la producción— al análisis de las repercusiones que tenían las fluctuaciones económicas, a través de las rentas y de los salarios, sobre las diversas clases de la sociedad.[8]

Una preocupación parecida por establecer los fundamentos que permitieran escribir una historia que ayudase a entender los problemas de los hombres de su tiempo inspiró a los promotores de una nueva revista de historia. El 15 de enero de 1929 comenzaba a publicarse en París *Annales d'histoire économique et sociale*, dirigida por Lucien Febvre (1878-1956) y Marc Bloch (1886-1944), dos profesores de la Universidad de Estrasburgo —donde los dos se sentían como exiliados, de modo que lucharon incansablemente para trasladarse a París. Los principios que los editores de la revista exponían iban en la línea de potenciar el campo de la historia económica y social, de abrirse a las otras ciencias sociales y de romper los compartimentos especializados de los historiadores que trabajaban en períodos o temáticas concretos.[9]

De hecho *Annales* recogía el legado de todo un conjunto de tendencias de las ciencias sociales francesas, como la geografía humana de Vidal de la Bla-

8. Uso el *Esquisse* de Labrousse en la reimpresión de París, Editions des archives contemporaines, 1989, 2 vols. y *La crise de l'économie française* en la edición de Paris, Presses Universitaires de France, 1990, con un prefacio de Jean-Claude Perrot (hay una traducción parcial española de las dos obras, con el título de *Fluctuaciones económicas e historia social*, Madrid, Tecnos, 1962). En lo que respecta a sus ideas metodológicas, véase lo que dice en *Histoire économique et sociale de la France*, París, PUF, 1970, II, pp. XIII-XV y 693-740. Sobre Labrousse, el prefacio de Pierre Vilar y la extensa introducción de Marina Cedronio en E. Labrousse, *Come nascono le rivoluzioni*, Turín, Bollati Boringhieri, 1989; Pierre Goubert, *Un parcours d'historien. Souvenirs 1915-1995*, París, Fayard, 1996, pp. 134-142; una entrevista de Christophe Charle de 1980 (que uso en la versión italiana de *Passato e presente*, 7 —1985—, pp. 87-109, con un añadido de Michelle Perrot sobre Labrousse como enseñante). Una polémica sobre sus interpretaciones en *Annales historiques de la Révolution Française*, 1996, n.° 1, pp. 77-112, con un ataque de Morineau y réplica de Guy Lemarchand.

9. Esta parte se basa sobre todo en mi lectura continuada de *Annales* desde hace unos cuarenta y cinco años, en el conocimiento de la obra historiográfica de la escuela y en conversaciones con algunos de sus viejos miembros. Mucho menos, en cambio, en una abundante literatura mitificadora que incluye libros como los de Hans Dieter Mann, *Lucien Febvre, la pensée vivante d'un historien*, París, A. Colin, 1971; M. Cedronio, F. Díaz y C. Russo, *Storiografia francese di ieri e di oggi*, Nápoles, Guida, 1977; Traian Stoianovich, *French historical method. The Annales paradigm*, Ithaca, Cornell University Press, 1976; Luciano Allegra e Angelo Torre, *La nascita della storia sociale in Francia, dalla Comune alle «Annales»*, Turín, Fondazione Luigi Einaudi, 1977; Krzysztof Pomian, «L'heure des Annales», en Pierre Nora, ed., *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1997 (la edición original es de 1984-1992), I, pp. 903-952; François Dosse, *La historia en migajas. De Annales a la nueva historia*, Valencia, Ed. Alfons el Magnánim, 1988; Peter Burke, *The French historical revolution. The Annales school*, Cambridge, Polity, 1990; Carlos Antonio Aguirre Rojas, *La escuela de los Annales. Ayer, hoy, mañana*, [Barcelona], Montesinos, 1999, etc. Sobre Marc Bloch, en concreto, se han usado Carol Fink, *Marc Bloch: a life in history*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989 y Olivier Dumoulin, *Marc Bloch*, París, Presses de Sciences Po, 2000.

che, la sociología de Durkheim y, en el terreno específico de la historia, el de Henri Berr (1863-1954), de su *Revue de synthèse* y de la colección *L'évolution de l'humanité*, sin olvidar el del historiador belga Henri Pirenne (1862-1935), de quien Febvre reseñaba entusiasmado *Les villes du moyen âge, essai d'histoire économique et sociale* (1927), que anticipaba las ideas que el propio Pirenne formuló en su última obra, *Mahomet et Charlemagne* (1937).

La influencia de la geografía será muy importante en Febvre, como lo muestra el hecho de que dos de sus libros estén dedicados a temas relacionados con ella —*La tèrre et l'evolution humaine* y *Le Rhin. Histoire , mythes et réalités*— y también en Bloch, pero de otra forma, ya que su estudio de la historia rural francesa se ocupa más de las relaciones entre los hombres que de las que se establecen entre éstos y el medio.[10] La otra influencia decisiva en ambos historiadores sería la de un Henri Berr a quien Febvre atribuía el mérito de haber sido quien «a partir de 1900 introduce en la ciudad de Clio el caballo de Troya del cual todos hemos salido, historiadores innovadores de Francia e incluso de otros lados».[11] También sería importante la sintonía de estos dos hombres con la evolución mundial de las corrientes historiográficas, y muy en especial con el tipo de historia que se hacía en Alemania.

10. *La terre et l'évolution humaine*, uno de los libros fundamentales de Febvre, se publicó en 1922 en la colección que dirigía Berr. También es «geográfico» *Le Rhin*, publicado en 1931 y rehecho en 1935, del que tenemos ahora una reedición (París, Perrin, 1997) con un extenso estudio preliminar de Peter Schöttler. En lo que se refiere a *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, de Bloch, un libro aparecido en Oslo en 1931, al que se añadió póstumamente un volumen complementario formado con trabajos y notas que Bloch había publicado en años posteriores, es conveniente utilizar la traducción castellana —*La historia rural francesa*, Barcelona, Crítica, 1978—, que integra los materiales de una y otra parte. Otro volumen de trabajos de historia agrícola ha sido publicado con el título de *La terre et le paysan. Agriculture et vie rurales aux 17e et 18e siècles*, París, Armand Colin, 1999. Una valoración de las relaciones en la escuela de Annales entre geografía e historia se encuentra en el prólogo de Pierre Flatrès en la reedición de Roger Dion: *Essai sur la formation du paysage rural français*, París, Flammarion, 1991. La integración de geografía e historia fue muy importante en la obra de algunos de los discípulos de primera generación, como Pierre Vilar y Fernand Braudel (una de sus últimas obras es, justamente, el volumen sobre «el espacio y la historia» de *L'identité de la France*, París, Arthaud, 1986), pero acabó siendo puramente formal en buena parte de sus continuadores —limitada a extensos antecedentes geográficos descriptivos, que después no se integraban en la investigación— y se ha podido hablar hace poco del envejecimiento actual de esta línea (Philip Hoffman, en *Agricultural history* [California], 64 —1990—, n.º 4, p. 117). Sin embargo conviene señalar que hay en la actualidad en Francia una «nueva historia agrícola» mucho más innovadora.

11. Sin la influencia de Henri Berr sería difícil explicar a Lucien Febvre. De Berr proceden las ideas de apertura del campo a las otras ciencias sociales, de acuerdo con su concepción de la existencia de una sola «ciencia de la historia» que se configura con la aportación de diferentes disciplinas, etc. Sobre todo esto véase Agnès Biard, Dominique Bourel et Eric Brian, eds., *Henri Berr et la culture du XXe siècle*, París, Albin Michel, 1997 (con un trabajo específico de Bertrand Müller sobre «Lucien Febvre et Henri Berr: de la synthèse à l'histoire-problème», pp. 39-59), y Lucien Febvre, *De la «Revue de synthèse» aux «Annales». Lettres à Henri Berr, 1911-1954*, ed. de Gilles Candar y Jacqueline Pluet-Despatin, París, Fayard, 1997. Cita de la p. 581, de una carta de 1947, donde Febvre añade que es Berr quien ha señalado la diferencia entre «l'histoire-historisante, l'histoire-récit» y «l'histoire profonde».

Conviene combatir, en cambio, los mitos, alimentados por el propio Febvre, que pretenden presentarlos como personas al margen del sistema establecido, que tuvieron que librar un combate heroico contra la ortodoxia dominante. Lejos de ello, los fundadores de la revista eran dos jóvenes profesores que habían hecho, y seguirían haciendo, carrera bajo la protección de los grandes patrones que dominaban la enseñanza.[12]

Pese a lo que se ha dicho acerca de las tendencias que influían sobre la revista, los criterios metodológicos de *Annales* eran inicialmente bastante imprecisos. Los propios directores tenían discrepancias entre sí. Febvre se quejaba a Albert Thomas de que no era la clase de revista «viva» que él hubiera querido, y atribuía, al menos en parte, la culpa a Bloch: «mi codirector es muy historiador y muy erudito». A él le interesaba más la historia cultural y religiosa que la de la economía, que era el terreno que Bloch exploraba con más seriedad. Inicialmente la revista no tuvo mucho éxito. Habían conseguido de 300 a 350 subscriptores, cuando necesitaban 800 para sobrevivir, lo que explica que su tirada, que había comenzado siendo de 2.500 ejemplares en 1929, bajase hasta 1.000 en 1933.[13]

Los dos codirectores triunfarían personalmente al conseguir su traslado a París —Febvre al Collège de France y Bloch, como profesor de historia económica, a la Sorbona— en unos años en que publicaron sus grandes libros[14] y establecieron su reputación; pero la revista no tenía el empuje que habían esperado. Febvre se quejaba a Bloch en 1938 de que era aburrida, que había perdido influencia y que era de un «conformismo académico de centro-izquierda», mientras que Bloch reivindicaba su seriedad. Durante dos años, de 1939 a 1941, modificaría su nombre —*Annales d'histoire sociale*—, mientras las discrepancias entre los intereses intelectuales de sus dos fundadores se hacían cada vez más evidentes, hasta culminar en la reseña de *La société féodale* que Febvre publicaría en 1941, que ha sido calificada como «de una perfidia disimulada», donde reprochaba a Bloch su sociologismo abstracto —su

12. Véase la desmitificación que hace Gerard Noiriel en *Sur la crise de l'histoire*, Paris, Belin, 1996, pp. 261-286.

13. El mejor relato de la fundación e inicios de la revista es el que aparece en la introducción de Bertrand Müller a Marc Bloch, Lucien Febvre, *Correspondance*, I, 1928-1933, Paris, Fayard, 1994, pp. XXI-LV. En una carta de 1934 a Henri Berr Febvre dice «habiendo aceptado estar junto a Marc Bloch en la dirección de los *Annales*, la idea y la fórmula de los cuales eran mías...» (Febvre, *De la Revue de synthèse*, p. 508). Sobre las discrepancias entre Bloch y Febvre, Dumoulin, *Marc Bloch*, pp. 94, 152-158 y *passim*.

14. Marc Bloch, que había publicado ya *Les rois thaumaturges* (1924) y *Les caractères originaux de la société rurale française* (1931), culminaría ahora su obra con *La société féodale* (1939-1940); la obra de Febvre, que había publicado en 1912 el único trabajo que puede considerarse realmente de investigación histórica, *Philippe II et la Franche Comté*, seguiría siendo ensayística y de combate, sin demasiada aportación erudita: *La Terre et l'evolution humaine* (1922), *Le Rhin. problèmes d'histoire et d'économie* (1930-35), *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle: la religion de Rabelais* (1943). Los discípulos la aumentarían póstumamente con la publicación de sus cursos como *Michelet et la Renaissance*, (París, Flammarion, 1992), *Honneur et patrie*, (Paris, Perrin, 1996), *L'Europe. Genèse d'une civilisation* (Paris, Perrin, 1999).

preocupación por analizar los grupos sociales— y el hecho que «el individuo haya estado ausente casi del todo».[15]

La crisis se produciría, sin embargo, por causas externas y de manera harto dramática, después de la «extraña derrota» de Francia por los alemanes, cuando los dos directores se hallaban separados —Bloch, víctima de la persecución de los judíos, sobrevivía difícilmente en la Francia no ocupada, donde en 1940 escribió *L'étrange défaite*—,[16] mientras Febvre permanecía en París. Que en estas condiciones Febvre optase por continuar publicando la revista bajo la ocupación alemana, primero con el mismo nombre que llevaba desde 1939, pero figurando él como único director —el judío Bloch no habría sido aceptado por la censura—, y después con el nombre de *Mélanges d'histoire sociale* (1942-1944) y sin mención de director, se comprende que provocara el rechazo y el malestar de Bloch, al cual su compañero criticaba esta actitud negativa como «una deserción» que daría una victoria más al enemigo. Bloch acabó aceptándolo, e incluso publicó en ella con el pseudónimo de Fougères, mientras, después de haber fracasado en sus intentos por trasladarse con su familia a los Estados Unidos, escribía lo que habría de convertirse en su *Apologie pour l'histoire*, a la vez que se unía a la resistencia. Como consecuencia de esta actividad sería detenido, torturado y asesinado por los alemanes en Lyon el 16 de junio del 1944.[17]

Lo que hemos explicado hasta ahora es, sin embargo, la «prehistoria» de *Annales*, su mito fundacional. Si *Annales* hubiera acabado su trayectoria en 1944 su lugar en este libro no habría pasado de una modesta nota a pie de página. La historia real de la escuela comienza en la postguerra con el ascenso personal de Febvre, convertido en un personaje clave de la cultura oficial, que interviene «en todos los comités y las comisiones de la vida científica francesa», en la UNESCO, etc. En 1946 se reemprende la publicación de la revista, con Febvre como único director y rebautizada *Annales. Economies, Societés, Civilisations*, una denominación que se mantendrá hasta 1993. El hecho más

15. La aparición del nuevo título se debe a un conflicto con la empresa editorial Armand Colin (véase en Febvre, *De la Revue de synthèse*, p. 560, nota de los editores). Fink, *Marc Bloch: a life in history*, pp.142-165. Sobre la reseña de *La société féodale* por Febvre, Dumoulin, *Marc Bloch*, pp. 16 y 40.

16. Utilizo la edición de *L'étrange défaite* de Paris, Gallimard, 1990, donde se compilan también los escritos de clandestinidad y el testamento de Bloch, que tanto dicen sobre su calidad humana.

17. Fink, *Marc Bloch*, pp. 260-323; para entender en profundidad lo que ha pasado entre Febvre y Bloch será necesario esperar a la publicación de la parte de la correspondencia de estos años. Philippe Burrin, *La France à l'heure allemande, 1940-1944*, Paris, Seuil, 1995, pp. 322-328, acusó a Febvre de colaboracionismo. El tema ha sido discutido: Georges Duby, Pierre Goubert y Ruggiero Romano, por ejemplo, lo defienden de esta acusación. Tal vez sea necesario hablar más de acomodación que de colaboración (véase, sobre esto, Dumoulin, *Marc Bloch*, pp. 41-43). En todo caso, las cartas a Berr, que muestran a Febvre, en 1942, preocupado sobre todo por las reseñas que se puedan hacer de su libro sobre la religión de Rabelais (Febvre, *De la Revue de syntèse*, p. 563) no dan muy buena impresión. Hubo, además, un volumen con el título de *Annales d'histoire sociale* que corresponde a 1945.

importante para el futuro de la escuela se produce en 1947, cuando Febvre y el comité de dirección al completo de *Annales* se instalan en la VI sección de la *Ecole Pratique des Hautes Etudes*, creada con la ayuda de la Fundación Rockfeller (y transformada en 1975 en *Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales*), con la ayuda de Charles Morazé y de Fernand Braudel, que sirven de puente hacia las fundaciones norteamericanas que les proporcionan financiación. Los hombres de *Annales* hallarán aquí su territorio natural de enseñanza y de proyección. En el curso de 1948 dan clase en la *Ecole* Febvre, Morazé, Labrousse, Braudel, Leroi-Gourhan, Lefebvre, Lévi-Strauss, etc. Con los años se sumarán a ellos Raymond Aron, Barthes, Bourdieu, Derrida, Le Goff, Le Roy Ladurie, Taton, Pierre Vilar, etc.[18]

En estos años la escuela de *Annales* define sus principios a través de la publicación de los dos textos canónicos que son *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, un manuscrito incompleto que Marc Bloch había elaborado en los años de la guerra y que aparecerá en 1949 en una «edición» preparada por Lucien Febvre —un texto mal comprendido entonces, ya que se lo confunde con un manual de método—,[19] y la compilación de ensayos de Febvre que se publica en 1953 con el título de *Combats pour l'histoire*.[20] Dos textos que han cautivado a los lectores de más de una generación por sus méritos literarios —por frases como aquella en que Bloch afirma que «el buen historiador se parece al ogro de la leyenda; allí donde huele la carne humana sabe que es donde se encuentra su presa»—, o por la exaltación lírica de algunos de los ensayos de los *Combates*, como «Vivir la historia», una conferencia de 1941 en que Febvre ha hecho la definición más completa de sus propuestas.

Unas propuestas que comienzan por la condena de la erudición estéril y de una historia estrictamente política que establece los «hechos históricos» valiéndose de textos. Y que hacen, en contraposición a esta negación, tres afir-

18. Jacques Revel et Nathan Wachtel, eds., *Une école pour les sciences sociales. De la VI^e section a l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales*, París, Cerf, 1996 (Bernard Lepetit: «Les Annales. Portrait de groupe avec revue», pp. 31-48 y Jacques Revel, «L'histoire sociale», pp. 49-72). Duby añade que «si existió alguna vez una "escuela de *Annales*" fue gracias a Lucien Febvre. Era necesario un encuadre y un aparato. Bloch, por carácter, no estaba dispuesto a construirlo. Lucien Febvre lo construyó» (Georges Duby, *L'histoire continue*, París, Odile Jacob, 1991, p. 116).

19. Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, París, Armand Colin, 1949. Posteriormente Massimo Mastrogregori analizó la historia del manuscrito de Bloch en *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998. La obra, que Duby trataba con considerable menosprecio en 1974, como un texto envejecido y lleno «de escorias» (Dumoulin, *Marc Bolch*, p. 23) ha sido objeto de una «Edición crítica preparada por Etienne Bloch» (París, Armand Colin, 1993), de la que hay traducción castellana, publicada en México, Fondo de Cultura Económica, 1996, con un extenso estudio preliminar de Carlos Aguirre Rojas. El mismo Mastrogregori ha publicado «Due carnets inediti de Marc Bloch (1917-1943): "Quelques notes de lectures" e Mea» en *Rivista Storica Italiana*, CX (1998), fasc. II, pp. 1005-1025.

20. *Combats pour l'histoire*, París, Armand Colin, 1953. (Hay una traducción castellana parcial, *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1978; uso la edición de París, Armand Colin, 1992.)

maciones. La primera, una definición de la historia como «el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos»: una visión tópica que reserva la calificación de «científicos» para los métodos de investigación y la niega a sus resultados.

En segundo lugar, la descripción del tipo de historia con el que se pretende reemplazar a la dedicada exclusivamente a la política, que no es una historia económica y social —pese a que era en estos términos que se definía inicialmente la revista—, porque la economía no merece una posición de privilegio[21] y «social» no quiere decir nada, sino que debía ser un tipo de historia que relacionase todos los diversos aspectos de la vida del hombre, sin ninguna jerarquización, basándose en una imagen del carácter total del hombre que tiene bastante que ver con la «filosofía de la vida» alemana, y que Febvre quiere justificar con una explicación nebulosa que habla de la historia como de «la armonía que, perpetua y espontáneamente, se establece en todas las épocas entre las diversas y sincrónicas condiciones de existencia de los hombres: condiciones morales, condiciones técnicas, condiciones espirituales». Es decir, una licencia para mezclarlo todo alegremente, sin reglas ni prioridades.

Finalmente, y en el nivel más bajo, la afirmación de la necesidad de relacionar la historia con las ciencias sociales cercanas y de modernizar sus métodos de trabajo, rompiendo la limitación que implicaba la dedicación exclusiva al documento escrito. Un planteamiento que no tenía nada de nuevo, pero que en el caso de Febvre servía para proponer la substitución de la teoría por los métodos concretos y puntuales, tomando los elementos de interpretación teórica que fueran necesarios de las disciplinas sociales cercanas. Todo ello expresado con una retórica sugestiva, pero con unas características globales de antimétodo que no habrían llevado a la escuela muy lejos, tal vez a su disolución en literatura estimulante, si no hubiera sido por las aportaciones de Labrousse y de Braudel, que le devolvieron el contenido de «historia económica y social» que había querido darle Marc Bloch.[22]

La canonización de la persona y de la retórica de Braudel ha llevado a que se olvide lo que ha significado la aportación de Ernest Labrousse, que añadió al bagaje de *Annales* la herencia de Simiand, el rigor del trabajo en el terreno de la historia económica (que Bloch no había acabado de dominar y que a Febvre ni siquiera le interesaba)[23] a la vez que algunos elementos de la tradi-

21. Henri Berr, sin embargo, refiriéndose a *Annales*, escribía que la creación de una revista «d'histoire économique et sociale» por parte de Bloch y Febvre se debía a la conveniencia «de aclarar un aspecto de la vida de las sociedades que había permanecido demasiado tiempo en la sombra y sobre el cual el marxismo había llamado la atención» (Henri Berr, *La synthèse en histoire*. Nouvelle édition revue et mise à jour, París, Albin Michel, 1953, p. 289). Pero, como recuerda Duby (*L'histoire continue*, p. 118) «Febvre sacaba su información de las obras literarias más que de los documentos y mucho más que de las estadísticas».

22. Febvre, «Vivre l'histoire. Propos d'initiation», en *Combats pour l'histoire*, pp. 18-33.

23. Esto puede explicar el grave error de Febvre al saludar en su prefacio como una obra maestra de la investigación en historia económica el monstruo tramposo que es *Séville et l'Atlantique, 1504-1650*, de Huguette y Pierre Chaunu (París, Armand Colin, 1955-1959). Como ha

ción marxista. Esta aportación se concretaría en una de las obras más serias que la escuela ha producido en estos años, la *Histoire économique et sociale de la France*, con un texto introductorio en que Labrousse dice, contradiciendo específicamente al Febvre de 1941, «esta historia económica y social sitúa con pleno derecho el acento en la economía, que es la que lo pone todo en movimiento».[24]

La toma del poder universitario después de 1945 por parte de Febvre y de su equipo fue una condición necesaria para explicar el ascenso de *Annales* en Francia; pero si la escuela hubiera permanecido en el marco de indefinición en que le había dejado Febvre, su expansión universal habría sido imposible. Es evidente que ésta debe asociarse sobre todo a la persona y la obra de Fernand Braudel (1902-1985).[25]

Braudel, que enseñó en Argelia durante unos años y marchó después al Brasil, en 1935, con Lévy-Strauss y Monbeig, para ayudar a poner en funcionamiento la facultad de Letras de la universidad de São Paulo, fue, según su esposa, un hombre sin maestros, que trabajó aisladamente hasta que conoció a Febvre, en un momento en que su tesis ya estaba bastante avanzada. Su estudio sobre el Mediterráneo en la época de Felipe II lo había comenzado en 1923 como un trabajo de historia política tradicional, elaborado esencialmente con los fondos documentales de Simancas y de los archivos italianos, pero se fue transformando a medida que el propio Braudel se abría a las preocupaciones de la historia económica. Fue de vuelta del Brasil, hacia noviembre de 1937, cuando conoció a Febvre en el barco que lo llevaba a Europa y estableció con él una firme amistad. Hacia 1939, nos dice él mismo, la tesis «estaba fijada en sus líneas generales». La redactó de hecho en los cinco años (1940-1945) que pasó en un campo de prisioneros alemán, valiéndose de su extraordinaria memoria, y fue entonces, hacia abril del 1944, cuando planteó por vez primera

dicho Bernal «tras lo pretencioso de las 7.800 páginas, en 12 volúmenes, de que consta la obra, había en realidad una parca tarea investigadora, limitada al trasvase informativo de los contenidos de los llamados Libros registros de la Contratación» (A. M. Bernal, *La financiación de la Carrera de Indias*, Madrid-Sevilla, Tabapress, 1992, p. 124). La inutilidad de este amasijo de cifras incontroladas y de retórica gratuita resulta hoy evidente.

24. Fernand Braudel y Ernest Labrousse, eds., *Histoire économique et sociale de la France*, París, Presses Universitaires de France, 1970-1992 (cita del volumen II, —1970— p. XIII). Sobre el intento de recuperar un Simiand «despolitizado» por parte de la escuela, véase M. Lévy-Leboyer, «L'heritage de Simiand: prix, profit et termes d'échange au XIX^e siècle», en *Revue Historique* (1970), pp. 77-120.

25. Utilizamos, además de las diversas obras de Braudel, la biografía de Pierre Daix, *Braudel*, París, Flammarion, 1995, los dos volúmenes de las *Primeras jornadas braudelianas*, México, Instituto Mora, 1993 y *Segundas jornadas braudelianas*, *id.*, 1995, el volumen colectivo de Jacques Revel, ed., *Fernand Braudel et l'histoire*, Paris, Hachette, 1999 (apologético) y, muy especialmente, el libro de Ruggiero Romano, *Braudel y nosotros. Reflexiones sobre la cultura histórica de nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, además de otras fuentes. Por ejemplo, en Rémy Rieffel, *Les intellectuels sous la V^e République, 1858-1990*, París, Calmann-Lévy, 1993 (uso la edición de bolsillo de 1995), II, pp. 30-32, hay una buena descripción del poder de Braudel y de la forma en que lo ha ejercido.

la fórmula que articularía su libro: «una historia inmóvil del marco geográfico; una historia profunda de los movimientos de conjunto; una historia de los acontecimientos».[26]

La Méditerranée et le monde méditerranéen a l'époque de Philippe II se leyó como tesis en 1947 y se publicó, en una primera versión, en 1949 (en una segunda, corregida y aumentada, en 1966). Braudel explicaba en el prólogo los principios de articulación de su obra, que ya había avanzado en 1944 en una carta a su esposa: «La primera [parte] trata de una historia casi inmóvil, la historia del hombre en sus relaciones con el medio que le rodea (...). Por encima de esta historia inmóvil se alza una historia de ritmo lento (...) que nosotros llamaríamos de buena gana, si esta expresión no hubiese sido desviada de su verdadero sentido, una historia *social*, la historia de los grupos y las agrupaciones (...). Finalmente, la tercera parte, la de la historia tradicional o, si queremos, la de la historia cortada, no a la medida del hombre, sino a la medida del individuo, la historia de los acontecimientos (...). Hemos llegado así a una descomposición de la historia por pisos. O, si se quiere, a la distinción, dentro del tiempo de la historia, de un tiempo geográfico, de un tiempo social y de un tiempo individual». He aquí, por fin, la fórmula mágica que unía a Vidal de la Blache con Durkheim e incluso con Seignobos: la fórmula que permitía poner orden en las propuestas de Febvre.

Las tres piezas que integraban el edificio estaban bien trabajadas. La primera nos daba una visión de conjunto del Mediterráneo llena de sugerencias atractivas. La segunda, «Destinos colectivos y movimientos de conjunto», estudiaba la economía —primando tal vez en exceso los intercambios en un mundo que era esencialmente agrario—, los estados, las sociedades (unas extrañas sociedades donde sólo hay nobles, burgueses y bandidos), las «civilizaciones» y las formas de la guerra, con una recapitulación final que intentaba ligar todos esos componentes en términos de ritmos y coyunturas. La tercera, «Los acontecimientos, la política y los hombres», respondía a lo que habría sido una tesis de historia política tradicional. Era ésta una fórmula atractiva, que le permitía a Braudel depositar todos los diversos materiales en un esquema ordenado, pero lo que siempre se ha discutido es que *La Mediterranée* haya conseguido fundir estos elementos en una explicación global. Sus críticos sostienen que no hay ningún tipo de hilo conductor que vaya desde el espacio y el clima a los acontecimientos políticos «cotidianos», y acusan a Braudel de haberse limitado a amontonar ordenadamente sus materiales.[27]

26. Sobre la composición de la tesis de Braudel combino los datos que él mismo da en los dos prólogos a las ediciones de 1949 y 1966, en *La Méditerranée et le monde méditerranéen*, París, Armand Colin, 1966, I, pp. 11-17, con las de Paule Braudel, «Braudel antes de Braudel», en *Primeras jornadas braudelianas*, pp. 84-96, un texto con interesantes recuerdos personales, pero de tono tal vez demasiado hagiográfico.

27. Las críticas desfavorables han sido más numerosas de lo que pretende el volumen apologético de Revel, ed., *Fernand Braudel et l'histoire* (p. 73), que se limita a recoger parcialmente la de Bernard Baylin en el *Journal of Economic History*, II (1951), pp. 278-282. Véanse, entre otras, la de John Elliott en *The New York Review of Books*, XX (3 de mayo 1973), n.º 7, pp. 25-28

Braudel desarrollará posteriormente su fórmula metodológica, lo que Alain Guerreau ha llamado su «motor de tres tiempos», en algunos de los *Ecrits sur l'histoire*. Los viejos historiadores, nos dice, sólo sabían ver el tiempo corto, el ritmo breve de la historia de los acontecimientos. Es necesario, en cambio, analizar las realidades sociales, «todas las formas amplias de la vida colectiva, las economías, las instituciones, las arquitecturas sociales, las propias civilizaciones, en especial éstas». El problema es que todas estas realidades tienen ritmos diversos: hay unos ciclos económicos, una coyuntura social y «una historia particularmente lenta de las civilizaciones». Por debajo, «más lenta todavía que la historia de las civilizaciones, casi inmóvil, una historia de los hombres en relación con la tierra que los sostiene y nutre».[28]

La muerte de Lucien Febvre en 1956 llevó a Braudel a dirigir, no solamente la revista —«Les *Annales* continuent», dirá al comienzo del primer número de 1957, asumiendo personalmente la responsabilidad—, sino el ambicioso programa de expansión académica que se había creado entorno a ésta. Habrá nombres nuevos que dominen sus páginas en estos años —François Crouzet, Pierre Chaunu, Ruggiero Romano, Georges Duby, etc. Son también estos los momentos en que *Annales* comienza a ser leída fuera del ámbito francés[29] y en que los postulados de la escuela se reciben en los Estados Unidos como una refrescante alternativa a los riesgos del marxismo: *Annales* es radical en el estilo, pero académica en la forma y conservadora desde un punto de vista político; toca las cuestiones de historia económica y social sin riesgos de contagio marxista, y cuenta como garantía con un equipo de ex-comunistas reconvertidos como Emmanuel Le Roy Ladurie —hijo de un ministro de Petain, que pasó personalmente por una etapa de ferviente estalinismo antes de ver la luz de la verdad— o François Furet.[30]

—con motivo de la publicación de la traducción norteamericana en 1972— o, por citar una reciente, la de John Grigg, «Some curious eclipses. Changing fashions in the writing of history», en *Times Literary Supplement*, 2 mayo 1997, pp. 13-14, que considera a la escuela de *Annales* una moda académica intranscendente y *La Méditerranée*, un libro de difícil lectura, sobrecargado de detalles superfluos, que plantea muchos problemas y resuelve pocos.

28. Fernand Braudel, *Ecrits sur l'histoire*, París, Flammarion, 1969, pp. 23-24 y 48-49. Revel otorga un papel capital a uno de los artículos incluidos aquí —«Histoire et sciences sociales: la longue durée», publicado en *Annales* en 1958 (pp. 725-753)—, que interpreta como una defensa de la historia contra el ataque del estructuralismo (Revel en *Fernand Braudel et l'histoire*, pp. 17-18). En los últimos años de su vida Braudel proyectaba una historia de Francia «en la perspectiva de la "longue durée"» (Elena Guicciardi, «Braudel mette il bicorno», *La Reppublica*, 30 de mayo de 1985, reproduciendo «confidencias que me ha hecho el autor»), de la cual sólo ha quedado la parte inicial.

29. En el caso de España los estamentos académicos de la época franquista veían *Annales* como una publicación reprobable, cercana al marxismo. Esto puede explicar que las traducciones principales de textos metodológicos de la escuela que se harían antes de 1975 —de Labrousse, Vilar o Febvre— vinieran de iniciativas de gente de la izquierda. Será en los años de decadencia del franquismo, cuando los académicos que necesitaban modernizar su utillaje para adaptarse a los nuevos tiempos descubrieron la inocuidad de una escuela que Braudel estaba introduciendo en España con contactos sobre todo con círculos de derechas.

30. Algunas noticias sobre esta cuestión, que merecería ser más estudiada, en Rieffel, *Les intellectuels*, I, pp. 124-126 (A. Besançon reconocerá: «Haber sido comunistas no perjudicó nuestra carrera. Más bien al contrario»).

Son los años de un apogeo que en 1968 se verá potenciado por la crisis de la universidad, pero que será al mismo tiempo, paradójicamente, el final de la etapa de Braudel, y también de la vida de *Annales* como representante de la historia económica y social. En el número de mayo-junio del 1969 Braudel anuncia que «*Annales* cambia de piel» y que ahora será revitalizada por jóvenes directores.[31] Lo que ha pasado en realidad ha sido un golpe de estado, el «de los antiguos comunistas convertidos en anticomunistas», dirá Marc Ferro, que han procedido a defenestrar al viejo maestro. Algo que es fácil de comprobar, ya que, aunque su nombre se mantenga como miembro de un teórico «comité de redacción», Braudel no volverá a publicar en la revista. Los hombres que ahora redactan los artículos doctrinales, que aparecen a menudo como presentaciones de números monográficos —algo a lo que se oponían tanto Fevbre como Braudel que jamás toleraron tales números en su revista—, son André Burguière, François Furet, Le Roy Ladurie, Jacques Revel, etc.[32]

La defenestración de Braudel no se produjo a consecuencia de diferencias políticas, sino del rechazo al método. Braudel quería mantener el rigor de su programa globalizador y esto le había llevado a criticar duramente los trabajos de investigación de Le Roy Ladurie o de Furet. Más adelante, fuera ya de la revista, criticaría con más dureza aún la frivolidad y el culto de la moda de sus sucesores, que le corresponderían olvidándose de él en los muchos años que le quedaban de vida. En ocasión de la muerte de Braudel, *Annales* se limitó a una necrología —en que se reconocían las discrepancias y se afirmaba que sus críticas eran injustas— y a un supuesto número de homenaje donde prácticamente no se hablaba del viejo maestro. Sería necesario que pasasen unos años para que hubiese una recuperación *post-mortem* de Braudel por sus mismos defenestradores, que harían ahora su hagiografía, cuando ya no habían de temer su respuesta.[33]

Será en estos años «post-annalísticos» cuando Braudel realice su segunda obra magna, donde adopta también una estructura trinitaria, como en la *Méditérranée*, pero que esta vez no tiene nada que ver con los ritmos del tiempo, lo

31. «Les Annales font peau neuve», en *Annales*, 24 (1969), n.º 3, p. 571. En 1978 Le Goff escribirá: «en 1969 Fernand Braudel, Charles Morazé y Georges Friedmann confían los *Annales* a un nuevo equipo, André Burguière, Marc Ferro, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie y Jacques Revel». (Le Goff, artículo de la enciclopedia de *La Nouvelle histoire*, de la que hablaremos más adelante, p. 221). La cosa no ha sido tan sencilla.

32. Sobre esta cuestión, Pierre Daix, *Braudel*, pp. 439-449. El único texto de Braudel que aparece en *Annales* después del 1969 es una brevísima introducción a un artículo de Charorentrat, en 1971. Las observaciones sobre el contenido de la revista en la época post-braudeliana se hacen sobre la base de Martine Grinberg et Yvette Trabut, *Vingt années d'histoire et de sciences humaines. Table analytique des Annales. 1969-1988*, Paris, Armand Colin, 1991.

33. En el transcurso de estos años sólo se publica en *Annales* una reseña del primer *Civilisation et vie matérielle* —Pierre Jeannin, «Une histoire planétaire de la civilisation matérielle», *Annales*, 36 (1981), n.º 1, pp. 71-79— y otra de la segunda versión «trinitaria» completa —Jean-Claude Perrot en 36 (1981), pp. 3-15, reproducida ésta en Revel, ed. *Fernand Braudel et l'histoire*—, que son extensas pero distantes. La necrología se encuentra en 41 (1986), n.º 1, pp. 3-6. Una muestra de la hagiografía posterior la tenemos en el libro de Revel citado, publicado en 1999.

cual muestra que se trata ante todo de un artificio constructivo de estilo, teorizado *a posteriori*.

Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII, aparecido en 1979, no es propiamente una obra de investigación, sino una suma de lecturas con las cuales se construye un edificio de elucubración teórica, que repite el esquema trinitario, pero donde los pisos corresponden ahora a formas distintas de actividad económica. En el escalón inferior está la «civilización material» o «vida material», que escapa al mercado: una «infraeconomía (...) de la autosuficiencia, del intercambio de los productos y los servicios en un radio muy corto». En el segundo plano, el de la economía propiamente dicha, está toda la actividad ligada al intercambio mercantil que respeta las reglas de la competencia perfecta, de la transparencia y la regularidad. Por encima hay un tercer piso, una zona oscura donde actúa el juego de las «jerarquías socialmente activas», del monopolio y del privilegio, que falsean el intercambio igual y operan «en circuitos y cálculos que ignoran los hombres comunes». Este es, para Braudel, el capitalismo verdadero, que se puede rastrear en la historia desde la antigüedad, que pasa por los comerciantes de Génova del siglo XVI y los de Amsterdam del siglo XVIII y conduce en línea directa hasta las multinacionales del siglo XX.[34]

La naturaleza artificiosa de este esquema la revela el hecho de que en una primera versión de esta misma obra, *Civilisation matérielle et capitalisme, XVe-XVIIIe siècle*, de la cual sólo se publicó el primer volumen, apareciera el mismo texto que formaría el primer volumen de la edición definitiva de 1979, pero con un título binario que respondía a una teorización diferente y con una introducción «teórica» donde el nivel más bajo se describía como «una "vida material" hecha de rutinas, de herencias, de conquistas muy antiguas. La vida agrícola, por ejemplo, ampliamente prioritaria a través del mundo entero antes del siglo XVIII, e incluso más allá». En 1979 Braudel se limitaría a cambiar el título y las páginas iniciales de teorización de este primer volumen, que ahora tomaría una estructura más decididamente ternaria. Pero aunque mantenía el texto dedicado a estudiar la vida material —en la nueva edición lleva el título de «Las estructuras de lo cotidiano»— había cambiado el concepto de lo que quería representar con este término, definido ahora como «la actividad ele-

34. Fernand Braudel, *Civilisation matérielle, et capitalisme, XVe-XVIIIe siécle*, Paris, Armand Colin, 1967, I (único publicado), pp. 9-12 y *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XVe-XVIIIe siécle*, Paris, Armand Colin, 1979, I, pp. 7-10. John Day, «Fernand Braudel and the rise of capitalism» —en *Money and finance in the age of merchant capitalism*, Oxford, Blackwell, 1999, pp. 110-120— habla del tipo de historia económica impresionista, más que analítica, de la escuela de *Annales*, y en particular de Braudel. Uno de los más fieles discípulos de Braudel, Ruggiero Romano, muestra su incomodidad ante este libro en *Braudel y nosotros, passim*. El intento de explicación que realiza el sociólogo norteamericano Immanuel Wallerstein, discípulo muy cercano al «maestro» en los últimos años de su vida, en «Braudel sobre el capitalismo o todo al revés», en *Primeras jornadas braudelianas*, pp.71-83, resulta poco convincente (este texto había aparecido inicialmente en el *Journal of Modern History*, 1991, y lo reproduce también Revel en *Fernand Braudel et l'histoire*).

mental de base que se halla por doquier y que es de un volumen sencillamente fantástico... Esta infraeconomía, esta otra mitad informal de la actividad económica: la de la autosuficiencia, del intercambio de productos y servicios en un radio muy corto». Sucede que Braudel ha descubierto la «economía sumergida» —en Prato, donde hacían reuniones de estudio los «braudelianos», y que era uno de los centros de la economía sumergida en Italia, era inevitable tal descubrimiento— y ahora aplica el concepto, modernizado, al «intercambio apenas disimulado, a los servicios cambiados directamente, al llamado "trabajo negro", además de a las numerosas formas del trabajo doméstico y del "bricolage"».

En las conversaciones de Châteauvallon, celebradas poco antes de morir (el 28 de noviembre de 1985), Braudel —que en estos últimos años trabajaba en el proyecto inacabado de una historia de Francia diferente, vista en la larga duración, de la que sólo escribió lo que se ha publicado póstumamente como *L'identité de la France* (1986)— retomará el tema de «la división de la vida material en tres pisos», de una manera que mostraba claramente su carácter impreciso, al decir: «Para mí el mercado es el ecuador; al sur del ecuador está el hemisferio sur, es decir el intercambio y el trueque; y es por encima del ecuador, en el hemisferio norte, donde se halla el capitalismo. El hemisferio sur, es decir el piso del trueque, es lo que se denomina en Italia *l'economia sommersa*; si esta realidad no es exacta, la construcción que he presentado se hunde por sí sola». Mostrará, de paso, su menosprecio por la teoría económica: «No digo que no haya leído a los grandes economistas, pero no siempre los tomo muy en serio, (...) Un historiador (...) no se deja llevar por las teorías de los economistas, ni tan sólo por las viejas historias sobre la oferta y la demanda». Que el esquema braudeliano fuera de poca utilidad para investigar la historia del capitalismo, o para entenderlo como sistema, lo revela la escasa influencia ejercida por este libro.[35]

Todo esto, sin embargo, forma parte de la historia personal de Braudel y no ya de la de *Annales*. La revista de Febvre y Bloch, de Braudel y Labrousse, se había acabado en 1968 y, a partir de esta fecha, había comenzado una segunda etapa que duraría hasta los años ochenta: la del crecimiento, apogeo y decadencia de la llamada «nouvelle histoire», que habría de contraponerse, lógicamente, a la vieja que se enterraba con Braudel. De ella hablaremos más adelante.

En los Estados Unidos, donde, como en otros lados, el viejo consenso establecido antes de la guerra se vino abajo después de 1918, apareció en estos momentos la que sería una de sus aportaciones historiográficas más originales, con la obra de los llamados «new historians» o «historiadores progresistas», que no tenían más antecedente válido que la obra de Turner. La ruptura con el mito del objetivismo la protagonizarían Carl Becker (1873-1945) y Charles A. Beard (1874-1948), influidos por el economicismo elemental de

35. Uso las conversaciones de Châteauvallon en la edición original (*Une leçon d'histoire de Fernand Braudel. Châteuavallon. Journées Fernand Braudel 18, 19 et 20 octobre 1985*, Paris, Arthaud-Flammarion, 1986) y en la traducción castellana (*Una lección de historia*, Barcelona, Mondadori, 1994, citas de pp. 80-81).

Edwin R. A. Seligman, que sostenía que «el factor económico ha sido de la mayor importancia en la historia» y, más adelante, por la «sociología del conocimiento» de Karl Mannheim con su tesis de la «determinación social del conocimiento». Beard, miembro de una rica e influyente familia de Indiana, —lo que le permitió conocer el trasfondo de la política en su propia casa— publicó en 1913 una obra provocadora, *Una interpretación económica de la constitución de los Estados Unidos*, donde, leyendo los escritos de los «padres fundadores», ponía al descubierto la importancia que éstos daban a los problemas de intereses y mostraba que pensaban en la constitución como en un documento económico que garantizase, como había escrito Madison, la protección de «la diversidad en las facultades de los hombres de la cual proceden los derechos de propiedad». El movimiento en favor de la constitución habria sido promovido por miembros de las clases elevadas que habían visto sus intereses afectados desfavorablemente por la forma en que se había llegado a la independencia y que veían este texto, que no había sido ni elaborado ni votado por la mayoría, como una garantía de defensa de la propiedad privada contra el posible asalto de las mayorías populares. Becker autor de un estudio sobre las ideas de los ilustrados —*The heavenly city of the eighteenth century philosophers* (1932)— influyó sobre todo con su discurso presidencial de 1931 en la American Historical Association «Cada uno su propio historiador» («Everyman his own historian»), donde sostenía los principios de un relativismo que abandonó en los últimos años de su vida. El discurso de Becker vendría seguido por el no menos influyente de Beard, «Actos de fe», donde se atacaba directamente «el noble sueño de la objetividad». La guerra fría acabó, sin embargo, con la aventura de los historiadores progresistas.[36]

En los Estados Unidos, además, a diferencia de lo que pasaba en Francia o Gran Bretaña, la historia económica estaba en manos de profesionales salidos de las facultades de economía, con menos preocupaciones de carácter «social» que sus colegas del otro lado del Atlántico, que se habían formado específicamente como historiadores.

La obra de Simon Kuznets, por un lado, con el análisis de los «long swings» u ondas largas y la conciencia de que los factores extraeconómicos son necesarios para entender el proceso de crecimiento,[37] y los estudios sobre el ciclo, por

36. Edwin R. A. Seligman, *La interpretación económica de la historia*, Buenos Aires, Nova, 1957 —la edición original es de 1902 cita de la p. 126. Un excelente análisis de los historiadores progresistas norteamericanos se puede hallar en Richard Hofstadter, *Los historiadores progresistas*, Buenos Aires, Paidós, 1970. He usado Charles A. Beard, *An economic interpretation of the constitution of the United States*, en la edición de Nueva York, Macmillan, 1964. Beard y su esposa publicaron en 1927 una síntesis de historia de los Estados Unidos, *The rise of American civilization*, que tuvo un éxito extraordinario. Desde los años treinta se dedicó a la historia de las relaciones internacionales, atacó a Roosevelt y adoptó posturas aislacionistas. Sobre Becker y Beard, Peter Novick en *That noble dream. The «objectivity question» and the American historical profession*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988 (sobre los discursos presidenciales en la AHA, pp. 258-260).

37. Simon S. Kuznets, *Secular movements of production and prices*, Boston, Houghton Mifflin, 1930; *Modern economic growth. Rate, structure and spread*, New Haven, Yale University Press, 1966.

otro, mantuvieron vivo el interés por la dimensión temporal entre los economistas durante los años treinta. Este interés se vería reforzado, y enriquecido, después de la Segunda Guerra Mundial, con la preocupación creciente por los problemas del desarrollo, que dieron lugar a la aparición de todo un campo de teoría del desarrollo económico, dentro del cual se podían encontrar trabajos donde economía e historia resultaban efectivamente asociados, como los del sueco Gunnar Myrdal, que en el prefacio de *Asian drama* declaraba que su trayectoria personal lo había llevado de una preocupación exclusiva por la teoría económica a la convicción de que los problemas económicos han de estudiarse «en su contexto demográfico, social y político».[38]

Al margen de esta corriente, y con una influencia que se limitaría de hecho al campo de la antropología, encontramos la obra de Karl Polanyi (1886-1964), un húngaro que enseñó en Gran Bretaña y en los Estados Unidos, donde en 1957 publicaba el volumen colectivo *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, en que sostenía que las reglas del mercado sólo eran válidas para el capitalismo y que en las sociedades anteriores la economía estaba inmersa en otras relaciones sociales y funcionaba con los mecanismos de la reciprocidad y la redistribución. Polanyi partía de esta visión para sostener en el presente la posibilidad de asociar la planificación económica socialista con la libertad individual, pero el clima de la guerra fría no era favorable a esta suerte de planteamientos. Barrington Moore jr. lo acusó de utopismo libertario, objetando que «hasta hoy en la historia humana unas formas de autoridad han sucedido simplemente a otras», y esto obligó a Marshall Sahlins, uno de los discípulos de Polanyi, a reformular sus ideas en términos aptos para la época y asequibles al gran público con expresiones como «la sociedad opulenta primitiva», además de añadirle elementos extraídos del análisis de las economías campesinas de Chaiánov, para construir un «modo de producción doméstico», o proponer el estudio de la «sociología del intercambio primitivo», recuperando todos los tópicos del formalismo, mientras que Marvin Harris combinaba Polanyi con Wittfogel para sostener que la lucha de clases «es un lujo de las sociedades abiertas».[39]

En los medios académicos norteamericanos dominaban entonces visiones simplistas del crecimiento económico que otorgaban un papel fundamental a

38. Gunnar Myrdal, *Asian drama. An inquiry into the poverty of nations*, Harmondsworth, Penguin, 1966, I, p. IX.

39. Karl Polanyi, Conrad M. Arensberg y Harry W. Pearson, eds., *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Barcelona, Labor, 1976 (con una presentación crítica de Maurice Godelier); Karl Polanyi, *Primitive, archaic and modern economies. Essays of Karl Polanyi*, ed. por George Dalton (con una introducción, que es una de las mejores exposiciones del pensamiento de Polanyi por un discípulo y colaborador suyo), Boston, Beacon Press, 1968; Karl Polanyi, *El sustento del hombre*, Barcelona, Mondadori, 1994. Barrington Morre, jr., *Injustice. The social bases of obedience and revolt*, White Plans, M. E. Sharpe, 1978, p. 510. Marshal Sahlins, *Economía de la edad de piedra*, Madrid, Akal, 1977; Marvin Harris, *Caníbales y reyes. Los orígenes de las culturas*, Barcelona, Argos, 1978; y *Vacas, cerdos, guerras y brujas. Los enigmas de la cultura*, Madrid, Alianza, 1980. Entre los autores influidos más directamente por Polanyi está también un historiador como Moses I. Finley (que tuvo que abandonar los Estados Unidos durante el maccarthismo).

la tecnología. Unas visiones socialmente inocuas, políticamente neutras y que resultaban además esperanzadoras: si el progreso económico dependía de la tecnología, se podía pensar que sería permanente, ya que la capacidad del hombre para el progreso técnico parece ilimitada. El auge de este optimismo se produjo al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando todos los profetas anunciaban que con la energía barata que proporcionaría el átomo y con la automatización industrial tendríamos un mundo en que la prosperidad general se conseguiría con jornadas más cortas, que harían que el único problema del hombre en el año 2000 fuese el de hallar ocupación para su ocio. La tecnología se podía, además, aplicar al conjunto del mundo a fin de sacar a los países atrasados de su pobreza y llevarlos a la plenitud del «desarrollo», como se afirmaba en el «punto cuarto» del discurso de la unión del presidente Truman de 20 de enero de 1949, el día de la investidura de su «segunda» presidencia, donde después de reconocer que «más de la mitad de los habitantes del mundo viven en condiciones miserables», añadía: «Por primera vez en la historia la humanidad posee el conocimiento y la habilidad para aligerar los sufrimientos de estos pueblos. Los Estados Unidos están por delante de las otras naciones en el desarrollo de la técnica científica e industrial... Creo que hemos de poner a disposición de los pueblos amantes de la paz los beneficios de nuestros conocimientos técnicos para ayudarlos a realizar sus aspiraciones a una vida mejor. Y, en cooperación con otras naciones, facilitaremos las inversiones de capital en zonas poco desarrolladas. Nuestro objetivo debe ser ayudar a los pueblos libres del mundo, a través de su propio esfuerzo, a producir más alimentos, más artículos de vestir, más materiales de construcción y más fuerza motriz para aligerar sus cargas». Invitaba a las otras naciones a sumarse y decía que «con la cooperación del mundo de los negocios, del capital privado y de la agricultura y de la industria de esta nación este programa puede aumentar en gran medida la actividad industrial de otras naciones y puede elevar sustancialmente sus niveles de vida».[40]

La idea de «desarrollo» no era nueva: ya la habían usado Lenin y Schumpeter en los títulos de sus libros, pero ahora cobraba un nuevo sentido. El verbo que se refería al crecimiento no era ya «desarrollarse», sino «desarrollar», que implicaba una actuación que podía hacerse activamente. Y con este nuevo sentido aparecía una nueva interpretación de la pobreza en términos de «subdesarrollo».[41] Ahora el mundo se dividía en países desarrollados y subdesarrollados, iguales en estatus y dignidad, y no como antes, cuando lo estaba en colonizadores y colonizados, o en pobres y ricos. Los dos nuevos términos de definición no estaban en contraste, como los anteriores, sino que implicaban una continuidad, un proceso único en que lo que había que hacer para superar la

40. Harry S. Truman, *Memorias. II: Años de prueba y esperanza*, Barcelona, Vergara, 1956, I, pp. 265-267.

41. El término «subdesarrollo» parece haber sido usado por primera vez por William Benson, un funcionario de la OIT, en 1942, en un artículo sobre «El adelanto económico de las áreas subdesarrolladas». Pero ahora se le daba un nuevo valor y una mayor amplitud.

disparidad era llevar a cabo las acciones adecuadas para favorecer el desarrollo. Lo que resultaba esencial era establecer «la fórmula del desarrollo» y ésta era una tarea a la cual podían ayudar los historiadores averiguando la forma en que se había producido en aquellos países que habían conseguido crecer.[42]

Esto estimuló una serie de visiones del proceso de crecimiento económico organizadas sobre la base del estudio de la revolución industrial británica, el primer ejemplo de crecimiento económico moderno, que trataban de establecer cuáles eran los factores que habían hecho posible su desarrollo, y que no se habían dado, en cambio, en otros países.[43] La primera formulación global de este tipo la planteó en 1960 Walt W. Rostow en *Las etapas del crecimiento económico*, un libro destinado a convertirse en el fundamento teórico de la política de «Alianza para el progreso» del presidente Kennedy, que convertía una visión esquemática de la industrialización británica en un programa de política económica para los países subdesarrollados. El proceso de crecimiento pasaba, según Rostow, por cinco etapas, la principal de las cuales era el *take-off* o despegue, el impulso inicial que permitía pasar al «crecimiento autosostenido», y las condiciones esenciales para conseguirlo eran poca cosa más que el aumento de la inversión y la existencia de un marco político «liberal».[44]

La imbricación de teoría económica y de historia se daría también en la obra del economista norteamericano de origen ruso Alexander Gerschenkron, que presentó una teoría «graduada» del desarrollo industrial, más matizada que la de Rostow, aunque situada dentro del mismo contexto ideológico. Gerschenkron escribió, además, textos harto interesantes sobre problemas metodológicos y filosóficos de la historia, que, a través del «Workshop of history» de su cátedra de Economía en Harvard, influyeron muy directamente en el nacimiento de la «New economic history», de cuyo auge y decadencia nos ocuparemos en seguida, para volver más adelante al curso normal de la evolución de la historia económica después de la Segunda Guerra Mundial.[45]

La primera exposición de los métodos de la «nueva historia económica» es de 1957, en el trabajo de Alfred H. Conrad y John R. Meyer, «Teoría económica,

42. Gilbert Rist, *The history of development*, Londres, Zed Books, 1997.

43. Hay una excelente revisión de las interpretaciones históricas de los orígenes de la revolución industrial en el libro de Patrick Verley, *L'échelle du monde. Essai sur l'industrialization de l'Occident*, París, Gallimard, 1997, pp. 23-109.

44. W. W. Rostow, *Las etapas del crecimiento económico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961. Esta versión simplista de la industrialización influiría en el manual de Phyllys Deane (*La primera revolución industrial*, Barcelona, Península, 1991) y en los cálculos de P. Deane y W. A. Cole, *British economic growth. 1688-1959*, Cambridge, Cambridge University Press, 1962. Rostow era autor de estimables, pero no extraordinarios, estudios de historia económica británica —como *British economy of the nineteenth century*, Oxford, Oxford University Press, 1948— antes de llegar a la fama con «las etapas». Después seguiría publicando libros, cada vez más intranscendentes, como *History, policy and economic theory: Essays in interaction*, Boulder, Westview Press, 1989, que recibió una crítica sangrante, y plenamente justificada, de Gregory Clark.

45. Alexander Gerschenkron, *El atraso económico en su perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1968 y *Continuity in history and other essays*, Cambridge, Mass., Belknap Press, 1968.

inferencia estadística e historia económica», donde atacaban la separación de la teoría y de la historia económica, señalando que también el historiador se ocupa de buscar nexos causales usando reglas científicas similares a las de otras disciplinas. Entre los dos extremos de una explicación determinista, inalcanzable en el campo de la historia, y de la renuncia a toda explicación se podía hallar la vía media de una explicación estocástica, expresada en una ecuación lineal que, además de las variables y parámetros usuales, llevase una variable aleatoria que representaría el papel de las causas fortuitas y únicas que los observadores superficiales pensaban que eran la esencia del fenómeno histórico, cuando no eran más que el residuo.[46]

La primera investigación hecha de acuerdo con este método fue la de estos mismos autores sobre la economía de la esclavitud en el sur de los Estados Unidos. Querían poner a prueba el tópico que sostenía que la agricultura esclavista no era rentable, que se mantenía tan sólo por razones ideológicas, y que habría desaparecido espontáneamente con el tiempo, sin necesidad de llegar a la guerra civil. Para verificarlo establecieron unas funciones de producción que, utilizando con ingenio y prudencia el material cuantitativo disponible, les permitieron mostrar que la plantación esclavista era rentable, pero que el mantenimiento de sus beneficios exigía su expansión hacia el sudoeste, lo cual explica el enfrentamiento que hizo inevitables la secesión y la guerra civil.[47]

No tardaría en aparecer un segundo y más espectacular estudio histórico-econométrico, debido a quien habría de convertirse en uno de los máximos teorizadores de la escuela, Robert W. Fogel. En *Los ferrocarriles y el crecimiento económico norteamericano* Fogel quiso poner a prueba la hipótesis de que el ferrocarril había sido un elemento indispensable en el desarrollo de la economía norteamericana, recurriendo a una prueba contrafactual. Construyó un modelo hipotético de lo que habría sido la economía norteamericana a finales del siglo XIX sin ferrocarriles, usando otras formas de transporte alternativas, y calculó la diferencia entre el coste que la sociedad pagó por el transporte de mercancías en un año dado, contando con el ferrocarril, y lo que habría habido de pagar usando los medios alternativos. La diferencia sería el «ahorro social» atribuible al ferrocarril, que Fogel estimó que en el año 1890 habría representado un 4'7% del PNB, cosa que habría venido a significar el retraso de un año en el crecimiento económico norteamericano; lo cual no podía considerarse decisivo. La búsqueda de Fogel, que había exigido cálculos muy complejos y una considerable imaginación para construir el modelo contrafac-

46. A. H. Conrad y J. R. Meyer, «Economic theory, statistical inference and economic history», en *The economics of slavery and other studies in economic history*, Chicago, Aldine, 1964, pp. 3-30 (la versión original se publicó en 1957 en el *Journal of Economic History*).

47. A. H. Conrad y J. R. Meyer, «The economics of slavery in the antebellum South», en *The economics of slavery*, pp. 43-114 (publicado inicialmente en el *Journal of Political Economy*, n.º 66, 1958, pp. 95-130). Para no citar la gran cantidad de trabajos sobre la economía del esclavismo que aparecen en los años sucesivos, y limitarnos a comentar sólo algunos, véase Mark M. Smith, *Debating slavery. Economy and society in the antebellum South*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, donde se hallará una amplia bibliografía comentada.

tual —tuvo que establecer hipotéticamente los canales que deberían haberse construido de no haber existido el ferrocarril, calcular las pérdidas por las tierras que no se habrían cultivado en estas circunstancias, sumar los costos adicionales de almacenaje necesarios, ya que muchos canales se hielan en invierno, etc.— daba resultados muy discutibles, pero habría de ejercer una explicable fascinación por su mismo atrevimiento innovador.[48]

Fogel enunciaba, al mismo tiempo, los principios metodológicos que habían de caracterizar a la nueva escuela, cuyos rasgos esenciales eran «su énfasis en la medición, y el reconocimiento de la íntima relación que existe entre medición y teoría». La medición exige el uso de métodos matemáticos y la asociación de esta con la teoría lleva al empleo de modelos econométricos, de manera que una de las definiciones que daba de su metodología se fundamentaba en el uso de «modelos explícitos hipotético-deductivos», lo que quiere decir: de un conjunto de hipótesis que se exponen previamente con claridad y que se traducen en unas ecuaciones a las cuales se asignan valores numéricos, de forma que se pueda llegar a hacer deducciones a partir de ellas. Los cliómetras sostenían que los historiadores siempre habían usado modelos —porque siempre hay una teoría escondida tras un intento de explicación—, pero que sus modelos eran implícitos y estaban mal especificados, lo que hacía imposible verificarlos. En la historia econométrica, por el contrario, los modelos no son simples recursos expositivos, sino que están formulados con rigor a fin de que se pueda hacer deducciones a partir de ellos.[49]

Desde 1966 los trabajos de historia econométrica —o «cliometría», como se la llamaría muy pronto— comenzaron a proliferar, sobre todo en los Estados Unidos, donde el *Journal of Economic History* se convirtió en una especie de órgano oficioso de la escuela, mientras los cultivadores de una historia económica menos formalizada, pero más capaz de plantearse los grandes proble-

48. Robert W. Fogel, *Railroads and American economic growth. Essays in econometric history*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1964. Sobre el mismo tema, pero con más prudencia, y por eso con menor atractivo, salía el año siguiente Albert Fishlow, *American railroads and the transformation of the ante-bellum economy*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1965. De las secuelas producidas por la imitación de Fogel se puede tener idea consultando a Patrick O'Brien, *The new economic history of the railways*, Londres, Croom Helm, 1977, añadiendo a ello Antonio Gómez Mendoza, *Ferrocarriles y cambio económico en España, 1855-1913. Un enfoque de nueva historia económica*, Madrid, Alianza, 1982. El cálculo del «ahorro social» fue aplicado por T. N. von Tunzelmann a la máquina de vapor de Watt (*Steam power and British industrialization to 1880*, Oxford, Oxford University Press, 1978) con resultados nada memorables.

49. Este párrafo se basa en R. L. Andreano, ed., *The New economic history. Recent papers on methodology*, Nueva York, John Wiley and Sons, 1970 y en R. W. Fogel, «The New Economic History. Its findings and methods», en *Economic History Review*, XIX (1966), pp. 643-656; «The reunification of economic history with economic theory», en *American Economic Review*, LV (1965), n.º 2, pp. 9297 y «The specification problem in economic history», en *Journal of Economic History*, XXVII (1967), pp. 283-308 (y la corrección en XXVIII, 1968, p. 126). La mejor síntesis de los métodos de la escuela es posiblemente el texto de Alberto Baccini y Renato Giannetti, *Cliometria*, Barcelona, Crítica, 1997.

mas del crecimiento económico, seguían dominando en las páginas de otras revistas, como la británica *Economic History Review*. La progresiva especialización de los cliómetras, y la naturaleza limitada de los problemas que se planteaban, los fueron alejando del resto de los historiadores, y aún más de un público que encontraba difíciles y poco estimulantes sus trabajos. Esto puede explicar el esfuerzo que Fogel y Engerman hicieron para llegar al público general con un libro provocativo.

Time on the cross, de Robert W. Fogel y Stanley L. Engerman, se publicó en 1974, dividido en dos volúmenes. El primero, que se destinaba a un público no especializado, contenía la exposición de los resultados: un conjunto de afirmaciones sin pruebas. El segundo, dirigido a los especialistas, explicaba los métodos con los cuales se había llegado a estos resultados. La obra replanteaba la cuestión de la esclavitud en el sur de los Estados Unidos, pero no desde el punto de vista de su rentabilidad, como habían hecho Conrad y Meyer, sino con más pretensiones y mayor amplitud, y llegaba a conclusiones provocadoras, como la de que «las condiciones materiales de las vidas de los esclavos se podían comparar favorablemente con las de los trabajadores industriales libres» o la de que su «tasa de explotación» había sido mucho más baja de lo que se pensaba, ya que a lo largo de su vida «el esclavo campesino típico recibía entorno del 90% del ingreso que producía».[50]

La verdad es que, si bien el libro tampoco consiguió interesar al gran público, se puso de moda en los círculos académicos, a consecuencia de la naturaleza provocativa de sus conclusiones, y recibió un gran número de críticas desfavorables, que ponían en evidencia que no era lo mismo construir funciones de producción para analizar la rentabilidad de las plantaciones que usar análisis cuantitativos simplistas para resolver complejas cuestiones cualitativas.[51]

La operación se quiso repetir al cabo de unos años, con menos fortuna si cabe. Entre 1988 y 1992 aparecieron los cuatro volúmenes de otra revisión cliométrica de la historia de la esclavitud norteamericana, que respondía al título de *Without consent or contract. The raise and fall of American slavery*, integrada por «un resumen no técnico» de Robert W. Fogel, y tres volúmenes de «evidencia y métodos» y de «trabajos técnicos de apoyo».[52]

50. Robert W. Fogel y Stanley L. Engerman, *Time on the cross*, Boston, Little, Brown and Co., 1974. Hay traducción castellana del primer volumen: *Tiempo en la cruz. La economía esclavista en los Estados Unidos*, Madrid, Siglo XXI, 1981.

51. Véase, sobre esto, el número de la revista *Explorations in Economic History* 12, octubre 1975, n.º 4, que recoge las contribuciones presentadas a un simposio sobre *Time on the Cross*, entre las cuales hay un extenso trabajo de Richard Sutch, «The treatment received by American slaves: A critical review of the evidence presented in *Time on the cross*» (pp. 335-438), donde se encontrará una extensa referencia a las reseñas y críticas anteriores.

52. La obra fue publicada en Nueva York por Norton entre 1988 y 1992. El volumen de «resumen no técnico» aparece como obra de Fogel; el de «evidencia y métodos» está compilado por el propio Fogel, R. A. Galantine y R. L. Manning y se presenta, abusivamente, como «un manual actualizado del arte de la investigación cuantitativa en las ciencias sociales», que se inicia con una introducción sobre «el arte de la investigación empírica en la era de los ordenadores». Los dos volúmenes de «trabajos técnicos» complementarios están «editados» por Fogel y Engerman.

La necesidad de pasar de los problemas concretos que podían resolverse con el material numérico disponible a las grandes cuestiones históricas para las que faltaba una evidencia cuantitativa suficiente estimuló la aparición de una llamada «novísima historia económica» —ligada a la «economía institucional»— que no se preocupaba tanto de la econometría como de establecer razonamientos deductivos a partir del estudio de las instituciones, los costes de transacción (los costes de especificar y de hacer cumplir los contratos) y los derechos de propiedad, y que tendría su máximo exponente en Douglas C. North y en libros como *El nacimiento del mundo occidental*, de North y Thomas. North considera que un elemento esencial de los sistemas político-económicos son las «creencias» que sus miembros sostienen. «Las creencias dominantes, esto es, las de los emprendedores políticos y económicos que están en situación de hacer políticas, conducen a lo largo del tiempo a la formación de una estructura elaborada de instituciones, tanto con reglas formales como con normas informales, que determinan conjuntamente los resultados políticos y económicos.» Cabe decir, sin embargo, que a North la experiencia de la realidad económica contemporánea le ha llevado a una maduración que lo sitúa lejos del simplismo neoliberal dominante en la profesión. En lugar de creer que todo ha sido hecho de la manera mejor y más racional posible, sostiene hoy que «la historia económica es un interminable y deprimente relato de errores que han conducido al hambre, el agotamiento, el engaño y la guerra, a la muerte, el estancamiento económico y la decadencia, y a la desaparición de civilizaciones enteras» y que no hay posibilidad alguna de hacer «predicciones inteligentes sobre el cambio a largo plazo», porque «las realidades son complejas y las condiciones cambian, lo cual hace necesaria la observación del historiador».[53]

No fue esta, sin embargo, la evolución de la mayor parte de los historiadores económicos que en los años setenta cayeron en la tentación de apuntarse a esta nueva rama que se presentaba como «una forma de teoría neoclásica aplicada».[54] Adoptaron el cuerpo teórico de ésta como base esencial de su trabajo y generalizaron el uso de métodos econométricos, lo que les permitió permanecer en los departamentos de Economía, de donde ya habían sido expulsados los cultivadores de la historia del pensamiento económico. El resultado sería que los economistas aceptasen la historia económica como «una parte integral de la disciplina».[55] A cambio, está claro, de que ésta renunciase a su identidad

53. Douglass C. North y Robert P. Thomas, *The rise of the western world. A New Economic History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973 (hay traducción española publicada por Siglo XXI en 1979); *Institutions, institutitional change and economic performance*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990. En *Understanding the process of economic change*, Londres, Institute of Economic Affairs, 1999, da una visión sintética de sus ideas de madurez. Hago citas de las pp. 11, 18 y 23 de este texto.

54. Peter Temin en *New Economic History*, Harmondsworth, Penguin, 1973, p. 8.

55. Christina D. Romer, «The end of economic history?», citado en William J. Barber, «Reconfigurations in American academic economics: a general practicioner's perspective», en Thomas Bender y Carl E. Schorske, eds., *American academic culture in transformation. Fifty years, four disciplines*, Princeton, Princeton University Press, 1997, p. 113. Integral, pero pequeña, porque como dice Christopher Lloyd en «Can economic history be the core of social science? Why

y de que sus cultivadores se convirtieran en simples ilustradores de una teoría que otros elaboraban, lo que ha acabado reduciéndolos a miembros marginales y prescindibles de estos departamentos.

La escasa entidad de la aportación que los cliómetras han realizado al campo de la teoría económica se advierte en la limitación temática de su trabajo —que da vueltas una y otra vez a los mismos temas: el ahorro social producido por una innovación tecnológica, los problemas de la plantación esclavista, etc.— y en lo poco que han ayudado a resolver el problema de integrar en el análisis económico la consideración de la política, que resulta demasiado compleja para reducirla a los costes de transacción y a los derechos de propiedad, que es a lo que acostumbra a limitarse una historia económica institucional neoclásica, incapaz de entender que «toda actividad económica está inmersa en una red de instituciones sociales, costumbres, creencias y actitudes», que de aquí se derivan diferencias entre situaciones diversas en un momento dado —ya que los hombres viven en sociedades diferentes y actúan en cada una de ellas de acuerdo con escalas de valores, hábitos y códigos que resultan tan reales para ellos como las condiciones físicas— y que la influencia de estos factores puede ser decisiva a largo plazo.[56]

Los propios economistas han denunciado la insuficiencia de la aportación de los cliómetras. Si Snooks les reprocha que hayan «cedido a la tentación de explicar a los economistas lo que querían oír —una historia sobre la simplicidad causal del proceso de cambio— en lugar de explicarles lo que necesitaban oír, que es la que habla de la complejidad y sutileza del mundo real», Solow, que había escrito en 1986 que los historiadores de la economía no le estaban ofreciendo al teórico más que el mismo mejunje rutinario que éste ya producía («¿por qué habría de creer, aplicado a datos insuficientes del siglo XVIII —decía—, lo que no me mueve a convicción cuando se elabora con los datos más ricos del siglo XX?»), repetía en 1997 sus quejas por la falta de creatividad de éstos: «tengo la decepcionante impresión que se limitan demasiado a aceptar los modelos diseñados por los economistas de fines del siglo XX para aplicarlos sin ninguna crítica a los datos de otros lugares y otros tiempos».[57]

the discipline must open and integrate to ensure the survival of long-run economic analysis», en *Australian economic history review*, 37, n.º 3 (nov. 1997), pp. 256-266, en los departamentos de Economía de las universidades norteamericanas «uno o dos historiadores económicos luchan por hacerse un espacio».

56. El argumento es de un economista de tanta categoría como Robert E. Solow, que añade: «Conforme las series temporales se alargan lo suficiente como para darnos esperanzas de discriminar entre hipótesis complejas, la probabilidad de que se mantengan estacionarias mengua y los niveles de ruido resultan mucho más elevados» («Economics: is something missing?», en William N. Parker, ed., *Economic history and the modern economist*, Oxford, Blackwell, 1987, pp. 21-29, citas de pp. 22 y 15; en el mismo volumen se encontrará un texto de Kenneth Arrow, «History: the view from economics» (pp. 13-20) donde se dice que «las diferencias culturales entre naciones, con todas sus implicaciones para la política y la economía, son precipitaciones de acontecimientos del pasado, a menudo de un pasado distante».

57. G. D. Snooks, «What should economists be told about the past? A review article», en *Australian Economic History Review*, XXX, n.º 2 (september 1990), pp. 89-94 (cita de p. 94);

Los cliómetras, sin embargo, vivían convencidos de que el futuro era suyo (que, como decía Christina Romer, «la guerra se ha acabado y la han ganado los buenos»). Es verdad que eran ignorados por el resto de historiadores, pero ellos les respondían con su menosprecio, a la vez que se defendían del poco interés que el público prestaba a sus libros, alegando que esto se debía a que sus trabajos eran «muy técnicos, de difícil acceso para muchos lectores» (pero Solow ya había dicho, refiriéndose a estos mismos trabajos: «Al margen de otras consideraciones, no resulta divertido leerlos»).[58]

La situación actual de esta versión de la historia económica no es demasiado optimista. Está desapareciendo de las instituciones universitarias en varios países y el panorama intelectual que ofrecen sus reuniones es poco estimulante: a ellas se presentan habitualmente comunicaciones que no plantean ningún problema de método, sino que responden uniformemente al modelo de «razonamiento hipotético-deductivo, utilizando teoría neoclásica ortodoxa (...) para llegar a conclusiones sobre la validez estadística de conjuntos de datos».[59]

Al cabo de más de veinticinco años de «new economic history» —que comienza ya, por lo tanto, a no ser tan nueva— las promesas iniciales de los estudios de Conrad y Meyer, o de Fogel, no se han cumplido. Muchos de los trabajos posteriores no han sido otra cosa que elaboraciones cuantitativas sobre viejos datos, «una historia de despacho»[60] que utiliza datos de segunda mano sin plantearse demasiados problemas sobre su significación real. Si a esto le añadimos el riesgo de operar con ellos a medio y largo plazo, sin tomar adecuadamente en cuenta los cambios que se producen —olvidando que «la validez de un modelo económico puede depender del contexto social»— se encuentran en la situación descrita por Solow en que «un poco de habilidad y de persistencia pueden llevarle a uno al resultado que desee».[61]

Prisioneros de estas abstracciones, el refinamiento de los instrumentos econométricos los lleva, paradójicamente, a una simplificación cada vez mayor, lo que no solamente perpetúa su exilio de la vida real, sino que les impide seguir a los economistas cuando éstos se apartan de la vieja teoría elemental para explorar nuevos caminos. Un excelente manual de cliometría llega a considerar los modelos de trayectorias dependientes (*path-dependent*), que tienen en cuenta «los pequeños acontecimientos históricos que pueden provocar fenómenos de coherencia capaces de determinar unívocamente el resultado final del proceso», pero se ve obligado a añadir que «aún están en fase experimental en el plano teórico, y las aportaciones empíricas son muy

Robert M. Solow, «How did economics get that way and what way did it get?», en Bender y Schorske, *American academic culture*, pp. 57-76 (cita de p.72).

58. Gabriel Tortella, «Los nuevos caminos de la historia económica» en Claves n.º 84 (julio/agosto 1998), pp. 2-7; Solow «Economics...», p. 26.

59. Lloyd, «Can economic history...?», p. 258.

60. E. Fernández de Pinedo, «La historia económica ¿un filón que se agota?» en J. M. Sánchez Nistal *et al.*, *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, Universidad, 1993, pp. 69-82.

61. Solow, «Economics...», citas de pp. 28 y 22.

escasas».[62] No están tampoco preparados para hacer frente a los retos teóricos de un futuro inmediato, como el de integrar en el análisis histórico elementos de la teoría de la complejidad y de la autoorganización (o sea del caos determinista), como lo están haciendo, con prudencia, los economistas.[63] Lo que los cliómetras han creado es un juego de herramientas muy útil y una conciencia de la necesidad de especificar las presuposiciones en que se basa la investigación. Sería insensato prescindir de estos logros, pero es necesario entender que no bastan para integrar un sistema global de trabajo.

Este, sin embargo, no ha sido el único camino de desarrollo que ha seguido la historia económica. Los años sesenta vieron en Gran Bretaña una línea de evolución que mantenía buena parte de los valores de la vieja historia económica y social, rechazando las simplificaciones de la cliometría. Los investigadores que se habían implicado en el estudio de la aparición del crecimiento económico moderno, por ejemplo, hacían un uso consciente de la teoría económica, pero no se limitaban a las respuestas de alcance limitado que podía proporcionarles este instrumental analítico, porque, por una parte, los problemas que tenían que resolver eran demasiado complejos para plantearlos en un juego de contrafactuales en el que hubiera sido necesario poder medir todas las variables, pero también, por otra, porque era imposible entenderlos si se prescindía del contexto político, social y cultural.

El escepticismo sobre la validez universal del modelo de Rostow, que ya había llevado a las matizaciones de Gerschenkron, se reforzó cuando se comprobó que el desarrollo económico no se estaba produciendo de la manera lineal que se había supuesto. El error que implicaba la idea misma de un «crecimiento autosostenido» se puso en evidencia cuando se comprobó que la Gran Bretaña de postguerra se estaba retrasando (su participación en el comercio mundial de manufacturas había pasado de ser de un 43 por 100 del total hacia 1880 a sólo un 9,1 por 100 en 1973) y comenzaba incluso un proceso de desindustrialización, lo que quería decir que la receta de su crecimiento no era de duración indefinida.

Se comenzó, en consecuencia, a revisar el modelo tradicional que explicaba la «revolución industrial» británica y los datos cuantitativos en que se basaba, y se descubrió que los años en que se suponía que se había producido el salto hacia adelante, el «take-off», no habían experimentado las tasas espectaculares de crecimiento que pensaba Rostow. Crafts y Harley afirmaban que el crecimiento británico en los años que iban de 1780 a 1831 había sido mucho más lento de lo que se pensaba, que los adelantos tecnológicos en el algodón y la siderurgia no influyeron decisivamente en el conjunto de la industria y que las

62. Baccini y Gianetti, *Cliometría*, p. 180. Los intentos de exploración de otros caminos —como los de Paul David, «Clio and the economics of QWERTY», en *American Economic Review*, 75 (1985), pp. 332-337, o David S. Landes, «What room for accident in history?: explaining big changes by small events», en *Economic History Review*, XLVIII, 4 (1994), pp. 637-656— son escasos.

63. Véase, por ejemplo, J. Barkley Roser, jr., «Chaos theory and rationality in economics» en L. Douglas Kiel and Euel Elliott, eds., *Chaos theory in the social sciencies. Foundations and applications*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1996, pp. 199-213.

exportaciones no significaron una aportación decisiva en el aumento del producto nacional.[64]

El abandono de la vieja ortodoxia en lo que se refiere a los ritmos y a las etapas resultaba evidente ya en 1984, cuando Williamson publicaba un artículo titulado provocativamente «¿Por qué fue tan lento el crecimiento británico durante la revolución industrial?», donde sostenía que esta lentitud se había debido a una baja formación de capital en términos del ingreso nacional como consecuencia de las grandes emisiones de deuda pública para financiar la guerra con Francia, que habrían absorbido la acumulación civil, inhibiendo el crecimiento. Pero el desguace no había hecho sino empezar, ya que diez años más tarde Graeme Donald Snook publicaba un libro colectivo con un título aun más heterodoxo, *¿Fue necesaria la revolución industrial?*, donde venía a sostener que la revolución era un mito, ya que, para Inglaterra al menos, el crecimiento databa de hacía mil años: no hubo nada excepcional en los tiempos de la revolución industrial en términos de tasas de crecimiento, que habrían sido mucho más elevadas, por ejemplo, en la primera mitad del siglo XVI, cuando llegaron a triplicar las que se registrarían en el período del supuesto «take-off». Lo que había que hacer era considerar el crecimiento a largo plazo no solamente como una función de la industrialización, ya que desde el año 1000 al 1300, por ejemplo, la mayor parte del crecimiento surgió de mejoras en la agricultura y el transporte, que crearon mercados para el capital y el trabajo, y ampliaron los de las mercancías, reduciendo de esta manera los costes de transacción.[65]

Mientras tanto, otros investigadores cambiaban el acento de la máquina a la energía, como lo harían Rondo Cameron y, sobre todo, Wrigley.[66] Las econo-

64. N. F. R. Crafts, «British economic growth, 1700-1831: a review of the evidence», en *Economic History Review*, XXVI, n.º 2 (mayo 1983), pp. 177-199, y *British economic growth during the industrial revolution*, Oxford, Clarendon Press, 1985; C. Knick Harley, «British industrialization before 1841: evidence of slower growth during the industrial revolution», en *Journal of Economic History*, XLII, n.º 2 (junio 1982), pp. 267-289. Desde 1992, las estimaciones de Crafts y Harley han provocado una controversia, en especial en *Economic history review*, que es imposible sintetizar aquí. Las referencias esenciales, hasta 1994, aparecen en N. F. R. Crafts and C. K. Harley: «Output growth and the British industrial revolution: a restatement of the Crafts-Harley view», en *Economic History Review*, XLV (1992), n.º 4, pp. 703-730 y David Greasley and Les Oxley, «Rehabilitation sustained: the industrial revolution as a macroeconomic epoch», en *Economic History Review*, XLVII (1994), n.º 4, pp. 760-768.

65. Jeffrey G. Williamson, «Why was British growth so slow during the industrial revolution?», en *Journal of Economic History*, XLIV, n.º 3 (sept. 1984), pp. 687-712; Graeme Donald Snooks, ed.: *Was the industrial revolution necessary?*, Londres, Routledge, 1994 (en especial el trabajo de Snooks «Great waves of economic change: the industrial revolution in historical perspective, 1000 to 2000», pp. 43-78). Snooks, pofesor del Institute of Advanced Studies de Australia y autor de ensayos teóricos interesantes como *Economics without time. A science blind to the forces of historical change*, Londres, Macmillan, 1993, ha ido más allá de lo razonable con *The laws of history*, Londres, Routledge, 1998, donde nos presenta un triple juego de leyes de la historia, con pretensiones de ser predictivas, que van desde trivialidades a elucubraciones de escasa utilidad.

66. Rondo Cameron, «A new view of European industrialization», en *Economic History Review*, XXXVIII (1985), n.º 1, pp. 1-23 y E. A. Wrigley, *Cambio, continuidad y azar*, Barcelona, Crítica, 1993.

mías anteriores a la «industrialización» eran «orgánicas» y dependían fundamentalmente de la tierra, tanto en lo referente a los alimentos como a las materias primas utilizadas, y a la obtención de energía, que era esencialmente animal (de hombres y caballos) o procedía de la leña como combustible. En estas condiciones el progreso económico, sobre todo en términos de producto por persona, tenía unos límites fijados por la disponibilidad de tierras de cultivo y por el lento aumento de los rendimientos y de la productividad agrícolas. Los bosques no habrían bastado para la expansión de la siderurgia y no habría habido suficientes tierras para producir alimentos para un número mucho mayor de caballos —es decir, para más energía—, sin poner en peligro la alimentación humana. El salto hacia adelante de la producción fue posible gracias a la substitución de productos orgánicos por otros minerales —cerámica, ladrillos, vidrios, hierro y acero— y de la fuerza animal, o la de la combustión de leña, por la obtenida del carbón mineral, que proporcionaba energía mecánica a través de la máquina de vapor. Se pasaría así de una economía orgánica avanzada a una economía de energía de base mineral.

Otras revisiones analizaron el crecimiento del comercio exterior británico y restaron protagonismo en él a los industriales para darlo a la colaboración de un grupo de terratenientes —«que combinaba, a la manera de los samurais japoneses, el prestigio de una posición social heredada con ambiciones progresivas, orientadas hacia el mercado»— con «los «hombres nuevos» del sector en ascenso de los servicios, cuyas innovaciones en las finanzas, la distribución y las actividades profesionales engendraban riqueza y les ganaron reconocimiento social». En cambio «el sector manufacturero (industrial) era menos dinámico de lo que se acostumbra a suponer y a sus representantes les faltaba el prestigio y el acceso a los círculos selectos en los que se formulaba la política». Este sería, según Cain y Hopkins, el «gentlemanly capitalism», un «capitalismo de caballeros» que habría protagonizado la expansión de la economía británica.

La aristocracia terrateniente, que se beneficiaba directamente del viejo colonialismo, tuvo una posición dominante tanto en lo que se refiere a la fortuna como a la influencia política hasta alrededor de 1850, cuando el librecambio comenzó a minar el viejo colonialismo y, con ello, su fortuna. Pero en estos momentos había crecido el sector de los servicios y las finanzas, asociado a los terratenientes, que ahora ganaría, aliado a ellos, la batalla de la influencia política. Cuando a fines del siglo XIX la política librecambista puso en peligro la industria, que no podía competir en los mercados mundiales y estaba perdiendo su propio mercado interior, los intereses de la City de Londres (del librecambio y del nuevo imperialismo económico ligado a las grandes exportaciones de capital dentro del sistema del patrón oro) se impondrían a los de la industria del norte de Inglaterra. La balanza comercial era muy desfavorable, pero se veía compensada por la de capitales.

Hubo quienes lo vieron a tiempo: un grupo de economistas neomercantilistas que abogaban por salvar la industria sacrificando el librecambio. Pero no era esto lo que convenía a los grupos financieros de la City, que estaban más

cercanos al poder, de manera que un hombre como Thorold Rogers perdió su cátedra en Oxford por mostrarse crítico con la política económica seguida.[67]

Hay que añadir que otras investigaciones, como los dos grandes libros sobre los comerciantes de Londres de Robert Brenner (que estudia el siglo XVII) y de David Hancock (que se ocupa del siglo XVIII), muestran también la utilidad de un enfoque que analice el crecimiento moderno partiendo del comercio exterior.[68]

De más alcance, tal vez, han sido las revisiones que han buscado los mecanismos explicativos del crecimiento en las transformaciones del mercado interior: en la llamada «revolución del consumo» o en la «industrious revolution». Ya hemos visto que la fuerza del tópico había inducido a valorar en exceso el peso de las exportaciones industriales que se suponía que habían hecho de Gran Bretaña «la fábrica del mundo». Este espejismo había dado lugar a que se pasasen por alto fenómenos tan reveladores como las grandes inversiones que en las últimas décadas del siglo XVIII se hicieron en Inglaterra en carreteras de peaje (*turnpikes*) y canales, que serían inexplicables si no hubiera habido con anterioridad una multiplicación de los tráficos e intercambios interiores que las hicieran rentables.

La idea de una revolución previa del consumo la expuso en 1983 McKendrick, que sostenía que el desarrollo del mercado interior había llegado a tener proporciones revolucionarias en el tercer cuarto de siglo XVIII, antes de la fecha tradicional de arranque del «take-off» y mucho antes de la era de la fábrica. El proceso se habría iniciado de manera poco espectacular, en ramas industriales de las que se habla poco o nada en las historias tradicionales de la industrialización, productoras de elementos de consumo doméstico de masa. Y su objetivo habría sido poner al alcance de una gran parte de la sociedad objetos que durante siglos sólo estuvieron al alcance de los ricos. La cosa habría comenzado con la entrada en los hogares populares de objetos de consumo modestos y muy diversos: llaves, botones, cuchillos, candelabros, cerámica, muebles, vajilla. Pero el gran motor habría sido la moda, la imitación de los vestidos de las clases altas que impulsó un elevado consumo de tejidos nuevos, como los estampados de algodón, y que se vio favorecida por la gran difusión de las revistas femeninas de moda. Ha habido, desde McKendrick, un auténtico florecimiento de los

67. Estas ideas se expusieron por vez primera en P. J. Cain and A. G. Hopkins, «Gentlemanly capitalism and British expansion overseas, I: The old colonial system, 1688-1850» y «II: New imperialism, 1850-1945», en *Economic History Review*, XXXIX (1986), n.º 4, pp. 501-525 y XL (1987), n.º 1, pp. 1-26. Y posteriormente en los dos volúmenes de los mismos autores: *British imperialism: innovation and expansion, 1688-1914* y *British imperialism: crisis and deconstruction, 1914-1990*, Londres, Longman, 1993. El debate sobre sus ideas en Raymond E. Dummett, ed., *Gentlemanly capitalism and British imperialism. The new debate on empire*, Londres, Longman, 1999.

68. Robert Brenner, *Merchants and revolution. Commercial change, political conflict, and London's overseas tarders. 1550-1653*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993; David Hancockm *Citizens of the world. London merchants and the integration of the British atlantic community, 1735-1785*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995. Los dos son ejemplos de grandes libros de historia económica sin una sola ecuación, pero con una base documental impresionante, que les permite llegar a conclusiones innovadoras.

estudios sobre el crecimiento del consumo, que están renovando por completo, no sólo nuestra percepción de la producción y de los mercados interiores, sino la de las formas de vida del conjunto de la sociedad.[69]

También el estudio de los niveles de vida ha visto producirse grandes cambios, que van desde una serie de revisiones críticas de las viejas cifras de Phelps Brown y Hopkins, hasta un replanteamiento a fondo de los métodos para estimar su evolución, la consideración del impacto que tuvieron unos medios urbanos degradados o el intento de evaluar la mejora o empeoramiento de las condiciones de vida a través de la evolución de las estaturas medias. Que las observaciones antropométricas muestren evoluciones negativas entre 1500 y 1800 tanto para Inglaterra como para Holanda y para los Estados Unidos parece coincidir con las estimaciones igualmente negativas que se hacen últimamente de la evolución de los salarios reales en esta época, que llevan a Van Zanden a concluir que desde principios del siglo XVI hasta fines del XVIII hubo «una relación inversa entre desarrollo y nivel de vida», lo que obliga a pensar que «amplios sectores de la población de Europa no obtuvieron demasiado provecho del progreso económico».[70]

Los cambios de perspectiva que nos muestran que la demanda ha crecido mucho antes de las fechas del «take-off» se han producido paralelamente a una

69. Neill McKendrick, John Brewer and J. H. Plumb, *The birth of a consumer society. The commercialization of Eighteenth-centruy England*, Londres, Hutchinson, 1983; Lorna Weatherill, *Consumer behaviour and material culture in Britain, 1660-1760*, Londres, Routledge, 1988; C. Shamas, *The pre-industrial consumer in England and America*, Oxford, Clarendon Press, 1990; M. Berg, ed., *Mercados y manufacturas en Europa*, Barcelona, Crítica, 1995; J. Brewer y R. Porter, eds., *Consumption and the world of goods*, Londres, Routledge, 1993, etc. Una revisión de la bibliografía sobre el tema en Peter N. Stearns, «Stages of consumerism: recent work on the issues of periodization», en *Journal of modern history*, 69 (marzo 1997), pp. 102-117. En lo referente a España, J. Torras y B. Yun, eds., *Consumo, condiciones de vida y comercialziación. Cataluña y Castilla, siglos XVII-XIX*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1999.

70. Henry Phelps Brown y Sheila V. Hopkins, *A perspective of wages and prices*, Londres, Methuen, 1981 (las series básicas se publicaron en 1955 y 1956 en *Economica*). Dos de las diversas revisiones: David Loschky, «New pespectives on seven centuries of real wages», en *Journal of European economic history*, 21 (1992), n.º 1, pp. 169-182 y Jan L. Van Zanden, «Wages and the standard of living in Europe, 1500-1800» en *European review of economic history*, 2 (1999), pp. 175-197 (citas de pp. 192-193). Sobre los problemas de definición y medida de los niveles de vida y los salarios reales véase lo que dicen P. Scholliers y Vera Zamagni en la introducción (pp. IX-XVII) del libro, editado por ellos, *Labour's reward. Real wages and economic change in 19th- and 20th-century Europe*, Edward Elgar, 1995, o Donald Woodward en *Men at work. Labourers and building craftsmen in the towns of northern England, 1450-1750*, Cambridge, Cambridge Unviersity Press, 1995, pp. 209-249 («Towards an understanding of living standards»). Sobre el medio urbano, J. G. Williamson, *Coping with city growth during the British industrial revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990 y Simon Szreter y Graham Mooney, «Urbanization, mortality, and the standard of living debate: new estimates of the expectation of life at birth in nineteenth-century British isles», en *Economic history review*, LI (1998), 1, pp. 84-112. Entre los trabajos de historia antropométrica hay que destacar, al margen de los de Komlos, el libro de Roderick Floud, Kenneth Wachter and Annabel Gregory, *Height, health and history. Nutritional status in the United Kingdom, 1750-1980*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990. El debate entre Komlos y éstos en *Economic history review*, XLVI (1993), pp. 115-154.

nueva visión de la industria que no acepta el protagonismo que se daba a la mecanización y al vapor. Un artículo innovador de Franklin Mendels dio un nuevo interés al estudio del «putting out» y, en general, de todo lo que se refiere a la industria «antes de la industrialización», planteando el modelo de lo que él llamaría la «protoindustrialización»: un sistema de producción de base rural en que los trabajadores eran artesanos-campesinos que combinaban el hilado o el tejido con el cultivo de la tierra, pero que vendían sus productos en un mercado lejano por mediación de empresarios que los comercializaban. El desarrollo de estas actividades industriales habría estimulado en las zonas cercanas el de una producción agrícola para vender alimentos a estos campesinos-artesanos que no cosechaban lo suficiente para su consumo, y habría favorecido de esta manera el desarrollo del mercado local. La protoindustrialización se habría dado sobre todo en lugares donde había pobreza, una demografía elevada o unas reglas de reparto de la herencia que fragmentaban la propiedad y hacían que las familias campesinas tuvieran explotaciones insuficientes para mantenerse. Ligando todos estos elementos De Vries propuso en 1994 el concepto de la «industrious revolution» que habría dado lugar a que las familias, deseosas de adquirir los nuevos productos de consumo, intensificasen el trabajo dedicado a producir para el mercado, lo que serviría, de paso, para explicar la paradoja de que los salarios reales hubieran disminuido en Europa entre 1500 y 1800, mientras los inventarios de los bienes domesticos mostraban un aumento de la riqueza de las familias.[71]

El resultado de esta línea de investigación ha sido el de hacernos percatar de que la vieja tipología de formas diversas —rural y urbana, gremial y doméstica— de la industria antes de la industrialización era engañosa. No se trataba de formas de actividad que se desarrollasen por separado, sino que eran en muchos sentidos complementarias. El elemento unificador fundamental eran justamente los comerciantes o los pelaires, que no solamente encargaban trabajo en el campo, sino también en la ciudad, y que eran los que organizaban la producción. Lo que habría ocurrido en la Inglaterra del siglo XVIII habría sido que la demanda creciente del mercado interior, y la posibilidad de hacer grandes beneficios con productos industriales en el comercio triangular del Atlántico, habrían estimulado a los hombres de negocios, no solamente a seguir

71. Los planteamientos iniciales se pueden ver en F. Mendels, «Proto-industrialization: the first phase of the industrialization process», en *Journal of Economic History*, XXXII (1972), n.º 1, pp. 241-261 y el primer estudio global en P. Kriedte, H. Medick y J. Schlumbohm, *Industrialización antes de la industrialización*, Barcelona, Crítica, 1986. La bibliografía posterior es tan extensa que resulta imposible sintetizarla. Una síntesis que nos ofrece un estado de la cuestión y orientaciones bibliográficas adecuadas es la de Sheilagh C. Ogilvie y Markus Cerman, eds., *European proto-industrialization*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996. J. De Vries, «The industrial revolution and the industrious revolution», en *Journal of economic history*, 54 (1994), pp. 249-270; la visión de De Vries se critica en Jan L. Van Zanden, «Wages and the standard of living in Europe, 1500-1800», en *European review of economic history*, 3 (1999), n.º 2, pp. 175-197, que presenta un cuadro pesimista de la evolución de los niveles de vida en los siglos modernos.

actuando como empresarios externos a la producción, sino a invertir directamente en ésta a través de la fábrica.

Sidney Pollard (1925-1998) —un judío exiliado de Viena, con puntos de vista cercanos al marxismo— partió de los modelos de la protoindustrialización para proponer una visión «regional» del desarrollo industrial. Cuando en una zona aparecen unas industrias exportadoras que implican cierta especialización, acostumbra a producirse en ella una demanda mayor de alimentos que favorece a menudo la especialización agrícola de las zonas vecinas y puede contribuir a desindustrializarlas. La industrialización no es un fenómeno que avance globalmente en un país, sino que tiene unas dimensiones de polarización y regionalización. Esto implica, dirán Maxine Berg y Pat Hudson, que sea necesario entender el fenómeno en su conjunto, como una suma de progresos y retrocesos de crecimiento y desindustrialización, lo que implica que las cifras globales de producción a escala nacional resulten insuficientes para entender la complejidad real del proceso.[72]

Maxine Berg reivindicó el tiempo de la industrialización inglesa como «la era de las manufacturas», desmitificando la importancia que se daba habitualmente a los «sectores de punta», algodón y hierro, y a la etapa de la mecanización y de la fábrica. Las primeras máquinas revolucionarias fueron artefactos creados para potenciar la producción doméstica, como la «spinning Jenny» de Hargreaves, que lleva el nombre de la esposa del inventor. Uno de los factores que definirían esta etapa sería el de haber mantenido el importante papel del trabajo familiar —y en especial de niños y mujeres, subestimado habitualmente—, que pudo conservarse gracias a que la máquina simplificaba las operaciones.[73]

¿Y la fábrica, que antes había sido protagonista y ahora parecía desaparecer de esta historia? Un economista radical norteamericano, Stephen Marglin, revisó su función en «What do bosses do?». Marglin sostenía que la fábrica no se desarrolló por razones de eficacia tecnológica, sino para asegurar al patrón el control sobre la fuerza de trabajo y facilitarle la obtención de un excedente mayor. No nació de la máquina, porque, en la forma de manufactura centralizada, la fábrica era anterior a la máquina y porque su modelo de control del trabajo se parecía sobre todo al de la plantación esclavista o al de la «workhouse» coercitiva para los pobres. Una vez asociadas la máquina y la fábrica, los empresarios estimularon un tipo de desarrollo tecnológico que fuese sólo compatible con la organización fabril, al exigir fuertes inversiones de capital,

72. Sidney Pollard, *Peaceful conquest* (1981), hay traducción española: *La conquista pacífica. La industrialización de Europa, 1760-1970*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1991 y *Marginal Europe* (1994). Sobre el autor, Peter Mathias, «Sidney Pollard» en *Journal of European economic history*, 28 (1999), n.° 2, pp. 411-415. Pat Hudson, «The regional perspective», en Pat Hudson, ed., *Regions and industries. A perspective on the industrial revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 5-38.

73. Maxine Berg, *La era de las manufacturas*, Barcelona, Crítica, 1987; *id.*, «What difference did women's work make to the industrial revolution?», en *Histoy Workshop*, 35 (1993), pp. 22-44.

para asegurarse la superioridad sobre la pequeña producción. La fábrica no sería un instrumento de progreso económico, sino de control social. La máquina, ideada inicialmente como una ayuda para aumentar la productividad del trabajo humano a fin de mejorar los ingresos del trabajador doméstico y disminuir los precios de los productos industriales, potenciando la capacidad de consumo de la población, sólo realizó el segundo de estos objetivos una vez introducida en la fábrica y sujeta al empresario, que pudo desviar en su provecho la parte que habría servido para mejorar los ingresos del trabajador.[74]

Siguiendo en esta línea, Sabel y Zeitlin mostraron en 1985 que había diversas vías de progreso industrial que no pasaban necesariamente por la fábrica. Estas ideas las completaron y desarrollaron en un libro de 1997 en que pretendían reemplazar el viejo relato que contraponía un antiguo régimen de control gremial y producción manual doméstica a una modernidad marcada por la libertad del mercado, la mecanización y la fábrica. Proponían para ello un relato alternativo que define la etapa final del antiguo régimen como una fase de «modernidad de la tradición», que estaba haciendo posible la mecanización y el progreso tecnológico dentro del marco institucional vigente. Esta va a ser remplazada, desde mediados del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial, por una de «batalla de los sistemas», que vería la coexistencia de una industrialización de fábrica con empresas integradas verticalmente que utilizaban sus costosos equipamientos para producir objetos estandarizados y otra de unidades menores, capaces de cooperar entre sí en un marco de instituciones y reglas que aseguraban la colaboración, orientada hacia una especialización flexible (como la seda de Lyon, los cuchillos de Solingen, los relojes suizos...). La tercera etapa de este proceso, que iría desde 1920 hasta 1970, habría sido la del triunfo de la producción en masa, pero la crisis de los años setenta, concluyen, ha abierto una «nueva batalla de los sistemas», como consecuencia del estancamiento de los centros clásicos de producción en masa, bloqueados por su tradicionalismo.

El planteamiento de Sabel y Zeitlin —que rechaza como antihistórica la separación de lo tradicional y lo moderno, igual que rechaza, en términos de método, la de lo político y lo económico— tiene la virtud de reemplazar la vieja visión simplista que lo interpretaba todo en función del progreso tecnológico, por otra completamente abierta, en que los hombres tienen la opción de seguir caminos diferentes y toman decisiones, optando por uno u otro de los diversos «futuros posibles». Por lo general, nos dicen, la opción de la producción fabril estandarizada se toma cuando una economía es estable, mientras que cuando el entorno es «volátil» resulta mucho mejor organizar cada etapa de la producción como una empresa independiente, colaborando en un marco en el que unos acuerdos institucionales adecuados garantizan la seguridad de

74. Cito a través de la traducción italiana «A che servono i padroni? Origini e funzioni della gerarchia nella produzione capitalistica», incluida en el volumen de David S. Landes, ed., *A che servono i padroni? Le alternative storiche dell'industrilizzazione*, Turin, Bollati Boringhieri, 1987, pp. 13-59, donde le sigue, del mismo Marglin, «Conoscenza e potere» (pp. 60-79).

los tratos, con el fin de realizar una producción flexible que hará posible sobrevivir a los cambios desfavorables del entorno.[75]

Abandonadas las viejas certidumbres, los caminos para la exploración parecen abiertos. Lars Magnusson, por ejemplo, reclama que los problemas que plantea el tema de las vías de organización y de la aparición de la fábrica se estudien teniendo en cuenta cómo opera la empresa en el tiempo histórico, que se analice cómo el empresario —propietario, maestro gremial, «putter-out» o comerciante— toma sus decisiones en un contexto económico, social e institucional dado. Por esta vía la llamada historia empresarial o «bussiness history», entendida como historia económica de la empresa, enriquecería nuestra comprensión de un fenómeno que no se puede considerar como un simple reflejo de la evolución tecnológica.[76]

Este retorno a la realidad concreta, este volver a integrar los datos estrictamente económicos con los del contexto político y cultural, deja abiertos los caminos por los cuales la historia económica —en este caso concreto que hemos considerado, tomándolo como ejemplo, la de la industrialización como vía para comprender mejor la dinámica del crecimiento económico; pero no es el único caso que se podría haber considerado— vuelve a convertirse en una herramienta de análisis y comprensión de la realidad, válida para el presente.

75. Charles F. Sabel y Jonathan Zeitling, «Historical alternatives to mass production: politics, markets and technology in nineteenth century industrialization», en *Past and Present*, n.º 108 (agosto 1985), pp. 133-176, y *World of possibilities. Flexibility and mass production in western industrialization*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

76. Lars Magnusson, *The contest for control. Metal industries in Sheffield, Solingen, Remscheid and Eskistuna during industrialization*, Oxford, Berg, 1994, pp. 1-23. Una excelente introducción al tema global del papel del empresario se encontrará en Jesús M.ª Valdaliso y Santiago López, *Historia económica de la empresa*, Barcelona, Crítica, 2000.

11. LOS MARXISMOS

Lo que se ha denominado la «invención del marxismo», que se produjo en el tránsito del siglo XIX al XX, consistió en la transformación de lo que era un método de investigación en un corpus de doctrina, con serios riesgos de simplificación y de dogmatismo, que se agravarían con el triunfo de la revolución bolchevique de 1917. La necesidad de difundir entre el conjunto de los ciudadanos los principios que fundamentaban el nuevo modelo de sociedad obligaba a preparar exposiciones pedagógicas del marxismo, como *El ABC del comunismo*, de Bujarin (1888-1937) y Preobrazhenski (1886-1937) o *La teoría del materialismo histórico: Manual popular de sociología marxista* también de Bujarin, un libro que Gramsci denunciaría enérgicamente diciendo: «La reducción de la filosofía de la praxis a una sociología ha representado la cristalización de la nefasta tendencia a (...) reducir una concepción del mundo a un formulario mecánico, que da la impresión de tener toda la historia en el bolsillo».[1]

Los dos rasgos característicos de esta literatura —simplificación catequística y «defensa de la revolución», o sea del nuevo orden establecido— se reflejarán en el trabajo de los historiadores rusos, muy especialmente después de la crisis de 1927 a 1929 cuando surge lo que acostumbramos a llamar el estalinismo. En este contexto el «marxismo-leninismo» sería usado como ideología de legitimación que había de ayudar a subordinarlo todo a las necesidades políticas coyunturales, es decir, a las directrices del partido.

Esta obligación de adaptarse a una política cambiante sería la causa de la condena del único historiador académico de prestigio con que contaban los bolcheviques. Mikhail Pokrovski (1868-1932), que se había afiliado a los bolcheviques en 1905 y había tomado parte en la revolución de octubre de 1917, escribió una *Historia de Rusia* en cinco volúmenes, donde daba una visión «marxista», en el sentido más ortodoxo de la palabra, y sostenía que la evolución de

1. Montserrat Galcerán Huguet, *La invención del marxismo*, Madrid, Iepala, 1997. En *El ABC del comunismo*, que uso en la edición de Barcelona, Editorial Marxista, 1937, puede verse la habitual reivindicación del «carácter científico de nuestro programa» (p. 11). A. G. Lowy, *El comunismo de Bujarin*, Barcelona, Grijalbo, 1973; Stephen F. Cohen, *Bukharin and the bolshevik revolution. A political biography 1888-1938*, Nueva York, Vintage Books, 1975. La cita de Gramsci es de *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, Turín, Einaudi, 1955, p. 126 (a la crítica del «manual» se dedican las pp. 117-168).

Rusia era similar a la de otros países europeos y que había llegado al capitalismo como consecuencia natural de este proceso, en la línea de lo que Lenin había sostenido cuando polemizaba con los populistas en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Esta tesis estaría de acuerdo con las necesidades del partido hasta la caída de Trotski, ya que servía para dar respaldo al programa del socialismo en un solo país. Pero al llegar las dificultades del primer plan quinquenal, cuando lo que convenía era poner de relieve el atraso de la Rusia prerrevolucionaria en contraste con los avances que había aportado la planificación, la interpretación de Pokrovski resultaba inoportuna. Por suerte para él, murió a tiempo de no tener que ver cómo su obra era condenada en 1936 por Stalin, que lo acusaría de pequeño burgués.

De hecho, Stalin había decidido desde octubre de 1931, con motivo de los debates en torno a la actitud de los bolcheviques respecto de la Segunda Internacional, que el trabajo de los historiadores se había de acomodar a las directrices del partido en cada momento. En una carta titulada «Algunas cuestiones de historia del bolchevismo» condenaba a las «ratas de biblioteca» que pretendían argumentar sobre la base de la inexistencia de documentos que demostrasen una tesis y atacaba, sobre todo, la idea misma de pretender «seguir estudiando» temas que el partido había decidido y que había que considerar como «axiomas». De hecho la reelaboración de la historia a fin de legitimar en cada momento la línea política del partido, sería un elemento clave del estalinismo.[2]

Más grave resultaría, por su alcance general, el tema del «modo de producción asiático». En el texto canónico de la *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx había hablado de «los modos de producción asiático, antiguo, feudal y burgués moderno como de épocas progresivas de la formación social económica». Añadiéndole el comunismo primitivo al principio, y el socialismo al final, se obtenía un conjunto de seis etapas; pero mientras cinco de ellas se podían enlazar en una secuencia y convertirse en una pauta explicativa universal de la historia, el modo de producción asiático no solamente quedaba descolgado, sino que no se veía el modo de introducir en un esquema esencialmente eurocéntrico una fase que había sido elaborada sobre el modelo de las

2. Buena parte de esto se basa en el excelente libro de John Barber, *Soviet historians in crisis. 1928-1932*, Londres, Macmillan, 1981. El artículo de Stalin en *Obras*, 13, Madrid, Ediciones Vanguardia Obrera, 1984, pp. 89-108. El caso de Camboya puede servir para ilustrar el problema: el Partido Comunista de Camboya se fundó el 1951 como una sección del Partido Comunista de Indochina, dominado por los vietnamitas, hasta que en 1960 se estableció un Partido Comunista de Camboya autónomo. Mientras los comunistas camboyanos necesitaban del apoyo de los vietnamitas, su historia oficial, escrita por Keo Meas, celebraba el 30 de septiembre del 1951 como fecha de fundación. Pero en 1976 los khmers rojos se sentían lo bastante fuertes para deshacerse de la tutela vietnamita y pasaron a reescribir su historia, fijando como fecha fundacional el 30 de septiembre de 1960. La única forma de explicar este cambio sin reconocer los motivos de oportunismo que habían llevado a aceptar la solución anterior, fue inventar una conspiración: Keo Meas fue detenido y torturado para hacerle confesar que todo había sido una malvada conjura dirigida por los vietnamitas (Slavoj Zizek, «When the party commits suicide», en *New Left Review*, n.º 238 [1999], pp. 27-28).

sociedades hidráulicas de Asia. El tema tomó una nueva dimensión con motivo de las discusiones respecto de la política que se debía seguir en China. Los que pensaban que la sociedad china estaba en una fase feudal propugnaban la alianza de los comunistas con la burguesía nacional para hacer la revolución burguesa como etapa previa a la socialista; los que suponían, como Trotski, que ya estaba en pleno capitalismo, no veían otra salida que la hegemonía del proletariado. Pensar, en cambio, que China se pudiera hallar en el tránsito del modo de producción asiático al capitalismo dejaba a los teóricos sin recetas para formular una línea de actuación. El resultado de la confusión fue el caos de la política china, que acabó con un desastre a costa de muchas vidas humanas.

Se entenderá, por lo tanto, que en las reuniones que tuvieron lugar en Tiflis y Leningrado en 1930 y 1931 los historiadores rusos decidiesen desembarazarse del modo de producción «asiático —renegando de un elemento que estaba en el texto mismo del «símbolo de la fe» del marxismo ortodoxo—, con el argumento de que no era más queun a variante peculiar, oriental, del feudalismo. De esta manera se pudo reconfigurar el esquema cerrado de cinco etapas —con el modo de producción antiguo de Marx convertido en «esclavismo», por influencia de Struve—, que Stalin consagró en 1938, diciendo: «La historia conoce cinco tipos fundamentales de relaciones de producción: la comunidad primitiva, la esclavitud, el régimen feudal, el régimen capitalista y el régimen socialista». Con esto teníamos un «esquema único y necesario por el cual han de pasar todas las sociedades», que el historiador había de limitarse a rellenar e ilustrar con hechos. El materialismo histórico había acabado convirtiéndose en lo que Marx combatía: una filosofía de la historia.[3]

Se ha podido decir, por esta razón, que los historiadores rusos habían dejado el marxismo por el «marxiismo», es decir, por la imitación del lenguaje marxista sin demasiada relación con los métodos de Marx: «Siendo un lenguaje con poca substancia teórica, el "marxiismo" tenía una maleabilidad casi ilimitada que podía adaptarse a las demandas políticas en cualquier momento dado. La investigación marxista seria podía de hecho resultar peligrosa. La proclamación de lealtad a la línea del partido se convirtió en la orden del día».

3. Sobre la cuestión de China: Rudolf Schlesinger, *L'Internazionale comunista e la questione coloniale*, Bari, De Donato, 1971; M. N. Roy, *Revolución y contrarrevolución en China*, México, Roca, 1972; Alexander Pantsov, *The Bolsheviks and the chinese revolution, 1919-1927*, Richmond, Surrey, Curzon, 2000, etc. Sobre el modo de producción asiático, Centre d'Etudes et Recherches Marxistes, *Sur le «mode de production asiatique»*, Paris, Editions Sociales, 1969; Roger Bartra, ed., *El modo de producción asiático. Problemas de la historia de los paises coloniales*, México, Era, 1975: Stephen P. Dunn, *The fall and rise of the Asiatic mode of production*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1982; Brendan O'Leary, *The Asiatic mode of production. Oriental despotism, historical materialism and Indian history*, Oxford, Blackwell, 1989. La necesidad de acomodar la historia conocida al esquema stalinista llevó, en el caso de Cuba, a que, identificando el esclavismo antiguo con la plantación esclavista, se echase de menos el feudalismo. A alguien se le ocurrió que la solución era calificar de feudalismo el periodo de muy pocos años en que, al producirse la abolición, los esclavos quedaban en un régimen de patronazgo.

Esto facilitó que en 1934, cuando estaba consolidando su poder personal autocrático, Stalin decidiese «dejar su huella en el modo de escribir la historia en la Unión Soviética, con el propósito de legitimar su régimen».[4]

En la Unión Soviética, y en los países que seguían su modelo, se consolidó la separación entre una teoría esclerótica y una práctica de investigación que, pese a revestirse con citas de Marx, era puramente positivista. Un escolasticismo que producía catecismos con los que se intentaba convencer a los fieles de que «los filósofos marxistas unen las palabras a los hechos, la teoría con la práctica, la filosofía con la política del Partido Comunista y del Estado Soviético». Y donde la visión de la historia se reducía a simplificaciones elementales. Mientras los trabajos políticamente más comprometidos, como las historias oficiales de la revolución bolchevique, si bien eran productos positivistas, simples relatos de hechos, podían tener que modificarse en cualquier momento para ponerlos de acuerdo con las consignas vigentes. Esta dependencia de la coyuntura política podía llevar a aberraciones como la de ver a dos miembros de la Academia de Ciencias proclamando, en 1964, que «en los últimos años han aparecido en la esfera de la ciencia histórica de la República Popular de China algunas tendencias equivocadas que están estrechamente vinculadas al curso político, generalmente incorrecto, de la dirección del Partido Comunista de China», lo que mostraba, simplemente, que las tendencias «teóricas» de la pretendida «ciencia histórica» se acomodaban en cada momento al «curso político» que señalaban los dirigentes del partido.[5]

Uno de los ejemplos más claros de esta dualidad entre práctica historiográfica y legitimación «teórica» es el de Polonia donde muchos historiadores se acomodaron a la situación dedicándose a practicar el más tradicional de los eclecticismos adornado con terminología marxista. Este sería el caso de Witold

4. Slava Gerovitch, «Writing history in the present tense: Cold war-era discursive strategies of Soviet historians of science and technology» en Christopher Simpson, ed., *Universities and empire. The Cold war and the production of knowledge*, Nueva York, The New Press, 1998, pp. 189-228, cita de p. 193. Amy Knight, *Who killed Kirov? The Kremlin's greatest mistery*, Nueva York, Hill and Wang, 1999, p. 181.

5. Las citas de manual proceden de S. V. Sychov, *El objeto del materialismo histórico. La formación económico social*, Bogotá, Ediciones Suramérica, 1969, pp. 38-39 y 66. El folleto contiene instrucciones para los propagandistas que tienen que hacer conferencias en auditorios populares y se parece a los sermonarios católicos. Por lo que se refiere a las historias oficiales de la revolución, su carácter positivista es tan visible en la vieja *Historia de la revolución rusa*, preparada bajo la dirección de M. Gorki, V. Molotof, K. Vorochilof, S. Kirof, A. Chdanof (*sic*) y J. Stalin (tomo I, Barcelona, Europa América, 1938), como en la *Historia de la gron revolución socialista de octubre* (Madrid, Castellote, 1976), presentada como un trabajo colectivo de los científicos del «Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la URSS» (p. 7). La cita final es de R. V. Vyatkin y S. L. Tikhvinsky, «Some Questions of Historical Science in the Chinese People's Republic», reproducido en Albert Feuerwerker, ed., *History in Communist China*, Cambridge (Mass.), MIT, 1969, pp. 331-335. Una visión interesante de la enseñanza de la historia en la escuela, y de su fracaso, se puede encontrar en Sirkk Ahonen, *Clio sans uniform. A study of the post-marxist transformation of the history curricula in East Germany and Estonia, 1986-1991*, Helsinki, Suomalainen Tiedeakatemia, 1992.

Kula (1916-1988) y de sus *Problemas y métodos de la historia económica*, que decoraba un texto ecléctico, totalmente ajeno a cualquier manera de concebir el marxismo, con jaculatorias sin ningún sentido como la de decir que «la ciencia histórica polaca de la postguerra tiene cada vez más en cuenta la opinión de las masas populares»: unas masas populares que obviamente no figuraban entre los lectores potenciales de su libro. Una cosa parecida se podría decir de la escuela de Poznan, y más en concreto de la *Metodología de la investigación histórica* de Jerzy Topolski, un producto escolástico donde la furia clasificatoria, la retórica empalagosa y la pretensión de establecer leyes históricas se sitúan bien lejos de la herencia de Marx.[6]

En algunos casos, además, se podía mezclar la exigencia de acomodación al catecismo con la de aceptar mitos nacionalistas locales. En el caso de Rumanía, por ejemplo, la imposición de pautas interpretativas desde arriba condujo, primero, al establecimiento de listas de libros prohibidos y a una segregación total respecto de lo que hacía «la historiografía burguesa»; después, con Ceaucescu, a la fabricación de mitos como el «protocronismo» —la idea de que Rumanía se había adelantado en diversos aspectos a la civilización europea— y la «tracomanía», que exaltaba a los tracios.[7]

Por más que este academicismo oportunista haya sido dominante, cabe decir que, pasados los momentos agudos del estalinismo, se dio en la Unión Soviética y en los países de su área una investigación histórica de calidad, demasiado ignorada fuera de sus fronteras, que fue realizada por investigadores que no dudaban en enfrentarse a los representantes del escolasticismo oficial. Este, por ejemplo, es el caso de los arqueólogos, o el de los historiadores de la antigüedad de formación orientalista que, en torno a Igor M. Diakonoff (nacido en 1915), defenderían que «es necesaria una revisión radical de la visión sobre las antiguas sociedades orientales para superar el peligro de la esquematización y del dogmatismo». La necesidad de revisión surgía en el orientalismo como consecuencia del hecho de que, al haber de incluir el mundo extraeuropeo en sus análisis, el carácter eurocéntrico del esquema de los modos de producción estalinista, con la secuencia esclavismo-feudalismo-capitalismo, resultaba difícilmente aplicable. Mientras los estudiosos de la antigüedad romana, como Shtaerman, discutían si el trabajo esclavo había sido fundamental, los orientalistas retomaban la discusión del «modo de producción asiático» en los años sesenta, conscientes de que ni esclavismo ni feudalismo eran para ellos conceptos válidos. Sería también el contacto con la historia de los pueblos del

6. Sobre la «escuela polaca de investigación histórica» véase Andrze, F. Grabski, «Poland», en G. G. Iggers y H. T. Parker, eds., *International handbook of historical studies. Contemporary research and theory*, Londres, Methuen, 1979, pp. 301-324. De Kula se ha usado *Problemas y métodos de la historia económica*, Barcelona, Peninsula, 1973 (citas de las pp. 78-80 y 46, respectivamente), y *Teoría económica del sistema feudal*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974. De Topolski, *Metodologia della ricerca storica*, Bolonia, Il Mulino, 1975.

7. Serban Papacostea, «Captive Clio: Romanian historiography under communist rule», en *European History*, 26 (1996), n.º 2, pp. 181-208.

Asia Central lo que llevaría a Lev N. Gumilev a planteamientos globales innovadores.[8]

Este mismo afán de renovación se puede encontrar en algunos campos de la historia moderna, más delicados desde un punto de vista político. Esto es lo que significa la obra de investigadores como Boris Pórshnev, Alexandra Lublinskaya, Victor Dalin o Anatoli Ado en la Unión Soviética; de Frantisek Graus, Robert Kalivoda o Josef Macek en Checoslovaquia; el del grupo de Leipzig, dirigido por Walter Markov y Manfred Kossok, en la República Democrática Alemana o el de Manuel Moreno Fraginals en Cuba. Estos historiadores replantearon de manera original y nada dogmática —habiéndose de enfrentar a menudo a los vigilantes de la ortodoxia académica de sus países— temas como los de la transición del feudalismo al capitalismo (con el acento en las dos grandes crisis: la de la baja edad media y la del siglo XVII), la naturaleza de los enfrentamientos sociales durante la Revolución francesa, las llamadas «revoluciones burguesas», etc.[9]

Lo más lamentable fue que los vicios del escolasticismo estalinista llegaran también a países del oeste de Europa y a América Latina, donde el estructura-

8. Leo S. Klejn, *La arqueología soviética. Historia y teoría de una escuela desconocida*, Barcelona, Crítica, 1993; I. M. Diakonoff, ed., *Early antiquity*, Chicago, University of Chicago Press, 1991 (cita de p. 9) y, sobretodo, la introducción a su libro más reciente *The paths of history*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999 (con un prefacio de Geoffrey Hosling que explica la vida y la carrera de Diakonoff). Para el caso de Lev N. Gumilev, hijo de Anna Ajmatova, no hallo mucho más por citar que mi propia introducción a la traducción castellana de *La búsqueda de un reino imaginario*, Barcelona, Crítica, 1994, un libro que todavía está esperando que lo descubran.

9. Es difícil dar información sobre estos historiadores y su obra, ya que los repertorios académicos anglosajones, como los diccionarios de historiadores dirigidos por D. R. Woolf (1998) y Kelly Boyd (1999), los ignoran. Sobre el marco general del debate de la «transición» puede verse Rodney Hilton ed., *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1977. Una bibliografía comentada de los trabajos de los historiadores checos sobre la crisis de la baja edad media en Frantisek Graus, *Das Spatmittelalter als Krisenzeit*, Mediaevalia Bohemica, 1 (1969). La mayoría de ellos no han sido traducidos a lenguas «occidentales», a excepción de J. Macek (*La revolución husita*, Madrid, Siglo XXI, 1975; *Il Rinascimento italiano*, Roma, Riuniti, 1972). De Lublinskaya puede verse *La crisis del siglo XVII y la sociedad del absolutismo*, Barcelona, Crítica, 1979, donde propone abandonar la visión de la «crisis del siglo XVII» como una lucha entre el feudalismo y el capitalismo, vistos como formas puras, para estudiar la naturaleza de las relaciones sociales propias de la societad del absolutismo. La única traducción que conozco de los trabajos sobre las revoluciones del grupo de Leipzig es Manfred Kossok *et al.*, *Las revoluciones burguesas. Problemas teóricos*, Barcelona, Crítica, 1983 (para historiadores como Kossok, el estudio de las revoluciones era una forma de combate contra el dogmatismo «marxista» y en favor de la democratización del «socialismo real»). Podemos conocer ahora el gran libro de Anatoli Ado gracias a su traducción francesa (*Paysans et revolution. Terre, pouvoir et jacquerie 1789-1794*, París, Société des Etudes Robespierristes, 1996), donde puede advertirse que el autor se ve obligado a señalar sus diferencias con la «interpretación marxista ortodoxa» del papel de los campesinos en la Revolución francesa. En Cuba, Manuel Moreno Fraginals se vio excluido de la universidad —una funcionaria del régimen me lo justificaba diciendo que «es poco marxista»— y tan sólo pudo ver publicada su obra cumbre, *El ingenio*, gracias a una carta de recomendación explícita de Ernesto «Che» Guevara.

lismo marxista a la francesa, amparado por una cobertura filosófica de apariencia respetable, se convirtió en la forma dominante de difusión del marxismo. La cobertura filosófica la daría sobre todo Althusser, quien, criticando «la confusión que reina en el concepto de historia», se decidió a reestructurar la disciplina desde la pura reflexión filosófica, en un ejercicio de metateoría. El modo de producción se dividió en estructuras regionales y se estableció todo un juego de relaciones entre éstas, con el que se quería resolver verbalmente todas las contradicciones. La euforia verbalista estimuló la creación de toda suerte de nuevos «modos de producción especializados» —doméstico, tributario, parcelario, etc.— cayendo en la vieja trampa de «resolver» los problemas reformulándolos verbalmente. En este tipo de planteamientos la teorización se mantiene en un terreno de máxima abstracción y sólo se acude a la realidad, *a posteriori*, para buscar en ella ejemplos que ilustren los resultados previstos (es bien sabido que, encajada de manera adecuada en esquemas prefabricados, la realidad nunca desmiente la teoría).[10]

No se trata, sin embargo, de desmontar la máquina verbal del althusserismo, que llegó a concretarse en un catecismo como el de Marta Harnecker[11] o que llevó a dos sociólogos británicos a escribir que, estando la historia «condenada por la naturaleza de su objeto al empirismo», era necesario construir un materialismo histórico reducido a «una teoría general de los modos de producción».[12] Al triste final de Althusser, con su confesión de que en realidad tenía un conocimiento muy superficial de los textos de Marx, cabe añadir la evidencia de que no ha dejado nada tras de sí, si no es un legado tan ambiguo como para que un miembro de la «nueva derecha» como Bernard-Henri Lévy lo reivindique como su maestro.

Contra la transformación del «marxismo» en una interpretación del mundo establecida y cerrada, en una «sociología» o en una teoría de la historia que daba ya todas las respuestas,[13] fueron muchos los que quisieron seguir una lí-

10. Veremos más adelante, sin embargo, que este mismo teoricismo sin base empírica, con su pretensión de resolver los problemas con la invención de un vocabulario que, en todo caso, los hace más oscuros e impide verificar que con la nueva formulación no se ha ido más allá del punto de partida, se manifiesta en las ciencias sociales francesas al margen del marxismo, y en las obras del antimarxismo de los conversos, que se han limitado a cambiar las viejas fuentes del léxico (Marx, Engels, Mao, Althusser) por otras nuevas (Derrida, de Certeau, Deleuze, etc.), pero siguen practicando el mismo juego.

11. Marta Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, México, Siglo XXI, 1969. Marta Harnecker era discípula de Althusser, que escribió en 1971 una presentación para la sexta edición de este libro, que acaba diciendo: «Como dice Mao: "No olvidemos nunca la lucha de clases"». La obra acababa con una recomendación de lecturas de textos canónicos en que se mezclaban Marx y Engels, con Lenin, Stalin y Mao.

12. Barry Hindess y Paul Q. Hirst, *Pre-capitalist modes od production*, Londres, Routledge and Kegan Paul,1975 (cita de pp. 310-311). Dos años más tarde los propios autores se criticaban a sí mismos hasta el punto de negar la utilidad del concepto de modo de producción en *Mode of production and social formation. An auto-critique of «Pre-capitalist modes of production»*, Londres, Macmillan, 1977. No me parece interesante seguir sus piruetas posteriores.

13. Como me explicaban en Ayacucho quienes habían sido discípulos de las clases de filosofía de Abimael Guzmán, antes de que se convirtiera en el «presidente Gonzalo» de «Sendero

nea de inspiración marxiana —no «marxista», en el sentido de adhesión a un canon doctrinal— usando las ideas de Marx como instrumento de análisis con el fin de «consumir teóricamente la realidad».

Esta lucha contra la desnaturalización «economicista» y «cientifista» del marxismo se produjo tanto en el área de influencia de los partidos marxistas de los países «de Occidente» —para decirlo en la terminología de la guerra fría— como en la Rusia soviética y en los países que después de la Segunda Guerra Mundial tuvieron gobiernos de predominio comunista, aunque de forma distinta, ya que la condena de heterodoxia implicaba en el caso de la Unión Soviética y del resto de los países llamados «socialistas» el silenciamiento, como mínimo, y tal vez la pérdida de la libertad. Esto hace aún más valiosa la tarea de quienes en estas condiciones hicieron un esfuerzo de renovación que no siempre ha sido valorado adecuadamente, ya que, como se ha dicho, la obra de los «heterodoxos» de los «países del este» no ha recibido nunca la atención que se ha prestado a las propuestas de lo que Perry Anderson llama el «marxismo occidental».

Propuestas como las de la etapa inicial del Instituto de investigación social de Frankfurt, que, fundado en 1923 como un centro de investigación marxista, se dedicó durante los primeros años a la historia del socialismo y del movimiento obrero, hasta que en 1930 pasó a dirigirlo el filósofo Max Horkheimer (1895-1973), que impulsaría la línea de la «teoría crítica», que tomaba sobre todo del marxismo la idea de investigar la forma en que la conciencia era determinada por la existencia social para hacer un análisis crítico emancipador. Pese a que el nombre que más habitualmente se asocia a Horkheimer sea el de Theodor W. Adorno (1903-1969), con quien escribió un libro tan influyente como *Dialéctica de la Ilustración* (1947), y en segundo lugar con los de Eric Fromm y Herbert Marcuse, cuya obra ha de situarse más bien en el terreno de la filosofía, dos de las figuras que influyeron más intensamente en el pensamiento de la escuela fueron Walter Benjamin (1892-1940), de quien hablaremos más adelante, y Siegfried Kracauer (1885-1966), que escribió interesantes análisis del cine y de las formas más diversas de la cultura de masas —afirmaba que era sobre todo a través de ellas que podía determinarse «la posición» que una época ocupa en el proceso histórico— y que dejó inacabada una ambiciosa, e ignorada, contribución a la filosofía de la historia, *Historia. Lo último antes de lo último* (1969), que arranca de las «tesis» de Benjamin para plantear su rechazo del «historicismo y de las visiones lineales de la historia». La llegada del nazismo al poder obligó a los miembros de la escuela de Frankfurt a proseguir su obra en los Estados Unidos. En los años sesenta, cuando Adorno volvió a Alemania para enseñar «una mezcla ecléctica de marxismo, psicoanálisis y sociología», que correspondía a aquello en que se había convertido la «teoría crítica» en su etapa californiana, chocó con los estudiantes de la Uni-

luminoso», éste les enseñaba que en las obras de Marx, Engels, Lenin, Stalin y Mao podían encontrarse las respuestas a todas las preguntas, desde las de la ciencia a las de las decisiones que era necesario tomar en la vida cotidiana.

versidad de Frankfurt que, decepcionados por el carácter abstracto y mandarinesco de sus enseñanzas, ocuparon su instituto en abril de 1969, hasta que Adorno llamó a la policía para desalojarlos.[14]

Los intentos más importantes de renovación durante el período de entre guerras serían obra de cuatro grandes teóricos marxianos: Lukács, Karl Korsch, Antonio Gramsci y Walter Benjamin. Los planteamientos de los dos primeros fueron conocidos, y condenados, muy tempranamente por los marxistas ortodoxos, a consecuencia de la publicación de *Historia y conciencia de clase*, de Lukács, y de *Marxismo y filosofía*, de Korsch, dos libros aparecidos el mismo año, en 1923. Los planteamientos de Gramsci, desarrollados en la prisión en que lo encerró el fascismo, no se difundieron hasta después de la Segunda Guerra Mundial, en momentos en que encontraron un clima político e intelectual favorable a su recepción, y aun mucho más tardía, y con frecuencia equívoca, ha sido la difusión de Benjamin.

Geyörgy Lukács (1885-1971), que había sido comisario de Cultura y Educación durante la fugaz República soviética húngara de 1919, pasó un largo y difícil exilio en Berlín y en el Moscú del terror estalinista, volvió a Hungría en 1945, donde se vio atacado por su «cosmopolitismo burgués» —hizo entonces todas las rectificaciones que se le pedían y publicó *La destrucción de la razón* (1954), que algunos han calificado de «panfleto esta inista»— y tomó parte en el movimiento revolucionario húngaro de 1956. Al ser éste derrotado, se negó esta vez a rectificar y a renegar de lo que había hecho. En estos momentos finales explicaba así el sentido de lo que habían querido hacer los «heterodoxos»: «En los años veinte, Korsch, Gramsci y yo intentamos, cada uno de nosotros a su manera, enfrentarnos al problema de la necesidad social y a la interpretación mecanicista que era la herencia de la Segunda Internacional. Heredamos este problema, pero ninguno de nosotros —ni siquiera Gramsci, que era tal vez el mejor de los tres— lo resolvió». Esta afirmación, hecha en una entrevista que no habría de publicarse hasta después de su muerte, iba

14. Sobre la «escuela de Frankfurt», Martin Jay, *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankturt*, Madrid, Taurus, 1974 y, sobre todo, Rolf Wiggershaus, *The Frankfurt school*, Cambridge, Polity Press, 1995. Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Dialectic of enlightenment*, Londres, Allen Lane, 1973 (libro que ya hemos comentado en el capítulo sobre la Ilustración; el nombre del segundo de los autores era en realidad Wiesengrund-Adorno, pero lo simplificó en los Estados Unidos). Sobre los problemas de Adorno en la Alemania de postguerra, Noah Isenberg, «Critical theory at the barricades», *Lingua/franca*, noviembre 1998, pp. 19-22; Esther Leslie «Introduction to Adorno/Marcusse corespondence on the German student movement» (seguida de la transcripción de la correspondencia) en *New left review*, 233 (enero-febrero 1999), pp. 118-123 (y 123-136 la correspond.). Lo que no impidió que más adelante, en la etapa de feroz persecución de la izquierda, se quisiese hacer de la escuela de Frankfurt la inspiradora del terrorismo alemán (véase Wiggershaus, pp. 656-659). De Siegfried Kracauer se han usado *The Mass ornament. Weimar essays*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1995; *The salaried masses*, Londres, Verso, 1998 y *History. The las things before the last*, Princeton, Markus Wiener, 1995, los tres con interesantes estudios introductorios sobre el autor, y el libro de Enzo Traverso, *Sigfried Kracauer. Itinerario de un intelectual nómada*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1998. Perry Anderson, *Sur le marxisme occidental*, Paris, Maspero, 1977.

acompañada de la petición de que se dejase de hablar de una vez de los viejos textos, de estos «clásicos de la herejía» que habían escrito ellos en los años veinte, para ocuparse de los problemas reales del presente. Habría sido muy interesante que Lukács hubiese desarrollado, a la vez que su *Ontologia del ser social*, que quería resolver el problema de la relación entre la libertad y la necesidad, la diferenciación que hacía entre un «marxismo vulgar» que ve la realidad como determinada por unas leyes objetivas que están más allá del alcance del hombre, y un «marxismo auténtico», que la ve como abierta a la acción de los grupos y de los individuos; pero su gran drama fue la ambigüedad a que lo obligó el medio político en que vivió, como lo confesaría después de la derrota de la revolución húngara de 1956, cuando decía: «Ya no quiero seguir viviendo con miedo y fingir valentía, mantenerme callado y subordinar la teoría a las exigencias de la supervivencia». En las fluctuaciones de su obra, de *Historia y conciencia de clase* a *La destrucción de la razón*, hay ideas valiosas junto a concesiones a estas «exigencias de la supervivencia».[15]

Menos importante por lo que se refiere a su influencia directa sobre los historiadores sería Karl Korsch (1886-1961), comunista radical, autor además del ya citado *Marxismo y filosofía*, de *Karl Marx* (1938), que criticaba la transformación del marxismo en una «visión del mundo» desligada de las luchas sociales reales y una visión de la historia transformada erróneamente en «evolucionismo», por no haber entendido que Marx no contemplaba una secuencia de etapas enlazadas por unas leyes de la evolución social, sino un desarrollo abierto en el que la evolución «se convierte en un principio de búsqueda a verificar en cada caso por vías empíricas». Las tesis sobre la historia que se encuentran en las obras de Marx, afirma Korsch, se aplican exclusivamente «al ascenso y desarrollo del capitalismo en la Europa occidental» y no tienen validez general más que en el sentido en «que todo conocimiento profundo de las formas naturales e históricas se aplica a otros casos»; pero Engels, primero, y Lenin, más tarde, las transformaron en ley eterna del desarrollo. La muerte encontró a Korsch trabajando en un intento de actualización del pensamiento marxista —*Manuscrito de aboliciones*— por el doble camino de extenderlo desde el ámbito europeo al mundial y de adaptarlo a los cambios que se habían producido en la sociedad capitalista y al progreso de las ciencias.[16]

15. Arpad Kadarkay, *Georg Lukács. Vida, pensamiento y política*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1994 (citas de pp. 702 y 730); H. H. Holz, L. Kofler y W. Abendroth, *Conversaciones con Lukács*, Madrid, Alianza, 1969; Istvan Mészáros, ed., *Aspectos de la historia y la conciencia de clase*, México, Universidad Nacional Autónoma, 1973; George Steiner *et al.*, *Lukács*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969, y la entrevista publicada póstumamente, «Lukács on his Life and Work», en *New Left Review*, 68 (julio-agosto 1971), pp. 49-58 (la cita de p. 51). He usado *Historia y consciencia de clase* en la edición de Barcelona, Grijalbo, 1975 (con el prólogo crítico de 1967) y Lukács, *L'uomo e la democrazia*, a cargo de Alberto Scarponi, Roma, Lucarini, 1988, cita de pp. 23-25.

16. Sobre Korsch, Serge Bricianer, «Karl Korsch (1886-1961). Un itinéraire marxiste», introducción a la antología de escritos políticos *Marxisme et contrerévolution*, París, Seuil, 1975; el estudio preliminar de Gian Enrico Rusconi en *Il materialismo storico*, Bari, Laterza, 1971;

Muy diferente es el caso de Antonio Gramsci (1891-1937), dirigente del Partido Comunista italiano, que fue encarcelado en 1925 por el régimen fascista y vio confirmada su sentencia en 1928, a petición de un fiscal que quería «impedir que este cerebro funcione durante los próximos veinte años». Si bien la prisión aceleró su muerte, que se produjo en 1937, no solamente no le impidió pensar, sino que estimuló su reflexión, que cuajaría en los *Cuadernos de la prisión*, publicados póstumamente, de 1948 a 1951.

Uno de los méritos importantes de Gramsci, para quien el materialismo histórico era esencialmente «una teoría de la historia», fue el de entender que el método de interpretación de la historia de Marx no podía deducirse de los principios elementales expuestos en obras de carácter general, como se hacía habitualmente, sino que era necesario extraerlo de aquellas obras suyas que analizaban situaciones concretas, como *El 18 Brumario*: «un análisis de estas obras permite fijar mejor la metodología histórica marxista, integrando, iluminando e interpretando las afirmaciones teóricas desperdigadas por todas las demás obras. Se podría ver cuántas cautelas reales introduce Marx en sus investigaciones concretas, cautelas que no podían encontrar lugar en las obras generales». Esto le llevaba, en primer término, a rechazar el economicismo elemental que se tendía a confundir con el marxismo ortodoxo. Cabe distinguir, decía, aquellas modificaciones económicas que afectan profundamente a la estructura misma de la sociedad, que son relativamente permanentes y que tienen repercusiones sobre los intereses de clases sociales enteras, de las que son simples variaciones coyunturales que no afectan más que a pequeños grupos. Sólo respecto de las primeras tiene sentido la afirmación de Marx de que los hombres toman conciencia en el terreno de la ideología de los conflictos que se manifiestan en la estructura económica. Una estructura que para Gramsci no es un concepto especulativo, sino una realidad que se puede analizar con los métodos de las ciencias naturales, pero que no debe estudiarse separadamente, porque «la estructura y las superestructuras forman un *bloque histórico*. Esto es: el conjunto complejo, contradictorio y discordante de las superestructuras es el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción». Las contradicciones de estas relaciones sociales se pueden percibir «en la existencia de conciencias históricas de grupo (con la existencia de estratificaciones correspondientes a diversas fases del desarrollo histórico de la civilización y con antítesis entre los grupos que corresponden a un mismo nivel histórico), y se manifiestan en los individuos aislados como reflejo de esta disgregación *vertical y horizontal*».

Gramsci rechazaba, en consecuencia, la reducción del materialismo histórico a una especie de sociología abstracta: un cuerpo teórico preparado para

E. Subirats, ed., *Karl Korsch o el nacimiento de una nueva época*, Barcelona, Anagrama, 1973 y la entrevista con su mujer Hedda Korsch, «Memories of Karl Korsch», en *New Left Review*, 76 (nov.-dic. 1972), pp. 35-45. Lubomir Sochor, «Lukács e Korsch: la discussione filosofica degli anni venti», en *Storia del marxismo, 3: Il marxismo nell'età della terza internazionale (1)*, Turín, Einaudi, 1980, pp. 697-752 (en especial, 741-752).

interpretar directamente la realidad. El investigador de la historia no va de la teoría a la realidad, a la búsqueda de especímenes puros que correspondan a aquello que ha sido previsto con anterioridad: «La realidad es rica en las combinaciones más extrañas y es el teórico el que está obligado a buscar la prueba decisiva de su teoría en esta misma extrañeza; a *traducir* al lenguaje teórico los elementos de la vida histórica, y no, al revés, que sea la realidad la que deba presentarse según el esquema abstracto».

En sus reflexiones hay, además, consideraciones muy innovadoras sobre la hegemonía, que muestran los procesos por los cuales una clase puede ejercer la dominación sobre las otras, estableciendo su superioridad no solamente por la coerción, sino mediante el consenso, transformando su ideología de grupo en un conjunto de verdades que se suponen válidas para todo el mundo y que las clases subalternas aceptan, hasta que llegue el momento en el que, habiendo cambiado las condiciones, la hegemonía se agrieta, las clases subalternas toman conciencia de sus intereses particulares y de las contradicciones que las enfrentan a los grupos que dominan el aparato del estado, y formulan unos nuevos principios que han de permitir avanzar hacia una nueva etapa de crecimiento, con otra situación de hegemonía y unas nuevas relaciones de producción. Hay también sugerencias muy innovadoras respecto a la formación de las ideas de los grupos subalternos, que analizan, por ejemplo, «por qué y cómo se difunden, haciéndose populares, las nuevas concepciones del mundo».[17]

La influencia del pensamiento de Gramsci fue decisiva para la aparición y desarrollo en Italia, después de la Segunda Guerra Mundial, de unas corrientes de historiografía marxista vivas y abiertas, no dogmáticas, que contrastaban con la esterilidad del marxismo escolástico. Repasando los temas en los que se había dejado sentir más la lección de Gramsci, Renato Zangheri señalaba el esfuerzo por «repensar críticamente la formación de la sociedad moderna y del estado unitario» italiano, que se ha manifestado en una fértil reconsideración de las relaciones entre el norte y el sur de Italia, y ha conducido a estudiar con una nueva óptica el Risorgimento, o a analizar objetivamente el trasfondo del fascismo. Pero la influencia va más allá aún; la experiencia de estos años de postguerra consolidó en Italia la idea gramsciana de la historia como instrumento de análisis y comprensión del presente, como condición de una prospectiva de transformación social, en que la crítica del pasado se transforma en superación de éste. No es la contemporaneidad crociana, tautológica, de la his-

17. Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, edición crítica de Valentino Gerratana, Einaudi, Turín, 1975, 4 volúmenes (citas de II, pp. 871-872, 1051 y 1448, y III, pp. 1589-1597). Hay también otras citas sacadas de la edición anterior de los *Quaderni*, que corresponden a *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, Turín, Einaudi, 1955, pp. 3-20 y 39, y a *Passato e presente*, Turín, Einaudi, 1954, pp. 175, 201 y 59. Aurelio Lepre, *Il prigioniero. Vita di Antonio Gramsci*, Roma, Laterza, 1998; Giuseppe Fiori, *Vida de Antonio Gramsci*, Barcelona, Península, 1968, etc.; F. Fernández Buey, *Ensayos sobre Gramsci*, Barcelona, Materiales, 1978; Manuel Sacristán, *El orden y el tiempo*, Madrid, Trotta, 1998. Renuncio a sintetizar la extensísima bibliografía dedicada a Gramsci y a su pensamiento. Hay una *Bibliografía gramsciana, 1922-1988* preparada por John Cammett, con un *Supplement updated to 1993*.

toria, ni una unidad dogmática del pensar y del hacer, que siempre ha subordinado el pensar, a la manera estalinista, a la acción cotidiana, sino que da respiro histórico y cultural a un proyecto político.[18]

Dejando a un lado el caso italiano, se puede decir que se salvaron sobre todo del dogmatismo, y de la fosilización a que éste condenaba, aquellos historiadores que pudieron hacer su obra al margen de los condicionamientos de la socialdemocracia, por un lado, y de la Tercera Internacional, por otro, bien porque los partidos correspondientes fuesen débiles (como pasaría en Gran Bretaña), bien porque hubiera una tradición de cultura socialista anterior (como en Francia), o bien porque escogieran de una u otra manera los caminos de heterodoxia apuntados por los predecesores que hemos citado.

En el caso de Francia hemos visto, al hablar de la historia económica y social, la existencia de una tradición de raíces marxianas, con Jaurès, que confluye en el momento más brillante de *Annales*, con Labrousse. Discípulo de Febvre y muy influido por Labrousse, al cual sucedería al frente del Instituto de historia económica y social fundado por Marc Bloch, sería Pierre Vilar (nacido en 1906), que ha trabajado dentro de la tradición marxista pero al margen de la disciplina del Partido Comunista y que ha elaborado una síntesis de lo mejor de la escuela de *Annales* y de la tradición socialista francesa como fundamento de una visión global, de una «historia total», que tiene su base en el conocimiento de la economía, pero que no se limita a ella, de acuerdo con el programa que formuló por vez primera en 1960 en «Crecimiento económico y análisis histórico», y que desarrollaría posteriormente en otros trabajos teóricos donde esta globalización se define en términos de la relación que existe entre unos «hechos de masas» (demografía, economía, pero también las manifestaciones colectivas de pensamientos y creencias), unos «hechos institucionales» (derecho civil, constituciones políticas, relaciones internacionales) y los «acontecimientos» históricos puntuales en los que intervienen los individuos y el azar. Es, como se ve, un esquema tripartito, como el de Braudel, pero que no se organiza en función del tiempo, sino de un programa de articulación social.

Para Vilar, como para todo historiador que proviene de la tradición del marxismo, los métodos de investigación se definen por su capacidad para explicar

18. Ottavio Cecchi, ed., *La ricerca storica marxista in Italia*, Roma, Riuniti, 1974 (y en especial, Renato Zangheri, «Rinnovamento storiografico e prospettiva socialista», pp. 137 y 143; S. Zaninelli, ed., *La storiografía economica italiana degli ultimi vent'anni*, Milán, Celuc, 1972. Hay que tener en cuenta, además, la influencia de Gramsci en el grupo de los *Subaltern studies*, y en concreto en Guha, y un fenómeno más reciente y que permite reflexiones interesantes: en la Cuba actual, después del hundimiento soviético, la desintoxicación del marxismo ortodoxo, y una cierta reorientación política, se están produciendo con la ayuda de una reconsideración de Gramsci, que era prácticamente un autor prohibido en los tiempos de la ortodoxia (Manuel Vázquez Montalbán, *Y Dios entró en La Habana*, Madrid, El País-Aguilar, 1998, pp. 382-383). Por lo que se refiere a cierta «gramsciología» que usa y abusa del léxico de los cuadernos de prisión, conviene leer la biografía de Lepre para prevenirse de las interpretaciones parciales y erróneas que se hacen a menudo de un Gramsci sacado del contexto histórico en que escribía, y para el cual escribía, y del peligro de jugar con su terminología «nueva», que no tenía otra finalidad que la de superar la vigilancia de la censura a que estaba sometido en la cárcel.

los problemas reales de los hombres, de ayer y de hoy, y de ayudar con ello a resolverlos. No los hace válidos la coloración política, sino la eficacia práctica. En una carta escrita en febrero de 1957 decía: «Si yo no creyese a la ciencia histórica capaz de explicación y de evocación ante la desgracia humana y la grandeza humana (teniendo, como perspectiva, la gran esperanza de aliviar una y ayudar a la otra), no pasaría mi vida en medio de cifras y legajos. Ahora bien, si fuésemos en búsqueda del hombre con vagos sentimientos de bondad y una intención de literatura, añadiríamos a la inutilidad pretensiones antipáticas. No es una ciencia fría lo que queremos, pero es una ciencia».

Su método globalizador, ambicioso y complejo, lo aplicó Vilar a su gran obra de investigación, *Cataluña en la España moderna*, que es un estudio de «los fundamentos económicos de las estructuras nacionales»: un intento de ir desde la consideración del medio natural hasta la aparición de la conciencia colectiva de un grupo humano. Este libro fundamental cambió por completo la visión de la historia de la Cataluña moderna y contemporánea, pero tal vez no ejerció la influencia que hubiera debido en una Francia dominada primero por los excesos del «estructuralismo marxista», responsable de que no haya habido demasiada historia legitimamente marxiana, y, después, por la caótica desintegración de la «nouvelle histoire».[19]

La debilidad del Partido Comunista, y la existencia previa de una fuerte tradición progresista, de la que ya hemos hablado antes, representada por historiadores como los Hammond, G. D. H. Cole o Tawney, pueden explicar el caso de Gran Bretaña. El núcleo central de lo que se acostumbra a denominar «los historiadores marxistas británicos» surge después de la Segunda Guerra Mundial, entorno al «Grupo de historiadores del Partido Comunista británico», fundado en 1946, con figuras de la extraordinaria calidad de Rodney Hilton, Christopher Hill, Eric J. Hobsbawm, Victor Kiernan, George Rudé, E. P. Thompson o Raphael Samuel, a los que habría que añadir, entre otros, los nombres del economista Maurice Dobb, del arqueólogo australiano Gordon Childe o de esa figura insólita que es Geoffrey E. M. de Ste. Croix (nacido en 1910).[20]

19. Una buena bibliografía de Pierre Vilar, compilada por Rosa Congost y Núria Sales, puede encontrarse en *Recerques*, 23 (1990); sobre la formación de su pensamiento, Pierre Vilar, *Pensar históricamente. Reflexiones y recuerdos*, Barcelona, Crítica, 1997 (hay una edición en catalán, Valencia, 3 y 4, 1995). Sus textos teóricos más importantes pueden encontrarse en *Crecimiento y desarrollo*, Barcelona, Ariel, 1974 (en especial «Crecimiento económico y análisis histórico», pp. 17-105); *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica, 1980 y *Une histoire en construction*, París, Gallimard-Seuil, 1982. Su obra fundamental, *La Catalogne dans l'Espagne moderne* se publicó en francés en 1962 y en catalán del 1964 al 1968 (Barcelona, Edicions 62; 4 volúmenes). Hay una versión castellana abreviada, Barcelona, Crítica, 1978-1988, 3 volúmenes. Los ensayos sobre su obra y las entrevistas en que habla de su método son numerosos. Entre los últimos y más interesantes está la entrevista que se incluye en Marcia Mansor d'Alessio, *Reflexões sobre o saber histórico*, Sao Paulo, UNESP, 1997, pp. 27-82.

20. Ste. Croix nació en Macao, se instaló en Inglaterra en 1914 y desempeñó durante muchos años una actividad de abogado, a la vez que jugaba al tenis, y llegaba a la pista central de Wimbledon en 1929. Hombre educado en ideas de la derecha conservadora, hizo un giro radical en 1936, concienciado por el auge del fascismo y por la guerra civil española. Sirvió en la R.A.F.

Estos hombres colaboraron en publicaciones comunistas de un alto nivel intelectual y de una gran independencia, como la revista *Marxism today* y la colección de folletos *Our history*, y participaron en defensa de las posiciones progresistas en los grandes debates historiográficos de su tiempo, como el del papel de la «gentry» en la revolución inglesa del siglo XVII o el de las consecuencias sociales de la revolución industrial (el «debate del nivel de vida»). Estaban, por otro lado, en las antípodas del economicismo del marxismo ortodoxo, con una preocupación dominante por la cultura, y muy en especial por la literatura, que es evidente en Hill, Kiernan o Thompson. Tuvieron, además, parte decisiva en la fundación de una de las revistas de historia más importantes del siglo XX, *Past and present*, que comenzó en 1952 con el propósito de convertirse en punto de encuentro de historiadores avanzados de muy diversa orientación política, que pudiese llegar a un público más amplio que el que estos historiadores podían conseguir en las publicaciones del partido y les compensara por las dificultades que hallaban para acceder a la universidad, donde eran sistemáticamente vetados por su condición de comunistas. Pese a que en este grupo se encontraran algunos de los historiadores más importantes de su época, con una proyección internacional que desborda el campo estrictamente académico, ninguno de ellos consiguió llegar a catedrático de alguna de las grandes universidades británicas (la verdadera naturaleza del problema la revelaría el hecho de que siguiesen siendo vetados cuando, después de la crisis de 1956, muchos de ellos abandonaron el Partido Comunista, pero no sus concepciones políticas progresistas).[21]

durante la Segunda Guerra Mundial, destacado en Oriente Próximo, lo que le puso por primera vez en contacto con las culturas del mundo antiguo. Acabada la guerra, a los treinta y seis años, abandona su actividad de abogado y empieza a estudiar en la Universidad de Londres, para iniciar una nueva y brillante carrera de historiador del mundo clásico, y sorprende al mundo académico en 1981, con más de setenta años de edad, con una obra maestra de inspiración marxiana, *La lucha de clases en el mundo griego antiguo* (Barcelona, Crítica, 1988). Sobre Ste. Croix, su vida y su obra, P. A. Cartridge y F. D. Harvey, eds., *Crux. Essays in Greek history presented to G. E. M. de Ste. Croix on his 75th brithday*, Londres, Duckworth, 1985.

21. Hay una bibliografía inmensa sobre estos historiadores, que resultaría imposible sintetizar aquí. En términos generales, Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, Universidad, 1989 y Dennis Dworkin, *Cultural marxism in postwar Britain*, Durham, Duke University Press, 1997, que es la mejor «historia política» del grupo; de menos interés, P. Schlesinger *et al.*, *Los marxistas ingleses de los años 30*, Madrid, Fundación de investigaciones marxistas, 1988 y el número de *Radical History Review* «Marxism and history: the British contribution» (19, winter 1978-79). Uso mi propia colección de los panfletos de *Our history* y *Marxism today*. Por lo que se refiere a *Past and present*, hay que recordar que el 1958, en momentos en que la revista «manchada a ojos del "stablishment" historiográfico por sus orígenes marxistas, estaba teniendo grandes dificultades», se integraron en la dirección Lawrence Stone, Trevor Aston y J. H. Elliott (J. H. Elliott, «Lawrence Stone», en *Past and present*, 164 —agosto 1999—, pp. 3-5). Pueden encontrarse estudios individuales sobre estos autores en los numerosos volúmenes de homenaje que les han sido dedicados: por ejemplo, para Hill, D. Pennington y K. Thomas, *Puritans and revolutionaries*, Oxford, Oxford University Press, 1978 (en contraste puede verse el retrato condescendiente y miserable que le dedica A. L. Rowse en *Historians I have known*, Londres, Duckworth, 1995, pp. 105-110); para Hilton, T. H. Aston *et al.*, eds., *Social relations and ideas:*

Hay que hablar por separado de Vere Gordon Childe (1892-1957), que revolucionó una arqueología reducida con anterioridad al positivismo, de manera que él mismo dijo que su mayor contribución a la arqueología no residía en los nuevos datos o en los esquemas cronológicos que hubiera podido aportar «sino sobre todo en conceptos interpretativos y métodos de explicación». Childe propuso una imagen global del desarrollo de la humanidad primitiva como un ascenso hacia la «revolución neolítica», un fenómeno que, pese a ser diferente en diversos lugares, presentaba unos rasgo comunes, ya que «por doquier significó la aglomeración de la población en las ciudades; la diferenciación en éstas entre productores primarios (pescadores, agricultores, etc.), artesanos especializados con plena dedicación, comerciantes, funcionarios, sacerdotes y gobernantes; una concentración efectiva de poder económico y político; el uso de símbolos convencionales (la escritura) para registrar y transmitir la información; y de patrones también convencionales de pesos y de medidas de tiempo y de espacio que condujo a la ciencia matemática». Los libros en que desarrolló estas teorías, como *Man makes himself* (1936) y *What happened in history* (1942) tuvieron una influencia universal e hicieron que la arqueología no volviera a ser nunca más la misma, sino que iniciase un complejo camino de evolución teórica. Childe, que se había apartado de la visión dogmática de los prehistoriadores soviéticos y de los esquemas lineales de la historia estalinista, estaba evolucionando al final de su vida hacia una plena superación de las concepciones tradicionales del progreso. Condenaba, en concreto, la idea que lo presentaba como «un simple camino lineal hacia un objetivo preconcebido y predeterminado, un "bien" que constituye una norma a la luz de la cual deben juzgarse los acontecimientos históricos». Este prejuicio lo compartían muchos, incluso marxistas, pero no se hallaba en Marx. «Eran preconcepciones especiales que estallaron en 1946 y 1956 [esto es, durante las dos crisis de los regímenes de democracia popular del este de Europa] y con ellas habría de desaparecer la idea misma de la historia como un proceso predeterminado que conduce inevitablemente hacia un final previsto por adelantado. No es la tarea del historiador imaginar un valor absoluto, cuya aproximación se denomina "progreso", sino más bien la de descubrir en la historia los valores a los cuales se aproxima el progreso.»[22]

Essays in honour of R. H. Hilton, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; para Kiernan en las compilaciones *Imperialism and its contradictions*, Londres, Routledge, 1995 e *History, classes and nation-states. Selected writings of V. G. Kiernan*, Oxford, Polity Press, 1988, en los dos casos con introducciones de Harvey J. Kaye; para Rudé, F. Krantz, ed., *History from below: Studies in popular prostest and popular ideology in honour of George Rudé*, Montreal, Concordia University, 1985, etc. Mencionaremos por separado los casos con una bibliografía más numerosa, como son Childe, Hobsbawm y Thompson.

22. Bruce C. Trigger, *Gordon Childe. Revolutions in archaeology*, Londres, Thames and Hudson, 1980; Barbara McNairn, *The method and theory of V. Gordon Childe. Economic, social and cultural interpretations of prehistory*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 1980; Andrew Sherratt, «V. Gordon Childe: archaeology and intellectual history», en *Past and Present*, 125 (nov. 1989), pp. 151-185 y «Gordon Childe: right or wrong?», en *Economy and society in*

En su primera etapa los miembros del grupo de los «historiadores marxistas británicos» coincidieron en discutir conjuntamente algunos grandes temas que tenían implicaciones metodológicas importantes, en especial el de la transición del feudalismo al capitalismo, que Maurice Dobb (1900-1976) había replanteado en sus *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo* (1946), donde sostenía que era necesario estudiar los orígenes históricos del capitalismo a fin de comprender mejor su naturaleza como sistema y poder actuar sobre él —«el economista preocupado por los problemas actuales tiene preguntas propias que formular a los datos históricos»—,[23] pero lo hacía rechazando el análisis habitual que se basaba en la esfera de la circulación y que sostenía que había sido el comercio el que había llevado a la crisis de la economía natural y al ascenso de la burguesía. Contra una manera de ver el problema que consideraba que el motor principal del cambio era el desarrollo de las fuerzas productivas, proponía otra basada en las relaciones de producción, es decir en las relaciones que se establecen entre los hombres, y en la lucha de clases, donde el motor inicial de la transición era la pugna de los campesinos contra la explotación feudal.[24] El debate de la «transición del feudalismo al capitalismo», en el cual intervendría Rodney Hilton (nacido en 1916) desde su perspectiva de medievalista, tomó una nueva dimensión en 1954, cuando Eric Hobsbawm le añadiría el tema de la «crisis general del siglo XVII», que habría de dar lugar a un nuevo nivel de discusiones, que se renovó en 1976 con Robert Brenner y su insistencia en dar un papel esencial a la «estructura agrícola de clases», frente al neomalthusianismo dominante.[25]

La crisis política de 1956, con la intervención soviética en Hungría, alejó a buena parte de estos hombres de la disciplina del Partido Comunista y los dis-

prehistoric Europe. Changing perspectives, Edimburgo, Edinburgh University Press, 1997, pp. 490-505. David R. Harris, ed., *The archaeology of V. Gordon Childe. Contemporary perspectives*, Londres, U.C.L., 1992. La larga cita final es de «The past, the present, and the future», publicado en *Past and present* n.° 10 (noviembre 1956), poco antes de su muerte, según parece por suicidio.

23. *Studies in the development of capitalism*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1973 (segunda edición ampliada; cita de p. VII).

24. Sobre esto véanse la compilación preparada por Rodney Hilton, *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1987, H. Kohachiro Takahashi, *Del feudalismo al capitalismo. Problemas de la transición*, Barcelona, Crítica, 1986, etc. Una buena síntesis, en el volumen colectivo preparado por Juan Trías, Carlos Estepa y Domingo Plácido, *Transiciones en la antigüedad y feudalismo*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1998. Es imposible dar aquí la bibliografía del llamado «debate Dobb-Sweezy», con todas las implicaciones que tiene sobre el caso de América Latina con su traducción en el debate Gunder Frank-Laclau. Una síntesis de la cuestión en Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*, pp. 25-63.

25. E. J. Hobsbawm, «The Crisis of the Seventeenth Century», en *Past and present*, n.° 5 (mayo 1954), pp. 33-53, y n.° 6 (noviembre 1954), pp. 44-65. Trevor Aston, ed., *Crisis in Europe, 1560-1660*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1965; A. D. Lublinskaya, *La crisis del siglo XVII*, citado antes; Geoffrey Parker y Lesley M. Smith, eds., *The general crisis of the seventeenth century*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1978 (hay una segunda edición revisada y ampliada de esta obra, Londres, Routledge, 1997). T. H. Aston y C. H. E. Philpin, eds, *El debate Brenner*, Barcelona, Crítica, 1988. Un estado de la cuestión actual sobre el tema de la crisis «general», que el autor considera «demodé» y reinterpreta en clave política, en Francesco Benigno, *Espejos de la revolución*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 47-70.

persó, pero, a diferencia de lo que ocurriría en otros países, ninguno de ellos desertó del campo de una política progresista —estos son los años del nacimiento de una «nueva izquierda» que defiende un humanismo socialista e inicia su movilización contra las armas nucleares—, ni abandonó en su trabajo intelectual una línea que, si bien con más libertad, conservaba lo esencial de su inspiración marxista.[26] Tal vez ahora se acentuaría en la mayor parte de ellos una preocupación dominante por los elementos culturales —Hill dirá «toda historia debería ser historia de la cultura, y la mejor historia lo es»—, con una fuerte influencia de pensadores cercanos a ellos como Raymond Williams. Es a partir de este momento, por otro lado, cuando la mayor parte de estos hombres realizan sus obras más importantes, como sucede con los libros de Christopher Hill (nacido en 1912) sobre la revolución inglesa del siglo XVII y su contexto intelectual,[27] con George Rudé (1910-1993) y sus estudios «de historia desde abajo», marcados por la preocupación de recuperar «los rostros de la multitud»,[28] o con Thompson y con Hobsbawm.

Eric J. Hobsbawm, nacido en Alejandría en 1917 y educado en Viena y en Berlín, hasta que el nazismo forzó a su familia, de origen judío, a establecerse en Inglaterra, iniciaría en estos años sus grandes estudios de historia social

26. El libro de Dworkin analiza (pp. 45-78) la formación entre 1956 y 1959 de esta «nueva izquierda», con publicaciones como *Reasoner* y *New reasoner*, inspiradas por Thompson, y el grupo de *Universities and Left review*. En otros casos, la respuesta tomará un carácter más personal: Kiernan lo expresará con estas palabras: «Permanecí tres años inactivo en el partido y luego decidí ser en lo sucesivo un partido de un solo hombre, de principios marxistas-liberales» (V. G. Kiernan, «The unrewarded end», en *London review of books*, 17 septiembre 1998, pp. 13-15).

27. Es difícil escoger algún título en la extensa obra de Christopher Hill sobre la revolución inglesa y su contexto intelectual. Tal vez la mejor manera de aproximarse a él sea ir a los tres volúmenes de *The collected essays*, Brighton, Harvester, 1985-1986, donde se encontrarán, de paso, sus reflexiones sobre la historia como «History and denominational history» (II, pp. 3-10) o, en el volumen tercero (pp. 3-18), «Partial historians and total history» (de donde procede, p. 7, la cita hecha más arriba) y «Answers and questions» (donde se hacen afirmaciones como que «toda historia seria, me parece, trata de preguntas; las respuestas, la narrativa, son conocidas», p. 15). No tocaré en este caso la batalla revisionista de las interpretaciones izquierdistas de la «revolución inglesa», encabezada por lord Conrad Russell (hijo de Bertrand; obsérvese que la nómina de los historiadores elevados a «lords» es netamente derechista: Russell, Trevor-Roper, Hugh Thomas), pero en la «edición revisada» de *Change and continuity in seventeenth-century England* (New Haven, Yale University Press, 1991) Hill podía anunciar que «los Jóvenes turcos de los años setenta se han convertido en los Turcos de media edad de los años noventas, y una generación de Turcos más jóvenes está restableciendo el equilibrio que incorpora algunas de las visiones útiles de los historiadores "revisionistas", como Conrad Russell y John Morrill, mientras rechaza las fantasías locas de sus epígonos» (p. IX).

28. Con libros como *The crowd in the French revolution* (1959), *La multitud en la historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971; *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*, Barcelona, Ariel, 1978; *Revuelta popular y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1981, *Ideology and popular protest* (1980; hay reedición de Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1995, con una introducción de H. J. Kaye) o, en colaboración con Hobsbawm, *Captain Swing* (1969). Véase también el volumen compilado por H. J. Kaye, *The faces of the crowd. Studies in revolution, ideology and popular protest*. Selected essays of George Rudé, Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf, 1988.

—con *Rebeldes primitivos* (1959) y *Bandidos* (1969)—, los de historia del movimiento obrero —*Trabajadores* (1964), *El mundo del trabajo* (1984)— y, a la vez, la serie de las «eras», que compondrán una historia global de los tiempos contemporáneos, desde *La era de la revolución* (1962) a su *Historia del siglo xx* (*The age of extremes*, 1994). Contribuyó, además, a la renovación teórica de la historiografía marxista, no solamente con el planteamiento del tema de «la crisis general del siglo XVII», sino con la publicación, en 1964, del fragmento de las *Grundrisse* de Marx dedicado a las formaciones económicas precapitalistas, con una introducción provocativa donde sostenía que «la teoría del materialismo histórico requiere solamente la existencia de una sucesión de modos de producción, pero no que deban ser uno u otro en particular, ni tal vez tampoco predeterminados en el orden de sucesión».[29]

Aparecerían también ahora líneas de trabajo diferenciadas como la protagonizada por Perry Anderson, de quien hablaremos a continuación, o el desarrollo de un populismo socialista que se expresaría a través de la revista *History Workshop*, inspirada por Raphael Samuel (1938-1996), y de un conjunto de volúmenes monográficos, generalmente de carácter colectivo, dedicados a estudiar la vida y el trabajo de los obreros, o a cuestiones teóricas diversas, que tendrían su culminación en *Historia popular y teoría socialista* (1981) y en los tres volúmenes de *Patriotismo: el hacerse y deshacerse de la identidad nacional británica* (1989), un tema entorno al cual también se orientarían las últimas obras personales de Samuel, *Theatres of memory* (1994), sobre los usos del pasado en el mundo contemporáneo, y el póstumo *Island stories* (1998), que hace referencia especial a la identidad británica.[30] Un hecho nuevo sería la aparición en los Estados Unidos, en los años setenta, de una corriente de historia fuertemente influida por marxistas británicos como Hobsbawm y E. P. Thompson, que tendrá como órgano de expresión *Radical History Review*.

Edward P. Thompson (1924-1993) se haría famoso por un libro que inicialmente estaba pensado como una síntesis de historia del movimiento obrero

29. Se pueden encontrar estudios sobre Hobsbawm en los diversos volúmenes de homenaje que se le han dedicado. En Pat Thane, G. Crossick y R.Floud, eds., *The power of the past. Essays for Eric Hobsbawm*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984 hay, por ejemplo, un trabajo de Eugene Genovese, «The politics of class struggle in the history of society: an appraisal of the work of Eric Hobsbawn», pp. 13-36. En Raphael Samuel y G. Stedman Jones, eds., *Culture, ideology and politics, essays for Eric Hobsbawm*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1982, hay una buena bibliografía de su obra, hasta 1982, preparada por Keith McClelland (pp. 332-363). Véase también el número especial que le ha dedicado la revista *Historia social*, n.º 25 (1996): «La obra de un historiador: E. J. Hobsbawm» o la entrevista con Daniel Snowman en *History today*, 49 (1999), n.º 1, pp. 16-18. Buena parte de sus reflexiones sobre la historia han sido reunidas en el volumen *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998 y sus opiniones políticas más recientes en *Entrevista sobre el siglo xxi*, Barcelona, Crítica, 2000.

30. Se han usado directamente tanto la revista como los volúmenes colectivos, en especial Raphael Samuel, ed., *People's history and socialist theory*, Londres, Routledge, 1981 (hay una traducción parcial, *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica,1984). La mejor fuente de informaciones biográficas sobre Samuel ha sido la larga entrevista publicada en *L'avenç*, n.º 89 (1986), pp. 56-68.

británico, *The making of the English working class*,[31] y que despertó el entusiasmo de jóvenes historiadores inconformistas del mundo entero. El libro resultaba profundamente innovador en su planteamiento de la noción de clase como una relación y en su interés por los mecanismos de formación de una conciencia colectiva; pero lo era, sobre todo, por su rechazo explícito a entender el marxismo como «un cuerpo autosuficiente de doctrina completa, internamente consistente y plenamente realizado en un conjunto de textos escritos». Thompson defendería más adelante, en *Poverty of theory*, que «el discurso de la demostración de la disciplina histórica consiste en un diálogo entre concepto y dato empírico», y sostendría que el pensamiento de Marx se detuvo en la larga tarea de hacer la crítica de la economía política del capitalismo sin poder completar el proyecto más ambicioso de construir el materialismo histórico, cuyo objetivo no era dar cuenta del funcionamiento de una economía, sino de una sociedad entera, que contiene, además de las económicas, muchas otras actividades y relaciones.[32]

Los medios académicos miraron con recelo a Thompson y se sintieron aliviados cuando no mostró ninguna voluntad de «hacer carrera», sino que optó, como diría John Brewer, por mantenerse «resueltamente no institucio-

31. La primera edición la publicó en 1963 Víctor Gollancz; la segunda, con un nuevo «Post scriptum», la editó Penguin en 1968 (versión castellana, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989). En la obra anterior de Thompson sólo había un libro de historia —*William Morris: Romantic to revolutionary*, 1955, del que hizo una segunda edición revisada en 1977 (versión castellana publicada en Valencia por el IVEI)—, y un artículo publicado en *Past and present* en 1967 —«Time, work-dicipline and industrial capitalism»— mientras que la mayor parte de sus escritos eran de naturaleza «política» y consistían en artículos publicados en *Our time*, *The reasoner*, *The new reasoner*, *Universities and left review*, *New left review*, etc.

32. Los estudios sobre Thompson son muy numerosos. Limitémonos a señalar, entre los libros, Harvey J. Kaye and K. McClelland, eds., *E. P. Thompson. critical perspectives*, Cambridge, Polity, 1990; John Rule and Robert Malcomson, eds., *Protest and survival. The historical experience. Essays for E. P. Thompson*, Londres, Merlin Press, 1993 y Bryan D. Palmer, *E. P. Thompson. Objections and oppositions*, Londres, Verso, 1994. En castellano lo mejor es el número especial que le dedicó la revista *Historia social* (18, invierno 1994), preferiblemente a Pedro Benítez Martín, *E. P. Thompson y la historia. Un compromiso ético y político*, Madrid, Talasa, 1996. Un aspecto importante, y demasiado olvidado, de su vida es su relación con la India, en buena medida a través de su padre (Sumit Sarkar, «Edward Thompson and India: "The other side of the medal"», en *Writing social history*, Delhi, Oxford University Press, 1998, pp. 109-158; críticamente, Robert Cregg, «The empire and Mr. Thompson: The making of Indian princes and the English working class», en *Inside out, outside in. Essays in comparative history*, Londres, Macmillan, 2000, pp. 39-80). Los artículos sobre su obra han seguido apareciendo regularmente después de su muerte. Por ejemplo los reunidos en *History Workshop*, n.º 39 (1995) pp. 71-135, con el título genérico de «E. P. Thompson and the uses of history» con trabajos de Marilyn Butler, David Eastwood, Mark Philp, Barbara Taylor, etc., o trabajos aislados como «Roger Wells, E. P. Thompson, *Customs in common* and moral economy» (*Journal of Peasant Studies*, 21, n.º 2, enero 1994, pp. 263-307), el debate con Marc W. Steinberg, «Culturally speaking: finding a commons between poststructuralism and the Thompsonian perspective» y Peter King, «Edward Thompson's contribution to eighteenth-century studies. The patrician-plebeian model re-examined» (los dos en *Social History*, 21, n.º 2, mayo 1996, pp. 193-214 y 215-228, respectivamente), etc. He utilizado también la entrevista publicada en *L'avenç*, n.º 74 (1984), pp. 73-78.

nalizado».[33] Permanecería al margen incluso de los mismos historiadores marxistas británicos, como un caso aparte y peculiar, desligado de cualquier grupo. Lo revela, de algún modo, una valoración tan positiva como la de Hobsbawm que ha escrito que «tenía la capacidad de producir algo que era cualitativamente distinto de lo que escribíamos los demás y que es imposible medir en la misma escala. Llamémosle simplemente genio».[34]

Después de *Whigs and hunters* (1975) y de su participación en *Albion's fatal tree* (1975), hizo un largo paréntesis en su obra de investigación que dio paso a *Poverty of theory* (1978) —su ajuste de cuentas con Althusser y el estructuralismo marxista a la francesa—, sus libros de tema inmediatamente político: *Writing by candlelight* (1980), *Zero option* (1982), *Double exposure* (1985) y *The heavy dancers* (1985) y, sobre todo, a su implicación personal en el movimiento por la paz. Su ausencia del campo de batalla de la historia en momentos en que se producía el gran giro a la derecha permitió que se le fuera olvidando. Como ha dicho Pat Hudson: «El clima ideológico e investigador de los años del thatcherismo ha hecho mucho por disminuir la importancia de E. P. Thompson a los ojos de los estudiantes de hoy». Los historiadores, por su lado, «se encargaron de situar su obra en una coyuntura social y política concretas que ya ha pasado: de verla como formando parte de una tradición romántica y comprometida con lo que se estudia, que ya ha dejado de tener vigencia».[35]

El «retorno» de Thompson con *Customs in common*, en 1991 —seguido, casi en los mismos días de su muerte, por *Witness against the Beast. William Blake and the moral law* (1993)—,[36] inquietó al mundo académico, sobre todo

33. John Brewer, «Voice of the labouring poor», *Times Literary Supplement*, 13 marzo 1992, pp. 14-15, que empezaba con estas palabras: «Ningún otro historiador vivo de Gran Bretaña ha tenido un impacto tan profundo en el estudio de la historia como Edward Thompson». La prueba de su falta de interés por «institucionalizarse» la tenemos en el hecho de que publicase tan pocos artículos en «revistas científicas» de las que sirven para hacer currículum: no pasan de cinco, entre 1967 y 1978. Quien quiera entender la forma en que Thompson ejerció su magisterio ha de leer el trabajo colectivo: «Edward Thompson as a teacher: Yorkshire and Warwick», en John Rule and Robert Malcolmson, eds., *Protest and survival. The historical experience. Essays for E. P. Thompson*, pp. 1-23. Quien quiera hacerse idea de su calidad humana, que el autor de este libro tuvo ocasión de valorar, puede leer, por ejemplo, Harvey J. Kaye, «A tribute to E. P. Thompson, marxist historian and radical democrat (1924-1993)», en *Why do ruling classes fear history?*, Londres, Macmillan, 1996, pp. 199-217.

34. E. J. Hobsbawm, «E. P. Thompson» en *The Independent*, 30 agosto 1993; reproducido en *Radical History Review*, n.° 58 (1994), pp. 157-159. En el mundo académico, diría John Brewer, «me ha sorprendido ver que muchos de los que lo atacan darían un brazo por haber escrito un libro como los suyos».

35. En la reseña de «Customs in common» publicada en *Economic history review*, XLVI, n.° 4 (noviembre 1993), pp. 824-825. Puede resultar revelador que en un libro de tema tan cercano a las preocupaciones de Thompson como el de Richard H.Trainor, *Black country elites. The exercise of authority in an industrialized area, 1830-1900*, Oxford, Clarendon Press, 1993, no sea ni tan siquiera mencionado (lo cual puede tener que ver con la larga lista de ayudas económicas que el autor reconoce haber recibido de nueve instituciones distintas).

36. Versión castellana, *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995. El último libro que publicaría en vida fue posiblemente *Alien homage. Edward Thompson and Rabindranath Tagore*,

por la firmeza con que reafirmaba sus puntos de vista. Un Thompson que polemizaba con Raphael Samuel, insistiendo en la exigencia de rigor en la investigación, porque «la teoría y la evidencia han de mantener un diálogo constante», de acuerdo con lo que había afirmado en un planteamiento programático: «La historia radical requiere el nivel más exigente de la disciplina histórica. La historia radical ha de ser buena historia. Ha de ser tan buena historia como sea posible».[37] Pero que, al mismo tiempo, ponía en evidencia las «evoluciones» de algunos de los que en el pasado, cuando «estaban de moda», pretendían compartir sus preocupaciones y sus métodos de trabajo. El malestar de estos últimos lo reflejarían las quejas de quienes interpretaban su actitud como la de alguien que actuaba como si estuviera «defendiendo las tierras de su cercado contra una banda de intrusos».[38]

En *Customs in common* Thompson atacaba la falsificación que había convertido el siglo XVIII inglés en una «sociedad de consumidores», poblada por «gente educada y comercial», ocultando que «éste fue el siglo en que la gente común perdió definitivamente su tierra, en que el número de delitos castigados con la pena capital se multiplicó, en que miles de malhechores fueron deportados, y en que miles de vidas se perdieron en guerras imperiales». Su objetivo, sin embargo, iba más allá de esta crítica de la visión apologética de las transformaciones sociales del siglo XVIII. Combatía explícitamente la pretensión de reemplazar el viejo léxico derivado del conflicto social, con términos como feudal, capitalista o burgués, por otros como preindustrial, tradicional, paternalismo o modernización, que son tan ambiguos como aquellos y que no tienen otro mérito que el de sugerir «un orden sociológico autorregulado», eliminando la idea del conflicto. Quien valoraría esta obra con más lucidez sería tal vez Roy Porter, al decir: «Aquí hay "socialismo humanista" en su mejor expresión: una espléndida narración que equilibra esperanza y pesimismo, una visión de la lucha del hombre que hace su propia historia aunque no en sus propios términos. Y hay también, y no es lo menos importante, una emocio-

Delhi, Oxford University Press, 1993, sobre las relaciones de su padre con el poeta bengalí (cito por una reedición de 1998). Póstumamente se han publicado una colección de ensayos aparecida con un doble título —*Persons and polemics. Historical essays*, Londres, Merlin Press, 1994 y *Making history. Writings on history and culture*, Nueva York, The Free Press, 1994 (traducción parcial: *Agenda para una historia radical*, Barcelona, Crítica, 2000), que en el artículo que se le dedica en la enciclopedia dirigida por Kelly Boyd se presentan como dos libros distintos (!)— y los volúmenes *Beyond the frontier. The politics of a failed mission: Bulgaria 1944*, Londres, Merlin Press, 1997, dedicado a la dramática historia de su hermano, y *The romantics. England in a revolutionary age*, Nueva York, The Free Press, 1997, que recoge temas que le habían interesado desde hacía muchos años (ya en 1969 había anunciado «un estudio próximo sobre jacobinos ingleses y los poetas ingleses»).

37. La carta en respuesta a una crítica de Samuel, donde decía que «escribir historia requiere un compromiso con evidencias sólidas y no es tan sencillo como algunos posmodernos piensan», en *History Workshop*, 35 (1993), pp. 274-275; la frase citada después es de «Agenda for a radical history» en *Persons and polemics. Historical essays*, Londres, Merlin, 1994, p. 366.

38. La expresión procede de la reseña de Johnn Brewer, de la cual ya se han hecho otras citas: «Voice of the labouring poor», en *Times Literary Supplement*, 13 marzo 1992, pp. 14-15.

nante recuperación de la voz silenciada de los pobres, esforzándose por preservar sus medios de vida y su identidad contra una sociedad patricia dominante».[39]

La muerte de Thompson se produjo cuando aún no se habían sedimentado los juicios que había suscitado *Customs in common* —cuando apenas si había comenzado la batalla que se intuía que podía librarse contra el libro— y esto explica el alivio del mundo académico al poderlo convertir en un gran historiador que había brillado en los quince años que van desde 1963 hasta 1978, entre la publicación de *The making of the English working class* y la de *The poverty of theory*, como representante de unas tendencias historiográficas y de unos proyectos políticos de «socialismo humanista» que habían caducado hacía mucho tiempo. Muchos de sus celebradores póstumos se apresuraban así a despedir un testigo incómodo de su propio pasado, que pretendía ponerlos en evidencia con su voluntad de negarse a renunciar a los viejos principios o a hacer penitencia por sus errores. Que sus temores no eran en vano lo demostrarían las palabras de Thompson al final de su libro sobre William Blake, donde reivindicaba a un hombre que nunca mostró «ningún tipo de complicidad con el reino de la bestia» frente a «los activos perfeccionistas y benévolos racionalistas de 1791-1796», que acabaron casi todos en el desencanto pocos años más tarde, alegando que «la naturaleza humana les había fallado, y se había mostrado obstinada en su resistencia a la Ilustración».[40]

En una posición especial, debatiendo con los historiadores en el terreno de la teoría, pero sin compartir con ellos los métodos de trabajo —y enfrentado políticamente a Thompson—, tenemos a Perry Anderson (nacido en 1938), uno de los principales animadores de la *New Left Review* entre 1962 y los primeros años ochenta, y que vuelve a serlo, como director, de la nueva etapa iniciada en el 2000. En sus debates políticos con Thompson, en su búsqueda de un modelo adecuado de «revolución» burguesa» que mostrase los diversos caminos por los cuales había surgido el capitalismo en Occidente y permitiese teorizar el caso inglés, publicó en 1974 las dos primeras partes de las cuatro que había de tener una especie de gran tratado de sociología histórica comparada, *Passages from antiquity to feudalism* y *Lineages of the absolutist state*. Nunca salieron las dos partes finales que habían de dedicarse a las revoluciones burguesas y al sistema contemporáneo del estado, posiblemente porque entre tanto los intereses intelectuales de Anderson habían cambiado. Este montaje sociológico comparativo, más cercano a Weber que a Marx, suscitó fuertes discusiones, pero no ha tenido demasiada influencia en el trabajo posterior de los historiadores.[41]

39. Las citas de *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 31-32.

40. *Witness against the Beast*, pp. 228-229.

41. La obra «histórica» de Anderson se limita a estos dos títulos. Un nuevo libro, *The ends of history*, está anunciado para publicarse por Verso, sucesor de la vieja New Left Books. Eric Hobsbawm hizo una crítica a fondo de los dos libros, severa en el análisis pero amistosa en el tono, en *Feudalism, capitalism and the absolute state* (*Our history*, Pamphlet 66, verano 1976). Gérard Noiriel acierta al decir que Anderson o Gary Stedman Jones «se basan en la lectura de Marx propuesta por Althusser para rechazar el empirismo de sus antecesores» (*Sur la «crise» de*

Resulta paradójico que hoy veamos reivindicados, plenamente vigentes, estos historiadores que los medios académicos de su tiempo intentaron silenciar. Perry Anderson ha escrito recientemente: «Se podría decir que la historiografía marxista británica ha conseguido hoy tener lectores en todo el mundo —lo que no sucedía antes— con la *Historia del siglo XX* de Hobsbawm, que parece va a quedar como la interpretación más influyente del siglo pasado, como la historia completa de una victoria desde el punto de vista de los vencidos».[42]

Desde el campo del marxismo, entendido este término en su sentido más creativo, el mensaje renovador con más trascendencia de cara al futuro tal vez sea el de Walter Benjamin (1892-1940), que en la fase final de una obra compleja y muy diversa, aparentemente dominada por su preocupación por la estética, nos dejó como legado póstumo unas tesis sobre la concepción de la historia, hasta hoy más celebradas que entendidas.

Benjamin se había exiliado de Alemania al llegar los nazis al poder, y al comenzar la Segunda Guerra Mundial, en 1939, residía en Francia. Estuvo internado un tiempo y volvió después a París donde en el invierno de 1940 escribiría las tesis «Sobre el concepto de la historia»: una especie de testamento que recogía «la totalidad de las experiencias de su generación», clarificadas finalmente por esta guerra: una teoría de la historia que habría de hacer posible, por ejemplo, estudiar objetivamente el fascismo. Al producirse la derrota de Francia huyó hacia el sur, primero a Lourdes, y después a Marsella, donde trató inútilmente de embarcarse. Decidió entonces pasar a España, para encaminarse a los Estados Unidos. El 25 de septiembre de 1940 llegó a Port-Vendres y pidió a Lisa Fittko que le ayudara a pasar la frontera. La única ruta válida en aquellos momentos, que obligaba a subir los Pirineos, era la «ruta Líster», un antiguo camino de contrabandistas, que Benjamin habría de recorrer lentamente, ya que tenía problemas cardíacos. Hicieron un paseo de prueba, en el que Benjamin llevaba una cartera que contenía su último manuscrito, y lo justificó diciendo: —«Esta cartera es para mí lo más importante que hay. No la puedo perder; es *necesario* que este manuscrito se salve. Es más importante que yo mismo». Arriesgaba su vida a fin de que el manuscrito se salvara de caer en manos de la Gestapo.

Consiguió llegar a Port Bou, pero allí encontró una orden de Madrid que prohibía entrar en España a todo aquel que no dispusiera de un visado francés de salida —una orden que más adelante se derogó. No sabemos exactamente

l'histoire, Paris, Belin, 1996, p. 107). La compleja trayectoria político-ideológica de Anderson —que va de su condición inicial de discípulo de Deutscher, a la influencia de Gramsci, una etapa de galo-marxismo althusseriano, otra de trotskista (después de 1968) y el alejamiento posterior de la tradición revolucionaria marxista— puede seguirse en Gregory Elliott, *Perry Anderson. The merciless laboratory of history*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1998. El Perry Anderson que escribe el «manifiesto» inicial de la nueva *New Left Review* es consciente del triunfo de la derecha y del neoliberalismo (aliado con las «terceras vías») y propone una actitud de realismo sin acomodaciones, aunque tiene claro que las izquierdas no tienen ahora un programa concreto que oponer.

42. Perry Anderson, «Renewals» en *New Left Review*, I (enero-febrero de 2000), p. 18.

qué pasó, pero en una carta a Heny Gurland, de 25 de septiembre, decía: «En una situación sin salida, no tengo otra elección que poner aquí un punto y final. Mi vida acabará en un pueblecito de los Pirineos donde nadie me conoce». Parece que se suicidó. Lisa Fittko piensa que, exhausto como estaba, creyó que no podría correr de nuevo el riesgo de la fuga. Pese a que en el registro de defunciones se inscribió una cartera con «unos papeles de contenido desconocido», estos papeles jamás han sido hallados.[43]

Las «tesis sobre la historia», sin embargo, se habían salvado y se publicaron por vez primera en 1942, en una edición de escasa difusión, en momentos en que habían de resultar poco menos que incomprensibles. Y lo han seguido siendo durante muchos años, por más que se hayan traducido a muchas lenguas y hayan sido objeto de infinidad de comentarios. No es, sin embargo, este el lugar en que cabe hablar ni de las «tesis» ni de la obra inacabada de los «Pasajes», porque siguen siendo todavía hoy, al cabo de sesenta años de haber sido escritos, como un programa para el futuro, algunos de cuyos elementos será necesario integrar entre las propuestas finales de este libro.

43. El relato de la vida de Benjamin en estos años finales puede seguirse en Momme Brodersen, *Walter Benjamin. A biography*, Londres, Verso, 1996, pp. 250-262 y, por lo que se refiere a los últimos momentos, en Lisa Fittko, De *Berlín a los Pirineos. Evocación de una militancia*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1997, pp. 258-271 (cita literal de p. 261), Moisés de Pablo, «La memòria de l'oblidat: les darreres hores de Benjamin», en *Revista de Girona*, 195 (julio-agosto, 1999), pp. 26-33 (374-381) y «La mort d'un filósof: Benjamin a Portbou», en *Serra d'or*, marzo, 2000, pp.23-27. Las cartas de los últimos días en Theodor W. Adorno y Walter Benjamin, *Correspondencia, 1928-1940*, Madrid, Trotta, 1998, pp. 323-325.

12. LAS GUERRAS DE LA HISTORIA

En un libro titulado *¿Por qué temen la historia las clases dominantes?*[1] Harvey Kaye sostiene que la temen porque es, en última instancia, el relato de la lucha de los hombres y las mujeres por la libertad y la justicia. Me parece, sin embargo, que se equivoca. Las clases dominantes no temen la historia —por el contrario, procuran producir y difundir el tipo de historia que les conviene, y que no suele ser la que se ocupa de la lucha por la libertad y la justicia— sino que, en todo caso, temen a los historiadores que no pueden utilizar.

Los gobiernos se han preocupado siempre por controlar la producción historiográfica, nombrando cronistas e historiógrafos oficiales —Napoleón controlaba cuidadosamente incluso las representaciones pictóricas de sus batallas— o estableciendo academias, como la que Felipe V fundó en España en 1738 y que durante más de doscientos cincuenta años ha pretendido fijar la verdad histórica políticamente correcta (con bastante ineficacia, por cierto). Se han preocupado, sobre todo, por vigilar los contenidos históricos que se transmiten en la enseñanza. Pero, como es lógico, a opciones políticas diferentes les han correspondido versiones distintas en la interpretación del pasado, lo que a menudo ha conducido a auténticas «guerras de la historia», como las que se produjeron en Francia en el siglo XIX entorno a las diversas formas de interpretar la Revolución. Estas guerras, sin embargo, tomaron nueva fuerza en los años treinta del siglo XX, en los momentos de confrontación del liberalismo con el comunismo y el fascismo, y se agravaron en los años de la guerra fría.

Los años treinta fueron, por ejemplo, la época de la quema de libros —y del exilio de sus autores— en la Alemania nazi y de la condena de los historiadores que se apartaban del dogma establecido en la Rusia estalinista. En España, donde la segunda república significó un paréntesis de enseñanza razonadora, el levantamiento militar de 1936 hizo de la contrarreforma de la escuela y de la universidad uno de sus primeros objetivos, fusilando, depurando y sancionando a los maestros, e imponiendo una educación adoctrinadora en que el papel fundamental correspondía justamente a una visión conservadora y patriótica de la historia «nacional». Como decían unas instrucciones del Ministe-

1. Harvey Kaye, *Why do ruling classes fear history? and other questions*, Houndmills, Macmillan, 1996.

rio de Educación Nacional de 5 de marzo de 1938: «Nuestra hermosísima historia, nuestra tradición excelsa, proyectadas en el futuro, han de formar la fina urdimbre del ambiente escolar». Esto se haría en una escuela estrechamente vigilada donde los niños rezaban, hacían ejercicios paramilitares y cantaban himnos patrióticos.[2]

A escala universitaria, la Institución Libre de Enseñanza fue condenada e historiadores como Bosch Gimpera o Altamira emprendieron el camino del exilio para no volver jamás. El resultado sería lo que Laín Entralgo calificó en sus memorias como «el atroz desmoche que el exilio y la "depuración" habían creado en nuestros cuadros universitarios, científicos y literarios». En lo referente a la investigación y la enseñanza de la historia, era necesario vigilarlos. José María Albareda, que sería secretario general del CSIC hasta su muerte, tenía claro que no era bueno ocuparse de cosas demasiado recientes —«Para la investigación, la Historia medieval es más historia que la moderna»— y que convenía, sobre todo, vigilar a los catalanes: «Sigue siendo necesario hacer la historia de la Corona de Aragón, plenamente española. Y a mí me parece peligroso desarrollar estos estudios en Barcelona».[3]

En el terreno de los contenidos el franquismo reformaría la visión tradicional con nuevos matices. Se modificaría ahora la interpretación que pretendía encontrar en la prehistoria una «nación española» identificada con Sagunto, con Numancia o con figuras como Viriato o Indíbil y Mandonio, y que se basaba en la idea de que habían existido en el espacio peninsular dos pueblos, celtas e íberos, que finalmente se habían fundido «nacionalmente» en los celtíberos. Una arqueología impregnada de racismo nazi, que menospreciaba a los íberos mediterráneos, revalorizaba a los celtas «arios» —olvidándose definitivamente de posibles mestizajes celtibéricos— y llegó a buscar en un vaso antiguo antecedentes del saludo fascista con el brazo en alto, calificándolo de «racial» y asegurando que había surgido en la Península en el siglo primero antes de Cristo y se había extendido desde aquí por el resto de Europa.[4]

2. Bruno Vargas, *Rodolfo Llopis (1895-1983) Una biografía política*, Barcelona, Planeta, 1999, pp. 44-63; Víctor Fuentes, *La marcha al pueblo en las letras españolas, 1917-1936*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1980, etc. Enlazando esta etapa con la anterior, véase Carolyn P. Boyd, *Historia patria. Política, historia e identidad nacional en España, 1875-1975*, Granada, Pomares, 2000 y «"Madre España": libros de texto y socialización política, 1900-1950», en *Historia y política*, 1 (abril, 1999), pp. 49-70. He tocado estas cuestiones en la introducción a *Enseñar historia con una guerra civil por medio*, Barcelona, Crítica, 1999, pp. 7-24. Remito a este texto para las precisiones bibliográficas, añadiéndole Alejandro Mayordomo, ed., *Estudios sobre la política educativa durante el franquismo*, Valencia, Universitat, 1999 y Francisco Moreno Sáez, «Educación y cultura en el franquismo» en Roque Moreno Fonseret y Francisco Sevillano Calero, eds., *El franquismo. Visiones y balances*, Alicante, Universidad de Alicante, 1999, pp. 169-224.

3. José Manuel Sánchez Ron en *Cincel, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España (siglos XIX y XX)*, Madrid, Taurus, 1999, pp. 329-352.

4. Gonzalo Ruiz Zapatero, «La distorsión totalitaria: las raíces prehistóricas de la España franquista», en Rafael Huertas y Carmen Ortiz, eds., *Ciencia y fascismo*, Aranjuez, Doce Calles, 1997, pp. 147-159. En el mismo volumen hay trabajos interesantes sobre los elementos racistas en la psiquiatría, la medicina social o la antropolgía en tiempos franquistas. También, Almudena

Lo que no cambiaba, sin embargo, era la visión global de una España que, superando sucesivas invasiones, llegaría a su apogeo en el siglo XVI, que iniciaba después una decadencia de tres siglos —Franco aseguraba que desde Felipe II todo había ido mal, en especial en los años del funesto liberalismo— y que reemprendía su ascenso con el nuevo imperio franquista.[5]

Las cosas cambiaron formalmente con la desaparición del franquismo. El PSOE, en su etapa de gobierno, se contentó con difundir los valores del patriotismo con la pedagogía de las conmemoraciones —el «Quinto centenario» del «descubrimiento» de América, el segundo del despotismo ilustrado, etc.—, pero al Partido Popular, al subir al gobierno, le entró el ansia por recuperar los mensajes del nacionalismo más tradicional. La ministra de Educación, Esperanza Aguirre, fracasó en su cruzada por imponer «la verdadera historia de España» —es decir, la que ella creía «verdadera»—, pero el gobierno ha movido después toda la artillería de la Academia de la Historia para dar apoyo a sus reivindicaciones de una interpretación nacionalista ultra, amenazando con establecer una censura de los libros de texto «autonómicos». El propio ministro del Interior, Mayor Oreja, debelador del nacionalismo vasco, ha llegado a implicar a la Guardia Civil, de manera equívoca pero no inocente, al animarla a «contribuir a la historia de España para que no la vuelvan a deformar los que no creen en ella».[6]

Dejando a un lado el caso español, que tiene una cronología propia, condicionada por la anómala supervivencia del franquismo, en la mayor parte del mundo «occidental» las guerras de la historia se agravaron notablemente con motivo de la guerra fría.

Hernando, *Los primeros agricultores de la Peninsula Ibérica. Una historiografía crítica del Neolítico*, Madrid, Síntesis, 1999, pp. 112-126. Sobre el saludo fascista "autóctono", José Luis Rodríguez Jiménez, *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza, 2000, p. 434.

5. Hay un buen número de trabajos interesantes sobre la historiografía franquista, empezando por los de Gonzalo Pasamar, como *Historiografía e ideología en la postguerra española. La ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1991 o «Maestros y discípulos: algunas claves de la renovación de la historiografía española en los últimos cincuenta años», en Pedro Rújula e Ignacio Peiró, eds., *La historia local en la España contemporánea*, Barcelona, L'Avenç, 1999, pp. 62-79. Los hay también de alcance parcial, como el trabajo de José María Jover Zamora rebautizado como «El siglo XIX en la historiografía española de la época de Franco (1939-1972)» en *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999, pp. 25-271 (la edición original es de 1976), Eduardo Ferrer Albelda, *La España cartaginesa*, Sevilla, Universidad, 1996 o los reunidos en José Andrés-Gallego, ed., *Historia de la historiografía española*, Madrid, Encuentro, 1999. Sobre los libros de texto son de un interés especial los trabajos de Rafael Valls, *La interpretación de la historia de España y sus orígenes ideológicos en el bachillerato franquista (1938-1953)*, Valencia, ICE, 1983, «La historiografía escolar española en la época contemporánea», en C. Forcadell e I. Peiró, *La historia de la historiografía contemporánea en España*, Zaragoza, 1999. También José Antonio Álvarez Osés, *et al.*, *La guerra que aprendieron los españoles*, Madrid, Los libros de la catarata, 2000.

6. Sobre el proyecto de reforma de Esperanza Aguirre y su rechazo, J. M. Ortiz de Orruño, ed., *Historia y sistema educativo*, Madrid, Marcial Pons, 1998; el discurso de Mayor en «La Vanguardia», 14 de mayo de 1999, p. 20. En junio del 2000 se produjo el debate en torno al «Informe sobre los libros de texto y cursos de historia en los centros de enseñanza media» de la Academia de la Historia.

Conocemos bien el caso de los Estados Unidos donde el conflicto en el terreno de la enseñanza de la historia se había manifestado ya en los años treinta, cuando los libros de texto de historia americana que no fuesen de un patrioterismo conservador eran denunciados, prohibidos o quemados.[7] Como decían las «Daughters of the Colonial Wars» era intolerable que se quisiera «dar al niño un punto de vista objetivo, en lugar de enseñarle americanismo real (...): "mi país con razón o sin ella". Este es el punto de vista que queremos que adopten nuestros hijos. No podemos permitir que se les enseñe a ser objetivos y a que se formen ellos mismos sus opiniones». A principios de los años cuarenta la National Association of Manufacturers tenía 6.840 «centinelas locales dedicados a mantener limpia la enseñanza del peligro que representaba el ascenso del colectivismo».[8]

Todo esto empalideció ante lo que ocurriría después de la Segunda Guerra Mundial, al estallar la «guerra fría», que tuvo como consecuencia que se promoviesen alternativas al marxismo en «Occidente», y contribuyó, por reacción, a consolidar la fosilización dogmática de los países del llamado «socialismo real». En los Estados Unidos los valores del relativismo que habían defendido los historiadores progresistas como Beard y Becker fueron atacados de manera furibunda. Había que volver al mito de «la objetividad» y transmitir aquella parte de los viejos valores morales que parecía adecuada para los nuevos tiempos. Nunca ha habido una asociación tan estrecha entre los historiadores y el poder como la que se estableció en estos años. Historiadores académicos de prestigio trabajaron para el gobierno —algunos en cargos importantes como Schlesinger, Kennan o Rostow—, primero en la OSS, después en la CIA, en el Departamento de Estado o en instituciones controladas por éstos.

La desclasificación de documentos oficiales ha permitido descubrir hasta qué punto la evolución de las ciencias sociales en los Estados Unidos durante los años de la guerra fría estuvo condicionada por la financiación concedida por el departamento de Defensa, por la CIA y por algunas fundaciones conservadoras, de manera que se ha podido llegar a escribir que «contra lo que se piensa habitualmente, la ofensiva ideológica ha sido tan importante para la estrategia de la seguridad nacional de los Estados Unidos desde 1945 como la bomba atómica».[9]

7. La pugna de la Norteamérica profunda contra una enseñanza progresista se había manifestado ya en el «monkey trial» de 1925, cuando Johnny Scopes, un profesor de Tennessee que se atrevió a desafiar la prohibición de enseñar el evolucionismo, fue procesado en Dayton (Edward J. Larson, *Summer for the gods. The Scopes trial and America's continuing debate over science and religion*, Nueva York, Basic Books, 1997). La ley que prohibía enseñar la evolución se mantuvo en Tennessee hasta 1967, y todavía hoy, cuando incluso el Vaticano ha aceptado a Darwin, hay un movimiento que pretende que en las universidades norteamericanas se enseñen en pie de igualdad, como dos doctrinas científicas igualmente válidas, el evolucionismo y el creacionismo.

8. Gary B. Nash, Charlotte Crabtree and Rose E. Dunn, *History on trial. Culture wars and the teaching of the past*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1997, pp. 44-45.

9. Christopher Simpson, ed., *Universities and empire. The Cold war and the production of knowledge*, Nueva York, The New Press, 1998, p. XVII. Sobre esto véase también Noam

En centros de estudio financiados por las instituciones del gobierno, como el CENIS del Massachusets Institute of Technology, investigadores como Clifford Geertz trabajaban al lado de «halcones» como Walt Rostow —que daba también clases sobre fundamentos de contrainsurgencia en la escuela de guerra del ejército norteamericano en Fort Bragg—[10] o de hombres que han sido calificados como «terroristas profesionales», como Lucien Pye, inspirador de la estúpida masacre que significó la eliminación del régimen neutralista de Sukarno en Indonesia, con un coste de centenares de miles de vidas humanas. En esta nómina habría que incluir también a liberales supuestamente independientes como Isaiah Berlin, que colaboraba con políticos como Bundy, Alsop y Bohlen, animándoles a proseguir la guerra de Vietnam, y que recibió, en compensación, cantidades importantes de dinero de la Fundación Ford para el Wolfson College de Oxford, en el que estaba implicado personalmente.[11]

A los historiadores les tocaba ahora no solamente defender los valores sociales establecidos, que era la función que habían realizado tradicionalmente, sino abrir la sociedad norteamericana al nuevo papel de protagonista en la escena mundial que había asumido su país, tradicionalmente aislacionista, introduciendo cursos de «civilización occidental» en la universidad o inventando una «revolución atlántica» que enlazaba las historias de América del Norte y de la Europa occidental (anunciando de algún modo la OTAN). También era necesario impulsar estudios sobre Asia o sobre Rusia para atender las necesidades de información del gobierno (será un historiador como Kennan quien, basándose en su conocimiento histórico, marcará las grandes líneas de la política norteamericana hacia la URSS). El caso más evidente de esta conexión entre historia y política es posiblemente el de los sovietólogos o kremlinólogos, como se los llamaba, un campo que tuvo un crecimiento espectacular después del lanzamiento del primer satélite soviético, gracias a las ayudas que se destinaron a investigar la historia rusa, pero que estaba sometido a controles estrictos: el Centro de Investigación Rusa de la Universidad de Harvard, por ejemplo, tenía un convenio con el FBI, que obligaba a que los autores que publicasen en la revista *Problemas del comunismo* fuesen investigados personalmente, por razones de seguridad. La doble función de los investigadores en este campo se puede ver en casos como el de Richard Pipes, profesor emérito de historia rusa en Harvard, autor de obras generales sobre la revolución rusa y

Chomsky *et al.*, *The Cold war and the university: Towards an intellectual history of the postwar years*, Nueva York, The New Press, 1997; Frances Stonor Saunders, *Who paid the piper? The CIA and the cultural cold war*, Londres, Granta Books, 1999.

10. Rostow, como asesor de los presidentes Kennedy y, sobre todo, Johnson, se hizo directamente responsable de muchos miles de muertes por sus erróneas previsiones que influyeron para la escalada en la guerra del Vietnam (Christopher Andrew, *For the president's eyes only. Secret intelligence and the American presidency from Washington to Bush*, Londres, Harper Collins, 1995, pp. 337-340). Rostow nos ha dejado sus memorias políticas, adecuadamente maquilladas, con el título de *La difusión del poder. 1957-1972*, Barcelona, Dopesa, 1973.

11. Christopher Hitchens, «Moderation or death», en *London Review of Books*, 26 noviembre 1998, pp. 3-11.

de publicaciones de documentos como *The unknown Lenin*, que asociaba esta actividad de historiador con la de director de asuntos soviéticos y de la Europa del este del National Security Council y que fue uno de los inspiradores de la nueva guerra fría de Reagan. Al hundirse la Unión Soviética, un Pipes que parece irritado porque se ha quedado sin enemigo a combatir, se dedica a reemplazarlo por el estado del bienestar, manifestando su miedo ante el hecho que «aunque la santidad de la propiedad ya no está amenazada por la hostilidad directa de comunistas y socialistas, puede ser minada por el estado del bienestar».[12]

El clima de la guerra fría explica también la importancia que alcanzaron en los Estados Unidos los cultivadores de la llamada «sociología histórica», que usaban modelos sociológicos esquemáticos para interpretar los hechos históricos —lo que no excluía que acompañasen estos planteamientos teóricos simplistas con un trabajo de búsqueda factual de una considerable importancia—, y que han dedicado la mayor parte de sus investigaciones a un tipo de estudios sobre el conflicto social que estaban claramente destinados a enseñar a evitarlo o, al menos, a contenerlo. Se explica así que buena parte de las obras que publicaron tuvieran como objeto central la revuelta y la revolución, como se puede ver en los casos de Barrington Moore, jr. (*The social origins of democracy and dictatorship*, 1967; *Injustice: the social bases of obedience and revolt*, 1978), de Charles Tilly (*From mobilization to revolution*, 1967; *The contentious French*, 1986; *Las revoluciones europeas*, 1993; *Popular contention in Great Britain, 1758—1834*, 1995, etc.) o de Theda Skocpol (*States and social revolution*, 1979; *Social revolutions in the modern world*, 1994), para poner unos pocos ejemplos representativos.[13]

Trabajo erudito de compilación de datos y generalización abusiva se hallan conjuntamente en una obra como la de Charles Tilly. Mientras un libro como *Las revoluciones europeas* es una visión general que contiene numerosos errores factuales, obras de tema monográfico, como *Popular contention in Great Britain*, se basan en un trabajo en equipo —realizado gracias a haber contado con una financiación considerable, que incluye dieciocho años de apoyo de la National Science Foundation norteamericana. Tilly ha querido analizar en este trabajo las movilizaciones de masas que se producen en Inglaterra desde mediados del siglo XVIII hasta 1834 —unos movimientos que habían sido objeto,

12. Alan Ryan, «Please fence me in» (reseñando el libro de Pipes *Property and freedom*, Nueva York, Knopf, 1999) en *New York Review of Books*, 23 septiembre 1999, p. 68. El libro mencionado anteriormente era Richard Pipes, ed., *The unknown Lenin. From the secret archive*, Yale University Press, 1996, donde Lenin es acusado de ser un espía de los alemanes sin nuevas evidencias satisfactorias.

13. Craig Calhoun, «The rise and domestication of historical sociology», en T. J. McDonald, ed., *The historic turn in the human sciences*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1996, pp. 305-337; Noel Parker, *Revolutions and history*, Cambridge, Polity Press, 1999. Sobre Charles Tilly, autor tan prolífico como influyente, A. L. Stinchcombe, «Tilly on the past as a sequence of futures», en apéndice en Charles Tilly, *Roads from past to future*, Lanham, Rowman & Littlefield, 1997, pp. 387-409.

hasta entonces, de interpretaciones harto diversas por obra de autores como Rudé, Thompson, Harrison, Stevenson, Clark, etc.— para establecer las formas que toman, su relación con el entorno político y las interacciones que se advierten. En líneas muy generales, Tilly observa que con el tiempo disminuyen las acciones violentas y aumentan las reclamaciones colectivas dirigidas al parlamento. A un siglo XVIII de acciones «parroquiales, particulares y bifurcadas», sigue un XIX en que predominan las «cosmopolitas, modulares y autónomas». Hay una nacionalización y una parlamentarización de la presentación de quejas y un cierto abandono de la acción directa, reemplazada por la indirecta y a más largo plazo.

Pero después de haber llegado a conclusiones como éstas, discutibles pero no inútiles, Tilly no se abstiene de hacer unas generalizaciones totalmente infundadas sobre la diferencia del papel desempeñado por los militares en Gran Bretaña, donde habrían contribuido a consolidar la democracia, y en «Iberia y los Balcanes», gloriosamente mezclados en una misma consideración, donde «los militares autónomos levantaron barreras contra la democracia hasta el siglo XX». Lo que, además de ser falso —hubo militares «autónomos» en favor de la democracia en todas partes— le lleva a permitirse el lujo de ignorar la importancia que en uno y otro caso tiene la mediación de la sociedad civil.

Hablemos también de la acción represiva. Si en el nivel de los libros de texto hubo una campaña de cruzadas locales contra los libros «subversivos» —un informe encargado por las «Daughters of the American Revolution» denunciaba 170 libros por contener expresiones consideradas procomunistas, como la que sostenía que la democracia es «la forma de gobierno en que el poder soberano está en manos del pueblo colectivamente»—,[14] en la enseñanza superior se produjo una depuración con «centenares de despidos», en la que colaboraron muchos de los miembros de la propia profesión, que se aseguraban de paso su promoción. Tenemos así casos como el de Daniel Boorstin, que se prestó de buena gana a «dar nombres» y consiguió prosperar en su carrera, que podrían contraponerse a otros, como el de Moses Finley, que no quiso denunciar y tuvo que abandonar la universidad norteamericana y rehacer su carrera en Inglaterra, o como el caso paradójico de Ernst H. Kantorowicz (1865-1993), un nazi que había luchado en los «cuerpos libres» después de la Primera Guerra Mundial, autor de una gran biografía de *Federico II* que era un elogio del caudillismo y que se publicó exhibiendo en las cubiertas una svastika. Kantorowicz dejó la enseñanza en la Universidad de Frankfurt en 1935, por la oposición que los estudiantes manifestaban ante un profesor judío, pero siguió cobrando su sueldo y permaneció tranquilamente en Berlín hasta el verano de 1938, cuando aceptó una invitación para enseñar en Oxford y marchó después a la Universidad de California, donde rechazó, en 1950, hacer el juramento de lealtad que se exigía a los profesores norteamericanos, alegando que

14. Nash *et al.*, *History on trial*, pp. 69-70.

representaba una amenaza a la libertad académica. Dejó más adelante California para pasar al Instituto de Estudios Avanzados de Princeton y publicó entonces su obra más conocida, *Los dos cuerpos del rey* (1957).[15]

Este clima contribuyó a que se elaborase una visión del pasado de los Estados Unidos como una «historia de consenso», basada en «las doctrinas del excepcionalismo norteamericano y del "destino manifiesto", y en el mito de la conquista triunfante del oeste», que «omitía cualquier mención sobre raza, esclavitud, conquista de los pueblos nativos y restricciones opresoras sobre muchos grupos marginalizados, incluyendo las mujeres».[16] Una visión que se abstenía de criticar a los «robber barons» creadores de riqueza, y que celebraba el milagro que había engendrado una nación sin clases, respecto de la cual los planteamientos del marxismo eran totalmente irrelevantes. Por su parte la teoría de la modernización sostenía que este milagro podía repetirse en los países subdesarrollados, si éstos seguían las mismas fórmulas sociales y políticas. Se volvía, a la vez, a la doctrina de la objetividad, al rechazo de la «ideología» —es decir, de las ideas de los otros— y de la «construcción» social».[17]

En 1949 el presidente de la American Historical Association declaraba: «no nos podemos permitir no ser ortodoxos» y exhortaba e los historiadores norteamericanos a abandonar su tradicional «pluralidad de objetivos y de valores» y aceptar «una amplia medida de regimentación», porque «una guerra total, sea caliente o fría, moviliza a todo el mundo y llama a cada uno a asumir su parte. El historiador no está más libre de esta obligación que el físico».[18]

La actuación política y propagandista norteamericana se extendería también a Europa, donde se realizaba sobre todo a través del Congreso por la Libertad de la Cultura (CCF), una institución dirigida bajo mano por la CIA y dotada de recursos abundantes, procedentes en gran medida del Plan Marshall —recursos que pasaban a menudo a través de fundaciones, reales o inventadas, para disimular su origen—, que tenía en el patronato a personajes como Bene-

15. Peter Novick, *That noble dream. The «objectivity question» and the American historical profession*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pp. 325-330. Sobre Kantorowicz, de quien ya se ha hablado, Alain Boureau, *Histoires d'un historien. Kantorowicz*, París, Gallimard, 1990 y Norman F. Cantor, *Inventing the Middle Ages. The lives, works, an ideas of the great medievalists of te twentieth century*, Nueva York, William Morrow and Co., 1991, pp. 94 y ss.

16. Gerda Lerner, *Why history matters*, Nueva York, Oxford University Press, 1997, pp. 202-203.

17. Irene Gendzier, «Pay it again Sam: the practice and apology of development» en Simpson, *Universities and empire*, pp. 57-95; E. Schrecker, *Many are the crimes. McCarthysm in America*, Boston, Little Brown, 1998, pp. 407-408. Sobre estas cuestiones, más en general, véase Noam Chomsky *et al.*, *The Cold war and the university* y *Radical History Review*, n.º 63 (1995). Novick —*That noble dream*, p. 372— señala la frustración de los cultivadores de esta especie de historia académica al ver que los grandes éxitos de venta de libros de historia los obtenía gente al margen del mundo académico como W. L. Shirer, John Toland o Barbara Tuchman (la autora de *The guns of August*, el libro que Kennedy hizo leer a los miembros de su equipo para evitar que se repitiesen los errores que los políticos cometieron al inicio de la Primera Guerra Mundial).

18. Stephen F. Cohen, *Rethinking the soviet experience. Politics and history since 1917*, Nueva York, Oxford University Press, 1985, p. 13.

detto Croce (reemplazado a su muerte por Salvador de Madariaga), Jaspers, Maritain, etc. y que financiaba publicaciones como *Preuves*, en Francia (creada como un antídoto a *Les temps modernes* de Sartre), *Encounter* en Gran Bretaña, bajo la dirección de Irving Kristol y Stephen Spender, *Cuadernos*, dirigido por un personaje tan turbio como Julián Gorkin, *Tempo presente* (creado en Italia contra Moravia), con otras publicaciones semejantes en Australia, la India y Japón, pensadas como plataformas para apoyar a «izquierdas alternativas» y hacer llegar la influencia norteamericana a un gran número de intelectuales de diversos países.[19]

También la alta cultura experimentó los efectos de esta situación. Los pintores abandonaron el realismo comprometido del frente popular que quería hacer llegar el arte a las masas, en favor del expresionismo abstracto, y pasaron a usar un lenguaje que sólo entenderían las minorías intelectuales avanzadas. Hoy sabemos, además, que la operación formó parte de las batallas culturales de la CIA. Un hombre como Nelson Rockfeller, presidente del MOMA de Nueva York, defendía el expresionismo abstracto como el arte de la libre empresa. Contaban, además, con una figura carismática, Jackson Pollock, nacido en Wyoming, que podía pasar por una especie de *cowboy*, que no tenía influencias europeas ni había estudiado en Harvard y que, como buen artista auténticamente americano, era un gran bebedor. Se hizo una campaña para difundir a estos pintores, consiguiendo que los museos americanos, en su mayor parte dependientes del patrocinio privado, los comprasen, y ayudasen a difundirlos por todo el mundo, en exposiciones o con préstamos —todo ello financiado por la CIA y con un amplio apoyo del MOMA. Un hombre como Alfred Barr, director del MOMA desde 1929 hasta 1943, convencía a Henry Luce para que cambiase la política editorial de *Time—Life* y no atacase al «nuevo arte», porque era necesario protegerlo a fin de que no fuera criticado como en la URSS, ya que era «empresa artística libre»: en agosto de 1949 *Life* dedicó las páginas centrales de la revista a Pollock. A algunos de los mejores artistas esta situación de revolucionarios pagados por la burguesía acabó desequilibrándolos —Franz Kline murió alcoholizado y Rothko se abrió las venas— pero otros, como Paul Burlin, aceptaban el juego y sostenían que «la pintura moderna es el baluarte de la expresión creativa individual, lejos de la izquierda política y de su hermana de sangre, la derecha».[20]

En los departamentos universitarios de inglés, donde se estudian la lengua y la literatura, se abandonó cualquier consideración del contexto social y de la historia, y la «Nueva crítica» decidió examinar únicamente los textos. Los profesores se refugiaron en un estudio elitista, separado de las preocupaciones del

19. Paul Lashmar y James Oliver, *Britain's secret propaganda war*, Stroud (Gloucestershire), Sutton, 1998, pp. 125-132; Frances Stonor Saunders, *Who paid the piper?*, *passim* (por ejemplo, pp. 213-216) La nómina de «Preuves» puede verse en Pierre Grémion, ed., *«Preuves». Une revue européenne à Paris*, Paris, Julliard, 1989 (sin embargo, está claro que el dinero que la pagaba generosamente no tenía nada de «européen»).

20. Saunders, *Who paid the piper?*, pp. 252-278.

mundo real, para defenderse de los ataques que les podían lanzar tanto desde la derecha como desde la izquierda. En el campo de las ciencias sociales se dejaron de lado la preocupación por la estructura de clases o por la distribución de la riqueza. La National Science Foundation recomendaba a los que pedían ayudas para la investigación que se olvidasen de los «movimientos de reforma y de las actividades relacionadas con el bienestar social». Y las fundaciones privadas eran todavía más escrupulosas y evitaban, por ejemplo, cualquier investigación sobre relaciones raciales.[21]

En el terreno de la historia estos años de tranquilidad vigilada se acabaron con la crisis de los años sesenta y con la aparición de la «nueva izquierda», pero la lucha no cesó ni con el final de la guerra fría. Los debates se renovaron cuando en 1990 el presidente Bush lanzaba un plan para mejorar los niveles educativos de los estudiantes norteamericanos que incluía, entre sus objetivos, el de «conocer las diversas herencias culturales de esta nación». La comisión encargada de fijar unos objetivos nacionales («national standards») en el terreno del conocimiento de la historia tuvo que enfrentarse a las exigencias de multiculturalismo de las diversas minorías y tomó en cuenta valores que iban más allá de los eurocéntricos tradicionales con el fin de llegar a una historia realmente global. Después de largas discusiones con una amplia participación de especialistas, los «standards» estaban preparados en otoño de 1994, pero comenzaron a ser denunciados en el *Wall Street Journal* como una conspiración para inculcar una educación al estilo comunista o nazi, dentro de la campaña contra el multiculturalismo y contra los «tenured radicals»: los profesores «radicales» que se suponía, sin fundamento alguno, que controlaban las enseñanzas de historia, literatura o antropología en las universidades norteamericanas. El ataque acabó con una condena oscurantista en el senado y llevó al gobierno de Clinton a aceptar una revisión del trabajo que, pese a todo, no acabó de complacer a la derecha.[22]

Por otro lado, la lucha contra el «marxismo» sigue siendo una actividad a la cual se dedica una parte del viejo, y bien pagado, cuerpo de «vigilantes», y se puede seguir usando en el terreno profesional para descalificar a competidores molestos, como se pudo ver en el caso de David Abraham, perseguido por Henry A. Turner, al cual molestaba el éxito de su colega, o en los salvajes ataques de Norman Cantor contra Lawrence Stone, que no se han detenido ni después de la muerte de la víctima. La desaparición del viejo enemigo «comunista» que les permitía promocio-

21. Schrecker, *Many are the crimes*, pp. 401-407.

22. El tema se examina con detalle en el libro de Nash, Crabtree y Dunn, *History on trial*, citado más arriba. Nash y Crabtree eran justamente los responsables de los *National Standards for United States History* y los *National Standards for world history* publicados en 1994. Se encontrará un estudio sobre el debate, que cita una amplia bibliografía, en Arnaldo Testi, «Il passato in pubblico: un dibattito sull'insegnamento della storia nazionale negli Stati Uniti» en *Cromohs*, 3 (1998), en Internet http://www.unifi.it/riviste/cromohs/3. El mito que sostiene que los «tenured radicals» dominan las universidades norteamericanas e imponen una ideología de izquierdas ya fue señalado en 1987 por Allan Bloom en *The closing of the American mind* y lo sería unos años después por Roger Kimball en *Tenured radicals. How politics has corrupted our higher education*,

narse parece haber aumentado la furia y el rencor de los viejos cazadores profesionales de rojos como el ya citado Richard Pipes, o como Robert Conquest, que ha dedicado su último libro a explicar cómo «las ideas revolucionarias devastaron mentes, movimientos y países enteros» durante el siglo XX y a cargarse de paso a Hobsbawm, a quien acusa de «sesgo marxista» —sin querer percatarse de su propio «sesgo antimarxista»—, por más que lo que realmente parece molestarle es que la *Historia del siglo XX* de su colega de oficio, que también lo había sido de partido en algún tiempo pasado, sea bien recibida por los medios «liberales» británicos y obtenga unas cifras de ventas muy superiores a las de sus propios libros.[23]

En Gran Bretaña la guerra fría tuvo como uno de sus instrumentos al IRD (Information Research Department, del Foreign Office) que se dedicaba a una tarea de propaganda anticomunista y contaba con colaboradores de la importancia de George Orwell, que les ofreció espontáneamente una lista de 130 «criptocomunistas» —y recibió, a cambio, ayuda para difundir internacionalmente *Animal farm* y *1984*.[24] También los historiadores caerían bajo su influencia. Uno de los críticos más duros del régimen soviético, Robert Conquest, a quien acabamos de referirnos, había trabajado para el Foreign Office a sueldo del IRD de 1946 a 1956, antes de hacer una carrera académica «respetable» como «sovietólogo» y profesor en la universidad norteamericana de Stanford. En la nómina de estas instituciones oficiales se podía encontrar, además, a Maurice Cranston, Hugh Seton—Watson, Brian Crozier, Leonard Shapiro o a instituciones como la London School of Economics y el St. Anthony's College de Oxford (en especial su Departamento de Estudios Soviéticos).[25]

El combate por el control de la historia se extenderá más adelante a la escuela, cuando los gobiernos de Margaret Thatcher inicien campañas para modelar una enseñanza más atenta a los «valores propios en común de la sociedad británica» y alejados del multiculturalismo y de las visiones de la «historia desde abajo», es decir, de la historia social. Con este objetivo se organizó un grupo de trabajo —«History Working Group»— destinado a elaborar un «curriculum nacional» de historia que pudiera satisfacer las exigencias del gobierno conservador.[26] La propia Thatcher nos explica en sus memorias que cuando el grupo

23. Sobre el caso Abraham, Novick, *That noble dream*, pp 612-621. Una muestra «póstuma» de la campaña de Cantor —un medievalista de segunda fila, profundamente reaccionario— contra Stone se puede ver en la lamentable carta de denuncia policial enviada por éste al *Times Literary Supplement* y publicada el 6 de agosto de 1999 (p.17), donde reduce los méritos de Stone a «su poder en el mundo académico» y lo acusa de haber reforzado la izquierda en el terreno de la historia norteamericana, «un desarrollo que tal vez nunca se podrá reconducir». A partir de la semana siguiente, comenzaron a aparecer respuestas de protesta que reivindicaban a Stone, de historiadores del prestigio de Judit Herrin, John Keegan, Anthony Grafton, Charles C. Gillespie, etcétera. (TLS, 13 agosto 1999, p.17; 27 agosto, p.19). Robert Conquest, *Reflections on a ravaged century*, Nueva York, Norton, 2000 (citas de las pp. XI, 50 y 147).

24. Lashmar and Oliver, *Britain's secret propaganda war*, pp. 95 y ss.

25. Lashmar y Oliver, *id.*, pp. 122-123.

26. Terry C. Lewis, «The National Curriculum and history. Consensus or prescription», en Volker R. Berghahn y Hanna Schissler, eds., *Perceptions of history. International textbook research on Britain, Germany and the United States*, Oxford, Berg, 1987, pp. 128-140; Robert

presentó su informe, hacia julio del 1989, se horrorizó, porque «ponía el énfasis en la interpretación y en la indagación en lugar de hacerlo en el contenido y el conocimiento». Y, además, no dedicaba la suficiente atención a la historia británica. Cuando le llegó un segundo informe rehecho, que atendía a su reclamación de más historia británica, la primera ministra seguía quejándose porque no dedicaba bastante atención a los «hechos históricos». ¿Qué era lo que la señora Thatcher consideraba como «hechos históricos»? Ella misma nos lo muestra cuando ataca el programa propuesto por el grupo porque «estaba demasiado orientado a cuestiones religiosas, sociales, culturales y estéticas, y no prestaba la suficiente atención a los acontecimientos políticos».[27] Esto es, se ocupaba de la sociedad o de la cultura, en lugar de limitarse a explicar los hechos de los primeros ministros, incluyendo las guerras gloriosas como la de las Malvinas, que la Thatcher parece considerar como el «hecho» más importante de la historia británica del siglo XX.

No todos los casos de «guerras de la historia» son tan claros como estos a los que nos hemos referido hasta ahora. En otros el debate se plantea entorno a un problema o a un acontecimiento clave del pasado, cuyas diversas interpretaciones se identifican con opciones políticas contrapuestas. Este sería el caso del debate sobre la revolución francesa, o el de las discusiones en torno a la historia de la Alemania nazi, que nos pueden servir de ejemplo del modo en que política e historia se combinan e interfieren.

Los debates en torno a la naturaleza de la Revolución francesa son, como hemos ido viendo, tan viejos como la revolución misma, pero cobraron nueva virulencia alrededor de 1989, cuando el segundo centenario de la revolución vino a coincidir con el hundimiento del régimen soviético.[28] No se trataba ahora del enfrentamiento con la vieja tradición reaccionaria en la línea de Pierre Gaxotte, representada en estos momentos por ultras sin demasiado crédito como Pierre Chaunu o por viejos monárquicos marginales,[29] sino de una derivación directa de la guerra fría —como dijo este personaje singular que era Richard Cobb (1917-1996), «los académicos norteamericanos en la nómina de la CIA estaban al servicio de las fuerzas de represión para ayudarles a conocer mejor los mecanismos de las revoluciones y a mejorar las técnicas de preven-

Phillips, *History teaching, nationhood and the State. A study in educational politics*, Londres, Cassell, 1998; Raphael Samuel, «History, the nation and the schools», en *Island stories: Unravelling Britain (Theatres of memory, volume II)*, Londres, Verso, 1998, pp. 197-229.

27. Margaret Thatcher, *Los años de Downing Street*, Madrid, El País/Aguilar, 1993, p. 509.

28. Las dos mejores visiones de conjunto del debate son Steven Laurence Kaplan, *Farewell Revolution. The historians' feud. France, 1789/1989*, Ithaca, Cornell University Press, 1995 y Patrick Garcia, *Le bicentenaire de la Révolution française. Pratiques sociales d'une commemoration*, Paris, CNRS Editions, 2000. Complementariamente, Robert Gildea, *The past in French histoy*, New Haven, Yale University Press, 1994.

29. Sobre Chaunu, véase el capítulo que le dedica Kaplan, *Farewell Revolution*, pp. 25-49. Como ejemplo de viejos historiadores monárquicos, Paul et Pierrette Girault de Coursac, desconocidos después de cuarenta y ocho años de trabajos y una veintena de libros dedicados al estudio de Luis XVI y de María Antonieta. Véase, de ellos, *Histoire, historiens et mémorialistes*, París, F. X. de Guibert, 1997.

ción».[30] En términos generales, el objetivo esencial era negar la revolución misma como fenómeno con consecuencias de transformación social —acusando a los que defendían interpretaciones «sociales» de actuar por motivos políticos, como si los de los «revisionistas» no lo fueran— y presentarla como el origen de todas las aberraciones políticas del siglo XX, y en especial de la revolución soviética y del triunfo del bolchevismo. No en vano, como ha dicho Arno Mayer, participaban en esta operación «los renegados ex-comunistas que, en términos medios europeos, tenían un peso desproporcionado en la "intelligentsia" parisiense». [31]

El inicio de este nuevo revisionismo se asocia habitualmente con Alfred Cobban (1901-1968), que en 1964 denunciaba el «mito de la Revolución francesa» y le negaba transcendencia y, sobre todo, carácter «social». Unas tesis que desarrollaría en 1964 en su libro *The social interpretation of the French revolution*, donde defendía la inexistencia en la Francia revolucionaria de 1789 de algo que se pudiera llamar «feudalismo», por un lado, y de una burguesía revolucionaria, por otro.[32]

Pese a que Cobban no había investigado sobre estos temas y que no tenía una visión alternativa que ofrecer, sus planteamientos llegaban en un momento políticamente oportuno y su estímulo fue seguido rápidamente en Francia por algunos historiadores ex comunistas que necesitaban hacerse perdonar su pasado con muestras elocuentes de conversión, y en especial por François Furet (1927-1997), hijo de un banquero que pasó fugazmente por el Partido Comunista, y que, después de la obligada abjuración, comenzó un rápido ascenso al poder académico y mediático, en compañía de un equipo calificado por unos de «banda»

30. Richard Cobb, *The French and their revolution. Selected writings edited and introduced by David Gilmour*, Londres, John Murray, 1998, p. 27 (se trata de un fragmento de *A second identity*). Cobb cultivó toda su vida una historia que prestaba atención especial a los individuos y quiso mostrarnos el impacto de la revolución sobre personajes marginales, lo que lo alejaba tanto de las interpretaciones «sociales» como de los revisionistas.

31. Una visión global del problema de la negación del contenido transformador de los fenómenos revolucionarios en Francesco Benigno, *Espejos de la revolución*, Barcelona, Crítica, 2000. La observación de Arno J. Mayer en *The furies. Violence and terror in the French and Russian revolutions*, Princeton, Princeton University Press, 2000, p. XIX. Un ejemplo de esta obnubilación lo tenemos en François Crouzet, autor de obras muy estimables en el campo de la historia económica —como, por citar un ejemplo reciente, *De la supériorité de l'Angleterre sur la France*, París, Perrim, 1999— que ha atacado violentamente a los historiadores de izquierdas de la Revolución, llegando hasta la grosería en el caso de Vovelle (Véase Michel Vovelle, «Comptes Rendus», de *Annales historiques de la Révolution Française*, n.º 282, octubre-diciembre, 1990, pp. 506-507), y que se consuela diciendo: «Afortunadamente su visión fue destruida por el colapso del comunismo y de la Unión Soviética» (!). François Crouzet, «French historians and Robespierre», en Colin Haydon y William Doyle, eds., *Robespierre*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 255-283 (cita de p.282).

32. Alfred Cobban, *The social interpretation of the French revolution*, segunda edición (!), con una introducción de Gwynne Lewis, Cambridge, Cambridge University Press, 1999. No es una «second edition», como se dice, sino una simple reproducción facsimil de la primera, con una introducción que hace una peculiar historia del revisionismo y del post-revisionismo. Una crítica de los errores de Cobban en el libro de Gilbert Shapiro y John Markoff, *Revolutionary demands*, Stanford, Stanford University Press, 1998, pp. 256-265.

y por otros de «galaxia», y consiguió una aportación financiera substancial de fundaciones norteamericanas de derecha y un lugar de trabajo en la Universidad de Chicago. Su amplia audiencia en los medios de comunicación franceses consiguió presentarlo al público como la gran autoridad renovadora de la historia de la Revolución francesa,[33] cuando su investigación en este terreno era prácticamente nula, siendo como es la mayor parte de su obra de carácter ensayístico y de síntesis, con una preocupación más grande por la historiografía que por la propia historia, ya que en este terreno le era más fácil pontificar que si hubiera tenido que combatir en el de una erudición que no dominaba: una situación que lo llevó, de forma harto lógica, a un rechazo global de la «historia universitaria» francesa.[34] Furet comenzó distinguiendo entre dos revoluciones, la buena, liberal y reformista de 1789, y la mala, hija del Terror de 1792-1794, antecedente del comunismo ruso. El colmo de la desvergüenza llegaría con *el Dictionnaire critique de la Revolution française* (1988), dirigido por Furet en colaboración con una especialista de tercera fila como Mona Ozouf, donde los miembros de la banda se permitían, por ejemplo, excluir un nombre como el de Albert Soboul, cuya obra de investigador en el terreno específico de la historia revolucionaria es superior a las del director, su cómplice y la banda entera sumadas.[35]

En el mundo académico anglosajón, en cambio, el ataque a la interpretación social de la revolución, si exceptuamos algún caso puntual como la narra-

33. Suratteau, hablando del «primer» Furet dirá que «n'était pas encore alors l'historien n.° 1 de la Révolution française, que dis-je!, le "seul" historien de celle-ci selon Saintes-Medias et ses coadjutrices Sainte-Radio et Sainte-Telé», en Christine Le Bozec y Eric Wauters, eds., *Pour la Révolution française. En hommage à Claude Mazauric*, Rouen, Université de Rouen, 1998, p. 551.

34. Una obra, la de Furet, que se inicia con la síntesis escrita en colaboración con Denis Richet *La Révolution française* (1965-1966), donde se inventó el «deslizamiento» (dérapage) de la revolución, y sigue con ensayos como *Penser la Révolution française* (1978) y síntesis como *La Révolution 1770-1880* (1990) y acaba con la compilación póstuma *La Révolution en débat* (1999). Por más que su libro más conocido internacionalmente tal vez sea *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée comuniste au XX^e siécle* (1995). Por lo que se refiere a *Un itinéraire intellectuel*, París, Calmann-Lévy, 1999, no es más que una compilación de artículos periodísticos. El juego de los furetianos, incluso en los casos en que hayan realizado trabajo de investigación, es casi siempre el de practicar los ataques políticos, y la descalificación de sus contrarios, en el terreno del ensayo. Un ejemplo reciente de esto es Patrice Guenittey, *La politique de la terreur. Essai sur la violence révolutionnaire, 1789-1794*, París, Fayard, 2000.

35. *Dictionnaire critique de la Révolution française*, París, Flammarion, 1988. Sobre esto véase Kaplan, *Farewell*, pp. 50-79 y *passim* (de hecho, la mayor parte del libro se dedica a explicar y analizar a Furet, en contraposición a Vovelle) y Olivier Bétourné y Aglaia I. Hartig, *Penser l'histoire de la Révolution. Deux siécles de passion française*, París, La Découverte, 1989, pp. 184-201. Una bibliografía completa d'Albert Soboul puede encontrarse en la reedición de *La révolution française*, París, Gallimard, 1996, pp. 17-41. Para entender la diferencia entre los unos y los otros basta comparar el *Dictionnaire critique* con el *Dictionnaire historique de la Révolution française* que se había preparado bajo la dirección de Albert Soboul (París, Presses Universitaires de France, 1989). Siguiendo la moda revisionista, en España se tradujeron el *Dictionnaire critique* (*Diccionario de la Revolución francesa*, Madrid, Alianza, 1989) y otro de Tulard que era un puro montaje oportunista, mientras que el de Soboul, donde colaboraban especialistas en la investigación de la Revolución, fue ignorado. Por lo que respecta a la obra de Mona Ozouf, su aportación más conocida es *La fête révolutionnaire, 1789-1799* (París, Gallimard, 1976).

tiva del *Citizens* de Simon Schama —que se pretende inspirada por Cobb pero está muy lejos del nivel y de la independencia ideológica de éste— vino sobre todo por el lado de los estudios culturales y del discurso, con aportaciones como las de Lynn Hunt y Keith Baker. Pero cuando se comienza diciendo que lo esencial para comprender la génesis de la Revolución francesa es averiguar «el espacio conceptual en que fue inventada», no ha de extrañar que se acabe llegando a que un trabajo sobre la fiscalidad como causa del malestar público, sorprendentemente publicado en una revista de prestigio académico, acabe diciendo que el estudio del «proceso por el cual la fiscalidad resultó politizada e investida con un sentido revolucionario» interesa sobre todo porque «tiene importantes implicaciones para nuestra comprensión de Tocqueville y de Habermas». Cosa que explica la preocupación de Colin Jones al comprobar que Hunt, Baker y el mismo Furet estaban reduciendo la Revolución «a un acontecimiento lingüístico» más que a un «hecho social y económico».[36]

Todo ello para combatir una denominada interpretación jacobino-marxista, supuestamente dogmática e inflexible, que no existe en realidad, porque la investigación hecha en el terreno del estudio de la trama social de la Revolución —una investigación que generalmente no se menciona en estos debates, que raras veces van más allá de lo meramente historiográfico— ha hecho en las últimas décadas grandes avances y no tiene mucho que ver con la vulgata que los «revisionistas» han estado combatiendo con la comodidad y con el éxito con que habitualmente se combate a los enemigos fantasmas inventados intencionadamente.

Mientras los revisionistas se dedicaban a esta tarea, con resultados tan estériles que han acabado llevando rápidamente a un «post-revisionismo», la «historia universitaria» mostraba la complejidad de matices de los enfrentamientos en el seno de la sociedad campesina, siguiendo en gran medida los caminos abiertos por el gran libro de Pierre de Saint Jacob, que con su visión de un campo donde a mediados del siglo XVIII había «enriquecimiento de los unos, empobrecimiento de los otros, disminución de la clase media» nos volvía a acercar a Labrousse. Seguido por interpretaciones renovadoras como las de Hoffman y Moriceau, que insertan la crisis del siglo XVIII en el largo plazo, como los estudios de Kaplan sobre el aprovisionamiento de París, los de Markoff sobre los «cahiers de doléances» —donde el feudalismo exorcizado por Cobban reaparece con considerable fuerza—, o los de Anatoli Ado —un historiador ruso que tuvo que combatir la vieja visión «ortodoxa» del «balance agra-

36. Keith M. Baker, *Inventing the French revolution. Essays on French political culture in the eighteenth century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 4, y Michael Kwass, «A kingdom of taxpayers: State formation, privilege, and political culture in eighteenth-century France», en *Journal of modern history*, 70 (junio 1998), pp. 295-339. Colin Jones, «The return of the bannished bourgeoisie», en *Times litrerary supplement*, 29 de marzo de 1991, p. 7. Para una visión de conjunto del "revisionismo" norteamericano: Keith Michael Baker y Joseph Zizek, «The American historiography of the French Revolution» en A. Molho y G.S. Wood, eds, *Imagined histories. American historians intepret the past*, Pinceton, Princeton University Press, 1998, pp. 349-392.

rio de la Revolución»—, de McPhee y de tantos otros sobre la revuelta rural y sobre la continuidad de las luchas de los campesinos a lo largo del siglo XIX.[37]

Por lo que respecta a la burguesía como clase actuante en la sociedad francesa durante la época de la Revolución, por otro lado, no se trata de una invención de los «jacobino-marxistas», sino que la definición misma de la clase surgió del léxico de los trabajadores franceses antes de la Revolución: el Diccionario de la Academia Francesa explicaba en su edición de 1788 que «Los obreros, hablando de aquellos para quien trabajan, acostumbran a decir el burgués, sea cual sea la cualidad de las personas que les den trabajo».[38] La transformación de este burgués en un revolucionario que ha luchado por la libertad de todo «el tercer estado» es, en cambio, una invención burguesa, desarrollada por los historiadores de la Restauración y, muy en especial, por Guizot. El mito de una supuesta burguesía revolucionaria ya había sido denunciado por Walter Benjamin: «La ilusión según la cual la tarea de la revolución proletaria sería la de acabar la obra de 1789, en estrecha colaboración con la burguesía (...), ha dominado la época que va desde 1831 hasta 1871, desde la insurrección de Lyon hasta la Commune. La burguesía no ha compartido nunca este error. Su lucha contra los derechos sociales comienza desde la revolución del 89 y coincide con el movimiento filantrópico que la oculta (...). Al lado de esta posición encubierta de la filantropía, la burguesía ha asumido siempre la posición franca de la lucha de clases. Desde 1831 reconoce en el *Journal des débats*: "Todo manufacturero vive en su manufactura como el propietario entre sus esclavos"».

La investigación puntual en torno a grupos burgueses concretos nos ofrece la imagen de unos hombres que, sintiéndose ahogados por el marco social e institucional del antiguo régimen, se han alineado inicialmente con la revolución, pero que, una vez conseguidas las mínimas libertades que reivindicaban, se han apresurado a pedir al estado un control social que los defienda de sus trabajadores. Está claro que el tipo de cambios que han promovido habían de ser de naturaleza económica —si entendemos que lo es también un objetivo tan

37. Pierre de Saint Jacob, *Les paysans de la Bourgogne du Nord au dernier siècle de l'Ancien Régime*, ed. original, Paris, Société Les Belles Lettres, 1960; reedición, Rennes, Association d'histoire des sociétés rurales, 1995; Philip T. Hoffman, *Growth in a traditional society. The French countryside, 1450-1815*, Princeton, Princeton University Press, 1996; Jean-Marc Moriceau, *Les fermiers de l'Île-de-France. L'ascension d'un patronat agricole, XVe-XVIIIe siècle*, Paris, Fayard, 1994; John Markoff, *The aboliton of feudalism: Peasants, lords and legislators in the French revolution*, University Park, Pennsylvania State University Press, 1996; Gilbert Shapiro y John Markoff, *Revolutionary demands*, Stanford, Stanford University Press, 1998; Steven L. Kaplan, *Provisioning Paris. Merchants and millers in the grain and flour trade during the eighteenth century*, Ithaca, Cornell University Press, 1984 y *The bakers of Paris and the bread question. 1700-1775*, Durham, Duke University Press, 1996; Anatoli Ado, *Paysans et révolution. Terre, pouvoir et jacquerie 1789-1794*, Paris, Société des Etudes Robespierristes, 1996; Peter McPhee, *Revolution and environment in Southern France. Peasants, lords and murder in the Corbières 1780-1830*, Oxford, Clarendon Press, 1999, etc.

38. Estas informaciones proceden del artículo «bourgeoisie» de Guy Antonetti en Jean Tulard, ed., *Dictionnaire Napoléon*, Paris, Fayard, 1987, p. 279.

esencial de la burguesía como la consolidación de la propiedad—, pero éstos han ido acompañados por cambios políticos, que han quedado asegurados, al igual que los económicos, después de la Restauración, y que han convertido a los burgueses en la fuerza social dominante, siéndolo numéricamente dentro de la ciudadanía «censitaria» que podía elegir y ser elegida, ya que, como Pierre Leveque nos recuerda, «la burguesía tiene en su favor el número: representa, con el añadido de los campesinos más prósperos, más del 90% del cuerpo electoral censitario».[39]

Lo que no impide que los campesinos, actuando con una dinámica propia —todo lo que obtuvieron de la Revolución francesa, primero, y de las revoluciones liberales en todo el mundo, más tarde, se lo tuvieron que ganar luchando y pactando con la burguesía dominante— hayan conseguido conquistas substanciales, hasta el punto que Markoff ha podido decir que «la emancipación del campo del dominio de los señores en la primera mitad del siglo XIX —no solamente en Francia, sino de una manera general en el oeste y el centro de Europa— hubiera sido menos probable sin la media década de levantamientos rurales incontrolables de Francia». Y que se haya podido verificar que el conjunto de la población francesa salió beneficiada de la Revolución, hasta el punto de que «en dos décadas, la esperanza de vida al nacimiento del francés medio había aumentado un tercio, de menos de treinta a casi cuarenta años».[40]

Pasados los momentos agudos del combate político del bicentenario, que vinieron a coincidir con los episodios finales de la guerra fría, no queda mucho de positivo que recoger del legado de un revisionismo que no supo construir una nueva interpretación en lugar de la que quería destruir, y la historia post-revisionista vuelve a investigar la sociedad francesa y a situar los cambios que en ella se produjeron en el largo plazo.[41]

Una guerra de la historia diferente, pero igualmente significativa, es la que se produjo en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial, cuando, con el país dividido y teniendo que hacer frente al peso de los crímenes del nazismo, los supervivientes se sintieron en la necesidad de redefinir su propia identidad histórica, y no podían hacerlo sin encontrar alguna forma de explicar el nazismo y el exterminio de los judíos. Al Este, en la República Democrática Alemana, la

39. Walter Benjamin: *Paris, capital du XIXe siècle. Le livre des passages*, Paris, Editions du cerf, 1989, p. 45; Jean-Pierre Hirsch, *Les deux rêves du commerce. Entreprise et institution dans la région lilloise (1780-1860)*, Paris, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1991; Gail Bossenga, *The politics of privilege. Old regime and revolution in Lille*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991; Thomas D. Beck y Martha W. Beck: *French notables. Reflections of industrialization and regionalism*, Nueva York, Peter Lang, 1987; Pierre Leveque: *Une société provinciale: la Bourgogne sous la monarchie de Juillet*, Paris, EDHEESS, 1983 (cita de p. 263); W. D. Edmonds: *Jacobinism and the revolt of Lyon, 1789-1793*, Oxford, Clarendon Press, 1990, etc.

40. J. Markoff, *The aboliton of feudalism*, p. 594; David Andress, *French society in Revolution, 1789-1799*, Manchester, Manchester University Press, 1999, p. 163.

41. El tono de los debates político-históricos —más «políticos» que «históricos»— franceses alrededor de la commemoración puede verse en el volumen colectivo *1789. La commemoration*, Paris, Gallimard, 1999.

aplicación mecánica del dogmatismo estalinista parecía resolver el problema. En su retorno al país, los líderes comunistas alemanes que habían vivido refugiados en la URSS consideraban de un interés prioritario difundir la interpretación histórica del nazismo que había elaborado la Tercera Internacional, que lo explicaba como una forma del capitalismo monopolista de estado —de aquí la denominación de historia «Stamokap» con que se caracteriza esta escuela— de modo que se hicieron tres grandes ediciones (con un total de 690.000 ejemplares) del libro que Walter Ulbricht había publicado bajo el título de *La leyenda del socialismo alemán*, cambiado ahora por el de *El imperialismo alemán fascista*.

Esta interpretación, en la medida en que transportaba el problema a un ámbito planetario —convirtiéndolo en la lucha entre dos sistemas sociales, el socialismo y el capitalismo— tenía la virtud de eliminar a Hitler y al partido nazi como cuestión «alemana». El problema, decían los miembros de la escuela Stamokap, venía de más lejos; el ascenso nazi no había representado una ruptura radical con el pasado, porque no se había producido cambio alguno en la base socioeconómica en el tránsito de la república de Weimar a la dictadura hitleriana: Hitler era poca cosa más que un títere del gran capitalismo alemán y los culpables de los crímenes del nazismo eran «trescientos fabricantes de armas y dirigentes de bancos alemanes». El tema de los judíos, por otro lado, pasaba a ser secundario dentro de esta visión global en que las víctimas principales del nazismo eran los comunistas y la clase trabajadora. Esto no excluye que las medidas políticas introducidas en la Alemania del este —reforma agraria, expropiaciones de industrias y empresas financieras—, combinadas con la depuración de quienes ocupaban cargos en la administración pública significasen que hubo en ella un proceso de desnazificación muy superior al que tuvo lugar en la Alemania del oeste. Hay que tener en cuenta que los dirigentes comunistas que volvían del exilio eran antinazis probados, que habían sido perseguidos por el hitlerismo.[42]

En las zonas del oeste que más tarde constituirían la República Federal de Alemania, se comenzaba con una identificación del nazismo como culpable específico, que excluía cualquier intento de acusar al capitalismo, lo que ayuda a explicar que las sanciones a los industriales que habían colaborado con el régimen fuesen leves, como convenía a la estrategia de la guerra fría, que necesitaba recuperar el potencial industrial alemán. El problema que los aliados occidentales tuvieron que afrontar era que en 1945 había ocho millones de alemanes afiliados al partido nazi y que, en la «guerra fría» que se iniciaba, no se quería tenerlos como enemigos, de manera que el castigo se limitaría a unos pocos líderes escogidos para dar ejemplo y el proceso de desnazificación hizo más por rehabilitar e integrar a los nazis, blanqueando su pasado, que por castigarlos. En este escenario los crímenes hitlerianos, y muy especialmente el

42. Mary Fulbrook, *German national identity after the holocaust*, Oxford, Polity, 1999; Andreas Dorpalen, *German history in marxist perspective. The East German approach*, Londres, I. B. Tauris, 1985, pp. 393 y ss.; Jeffrey Herf, *Divided memory. The nazi past in the two Germanys*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1997, *passim*.

exterminio de los judíos, eran vistos como responsabilidad directa de unos dirigentes criminales que habían de ser castigados, pero no del pueblo alemán.[43]

Entre los historiadores de la República Federal, predominantemente conservadores y nacionalistas,[44] el nazismo no era considerado como «fascismo», sino como un régimen de «dictadura totalitaria», semejante al comunismo. Esta visión permitía «desculpabilizar» al pueblo alemán, al reducir los responsables a Hitler y a un pequeño grupo de dirigentes fanáticos, que habían engañado y manipulado a las masas. Se procuraba eliminar el tema del «holocausto» del relato histórico y se mitificaban, en contrapartida, las débiles resistencias al nazismo, y muy en especial el complot contra Hitler de julio del 1944 —que tenía, además, la ventaja de contar con *junkers* prusianos conservadores y nacionalistas como sus heroicos protagonistas— a fin de configurar la imagen de una supuesta «otra Alemania». En los años sesenta, sin embargo, la situación académica cambió, en parte por obra de las presiones de los movimientos estudiantiles, y apareció un grupo de historiadores más abiertos y más interesados en la historia social, como Hans-Ulrich Wehler (nacido en 1931) y Jürgen Kocka (nacido en 1941), miembros de la llamada «escuela de Bielefeld», que propugnaban un nuevo tipo de historia que había de usar los métodos y las teorías de las ciencias sociales —la llamada «Historische Sozialwissenschaft»— y que desarrollaron la teoría del Sonderweg, del peculiar «camino» alemán hacia la modernidad, que Wehler enlazaba con la alianza entre burguesía y aristocracia en la época imperial, que habría dificultado la modernización política.

La cuestión del holocausto, que durante muchos años se mantuvo en un discreto silencio, se plantearía ahora abiertamente, en dos versiones distintas, la de los «intencionalistas» y la de los «funcionalistas», que coincidían en responsabilizar a los dirigentes nazis, pero diferían por el hecho de que los primeros pensaban que el exterminio respondía al proyecto previo hitleriano de una Europa limpia de judíos, que habría sido un punto central de su visión política desde antes de la toma del poder, mientras que para los «funcionalistas» o «estructuralistas», al contrario, no habría un plan previo, sino que todo se redujo a una solución burocrática que se puso en marcha ante el problema que representaba el exceso de prisioneros con el que se encontraron los alemanes como consecuencia de la invasión de la Unión Soviética. Los responsables del holocausto eran simples burócratas como Himmler y Eichmann.[45]

43. Fulbrook, *German national identity*, pp. 61 y ss., da ejemplos clamorosos de antiguos nazis que ocupaban lugares de responsabilidad en la República Federal de Alemania: colaboradores de Adenauer, como Hans Globke, Biflinger y Oberländer, que habían tenido algún tipo de participación en la persecución racial. Markus Wolf señala que el servicio secreto hitleriano se convirtió en el de la Alemania occidental, con el general Rainhard Gehlen al frente (*L'home sense cara*, Barcelona, Quaderns Crema, 1999, pp. 102-104).

44. Al principio no hubo muchos cambios: la mayor parte de los historiadores profesionales de la época hitleriana conservaron sus lugares de trabajo, y fueron muy pocos los exiliados que volvieron a las universidades alemanas (Fulbrook, *German national identity*, pp. 112-113).

45. Tanto la política de eutanasia respecto de los débiles mentales como la orden de exterminio de los reclusos en las prisiones del estado surgieron directamente de Hitler y tenían una justifica-

Pero si este planteamiento limitaba el número de los culpables, la «disputa de los historiadores» o «Historikerstreit» de 1986-1987 fue un paso más allá, tratando de recalificar la culpabilidad misma de los dirigentes. En el inicio del debate están en gran medida los libros de Ernst Nolte, que no era un historiador profesional pero que había obtenido un éxito internacional con *Las tres caras del fascismo* y *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*.[46] Nolte es un excéntrico de derechas, un hombre aislado que llegó a dar clases como profesor visitante en la Universidad de Jerusalén, antes de hacer su gran cambio. Hacia 1973, en *Alemania y la guerra fría*, ya empezaba a decir que el régimen nazi era hasta 1939, comparado con el estalinismo, «un idilio liberal», y añadía que lo que los norteamericanos habían hecho en Vietnam era peor que Auschwitz, y que los sionistas de Israel eran tan racistas como los nazis. En 1983 publicó un tercer libro —él habla de los tres como de una trilogía— *El marxismo y la revolución industrial*,[47] en que el tema del exterminio se presentaba a la luz de una supuesta doctrina marxista de «la aniquilación de clases», su manera personal de interpretar la idea de lucha de clases, que le permitía sostener que el holocausto no era más que una respuesta al marxismo y a la revolución soviética. El gran debate, sin embargo, no surgió de los libros de Nolte, sino que comenzó a consecuencia de un artículo publicado en la prensa hacia junio de 1986, «El pasado que no quiere pasar», en el que Nolte sostenía que había que acabar ya de pintar la historia del Tercer Reich sin matices, todo en blanco o en negro. Lo que impedía que pasase este pasado era el tema de la «solución final», que provocaba una interminable discusión sobre el nazismo. Había llegado el momento de revisarlo y de acabar con la sumisión con que los alemanes aceptaban las culpas. Hitler no había hecho más que seguir el ejemplo del comunismo soviético y el exterminio de los judíos no había sido más que una medida preventiva para ahorrar a los alemanes el genocidio de clase con que les amenazaban los bolcheviques, y que tenía como principales protagonistas a los judíos, o al menos esto era lo que pensaban los nazis, que habían actuado contra ellos en función de este temor. De hecho los mismos judíos, al

ción racial (M. Burleigh y W. Wippermann: *The racial state. Germany 1933-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991; Henry Friedlander: *The origins of nazi genocide. From euthanasia to the final solution*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1995; Nikolaus Wachsmann, «"Annihilation through labor": The killing of state prisoners in the Thrid Reich», en *Journal of Modern History*, 71 —sept. 1999—, pp. 624-659); Christopher R. Browning, *Nazi policy, Jewish workers, German killers*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000). Sobre el retraso en tomar conciencia del holocausto, Peter Novick, *The holocaust and collective memory*, Londres, Bloomsbury, 2000. Por cierto, que los mismos implicados como responsables del holocausto son, como era de esperar, «funcionalistas», como puede verse en los planteamientos exculpatorios de Eichmann al ser interrogado por los israelies, donde afirma que ni tan siquiera era antisemita: Jochen von Lang and Claus Sibyll, eds., *Eichmann interrogated. Transcripts from the Archives of the Israeli police*, Nueva York, Da Capo, 1999.

46. Hay traducción española con los titulos, respectivamente, de *El fascismo en su época*, Barcelona, Península, 1967 y *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*, Barcelona, Península, 1971.

47. *Marxismus und industrielle Revolution*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1983.

ponerse del lado de los aliados en la guerra, justificaban que se los encarcelara. Y a la larga habían sido ellos los vencedores del enfrentamiento, al conseguir difundir la imagen negativa de la maldad de los alemanes. Nolte tuvo algún apoyo de un historiador académico como Hildebrand y de Joachim Fest, un biógrafo de Hitler, pero sus tesis fueron recibidas sin demasiado interés por la mayor parte de los historiadores alemanes, y con hostilidad general en el extranjero.[48]

La réplica, con la que se inició propiamente el debate, se la dio un artículo de Jürgen Habermas, publicado en *Die Zeit* el 11 de julio de 1986, que denunciaba «las tendencias apologéticas» de Nolte, de Andreas Hillgruber (que había pedido simpatía para los soldados alemanes que habían combatido contra el bolchevismo), de Joachim Fest y de Michael Stürmer, consejero del canciller Kohl, que estaba propugnando que se volviese a una visión patriótica de Alemania: eran los que Elie Wiesel denominaría «la banda de los cuatro».[49]

El debate tenía un trasfondo claramente político, de enfrentamiento entre posiciones conservadoras y social-demócratas, y, pese a que dio pie a mucha literatura, no hizo avanzar en lo más mínimo el conocimiento histórico real. Lo que revelaba era la esquizofrenia de un país que estaba progresando económicamente pero que se mostraba incapaz de asumir su pasado. Si los argumentos de Nolte y de los revisionistas eran ya inadmisibles en los años en que se publicaron, lo resultan cada vez más, a medida que nuevas investigaciones nos permiten conocer mejor la conducta del ejército alemán en la Segunda Guerra Mundial. El estudio de la forma en que se preparó y se produjo la invasión de Rusia por Hitler ha demostrado que no tenía justificación defensiva alguna: Stalin no tenía ninguna intención de atacar Alemania, ni a corto ni a largo plazo, y Hitler lo sabía. El argumento de la «guerra preventiva» no era más que un pretexto para justificar un ataque sin declaración previa. Para Hitler se trataba del episodio final del combate contra el «bolchevismo judío», lo que puede explicar la naturaleza de las órdenes especiales dadas a los oficiales alemanes en el momento del inicio de la invasión, que disculpaban todas las brutalidades y exoneraban a los soldados por los crímenes que pudiesen cometer contra los ciudadanos rusos, por el hecho de tratarse de «la lucha final entre dos sistemas opuestos». El mariscal Keitel lo justificaría diciendo: «que la derrota de 1918, el período de sufrimientos del pueblo alemán que la siguió y la lucha contra el Nacional Socialismo ---con los muchos sacrificios de sangre

48. En el postfacio a Ernst Nolte, *Intervista sulla questione tedesca*, a cargo de Alberto Krali, Roma, Laterza, 1993, Krali señala que Nolte ha sido fuertemente atacado en Alemania, que no recibe mucha atención ni en los Estados Unidos ni en Francia —es verdad que no es mencionado en las recientes «enciclopedias» de historiadores—, y que sólo en Italia parece tener un público, como lo tenía Renzo di Felice, un historiador italiano «revisionista» respecto del fascismo musoliniano.

49. Alfred D. Low, *The Third Reich and the holocaust in German historiography. Towards the «Historikerstreit» of the mid-1980s*. Boulder, East European Monographs, 1994; la versión de Nolte en «Reflexiones finales sobre la denominada querella historiográfica», en *Después del comunismo*, Barcelona, Ariel, 1995, pp. 183-216.

que costó al movimiento— pueden atribuirse a la influencia bolchevique. Ningún alemán debe olvidarlo». Esto explicaría esta lucha de aniquilación en que los alemanes, vulnerando todas las leyes de la guerra, mataban a los soldados que se rendían, asesinaban civiles y exterminaban sistemáticamente a los judíos; en que había ambulancias alemanas que llevaban una cruz roja al lado y una ametralladora en el techo. No actuaban de esta manera para prevenir nada, ni su conducta era la de una guerra normal. El ataque hitleriano a Rusia y el exterminio asociado a él no fueron hechos bélicos «normales», sino que representan un nuevo tipo de guerra encaminada a la aniquilación total y sistemática, por el hambre y por las ejecuciones, de millones de seres humanos en nombre de la lucha contra los fantasmas hitlerianos del judeo-bolchevismo. No hay artificio académico que pueda «revisar» y «normalizar» esto.[50]

El tema del holocausto ha producido también sus guerras de la historia del lado de los judíos, que han criticado el libro fundamental de Raul Hilberg sobre *La destrucción de los judíos de Europa*, acusándolo de haber «minimizado» la resistencia judía, el de Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén*, por atreverse a decir que hubo colaboradores judíos en el holocausto o el de Arno Mayer, *¿Por qué el cielo no se oscureció?*, por sostener que el antibolchevismo fue tan importante como el antisemitismo y que era un elemento clave para explicar el holocausto.[51]

Pasado el momento más agudo de la «Historikerstreit», los debates parecían calmados hasta que se reavivaron súbitamente en 1996 con la aparición del libro de Daniel Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, que culpabilizaba al conjunto del pueblo alemán, al sostener que el holocausto había sido la culminación natural del antisemitismo de la sociedad alemana, que tomó un carácter «eliminacionista» y que estaba tan imbuido en la cultura y en la política que cuando llegó el momento del exterminio la población entera de Alemania se sumó voluntariamente a él. Su conclusión era que la participación del pueblo alemán en el holocausto fue general y voluntaria; que los alemanes, trabajados por una larga tradición de antisemitismo, mataban por convencimiento: «El mundo de los campos de concentración revela la esencia de la Alemania que se libró al nazismo, de la misma manera que los que mataron revelan los crímenes y la barbarie que los alemanes comunes estaban dispues-

50. En lo que se refiere a la génesis de la guerra sigo a Gabriel Gorodetsky, *Grand delusion. Stalin and the German invasion of Russia*, New Haven, Yale University Press, 1999 (sobre el tema de la «guerra preventiva», por ejemplo, pp. 86-88). Sobre la especial brutalidad del ejército alemán en esta guerra, Anthony Beevor, *Stalingrad*, Londres, Penguin, 1999, pp. 14, 60-61 y *passim*, y Truman Anderson, «Incident at Baranivka: German reprisals and the Soviet partisan movement in Ukraine, october-december 1941», en *Journal of Modern History*, 71 (sept. 1999), pp. 585-623. Véase también, por lo que se refiere al exterminio de los judíos, Ilya Ehrenburg y Vassili Grossman, eds., *Le livre noir sur l'extermination scélérate des juifs... Textes et temoignages*, Arles, Actes Sud, 1995 (un texto que no pudo publicarse completo en Rusia hasta 1993).

51. Al descubrirse que Hannah Arendt había sido amante de Heidegger se ha dicho que esta era la razón de sus «calumnias contra los judíos»; la verdad es que la colaboración fue real y nos es conocida por testimonios de la época.

tos a aceptar de buen grado a fin de salvar a Alemania y al pueblo alemán del último peligro «*Der Jude*».[52]

Este libro, que aportaba pocos elementos de investigación originales, reinterpretaba evidencias ya conocidas con anterioridad, como eran las referidas al batallón 101 de la policía de reserva, la «Orpo», que había estudiado anteriormente Christopher Browning.[53] Pero mientras para Browning los culpables de los crímenes eran «hombres ordinarios», y la conclusión que sacaba tenía un alcance general, para Goldhagen eran «alemanes ordinarios», y esta era una diferencia fundamental, ya que transformaba su análisis en una inculpación específica del pueblo alemán.[54] La obra recibió críticas severas de algunos profesionales que la acusaban de falta de rigor científico, pero Hans-Ulrich Wehler, pese a atacar sus defectos, reconoció que había tenido la virtud de plantear abiertamente el incómodo tema de la participación masiva de los alemanes en los crímenes del nazismo. Y se dio el caso de que cuando Goldhagen mantenía discusiones públicas sobre su libro en Alemania, en ocasiones ante grandes públicos, era él normalmente quien recibía el aplauso de los asistentes contra los «profesores universitarios de prestigio» que lo atacaban. No porque se tratase de alemanes masoquistas, sino porque el público agradecía que alguien hablase de estos problemas abiertamente y en lenguaje llano, en lugar de enfriarlos con pretextos de ciencia, usando un lenguaje de tribu.[55]

Posteriormente, una investigación hecha en profundidad en una zona concreta de Alemania ha permitido ir un paso más allá, mostrando la cara real del terror en un país donde el ciudadano medio sabía muy bien que pasaban cosas —hubiera sido imposible ocultar la captura y desaparición de los judíos, gitanos, etc.—, pero no se sentía implicado en ello, y o bien colaboraba o dejaba hacer. Esto permitió a los «alemanes ordinarios» simular, al acabar la guerra, que no sabían nada y que aquellas atrocidades eran la obra de un grupo muy reducido de dirigentes, a la vez que ayudaban a buena parte de los culpables a

52. Daniel J. Goldhagen: *Hitler's willing executioners: ordinary Germans and the holocaust*, Nueva York, Knopf, 1996, p. 461.

53. Christopher R. Browning, *Ordinary men: Reserve Police Battalion 101 and the final solution in Poland*, Nueva York, Harper Collins, 1992. Este mismo autor ha enriquecido considerablemente su estudio, lo que le permite generalizar, y matizar, las consideraciones sobre la motivación de los asesinos de judíos en el libro, ya citado más arriba, *Nazi policy, Jewish workers, German killers*.

54. Véase, sobre esto, Christopher R. Browning, «Ordinary Germans or Ordinary men? A reply to the critics», en Michael Berenbaum and Abraham J. Peck, eds., *The holocaust and history. The known, the unknown, the disputed and the reexamined*, Bloomington, Indiana University Press, 1998, pp. 252-265.

55. Se ha escrito mucho sobre este debate. Por ejemplo: Volker Ulrich *et al.*, *La controversia Goldhagen. Los alemanes corrientes y el holocausto*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1997; Norman G. Finkelstein and Ruth Bettina Birn, *A nation on trial. The Goldhagen thesis and historical truth*, Nueva York, Henry Holt and Co., 1998; Federico Finckelstein, ed., *Los alemanes, el holocausto y la culpa colectiva*, Buenos Aires, Eudeba, 1999; Javier Moreno Luzón, «El *debate Goldhagen*: los historiadores, el Holocausto y la identidad nacional alemana», en *Historia y política*, 1 (abril 1999), pp. 135-159, etc.

salvarse de los procesos de desnazificación, hasta el punto de que los oficiales de la Gestapo acababan cobrando su pensión de jubilación por los años que habían trabajado «ocupándose de los judíos».[56]

Después de esta etapa, cuando el libro de Goldhagen pasó de moda y las discusiones que provocó estaban ya recogidas en los manuales,[57] se abrió un nuevo frente en la misma guerra: el que hacía referencia a la responsabilidad de los industriales. Un frente que no surgía porque se hubiesen descubierto nuevas evidencias, sino porque ahora finalmente, al cabo de más de cincuenta años, se comenzaba a romper el silencio político que se había impuesto en este tema y que, conviene destacarlo, el mundo académico había respetado escrupulosamente.

Uno de los rasgo más sorprendentes de la «desnazificación» en la Alemania occidental había sido justamente la impunidad de los dirigentes industriales, que no sólo eran responsables de haberse aliado con los nazis, sino de haber aprovechado el trabajo esclavo de los campos de concentración, en unas fábricas donde se practicaron todo género de atrocidades, como el exterminio por hambre y malos tratos de los niños de las trabajadoras extranjeras. La cuestión afectaba sobre todo a grandes empresas como las I. G. Farben, que tenían una fábrica en Auschwitz, o como Volkswagen. Pero sus jefes recibieron penas leves en los juicios de desnazificación y los propósitos iniciales de destruir las grandes empresas inculpadas no se cumplieron. Una empresa como las Farben se fragmentó en tres grandes grupos —Bayer, BASF y Hoechst—, que en 1977 eran ya más grandes cada uno de ellos de lo que habían sido las Farben en su cenit. Uno de los dirigentes juzgados, Fritz ter Meer, presidente del comité técnico de I. G. Farben, que recibió una condena de siete años de prisión, una de las más duras que se aplicaron a los industriales, como culpable de saqueo, expoliación, trabajo esclavo y matanzas en masa —se había demostrado que había hecho repetidas visitas a Auschwitz y que había aceptado el sistema de explotación de los trabajadores que allí se usaba—, fue elegido en 1956 presidente del consejo de supervisión de Bayer, mientras que otro condenado, Friedrich Jaehne, se integró en 1955 en el consejo de administración de Hoechst.[58]

Hace pocos años estas empresas, que temían tener que hacer frente a demandas de reparación por el trabajo forzado y por los malos tratos infligidos a los obreros—esclavos, decidieron adelantarse al problema encargando his-

56. Eric Johnson, *The nazi terror. Gestapo, jews and ordinary Germans*, Londres, John Murray, 1999.

57. Un manual de metodología de la historia social —Miles Fishburn, *Social history. Problems, strategies and methods*, Londres, Macmillan, 1999— utiliza la controversia Browning-Goldhagen como ilustración en el capítulo sobre «El problema de determinar la mejor explicación», para llegar a la conclusión de que las dos teorías son de valor parecido por lo se refiere a su poder de explicación, pero que la de Browning es superior en lo que se refiere al principio de fiabilidad (p. 279). En cambio, investigaciones que aportan nuevos puntos de vista interesantes, como la de Götz Aly, «*Final solution*». *Nazi population policy ant the murder of the European jews*, Londres, Arnold, 1999, pasan demasiado desapercibidas.

58. Joseph Borkin, *The crime and punishment of I. G. Farben*, Nueva York, Barnes and Noble, 1997 (ed. original Free Press, 1978). No sólo las empresas alemanas habían cooperado con el nazismo, como lo muestra Edwin Black, *IBM y el holocausto*, Buenos Aires, Atlántida, 2001.

torias empresariales legitimadoras a especialistas académicos de prestigio internacional, conducta que imitó también el Deutsche Bank, afectado muy especialmente por el problema del oro de los judíos. Todo parecía que iba procediendo regularmente, hasta que en octubre de 1998 Michael Pinto-Duschinsky publicó un artículo en el *Times Literary Supplement*, con el título de «Vender el pasado», donde denunciaba a los historiadores que aceptaban hacer «historias de empresas» alemanas, muy bien pagadas, a fin de «limpiar» el pasado nazi de éstas y eliminar cualquier referencia a los trabajadores-esclavos. El artículo provocó réplicas defensivas inmediatas de los afectados. Hans Mommsen (nacido en 1930), «el decano de los historiadores alemanes», autor de una interpretación de Hitler como «dictador débil», dijo que «los documentos referentes a los trabajadores forzados se perdieron, tal vez inmediatamente después de la guerra» y se quejaba de que el intento de culpar a la profesión de venderse a los intereses de los grandes negocios no hacía más que agravar la desconfianza de los dirigentes empresariales por la investigación histórica.[59]

En el debate que siguió, Michael Pinto-Duschinsky le echó en cara el silencio sobre el caso de los niños de las mujeres obligadas a trabajos forzados en la fábrica de Volkswagen. Constaba que no menos de 365 hijos de mujeres ucranianas y polacas murieron en una guardería de la muerte en Rühen. Pero Mommsen no había recogido más que los testimonios de los culpables y había pasado por alto las evidencias del maltrato deliberado a los niños muertos en la guardería. En la ilustración del libro había una sola fotografía de tumba de niño, al lado de 19 de Hitler y 21 de Ferdinand Porsche. Parecía claro que Mommsen se había acomodado a lo que convenía a Volkswagen.[60]

En marzo de 1999 otro historiador académico de prestigio, Jonathan Steinberg, se vio implicado en denuncias en relación al debate sobre el oro de los judíos. El Deutsche Bank había formado en diciembre de 1997 una comisión para investigar la cuestión, de la cual formaban parte historiadores de tanto prestigio como el israelí Barjai, los norteamericanos Gerald D. Feldman (que en los debates posteriores reivindicaría su condición de «judío norteamericano») y Harold James, el alemán Lothar Gall, y el ya citado Steinberg. Los resultados a los que llegaron estudiando los documentos de la sucursal del banco en Estanbul, donde el oro se usaba para hacer pagos de propaganda y espionaje, les llevó a afirmar que tal vez una cuarta parte del oro procedía de los campos de concentración y escribieron un informe final que trataba con un cierto distanciamiento el problema.

59. Michael Pinto-Duschinsky, «Selling the past. The dangers of outside finance for historical research», en *Times Literary Supplement*, 23 octubre 1998, pp. 16-17; las respuestas, con el título genérico «Historians and their sponsors», en *Times Literary Supplement*, 6 noviembre 1998, p. 21.

60. Michael Pinto-Duschinsky, «Historians and their sponsors», *Times literary supplement*, 18 diciembre 1998, p. 15. Uno de los testimonios que recogía Mommsen era el de una enfermera jefe, inicialmente condenada a muerte, que vio su pena reducida después a ocho años y que volvío a ser empleada por Volkswagen.

En febrero de 1999, sin embargo, documentos de las cuatro sucursales del banco en la Alta Silesia sacaban a la luz un nuevo tema: los pagos hechos para la construcción de Auschwitz. Con esto la comisión que había realizado el trabajo anterior quedaba en evidencia. ¿Cómo podía ser que les hubiera pasado por alto una documentación tan importante? «Se nos han hecho —decía Steinberg— acusaciones muy desagradables a los que trabajamos en estas materias y que estamos pagados por el Deutsche Bank para hacerlo. Mi propia experiencia es que estas acusaciones, cuando no son maliciosas, carecen de fundamento (...). Los asuntos humanos son complicados y las explicaciones simplistas ocultan las verdades que pretenden revelar». El «judío-norteamericano» Feldman dio una conferencia de prensa en Frankfurt, patrocinada por el banco, para quejarse de las demandas de viejos trabajadores-esclavos, no todos judíos, presentadas en los Estados Unidos, que creaban resentimiento y podían dar pie a un aumento del antisemitismo.[61] El tema, que ha acabado liquidándose con el ofrecimiento de unas indemnizaciones —cuando, afortunadamente para las empresas, quedan pocos supervivientes de los que podían reclamar gracias a haber transcurrido más de cincuenta y cinco años de los hechos—, muestra, por un lado, la extraordinaria eficacia con que los controladores de la historia han conseguido mantener un silencio tan duradero sobre estas cuestiones incómodas. Pero muestra también su fracaso a largo plazo, cuando las voces críticas, que no han podido ser silenciadas del todo, han reavivado la conciencia colectiva.

El caso del Japón es tal vez aun más espectacular. Al firmarse la rendición, una de las reformas impuestas por MacArthur fue la eliminación en la enseñanza de la versión oficial de la historia, ultranacionalista y basada en el culto al emperador —«los educadores eran los sargentos de instrucción de la ortodoxia del sistema imperial», se ha dicho— que habría de transformarse en otra versión que defendiera los valores de «paz y democracia». Como faltaban libros de texto adecuados, se comenzó usando los viejos con las partes censuradas tachadas con tinta negra. En lo sucesivo se iba a dejar que las propias escuelas escogiesen los libros que querían de entre los autorizados —en 1955, por ejemplo, podían escoger entre 173 libros diferentes. Pero la inclinación a la izquierda de los maestros, que estaba influyendo en su elección de los textos, preocupó a los gobiernos conservadores que en 1956 hicieron aprobar una ley que reforzaba el control estatal sobre las escuelas y pretendió también censurar los textos, a lo que tuvieron que renunciar cuando medio millón de maestros, con apoyo de asociaciones de estudiantes, salieron en manifestación a las calles. Esto no impidió, sin embargo, que se censurase un texto concreto con el

61. Pinto-Duschinsky les recordó a Steinberg y a sus colegas que ya en 1946 un informe norteamericano había presentado evidencias sobre los préstamos del banco a I. G. Farben y que Hermann Abs, uno de los dirigentes del banco, lo era también de las Farben cuando se construyó la fábrica de buna (goma artificial) en Auschwitz. Jonathan Steinberg, «Nazi gold and the Deutsche Bank. The Istanbul connection-and how Auschwitz was financed», *Times Literary Supplement*, 5 marzo 1999, pp.8-9. Michael Pinto-Duschinsky, «Historians and their sponsors», *Times Literary Supplement*, 14 mayo 1999, p.17, 6 agosto 1999, p. 17, 17 septiembre 1999, p. 17, etc.

argumento de que mostraba a los japoneses demasiado desfavorablemente en relación con la Segunda Guerra Mundial.

El retomo a los valores tradicionales se acentuó en tiempos del gobierno presidido por Nakasone, que no dudaba en afirmar, en 1986, que los japoneses eran más inteligentes que los norteamericanos porque el Japón era más homogéneo desde un punto de vista racial y tenía menos inmigrantes (olvidaba decir que los inmigrantes que vivían en el Japón estaban también más discriminados, como lo estaban los dos o tres millones de *burakumin*, o japoneses descendientes de viejos oficios infamantes). Los libros de texto de historia defendían ahora el papel del Japón en la guerra mundial, asegurando que la invasión de China fue debida a la provocación de los chinos, que la culpa de la matanza de Nanking la tuvo la resistencia de los soldados enemigos y que la invasión de Asia era «una cruzada para liberar a los pueblos asiáticos del imperialismo occidental». La batalla no ha acabado en este caso. En 1998 la «Sociedad para hacer nuevos libros de texto de historia», inspirada por el profesor Fujioka, de la Universidad de Tokio, proponía «inculcar un sentido de orgullo en la historia de nuestra nación», oponerse a la visión «masoquista» de los que aceptan las culpas de los japoneses por las atrocidades cometidas durante la Segunda Guerra Mundial y eliminar de los libros de texto todas las referencias a temas como el de las mujeres coreanas forzadas a servir como prostitutas a los soldados, las cuales, según sostienen estos «revisores de la historia», no eran más que profesionales muy bien pagadas, que cobraban más que un general, y que optaron voluntariamente por este trabajo.[62]

Hay aún otras guerras de la historia más dramáticas por sus consecuencias. En Ruanda fueron los belgas, y en gran medida las órdenes religiosas que controlaban la enseñanza, quienes fabricaron el mito de una historia racista, construida sobre el modelo con que Gobineau interpretaba la edad media europea, donde los tutsi aparecían como los señores feudales opresores y los hutu como el pueblo explotado por ellos. Esta visión «feudal» serviría de pretexto para la «revolución social» de los hutu en 1959-1961 y para el genocidio de los tutsi en los años noventa. La difícil restauración de la convivencia étnica no podrá hacerse en Ruanda sin eliminar esta visión del pasado, reemplazándola por otra más objetiva.[63]

Lo que muestran estos ejemplos de «guerras de la historia», escogidos entre muchos otros que se podrían haber examinado, es que los debates a los que se refieren tienen poco que ver con la ciencia y mucho con el contexto político y social en que se mueven los historiadores.

62. John W. Dower, *Embracing defeat. Japan in the wake of Wold War II*, Nueva York, Norton, 1999, pp. 246-251 (cita literal de p.249); Paul J. Bailey, *Postwar Japan. 1945 to the present*, Oxford, Blackwell, 1996, pp. 49, 81-82, 155-160; Gavan McCormack, «Japan's uncomfortable past» en *History today*, 48 (1998), 4, pp. 5-7.

63. Jean Pierre Chrétien, *L'Afrique des Grands Lacs. Deux mille ans d'histoire*, París, Aubier, 2000, pp. 245-252, 283-286 y *passim*; Colette Braeckman, *L'enjeu congolais. L'Afrique Centrale après Mobutu*, París, Fayard, 1999, pp. 219-220.

13. EL GIRO CULTURAL

Los años sesenta del siglo XX presenciaron cambios muy importantes en el mundo. Fueron años en que las nuevas generaciones, al ver que las esperanzas suscitadas por la victoria sobre el fascismo en la Segunda Guerra Mundial y las ilusiones del desarrollo económico, asociadas a las expectativas que había creado la utilización de la energía atómica, no se cumplían —que no había ni más libertad ni más igualdad en un nuevo mundo cuya defensa había costado tantos millones de muertos— hicieron sentir sus voces en un intento por cambiar la sociedad que se extendió desde California hasta Praga, pero que acabó con el viejo orden establecido como vencedor, habiendo demostrado su capacidad para dominar unos movimientos revolucionarios incipientes por los medios más diversos. Este enfrentamiento generó cambios culturales importantes, que tienen algunos denominadores de temática y estilo comunes.

Uno de los más claros es el rechazo de la cultura establecida, que tendría rasgos de protesta generacional. Jameson ha dicho que es ahora cuando nace el postmodernismo: cuando una nueva generación rechaza seguir aceptando el modernismo triunfante que, después de haber actuado como vanguardia y provocación, ha sido aceptado por el sistema y se convierte, por eso mismo, en académico. Lo que ocurre es que la conciencia plena de esta ruptura, y su denominación como postmodernismo, es un hecho posterior, de modo que nos ocuparemos de ello más adelante.[1]

El mismo Jameson sitúa esta mutación cultural en una sucesión de etapas de la evolución del pensamiento filosófico que comenzarían con la superación del existencialismo sartriano hegemónico «por eso que acostumbramos a llamar, de manera laxa, "estructuralismo", esto es, por una variedad de nuevos intentos teóricos que comparten al menos una única experiencia fundamental: el descubrimiento de la primacía del lenguaje o del símbolo». La transformación de este estructuralismo, demasiado inestable para durar, habría dado paso a «la reducción a una especie de cientifismo, a método y técnica analítica (en la semiótica)» y,

1. Fredric Jameson, *The cultural turn. Selected writings on the postmodern, 1983-1998*, Londres, Verso, 1998, p. 19 (hay traducción castellana, Buenos Aires, Manantial, 98). Sobre los cambios culturales de estos años, en un sentido general, Arthur Marwick, *The sixties. Cultural revolution in Britain, France, Italy, and the United States, c.1958-c.1974*, Oxford, Oxford University Press, 1998.

por otro lado, en el terreno de la «transformación de las perspectivas estructuralistas en ideologías activas de las cuales se deducen consecuencias éticas, políticas e históricas», a eso que conocemos como «"postestructuralismo", asociado a nombres familiares como los de Foucault, Deleuze, Derrida y otros».[2]

Estos cambios, sin embargo, eran ambiguos en muchos aspectos, y en especial en lo que se refiere a su significado político, que dependía en buena medida del contexto contra el cual se reaccionaba. Por ejemplo, aunque en ambos casos la respuesta proviniese de la insatisfacción de las nuevas generaciones, su sentido había de ser diferente en unos Estados Unidos donde el macartysmo había silenciado las voces de la izquierda, que en una Francia donde la influencia de un marxismo más o menos auténtico había dominado los medios intelectuales desde 1945. Lo que esto implica es que, cuando encontramos semejanzas en el planteamiento de determinados problemas culturales o de determinadas posiciones teóricas, conviene analizar con cuidado la trama oculta —algunas veces ignorada, a menudo sencillamente negada— del contexto político que anima las diversas manifestaciones y las hace inteligibles.

En la medida en que se alimentaba del descontento respecto del mundo que habían construido los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, era lógico que el giro cultural tuviera aspectos de protesta generacional. En el terreno de la historia la revuelta de los jóvenes de los sesenta se dirigía contra la ortodoxia académica de la historia económica y social que habían cultivado sus maestros, supuestamente de inspiración marxista, a la cual contraponían la reivindicación del papel de la cultura, en unos planteamientos influidos por la antropología. En Gran Bretaña el giro se inició precisamente con los historiadores marxistas británicos, con hombres como E. P. Thompson, que pasaría a estudiar la confrontación de clases basándose no en las condiciones materiales, sino en el terreno de la conciencia, pero la contestación se alejó pronto de estos orígenes. Se diría entonces que «los análisis que implican causas económicas y sociales están siendo reemplazados por la crítica de los textos y por el análisis cultural» —a lo cual se añadiría que «el escepticismo se dirige cada vez más contra toda la historia social, en especial cuando aparece ligada a las aspiraciones de la gente común»—, y que el estudio de la cultura como producto de la sociedad cedía terreno al de «la "construcción" cultural de la realidad».[3]

2. Fredric Jameson, «Periodizing the 60s» en *The ideologies of theory. Essays. II: Syntax of history*, Minneapolis, University of Minnessota Press, 1988, cita de las pp. 186-187 (hay una traducción castellana, *Periodizar los 60*, Córdoba [Argentina], Alción, 1997).

3. Peter Burke califica el giro como una revuelta «contra el determinismo asociado al análisis funcional, al marxismo, a los métodos cuantitativos y a la idea de una ciencia social», realizada bajo la bandera de la cultura (*History and social theory*, Cambridge, Polity Press, 1992, p. 118). Las citas son de William Beik, «The dilema of popular history», *Past and Present*, n.° 141 (nov. 1993), p. 207. La última expresión citada es de Peter Burke en el *Times Literary Supplement*, 26 de noviembre de 1993, p. 30. Sobre la influencia de la antropología en esta historia cultural, Peter Burke, *Varieties of cultural history*, Cambridge, Polity Press, 1997, pp. 191-198 (hay traducción castellana, Madrid, Alianza, 2000). Krzysztof Pomian califica la etapa que ha sucedido a la de la historia económica y social como «historia antropológico-cultural» (*Sur l'histoire*, París, Gallimard, 1999, p. 191).

Después, cuando los renovadores de los años sesenta se convirtieron a su vez en grupo dominante y establecido, y cuando sus propuestas pretendidamente innovadoras se hubieron fosilizado en fórmulas canónicas, una nueva generación, que experimentaba en su trabajo la limitación de este canon, lo sometería a crítica a su vez. En el terreno de la crítica literaria se nos dice, por ejemplo, que la «nueva crítica» surgió al final de la Segunda Guerra Mundial al producirse el acceso a la universidad de masas de soldados desmovilizados «que creían inocentemente en la retórica de la libertad y el pluralismo liberal por el cual habían luchado, y que los veían reflejados en la Nueva teoría crítica», hasta que, a finales de los sesenta y en los setenta, «otra ola de nuevos estudiantes llenó las universidades y abrazaron otro tipo de teoría». Para concluir que «hoy», es decir en el 2000, vuelve a haber un cambio generacional en los estudiantes «y otra vez la teoría les permite decir cosas nuevas y diferentes».[4]

El caso de Francia puede ilustrar la naturaleza y alcance de este giro cultural. Ya hemos visto como, al mismo tiempo que la escuela de *Annales* llegaba al apogeo de su influencia pública, su cabeza indiscutible, Fernand Braudel, era defenestrado por los miembros de la nueva generación, que le dejarían desde este momento al margen de la revista, sin mucho más seguimiento personal que el del colectivo de sus fieles más cercanos, convocados a reuniones eruditas como las de Prato. En la revista, el poder que antes mantenía Braudel en sus manos se repartiría. El equipo de los hombres de la «nouvelle histoire», que es la denominación que adoptaría la corriente, tenía una rigurosa jerarquía de poder con diversos niveles. Arriba, por encima de todos, estaban los que se habían apropiado los cargos más importantes: Emmanuel Le Roy-Ladurie, miembro del Collège de France —proyectado a la fama como autor de un libro de éxito popular, *Montaillou, village occitan*, fruto del saqueo de la erudición de Jean Duvernoy y de la reducción de los problemas de una sociedad campesina en tiempos de crisis a cuestiones de sexo y religión—[5] y, con él, Jacques Le Goff y François Furet, que controlaban l'École. A los otros miembros del equipo, como Chaunu o Ariès, les perjudicaba el hecho de mantener públicamente ideas políticas demasiado reaccionarias, que iban más allá del anticomunismo «liberal» de Le Roy o de Furet. Por debajo de éstos estaban los nombres de

4. Tomo este planteamiento de lo que dice M. P. Clark, profesor de inglés y de literatura comparada en la Universidad de California, en una carta en la *New York Review of Books*, 13 de abril 2000, p. 91.

5. En *Montaillou, village occitan de 1294-1324*, Paris, Gallimard, 1975, Le Roy se aprovechó de los excelentes trabajos de erudición de Jean Duvernoy para componer un libro a «la mode»: «el mayor éxito de la edición histórica en Francia», dirá Couteau-Begarie. Según Dosse se habrían vendido de él 300.000 ejemplares, pero sabemos que han sido poco más de 200.000. Un libro que contiene errores graves, denunciados por los especialistas y que hoy los estudiosos del catarismo ni siquiera citan (véase, por ejemplo, Michel Roquebert, *Histoire des cathares*, Paris, Perrin, 1999) o mencionan sólo de paso, y críticamente (Malcolm Lambert, *The cathars*, Oxford, Blackwell, 1998). En el volumen de *Historiographie du catharisme* de los Cahiers de Franjeaux, nº 14 (Toulouse, Privat, 1979) el *Montaillou* de Le Roy aparece mencionado en el capítulo: «Mercantilismo, esnobismo y catarismo».

los que ocupaban una posición menor, como Mandrou, Vernant, Marc Ferro o Pierre Nora. El resto era sencillamente ignorado o silenciado.[6]

Los cambios en el poder fueron acompañados de otros de naturaleza metodológica. Abandonada la vieja tradición de la «historia económica y social», los «nuevos» cayeron en un período inicial de desconcierto en que justificaban una práctica sin reglas ni principios, con libros de reflexiones sobre la historia como *Le territoire de l'historien*, donde Le Roy Ladurie decía cosas tan sensacionales como que «el historiador del mañana será programador o no será», con lo que revelaba su absoluta ignorancia del mundo de la informática, o como *Histoire science sociale*, donde Pierre Chaunu, que en el terreno de la investigación histórica se había especializado en sacar provecho de las ideas de otros, era capaz de llenar las más de cuatrocientas páginas de este volumen —que aseguraba haber escrito en menos de un mes y medio, y no costaba demasiado creerle— con elucubraciones sobre la religión, el arroz, la vida y la muerte.[7]

Era necesario poner orden en este baratillo de novedades relucientes y esto se haría bajo la influencia del estructuralismo, en una aproximación que tendría su primera manifestación en el pomposo número monográfico de 1971 sobre «Histoire et structure», que se abría con una declaración solemne: «La guerre entre l'histoire et le structuralisme n'aura pas lieu».[8] François Dosse ha escrito que «los grandes beneficiarios de la moda estructuralista de los años sesenta fueron, después de 1968, los historiadores de *Annales*». La verdad es que más bien fueron sus víctimas.

Las influencias que marcaron la trayectoria de los «nouveaux» en este terreno fueron, más que la de Lévi-Strauss, la de Georges Dumézil (1898-1986), que en 1968 había publicado la primera parte de *Mythe et epopée*, con elucubraciones racistas sobre mito e historia que pretendía usar para explicar los orígenes de la historia romana,[9] pero, sobre todo, la de Michel Foucault (1926-1984) de *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*

6. Esta jerarquización es la que da Hervé Couteau-Begarie, *Le phenoméne «Nouvelle histoire». Stratégie et idéologie des nouveaux historiens*, París, Economica, 1983, pp. 282-295.

7. La gloriosa afirmación sobre la programación la hizo Emmanuel Le Roy-Ladurie contestando una encuesta sobre «Comment l'informatique bouleverse les sciences humaines» en *Le Nouvel Observateur*, n.º 182 (8-14 mayo 1968), pp. 310-312, pero no resistió la tentación de repetirla en *Le territoire de l'historien. I*, París, Gallimard, 1973, p. 14. El libro de Pierre Chaunu, que responde al título rimbombante de *Histoire Science Sociale. La durée, l'espace et l'homme à l'époque moderne*, París, Société d'édition d'enseignement superieur, 1974, degenera a menudo en pura retórica con frases como «la vida, el amor, la muerte, las palabras y los gestos, todo lo esencial de una civilización», etc. (p. 77).

8. *Annales*, número especial: «Histoire et structure», 26 (1971), n.º 3 y 4, cita de la p. 1. La opinión de Lévi-Strauss sobre la historia, sin embargo, no era nada halagadora.

9. Georges Dumézil, *Mythe et epopée I. II. III.*, París. Gallimard, 1995. Unos años más tarde, en el volumen III, «Histoires romaines», Dumézil pedía explícitamente que su búsqueda fuese recibida en el terreno de la historia más tradicional, pues aunque la suya fuese «historia de ideas», y no de acontecimientos, «ayuda a desenmascarar los falsos acontecimientos demasiado fácilmente admitidos» (p. 1082). La influencia de Dumézil sobre la visión de *Les trois odres ou l'imaginaire du féodulisme* (París, Gallimard, 1978) de Georges Duby es evidente.

(1966), de *L'archéologie du savoir* (1969) y de *Surveiller et punir* (1975), que teorizaba sobre las ciencias humanas y sobre la historia, o mejor, sobre la inutilidad del saber menor de los historiadores —por los cuales, dirá Pierre Nora, sentía un desprecio que nunca pudo disimular— que elaboraban un discurso falsificador, que inventaban evolución y continuidad sobre la base de las discontinuidades de la realidad, y nos ofrecían una narración construida de acuerdo con su contexto cultural y con sus intereses, como si fuese un relato verdadero de lo que aconteció en el pasado. Este ataque al saber establecido, ligado a sus denuncias de los mecanismos ocultos de dominación del poder, que los historiadores habían pasado por alto, ligaban plenamente con el espíritu de revuelta de 1968 y ayudan a explicar su éxito.[10]

Sorprende por otro lado que el poder, que se supone controla tan eficazmente la sociedad, consintiese que sus métodos ocultos fuesen denunciados por un hombre a quien permitían que llegase a una cátedra del College de France a los cuarenta y cuatro años. Se ha dicho que resultaba útil porque alejaba a los intelectuales críticos de cuestiones como las de la economía, que afectan directamente «al poder», y los desviaba hacia el terreno de la filosofía: hacia unas teorizaciones expresadas en lenguajes codificados y con un vocabulario esotérico, apto solamente para los iniciados. Con motivo de la publicación de *Surveiller et punir* Jean Léonard observó que Foucault abusaba en sus denuncias de expresiones impersonales y se preguntaba: «no se sabe quiénes son los autores: ¿poder de quién?»[11] Esto no significa, sin embargo, que Foucault fuese un instrumento consciente del sistema; la confusa evolución de sus ideas políticas, que pasaron en pocos años de la proximidad al maoísmo al descubrimiento, con motivo de un viaje al Irán en 1978, de «una política espiritual que era un modelo para todo el mundo» —seguida, poco después, por el desencanto ante «el gobierno sediento de sangre de un clero fundamentalista»—, refleja las fluctuaciones de su vida.[12]

Es evidente que Foucault planteó, aunque fuera confusamente —a veces de forma tramposa—, problemas importantes, lo que permite explicar su repercu-

10. Es necesario seguir la vida de Foucault (D. Eridon, *Michel Foucault*, París, Flammarion, 1989) para entender la evolución de sus ideas. Por ejemplo, *Surveiller et punir* (París, Gallimard, 1975) que aparece como un libro de historia de la prisión, presentada como uno de los mecanismos de exclusión de la sociedad burgesa, formaba parte en realidad de una actuación política que tuvo como instrumento el llamado Grupo de información sobre las prisiones. Sobre este período de *Annales*, Leonard Krieger, *Time's reasons. Philosophies of history old and new*, Chicago, Chicago University Press, 1989, pp. 154-165.

11. Una visión crítica de las ideas de Foucault en Richard F. Hamilton, *The social misconstruction of reality. Validity and verification in the scholarly community*, New Haven, Yale University Press, 1996, pp. 171-196; la cita de Léonard la tomo de François Dosse, *L'histoire*, París, Armand Colin, 2000, pp. 135-136.

12. El complejo tema de los escritos de Foucault sobre la «revolución iraniana» es analizado por Michiel Leezenberg, «Power and political spirituality: Michel Foucault on the islamic revolution in Iran», en John Neubauer, ed., *Cultural history after Foucault*, Nueva York, Aldine De Gruyter, 1999, pp. 63-80. Edward Said explica que, en el transcurso de un seminario que Foucault dio a su regreso de Irán, se dio cuenta que «estaba retirándose de la política» (Bill Ashcroft y Pal Ahluwalia, *Edward Said. The paradox of identity*, Londres, Routledge, 1999, p. 23).

sión universal. Su influencia en el terreno de la historia, sin embargo, ha sido más escasa en realidad de lo que parece indicar la frecuencia con que se le invoca, ya que sus propuestas metodológicas eran difícilmente aplicables a la práctica en la forma en que aparecían formuladas y sus intentos personales de escribir historia eran inaceptables, basados como estaban en un conocimiento sesgado y escaso de las fuentes, agravado por el uso de citas textuales adulteradas y por la formulación de afirmaciones de forma vaga, que no permitía someterlas a crítica.

Hubo una primera adhesión que puso el acento en los aspectos de su pensamiento que podían haber conducido a planteamientos renovadores: la de Paul Veyne, que en 1978 añadió a la segunda edición de *Comment on écrit l'histoire* un extenso apartado con el título de «Foucault revoluciona la historia». Veyne remarcaba la potencialidad revolucionaria de un método que propugnaba el análisis de las prácticas —definidas llanamente como «lo que hace la gente»— y las relaciones, y que condenaba, en cambio, el método usual de proceder teleológicamente a partir de un resultado, de un objeto, definiendo el proceso que conduce a él. «Explicar y explicitar la historia consiste en percibirla completa de entrada; en poner en relación los objetos supuestamente naturales con las prácticas fechadas y raras que los objetivan y en explicar estas prácticas, no a partir de un motor único, sino a partir de todas las prácticas vecinas sobre las que se asientan. Este método pictórico produce cuadros extraños, en los que las relaciones reemplazan a los objetos. Ciertamente, estos cuadros son exactamente los del mundo que conocemos.»[13]

La vaguedad de estas formulaciones podía hacerlas atractivas, pero las condenaba al papel de invocaciones, lo que explica que se haya podido decir que, paradójicamente, las formulaciones teóricas más importantes de Foucault, «incesantemente citadas pero a penas desarrolladas por sus seguidores», han influido mucho menos que las cuestiones concretas que estudió. El impacto de Foucault se ha limitado a los temas sobre los cuales escribió, que ofrecían «una rápida posibilidad de ser puestos en práctica por los métodos históricos habituales».[14]

En su entusiasmo por el hombre en quien creían haber encontrado al teorizador que les daría coherencia, los «nouveaux» aceptaron el despedazamiento de la historia, tal como se proclamaba explícitamente en el título de la colección «Bibliothéque des histoires», donde apareció la primera manifestación sistemática de las nuevas líneas de trabajo del grupo de la «nouvelle histoire», lo que venía a ser su manifiesto: los tres volúmenes de *Faire de l'histoire*, una obra miscelánea, como correspondía a este despedazamiento «foucaultiano», dirigida por Jacques Le Goff y Pierre Nora.[15]

13. Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire*, Parls, Seuil, 1996, cita de p. 428. Tampoco es necesario exagerar acerca de la originalidad de estas intuiciones de Foucault. Las encontraremos, y de modo bastante más claro, en otros autores, como Feyerabend, por poner un ejemplo.

14. Wilhelm Frijhoff, «Foucault reformed by Certeau: Historical strategies of discipline and everiday tactics of appropiation», en Neubauer, *Cultural history after Foucault*, pp. 83-99 (cita de p. 87).

15. No cuesta ver que las teorizaciones sumarias de los «nouveuax» tienen poco que ver con la pretendida «revolución» de Foucault. Definiendo la «nouvelle histoire» en los años ochenta,

Faire de l'histoire se proclamaba dedicada a «"nuevos problemas" que ponen en discusión la historia misma, "nuevas aproximaciones" que modifican, enriquecen y transforman los sectores tradicionales de la historia y "nuevos objetos" que aparecen en el campo epistemológico de ésta». Los «nouveaux» rechazaban todo tipo de relación con la filosofía de la historia: «ni Vico, ni Hegel, ni Croce y aún menos Toynbee» —no parecían percatarse de lo que significaba su proclamada relación con Foucault—, pero condenaban también «las ilusiones de la historia positivista». Proponían una historia de las «estructuras globalizantes» que se interesaría muy especialmente por la averiguación «del imaginario».[16]

El primer problema lo tuvieron con la contribución de Pierre Vilar a *Faire de l'histoire*, que los compiladores no se habían preocupado de leer antes de darla a la imprenta. El texto contenía una denuncia de las trampas y errores de Foucault y daba a entender que eran tan grandes que sólo podían ser deliberados. La ira de Foucault ante esta denuncia lo llevó a exigir a los compiladores que el texto de Vilar se retirase en la segunda edición, demanda propia de la miseria moral del personaje y que demuestra su incapacidad de enfrentarse a una crítica hecha con rigor.[17]

Una exposición más sistemática de la doctrina, en la medida en que esto era posible, se produciría cuatro años más tarde en la enciclopedia de *La nouvelle histoire*, dirigida por Jacques Le Goff, con la colaboración de Roger Chartier y Jacques Revel.[18] El artículo capital estaba dedicado específicamente a «l'histoire nouvelle», obra del mismo Le Goff, donde éste hace arrancar la corriente de Voltaire, de Chateaubriand, de Guizot y, sobre todo, de Michelet, con una referencia de paso a Simiand, y que enlaza con *Annales*, sin

Le Roy-Ladurie decía que no era otra cosa que la «que promovían los *Annales* desde 1929 y que, por diversas razones, acabó llegando al gran público en los años setenta». Todo ello aliñado con referencias a las mentalidades y con una mención crítica de Foucault, al cual asociaba al fracaso de los franceses en el campo de la historia de la ciencia. Sobre las relaciones entre Foucault y los historiadores de *Annales*, François Dosse, *Histoire du structuralisme*, París, La Découverte, 1991-1992, II, pp. 296-335. Del mismo autor, *L'histoire en miettes: des «Annales» a la «nouvelle histoire»*, París, La Découverte, 1987 (traducción castellana publicada en Valencia en 1988 por el IVEI). El texto de Le Roy-Ladurie es «Algunas orientaciones de la Nueva historia», en Gilbert Gadoffre, ed., *Certidumbres e incertidumbres de la historia*, Bogotá, Editorial Universidad Nacional, 1997, pp. 173-192 (la edición francesa es de 1987 y Le Roy alude en él a un Foucault todavía vivo).

16. Jacques Le Goff y Pierre Nora, eds., *Faire de l'histoire*, París, Gallimard, 1974, 3 volúmenes (citas de la «presentación» de los compiladores, en I, pp. IX-XIII). La obra era, dirá Revel, «más bien un inventario ecléctico de lo realizado, destinado a un público general, que una propuesta de futuro».

17. Nora explicó a Dosse (*Historie du structuralisme*, II, pp. 330-331) la ira de Foucault al leer en *Faire l'histoire* el texto de Vilar, «Histoire marxiste, histoire en construction». Y reconocía que «nos había pasado por alto a Le Goff y a mí». La presencia de un marxista como Vilar era para dar color progresista a una mezcla en la que no faltaba la extrema derecha representada por Ariés, que seguramente les resultaba más cómoda. Hamilton (*The social misconstrution of reality*, p. 196) encuentra «totalmente apropiada» la crítica de Vilar.

18. Jacques Le Goff *et al.*, eds., *La nouvelle histoire*, París, Retz, 1978.

profundizar en la ruptura de 1969, calificada como una «cesión» del poder por parte del viejo Braudel a los jóvenes «nouveaux». Después de esta genealogía, una visión optimista de las aportaciones metodológicas y de los nuevos campos abiertos: el tiempo largo braudeliano, la historia cuantitativa —que no era precisamente «nouvelle»—, las mentalidades, la necesidad de hacer la historia del imaginario... y un mapa de las relaciones y de los contactos con otras disciplinas que fijaba la antropología como «una interlocutora privilegiada»,[19] mientras decía que eran difíciles los contactos con la geografía y la economía, y que resultaban todavía más conflictivos los que se tenían con el marxismo. Y unas previsiones de futuro que incluían la posibilidad de una fusión «de las tres ciencias sociales más próximas: historia, antropología y sociología».[20] Un programa absurdo, que se desarrollaba en un conjunto de artículos donde la actitud aparentemente progresista de Le Goff, que había admitido incluso artículos de marxistas como Pierre Vilar o Guy Bois, chocaba con la franqueza reaccionaria de Philippe Ariés, que se felicitaba triunfalmente por el hecho de que la historia de las mentalidades, pariente cercana del psicoanálisis, hubiera tenido la virtud de provocar «el descenso de los temas socio-económicos».[21]

Para entender la vaguedad e imprecisión de los conceptos manejados por los «nouveaux» podemos prestar alguna atención a la llamada «historia de las mentalidades», que ha sido exhibida durante años como el gran hallazgo de la escuela. Braudel había condenado de entrada el error que significaba pretender analizar el dominio del mundo de las ideas aislándolo del resto: «Que mis sucesores prefieren estudiar las mentalidades en detrimento de la vida económica, ¡peor para ellos! Por mi parte, no estudiaría las mentalidades sin considerar todo el resto». Un argumento que de alguna manera repite Fichtenau, al decir: «Sería una lástima que la investigación en el terreno de las mentalidades se hiciera de una manera demasiado abstracta (...): los productos del pensamiento y la interpretación no pueden separarse de la existencia de la gente de este mundo».[22]

19. Le Goff había escrito en 1972 que historia y etnología habían ido siempre juntas hasta que a mediados del siglo XIX el evolucionismo quiso separar el estudio de las sociedades avanzadas de las consideradas primitivas, pero que ahora, después de un divorcio de más de dos siglos (*sic*), se volvían a acercar : «"l'histoire nouvelle", después de haberse hecho sociológica, tiene tendencia a hacerse etnológica» (J. Le Goff, «L'historien et l'homme quotidien», reproducido en *Un autre Moyen Age*, Paris, Gallimard, 1999, pp. 319-331).

20. Le Goff, *La nouvelle histoire*, pp. 210-241.

21. P. Ariés, «L'histoire des mentalités», en J. Le Goff, ed., *La nouvelle histoire*, pp. 402-423. La decadencia más seria, sin embargo, ha sido la de la obra del propio Ariés, donde hay más literatura que otra cosa. Sus elucubraciones sobre la infancia, por ejemplo, fracasan contrastadas con el trabajo de Linda Pollock (*Forgotten children. Parent child relations from 1500 to 1900*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983), que ha trabajado con más de 400 autobiografías y diarios personales.

22. Las palabras de Braudel son de un texto publicado en *Review* en 1978, citado por Carlos Antonio Aguirre Rojas, *La escuela de los Annales*, Barcelona, Montesinos, 1999, p. 160; Heinrich Fichtenau: *Living in the tenth century. Mentalities and social order*, Chicago, University of Chicago Press, 1991, p. XVII (la presencia de «mentalities» en el subtítulo es responsabilidad del traductor inglés).

Lo peor del caso es que nunca consiguieron definir este dominio, y por lo tanto el objeto concreto de su estudio. Refiriéndose a las «mentalidades» Ariés habla de «inconsciente colectivo»,[23] Duby del «imaginario colectivo» —todo ello no demasiado lejos de lo que Durkheim denominaba «representaciones colectivas», ni de «las formas inconscientes de la vida social» de Lévi-Strauss—; Jacques Revel dice que la historia de las mentalidades «no representa tanto una subdisciplina dentro de la investigación histórica, como un campo de interés y de sensibilidad relativamente amplio y tal vez heterogéneo» y reconoce que «tal vez sea la misma vaguedad de la noción lo que le ha asegurado el éxito a través de sus indefinidas posibilidades de adaptación». Le Goff escribe que su atractivo «reside justamente en su imprecisión, en su vocación para designar los residuos del análisis histórico, el no-sé-qué de la historia» y confronta el discurso organizado de las ideologías con la confusión de las mentalidades. Vovelle basa sus estudios de temas como la descristianización en una sólida investigación documental, pero se muestra vago al referirse a «las actitudes, creencias y sentimientos» o a «las actitudes colectivas en su aspecto masivo, o en su anonimato», y cae también en letanías retóricas al decir: «Es exactamente lo que se inscribe dentro de la moda de los nuevos centros de interés: el niño, la madre, la familia, el amor y la sexualidad... la muerte». Chaunu, que se entusiasmaría con el trabajo de Vovelle sobre los testamentos, y se apresuraría a copiarlo, situaba las mentalidades en el «tercer nivel» de la experiencia, que vendría a completar los dos de la economía y la sociedad que hasta entonces habían ocupado a la escuela de *Annales*, a lo cual replicaría Chartier que en modo alguno se trataba de un «tercer nivel», ya que es un determinante fundamental de la realidad social. Mandrou diría que incluye «tanto el campo intelectual como el afectivo» y Couteau-Bégarie, reconociendo que «no hay un dominio preciso de la historia de las mentalidades», lo resolvería con un truco simplista de prestidigitación: «habría que citar dentro de la historia de las mentalidades la mayor parte de los trabajos clasificados como de historia social. Y lo inverso también es verdad». En su intento de definición Hervé Martin nos dice que conviene comenzar distinguiendo las «mentalidades» de la cultura y de la ideología, pero acaba quedándose con el concepto de ideología «en su sentido pleno y global, en el sentido más rico y plural» como en Althusser, Foucault y, sobre todo, Gramsci, añade, en lo que resulta ser una combinación imposible, por contradictoria.[24]

23. Con los fuegos de artificio retóricos acostumbrados: «Búsquedas subterráneas de sabidurías anónimas: no sabiduría o verdad intemporal, sino sabidurías empíricas que regulan las relaciones familiares de las colectividades humanas con cada individuo, la naturaleza, la vida, la muerte, Dios y el más allá» (en el artículo citado: «L'histoire des mentalités»).

24. Jacques Le Goff, «Les mentalités. Une histoire ambigue», en J. Le Goff y P. Nora, eds., *Faire l'histoire*, III, pp. 76-94; J. Revel, S. V. «Mentalités», en André Burguière, ed., *Dictionnaire des sciences historiques*, Paris, PUF, 1986, p. 450; Michel Vovelle, *De la cave au grenier*, Quebec, Serge Fleury, 1980, p. 9, *Idéologies et mentalités*, Paris, Maspero, 1982, pp. 5-17 y *La mentalidad revolucionaria*, Barcelona, Crítica, 1989, p. 13; Roger Chartier, *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1996, pp. 23 y ss.; Hervé Couteau-Bégarie, *Le phénomène*

No está claro que en todo esto haya mucho más que lo que Lucien Febvre designaba como «sensibilidad», o de determinados planteamientos de Collingwood o de Norbert Elias, dos autores que los «nouveaux» ignoraban entonces,[25] como ignoraban casi todo lo que no se había publicado en francés. El concepto será usado sobre todo en la investigación de los medievalistas para explorar los terrenos cercanos a la religiosidad, o en el campo del estudio de la cultura popular, de forma que se corre el riesgo, dirá Geoffrey Lloyd, de segmentar diversos campos de la actividad mental en unos mismos hombres o de caer —y éste parece a menudo el caso en algunos estudios sobre la Edad Media— en la tentación de fabricar una suerte de «mentalidad primitiva» prelógica, a la manera de la vieja visión racista de Lévy-Bruhl, para las capas populares.[26]

Esta segmentación implica, por otro lado, olvidar las interacciones entre los diversos niveles de la cultura y nos priva de entender una de las dimensiones más importantes de la popular, como era la de servir, no solamente para preservar la identidad del grupo, sino para constituir una base para resistir y para negociar con los sectores dominantes de la sociedad: y esto vale tanto para el mundo de la cultura medieval, como han mostrado Bakhtin o Gurevich, como para el mantenimiento de unas «culturas obreras», como lo explica Robert Colls, o para la resistencia de los indígenas americanos a la cultura de los conquistadores, como se puede ver en el estudio de la «persecución de idolatrías» en los Andes.[27]

Así pues nos hallamos, como en tantas otras ocasiones, con unos problemas importantes, conocidos desde hace mucho tiempo, que el giro culturalista pone en primer plano y que se presentan como un nuevo campo de trabajo gracias a la sencilla operación de redenominarlos con una nueva terminología, vaga y confusa, que, en palabras de Aron Gurevich, «tiene demasiados significados

Nouvelle Histoire, pp. 153-159; Hervé Martin, *Mentalités médiévales, XI^e-XV^e siècle*, París, PUF, 1996, pp. 3-27 («Mentalités: le concept et son approche»). Una visión de conjunto en Peter Burke, «Strenghts and weaknesses of the history of mentalities», en *Varietes of cultural history*, pp. 162-182.

25. Chartier hará el descubrimiento de Elias tardíamente, y dirá de su obra que ha sido «durante mucho tiempo desconocida» —en Francia, está claro («La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas», en I. Olábarri y F. J. Capistegui, eds., *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Complutense, 1996, pp. 19-33).

26. Geoffrey Lloyd, *Desmitifying mentalities*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, citas de las pp. 137 y 144.

27. Una muestra de esta separación la tenemos por ejemplo en Muchembled, cuando nos propone analizar las diversas culturas, de los privilegiados y de las capas populares, en dos polos separados, pero no interactuantes (R. Muchembled, *Société et mentalités dans la France moderne, XVI^e-XVIII^e siécle*, París, Armand Colin, 1990). Robert Colls, *The pitmen of the northern coalfield: Work, culture and protest, 1790-1850*, Manchester, Manchester University Press, 1987. Por lo que respecta a la «persecución de idolatrías» en los Andes, véanse sobre todo las obras de Robert Duviols. De hecho, en estos terrenos de la cultura popular resulta más útil el concepto de «custom» de Thompson que la vaguedad nebulosa de las «mentalidades».

y puede llevar a debates interminables». Los debates, sin embargo, parecen haberse acabado hoy. Como dice Peter Burke, sus cultivadores de ayer están abandonando el campo de las mentalidades. «Hoy, historiadores del grupo de *Annales*, desde Jacques Le Goff a Roger Chartier, hablan más bien de «representaciones» o del «imaginario social». El problema es que el nuevo territorio, pese a ser menos extenso, resulta tan vago y mal definido como el anterior y sólo parece tener aplicaciones concretas, a menudo harto discutibles, en lo que se refiere a las «actuaciones simbólicas» del poder político.[28]

Los setenta y los primeros ochenta serían los años de gloria de los «nouveaux», que fundaban nuevas colecciones de historia destinadas al gran público y se convertían en «autores de éxito» que aparecían en la televisión, escribían en los periódicos y revistas de gran difusión,[29] y conseguirían lo que no habían podido obtener los viejos maestros: ser traducidos y reconocidos en el extranjero, y en especial en los Estados Unidos, que acogían de buena gana una teoría de talante innovador, e incluso aparentemente progresista, pero vacunada contra el marxismo que impregnaba a la nueva izquierda local, y que habría de servir para reanimar una historia académica demasiado oxidada. Unos Estados Unidos donde los medievalistas de *Annales* fueron recibidos como auténticas vedettes: Cantor nos ha explicado el caso de Le Roy-Ladurie, que en 1980 daba una conferencia en Nueva York, leyendo una traducción inglesa «con un

28. Aron Gurevich, «Afterword», en *Medieval popular culture. Problems of belief and perception*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, p. 225; Peter Burke, *Varieties of cultural history*, p. 181. La indefinición del campo de las representaciones puede verse en los textos programáticos de Roger Chartier: *El mundo como representación*, pp. 56-52, *Escribir las prácticas: discurso, práctica, representación*, Valencia, Fundación Cañada Blanch, 1999, *passim*; «La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas», en I. Olábarri y F. J. Caspistegui, eds., *La nueva historia cultural*, pp. 19-33, con su repetición de fórmulas trinitarias de conjuro como la que, refiriéndose a la realidad, dice que los textos intentan «organizarla, someterla o representarla», y, en relación a las representaciones, dice que los discursos «las describen, las prescriben o las proscriben».

29. Rémy Rieffel, «*Les historiens, l'edition et les médias*», en François Bédarida, ed., *L'historire et le métier d'historien en France*, 195-1995, París, Maison des sciences de l'homme, 1995, pp. 57-73. Philippe Carrard, *Poétique de la Nouvelle histoire. Le discours historique en France de Braudel à Chartier*, s.l., Éditions Payot Lausanne, 1998, pp. 130-143 nos da, a la vez que un análisis de los métodos narrativos de los «nouveaux», hecho desde la perspectiva de un profesor de teoría literaria, la visión más objetiva de los «lectores de la Nouvelle histoire» en su época de apogeo, con los datos reales del tiraje de las obras que le han sido proporcionados por Gallimard. Al frente del «hit parade» está el *Montaillou* de Le Roy Ladurie con 203.540 ejemplares (Rieffel calcula 150.000 hasta 1987, en edición normal), por delante incluso de Foucault —pero muy lejos de los más de dos millones de ejemplares que algunos llegan a atribuirle. Segundo, de los historiadores, es Duby con *Les temps des catedrales* (86.500), *Le dimanche de Bouvines* (65.131) y *Les trois ordres* (28.850); los mastodónticos *Lieux de mémoire* dirigidos por Nora acumulan 76.500 ejemplares, a los que sigue Le Goff (58.100 ejemplares del *Saint Louis* y 30.000 de *La naissance du purgatoire*) y Furet (58.100 ejemplares de *Penser la Révolution française*). El resto baja hasta cifras mucho más modestas, pero que contrastan con las de la actualidad, cuando, según el mismo Carrard, este tipo de libros raramente pasa de los 1.000 ejemplares. Duby reconoce que el retorno a lo político, al acontecimiento, a la biografía, y por lo tanto a la narración... se vio favorecido por la expectativa del público (*L'histoire continue*, pp. 150-152).

acento francés impenetrable» y en unas condiciones en las que, habiendo fallado la megafonía, sólo lo oían quienes se sentaban en las primeras filas. No importaba: «alto, rubio, delgado, atractivo, una estrella gala», lo que interesaba no eran sus comentarios sobre la sociedad medieval, «sino su presencia carismática». Esto sucedía al mismo tiempo que la *New York Review of Books* recibía las traducciones de los libros de Le Goff con elogios entusiásticos. La influencia de «nouveaux» animó a los medievalistas norteamericanos a olvidarse de los aspectos sociales de la historia, a hablar de mentalidades más que de feudalismo.[30]

En medio de su gloria aparente, y de la realidad de un poder que aún hoy conservan —pero no los lectores, que han ido abandonándolos—, los «nouveaux» se verían sorprendidos, a los veinte años de su ruptura con Braudel, por la revuelta contra ellos de una nueva generación, que menospreciaba la superficialidad de sus realizaciones. Un nuevo manifiesto, «Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?», publicado en 1988, denunciaba que el despedazamiento de la historia que Nora había saludado con tanta alegría en los momentos fundacionales de la «nouvelle histoire», reflejaba también «el eclecticismo de una producción abundante pero anárquica».[31]. Como la esterilidad de la «nouvelle histoire» resultaba evidente al cabo de tantos años —la escuela no había producido en este tiempo nada que pudiera compararse a los grandes libros de Labrousse, Braudel o Vilar—, una nueva generación comenzó la búsqueda de otros enfoques metodológicos. Es esto lo que denominaban el «tournant critique», que no dio lugar a un nuevo planteamiento metodológico colectivo, sino que acabaría conduciendo a que la fragmentación y la dispersión aumentasen. A los diez años de haber publicado su análisis de «la historia a trozos» el nuevo libro de François Dosse sobre las «ciencias humanas» —*L'empire du sens*—[32] nos muestra el panorama de una historia que se dispersa en las más diversas tendencias: la historia narrativa inspirada en la obra filosófica de Ricoeur, la «pluralización» de las temporalidades»... Es verdad que no se trata de escuelas, sino más bien de tendencias que en muchos aspectos se sobreponen, pero el resultado final de esta nueva etapa de cambio parece ser, en muchos

30. Norman F. Cantor, *Inventing the Middle Ages*, Nueva York, William Morrow and Co., 1994, pp. 152-156; Paul Freedman, «Seigneurie et paysannerie au moyen âge. Un retrait de l'historiographie américaine», en *Histoire et sociètès rurales*, n.° 14 (2000), pp. 153-168.

31. «Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?» en *Annales*, 1988, n.° 2, marzo-abril, pp. 291-293; el texto sería de Bernard Lepetit y Jacques Revel (Aguirre, *La escuela de los Annales*, p. 195). Sobre esto véase Bernard Lepetit, «Histoire des pratiques, pratique de l'histoire» en B. Lepetit, ed., *Les formes de l'experience. Un autre histoire sociale*, Paris, Albin Michel, 1995, pp. 9-22. Una crítica del «tournant» y de Lepetit en Gérard Noiriel, *Sur la «crise» de l'histoire*, Paris, Belin, 1996, pp. 150-163 (hay traducción castellana publicada por la Universidad de Valencia).

32. François Dosse, *L'empire du sens. L'humanisation des sciences humaines*, Paris, La Découverte, 1997. El libro se refiere casi exclusivamente a Francia, pero es que esto de confundir Francia con el mundo es una vieja costumbre de la cultura francesa, que conserva este vicio incluso en momentos, como los actuales, de decadencia.

casos, un predominio de la especulación filosófica y sociológica, que da pie a numerosos ensayos de teorización, pero no a una gran obra de investigación histórica que se pueda tomar como modelo.

En medio de esta dispersión hay unas pocas voces que pretenden reflexionar seriamente sobre los caminos a tomar, como Bernard Lepetit y Gerard Noiriel. Bernard Lepetit (muerto en 1996), criticaba el «positivismo polvoriento» de la etapa labroussiano-braudeliana de *Annales* y todavía más la vacuidad del relativismo de la «nouvelle histoire». A partir de aquí, con un léxico donde resuenan a la vez Foucault y Bourdieu, proponía salidas supuestamente «pragmáticas» con un discurso metodológico demasiado retórico y confuso que invocaba a Marc Bloch, trataba de recuperar a Labrousse y pretendía incorporar al mismo tiempo la inmediatez que proporcionan los métodos de la microhistoria para construir una historia-ciencia social, muy cercana a la sociología, que analizaría la sociedad como «una categoría de la práctica social».[33]

Gérard Noiriel, que parte de una recuperación del Marc Bloch de la *Apologie pour l'histoire*, ha hecho una reflexión crítica sobre la denominada «crisis de la historia», en busca de soluciones pragmáticas, y tiene un interés muy especial como cultivador y teórico de la historia contemporánea —desatendida por las dos generaciones «analísticas» anteriores, tal vez porque estudia materias que obligan al compromiso político explícito— que los historiadores no pueden seguir eludiendo, porque los problemas de que se ocupa son los que en estos momentos están en el centro mismo de la atención del público y de los medios de comunicación. Lo más importante de Noiriel es que no se limita a reflexiones teóricas abstractas, como hacen con tanta frecuencia los «post-nouveaux», sino que incluye sus planteamientos en estudios sobre temas especialmente comprometidos, como el derecho de asilo en Francia o los orígenes del régimen de Vichy.[34]

Mientras tanto, lo que queda de los «nouveaux» se dedica, dice Antoine Prost, a refinados juegos de erudición y a experimentaciones lúdicas que no interesan casi a nadie a parte de a una comunidad que amenaza con convertirse en «un club de autocelebración mutua», integrado por cultivadores de un tipo

33. Para seguir las ideas de Lepetit, que ha dejado una obra de investigación limitada (*Les villes dans la France moderne*) se puede partir del volumen colectivo, «editado» por él, *Les formes de l'expérience. Un autre histoire sociale*, ya citado, con una especie de manifiesto —«Histoire des pratiques, pratiques de l'histoire», pp. 9-22, o de la versión más breve: Bernard Lepetit, «La société comme un tout», en Carlos Barros, ed., *Historia a debate*, Santiago de Compostela, 1995, I, pp. 147-158. Sus textos teóricos más interesantes, como «Le présent de l'histoire» —publicado inicialmente en *Les formes de l'expérience*, pp. 273-298— o «Une logique du raisonnement historique» (*Annales*, 48 —1993—, n.º 5, pp. 1209-1219, donde afirma rotundamente que «Histoire et sociologie constituent des projets de connaissances indiscernables») han sido reunidos en el volumen póstumo *Carnet de croquis. Sur la connaissance historique*, París, Albin Michel, 1999.

34. Al margen de *La crise de l'histoire*, ya citada, he usado de Noiriel, *Qu'est-ce que l'histoire contemporaine?*, Paris, Hachette, 1998; *Réfugiés et sans-papiers. La République face au droit d'asile, XIX^e-XX^e siècle*, Paris, Hachette, 1998 y *Les origines républicaines de Vichy*, Paris, Hachette, 1999.

de historia que «ha renunciado a decir algo sobre nuestros problemas actuales».[35] Pasada la gloria de unos años en los que estuvieron de moda, los historiadores franceses —a diferencia de lo que ocurre con los filósofos o los sociólogos del mismo país, vendedores afortunados de mercancías no siempre en buen estado— tienen hoy una escasa influencia en las corrientes de la ciencia histórica mundial. Encerrados en una cultura demasiado local, su audiencia se reduce a su país y a algunos otros culturalmente dependientes, como España, México o, en menor medida, Italia.[36] Lo más importante que se puede decir del giro del que hemos hablado, sobre el cual los propios franceses han erigido una amplia literatura, es que se trata de un simple episodio de un fenómeno de alcance mundial, que conviene reducir a sus justas proporciones. En el mundo pasaban muchas otras cosas desde los años sesenta y los «tournants» de los que se ocuparán quienes estudien en el futuro la marcha de la historiografía mundial en estos años no serán estas peleas de grupúsculos parisienses, sino la aparición de líneas de estudio que plantean nuevos problemas que tienen relevancia para los hombres y mujeres de hoy o que proponen nuevos métodos para analizar los viejos problemas.

En los Estados Unidos los años sesenta vieron cómo la situación de consenso y conformismo de los primeros años de la guerra fría se agrietaba bajo el impacto de la crisis provocada por el conflicto de Vietnam —que dio lugar a que se alzasen voces críticas en las universidades, acalladas en ocasiones a tiros— y por el movimiento por los derechos civiles. Será en estos años cuando se desarrolle una contracultura contestataria y nazca la «nueva izquierda»: «un movimiento de jóvenes blancos contra el racismo y el imperialismo que floreció en los "colleges" y universidades de los Estados Unidos en los años sesenta», y que, aunque fuera por poco tiempo, «consiguió lo que la izquierda americana no había logrado en cerca de un siglo de intentos: crear un auténtico movimiento de masas». En el terreno de la historia la «nueva izquierda» inspiró a toda una serie de investigadores que rompían con la vieja versión del consenso. Un papel destacado correspondería en este terreno a la «nueva historia diplomática» de William Appleman Williams, que denunciaba la tradición imperialista norteamericana (*The tragedy of American diplomacy*, 1959; *The roots of the modern American Empire*, 1969), y que influyó en una serie de historiadores «revisionistas» como Gabriel Kolko. Pero habría también cambios en muchos otros campos: intentos de escribir una historia «desde abajo»

35. Antoine Prost, *Douze leçons sur l'histoire*, Paris, Seuil, 1996, p. 286.

36. Un manual francés de Philippe Tétart, que responde al título de *Petite histoire des historiens* (Paris, Armand Colin, 1998), por ejemplo, nos habla en la antigüedad de Heródoto o de Tácito, pero cuando le toca referirse a la segunda mitad del siglo XX se limita a citar nombres franceses —incluyendo los de interés puramente local—, como si fuesen todo lo que hace falta reconecer. Si uno coge, en contrapartida, un volumen norteamericano de *readings* sobre estos mismos problemas, como el de Brian Fay, Philip Pomper y R. T. Vann, eds., *History and theory. Contemporary readings* (Malde, Mass., Blackwell, 1998), descubrirá con sorpresa que no se ha creído necesario seleccionar ningún texto de autor francés (y que muchos de los que en Francia parecían esenciales no aparecen ni siquiera mencionados).

como la de Howard Zinn (*A people's history of the United States*, 1980) y una aproximación a los métodos de los marxistas británicos, y en especial a los de Edward P. Thompson, por parte del grupo de *Radical history review*.[37]

El sistema consiguió, sin embargo, mantener aislada esta tendencia radical y el giro culturalista se expresó sobre todo, tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña, a través del abandono de la vieja historia social en favor de la cultural y del giro lingüístico. Uno de los principales protagonistas del giro cultural en los Estados Unidos fue Hayden White, profesor de «historia de la conciencia» en la Universidad de California, Santa Cruz, que elaboraría una combinación entre teoría de la historia y teoría literaria para llegar a una «teoría tropológica» del discurso que le llevaba a considerar la obra histórica como «una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa» que, al margen de los datos que pueda contener, tiene un componente estructural profundo, de naturaleza poética y lingüística, que sirve como paradigma precríticamente aceptado de la interpretación. Esta «infraestructura metahistórica» no está formada por los conceptos teóricos explícitamente usados por el historiador a fin de dar a su narrativa el aspecto de una explicación, sino que depende de un nivel profundo en que el historiador realiza un acto esencialmente poético, en el cual «prefigura el campo histórico y lo constituye como un dominio sobre el cual aplicar las teorías específicas que utilizará para explicar "lo que realmente estaba sucediendo"». La interpretación histórica aparece así denunciada como un procedimiento que no tiene nada que ver con los métodos de la ciencia, sino que procede «excluyendo determinados hechos de su relato como irrelevantes para su propósito narrativo» e incluyendo, con el fin de hacer posible la explicación que propone, especulaciones que no se encuentran en los hechos verificables. La visión del pasado que nos da un historiador no deriva, por tanto, de la evidencia que utiliza —ya que selecciona lo que considera que es significativo y merece la pena recordar—, sino de las elecciones conscientes e inconscientes que ha hecho de acuerdo con la «poética histórica» que usa.[38]

37. Tomo la definición de la «new left» de Doug Rossinow, «The New Left in the counterculture: hypotheses and evidence», en *Radical History Review*, 67 (1997), pp. 79-120 (cita de p. 79), y la cita siguiente de Alan Brinkley, *Liberalism and its discontents*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1998, p. 222. Poca cosa sobre estos grupos en un libro de conjunto como el de Anthony S. Mollo y Gordon S. Wood, eds., *Imagined histories. American historians interpret the past*, Princeton, Princeton University Pressm 1998 (en especial James T. Patterson «Americans and the writing of twentieth-century United States History», pp. 185-205). Para Eric Foner —*The story of American freedom*, Nueva York, Norton, 1998— la nueva izquierda nace con libros que rompen el consenso —como *Silent spring* de Rachel Carson—, con la movilización de las universidades y la segunda ola del feminismo. He usado directamente los libros de Williams, Kolko y Zinn.

38. Hayden White, *Metahistory*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973 (hay traducción castellana, México, Fondo de Cultura Económica, 1992), *Tropics of discourse. Essays in cultural criticism*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1978 (uso sobre todo «Interpretation in history», pp. 51-80) y *The content of the form. Narrative discourse and historical representation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1990.

En la misma línea, F. R. Ankersmith hizo un ataque sistemático a la historia, acusando a los historiadores de no hacer caso de los «teóricos», como White o como él, debido a que «son dolorosamente conscientes de que el debate histórico raras veces lleva a resultados concluyentes y que cosas tan lamentables como las modas intelectuales o la preferencia política pueden influir en sus opiniones sobre el pasado. Los historiadores saben en el fondo de sus corazones que, pese al énfasis que ponen en la necesidad de una adecuada investigación de las fuentes y de una interpretación prudente y responsable, la historia es la que se encuentra en el rango más bajo de categoría científica de todas las disciplinas que se enseñan en una universidad».[39]

Los argumentos de White, como los de todos los que pretenden descalificar la historia reduciéndola a narración, son irrelevantes. Es evidente que la complejidad de la tarea del historiador, enfrentado a la diversidad inabarcable del mundo real, le obliga a hacer selecciones —nadie podría hacer la historia «completa», en el sentido que exige White, de lo que haya sucedido en una sola ciudad en un solo día del pasado— y que eso condiciona su perspectiva. Pero estas limitaciones son un reflejo de las del hombre común en su vida cotidiana. También él ha de escoger los aspectos de la realidad que le envuelve que toma en consideración de acuerdo con las necesidades de su vida. También su memoria del pasado es selectiva y también él está influido por preferencias diversas, incluyendo las políticas, que filtran su percepción de lo que pasa a su alrededor. Al recibir las noticias de los acontecimientos inmediatos, que pueden ser importantes para él, lo más probable es que escoja la fuente de información de acuerdo con sus preferencias y es seguro que escogerá, dentro de ella, unas noticias determinadas. Ningún diario puede recoger la totalidad de lo que pasó el día anterior, pero nadie lee un periódico moderno por completo, de la primera a la última palabra, sino que, guiándose por las secciones y por los titulares, escoge aquellas noticias que le interesan o le atraen.

La vida real es así, no solamente la historia. Este es el contraste que se establece entre el trabajo del historiador y el del teórico de disciplinas culturales que funcionan fabricándose pequeños universos acotados que pueden manejarse con herramientas elementales. Con esto el teórico puede alcanzar el éxito en su carrera académica, pero sus herramientas no sirven de nada cuando hay que salir del recinto universitario y enfrentarse a la realidad del exterior, que es abigarrada y confusa como el panorama del pasado en que el historiador ha de moverse, guiándose por el sentido de la utilidad social de su tarea, que es un criterio esencial para sus elecciones.

En el terreno de la historia este giro cultural sería tardío. Geof Eley lo fecha en torno a 1980 y lo asocia a la aparición de «una nueva generación» (la que se preparó en los sesenta y al principio de los setenta), que reclamaba un espacio

39. F. R. Anskermith, «Hayden White's appeal to the historians», un artículo incluido en el conjunto de los que, para conmemorar los veinticinco años de *Metahistory*, se publicaron en *History and theory*, 37 (1998), n.º 2, pp. 143-193 («Hayden White: Twenty-five years on»). El artículo de Ankersmith en pp. 182-193; la cita de p. 183.

institucional distinto del de la historia social dominante. Se comenzó denunciando las «insuficiencias del "marxismo vulgar"», del estudio cuantitativo de la experiencia cotidiana y de la vida material, y proponiendo reemplazarlos por un «tipo más sofisticado de historia cultural», que se planteaba inicialmente dentro del campo del marxismo, pero que significaba el inicio de su liquidación.[40]

Será ya en los años noventa cuando Patrick Joyce escriba en Inglaterra, «si antes todos éramos historiadores sociales, ahora todos comenzamos a ser historiadores culturales. La «historia cultural» parece ser la nueva identidad disciplinar que organiza cada vez más el formato de la actividad académica», o cuando en los Estados Unidos Keith Baker reclame una «historia intelectual» que no ha de ser «un campo diferente de investigación con una materia bien definida», sino una manera de hacer historia, en términos generales. En Alemania se considera que ha sido en los años ochenta y noventa cuando se ha abandonado el «social turn» y se ha producido el giro de la «historische Sozialwissenschaft» a una «historische Kulturwissenschaft» que, más que traducir la evolución que se estaba produciendo en los países anglosajones, ha querido recuperar sus viejas tradiciones, y en especial el pensamiento de Max Weber.[41]

Una muestra de la ambigüedad del giro a que nos estamos refiriendo, y de cómo el carácter de ruptura generacional puede resultar esencial, la tenemos en el campo de la arqueología, donde, en los años sesenta, un grupo de arqueólogos anglo-sajones, y en especial norteamericanos, quisieron alejarse de la tradición existente en su disciplina, que era esencialmente historia de la cultura, y decidieron que debían ser más «científicos» y más antropológicos, con una tendencia a pensar en términos de sistemas y un énfasis materialista. La «nueva arqueología» —una denominación usada por primera vez en 1958 en los Estados Unidos—, con su preocupación por los modelos ecológicos y por las pautas de asentamiento humano, ponía un interés central en los «procesos» humanos, de donde le vendría el nombre de «arqueología procesual», y combatía la vieja tendencia a considerar cada fenómeno cultural como un acontecimiento único. Se trataba de construir una ciencia capaz de descubrir las leyes que regulan los procesos humanos, más allá de sus contextos históricos y culturales. El hombre que dio forma a estas tendencias fue Lewis Binford, que consideraba que la aproximación a la antropología proporcionaba nuevos mé-

40. Geoff Eley, «Is all the world a text? From social history to the history of society two decades later», en Terrence J. McDonald, ed., *The historic turn in the human sciences*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1996, pp. 193-242.

41. Patrick Joyce, «The return of history: postmodernism and the politics of academic history in Britain», *Past and Present*, 158 (febr. 1998), pp. 207-235 (cita de p. 229). Joyce había contribuido a atacar el viejo paradigma con «The end of social history» (*Social history*, XX (1995) con réplica de Eley y Nield en la misma revista y año, y una respuesta de Joyce en XXI (1996). Keith Michael Baker, *Inventing the French revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 12. Roberto delle Donne, «Nel "vortice infinito delle storicizzazioni": Otto Gerhard Oexle, Adalberone di Laon e la "scienza storica della cultura" en Gabriella Rossetti e Giovanni Vitolo, eds., *Medioevo Mezzogiorno Mediterraneo. Studi in onoré di Mario del Treppo*, Nápoles, Liguori, 2000, II, pp. 329-375.

todos para estudiar los comportamientos culturales. La nueva arqueología, que, por su propia voluntad de cientifismo, desempeñó un papel muy positivo en la renovación de los métodos de investigación y de interpretación, recibió aportaciones de investigadores británicos influidos por la «nueva geografía» y por su enfoque sistemático, como David Clarke, pero tuvo más difícil su arraigo en otros países europeos, que tenían una fuerte tradición historicista. En los años ochenta, como veremos más adelante, la arqueología procesual entró en crisis y comenzó a sufrir ataques surgidos de las corrientes postmodernas, que la volverían a aproximar, paradójicamente, a una óptica cultural.[42]

Uno de los aspectos más visibles del giro cultural, y uno de los más influidos por los «cultural studies» de origen literario, es el del análisis del discurso, que se puede inscribir dentro de lo que se denomina el «giro lingüístico», un fenómeno que afectó a la filosofía hace unas décadas,[43] y que ha perdido hoy terreno en los mismos estudios literarios donde tuvo su máximo florecimiento, a partir de la denuncia de la futilidad de sus métodos, hecha tanto desde posiciones conservadoras, como las del Allan Bloom de *The closing of American mind*, como desde la izquierda.[44]

Lo más paradójico es que la extensión a la historia de métodos de análisis del texto surgidos del campo de los estudios culturales se produjo cuando en estos estudios, y en otros de las ciencias humanas y sociales, se estaba produciendo un «giro historicista», tal como denunciaba alarmado, en 1987, el presidente de la Modern Language Association norteamericana. De esta nueva

42. Bruce R. Trigger, *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona, Crítica, 1992; Lewis R. Binford, *En busca del pasado. Descifrando el registro arqueológico*, Barcelona, Crítica, 1988; David L. Clarke, *Arqueología analítica*, Barcelona, Bellaterra, 1984; Patty Jo Watson, S.A. Le Blanc y Charles L. Redman, *Archeological explanation. The scientific method in archeology*, New York, Columbia University Press, 1984. He usado también el excelente artículo de Nicola Terrenato sobre «new archeology» en R. Francovich y D. Manacorda, eds., *Dizionario di archeologia*, Roma, Laterza, 2000, pp. 204-206. «La arqueología es historia de la cultura o no es nada», dirá Ian Morris: es historia porque se ocupa del pasado y, como estudia los restos de la cultura material, es cultural (*Archaeology as culturol history*, Oxford, Blackwell, 2000, p. 3).

43. Lo digo en tiempo pasado, siguiendo la opinión de Rorty en un texto, «Veinte años después», escrito en 1990 para la edición española de su libro *El giro lingüístico*, Barcelona, Paidós, 1990. En Peter Schöttler, «Historians and discourse analysis», *History Workshop*, n.º 27 (1989), pp. 37-65, se puede encontrar una visión global de la influencia del análisis del discurso en el trabajo de los historiadores.

44. Gary Taylor, *Reinventing Shakespeare. A cultural history from the Restoration to the present*, Londres, Vintage, 1991; Peter Washington, *Fraud. Literary theory and the end of English*, Londres, Fontana Press, 1989. Una de las explicaciones que se han dado al éxito que tuvo en el estamento académico es que éste lo adoptó por el hecho de que así se sentía reforzado en su rechazo de cualquier teorización: «de repente, las actitudes obstinadas y persistentes que se sentían amenazadas por el análisis teórico, pudieron adoptar ellas mismas la vestimenta de la teoría» (John M. Ellis, *Against deconstruction*, Princeton, Princeton University Press, 1989, p. 154). Edward W. Said va más lejos y cree ver una relación entre «la emergencia de una filosofía tan estrechamente definida como de pura textualidad y no interferencia crítica» con el ascenso del «Reaganismo» y «un giro generalizado a la derecha en lo referente a la economía, los servicios sociales y el trabajo organizado» (en *The world, the text and the critic*, Londres, Vintage, 1991 —la edición original es de 1984— p. 4).

evolución nacerían en los estudios culturales corrientes como el llamado «nuevo historicismo», con su propuesta de enriquecer las prácticas formalistas de la crítica literaria con una peculiar atención al contexto histórico, el «materialismo cultural» (que viene a ser lo mismo, pero con una carga adicional de politización) o la «nueva historia cultural», que es más bien una mezcla ecléctica que define la posición actual de un grupo que, después de haber abandonado la fundamentación del análisis de la cultura en las realidades sociales, no aceptó las propuestas basadas en la teoría literaria de Hayden White y Dominick LaCapra, y cayó bajo la influencia de la antropología, y sobre todo de Clifford Geertz.[45]

Los efectos del «giro lingüístico» en la historia fueron tardíos y aparecieron en los Estados Unidos como consecuencia de la crisis de la historia intelectual, con la participación directa de Hayden White y de La Capra y con la colaboración desde el primer momento de Roger Chartier.[46] De hecho los partidarios de este giro eran mucho menos innovadores de lo que pretendían. En el terreno de la historia había ya una larga tradición de estudio del lenguaje y del discurso, que había conducido a desarrollos específicos como el de la Begriffgeschichte o «historia de los conceptos» alemana —que se propone reconstruir el significado de los conceptos que se encuentran en el lenguaje de las fuentes— o los métodos de análisis de los contenidos de la sociología histórica, que tienen poco que ver con el tipo de elucubraciones culturalistas que se han ido extendiendo entre los historiadores y que han dado lugar a una invasión de análisis del discurso —más adelante de las «representaciones»— que amenaza con reemplazar el de la realidad.[47]

45. Sobre los aspectos generales del «giro historicista» véase el libro ya citado: Terrence J. McDonald, ed., *The historic turn in the human sciences*. Sobre las nuevas corrientes de los estudios culturales, dentro de este volumen: Steven Mullaney, «Discursive forums, cultural practices: History and anthropology in literary studies», pp. 161-189. Más especializadamente: H. Aram Veeser, ed., *The new historicism*, Nueva York, Routledge, 1989; donde Hayden White avisa que volver a tomar en consideración la historia significa mucho más que adoptar una nueva técnica de análisis («New Historicism: a comment», pp. 293-302); Antonio Penedo y Gonzalo Pontón, eds., *Nuevo historicismo*, Madrid, Arco/Libros, 1998; Lynn Hunt, ed., *The new cultural history*, Berkeley, University of California Press, 1989. (Sobre todo: «Introduction: History, culture and text», pp. 1-22.) Acerca de las semejanzas y diferencias del «nuevo historicismo» y el «materialismo cultural», Peter Barry, *Beginning theory*, Manchester, Manchester University Press, 1995, pp. 184-188.

46. Las primeras manifestaciones habrían tenido lugar en un coloquio en Cornell en 1980. Véase, sobre esto, Gérard Noiriel, *Sur la «crise» de l'histoire*, pp. 126-148.

47. R. J. W. Evans, *The language of history and the history of language*, Oxford, Clarendon Press, 1998. En etapas anteriores hay análisis de vocabulario como los de Pierre Vilar, «Patria y nación en el vocabulario de la guerra contra Napoleón», publicado originalmente en *Annales historiques de la Révolution Française*, octubre-diciembre 1971 —o los de Régine Robin (*La société française en 1789: Semur-en-Auxois*, París, 1970). Sobre la Begriffsgeschichte, Melvin Richter, *The history of political and social concepts. A critical introduction*, Nueva York, Oxford University Press, 1995; Lucian Hölscher, «Los fundamentos teóricos de la historia de los conceptos», en I. Olábarri y F. J. Caspistegui, eds., *La nueva historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdiciplinariedad*, pp. 69-82. Una exposición metodológica sobre

Es verdad que hay elementos útiles en esta conciencia crítica del texto que nos habrían de servir para protegernos de lecturas anacrónicas y, por eso mismo, incorrectas de los testimonios del pasado. Pero una vez hecha esta tarea de depuración, resulta exagerado quedarse paralizados como si los textos no fuesen susceptibles de uso. Entre otras razones, porque textos de tipos distintos, y construidos con lenguajes e intenciones diversas, pueden contrastarse entre sí, pero también por el hecho de que el historiador trabaja, además, con evidencias arqueológicas (cuya importancia para las historias medieval y moderna, no solamente para la antigua, es cada vez más evidente)[48] y con un tipo de datos cuantitativos como los elementales de la demografía (nacimientos, fecundidad, esperanza de vida, mortalidad) que difícilmente pueden ser «deconstruidos».[49]

Por otro lado, la lucha contra las interpretaciones anacrónicas de los lenguajes del pasado está ligada a un problema de más amplio alcance. Al olvidar que muchas cosas que para nosotros son claras, una vez conocido su desenlace, eran enigmáticas o dudosas para los que las vivieron, procedemos, inadvertidamente, a una clarificación retrospectiva del pasado: a una lectura hacia atrás del curso de la historia, una retrospección, que lleva aparejada su falsificación. Para entender las acciones de los hombres y las mujeres del pasado necesitamos averiguar lo que pensaban realmente, las esperanzas y temores que los movían, incluyendo también, o tal vez sobre todo, aquellas que, no habiéndose realizado, hemos perdido de vista (pero que se conservan en muchos de los textos más directos y personales que nos han legado, como puedan ser los diarios y las cartas). Sólo así podremos entender las razones que los llevaron a tomar sus decisiones, en lugar de convertirlos en títeres que actúan según un guión predeterminado, del que sólo nosotros conocemos el fatal desenlace. Sólo así entenderemos correctamente sus palabras. Podemos tal vez remediar

los análisis de contenido, en la línea de la sociología histórica, puede encontrarse a Gilbert Shapiro y John Markoff. *Revolutionary demands. A content analysis of the Cahiers de doléances of 1789*, Stanford, Stanford University Press, 1998, pp. 17-96 («The role of content analysis in social science»).

48. Matthew Johnson, *An archaeology of capitalism*, Oxford, Blackwell, 1996, que propone una especie de arqueología investigada «tanto en las prácticas culturales y sociales cotidianas como en las transformaciones económicas a gran escala» (p. 155); Lisa Falk, ed., *Historical archaelogy in global perspective*, Washington, Smithsonian Institution Press, 1991.

49. Un ejemplo de la escasa enjundia del método puede dárnosla el libro de Orlando Figes y Boris Kolonitskii, *Interpreting the Russian revolution. The language and symbols of 1917*, New Haven Yale University Press, 1999. El análisis del «culto a Kerensky» (pp. 76-96), por ejemplo, no explica nada sobre las causas de su pérdida de prestigio, que no se produjo en el terreno del lenguaje ni de los símbolos, sino en el de los resultados de su política; el intento por establecer diferencias entre la conciencia de pertenencia al «pueblo trabajador» o a la «clase obrera» (pp. 107 y ss.) no lleva a gran cosa, mientras que algunas de las aportaciones más interesantes del libro, como las que hacen referencia a la movilización de los campesinos, acaban llevándonos a las raíces objetivas de los problemas del grupo, expresadas a través de su cultura: porque está claro que todo problema de grupo se filtra a través de una cultura, no solamente de un vocabulario, para expresarse y compartirse.

este fallo elaborando una antropología histórica como la que nos propone Aron Gurievich, quien la define como el método que permite comprender de qué manera «una corriente caótica y heterogénea de percepciones y de impresiones se transforma, por obra de la conciencia, en una visión del mundo ordenada que pone su marca sobre cualquier conducta humana».

Una de las grandes utilidades del análisis del texto radica en la posibilidad de examinar cómo se elaboran los textos legitimadores, comenzando por los propios relatos históricos. La verdad es que la retórica de los historiadores no tiene nada de excepcional, ya que no es en esencia otra cosa que una manifestación de aquella «retórica de la ciencia» que ha estudiado Alan Gross, construida de manera que consiga persuadir a aquellos a quienes va destinada de que no es tal retórica sino demostración. Buena parte de las reiterativas elucubraciones en torno a la historia como narración —Hayden White, Ricoeur, etc.—, que parecen plantear la cuestión como si fuese un problema específico de la historia, amenazada con verse degradada del terreno de la ciencia para caer en el de la literatura, pasan por alto que la narración es la forma habitual en que el hombre organiza sus conocimientos, incluso los de las ciencias naturales. Como dice Stephen Jay Gould: «los seres humanos somos contadores de historias por naturaleza; organizamos el mundo como un conjunto de cuentos».[50] Los historiadores no tienen que pedir disculpas por hacer lo mismo.

Una cosa es el uso y otra el abuso de esta preocupación por el análisis del discurso, cuya vacuidad resulta evidente en la práctica de historiadores para quienes los textos se reducen a los de carácter más general y a las afirmaciones programáticas, pero que desconocen o menosprecian otros textos esenciales que nos permiten asomarnos más directamente a los problemas reales de los hombres, como son los documentos, y muy especialmente aquel tipo de documentos que no pretenden transmitir doctrina, sino que están destinados a actuar en la sociedad de su tiempo (lo que no quiere decir, evidentemente, que sean inocentes). Para proceder a un análisis adecuado de los textos es necesario comparar los de todos estos niveles. Hay que examinar, por ejemplo, las diferencias que hay entre las crónicas oficiales de la conquista española de América de los siglos XVI y XVII, o la retórica de la «hispanidad» del siglo XX, y la documentación de la administración española, colonial y postcolonial, como, por poner un solo ejemplo, los textos internos de los gobiernos del siglo XVIII que hablan crudamente de las colonias de América como de un objeto de explotación económica. Un análisis de este tipo pone en evidencia trivialidades como las de Colin M. MacLahan, que se dedica a explicarnos lo que no conoce ni entiende en un libro que sostiene que «el mundo español funcionaba políticamente como una construcción intelectual», y donde se dedica a interpretar, sin mostrar conocimiento alguno de la realidad, la historia de una América colonial donde la población ni mengua ni crece, donde no hay minas —ni,

50. Alan G. Gross, *The rethoric of science*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1990 (véase la reseña de John Durant en *Times Literary Supplement*, 15 marzo 1991, p.19); Stephen Jay Gould, *Milenio*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 164-165.

naturalmente, indígenas trabajando en ellas—, ni haciendas, ni obrajes, ni esclavos negros. De lo que se puede deducir que es justamente este tipo de historia la que «funciona» «como una construcción intelectual» carente de fundamentos reales.[51]

Una cosa es usar el análisis de los textos para aproximarnos a una realidad que éstos revelan y, a la vez, disfrazan, como hace Carlo Ginzburg con los documentos policíacos y judiciales, en su intento por reivindicar la inocencia de un hombre que supone condenado injustamente (reivindicación que no se podría hacer a partir de la actitud que sostiene que el sesgo de los discursos demuestra que no es posible llegar a conocer nada a partir de ellos). Otra es plantearse seriamente los problemas que implica la llamada «construcción social» de la realidad. Y otra muy distinta, finalmente, el intento de escamotear la realidad social que hay más allá de las palabras, como hace Patrick Joyce al decir que no es la clase la que crea su lenguaje, sino el lenguaje el que produce la clase, y que ésta no es más que un «producto discursivo». Afirmación circular, porque se necesita otra explicación previa que nos diga cómo se ha creado el tipo de lenguaje concreto con cuya identificación se produce la clase, y esta explicación ha de rendir cuentas, además, de las razones por las que un grupo humano ha escogido justamente este lenguaje específico que lo marca y diferencia, de entre todas las variedades de lenguajes que podía escoger. No parece, por otro lado, que este tipo de elucubraciones sean útiles para aproximarnos, no ya a la historia, sino a los problemas actuales de unos grupos sociales que, además de estar «construidos discursivamente» —lo que no negará nadie—, presentan características objetivamente verificables que los distinguen, como la de tener niveles de vida y expectativas muy diferentes.[52]

Con harta frecuencia se puede observar que la teorización sobre el discurso y sobre las representaciones no hace más que examinar viejos problemas, ampliamente explorados previamente, repitiendo observaciones que ya habían

51. Colin M. McLachlan, *Spain's empire in the New World. The role of ideas in institutional and social change*, Berkeley, University of California Press, 1988. En muchos puntos concretos del texto el autor muestra su ignorancia acerca de la bibliografía más elemental sobre las cuestiones acerca de las cuales pontifica. Otro caso de vacuidad —podrían multiplicarse los ejemplos— lo tenemos en Bryan S. Green, *Knowing the poor. A case-study in textual reality construction*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983, un «estudio sobre la construcción textual de la realidad» referido a las leyes de pobres británicas, donde el autor explica que «los políticos no reaccionan ante la realidad misma, sino ante la realidad construida socialmente, y que la forma en que la sociedad es conocida para propósitos políticos y administrativos depende de prácticas específicas de lectura y escritura».

52. Carlo Ginzburg, *The judge and the historian. Marginal notes on a late-twentieth-century miscarriage of justice*, Londres, Verso, 1999 (última, hasta el momento, edición de un texto que ha ido incrementándose con el tiempo). Sobre clase y discurso, véase G. S. Jones, *Languages of class*, 1983 y Patrick Joyce, *Visions of the people*. Sobre esto, Miles Taylor, «The linguistic turn in British Social History», en *Bolletino del dicianovesimo secolo*, (Nápoles), 4 (1995), pp. 5-13. De un modo parecido hay neoliberales que dicen hoy que la pobreza «es una invención de las Naciones Unidas»: nadie negará que las definiciones de pobreza son convenciones «discursivas», pero los muertos de hambre no lo son.

sido hechas, o que son obvias, con un vocabulario nuevo —con Hayden White, Foucault, Ricoeur y el padre de Certeau como proveedores de léxico— y una nueva retórica, con todo lo cual se crea en los lectores desprevenidos la ilusión de una novedad interesante (un procedimiento que, por otra parte, proporciona a los profesionales en busca de respetabilidad la seguridad de estar a la moda del día).[53] Cuando la verdad es que no hay en todo esto mucho más que una fantasmagoría, generalmente reaccionaria, con una viva preocupación por evitar «confrontar las realidades de la economía política y las circunstancias del poder global».[54] Provistos de las armas de la retórica los «textualistas» pueden seguir con la ilusión de dar normas al mundo y ganar unas batallas que organizan habiendo fijado previamente las reglas del combate, lo cual les asegura por adelantado la victoria. Nunca serán derrotados en este tipo de escaramuzas, del mismo modo que nadie consiguió batir a los escolásticos tardíos a base de silogismos; pero la esterilidad vacía de su trabajo, que no aporta nada útil para las «prácticas no discursivas» de los hombres y mujeres de hoy, acabará relegándolos al mismo olvido en que reposa el saber tardoaristotélico que mantuvo victoriosos combates retóricos contra la revolución científica.

Mil veces más útiles que estas elucubraciones verbales son para el historiador las aportaciones de la ciencia cognitiva, las nuevas visiones que muestran la complejidad de los mecanismos de formación de los recuerdos evocados por la memoria —la forma en que la mente humana transforma un haz de sensaciones diversas en un recuerdo—, que pueden sugerirle caminos útiles para investigar el proceso de formación de esta memoria colectiva que denominamos historia.

53. Un ejemplo, entre muchos posibles, podemos encontrarlo en un texto como «Objetividad y subjetividad en la historia» de Paul Ricoeur (en *Historia y verdad*, Madrid, Encuentro, s.a., pp. 23-40) donde se encadenan las más viejas trivialidades sobre el tema, presentadas como si fueran novedades filosóficas.

54. Roger Chartier, *Escribir las prácticas: discurso, práctica, representación*; David Harvey, *The condition of postmodernity*, Malden, Mass., Blackwell, 1990, p. 117.

14. LA CRISIS DE 1989

Cuando examinamos la situación actual del panorama historiográfico podemos observar que su evolución parece tener dos momentos de inflexión. En primer lugar, el giro culturalista iniciado en los años sesenta, del que hemos hablado anteriormente. El segundo momento, que de algún modo completa y culmina el primero, tiene como referencia más clara el año 1989, un año en que coincidieron el hundimiento de los regímenes del llamado «socialismo real» del este de Europa, con un nuevo y más encarnizado asalto contra las interpretaciones de izquierda de la Revolución francesa con motivo de su bicentenario, la publicación del artículo de Fukuyama sobre el fin de la historia y la del debate entre «vieja y nueva historia» en *American Historical Review*,[1] entre otras referencias de lo que no es, en última instancia, más que el punto culminante de un único proceso.

La «caída del muro», en especial, dio lugar a reacciones de euforia por parte de quienes se sentían vencedores. De entrada se suponía que este solo hecho bastaba para negar legitimación intelectual a cualquier planteamiento que tuviera relación, ya no sólo con el marxismo, sino con cualquier postura que diese apoyo a la idea de que era posible una transformación substancial de la sociedad.[2] Por otro lado, el tipo de pseudomarxismo catequístico de la Unión Soviética y de la Europa oriental se hundió con los regímenes a los que servía, dejando sólo al margen a aquellos historiadores que trabajaban de manera crítica y creativa, como Diakonoff, Ado o Kossok, que ya hemos mencionado antes. También acabaron por desvanecerse las corrientes occidentales más cercanas al esquematismo catequístico del este, como pasó con el estructuralismo marxista a la francesa, con su uso petrificado y fosilizador de los conceptos marxianos (con frecuencia de la simple terminología, y no siempre bien entendida).[3] También «en Occidente» sobrevivió a la crisis el sector más vivo, el que

1. El «foro» sobre «The old history and the new», en el que participaron Theodor Hamerow, Gertrude Himmelfarb, Lawrence W. Levine y Joan Wallach Scott, con un comentario final de J. E. Toews, apareció en *American Historical Review*, 94, n.º 3 (junio 1989), pp. 654-698.

2. De ahí, por ejemplo, la actitud de los «furetianos» franceses al negarse a traducir *The age of extremes* (*Historia del siglo XX*) de Hobsbawm, alegando, en palabras de Pierre Nora, que «aparecería en un entorno intelectual e histórico poco favorable».

3. Derek Sayer, *The violence of abstraction. The analytic foundations of historical materialism*, Oxford, Blackwell, 1989, pp. 126-149.

tenía por modelos a historiadores como Eric Hobsbawm o E. P. Thompson,[4] lo que no quiere decir que todo siguiera sin cambios, sino que se hizo un esfuerzo por encontrar nuevos caminos sin renuncias que llevaran a abdicar de unos principios progresistas.

Los que se sentían vencedores con el hundimiento de los sistemas políticos del este europeo quisieron definir su triunfo como una victoria final y definitiva del orden establecido contra la amenaza subversiva de la revolución, como «el fin de la historia», por usar el título que haría famoso a Francis Fukuyama, en un trabajo producido bajo el amparo de una institución conservadora norteamericana, la Fundación John M. Olin, que financia institutos y programas «destinados a reforzar las instituciones económicas, políticas y culturales sobre las que se sustenta la empresa privada».[5]

De la eficacia de la actuación de estos equipos puede dar fe el éxito que consiguieron con algo tan trivial, y tan poco original, como las especulaciones de Fukuyama sobre el «fin de la historia» —una adaptación de una vieja interpretación de Hegel por Kojève—, en que sostenía que la historia es direccional y progresiva, que su motor son «dos fuerzas básicas: la evolución de las ciencias naturales y la tecnología», y que esta evolución culmina en la democracia liberal y en la economía de mercado, que serían, por lo tanto, adquisiciones definitivas de la historia. Para difundir el «nuevo paradigma» la fundación Olin ideó una estrategia que alcanzó un éxito total. En 1988 Allan Bloom invitó a Fukuyama a exponer sus ideas en el centro Olin de Chicago, del cual era director. De esto surgió un artículo, «The end of history?», que se publicó en el verano de 1989 en *The National Interest*, una revista pagada por la misma fundación, donde aparecieron después réplicas escritas por Allan Bloom, Irving Kristol y Samuel Huntington,

4. Con gran disgusto de Gertrude Himmelfarb, que en «The "group": British marxist historians», en *The new history and the old* (Cambridge, Mass., Belknap Press, 1987, pp. 70-93) denunciaba el hecho que estos «marxistas», a pesar de que en su mayor parte hubieran dejado de ser comunistas después de 1956, no habían hecho actos de arrepentimiento como muchos de sus colegas franceses, lo cual hacía que siguieran resultando sospechosos. No son nada sospechosos, en cambio, la Himmelfarb y su hermano, que han sido descritos como «este famoso núcleo central de judíos izquierdistas de los años treinta, los trotskistas y stalinistas que más adelante renunciaron a su materialismo dialéctico y se convirtieron en el núcleo central del liberalismo anticomunista de los años cincuenta y del neoconservadurismo de los setenta y ochenta», Ron Rosebaum, *Explaining Hitler*, Londres, Macmillan, 1998, p. 392.

5. Jon Wiener, «Dollars for Neocon Scholars. The Olin money tree» en *The Nation*, 1 enero 1990, pp. 12-14; Theodore Draper, «An anti-intellectual intellectual», en *New York review of books*, 2 nov. 1995, pp. 29-34. Se ha dicho que la lista de los beneficiarios de esta institución parece un directorio de la derecha académica, con nombres como Allan Bloom, el autor de *The closing of the American mind*, como François Furet o como Irving Kristol, que, después de pasar del izquierdismo a la colaboración con la CIA, llegaría a una bien pagada madurez de derecha dura (la fundación le proporcionaba 376.000 dólares anuales), publicando *The National Interest*, financiado con un millón de dólares por el mismo patrocinador (una publicación que Michael Lind, que fue uno de sus redactores, denuncia hoy por mantener «una lucha de clases contra los asalariados norteamericanos»). Y en relación con Kristol, y formando parte de la misma unidad empresarial familiar, hay que mencionar a una notoria defensora del conservadurismo como es su mujer, la ya citada Gertrud Himmelfarb.

los tres en la nómina Olin. Cuando acabó esta «discusión» y se consiguió hacer creer que había existido un debate pluralista, el tema se pudo vender a la gran prensa y se preparó el camino para la publicación, en 1992, de un libro que sirvió para poner de moda, fugazmente, las ideas elaboradas por Fukuyama, y les dio una difusión mundial. La sorpresa de algunos críticos que se preguntaban «¿por qué una obra de tan evidente mediocridad ha recibido tanta atención pública?» podía estar justificada. No lo estaba en cambio una segunda pregunta: «¿Por qué un editor ha podido invertir tanta energía y capital para lanzar un libro tan pueril y de tan poco interés?», ya que esto era obvio.[6]

Muy pronto se pudo ver, sin embargo, que la mercancía puesta en circulación por Fukuyama pasaba rápidamente de moda, entre otras razones porque, contra sus predicciones, los conflictos y los enfrentamientos seguían presentes en un mundo donde no estaba claro que se hubiera acabado la historia.[7] Había que poner en circulación un nuevo paradigma conservador más duradero y el encargado de hacerlo fue Samuel Huntington, un viejo teórico de la guerra del Vietnam que dirige el Instituto John M. Olin de Estudios Estratégicos en la universidad de Harvard. El lanzamiento se hizo con la misma técnica que se había usado para Fukuyama, a partir de un artículo publicado en 1993 con el título de «The Clash of Civilizations?»,[8] donde partía de la comprobación de que

6. Francis Fukuyama, *The end of history and the last man*, Londres, Hamish Hamilton, 1992 (con edición paralela en Estados Unidos por The Free Press). No deja de resultar pintoresco que el origen de las ideas de un conservador como Fukuyama sea Kojève —nacido Alexandre Vladimirovich Kojévnikov—, de quien ahora se dice que fue espía al servicio de la Unión Soviética durante treinta años. Las frases críticas mencionadas son de John Dunn en *Times Literary Supplement*, 24 de abril de 1993, p. 6. También Derrida, que considera el libro de Fukuyama como «el desconcertante y tardío producto» de una nota a pie de página de Kojève, «que merecía alguna cosa mejor», se sorprenderá por el hecho que este libro se haya convertido en «such a media gadget» («Spectres of marxism», *New left review*, 205 —1994— pp. 42 y 49).

7. Christopher Hill escribía que «"La muerte del marxismo", como "el fin de las ideologías" y "el fin de la historia" proceden de las ilusiones de los académicos que piensan que su sociedad ha de ser eterna porque les resulta cómoda. Pero tal vez los habitantes del tercer mundo no estén tan seguros de que la historia se haya terminado». («Premature obsequies», *History today*, abril 1991.) Fukuyama dice ahora que ha sido mal comprendido, pero que tiene razón. Que la única rectificación que debe hacer es que la ciencia sigue avazando: la biotecnologia nos aportará en las dos generaciones venideras herramientas para un avance en el que la historia terminará del todo «porque habremos abolido a los seres humanos como tales. Entonces empezará una nueva historia posthumana». («Pensando sobre el fin de la historia diez años después», *El País*, 17 de junio de 1999, pp. 17-18.) Ahora se dedica, además, a vender una nueva mercancía (*The end of order*, Londres, The Social Market Foundation, 1997 y *The great disruption: human nature and the reconstituion of social order*, Londres, Profile Books, 1999, con traducción española, Barcelona, Edicions B, 2000) donde sostiene que las sociedades occidentales están amenazadas por la decadencia del matrimonio y de la familia tradicional como consecuencia de la píldora anticonceptiva y del trabajo de las mujeres —a la vez que muestra su ignorancia de los temas que toca al referirse a los estudios sobre el matrimonio de Hajnal como «recent work» en una reseña en *TLS* (18 junio 1999, pp. 5-6)— y propugna, entre otras medidas restauradoras, el retorno a la religión.

8. En *Foreign Affairs*, 72 (1993), n.º 3, pp. 22-49. Los comentarios sobre el artículo salieron en la misma revista, en el n.º 4 del mismo año, y la réplica de Huntington, «If not civilizations, what? Paradigms of the post-cold war world» en el n.º 5 de 1993, pp. 186-194. El libro corres-

la tesis de Fukuyama estaba equivocada —«la historia no se ha acabado; el mundo no se ha unificado»—, y ponía en circulación un nuevo «paradigma del mundo después de la guerra fría», donde decía que con el final de esta confrontación había desaparecido la división del planeta en tres mundos. Los conflictos mundiales no se definen ya en términos de diferencias ideológicas, ni son de naturaleza económica. Lo que ahora agrupa a las colectividades humanas y las enfrenta a otras son razones culturales. Los protagonistas seguirán siendo, aparentemente, los estados-nación a través de los cuales se expresan los conflictos, pero «el choque entre civilizaciones dominará la política global». Unas civilizaciones definidas —mal definidas, porque los fallos de Huntington en este terreno son espectaculares— por criterios religiosos.

Todo ello dirigido a descubrir una nueva amenaza mundial: el nuevo «imperio del mal» que debe suscitar consenso y mantener unida a la sociedad occidental —«atlántica»— ante el enemigo común que resulta ser una fantasmagórica «alianza islámico-confuciana».[9] Pese a la superficialidad de estas tesis, y a la evidencia de que «la taxonomía de las civilizaciones de Huntington no solamente falla por no corresponder a las realidades culturales, sino también porque no se adecua a la mayor parte de las guerras actuales», sus planteamientos sintonizaban con las tendencias del conservadurismo del momento y ofrecían a la sociedad norteamericana el enemigo que les permitía legitimar su política mundial como una necesidad de la defensa de la civilización, como se podría ver a continuación en la guerra del Golfo.[10]

Pero ni «el paraíso hegeliano» de Fukuyama ni los mitos civilizacionistas de Huntington han podido satisfacer la inquietud de unos científicos sociales que observan que con el hundimiento del comunismo en 1989 fracasó de hecho una de las versiones del proyecto transformador de la Ilustración y se percatan de que no es seguro que el «liberalismo» del mercado baste para sostener la otra versión de la teoría del progreso en que se sustentaban las esperanzas de un crecimiento continuado. Lo dice John Gray, profesor de política en

pondiente, *The clash of civilizations and the remaking of the world order*, se publicó en 1996. Los ecos no tardarían en producirse: en 1995 Howard Bloom decía que Norteamérica estaba amenazada en su papel de campeona de la civilización por los nuevos bárbaros: africanos, latinoamericanos y, sobre todo, musulmanes (Howard Bloom, *The Lucifer principle: a scientific expedition into the forces of history*, Nueva York, Atlantic Monthly Press, 1995).

9. Este montaje tenía antecedentes. En 1970 Hal Lindsey publicaba un libro en que, basándose en las profecías de la Biblia, pronosticaba que el mundo se acabaría a finales de los años ochenta, después de una gran guerra en la que los malvados comunistas rusos tendrían un papel esencial (de este libro, *The late great planet Earth*, se han vendido más de 28 millones de ejemplares). Al hundirse la Rusia comunista, Lindsey tuvo que reajustar la fecha y reemplazó al gran enemigo comunista por los fundamentalistas islámicos (Bart D. Ehrman, *Jesus. Apocaplyptic prophet of the millennium*, Nueva York, Oxford University Press, 1999, pp. 7-10).

10. He realizado un análisis más minucioso del tema en «Samuel Huntington, el conflicte de civilitzacions i la fàbrica Olin de teoria conservadora» en Marc Dueñas, ed., *Xoc de civilitzacions. A l'entorn de S.P. Huntington i el debat sobre el nou escenari internacional*, Barcelona, Proa, 1997, pp. 163-171. La cita es de John Gray, *False dawn. The delusions of global capitalism*. Londres, Granta Books, 1998, p. 123.

Oxford y entusiasta de Hayek en un pasado cercano, que ahora denuncia que «la idea de que una economía de mercado es un sistema que se autoestabiliza es arcaica: una curiosa reliquia del racionalismo de la Ilustración». Y que comprueba que la ilusión de que del fin de la guerra fría surgiría un nuevo orden mundial se ha desvanecido, dejándonos con una economía mundial anárquica, donde «la emancipación de las fuerzas del mercado del control político y social» puede llevarnos a «una creciente anarquía internacional» que hace probable que «la edad de la globalización sea recordada como otro paso en la historia de la servidumbre». Un personaje poco sospechoso de nostalgias marxistas como George Soros ha dicho que «el nuevo fanatismo del mercado es más peligroso para el mundo que el comunismo».[11]

En una línea parecida se expresaba Immanuel Wallerstein al decir: «Se acostumbra a pensar generalmente que el colapso del comunismo en 1989 marca un gran triunfo del liberalismo. Yo lo veo más bien como señalando el colapso definitivo del liberalismo como geocultura definitoria de nuestro sistema mundial». El liberalismo prometía una reforma gradual que mejoraría las desigualdades y reduciría la polarización. La ilusión de que esto era posible legitimaba los estados a los ojos de sus pobladores; pero «el colapso del comunismo, juntamente con el colapso de los movimientos de liberación nacional del tercer mundo y el de la fe en el modelo keynesiano en el mundo occidental» fueron reflejos simultáneos de la desilusión popular acerca de la validez de los programas reformistas, y esta desilusión debilita los soportes de la legitimación popular de los estados y anula la tolerancia de sus pueblos ante una desigualdad creciente. «Yo espero, por tanto, conflictos considerables del tipo de los que han aparecido en los años noventa, extendiéndose desde las Bosnias y Ruandas hasta las regiones más ricas (y aparentemente más estables) del mundo (como los Estados Unidos)». Tal vez quepa ver las conmociones producidas en estos últimos tiempos contra las instituciones económicas internacionales —Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y Organización mundial del comercio— como un anticipo de este tipo de conflictos.[12]

En esta misma línea de exorcismo de la revolución hay que entender el nuevo y feroz asalto contra las interpretaciones de izquierdas —de hecho con-

11. Gray, *False dawn*, pp. 198 y 205-208. Sobre este libro véase, Andrew Gamble, «The last utopia», en *New left review*, 236 (julio-agosto 1999), pp. 117-127. Yahya Sadowski, *The myth of global chaos*, Washington, Brookings Institution, 1999, descalifica las teorías del «caos global» que han proliferado últimamente, incluyendo la de Huntington, y reclama, en cambio, la necesidad de estudiar de cerca, y con un conocimiento adecuado, los distintos conflictos. La cita de Soros procede de una noticia de agencia publicada en *El periódico*, Barcelona, 9 de mayo de 2000, p. 46.

12. Immanuel Wallerstein, *The end of the world as we know it*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999, pp. 1-2. Incluso observadores menos politizados, como O'Rourke y Williamson, temen que la prosperidad y la nivelación producidos por la globalización puedan verse pronto amenazados por políticos «forzados por el electorado a detener los esfuerzos por reforzar los lazos de la economía global e incluso, tal vez, a desmontarlos» (Kevin H. O'rourke y J. G. Williamson, *Globalization and history. The evolution of a nineteenth-century atlantic economy*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1999, pp. 286-287).

tra cualquier interpretación «social»— de la Revolución francesa que tuvo lugar entorno a 1989, en motivo del segundo centenario de ésta, del que ya nos hemos ocupado antes.

Los ataques sistemáticos a la «historia analítica», identificada en el terreno político con la que sostenía el carácter social progresivo de los grandes cambios, hizo pensar a algunos historiadores que el descrédito en que había caído su disciplina se podía remediar volviendo a la narración, que parecía la antítesis de la historia analítica y podía presentarse como una forma expositiva neutra, limpia de cargas ideológicas —entendiendo por «ideología», como de costumbre, lo que piensan los «otros», nunca las ideas implícitas en la propia obra—, pero guiados también por la preocupación de recuperar la unidad de una historia descoyuntada por la fragmentación de las especializaciones. Lawrence Stone (1919-1999)[13] hizo en 1991 una angustiosa llamada al retorno de una historia que se ocupase de los acontecimientos y de la conducta, operando sobre la base de textos contemporáneos y con la finalidad de explicar los cambios. La llamada venía justificada por las temibles consecuencias del «postmodernismo» que, con la triple amenaza de la lingüística, la antropología cultural y el denominado «nuevo historicismo», estaba convirtiendo la ciencia histórica en una «especie en peligro de extinción».[14]

Para algunos historiadores tradicionales, como Elton, el problema se reduce a que «a los historiadores les gusta que les lean» y esto sólo se consigue con una narración interesante. Esta es, en gran parte, la razón que explica el éxito de un historiador como Simon Schama, que debe su prestigio a un libro sobre «la cultura holandesa en la edad de oro», que es un ingenioso montaje capaz de deslumbrar al lector cultivado con informaciones curiosas sobre las más diversas cuestiones, explicadas en un buen estilo, pero que ha sido criticado por los especialistas por sus fallos factuales. A éste le siguió *Citizens: A chronicle of the French Revolution*, donde su contribución a la crítica de la Revolución francesa consistió en explicar historias personales, reduciendo el aparato erudito a un mínimo que no siempre bastaba para justificar sus afirmaciones. Seguiría después un intento, rotundamente fracasado, de asociar his-

13. Stone, discípulo de Tawney y miembro del consejo de «Past and Present», era autor de trabajos sobre la aristocracia británica en los siglos XVI y XVII, como *The crisis of aristocracy. 1558-1641* (1965). Pasó como profesor a Princeton, se dedicó al estudio de la familia y publicó *The family, sex and marriage in England, 1500-1800* (1977) y *Road to divorce: England 1530-1987* (1990) donde sostenía que las altas tasas de divorcio actuales eran posiblemente un retorno a la duración limitada del matrimonio, que en otros tiempos se daba por los matrimonios tardíos y la muerte prematura. Con su mujer, Jeanne Fawtier, publicó *An open elite? England 1540-1880* (1984), que demostraba que conservaba su interés por la historia social. La publicación en 1979 de «The revival of narrative: reflexions on a new old history», sorprendía viniendo de un hombre que había llenado sus libros de material analítico y estadístico (Theodor K. Rabb, «Lawrence Stone 1919-1999» en *Times Literary Supplement*, 2 julio 1999, p. 15). De los ataques de Cantor a Stone hemos hablado en otro lugar.

14. Lawrence Stone, «History and post-modernism», en *Past and Present*, n.º 131 (mayo 1991), pp. 217-218. El artículo suscitó diversas respuestas, entre ellas una enfurecida de Patrick Joyce, en el número 133 de la misma revista (noviembre 1991), pp. 204-209.

toria y ficción, *Dead certainties (Unwarranted speculations)*, que justificaba con el argumento de que «plantearse preguntas y relatar narraciones no han de ser formas mutuamente excluyentes de representación histórica», y un libro sobre el paisaje, para volver a la Holanda del siglo de oro con *Rembrandt eyes* (1999), recibido por los *media* como una obra maestra, pero denunciado otra vez por sus errores, por la insuficiencia del aparato con que pretende justificar sus afirmaciones y por la vacuidad de una narrativa a la cual escapa el contexto social del pintor, cosa que ha llevado a Jonathan Israel a denunciar que «las habilidades para la comunicación y la brillantez son lo que cuenta en la nueva cultura, mientras el nivel de lo que se comunica está dejando de importar». A lo cual añade «se puede construir mucho con espuma, pero la experiencia enseña que muy poco o nada de esto subsiste».[15]

Hay argumentos razonados en apoyo del uso de la narración, siempre que se fundamente en una base adecuada de erudición. La narración, dice Maurice Keen, «nos permite recuperar fuerzas que un enfoque temático tiende, de manera inevitable y artificial, a oscurecer, pero que operan continuamente, al mismo tiempo que el funcionamiento, o el mal funcionamiento, de los sistemas sociales, económicos y políticos, y que interactúan con la historia de éstos: fuerzas del azar, de coincidencia, de carisma o de maldad individuales. Si las olvidamos, corremos el riesgo de olvidar cómo y por qué es tan fácil que guerras generales y holocaustos sorprendan a sociedades que parecen bien asentadas en el camino del progreso».[16]

En un terreno cercano al del retorno a la narración, pero confusamente definido, está la «microstoria» a la italiana. Sería fácil dar ejemplos que harían pensar que la narración de lo singular es su objetivo final. Historias como la del molinero de *Il formaggio e i vermi* (1976) de Ginzburg,[17] como la de *The return of Martin Guerre*, de Natalie Z. Davis (1983), como *The great cat massacre* de Robert Darnton (1984), como las que recuperan procesos puntuales de brujas, como la del profeta Mathias en el Nueva York de principios del siglo XIX, o, por no alargar la enumeración, como la reciente, y trivial, de Alain

15. Además de la dura crítica de Israel al libro sobre Rembrandt en el *Times Literary Supplement* que he citado, puede verse otra desfavorable de E. H. Gombrich en *New York Review of Books* («Portrait of the artist as a paradox», 20 enero 2000, pp. 6-10), que nos dice que el libro «tiene menos afinidad con una monografía de historia del arte que con la novela histórica». Lo que ya se había dicho, con más motivo, de *Dead certainties* (por ejemplo, Linda Colley en *Times Literary Supplement*, 14 junio 1991 y Theodore Zeldin en *London Review of Books*, 13 junio 1991). En un sentido parecido podría hablarse, si mereciera la pena hacerlo, de las intrascendentes especulaciones de «historia virtual» de Niall Ferguson, que tienen muchos antecedentes en el campo de la narrativa.

16. Maurice Keen, «The men from God knows where», en *London Review of Books*, 27 abril 2000, pp. 10-12 (cita de p.12).

17. Un Ginzburg, sin embargo, que, pasando al otro extremo, se lanza con *Storia notturna. Una decifrazione del sabba* (Torino, Einaudi, 1989) a especulaciones sin fundamento sobre los orígenes de la brujería. Su único libro comprometido con la realidad, *El juez y el historiador. Consideraciones al margen del preso Sofri*, Madrid, Anaya-Muchnik, 1993, al cual nos hemos referido en otro lugar, resulta, como mínimo, confuso.

Corbin sobre la vida de un desconocido —un ejercicio que cualquiera que se lo proponga puede repetir indefinida e inútilmente— pueden tener su justificación como narraciones literarias —se habla a menudo de ellas como de «la nueva narrativa»— pero aportan muy poca cosa al conocimiento de la sociedad en que vivían estos personajes. Lo que puede explicar la protesta que en 1985 lanzaba Furio Díaz, pidiendo que «se acabase con la moda de los historiadores, sobre todo franceses (*sic*!), que escriben libros acerca de acontecimientos mínimos de vida cotidiana, olvidando las perspectivas generales».[18]

La verdad es que tras el proyecto de los microhistoriadores hay más que voluntad de narrar —aunque haya sido su calidad de narradores la que explica el éxito que han obtenido algunos de ellos—, pero, si exceptuamos el caso de Levi, no se han esforzado mucho en explicarnos los motivos que han guiado el establecimiento de su método de trabajo. Levi reconoce que la microhistoria es «en esencia una práctica historiográfica» con unas referencias teóricas diversas y eclécticas, pero se esfuerza por sacar a la luz los elementos comunes que tienen estos trabajos. Su misma aparición estaría ligada al desencanto que se produjo a partir de los años setenta respecto de las viejas teorías del progreso, que hizo que algunos de los desengañados se entregasen al relativismo o a la irracionalidad. Los que optaron por la «microhistoria» eran hombres de izquierda, de tradición marxista, poco inclinados a la metafísica, que intentaban buscar descripciones más realistas del comportamiento humano. Reduciendo la escala de la observación pretendían descubrir factores que escapaban a análisis más amplios y rectificar generalizaciones abusivas de las viejas interpretaciones globales de la historia social. Levi justifica, además, la importancia que los microhistoriadores dan al relato, considerándolo como un medio que permite mostrar «el verdadero funcionamiento de determinados aspectos de la sociedad», y que evita así formalizaciones abusivas. Las observaciones de Levi sobre la necesidad de realizar verificaciones substanciales a escala reducida, huyendo de las simplificaciones generalizadoras, son justas.[19] Lo que re-

18. Carlo Ginzburg, *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del '500*, Turín, Einaudi, 1976; Natalie Zemon Davis, *El retorno de Martin Guerre*, Barcelona, Bosch, 1984; Paul E. Johnson y Sean Wilentz, *The Kingdom of Mathias: A story of sex and salvation in 19th Century America*, Oxford University Press, 1994, un libro que Gordon S. Wood («The Wandering Jewish prophet in New York», en *New York review of books*, 20 octubre 1994, pp. 56-58) califica de «espléndidamente legible y fascinante», para añadir acto seguido que no está seguro de que aporte nada útil al conocimiento de la historia norteamericana; Alain Corbin, *Le monde retrouvé de Louis-François Pinagot. Sur les traces d'un inconnu. 1798-1876*, Paris, Flammarion, 1998. Algunos artículos de *Quaderni storici*, la revista que se ha especializado en el género, no pasan de notas de erudición intranscendente, disfrazadas con una falsa legitimación teórica. Giovanni Levi parece consciente de los riesgos que traen aparejadas las «modas» académicas, cuando denuncia, en una entrevista hecha por Antoni Furió y Gustau Muñoz (*Pasajes*, 1 —1999—, pp. 49-57), la reclusión pogresiva de los historiadores, «presos cada vez más de una autorreferencialidad». La cita de Furio Diaz es de «Basta con queste storie», *L'espresso*, 13 enero 1985, pp. 64-75.

19. Justas, pero no nuevas. La combinación de escalas diversas es una práctica que no tiene nada de nuevo. En una carta que me escribía en febrero de 1957, cuando yo le planteaba mis proyectos de investigación, Pierre Vilar me proponía «combinar un estudio global de mera aproxima-

sulta difícil aceptar es erigirlas en sistema alternativo para estudiar los problemas que el historiador se plantea, sobre todo cuando éstos son de gran alcance. Sin olvidar que el pretexto del trabajo en una escala pequeña ha servido con demasiada frecuencia para presentar como muestras de novedad teórica minucias eruditas carentes de interés. Incluir las cautelas de los microhistoriadores y algunos de sus instrumentos en la caja de herramientas del historiador es de una utilidad innegable. Limitarse a trabajar con este equipo, no lleva demasiado lejos.[20]

Del mismo modo podríamos hablar —no lo haremos para no repetir innecesariamente los argumentos— de la «historia oral», de una extraordinaria importancia como parte de un instrumental de investigación, pero que nada justifica que se la pretenda convertir en una rama científica con sus propias reglas, como ha ido sucediendo gradualmente.[21]

En realidad, como hemos visto, la visión «inocente» de la narrativa ya había sido denunciada por Hayden White, al mostrar que la narración no es solamente una forma, sino que implica un contenido, ya que escoge deliberadamente lo que considera que es significativo y que merece la pena recordar. El otro error de este planteamiento es el de identificar la narración con las formas literarias del cuento y la novela en las literaturas de origen europeo, sin entender que toda explicación, incluyendo las de carácter aparentemente más analítico, se organiza —ya lo hemos dicho antes— como una narración.[22]

ción y un estudio microscópico en profundidad» y defendía un programa que asociase «las grandes curvas macroscópicas de coyuntura, para situar las cuestiones, conocer los grandes repartos y los grandes movimientos de avance o de retroceso de las economías, y la observación sobre la explotación sobre el pueblo aislado, a nivel microscópico, para el estudio de la naturaleza (y no ya de las dimensiones) de un fenómeno. Para el retorno cerca de la vida, en contacto con ella». Un ejemplo de episodio puntual usado para iluminar un gran problema, el del feudalismo en el campo francés, lo tenemos en el libro de Peter McPhee, *Revolution and environment in Southern France. Peasants, lords and murder in the Corbières 1780-1830*, Oxford, Clarendon Press, 1999.

20. Tomo buena parte de estas consideraciones de Giovanni Levi, «Sobre la microhistoria» en Peter Burke, ed., *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1996, pp. 119-143. Además Edward Muir y Guido Ruggiero, *Microhistory and the lost peoples of Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1991; Florike Egmond y Peter Mason, *The mammoth and the mouse. Microhistory and morphology*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997; Justo Serna y Anaclet Pons, *Cómo se escribe la microhistoria*, Madrid, Cátedra/Universitad de Valencia, 2000 y la entrevista citada de Gustau Muñoz y Antoni Furió con Levi en *Pasajes*, 1 (1999).

21. Sobre la evolución de la historia oral, véase, David K. Dunaway, «The interdisciplinarity of oral history», en D. K. Dunaway y Willa K. Baum, eds., *Oral history. An interdisciplinary anthology*, Walnut Creek, Altamira, 1996/2, pp. 7-22.

22. Hayden White, *Metahistory*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973 y *The content of the form. Narrative discourse and historical representation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1990. De manera más confusa, Sande Cohen, *Historical culture. On the recoding of an academic discipline*, Berkeley, University of California Press, 1988. A primera vista puede parecer inocente una propuesta como la de Gertrud Himmelfarb de que se escriba «una historia hecha de grandeza y miseria, de heroísmo y maldad, de acontecimientos protagonizados por hombres y mujeres extraordinarios más que por fuerzas sociales impersonales» (Cito estas palabras a través de James Bowman, «Cowboys and curators», *Times Literary Supplement*, 10 mayo 1991, p.12). Tan inocente como la que figuraba delante del manual oficial de historia que el franquismo publicó en España en

Que detrás de cualquier explicación de los hechos narrados haya alguna forma de teoría, más o menos coherente y muy a menudo no explicitada, es cosa que ya hemos visto que habían denunciado, con razón, los fundadores de la «new economic history». Desde otros campos de las ciencias sociales se ha propugnado también, como una solución, el uso de una «narrativa analítica» que haga posible asociar narración y teoría.[23] Esta asociación puede ser legítima. No lo es, por el contrario, el intento de rehuir la narración y preservar solamente la vertiente analítica, practicando una falsa identificación con la «ciencia dura», imitada de manera mimética y superficial, que no acostumbra a llevar más allá de la apropiación abusiva de un léxico nuevo —y de un estilo de narración distinto— con el cual manifestar una pretendida ruptura respecto de la vieja tradición de la «ciencia histórica».[24]

Resulta peligroso para las ciencias sociales, y en concreto para la historia, caer en la tentación de imitar unos métodos científicos que no le son propios. Dejarse tentar por «la envidia de la física» puede llevar o a una pseudociencia de «hipótesis pedantemente expresadas e inacabables manipulaciones estadísticas de datos marginales»[25] o a desastres como el que denunció, en el campo de los estudios culturales, el «escándalo Sokal».[26] Neil Gershenfeld ha condenado el uso alegre y abusivo que se hace de «palabrotas», usándolas como explicaciones. Expresiones como «realidad virtual», «teoría del caos», «redes neurales» y «fuzzy logic», utilizadas sin criterio, llevan a simplificaciones peligrosas.[27]

1939 y que decía, con palabras bastante parecidas: «La historia es como un cuento maravilloso, pero un cuento en que todo es verdad, en que son ciertos los hechos grandiosos, heroicos y emocionantes que refiere... Por la historia se sabe lo ocurrido en cada país y cómo fueron sus reyes, sus gobernantes y sus personajes más ilustres... La historia nos habla, en fin, de todos aquéllos que hicieron en su vida algo notable e importante». Lo que sucede es que sabemos que este programa fue acompañado por los fusilamientos de los maestros de escuela republicanos que se habían atrevido a sostener que la historia la hacen —la hacemos— todos, y en especial el pueblo y que lo que se ha de enseñar a los niños no son guerras y gestas, sino los logros que los hombres alcanzan mediante la solidaridad.

23. Robert H. Bates *et al.*, *Analytic narratives*, Princeton, Princeton University Press, 1998, donde cinco especialistas —tres politólogos y dos economistas— teorizan el método y hacen uso de la teoría de los juegos para estudiar problemas históricos muy diversos.

24. Alan Sokal ha dicho: «todo lo que hacen es arrojar palabras eruditas a la cara del lector sin la menor preocupación por el significado de los conceptos o por explicarle al lector su relevancia en relación con los temas que pretenden estudiar» Alan Sokal, «Entrevista» de Mónica Solé en *Quark*, 15 (abril-junio 1999), pp. 80-84.

25. Collins y Pinch, *El gólem*, p. 165; he dado ejemplos de este tipo de abusos en el campo de la historia económica en «Perspectivas de la historia económica», en *Andes. Antropología e historia*, 9 (1998), pp. 39-56.

26. El escándalo empezó con la publicación de «A physicist experiments with cultural studies» en *Lingua Franca*, mayo-junio 1996, pp. 62-64, donde Alan Sokal, profesor de física en la Universidad de Nueva York, explicaba que había enviado a la revista *Social Text* un artículo con el título de «Traspasando fronteras: hacia una hermeneútica transformativa de la gravedad cuántica», que era un puro disparate, pero que gustó a la revista, que se apresuró a publicarlo. Posteriormente, Alan Sokal y Jean Bricmont, *Imposturas intelectuales*, Barcelona, Paidós, 1999.

27. Neil Gershenfeld, *When things start to think*, Nueva York, Henry Holt and Co., 1999 p. 115. Sobre los excesos al interpretar literal y metafóricamente los elementos de azar y caos, Tony Rothman and George Sudarshan, *Doubt and certainty* , Reading, Mass., Perseus Books, 1998.

Parece razonable que el historiador analice las aportaciones de la teoría de la complejidad y de la autoorganización —del caos determinista— para ampliar sus perspectivas y encontrar tal vez caminos que le permitan pensar de forma distinta algunos de sus problemas.[28] Pero la transposición lineal de métodos de otras disciplinas puede conducir al desastre, por caminos muy diversos. Porque si es necesario denunciar a aquéllos que se amparan en un supuesto cientifismo para vender mercancía averiada, no resulta menos peligrosa la tentación de algunos científicos de aplicar fórmulas simplistas a un terreno tan complejo como es el de la historia, tal como podemos ver en la propuesta, hecha por dos científicos respetables, de «trazar analogías entre los puntos de crisis asociados con la autoorganización y el caos que acontecen en procesos inanimados como la reacción Belousov-Zhabotinsky, y algunos fenómenos que se producen en las sociedades humanas, tales como las revoluciones y el desorden civil».[29] La reacción Belousov-Zhabotinsky, o más simplemente BZ, es la que se produce cuando determinadas mezclas de productos químicos experimentan una reacción oscilatoria y cambian regularmente en una secuencia que se repite, lo que muestra que en esta mezcla caótica ha aparecido un orden de manera espontánea. Stuart Kauffman dice que el estudio de estas reacciones puede explicar cómo se produce la muerte súbita por arritmia cardíaca, la distribución de las franjas de las cebras «y otros aspectos de morfología en organismos simples y complejos».[30] Pero el salto que va desde las pautas de las franjas de las cebras a fenómenos tan complicados, comenzando por la dificultad de definirlos, como son «las revoluciones y el desorden civil», me parece demasiado grande como para admitir este tipo de simplificaciones.[31]

Una aplicación sensata de conceptos de la teoría de la complejidad a campos concretos de la historia económica, como se ha hecho en el estudio de las ondas largas, puede aportar resultados interesantes. Es también razonable que corrijamos los excesos teleológicos de la historia tradicional con un mejor conocimiento de las nuevas visiones de la evolución biológica, a fin de evitar la ilusión de fatalidad que crea la «retrospección», y parece claro que es necesario aceptar la propuesta hecha por una comisión de la Fundación Gulbenkian a fin de que las ciencias sociales converjan con las naturales para «tratar a los

28. Veáse, por ejemplo, Stuart Kauffman, *At home in the Universe. The search for laws of complexity*, Londres, Penguin, 1996; Peter Coveney y Roger Highfield, *Frontiers of complexity. The search for order in a chaotic world*, Londres, Faber and Faber, 1995 y John H. Holland, *Emergence. From chaos to order*, Oxford, Oxford University Press, 1998.

29. Coveney y Highfield, *Frontiers of complexity*, p. 337.

30. Kauffman, *At home in the Universe*, pp. 53-54.

31. Un ejemplo de los peligros de la simplificación «cientifista» lo tenemos en la sugerencia, derivada de ideas de Kauffman, de que la revolución industrial se habría debido sobre todo al aumento del número de intercambios. Hasta aquí la cosa parece plausible y concuerda bastante con las nuevas ideas de los historiadores sobre la «revolución» del consumo, etc. El peligro se advierte cuando esto lleva a generalizar que una «transición» —entendida como un cambio «brutal»— o revolución «seria debida a una modificación cuantitativa de un parámetro más que a un cambio cualitativo». Pierre Bergé, Yves Pomeau y Monique Dubois-Gance, *Des rythmes au chaos*, París, Odile Jacob, 1997, p. 201.

humanos y a la naturaleza en su complejidad y en sus interrelaciones». Pero cuando se ven muestras de cientifismo mimético conviene practicar lo que Mario Bunge denomina «la intolerancia frente al charlatanismo académico.[32]

Conviene que hablemos con más detenimiento de esta amenaza global del «postmodernismo» que impulsaba a Stone a propugnar el retorno a la narración. Hasta ahora tan sólo hemos visto algunas manifestaciones aisladas de él, al referirnos al «giro lingüístico» y a la extensión a la historia de una serie de métodos de análisis del discurso que tienen su origen en el campo disperso de los estudios literarios,[33] como resultado de una evolución que tiene sus orígenes en la «revolución cultural» de los años sesenta, con su voluntad de analizar los textos como productos de unas ideologías que los usan para unas prácticas determinadas, y con la pretensión de utilizar estos métodos en favor de los valores progresistas de la exigencia de lo «políticamente correcto» y del «multiculturalismo», lo que permite entender irritaciones como la de John M. Ellis, quien, denunciándolas como prácticas aristocratizantes y de «torre de marfil», acaba diciendo que «las universidades no pueden servir a dos amos: el conocimiento y las causas políticas y sociales», como si no fuese precisamente esto lo que siempre han hecho, al servicio normalmente del orden establecido.[34]

El postmodernismo propiamente dicho, sin embargo, es de difícil definición y tiene genealogías muy diversas según se le considere desde el punto de vista del arte, de la filosofía (con referencias a Nietzsche y Heidegger) o de la literatura. Se acostumbra a considerar que tiene su origen en la arquitectura, y

32. Brian J. L. Berry y Heja Kim, «Long waves 1790-1890: intermittency, chaos and control», en L. Douglas Kiel y Euel Elliott, eds., *Chaos theory in the social sciences. Foundations and applications*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1996, pp. 215-236; V. Y. Mudimbe and B. Jewsiewicki, eds., *Open the social sciences. Report of the Gulbenkian commission on the restructuring of the social sciences*, Stanford, Stanford University Press, 1996, pp. 78-80. Mario Bunge, «In praise of intolerance to charlatanism in academia», en Paul R. Gross, Noman Levitt and Martin W. Lewis, eds., *The flight from science and reason*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997, pp. 96-115.

33. Un manual como el de Peter Barry, *Beginning theory. An introduction to literary and cultural theory*, Manchester, Manchester University Press, 1995, permite ver la enumeración de las diversas metodologías implicadas: postestructuralismo y deconstrucción, postmodernismo, crítica psicoanalítica, crítica feminista, crítica gay/lesbiana, crítica marxista (!), nuevo historicismo y materialismo cultural, postcolonialismo.

34. John M. Ellis, *Literature lost. Social agendas and the corruption of the humanities*, New Haven, Yale University Press, 1997, p. 229. Ellis denuncia lo «políticamente correcto» y el igualitarismo, que considera como elementos aristocratizantes que se asocian al marxismo solamente porque este es antiburgés. El «deconstruccionismo» con su insistencia en la indeterminación lingüística y la independencia del lenguaje respecto de la realidad, tenía un aura de diversión elitista para los intelectuales que favoreció un retorno del péndulo al otro extremo. «Los juegos lingüísticos fueron seguidos por la (aparente) realidad social y cotidiana de raza, género y clase» que ha tenido en los campus un impacto considerable (pp. 215-216). Hay que señalar, por otro lado, que la consternación ante el abandono de la literatura es hoy un fenómeno bastante generalizado, y no necesariamente condenable. Véase, por ejemplo, una reseña global de una serie de libros sobre este tema: Andrew Delbanco, «The decline and fall of literature», en *New York review of books*, 4 noviembre 1999, pp. 32-38.

en concreto en el rechazo del «alto modernismo» representado por la arquitectura de Le Corbusier, Wright, Mies van der Rohe, etc. Se ha podido decir, por esta razón, que el postmodernismo nace a las 3'32 de la tarde del 15 de julio de 1972, cuando un edificio de viviendas «moderno» de Saint Louis, inspirado en Le Corbusier y premiado por su calidad arquitectónica, fue dinamitado, considerándolo como un entorno inhabitable para la gente de bajos ingresos que vivían en él, lo que señalaría el momento en que las ideas del modernismo dejaban paso a nuevas propuestas.

Pero quien daría una mayor difusión al término sería Jean-François Lyotard con *La condition postmoderne* (1979), un libro escrito por encargo, donde anunciaba el fin de lo que denominaba «metanarrativas», es decir de las grandes interpretaciones generales como el socialismo, el cristianismo, la ideología del progreso, etc, lo que en el terreno de la historia llevaba al rechazo de las periodizaciones y de las interpretaciones globales, a la substitución del *grand récit* de la Historia en mayúscula ---considerándolo de naturaleza legitimadora— por el *petit récit* de las historias en minúscula y a la de las afirmaciones sobre la realidad por metáforas. Lo que se buscaba era «el análisis histórico de la representación frente a la quimérica persecución de una «realidad» histórica perceptible y accesible», lo cual acaba negando simplemente la posibilidad y la utilidad de la historia.[35]

En este terreno la reacción postmoderna ha nacido, como en otros campos del arte y del pensamiento, de una serie de negaciones y rechazos, comenzando por los de los métodos de historia social que dominaban en los años sesenta,[36] como ya había hecho en Francia la «nouvelle histoire» con su feria abigarrada de «novedades».[37] Pero en sus formulaciones más coherentes y más ambiciosas los postmodernos se presentan como defensores de un cambio mucho más

35. Un reciente diccionario de conceptos «culturales» (Andrew Edgar y Peter Sedgwick, eds., *Key concepts in cultural theory*, Londres, Routledge, 1999) reconoce que «una cosa es cierta respecto del postmodernismo: los usos de la palabra muestran tal diversidad de significados que desafía una definición simple». La referencia esencial acostumbra a ser Jean-François Lyotard, *La condition postmoderne*, Paris, Seuil, 1979, por más que en años recientes éste parece haber modificado sus puntos de vista. Para la historia de la corriente, Perry Anderson, *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama, 2000; sobre la arquitectura, David Harvey, *The condition of postmodernity*, Oxford, Blackwell, 1990, pp. 39 y ss; Frederic Jameson, «Theories of the postmodern», en *The cultural turn*, Londres, Verso, 1998, pp. 21-32 (hay una traducción castellana publicada en Buenos Aires, Manantial, 1999). Realizo una cita de Kathleen Canning en «La historia feminista después del giro linguistico, en *Afers*, 33/34 (1999), pp. 303-341 (cita de p. 304).

36. Frank R. Ankersmit, «The origins of postmodernist historiography», en Jerzy Topolski, ed., *Historiography between modernism and postmodernism*, Amsterdam, Rodopi, 1994, pp. 87-117 (partes de este mismo texto figuran en «Historism and postmodernism. A phenomenology of historic experience», dentro de F. R. Ankersmit *History and topology.The rise and fall of metaphor*, Berkeley, University of California Press, 1994, pp. 182-238); Patrick Joyce, «The end of social history», en Keith Jenkins, ed., *The postmodern history reader*, Londres, Routlege, 1997, pp. 341-365.

37. Uno de los representantes más destacados del postmodernismo, como es F. R. Ankersmit, reivindica en *History and topology* como postmodernas la microhistoria y la historia de las mentalitades, tirada ya a la basura por los jóvenes franceses «post-nouvelle-histoire».

radical, que enlaza con el rechazo de la tradición ilustrada por parte de Adorno y Horkheimer. Según Keith Jenkins, «vivimos en la condición general de la "postmodernidad"», que «no es una «ideología» o una postura a la cual podamos escoger adherirnos o no». La postmodernidad es «nuestro destino». Un destino que nace del gran fracaso de la «modernidad», del fracaso del intento, que comenzó en la Europa ilustrada del siglo XVIII, de conseguir elevados niveles de bienestar personal y social «por medio de la aplicación de la razón, la ciencia y la tecnología». Para Lyotard «el proyecto moderno» habría conducido a Auschwitz, y habría marcado con esto su trágica liquidación.[38]

Desde estas posturas se puede ir, en teoría, hacia posiciones políticas muy diversas, pero sucede que casi siempre conducen a un escepticismo paralizador, harto satisfactorio para el orden establecido que no ha de temer molestias de este lado, sea por parte de un Poster que nos asegura que los problemas del mundo no tienen nada que ver «con teorías liberales o marxistas», o de una Patrick Joyce que, refiriéndose a los conceptos de «derecha» e «izquierda» se pregunta «si es que estos términos todavía tienen un sentido claro».[39] Hay también, sin embargo, quien pretende dar versiones de izquierda, como Gregor McLennan, que considera que el postmodernismo puede ayudarnos a vencer «los cuatro pecados del modernismo»: reduccionismo, funcionalismo, esencialismo y universalismo, y hay incluso un intento de presentarnos a un Marx postmoderno.[40] La verdad es, sin embargo, que la teorización postmoderna tiende a alejarse de la confrontación con la realidad y tiene, mayoritariamente, unas consecuencias de inhibición de cualquier compromiso, ya que los mismos argumentos que sirven para sostener la imposibilidad de «conocer el auténtico significado del pasado»,[41] son válidos para negar nuestra capacidad de analizar un presente que no podemos conocer, forzosamente, más que cuando ya se ha convertido en pasado.

Resulta difícil imaginar cómo podría ser una «historia postmoderna», lo que comienza siendo de hecho una expresión contradictoria. Las influencias teóricas que reconocen sus cultivadores son esencialmente francesas y no proceden

38. Keith Jenkins, *On «What is history?» From Carr and Elton to Rorty and White*, Londres, Routledge, 1995, p. 6 (repetido en la introducción a Keith Jenkins, *The postmodern history reader*, Londres, Routledge, 1997, pp. 3-4). De manera muy parecida, Alun Munslow, en *The Routledge companion to historical studies*, Londes, Routledge, 2000, p. 188, dice: «Postmodernismo es una descripción general de la condición de nuestra existencia presente, que sería mejor llamar postmodernidad».

39. De hecho la derecha cristiana norteamericana ha descubierto la utilidad del irracionalismo postmoderno y ha inspirado la aparición de varias líneas de evangelismo postmoderno. Charles Allen, «The postmodern mission», en *Lingua Franca*, diciembre/enero 2000, pp. 46-59.

40. Mark Poster, *Cultural history and postmodernity. Disciplinary readings and challenges*, Nueva York, Columbia University Press, 1997, p. 32; Patrick Joyce, «The return of history: postmodernism and the politics of academic history in Britain», *Past and Present*, 158 (febr. 1998), pp. 207-235 (cita de p. 231); Gregor McLennan, «Post-Marxism and the four sins of modernist theorizing», *New Left Review*, 218 (1996); Terrell Carver, *The postmodern Marx*, Manchester, Manchester University Press, 1998.

41. Munslow, *Routledge companion to historical studies*, p. 20.

en ningún caso del campo de la historia: Lyotard, Baudrillard, Barthes, Foucault, Derrida, Deleuze, Ricoeur, de Certeau, con alguna inclusión de otras culturas como Nietzsche o Rorty.[42] Y sus afirmaciones acostumbran a ser críticas de la práctica «moderna» de la historia, que no nos proporcionan, en contrapartida, reglas para organizar una forma alternativa de trabajo «desde la perspectiva del postempirismo». Uno de sus cultivadores dice, por ejemplo: «El empirismo de base documental con su sentido implícito de objetividad no es la única forma disponible para el estudio histórico». Todos los historiadores construyen el pasado como un objeto y su construcción está mediatizada por demandas ideológicas y se ofrece en forma de una narración, marcada ella misma por sus reglas. Esto no significa negar su realidad al pasado, sino reconocer «que hay diversas realidades a imaginar o que yo puedo construir como existentes en el pasado. La historia no es ni ficcional ni factual, es imaginativa e interpretativa».[43] «La Historia, con mayúscula, es la meta narrativa cultural central de Occidente, una especulación modernista que hace que asignemos tradicionalmente a acontecimientos fortuitos una trayectoria y una significación determinadas por los grandes programas de desarrollo y progreso —marxismo, liberalismo, capitalismo, socialismo, nacionalismo y el resto». Frente a ésta, la historia postmoderna lo que hace es reconocer que cada historiador construye la interpretación del pasado de acuerdo con sus métodos y principios, lo que es perfectamente legítimo, siempre que no piense que está encontrando verdades objetivas y que sus métodos son de validez universal. Y si no nos proponen, como recambio de las que condenan, unas prácticas alternativas para la investigación de la historia, es porque, sencillamente, «en nuestra condición postmoderna no hay ninguna práctica ni conjunto de reglas del tipo de aquellas en que insisten los historiadores normales (esto es extra-históricas) que puedan revelar *exclusivamente* la(s) verdad(es) del pasado». Convendría, sin embargo, que nos explicasen cómo se puede hacer esta historia postempírica, «abierta a formas no convencionales de representación histórica»,[44] de la cual no hay, por ahora, ningún ejemplo conocido, ya que los postmodernos se dedi-

42. En este mundo de confusiones Keith Jenkins califica de historiadores a Derrida, Lacan, Lyotard, Foucault, Rorty, etc. y nutre su *The postmodern history reader* con sus textos teóricos, mezclados con los de profesionales como Elton, Pérez Zagorin o Patrick Joyce. Por su parte, Munslow nos dice en *The Routledge companion to historical studies* que «conceptos clave para la nueva historia son examinados a través de las ideas de destacados historiadores y filósofos desde el siglo XVIII, tales como Kant, Nietzsche, Croce, Collingwwod, Carr, White, Rorty, Foucault y Derrida». Una excepción a este empacho galo es el volumen compilado por Frank Ankersmith y Hans Kellner, *A new philosophy of history*, Londres, Reaktion Books, 1995, donde se intenta derivar «el cambio en la filosofía de la historia», no de la «conexión francesa», sino «de la tradición analítica anglo-americana» (Hempel, Kuhn, etc.), (p.3).

43. Tomo este texto de una reseña de Alun Muslow a un libro de Iggers en *Rethinking history*, n.º 2 (1997), pp. 199-200. Un intento de mostrar los aspectos positivos que el postmodernismo puede proporcionar a los historiadores, Beverley Southgate, *History: what and why. Ancient, modern and postmodern perspectives*, Londres, Routledge, 1996.

44. Munslow, *Routledge companion to historical studies*, pp. 20 y 188-191.

can en cuerpo y alma a la teoría y no nos ofrecen ninguna muestra de cómo conciben esta historia liberada de los vicios de la modernidad.

Las consideraciones entorno a la «construcción social» de las ideas, que no son precisamente una novedad, resultan interesantes, pero llevar esta cautela hasta una negación de la validez de todo conocimiento objetivo es innecesariamente paralizador.[45] Lo podemos ver en el caso de las ciencias de la naturaleza, a las cuales han llegado también los efectos de la crítica postmoderna, que sostienen que sus resultados son meras «construcciones sociales», productos de una cultura que acepta como verificado aquello que corresponde a los paradigmas dominantes, y rechaza tomar en cuenta y analizar lo que los contradice. Harry Collins y Trevor Pinch han insistido en que no pueden separarse ciencia y sociedad y nos han mostrado que la historia de la ciencia tal y como se nos explica es un ejercicio de retrospección en que se nos oculta que las cosas han sido generalmente mucho menos claras y limpias de lo que se nos quiere hacer creer. La aceptación de una nueva hipótesis, e incluso de un nuevo descubrimiento, resulta fácil si encajan en los paradigmas aceptados, y en este caso hay menos rigor en las exigencias de verificación, pero puede resultar muy difícil, si los contradicen.

Del segundo caso tenemos ejemplos como el de Chandrasekhar, un joven científico desconocido que expuso la hipótesis, basada en sus cálculos, de la existencia de lo que hoy denominamos «agujeros negros», pero chocó con la autoridad de Sir Arthur Eddington y no consiguió que nadie examinase seriamente sus argumentos. Parecido es el caso de Belousov, que en 1958 no consiguió ni siquiera que se publicase su trabajo sobre lo que hoy conocemos como la reacción Belousov-Zhabotinsky (o BZ), de la que ya hemos hablado, porque topaba con las ideas admitidas en la química de su tiempo.[46]

Pero una cosa es explicar el contexto social, y otra reducirlo todo a esto. El alud de intentos de reducción que Ian Hacking ha denunciado[47] son un testimonio más de los extremos a que han llegado estas «guerras de la cultura», pero no ha tenido ningún efecto paralizador sobre la marcha de la ciencia, donde,

45. Véase, por ejemplo, el tratamiento del tema por George Clement Bond y Angella Gilliam en la introducción al volumen colectivo *Social construction of the past. Represenetation as power*, Londres, Routledge, 1997, pp. 1-22.

46. Sobre la «construcción social» de la ciencia en el siglo XVII, véase Steven Shapin, *A social history of truth. Civility and science in seventeenth-century England*, Chicago, Chicago University Press, 1994. La literatura sobre Kuhn y *The structure of scientific revolutions* (1962) es tan extensa que resulta imposible sintetizarla. Sobre las incertidumbres de la ciencia, Harry Collins y Trevor Pinch, *El gólem*, Barcelona, Crítica, 1996; John Ziman, *Prometeus bound. Science in a dynamic steady state*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, etc. Sobre el asalto del postmodernismo a las concepciones tradicionales de la ciencia, Gregory N. Derry, *What science is and how it works*, Princeton, Princeton University Press, 1999, pp. 207-213. Una visión positiva en Stephen Jay Gould, *La montaña de almejas de Leonardo*, Barcelona, Crítica, 1999, pp. 351-360. Lo que se dice sobre el rechazo del trabajo de Belousov, en Ian Stewart, *El segundo secreto de la vida*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 51.

47. Ian Hacking, *The social construction of what?*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1999.

más pronto o más tarde, han acabado aceptándose los agujeros negros y las reacciones BZ.

Al historiador, en concreto, no parece que los principios del postmodernismo le sirvan más que como herramientas de crítica para corregir errores de visión, para incitarlo al rigor en el análisis de los textos y para hacerle consciente de la forma en que sus condicionamientos personales pueden afectar a su trabajo, pero no para encontrar pautas para investigar el pasado, comenzando por el hecho de que la inmensa mayoría de los postmodernos niega que haya posibilidad real alguna de llegar a conocerlo.

En los libros de los postmodernos encontramos generalmente mucha teoría y muy poco contacto con la realidad. Sus elaboraciones suelen tener un carácter libresco: Mark Poster, profesor de la Universidad de California, nos explica cómo son sus cursos de concienciación teórica en el terreno de la historia cultural postmoderna. Los problemas de la sexualidad, nos dice por ejemplo, pueden estudiarse «con una perspectiva freudiana, foucaultiana o feminista», lo que crea dificultades por el uso de diferentes terminologías «que no tienen nada que ver con las cuestiones empíricas de quién lo dijo o quién lo hizo, en qué momentos o en qué lugar, con la verificación de los documentos o con el conflicto entre los testimonios».[48] Cuestiones, éstas de la realidad de los hechos, que no parecen importarle. Lo cual hace comprensible el reproche de Kevin Passmore cuando dice que no está claro por qué los postmodernos, «pese a su convicción de que es imposible escribir historias válidas, no dudan en escribir sobre el pasado e interpretarlo».[49] Una muestra de esto la podemos encontrar en el caso de Derrida cuando denuncia la euforia del Fukuyama del fin de la historia diciendo que nunca como ahora «la violencia, la desigualdad, la exclusión, el hambre, y por lo tanto la opresión económica han afectado a tantos seres humanos en la historia de la Tierra o de la humanidad». Afirmación que sólo puede hacerse desde dentro de la historia y que requiere más conocimientos para precisarla y matizarla de los que él probablemente tiene.[50]

De hecho el postmodernismo acaba conduciendo, como lo demuestran los libros más recientes de Keith Jenkins o de Alun Munslow, a negar cualquier validez a la historia y a la ética, dos disciplinas que, como están muertas, no vale la pena ni siquiera seguir criticando y deconstruyendo; basta con olvidarse de ellas, ya que el postmodernismo nos ha llevado a un momento en el que «podemos vivir nuestras vidas en nuevas formas de medir el tiempo que no se refieren a un pasado articulado en discursos que se nos ha convertido en

48. Poster, *Cultural history and postmodernity*, pp. 157-158. Poster es profesor de historia en la Universidad de California, Irvine, pero toda su obra parece limitarse a rumiar una y otra vez ideas de Foucault, Derrida, de Certeau y compañía. Sus conocimientos en lo que se refiere a la investigación histórica actual parecen, por otra parte, más bien escasos: al referirse a la historia del consumo, un terreno en rápida expansión, su única referencia es el viejo libro de McKendrick, Brewer y Plumb, de 1982. A un «profesor de historia» habría que exigirle bastante más.

49. En *Rethinking history*, 2, n.º 2 (verano de 1998), pp. 279-283.

50. Jacques Derrida, «Spectres of Marx», *New Left Review*, n.º 205 (mayo-junio 1994), pp. 31-58; cita de p. 53.

históricamente familiar. Y tal vez podemos comenzar a formular nuevas moralidades sin recurrir a los moribundos sistemas éticos».[51]

Llegado a este punto no es solamente que el historiador se encuentre explícitamente excluido de una corriente que niega la posibilidad misma de su trabajo, sino que se percata de que una óptica semejante lo aleja por completo de los problemas reales de los hombres y de las mujeres, que son, o habrían de ser, el objetivo propio de cualquier investigación histórica válida.

Como ha dicho Ziauddin Sardar, el postmodernismo es el auténtico fin de la historia tal y como la hemos conocido, porque priva a todos los acontecimientos históricos de sentido. El significado es un acto de interpretación que escogemos de entre las múltiples interpretaciones en competencia. «El fin de la historia del postmodernismo es la conversión de toda secuencia temporal en simultaneidad, la coexistencia de todas las posibilidades como un gran caleidoscopio en que ninguna de las pautas es más persuasiva, dominante o significativa que cualquier otra.» Una operación que el mismo autor denuncia como un intento por mantener «la opresión occidental de las otras culturas». Ahora que Occidente tiene dudas sobre su realidad y sus verdades, trata de mantener «su trayectoria de expansión y dominación minando todos los criterios de realidad y verdad».[52]

Otra cosa, sin embargo, es valorar la influencia que los argumentos planteados por los postmodernos han tenido en la crítica de determinadas posiciones anteriores. Lo podemos ver, por ejemplo, en el caso de la arqueología, donde han servido para superar el estrecho cientifismo casi positivista del procesualismo, del que hemos hablado antes. En los años ochenta la arqueología procesual entró en crisis y comenzó a sufrir ataques surgidos de las corrientes postmodernas, que la volverían a aproximar, paradójicamente, a una óptica cultural. Se vio, entonces, que su propuesta «científica» tenía insuficiencias. Ian Hodder reaccionó contra el positivismo cientifista de la «new archaeology», señalando que ésta había olvidado el individuo en su preocupación por el sistema y que los arqueólogos procesualistas se habían apartado excesivamente de la historia. Era necesario volver a tomar en cuenta al individuo y pensar que la cultura material no refleja pasivamente la sociedad, «más bien crea a la sociedad por medio de las acciones de los individuos». De ahí el intento por recuperar las ideas de Collingwood en la búsqueda de esta nueva comprensión de la cultura.

La nueva arqueología postprocesual —pese a que sería mejor hablar de un haz de arqueologías postprocesuales o contextuales, que tienen en común el rechazo del procesualismo pero van en direcciones diversas— recoge aspectos

51. Keith Jenkins, *Why history? Ethics and postmodernity*, Londres, Routledge, 1999, p. 2. Entre las incoherencias de Jenkins habría que señalar el hecho de que vive profesionalmente como profesor (reader) de historia en University College Chichester. Las nuevas moralidades postmodernas no llegan, por lo que se ve, al punto de renunciar a cobrar por enseñar una materia caducada y perversa.

52. Ziauddin Sardar, *Postmodernism and the other. The new imperialism of western culture*, Londres, Pluto Press, 1998, citas de pp. 85-86 y 15.

del postmodernismo, como la aceptación explícita de que toda interpretación del pasado se hace en función del presente y tiene siempre una resonancia política: «interpretar el pasado es siempre un acto político». Por esto mismo admite de entrada la diversidad de planteamientos: «se caracteriza por el debate y la incertidumbre respecto de los problemas fundamentales poco discutidos anteriormente en arqueología. Es más un planteamiento de preguntas que una provisión de respuestas». Sus cuatro temas fundamentales son: las relaciones entre norma e individuo, entre proceso y estructura, entre lo ideal y lo material, entre sujeto y objeto. Su objetivo final «reconstruir la historia en el tiempo y contribuir así al debate en el marco de la moderna teoría social y en la sociedad en general». Muy lejos, como se ve, de la esterilidad discursiva de algunos de los planteamientos postmodernos que hemos criticado antes.[53]

53. Ian Hodder, *Interpretación arqueológica. Corrientes actuales*, Barcelona, Crítica, 1988, citas de pp. 19, 202 y 211; Matthew Johnson, *Archeological theory. An introduction*, Oxford, Blackwell, 1999, pp. 98-115; Ian Morris, *Archaeology as cultural history*, Oxford, Blackwell, 2000. He usado también el artículo «arquelogia postprocesual» de Nicola Terrenato en R. Francovich y D. Manacorda, eds., *Dizionario di archeologia*, Roma, Laterza, 2000, pp. 220-222. Una síntesis útil de las corrientes actuales puede encontrarse en Sonia Gutiérrez, *Arqueología*, Alicante, Universidad, 1997, pp. 88-115.

15. POR UNA HISTORIA DE TODOS

El mayor de los desafíos que se ha planteado la historia en la segunda mitad del siglo XX, y que sigue vigente a comienzos del XXI, es el de superar el viejo esquema tradicional que explicaba una fábula de progreso universal en términos eurocéntricos —justificando de paso el imperialismo en nombre de «la carga del hombre blanco»— y que tenía como protagonistas esenciales a los grupos dominantes, políticos y económicos, de las sociedades desarrolladas, que se suponía que eran los actores decisivos de este tipo de progreso, dejando al margen de la historia a los grupos subalternos y a la inmensa mayoría de las mujeres.

Esta es una cuestión que hay que examinar desde la doble perspectiva de la exclusión de los pueblos no europeos (de los «pueblos sin historia») a escala de las historias «universales» o «mundiales», y de la exclusión social de buena parte de la población, y en especial de las mujeres y de las clases subalternas, a escala de las historias «nacionales» de los países desarrollados, es decir, de los «países con historia».

La primera de las reivindicaciones que se planteó fue la de los grupos sociales excluidos. Augustin Thierry abrió el camino en el siglo XIX al proponer que se hiciera la historia de la sociedad civil burguesa, desplazando a la tradicional que se ocupaba sobre todo de los reyes y de la aristocracia feudal, a fin de reflejar los cambios que se habían producido en la sociedad. La mayor parte de la historia política de los tiempos contemporáneos ha dejado de identificarse con las biografías de los monarcas, pero sólo lo ha hecho para ocuparse de los políticos, los partidos y las instituciones oficiales. Más ambicioso todavía que el de Thierry era el proyecto de John Wade, que en 1833 publicó una *Historia de las clases media y trabajadora*,[1] que resulta ser un antecedente de una rama de estudios que llegaría a alcanzar un considerable desarrollo: la historia de los trabajadores, presentada casi siempre a partir de la crónica de sus organizaciones y de sus luchas; es decir, realizada como «historia del movimiento obrero». Una historia que se ha convertido en un campo especializado de trabajo, con instituciones de estudio propias, publicaciones de fuentes, re-

1. Donde estudiaba «las condiciones de las diversas clases de la sociedad y las relaciones entre ellas», prestando una atención especial a los trabajadores (John Wade, *History of the middle and working classes*, Londres, Effingham Wilson, 1833).

vistas, etc. Pero que ha sido atacada por haber olvidado muchas cosas, comenzando por el hecho de haber tomado normalmente como objeto las clases obreras de los países avanzados, y haber descuidado al resto de los grupos explotados: esclavos, trabajadores de las colonias (en el caso de los imperios), etc. Una objeción que otros han extendido al proyecto entero de hacer una historia de las masas, una «historia desde abajo», como la que quería George Rudé».[2]

Más adelante se produciría una reivindicación semejante, aunque no tuviese la misma fuerza ni amplitud, respecto de los campesinos, a quienes los grupos dominantes de la sociedad consideraban tradicionalmente inferiores, explicándolo a menudo con teorías que sostenían que eran los descendientes de razas atrasadas, culturalmente pasivas, mientras ellos lo eran de los pueblos de señores que habían sometido a las poblaciones primitivas.[3]

Desde el siglo XIX, con el retroceso de la agricultura en los países desarrollados, la disminución del número de campesinos se veía como una consecuencia de la modernización de la economía, y la desaparición de su cultura, como el resultado feliz de su integración en la comunidad y en la cultura «nacionales», que había dado lugar a que entrasen en la vida política moderna, abandonando los viejos sueños igualitarios utópicos.[4] Lo que escapase a la pauta de la modernización, como habría sido una consideración autónoma de la historia de los campesinos, se marginaba habitualmente, entre otras razones porque las fuentes no acostumbran a decir gran cosa acerca de las resistencias campesinas a la asimilación «modernizadora», como no sean las fuentes de naturaleza judicial que conservan los testimonios de la represión contra sus formas de lucha: hurtos campestres, roturaciones ilícitas, incendios de casas y cosechas, etc.[5]

2. Dipesh Chakrabarty, *Rethinking working-class history: Bengal, 1890-1940*, Delhi, Oxford University Press, 1989, citado por Robert Gregg, *Inside out, outside in. Essays in comparative history*, Londres, Macmillan, 2000, pp. 70-72.

3. En la segunda mitad del siglo XVII el inglés John Aubrey decía que los «aborígenes» ingleses que vivían aferrados a la tierra estaban ecológicamente determinados por ella, tanto en lo que se refiere a su físico como a sus hábitos brutales, y que eran estériles y pasivos desde un punto de vista cultural, de manera que toda la civilización que habían adquirido, incluso el conocimiento del arte de cultivar la tierra, lo habían recibido de los pueblos superiores que los habían invadido, desde los romanos hasta entonces (David Rollison, *The local origins of modern society. Gloucestershire, 1500-1800*, Londres, Routledge, 1992, esp., pp. 247-264). Es bien conocido el caso de Gobineau y de su interpretación de la historia francesa en términos del enfrentamiento entre los francos germánicos, un pueblo superior del que descendía la aristocracia, y los galos, racialmente inferiores, de los que procedían campesinos y burgueses (Leon Poliakov, *Le mythe aryen*, Bruselas, Complexe, 1987).

4. Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen. The modernization of rural France, 1870-1914*, Stanford, University Press, 1976. En contraste con sus tesis, Peter McPhee, *The politics of rural life. Political mobilization in the French countryside, 1846-1852*, Oxford, Clarendon Press, 1992, y James R. Lehning, *Peasant and French. Cultural contact in rural France during the nineteenth century*, Cambridge, University Press, 1995.

5. Haber establecido los complejos problemas que presenta el manejo de las fuentes que se refieren a la insurgencia campesina es uno de los grandes méritos de Ranajit Guha. Véase, por ejemplo, «Dominance without hegemony and its historiography», en *Subaltern studies VI*, Delhi,

Desde mediados del siglo XX, sin embargo, y una vez comprobado que los campesinos seguían siendo importantes —por el volumen de población que representan en los países subdesarrollados, y como problema para el futuro, en los desarrollados— se los ha recuperado como protagonistas de la historia contemporánea, sobre todo en lo que se refiere a las luchas de los pueblos colonizados contra el imperialismo, y han comenzado a publicarse estudios que se ocupan de ellos, como los de Eric Hobsbawm sobre el bandidaje social y la protesta pre-política. Más importante todavía es la aparición de una línea específica de «peasant studies», inspirada en las interpretaciones populistas de Chayanov y representada por autores como Eric Wolf, Teodor Shanin y Hamza Alavi, y por el *Journal of peasant studies*, que comenzó a publicarse en 1974.[6]

El problema, desde el punto de vista de la historia, es que esta recuperación del campesino se ha hecho de manera confusa, que olvida que no se trata de un agregado homogéneo, de una clase, sino que es necesario considerar sus divisiones internas y estudiarlo en sus interrelaciones con la sociedad urbana. En la Europa occidental, por ejemplo, no ha habido nunca, como querría el tópico, campesinos aislados de la ciudad, encerrados en su pequeño mundo de economía de subsistencia y partícipes de una cultura estrictamente local, sino que campo y ciudad han estado siempre en estrecha relación y la familia campesina no ha sido esencialmente autárquica —otra cosa es que tuviera poca capacidad de consumir productos y servicios urbanos— entre otras razones por la necesidad de completar sus ingresos agrarios con el trabajo en otras actividades. Por otro lado, la propia cultura de que formaban parte los campesinos europeos no era estrictamente «rural», sino más bien popular o plebeya, compartida con las capas urbanas pobres, y estaba más extendida y era mucho menos estática de lo que se supone. Los rasgos negativos de «atraso» con los que se la define habitualmente obedecen a la incomprensión de lo que significaba como estrategia para la supervivencia, y su supuesto inmovilismo, al hecho de que muy pocos se han esforzado en estudiar y explicar su evolución. En el siglo XVIII, ha escrito Edward Thompson, la costumbre estaba en un flujo constante: «lejos de tener la permanencia fija que sugiere la palabra «tradi-

Oxford University Press, 1989, pp. 210-309. Puede dar una idea de la invisibilidad de los campesinos el caso de que en la historia del Perú no se encuentren referencias a un episodio espectacular como es el de los campesinos del sur del país que, enfrentándose al estado, se sublevaron a fines del siglo XIX y crearon una «federación independiente» que duró casi veinte años. (Florencia, E. Mallon, *Peasant and nation. The making of postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press, 1995).

6. Debohra Bryceson, Cristóbal Kay y Jos Mooij, eds., *Disappearing peasantries? Rural labour in Africa, Asia and Latin America*, Londres, Intermediate Technology Productions, 2000; Tom Brass: «Moral economists, Subalterns, New social movements and the (Re-) emergence of a (Post-) modernized (middle) peasant», en *Journal of peasant studies*, 18 (1991), n.º 2, pp. 173-205; Eric R.Wolf: *Peasants*, New Jersey, Prentice Hall, 1966, *Las luchas campesinas del siglo XX*, Madrid, Siglo XXI, 1973/2 y *Europe and the peoples without history*, Berkeley, University of California Press, 1982. Teodor Shanin, ed.: *Peasants and peasant societies*, Hardmonsworth, Penguin, 1971; *Defining peasants*, Oxford, Blackwell, 1990; Hamza Alavi, *Teoría de la revolución campesina*, Medellín (Colombia), La oveja negra, 1969, etc.

ción», la costumbre era un terreno de cambio y de conflicto, una palestra donde intereses opuestos planteaban reivindicaciones opuestas».[7]

Hacia 1980 Shanin hacía un conjunto de rectificaciones de sus planteamientos anteriores y acababa con la siguiente afirmación: «Los campesinos son una mixtificación. Para comenzar, no existe "un campesino" en ningún sentido inmediato y específico». Tom Scott lo matizará diciendo que la categoría campesino «no es tanto un arquetipo como un estereotipo» y que las de los campesinos se han de entender como «formaciones históricamente contingentes, cuya emergencia tiene tanto que ver con su relación con otras fuerzas y grupos de la sociedad como con cualquier cualidad supuestamente intrínseca a ellos e inherente a su modo de reproducción social».[8]

De hecho se puede decir que a penas si ha comenzado una historia de la actuación de los campesinos analizada en sus propios términos, donde sus revueltas se sitúen dentro de un sistema de relaciones que nos permita verlas, no como simples «reacciones», como se ha hecho habitualmente, sino como una acción compleja que tiene su propia coherencia interna. Quien ha ido más lejos en esta dirección es el historiador indio Ranajit Guha, al reclamar la necesidad de entender la lógica de la actuación campesina. Rechazando los planteamientos de Hobsbawm sobre la protesta pre-política, Guha reivindica el carácter político de las revueltas rurales indias, mostrando que en su aparente incoherencia se puede encontrar la formación de «una conciencia que aprendía a compilar y clasificar los momentos individuales y diversos de la experiencia y a organizarlos en algún tipo de generalizaciones», aunque presentasen toda una serie de contradicciones.[9]

Será también en el siglo XX cuando las mujeres reclamen con insistencia su lugar en una historia general, como antes habían reclamado su plena participación en la sociedad. Al establecer que las imágenes de la masculinidad y de la feminidad estaban socialmente construidas, la historia feminista ha mostrado que lo están también las relaciones entre los géneros y la sociedad. Pero el desarrollo de esta línea de estudios, si bien ha alcanzado un volumen considerable, no se ha producido sin problemas, porque la confrontación de género ha llevado a intentar escribir una historia específica de las mujeres que conduce a menudo a olvidar que las diferencias sociales pasan también por el interior del género y hacen que mucha historiografía de las mujeres mezcle y confunda

7. E. P. Thompson, *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 18-19.

8. Shanin, «Defining peasants: conceptualizations and deconceptualizations», en *Defining peasants*, pp. 49-74; la otra cita es de la introducción a Tom Scott, ed., *The peasantries of Europe from the fourteenth to the eighteenth century*, Londres, Longman, 1998, p. 1.

9. Hugues Neveux, *Les révoltes paysannes en Europe. XIVe-XVIIIe siècle*, París, Albin Michel, 1997; Steven Justice, *Writing and rebellion. England in 1381*, Berkeley, University of California Press, 1994; Ranajit Guha, *Elementary aspects of peasant insurgency in colonial India*, Delhi, Oxford University Press, 1993 (citas de pp. 6 y 11). Comenta y matiza los planteamientos de Guha, Partha Chatterjee, «The nation and its peasants», que se encuentra reproducido en Vinayak Chatruvedi, ed., *Mapping subaltern studies and the postcolonial*, Londres, Verso-New left review, 2000, pp. 8-23.

«mujeres» y «señoras», o tienda a subvalorar, en otro terreno, la transcendencia de las divisiones raciales. Lo que cabe esperar es que, una vez recuperadas las mujeres de la oscuridad y el silencio, su historia se integre plenamente en una historia común, aportándole nuevas perspectivas, y se cumpla lo que Sheila Rowbotham prevé al decir que «la «historia de las mujeres» está en proceso de trascender sus propias fronteras y llegar a discutir la forma en que se presentan las cuestiones de la historia. Así es como ha de ser, ya que si la historia es un compromiso con el tiempo, las demarcaciones que le imponemos son también artificiales».[10]

En conjunto se puede decir que la integración de los excluidos en el relato general es todavía un objetivo a conseguir. Las recuperaciones de estas otras historias olvidadas se ha hecho en gran parte al margen del cuadro general, que es el que nos ofrece explicaciones globales, sin tratar de integrarlo en él ni presentar interpretaciones de conjunto alternativas. Y además, como hemos dicho, aparecen generalmente con un carácter eurocéntrico. Es el mismo reproche que se ha hecho a la «historia económica y social», que se presentaba como una historia de todos, pero que asumía los esquemas asociados del progreso, el excepcionalismo europeo y la modernización.[11] Esto puede ayudar a entender que cuando el mo-

10. Es prácticamente imposible sintetizar la bibliografía esencial de un campo tan extenso. No querría, sin embargo, dejar de mencionar las obras de Gerda Lerner —*The creation of patriarchy* (1986) y *The creation of feminist conciousness* (1993)—, las excelentes historias generales de la mujer de Bonnie Anderson y Judith Zinsser (*Historia de las mujeres una historia propia*) y de Olwen Hufton (*The prospect before her*), el libro de Sheila Rowbotham, *A century of women. The history of women in Britain and the United States*, Londres, Penguin, 1999 (hago una cita de p. 3), o dos títulos interesantes, como son el libro de Bonnie G. Smith, *The gender of history. Men, women and historical practice*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1998, que muestra el papel de las mujeres en una profesión donde el sexismo ha sido dominante, y el volumen colectivo compilado por James S. Amelang y Mary Nash, *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Valencia, IVEI, 1990. Más tarde apareció, sobre todo en el terreno de la crítica literaria, un campo denominado como «gay», «gay/lesbian» o «queer studies», que se describe como «el más reciente de los discursos teórico/críticos que han emergido del movimiento de liberación —New Left, contra la guerra del Vietnam, contracultural, negro y feminista— de los sesenta y primeros setenta» (artículo «Gay theory and criticism» en Michael Groden y Martin Keiswirth, eds., *The Johns Hopkins guide to literary theory and criticism*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1990, pp. 324-332). En el terreno de la historia es menos importante, con John Boswell como cultivador más destacado (*Christianity, social tolerance, and homosexuality*, 1981; *The marriage of likeness*, 1995, etc.). Lo más frecuente son las obras que mezclan los terrenos cultural e histórico, como Robert Purks Maccubin, ed., *This nature's fault. Unauthorized sexuality during the Enlightenment*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985 o Josiah Blackmore y Gregory S. Hutcheson, eds., *Queer Iberia. Sexualities, cultures, and crossings from the Middle ages to the Renaissance*, Durham, Duke University Press, 1999.

11. Son todavía escasos los intentos por asociar estas recuperaciones a otras líneas de trabajo. Lo encontramos, por lo que se refiere al feminismo, en *History workshop* o en casos como el de Susan Pollock, que en la conclusión de *Ancient Mesopotamia* (Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 218-219) nos propone una visión inspirada a la vez por la consideración de los elementos económicos y por el feminismo: «Tanto el feminismo como la economía política llevan a una apreciación de la complejidad de la historia y del cambio histórico. Los dos

delo de la historia del progreso comenzó a fallar, la primera de las respuestas del desencanto condujese a un intento de recuperación de los olvidados de la historia general, que incluyese no sólo sus formas de inserción colectiva en la sociedad burguesa, sino también sus experiencias propias y su cultura. De ahí surgieron los intentos por recuperar el individuo y la cotidianidad, con el objetivo de renovar nuestra visión de la sociedad, como intentaron hacer el grupo de «History workshop» del Ruskin College de Oxford, alrededor de Raphael Samuel, o el de la «Alltagsgeschichte» o «historia de lo cotidiano» alemana, que querían superar las deficiencias de una historia social asimilada por el academicismo.[12] Otras experiencias parecidas, como la de la «microstoria» italiana, participan también de estas preocupaciones, pero ya hemos visto que sus planteamientos la aproximan más a los debates sobre la narratividad, aunque sólo sea por su ambigüedad, de modo que he optado por situarla en aquel otro contexto.[13]

El modelo lineal de la historia del progreso tenía, sin embargo, otro ámbito de exclusiones, tal vez más importante: la de todos los pueblos que no pertenecen a la cultura dominante de origen europeo, cuyas sociedades y culturas se solía presentar como dormidas en el tiempo hasta el momento en que la colonización las introdujo en la dinámica de la modernización. Esto afectaba a la vez a África y a los pueblos indígenas que habitaban América y Oceanía antes de la llegada de los colonizadores, mientras que en el caso de Asia, donde no era posible pasar por alto el hecho de que había habido civilizaciones que en muchos sentidos se habían adelantado culturalmente a Europa, su retraso posterior se atribuía a la fuerza del «despotismo» oriental y a la debilidad de sus sociedades civiles.[14]

enfatizan la existencia, en toda sociedad, de intereses en conflicto —estén basados en género, edad, clase, ocupación o alguna otra construcción social— y la importancia de explorar las formas en que intereses en competencia dan forma a las acciones y respuestas de los distintos grupos sociales».

12. Raphael Samuel, ed., *Historia popular y teoria socialista*, Barcelona, Crítica, 1984; Alf Lüdtke, ed., *Histoire du quotidien*, Paris, Maison des Sciences de l'Homme, 1994.

13. Una muestra interesante de los malentendidos que pueden producirse la tenemos en el libro, organizado por Adolfo Gilly, *Discusión sobre la historia*, México, Taurus, 1996. Gilly había enviado al subcomandante Marcos, el jefe zapatista, un trabajo de Ginzburg que se reproduce en el volumen, «Señales. Raíces de un paradigma indiciario», y se esforzará en defenderlo en una interpretación que liga a Ginzburg con E. P. Thompson, como un método para rehuir las generalizaciones abusivas del marxismo catequístico —alegando, de paso, sus agravios personales por la conducta de los políticos comunistas— y recuperar la voz de los subalternos. Marcos, en cambio, le responde con una justificada desconfianza. Y es que las intenciones de Gilly son buenas, pero el camino que ha elegido para realizarlas no es el más adecuado.

14. La importancia de la cultura de China no necesita reivindicación después de la gran obra de J. Needham, *Science and civilisation in China*, Cambridge, Cambridge University Press, 1954-1989. Una interesante revisión de las comparaciones Asia-Europa, con amplias referencias bibliográficas, se encontrará en Victor Lieberman, «Transcending East-West dichotomies: State and culture formation in six ostensibly disparate areas», en Victor Liberman, ed., *Beyond binary histories. Re-imagining Eurasia to c. 1830*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1999, pp. 19-102. Una revisión de la literatura reciente sobre el crecimiento económico de China se encontrará en Kent G. Deng, «A critical survey of recent research in Chinese economic history», en *Economic History Review*, LIII (2000), n.° 1, pp. 1-28.

En lo que concierne a los pueblos «primitivos» actuales, la tarea de los científicos sociales europeos ha servido a menudo para confirmar su marginación: los antropólogos alemanes que estudiaban a principios del siglo XX las poblaciones africanas colonizadas, como Eugen Fischer, llegaron a conclusiones sobre la conveniencia de la «extinción» de las «razas inferiores» y de los mestizos que sirvieron de inspiración al holocausto.[15] Por otro lado, los esfuerzos realizados en colaboración por antropólogos e historiadores a fin de reconstruir el pasado de los pueblos indígenas tampoco han dado resultados enteramente satisfactorios. En ningún lugar estos trabajos deben haber sido cuantitativamente más importantes que en América del Norte, donde los estudios sobre los pueblos indígenas tienen un peso importante en el mundo académico. Pero esta etnohistoria se ha hecho desde una perspectiva europea, y al margen de los miembros de los pueblos estudiados, que no han participado en la elaboración de esta visión de su pasado y se quejan por el hecho de que «la historia convencional ha sido incapaz de producir un discurso que respete a los amerindios».[16]

El rechazo del eurocentrismo se planteó abiertamente desde el terreno de los estudios culturales en lo que acabaría convirtiéndose en el postcolonialismo, que tiene uno de sus antecedentes más claros en la obra de Edward Said (nacido en 1936), un profesor norteamericano de literatura comparada, de origen palestino, que publicó en 1978 *Orientalism*,[17] donde denunciaba, bajo la influencia de Foucault, la forma en que el discurso académico occidental tendía a construir el concepto de un Oriente esencialmente diferente de Occidente y a convertirse con ello en un arma del imperialismo. Said tenía razón al denunciar la penetración de esta óptica en los más diversos dominios de la literatura o de las ciencias sociales y es evidente que ha tenido un papel considerable en despertar la conciencia de este hecho,[18] pero las contradicciones de su obra y el rechazo de la especialización —la reivindicación del crítico como aficionado— que lleva aparejada la falta de conocimiento del trabajo de los

15. Annegret Ehmann, «From colonial racism to nazi population policy. The role of the so-called Mischlinge» en Michael Berenbaum and Abraham J. Peck, eds., *The Holocaust and history. The known, the unknown, the disputed and the reexamined*, Bloomington, Indiana University Press, 1998, pp.115-133.

16. Georges E. Sioui, *For an Amerindian autohistory*, Montreal, McGill-Queen's University Press, 1992, p. 98. De ahí que ni los grupos indios ni los negros se sientan identificados en los Estados Unidos con el tipo de historia que se enseña en las escuelas y luchen por establecer memorias colectivas propias (R. Rosenzweig y D. Thelen, *The presence of the past. Popular uses of history in American life*, Nueva York, Columbia University Press, 1998, pp. 147-176 («History in black and red: African Americans and American Indians and their collective pasts»).

17. Nueva York, Pantheon, 1978, al cual seguirían posteriormente, completando una especie de trilogía, *The world, the text and the critic* (Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1983) y *Culture and imperialism* (Londres, Chatto and Windus, 1993).

18. A modo de ejemplo mencionaré a M.ª Dolors García Ramon y Joan Nogué, «Colonialismo, imperialismo y explotación en geografía: nuevas aportaciones críticas sobre orientalismo y postcolonialismo», en Joan Nogué y José Luis Villanova, eds., *España en Marruecos*, Lleida, Milenio, 1999, pp. 35-54, que señalan la deuda de los geógrafos con Said.

estudiosos de las lenguas, las culturas y la historia de Oriente, que suele confundir con el de los escritores y pintores «orientalistas», ha hecho que su herencia resulte ambigua.[19]

Al margen de su función de llamar la atención sobre el problema, *Orientalism* ha ejercido poca influencia sobre los historiadores especializados,[20] mientras que tanto este libro como la obra posterior de Said, referida sobre todo al análisis de obras literarias, han tenido mucha en quienes se dedican a los estudios literarios, y en especial en los miembros de los departamentos de inglés de las universidades norteamericanas, a quienes proporcionaban unos objetivos nuevos y estimulantes que les permitían aplicar de manera más ambiciosa sus métodos de análisis del discurso y de las representaciones. No ha de extrañar, por lo tanto, que Said haya sido uno de los inspiradores fundamentales del «postcolonialismo», ni que los cultivadores de esta corriente procedan en su mayor parte del campo de los estudios literarios o de la cultura, como pasa con los indios Homi Bhabha, que hace una mezcla confusa de psicoanálisis, deconstrucción y Foucault a fin de estudiar las relaciones coloniales, o Gayatri Chakravorty Spivak, profesora de humanidades en Columbia University, para quien las referencias «teóricas» son Foucault, Derrida (a quien ella misma ha traducido), Deleuze o Guattari, que se autodefine como persona «con una cierta *carte d'entrée* en los *ateliers* teóricos de élite de Francia» y que ha creído necesario defenderse de los «amigos teoricistas» que han criticado un trabajo suyo por «excesiva preocupación por el "realismo histórico"» diciendo: «espero que una segunda lectura los persuadirá de que mi preocupación se ha dirigido a la fabricación de representaciones de la denominada realidad histórica».[21]

19. Las contradicciones del pensamiento de Said están bien analizadas en Bill Ashcroft y Pal Ahluwalia, *Edward Said. The paradox of identity*, Londres, Routledge, 1999. Una útil selección de textos en A. L. Macfie, ed., *Orientalism. A reader*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2000.

20. Hace pocos años una serie de especialistas de la historia del Oriente Próximo —Hourani, André Raymond, Rodinson, Halil Inalcik, etc.—, a los cuales se pedía su opinión sobre la obra de Said, se mostraron en su mayoría en desacuerdo con él (Nancy Elizabeth Gallagher, *Approaches to the history of the Middle East. Interviews with leading Middle East historians*, Reading, Ithaca Press, 1994). Para una visión del orientalismo erudito hasta mediados del siglo XIX, Gustave Digat, *Histoire des orientalistes de l'Europe du XII^e^ au XIX^e^ siècle*, Paris, Maisonneuve, 1868-1870, 2 vols.

21. De Homi K. Bhabha pueden verse, por ejemplo, sus superficiales contribuciones al volumen, «editado» por él, *Nation and narration*, Londres, Routledge, 1990, con una introducción donde da vueltas a una trivial identificación de «nación» y «narración» como dos invenciones, tema que no es precisamente nuevo, y un capítulo final donde la frivolidad empieza por el título «derridiano» —«DissemiNation: time, narrative, and the margins of the modern nation»—, con poco más que retórica. Consideración que puede hacerse extensiva al libro de Gayatri Chakravorty Spivak, *A critique of postcolonial reason. Toward a history of the vanishing present*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1999, del cual se hace una cita (p. 244). Nadie podría atacar como contagiada por la historia a la autora de una serie de insoportables piezas de retórica «gálica». Un análisis crítico de la teoría del discurso colonial en D. A. Washbrook, «Orients and Occidents: Colonial discourse theory and the historiography of the British empire», en R. W. Winks, ed., *The Oxford history of the British empire. V: Historiography*, Oxford, Oxford University Press, 1999, pp. 596-611.

Cuando uno observa cómo estos estudiosos se dedican a dar vueltas una y otra vez en torno a la interpretación de obras literarias —como *Heart of darkness* de Conrad—, rehuyendo cualquier referencia a los problemas reales del mundo postcolonial, y cuando se leen afirmaciones como que «el mito de la universalidad es una estrategia primaria del poder colonial», ya que marginaliza y excluye las características distintivas, la diferencia, de las sociedades postcoloniales —a lo cual Amartya Sen ha replicado que hay cosas, como las libertades democráticas, que son útiles en cualquier parte del mundo—, cuando se menosprecia la historia, considerándola como una estrategia del hombre blanco, o se llega a decir, como Allan Bishop, que las matemáticas occidentales son «el arma secreta del imperialismo cultural», y se nos propone la adopción de los sistemas de contar de los primitivos, esto es, de las «etnomatemáticas», parece claro que conviene prevenirse contra el peligro de que esta suerte de planteamientos, extremando la desconfianza hacia la «realidad histórica», acaben convirtiéndose en nuevas herramientas de una marginación mucho peor de los «otros». «La retirada de las verdades universales en nombre de una nueva multiplicidad por parte de los teóricos del postcolonialismo —ha dicho Jacoby— lleva a una incapacidad para analizar y juzgar.» Sus denuncias acaban en meros gestos sin utilidad, y sin ninguna propuesta útil. Salman Rushdie había explicado en 1982 que multiculturalismo quería decir, en las escuelas británicas, enseñar a los niños a tocar el bongo o a vestir el sari y convencerles, de paso, de que los negros son «culturalmente tan diferentes» que por fuerza han de crear problemas de convivencia.[22]

No puede negarse que el postcolonialismo contiene elementos de respuesta progresista por parte de aquellos cultivadores de los estudios culturales que luchan por los valores positivos de lo «políticamente correcto» y del «multiculturalismo»; pero en su lado negativo hay que apuntar que su concentración en el estudio de las representaciones los aleja de los problemas reales y los hace cómplices del inmovilismo por el hecho mismo de que parten del principio de que los colonizados no se pueden expresar por sí mismos, sino que necesitan de las voces del científico social «postcolonialista» para hacerlo.[23] Unas voces que, desgraciadamente, acostumbran a ocuparse de un tipo de problemas que pueden resultar interesantes en los círculos académicos de los países desarrollados, pero que, concentrándose en lo meramente cultural —en la confrontación Oriente-Occidente— y olvidando los aspectos políticos y eco-

22. Bill Ashcroft, Gareth Griffiths and Helen Tiffin, eds., *The post-colonial reader*, Oxford, Blackwell, 1995; Peter Childs and Patrick Williams, *An introduction to post-colonial theory*, Hemel Hempstead, Prentice Hall, 1997 (contiene tres capítulos específicos sobre Said, Bhabha y Spivak; la cita de Rushdie la tomo de p. 77).

23. Véase, por ejemplo, el trabajo de Gayatri Chakravorty Spivak, «Les subalternes peuvent-ils s'exprimer?», en Mamadou Diouf, ed., *L'historiographie indienne en débat. Colonialisme, nationalisme et sociétés postcoloniales*, Paris-Amsterdam, Karthala-Sephis, 1999, pp. 165-229, donde después de una larga perorata de la más pedante retórica foucaulto-deleuzo-derridiana, propia de la autora, acaba concluyendo: «El subalterno no se puede expresar».

nómicos —la confrontación Norte-Sur—[24] no proporcionan ayuda alguna a las víctimas del imperialismo, en abierto contraste con aquellos antropólogos que han asumido la tarea, mucho menos elitista, de denunciar los abusos del terrorismo de estado en la India, en América Central o en Indonesia.[25] Russel Jacoby es muy crítico con los «postcolonialistas» de las universidades norteamericanas, que generalmente son profesores de los departamentos de inglés, con unos horizontes de investigación poco estimulantes en su campo, porque las grandes obras literarias que habrían de investigar han sido ya estudiadas *ad nauseam*.[26] Mezclando la preocupación por lo «políticamente correcto» con el análisis del discurso se dedican a descubrir por doquier las fechorías del discurso imperialista y buscan complicidades que denunciar (así, por ejemplo, ha habido quien criticaba a Derrida por haber atacado el *apartheid* sudafricano, diciendo que con esto estaba enmascarando las otras formas del racismo), sin ensuciarse personalmente las manos con un tipo de problemas reales y cotidianos que podrían descubrir, si se molestasen en mirar a su alrededor, sólo con salir a la calle.[27]

Lo que es evidente, en todo caso, es que el postcolonialismo resulta prácticamente inútil para los historiadores, aunque sólo sea por el hecho de que parte del rechazo de una historia que generalmente ignora (lo que ahorra a sus cultivadores el trabajo de documentarse adecuadamente). Las críticas estereotipadas de Said y de sus discípulos a la obra de los investigadores universitarios tienen poco que ver con la obra de historiadores como Donald F. Lach (1917-2000), que en su monumental e inacabado estudio sobre *Asia in the making of Europe*[28] dedicaba la segunda parte a estudiar el impacto de Asia sobre Europa y lo hacía usando, además de los testimonios escritos, las «fuentes silenciosas» que son los objetos. Ni con la nueva imagen de los tráficos en-

24. Gregg nos explica que, a mediados de los años ochenta, poco después de la invasión de Grenada, «una clase de estudiantes era informada por un especialista norteamericano en China, preparado en Harvard, que era necesario que fuesen los norteamericanos los que escribiesen la historia de China, porque los historiadores chinos tenían una visión demasiado sesgada para poder hacerlo objetivamente» (Gregg, *Inside out, outside in*, p. 133). Es evidente que esto tiene poco que ver con el «orientalismo».

25. Jeffrey A. Sluka, ed., *Death squad. The anthropology of state terror*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2000.

26. La bibliografía de 1997 reseñada en el *Shakespeare Quarterly* contiene 4780 entradas (¡13 al día!) sobre temas tan peculiares como «El fracaso de la amistad homoerótica en el "Mercader de Venecia" de Shakespeare» (Frank Kermode, «Writing about Shakespeare», en *London Review of Books*, 9 diciembre 1999, pp. 3-8).

27. Russel Jacoby, «Marginal returns. The trouble with post-colonial theory», en *Linguafranca*, 5 (n.° 6), sept./oct. 1995, pp. 30-37, donde describe de este modo su génesis: «el marxismo engendró el estructuralismo y el postestructuralismo; el postestructuralismo engendró el deconstruccionismo; el deconstruccionismo engendró el postmodernismo y los dos dieron nacimiento al postcolonialismo», que es en cierto modo heredero de Frantz Fanon y de Foucault, a través de Said. Por lo que se refiere a mi última afirmación, recuérdese que Columbia University está al lado de Harlem.

28. Donald F. Lach (en el volumen III en colaboración con Edwin Van Cley) *Asia in the making of Europe*, Chicago, University of Chicago Press, 1965-1993, 3 volúmenes en 9 tomos.

tre Asia y Europa que ha ido surgiendo de los trabajos de van Leur, Steensgaard, Reid, Tracy, Denys Lombard, Om Prakash, Subrahmanyam, etc. y que lleva en la actualidad a establecer una visión nueva de las relaciones entre el mundo del Índico y Europa entre 1500 y 1800: una visión en que el comercio marítimo con Occidente deja de tener el papel determinante que antes se le asignaba, situado como está en una red mucho más compleja de intercambios, en la que se analiza lo que significó el «desafío indio» a Europa y se propone explícitamente el abandono de las viejas visiones eurocéntricas.[29]

Como ha dicho Kenneth Pomeranz, es verdad que las ciencias sociales dominantes eran eurocéntricas, pero la solución no consiste en abandonar las comparaciones entre culturas y limitarse «a exponer la contingencia, la particularidad y tal vez la incognoscibilidad de los momentos históricos», sino que hay que confrontar las percepciones sesgadas de los dos lados para construir otras mejores.[30]

Una respuesta crítica a estas limitaciones, que enlazaba conjuntamente los problemas de la exclusión social y los de la marginación eurocéntrica, la dio, a partir de fines de los años setenta, la escuela india de los «subaltern studies», inspirada sobre todo por el ya citado Ranajit Guha,[31] que en el manifiesto ini-

29. Me limitaré a citar, para no multiplicar referencias bibliográficas fáciles de encontrar —aunque habitualmente ignoradas por los postcolonialistas culturales, que menosprecian olímpicamente la «historiografía disciplinaria» (Spivak, p. 221)— los dos volúmenes «editados» por James D. Tracy, *The rise of merchant empires* y *The political economy of merchant empires*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990 y 1991, y un libro reciente: Sushil Chaudhury y Michel Morineau, eds., *Merchants, companies and trade. Europe and Asia in the early modern era*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999. La apertura a posturas nada «orientalistas» es también evidente en la revista *Journal of early modern history*, que procura dar una visión global, con una óptica definida por su subtítulo: «Contacts, Comparisons, Contrasts». Un buen análisis crítico, en Sanjay Subrahmanyam, «Connected histories: Notes towards a reconfiguration of early modern Eurasia», en Victor Lieberman, ed., *Beyond binary histories*, pp. 289-316.

30. Kenneth Pomeranz, *The great divergence. China, Europe and the making of the modern world economy*, Princeton, Princeton University Press, 2000, p. 8.

31. Ranahit Guha, nacido en Bengala oriental en una familia de terratenientes en 1922, militó en el Partido Comunista hasta 1956. En 1959 marchó a Gran Bretaña, donde pasaría veintiún años, enseñando en las universidades de Manchester y de Sussex (en 1980 pasó a la Australian National University, en Canberra). Le habían propuesto hacer un libro sobre Gandhi, pero lo que realmente le interesaba era el estudio de la insurgencia campesina. Su primer trabajo importante fue un estudio sobre el «Permanent Settlement» de 1793 con el cual los ingleses introdujeron en Bengala un concepto «occidental» de la propiedad, con la idea de promover desarrollo capitalista, pero con el resultado, a consecuencia de no haber entendido el contexto del sistema agrario local, de conseguir todo lo contrario y crear una capa de terratenientes absentistas (Ranahit Guha, *A rule of property for Bengal. An essay on the idea of Permanent Settlement*, 1963; en el prólogo a la reedición de Durham, Duke University Press, 1996, que es la que uso, Amartya Sen califica a Guha como «el más creativo historiador indio de este siglo»). Después vendría *Elementary aspects of peasent insurgency in colonial India* (1983) y, sobre todo, la colección de los *Subaltern studies*, que empezó en 1982 como una serie que se proyectaba en tres volúmenes, pero que prosiguió, dirigida por el mismo Guha, y por otros desde el séptimo (la mayor parte de los datos proceden del prólogo mencionado de Amartya Sen y de los trabajos incluidos en el volumen VIII de los *Subaltern studies*, «Essays in honour of Ranahit Guha»).

cial de *Subaltern studies* denunciaba el carácter elitista de una historia nacionalista india que había heredado todos los prejuicios de la colonial y que era incapaz de mostrar «la contribución hecha por el pueblo *por sí mismo*, esto es *independientemente de la élite*» y de explicar el campo autónomo de la política india en los tiempos coloniales, en que los protagonistas no eran ni las autoridades coloniales ni los grupos dominantes de la sociedad indígena, «sino las clases y grupos subalternos que constituyen la masa de la población trabajadora y los estratos intermedios en la ciudad y en el campo— esto es, el pueblo». Guha reconoce a Gramsci como una de sus fuentes de inspiración en su propósito de analizar las formas de movilización horizontal de estos grupos, su ideología, la formación de una política «del pueblo», determinada en parte por las condiciones de explotación de estas clases subalternas, y la dicotomía que se estableció entre una burguesía que no supo representar a la nación y unas clases subalternas que, pese a la importancia de sus revueltas campesinas, no consiguieron cuajar una lucha nacional de liberación.[32]

El problema del sesgo de las fuentes lo llevó a plantearse la dificultad de llegar a la historia propia de los subalternos a partir de unos relatos contaminados por la visión de la contra-insurgencia, que acaba filtrándose por doquier. El historiador que se muestra favorable a los insurgentes, «sólo se ha distanciado de la prosa de la contrainsurgencia por una declaración de intenciones. Todavía deberá recorrer un largo camino antes de que pueda demostrar que el insurgente puede confiar en su trabajo para recuperar su lugar en la historia».[33]

Desde 1985, sin embargo, comenzaron a plantearse disidencias en el grupo, cuando una parte de sus miembros se propuso abandonar el proyecto historiográfico de Guha para avanzar por los caminos del postcolonialismo más convencional.[34] Sería entonces, significativamente, cuando los medios académicos occidentales comenzarán a tomarlos en cuenta y cuando su estilo —es difícil hablar de método en estas circunstancias— se ofrecería como una vía aplica-

32. «On some aspects of the historiography of colonial India», en *Subaltern studies. Writings on South Asian history and society edited by Ranajit Guha*, Delhi, Oxford University Press, 1982, pp. 1-8, y «Preface», en *Subaltern studies*, IV, Delhi, Oxford University Press, 1995, pp. VII-VIII. Lo esencial de los planteamientos de Guha lo recordaría Dipesh Chakrabarty en , «Discussion: Invitation to a dialogue», *Subaltern studies*, IV, pp. 364-376, donde, en respuesta a diversas críticas recibidas hasta entonces, reafirma que «la tarea de los historiadores marxistas de la India hoy no es la de repetir las ortodoxias recibidas del marxismo, sino la de devolver al pensamiento de Marx su tensión original» (p. 376).

33. Ranajit Guha, «The prose of counter-insurgency», en *Subaltern studies, 2*, Delhi, Oxford University Press, 1983, pp. 1-42 (cita de p. 40) y «Dominance without hegemony and its historiography», en *Subaltern studies*, VI, Delhi, Oxford University Press, 1989, pp. 210-309.

34. Véase la introducción de Vinayak Chaturvedi al volumen *Mapping subaltern studies and the postcolonial*, citado más arriba. El inicio de la disidencia puede verse en Gayatri Chakravorty Spivak, «Subaltern studies: Deconstructing historiography», en *Subaltern Studies*, IV, Delhi, Oxford University Press, 1985, pp. 330-363, donde realiza una propuesta de «deconstrucción de la historiografía» y pretende —con una batería de citas de Derrida, Nietzsche, Lacan y compañía—, llevar más allá los planteamientos críticos de los subalternos, hasta la disolución misma del proyecto historiográfico inicial.

ble de manera general al tercer mundo. Gyan Prakash lo presentaba en 1990 como un posible modelo para escribir «historias postorientalistas del tercer mundo», pero se encontraba con las objeciones de Rosalind O'Hanlon y David Washbrook, que denunciaban la incoherencia de querer combinar una perspectiva marxista que se proponía interpretar la historia y cambiar la sociedad, con otra de análisis textual que, a la vez que negaba la historia, contribuía con su mismo escepticismo a perpetuar un *status quo* regresivo.[35]

En 1994 los postulados de la escuela fueron objeto de un «forum» de *American Historical Review* en que Gyan Prakash defendió una visión cada vez más alejada de sus orígenes iniciales izquierdistas, en que el marxismo era acusado de haber perpetuado el discurso eurocéntrico que «universalizaba la experiencia histórica de Europa» e intentaba justificar la deriva desde el modelo de la «historia desde abajo» hasta los métodos foucaultianos, que prestaban «mayor atención a desarrollar la emergencia de la subalternidad como un efecto discursivo, sin abandonar la noción del subalterno como sujeto y actor». Desde aquí pasaba a una crítica «de la disciplina académica de la historia como una categoría teórica cargada de poder», que siempre acababa siendo historia de Europa y marginando a las otras disciplinas, y defendía un programa según el cual *Subaltern studies* obtiene su fuerza como crítica postcolonial de una combinación «catacréstica» de marxismo, postestructuralismo, Gramsci y Foucault, el oeste moderno y la India, la investigación de archivo y la crítica textual. (Obsérvese de paso el carácter elitista de un léxico con palabras como «catacréstica», que obligan al ciudadano normal a la consulta del diccionario, lo que le permitirá descubrir que en este contexto concreto la palabra es más bien equívoca,[36] y por eso mismo innecesaria, perfectamente reemplazable por cualquier otra más corriente.) Este programa era recibido con una actitud crítica por Florencia E. Mallon que, a la vez que mostraba la imposibilidad de ligar dos tendencias tan contradictorias, señalaba la trampa que podía implicar para quienes proponían nuevos métodos ignorar todo el trabajo erudito anterior.[37]

35. Gyan Prakash, «Writing post-orientalist histories of the third world: perspectives of Indian historiography», en *Comparative studies in society and history*, 32 (1990), n.º 2, pp. 383-408; Rosalind O'Hanlon y David Washbrook, «After orientalism: culture, criticism, and politics in the third world», *Comparative studies in society and history*, 34 (1992), n.º 1, pp. 141-167, seguida de una réplica de Gyan Prakash, «Can the "subaltern" ride? A reply to O'Hanlon and Washbrook», *id.*, pp. 168-184.

36. Empecemos ahorrando al lector el viaje al diccionario. Catacresis es la «figura por la cual una palabra que designa propiamente un objecto es usada para designar otro que tiene una cierta analogía con éste». Y catacréstico, naturalmente, es «relativo o perteneciente a la catacresis».

37. El foro se publicó en *American Historical Review*, vol. 99, n.º 5, diciembre de 1994 y comprendía: Gyan Prakash, «Subaltern studies as postcolonial criticism», pp. 1475-1490, Florencia E. Mallon, «The promise and dilemma of Subaltern studies: perspectives from Latin American history», pp. 1491-1515 (que, refiriéndose al rechazo a conocer el trabajo de los historiadores por parte de los postcolonialistas señalaba: «en el mundo académico actual, con su notoria sobreproducción, estas técnicas de menosprecio son especialmente atractivas», p. 1502) y Frederick Cooper, «Conflict and connection: rethinking colonial African history», pp. 1516-1545, también con bastante cautela por lo que se refiere a las posibilidades de utilización de estos

Desgraciadamente, sin embargo, el dilema entre dos tendencias incompatibles que denunciaba Mallon, se ha ido definiendo y la escuela —pese a alguna muestra estimable, pero confusa, de trabajo de base erudita como *Another reason*—[38] está cada vez más cerca de la crítica textual y de Foucault que de Gramsci y de la investigación de archivo, y ha ido derivando hacia una despolitización culturalista, con el riesgo de caer en el vacío verbal del postcolonialismo, en una evolución de la que puede resultar característica la obra de Spivak. El hecho de que, a la vez que se convertían en políticamente inocuos, los «subalternos» hayan conseguido ganar entre los medios académicos occidentales postmodernos la audiencia que no tenían en la época en que eran más subversivos, debería llevarles a pensar que tal vez han sido absorbidos por otro tipo de lógica de la contrainsurgencia.[39]

Uno de los problemas más graves, y más insidiosos, entre los muchos que ha creado el eurocentrismo ha sido su influencia en las nuevas historias autóctonas, donde se pueden encontrar generalmente dos defectos, que son comunes a un determinado estadio inicial de las historiografías del sur de Asia, de África y de América Latina. El primero es la adopción de los modelos historiográficos europeos, que ha llevado a intentar descubrir en el propio pasado aquellas mismas etapas que los historiadores europeos señalaban en sus países: las consecuencias de la transposición del concepto de feudalismo han sido graves en el caso de los partidos de la izquierda latinoamericana, que se empecinaban en propiciar inviables revoluciones burguesas, aunque tuviera que ser aliándose con las dictaduras militares, y han tenido efectos sangrantes en Ruanda, donde ha servido para justificar, como hemos señalado antes, la «revolución social» y el exterminio de los tutsis.

El tránsito de una historia colonial a otra nacionalista resultaba especialmente complejo en el caso de África, ya que los viejos modelos interpretativos coloniales comenzaban por excluirla de la historia. Para los británicos el continente era, en todo caso, un escenario de la historia del imperio: de la acción de los británicos —descubridores, militares, administradores— en tierras africanas. Inmediatamente después de la independencia, los historiadores africanos se vieron empujados a escribir una especie de historia «resistente», opuesta a la del imperialismo, pero que usaba los modelos interpretativos europeos para reintegrar su continente en el mismo tipo de historia que se derivaba de aquellos esquemas, lo que los obligaba a buscar los rastros de estados, de intercambios a larga distancia o de redes urbanas, abandonando a la etnografía el estudio de la vida rural, es decir la parte esencial de la realidad afri-

métodos en África. En cambio podemos ver un intento reciente de extender estos métodos a la historia africana tal como lo plantea Mamadou Diouf, «Entre l'Afrique et l'Inde: sur les questions coloniales et nationales. Ecritures et recherches historiques», en *L'historiographie indienne en débat*, pp. 5-35, un libro que reproduce justamente el artículo de Cooper.

38. Gyan Prakash, *Another reason. Science and the imagination of modern India*, Princeton, Princeton University Press, 1999.

39. Sumit Sarkar, «The decline of the subaltern in "Subaltern Studies"», en *Writing social history*, Delhi, Oxford University Press, 1998, pp. 82-108.

cana: «de esta manera —ha dicho Jean-Pierre Chrétien— la mayor parte de los africanos que han vivido quedaban fuera de la ciencia». O respondían con la simple inversión de los valores de la historiografía colonial, a la vez que trataban, contradictoriamente, de hallar un sentido histórico a los nuevos marcos nacionales definidos por la partición colonial, lo que les comprometía a legitimar de entrada las construcciones políticas y las formas de organización nacidas de la independencia.[40]

El fracaso económico inicial de los países africanos independizados llevó a buscar una interpretación, próxima a las teorías latinoamericanas de la dependencia, que echaba toda la culpa del atraso al colonialismo. De la vieja visión colonialista de un pasado africano primitivo, fruto de la incapacidad de sus habitantes, que habría sido modificado por la acción civilizadora de los europeos, se pasó ahora a una recuperación optimista de la historia propia —con reivindicaciones extremas de los valores africanos, como la de la «negritud» del Antiguo Egipto—[41] que sobrevaloraba el estado de civilización y desarrollo, en términos europeos, de África en los inicios de la Edad Moderna. Desde este punto de partida la explicación del subdesarrollo actual se reducía a establecer las culpas del colonialismo: a afirmar, como sostenía un libro de Walter Rodney, que Europa había subdesarrollado a África.[42]

La responsabilidad del imperialismo, que es innegable, no se atenúa por el hecho de que hoy sepamos que los imperios coloniales no han sido tan importantes para el crecimiento económico de las metrópolis como antes se pensaba. En lo que se refiere a Gran Bretaña los trabajos de Davis y Huttenback, por un lado, y de Cain y Hopkins, por otro, han demostrado que el imperio no era un buen negocio en términos globales, sino que sólo se beneficiaban de él algunos, mientras los costes de la operación los pagaba el conjunto de los ciudadanos. Algo parecido puede decirse de los imperios francés o japonés, y en lo que concierne al alemán, italiano o español, sus resultados fueron tan exiguos

40. Totin Falola, «West Africa» en Winks, *Historiography*, pp. 486-499. Jean-Pierre Chrétien, «Les mémoires, enjeux de l'histoire de l'Afrique» en J.-P. Chrétien y J.-L. Triaud, eds., *Histoire d'Afrique. Les enjeux de mémoire*, Paris, Karthala, 1999, pp. 491-500. En el volumen de *readings* compilado por Robert O. Collins, James McDonald Burns y E. Christopher Ching, *Problems in African history. The precolonial centuries*, Nueva York, Markus Wiener, 1993, uno de los apartados centrales se dedica justamente a «African states and trade», por más que una parte de los textos reunidos muestren que hay bastantes casos de estados que se han formado por razones muy distintas a la existencia de comercio exterior. Bogumil Jewsiewicki and David Newbury, eds., *African historiographies. What history for which Africa*, Beverly Hills, Sage, 1986.

41. Esta tesis, expuesta por primera vez por Cheik Anta Diop en 1954 y difundida por él mismo en el volumen II de la *Historia general de África* de la UNESCO, sería desarrollada por M. Bernal en *Atenea negra. I: La invención de la antigua Grecia, 1785-1985*, Barcelona, Crítica, 1993, y *II: The archaeological and documentary evidence*, Londres, Free Association, 1991 (y criticada duramente con posterioridad, sobre todo por Mary Lefkowitz).

42. Walter Rodney, *How Europe underdeveloped Africa*, Londres, Bogle-L'Ouverture, 1972 (edición en lengua española, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1981). Una revisión crítica bastante interesante de la evolución de la historiografía africanista puede verse en Claudio Moffa, *L'Afrique à la périphérie de l'histoire*, París, L'Harmattan, 1995.

que no merece la pena ni hablar de ellos. Uno de los historiadores que más y mejor han investigado las diferencias entre el crecimiento de los países desarrollados y el de los del tercer mundo, Paul Bairoch (m. 1999), insistió en desmitificar el papel de las colonias en el desarrollo de los países industrializados.[43]

Pero si la atribución de todas las culpas al colonialismo podía parecer convincente en los años sesenta, cuando los países africanos independizados parecían tener oportunidades de iniciar procesos de crecimiento autóctonos, reproduciendo los que había seguido la industrialización europea o por otras vías propias, como la del «socialismo africano» de Nyerere en Tanzania,[44] dejó de resultar creíble más tarde, cuando el fracaso de todos estos proyectos de desarrollo, y la evidencia de que la disparidad entre el crecimiento económico del África negra y el de los países desarrollados seguía aumentando, ha obligado a replantear todo un conjunto de cuestiones demasiado complejas como para resolverlas con las elucubraciones retóricas del postcolonialismo, y que sólo pueden estudiarse basándose en un análisis histórico adecuado de la realidad de cada uno de estos países.[45]

Las consecuencias de esta tara original, que impedía la fundación de una historia legítimamente africana, las sufriría, paradójicamente, Ernesto Che Guevara al intentar iniciar un proceso revolucionario en el Congo. Acudió con

43. Lance E. Davis y Robert A. Huttenback, *Mammon and the pursuit of empire: The political economy of British imperialism, 1860-1912*, Cambridge, University Press, 1986 (ed. abreviada 1988); P. J. Cain y A. G. Hopkins, *British imperialism. I: Innovation and expansion, 1688-1914. II: Crisis and deconstruction, 1914-1990*, Londres, Longman, 1993, 2 vols.; Michael Havinden y David Meredith, *Colonialism and development. Britain and its tropical colonies, 1850-1960*, Londres, Routledge, 1993; Jacques Marseille, *Empire colonial et capitalisme français. Histoire d'un divorce*, París, Seuil, 1989 (ed. original, 1984); Peter Duud, *The abacus and the sword. The Japanese penetration of Korea, 1895-1910*, Berkeley, University of California Press, 1995; Mitsuhiko Kimura, «The economics of Japanese impcrialism in Korca, 1910-1939», en *Economic History Review*, XLVIII (1995), n.º 3, pp. 555-574; D. K. Fieldhouse, *The West and the Third world*, Oxford, Blackwell, 1999; Bernard Waites, *Europe and the Third world*, Londres, Macmillan, 1999, etc. Para limitarme a dos referencias recientes de Paul Bairoch, que tiene una extensa bibliografía sobre estas cuestiones: *Victoires et déboires. Histoire économique et sociale du monde du XVIe siécle à nos jours*, París, Gallimard, 1997 y *Mythes et paradoxes de l'histoire économique*, París, La Découverte, 1999. Un replanteamiento interesante del tema, surgido de la escuela de Bairoch, es el de de Bouda Etemad, *La possession du monde. Poids et mesures de la colonisation*, Bruselas, Complexe, 2000.

44. Shivji, Issa G. *et al.*, *The silent class struggle*, Dar es Salaam, Tanzania Publishing House, 1976. Sobre el fracaso de este proyecto véase James C. Scott, *Seeing like a state. How certain schemes to improve the human condition have failed*, New Haven, Yale University Press, 1998, pp. 233-261.

45. Un análisis que evite, sin embargo, simplificaciones como las que hace, a partir de un enfoque estrictamente economicista, D. K. Fieldhouse (*The West and the Third world*, Oxford, Blackwell, 1999), que concluye que «prácticamente cada país del Tercer Mundo que no ha sido devastado por la guerra, la guerra civil o la simple incompetencia de los gobiernos es ahora más rico de lo que era antes de su integración en el mercado mundial», lo que le lleva a concluir que «Adam Smith, Ricardo y sus discípulos posteriores tenían razón» (pp. 350 y 355). Un planteamiento original del problema en Mike Davis, *Late victorian holocausts*, Londres, Verso, 2001.

ideas extraídas de interpretaciones históricas y políticas de raíz europea, como eran las del marxismo, y descubrió, por ejemplo, que no había en aquel rincón de África el tipo de problemas de lucha por la propiedad de la tierra que habían conocido Europa y una América colonizada por los europeos, sino que los campesinos respondían a formas propias de vida y a solidaridades tribales. Las soluciones que llevaba aprendidas de Cuba no servían para hacer la revolución en aquel medio social donde la contradicción principal era la que existía «entre naciones explotadoras y pueblos explotados».[46]

En América latina se hizo inicialmente una historia nacionalista que no daba ningún protagonismo a los nativos, atribuía todos los males a la colonia y fijaba el momento fundacional en la independencia, que habría dado lugar a una ruptura total, gracias a la dirección ejercida por los «próceres» fundadores del estado. Ha sido necesario proceder después a una reconstrucción total de esta visión «nacionalista» —en el sentido en que hemos aplicado este término a los casos de la India o de África—, de la cual han surgido, sobre todo en la América andina, unos trabajos de etnohistoria que han conseguido aproximarse a la problemática de los indígenas, en ocasiones gracias a la asociación de erudición histórica y preocupación política por la suerte de las grandes masas nativas que viven hoy en países como Ecuador, Perú o Bolivia. Unos indígenas que reivindican ahora su nacionalidad étnica y que en algunos casos, como el de los cataristas de Bolivia, aspiran, por el hecho de ser mayoría, a alcanzar el control de la nación criolla que se construyó sin tenerles en cuenta.[47]

Ha sido necesario también reconstruir la historia colonial y profundizar en la de las sociedades nacionales surgidas de la emancipación, superando la épica de la independencia y la falsa ruptura radical que se suponía existir entre la época anterior y posterior a ésta, para alcanzar una visión que no se limite, como ha denunciado Germán Carrera Damas, a mostrarnos una historia vista exclusivamente a través de la mentalidad criolla, decididamente eurocéntrica, sino que establezca una nueva valoración que incluya «su rico patrimonio indígena y africano».[48]

46. Ernesto Che Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*, Barcelona, Mondadori, 1999, pp. 266-267.

47. La necesidad de evitar listas bibliográficas demasiado largas obliga a limitarse a la referencia de algunos grandes nombres como el de John V. Murra, que mostró la especificidad del uso de los pisos ecológicos por los campesinos indígenas, del Alberto Flores de *Buscando un inca* o de los equipos que trabajaban en el Cuzco en torno de *Allpanchis* y de la *Revista andina* (y de las actividades paralelas de formación campesina que éstos realizaban junto a su trabajo de erudición, acompañados de libros tan extraordinarios como la *Historia rural del Perú*, de Guido Delgran, Cuzco, Centro de Estudios Rurales Andinos, 1981/2) o el de los libros publicados en Ecuador para las ediciones Abya-Yala. La muestra más reciente de esta línea es el excelente primer volumen de la *Historia de América andina* publicada por la Universidad Andina Simón Bolivar (Luis Guillermo Lumbreras, ed., *Las sociedades aborígenes*, Quito, Universidad Andina Simón Bolivar, 1999).

48. Germán Carrera Damas, «Introducción general» al primer volumen de la *Historia general de América latina* patrocinada por la UNESCO (Madrid, Trotta, 1999, pp. 13-23). Por lo que se refiere a la historia colonial, es necesario mencionar de forma especial nombres como el

En Oceanía, en cambio, donde el debate sobre el pasado se ha hecho casi exclusivamente en términos de antropología,[49] esta situación puede modificarse por la presión de los grupos nativos que quieren asumir el estudio de su historia —como pasa en Nueva Zelanda, donde los maoríes discuten el tipo de análisis llevado a cabo hasta ahora por los *pakeha* (neozelandeses de origen europeo)—,[50] o que denuncian, como en Australia, las interpretaciones «blancas» que han servido para construir la imagen de la inferioridad del nativo y justificar que se le arrebate el control de los recursos naturales. Los estudios que tratan de integrar las dos perspectivas, la de los colonizadores y la de los colonizados, como los que hace en Australia el grupo que desde 1977 publica la revista *Aboriginal history*, pueden tener bastante transcendencia de cara al futuro, ya que, como se ha dicho, allí «la historia está en el corazón de muchas controversias sobre la política». De cómo se interprete el pasado depende la respuesta que se dé a cuestiones tan cruciales como, por ejemplo, si Australia ha de convertirse en una república, si su futuro ha de orientarse hacia el Asia del sureste, qué política de inmigración se ha de seguir o «la compensación a los aborígenes por los malos tratos recibidos en el pasado».[51]

de Pablo Macera (*Trabajos de historia*, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1977, 4 vols.) o el de Carlos Sempat Assadourian (*El sistema de la economía colonial*, México, Nueva Imagen, 1983), que han renovado por completo la vieja óptica que sólo veía a América como uno de los dos puntos terminales de las corrientes de intercambios entre las «colonias» y la metrópolis. Un buen estado de la cuestión se encuentra en Juan Carlos Korol y Enrique Tandeter, *Historia económica de América Latina: problemas y procesos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998. Un intento por aplicar al caso de América Latina una mezcla de Wallerstein y «Subaltern studies» en versión postcolonial en Walter D. Mignolo, *Local histories/Global designs. Coloniality, subaltern knowledges and border thinking*, Princeton, Princeton University Press, 2000. No sorprenderá que diga que un libro como éste, con una extensísima relación bibliográfica donde figura la totalidad de los libros «à la mode», con treinta autocitas del propio autor, ignora casi por completo toda la historiografía latinoamericana de las últimas décadas.

49. De la que puede ser harto representativa la obra de Marshall Sahlins: *Historical metaphors and mythical realities. Structure in the early history of the Sandwich Islands kingdom*, (Ann Arbor, The University of Michigan Press, s.a.), *Islands of history* (University of Chicago Press, 1985) —donde proclama la confluencia de antropología e historia, no solamente en términos de colaboración «El problema es cómo hacer estallar el concepto de historia por la experiencia antropológica de la cultura», p. 72—, *How the «natives» think about captain Cook* (University of Chicago Press, 1995), etc.

50. Stephen O'Regan, «Maori control of the Maori heritage», en P. Gathercole y D. Lowenthal, eds., *The politics of the past*, Londres, Routledge (One world archaelogy), 1994, pp. 95-106; James Belich (*Making peoples. A history of New Zealanders. From Polynesian settlement to the end of the ninenteenth century*, Auckland, Penguin Books, 1996, p. 58) ha escrito: «Una historia general de Nueva Zelanda no debe ignorar la concepción maorí de su pasado lejano, ni limitarla a un prólogo romántico, totalmente mitológico, que son las dos prácticas usuales». Véase también, del mismo autor, «Colonization and history in New Zealand» en el volumen ya citado Winks, *Historiography*, pp. 182-193.

51. Howard Creamer, «Aboriginal perceptions of the past: the implication for cultural resource management in Austalia», en Gathercole y Lowenthal, *The politics of the past*, pp. 130-140. Una selección de trabajos de *Aboriginal history* se puede encontrar en Valerie Chapman and Peter Read, eds., *Terrible hard biscuits. A reader in aboriginal history*, St. Leonards, Allen

Partiendo de estas revisiones, cabe preguntarse si hay alguna posibilidad de reconstruir una historia universal que escape del pie forzado del «orden convencional de la evolución unilineal» que organiza todas las historias de los hombres en función del punto de llegada de la clase de presente impuesto por los pueblos europeos: que lleva todas las corrientes, todos los proyectos diversos del pasado, hacia su único y definitivo fin de la historia.[52]

Las soluciones posibles no pueden venir por la vía de la «world history», que nos ofrece visiones de los «procesos históricos» a largo plazo —e incluso «a muy largo plazo»—, donde dominan y teorizan sociólogos que invocan como maestro a Norbert Elias y que tratan de extender el alcance de su análisis del proceso de civilización para explicar con él toda la historia mundial, pero que también hacen referencias explícitas a Spencer, a Tylor y, sobre todo a Max Weber. Su propuesta de «concebir el pasado humano no en términos de fechas y de individuos, sino en términos de estadios o fases impersonales —combinando la «cronología» con una «faseología» de origen sociológico— implica lógicamente una sucesión única de etapas y no parece que lleve más que a elucubraciones de escasa rentabilidad.[53]

Otras tendencias admiten la diversidad de las historias, sin una pauta común, pero sólo hasta el momento en que el desarrollo del capitalismo establece un mercado mundial que crea unas relaciones de interdependencia entre sus diversos partícipes. Pero ni esto les salva de la linealidad ya que, respecto del período anterior a este proceso de «mundialización», sus esfuerzos se limitan a un análisis comparativo que explique el «excepcionalismo europeo»: las causas que han dado al «Oeste» una posición dominante en este mercado mundial, y, por tanto, en la historia universal. En esta línea podemos hallar desde la visión estimulante, aunque algo simplista, de William McNeill (*The rise of the West*, 1963; *Plagues and peoples*, 1976; *The pursuit of power*), hasta las muchas que se limitan a explicar el éxito del Oeste en términos de eficacia económica, como las de Eric Jones (*The European miracle*, 1981; *Growth recurring, Centuries of economic endeavour*) y, últimamente, D. Landes (*La riqueza y la pobreza de las naciones*, 1998).[54] Hay todavía otra familia de explicaciones del «excepcionalismo» que analizan, conjuntamente o en com-

and Unwin, 1996. Poca preocupación por los aborígenes se ve, en cambio, en la revisión global de Stuart Macintyre, «Australia and the empire», en Winks, *Historiography*, pp. 163-181. Las consideraciones sobre historia australiana y política actual provienen de Geoffrey Blainey, «Brave new themes», en *Times Literary Supplement*, 1 octubre 1999, p. 8.

52. Sioui, *For an Amerindian autohistory*, p. 105; sobre los problemas de elaboración de una historia universal, vistos desde una perspectiva africana, Steven Feierman, «African histories and the dissolution of world history», en Robert H. Bates, V. Y. Mudimbe y Jean O'Barr, eds., *Africa and the disciplines*, Chicago, University of Chicago Press, 1993, pp. 167-212.

53. Johan Goudsblom, Eric Jones and Stephen Mennell, *The course of human history. Economic growth, social process and civilization*, Armong, M. E. Sharpe, 1996.

54. La repercusión lograda por la obra de Landes explica que *American Historical Review* (octubre 1999, pp. 1240-1257) le dedicase una compilación de tres «review essays» de Joel Mokyr, Donna J. Guy y Charles Tilly, con el título global de «Explicando la dominación europea».

paración más o menos explícita, Europa y el Japón, y otras aunque presentan soluciones más complejas e ingeniosas, como la de Pomeranz, que sostiene que Europa y el Extremo Oriente estaban en situaciones de desarrollo muy parecidas hacia 1750, pero que la disponibilidad de carbón mineral accesible, que permitía prescindir en parte del consumo de leña, y las materias primas y los alimentos de América, hicieron posible la diversificación de la revolución industrial, a diferencia de lo que ocurrió en Asia oriental, que se vio obligada a intensificar el trabajo en la agricultura.[55]

Se puede caer en la linealidad eurocéntrica incluso cuando se abandona el carácter apologético de algunas de las visiones anteriores, que consideran el éxito «occidental» como un premio a una serie de virtudes —por ejemplo, el casamiento tardío de los europeos que daría una demografía menos expansiva—, y se adopta una actitud neutral, o incluso condenatoria, de este proceso. Tal sería el caso de autores como Eric Wolf (*Europe and the peoples without history*, 1982), Janet Abu-Lughos (*Before European hegemony*, 1989) o André Gunder Frank.

Neutral, en buena medida, es también el planteamiento del grupo de la «global history», donde encontramos historiadores que parten de la idea de que hoy vivimos en la culminación de un tiempo de unificación planetaria, pero que no estudian el proceso de «modernización» que Occidente impuso al resto del mundo y que ha servido de justificación al imperialismo, sino el de «globalización» posterior, entendido como «el proceso global por el que numerosos participantes están creando una nueva civilización». Los globalizadores rechazan explícitamente cualquier interpretación que mantenga que hay diferencias substanciales entre «nosotros y los otros» y proclaman que «los "bárbaros", es decir los pueblos inferiores, no figuran ya en la historia global; sólo pueblos menos desarrollados por el momento».[56]

55. El primer caso es el de John P. Powelson, *Centuries of economic endeavor. Parallel paths in Japan and Europe and their contrast with the Third world*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1997; el segundo, el de Christopher Howe, *The origins of Japanese trade supremacy. Development and technology in Asia from 1540 to the Pacific war*, Londres, Hurst and Co., 1996, con una visión limitadamente economicista; el último es el libro ya citado de Kennet Pomeranz, *The great divergence. China, Europe and the making of the modern world economy*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

56. Tomo los conceptos de los artículos programáticos de Bruce Mazlish y en especial de «Comparing global history to world history» en *Journal of interdisciplinary history*, XXVIII (1998), n.º 3, pp. 385-395. La serie «Global history» ha publicado estos tres volúmenes: Bruce Mazlish and Ralph Buultjens, eds., *Conceptualizing global history*, Boulder, Westview Press, 1993; Wang Gungwu, ed., *Global history and migrations* y Robert P. Clark, *The global imperative. An interpretive history of the spread of Humankind*, los dos en Boulder, Westview Press, 1997. Aunque los trabajos del grupo, que se refieren sobre todo a la segunda mitad del siglo XX, son interesantes, no está demasiado claro que esta óptica, heredera de la de los años felices del «desarrollismo» —la visión de unos pueblos que están en diversos grados de la escala universal del desarrollo y que convergen hacia un mismo nivel— resulte la adecuada para un tiempo como el nuestro que lo que nos enseña es, al contrario, una divergencia creciente de los niveles de riqueza y bienestar, ante la cual fenómenos como el de la «globalización de la música», por mencionar uno solo de los ejemplos que éstos estudian, pueden no ser demasiado significativos.

Muchas de las visiones condenatorias del proceso globalizador parten de los viejos esquemas circulacionistas, y de las visiones del dependentismo, para explicar la realidad actual como producto del desarrollo de un capitalismo depredador. Este sería el caso de André Gunder Frank,[57] un economista nacido en Berlín en 1929 y educado en los Estados Unidos, que vivió en América Latina algunos años y sacó de la experiencia de su subdesarrollo las ideas que lo convertirían en el pionero de la escuela de la dependencia —una teoría, dice John Lynch, «diseñada por sociólogos, manufacturada por politólogos y comprada por historiadores»— y que inspirarían también una interpretación histórica publicada en 1978 bajo el título de *World accumulation 1492-1789*, que le aproximaba a los planteamientos de la escuela del «modern world-system» (generalizada como WST o «world-systems theory») de Immanuel Wallerstein. Con *ReOrient: Global economy in the Asian age*, (1998), Frank propone una revisión de la historia del crecimiento económico moderno que busca su origen en Asia, donde «la productividad, la producción y la acumulación fueron mayores que en Europa, al menos hasta 1800. Y sostiene que Europa no habría podido nunca «ganar (temporalmente)» si no hubiera dispuesto del tesoro americano.

Immanuel Wallerstein es un sociólogo —ha sido presidente de la International Sociological Association—, que ha refundido elementos residuales de marxismo y una fuerte influencia de Fernand Braudel —de hecho fue uno de los discípulos más cercanos del historiador francés en los últimos años de su vida— para fundamentar un esquema que se basa en dos principios: 1) las sociedades están fuertemente afectadas por las interacciones entre ellas y 2) el sistema mundial moderno se ha estructurado como una jerarquía centro/periferia en que los estados del centro han explotado a los periféricos (el juego se enriquece, además, con la consideración de la «semiperiferia»). Ha habido en la historia, dice Wallerstein, dos tipos de «sistemas mundiales»: los imperios mundiales, unificados políticamente, y las economías mundiales. Hasta 1500 las economías mundiales eran inestables, y o bien se convertían en imperios o se desintegraban. Desde el siglo XVI, en cambio, subsiste una economía mundo, la del capitalismo, que no ha derivado en imperio. La visión que Wallerstein da de la construcción del «sistema mundial», expuesta en libros donde ha hecho un notabilísimo esfuerzo por asimilar las investigaciones históricas existentes (*The modern world system* I, 1974; II, 1980 y III, 1989), ha tenido una fuerte influencia en los arqueólogos, pese a que Wallerstein «nunca dijo que su teoría del «sistema mundial» pudiese aplicarse a «mundos» anteriores o ajenos al moderno sistema mundial capitalista de base europea». Como sociología histórica aplicable al

57. Es imposible sintetizar la bibliografía de André Gunder Frank, autor de unos cuarenta libros, el primero de los cuales, *Capitalism and underdevelopment in Latin America* (1967) ha tenido unas cincuenta ediciones en ocho lenguas distintas. Tomo la mayor parte de informaciones para este párrafo del volumen de homenaje: Sing C. Chew y Robert A. Denenamrk, eds., *The underdevelopment of development. Essays in honor of André Gunder Frank*, Thousand Oaks, California, Sage, 1996, con contribuciones de gente como Samir Amin, Eric Wolf o Immanuel Wallerstein.

presente, sin embargo, la WST presenta a menudo caracteres de morfología y ha llevado a su autor a utilizarla como un mecanismo para hacer predicciones que rechazaría cualquier historiador, que debe ser forzosamente consciente, por la evidencia guardada en los archivos, de la contingencia de los destinos humanos y de la incertidumbre de las predicciones.[58]

La única vía de escape de la linealidad parece residir en la adopción de formas de exploración comparativa que analicen desarrollos distintos. Un ejemplo ambicioso, pero harto discutible, lo tenemos en Victor Lieberman, que ha querido romper las dicotomías que se contentan con la comparación, y contraposición, entre el este y el oeste (las «historias binarias», como él las denomina), con un esquema comparativo de la evolución de diversos países de Eurasia —Birmania, Tailandia, Vietnam, Francia, Rusia y Japón— entre el final de la Edad Media y 1830, que mostraría la aparición independiente y paralela de procesos de «consolidación territorial, centralización administrativa, integración cultural-étnica e intensificación comercial», debidos en gran parte a la coincidencia de expansión agrícola, aumento de los intercambios, disponibilidad de armas de fuego y mejora de los métodos fiscales, y a una serie de cambios culturales que estimularían el desarrollo del estado.[59] Es también una pauta comparativa, pero esta vez no con Europa sino entre África y Asia del sur, lo que nos propone Mamadou Diouf en su intento por poner al alcance de los historiadores africanos postcoloniales los métodos de la escuela india de los «subaltern studies», al preguntarse: «Leer los rastros entrecruzados y múltiples de las trayectorias que se dibujan en África desde hace cerca de medio siglo, ¿no nos impone una revisión radical del modelo histórico occidental para tomar en cuenta la diversidad de las condiciones culturales e históricas de los grupos implicados?».[60]

Sin embargo, elaborar una historia comparativa no es fácil. A menudo se cae en la trampa de hacer las comparaciones entre naciones, asumiendo que cada

58. La bibliografía de Wallerstein es demasiado extensa como para citarla aquí. En el último de sus libros —*The end of the world as we know it*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999— expone un «escenario» de futuro (anticipado en *The age of transition*, 1996) que predice «un largo periodo de tiempos oscuros, el aumento de guerras civiles (locales, regionales y tal vez a escala mundial)» y que sólo deja como incerto que «el resultado de este proceso forzará la "búsqueda de orden" en direcciones contradictorias (una bifurcación), cuyos resultados son inherentemente imprevisibles» (p. 48). Entre los libros de conjunto sobre la WST desde un punto de vista histórico se pueden ver A. Gunder Frank y B. K. Gills, eds., *The World System: five hundred years or five thousand?*, Londres, Routledge, 1993 y P. Nick Kardulias, ed., *World-systems theory in practice*, Lahnam, Rowman and Littlefiel, 1999 (se hace una cita de una contribución de Gunder Frank a este volumen, p. 277). De naturaleza distinta, pero planteada de forma imprecisa, es la propuesta de A. G. Hopkins de recuperar los marcos de la «historia imperial» para superar las limitaciones de una determinada «historia nacional» («Back to the future: from national history to imperial history», en *Past and present*, 164 —agosto 1999—, pp. 198-243).

59. Victor Lieberman, «Transcending east-west dichotomies: state and culture formation in six ostensibly disparate areas», en *Beyond binary histories*, pp. 19-102.

60. En el volumen, ya citado; Mamadou Diouf, ed., *L'historiographie indienne en débat. Colonialisme, nationalisme et sociétés postcoloniales*, 1999 (cita de p.32).

una de las entidades que comparamos tiene un carácter tan uniforme como para que puedan hacerse afirmaciones generalizadoras sobre ellas, y olvidando otras posibilidades de agrupar los elementos que queremos considerar. Robert Gregg ha denunciado las trampas que a menudo se hacen con ejercicios comparativos entre «naciones» que acaban convirtiéndose en legitimadores de visiones del excepcionalismo del propio país. En el caso de los Estados Unidos, concluye, la aceptación general de su excepcionalismo dependía en buena medida del hecho de que el país tenía historiadores «excepcionales», a quienes nadie discutía sus pretensiones de objetividad, ni les descubría la contaminación de su posición social/imperial, «y que se podían permitir el lujo de considerar que eran los historiadores de todas las otras naciones los que estaban tarados».[61]

Hasta ahora, en este capítulo, hemos hablado sobre todo de aspiraciones no realizadas y de problemas mal resueltos. Convendrá que destinemos un espacio adicional a las posibles soluciones: a los caminos que pueden llevarnos hacia esa nueva historia de todos que nos habría de permitir superar la tradicional «historia de los hombres» y conseguir, como quería el poeta, «mostrar la multitud y cada hombre en detalle, con lo que lo anima y lo que lo desespera».[62]

61. Gregg, *Inside out, outside in*, p. 26.
62. Paul Éluard, «Pouvoir tout dire», en *Oeuvres complétes*, París, Gallimard, 1984, II. p. 363.

16. EN BUSCA DE NUEVOS CAMINOS

Uno de los mayores retos que se nos presentan hoy a los historiadores es el de volver a implicarnos en los problemas de nuestro tiempo como lo hicieron en el pasado aquellos de nuestros antecesores que ayudaron con su trabajo a mejorar, poco o mucho, el mundo en que vivían. Si los historiadores franceses del primer tercio del siglo XX estudiaban la revolución de 1789 era porque querían contribuir a asentar los fundamentos de las libertades democráticas contra las fuerzas que las amenazaban (y no es por casualidad que en 1940 buena parte de los que defendían una interpretación progresista de la revolución se unieron a la resistencia y que una parte de los que la combatían en el terreno de la historia colaboraron con los alemanes). Y si los historiadores marxistas británicos de después de la Segunda Guerra Mundial se dedicaron a analizar en profundidad la revolución industrial y sus antecedentes, era para entender mejor los fundamentos del capitalismo con el fin de aliviar los males que causaba. A nosotros nos corresponde el gran desafío de encontrar las causas de los dos grandes fracasos del siglo XX: explicar la barbarie que lo ha caracterizado, con el fin de evitar que se reproduzca en el futuro, y la naturaleza de los mecanismos que han engendrado una mayor desigualdad, desmintiendo las promesas del proyecto de desarrollo que pretendía extender los beneficios del progreso económico a todos los países subdesarrollados del mundo. Sería triste que tuviésemos que repetir la queja que Marc Bloch formulaba en nombre de los historiadores de su tiempo: «No nos hemos atrevido a ser en la plaza pública la voz que clama en el desierto... Hemos preferido encerrarnos en la quietud de nuestros talleres... No nos queda, a la mayor parte, más que el derecho a decir que fuimos buenos obreros. ¿Pero hemos sido también buenos ciudadanos?».[1]

Esto no significa que haya que volver a trabajar como lo hacían nuestros predecesores: que debamos volver a la historia económica y social de Labrousse o a la historia social y cultural de Thompson, aunque en una y otra haya mucho que sigue siendo válido. Si los teóricos del postmodernismo y de la subalternidad nos han mostrado que nuestro instrumental tenía fallos, conviene que lo revisemos antes de proseguir la tarea. Pero esta revisión no lo es todo. Teoría y

1. Marc Bloch, *L'étrange défaite*, París, Gallimard, 1990, pp. 204-205.

método no son los objetivos de nuestro oficio, sino tan sólo las herramientas que empleamos en el intento de comprender mejor el mundo en que vivimos y de ayudar a otros a entenderlo, con el fin de que entre todos hagamos algo para mejorarlo, que siempre es posible. En los momentos amargos de la derrota francesa Bloch lo reivindicaba. Una conciencia colectiva, decía, está formada por «una multitud de conciencias individuales que se influyen incesantemente entre sí». Por ello, «formarse una idea clara de las necesidades sociales y esforzarse en difundirla significa introducir un grano de levadura en la mentalidad común; darse una oportunidad de modificarla un poco y, como consecuencia de ello, de inclinar de algún modo el curso de los acontecimientos, que están regidos, en última instancia, por la psicología de los hombres».[2]

La crítica justificada de los viejos métodos no debe llevarnos a la negación del proyecto de un nuevo tipo de historia total que nos permita entender los mecanismos esenciales de funcionamiento de la sociedad, lo cual no significa buscar unas «leyes» que determinen su evolución, sin que podamos contentarnos con hallazgos puntuales que sólo responden a una pequeña parte de nuestros problemas y que no interesan más que a los miembros de la tribu académica. Hemos de renovar nuestro utillaje teórico y metodológico para que nos sirva para volver a entrar en contacto con los problemas reales de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, de los que la historia académica, incluyendo sus variantes postmodernas, nos ha alejado. Necesitamos superar la fractura que en la actualidad existe entre la memoria del pasado que los hombres construyen para organizar sus vidas —estableciendo puentes desde la propia memoria personal y familiar hacia un pasado más amplio, construido con experiencias, recuerdos de gente de otras generaciones, lecturas, imágenes recibidas de los medios de comunicación, etc.— y la historia que se enseña en las escuelas, que la gente común ve como un saber libresco «sobre la política, los reyes, las reinas y las batallas».[3]

Una nueva historia «total» deberá ocuparse de todos los hombres y mujeres en una globalidad que abarque tanto la diversidad de los espacios y de las culturas como la de los grupos sociales, lo cual obligará a corregir buena parte de las deficiencias de las viejas versiones. Habrá de renunciar al eurocentrismo y prescindirá, en consecuencia, del modelo único de la evolución humana con sus concepciones mecanicistas del progreso, que aparece como el producto fa-

2. *Id.*, p. 205. Trescientos años antes, un gran rebelde, John Milton, escribió: «Los libros no son cosas totalmente muertas, sino que contienen una potencia de vida que es tan activa como el alma que los ha creado (...) Sé que son tan vivos y tan vigorosamente productivos como los fabulosos dientes del dragón; y que, sembrados aquí y allá, pueden hacer nacer hombres armados». John Milton, «Areopagitica», en *Prose writings*, Londres, Dent, 1974, p. 149.

3. Roy Rosenzweig y David Thelen, *The presence of the past. Popular uses of history in American life*, New York, Columbia University Press, 1998; Kathy Emmott, «A child's perspective on the past: influences of home, media and school», en *Who needs the past? Indigenous values and archaeology*, Londres, Routledge, 1994, pp. 21-44, cita de p. 25; Maurice Halbwachs, *La mémoire collective*, París, Albin Michel, 1997, en especial, «Mémoire collective et mémoire historique», pp. 97-142.

tal de las «leyes de la historia», con muy escasa participación de los humanos que deberían ser sus protagonistas activos. Walter Benjamin denunció en sus «Tesis de filosofía de la historia» —el escrito por cuya conservación, como hemos dicho antes, arriesgó su vida— el gran fraude que la concepción mecanicista del progreso había significado para la clase obrera.[4] En su inacabado «libro de los pasajes» lo razonaba además históricamente: el concepto de progreso tuvo una función crítica hasta la Ilustración, pero en el siglo XIX, con el triunfo de la burguesía, ésta lo desnaturalizó y, auxiliada por la doctrina de la selección natural «ha popularizado la idea de que el progreso se realiza automáticamente».[5] Lo cual resulta una forma muy eficaz de despolitizarlo y de incitar a los hombres a la inacción, como lo hacen, de otro modo, aquellos que interpretan hoy el progreso en función exclusivamente de los avances de la ciencia y de la tecnología.

La linealidad de este modelo está asociada a una práctica errónea de los historiadores, nacida de la falacia cientifista, que los lleva a proceder a partir de un análisis abstracto, supuestamente inspirado en las «leyes de la historia», hacia el dato puntual, coleccionando hechos que puedan encajarse en el lugar que se les ha asignado previamente en el modelo interpretativo. Cuando lo que convendría es, por el contrario, comenzar por el hecho concreto, por el acontecimiento con todo lo que tiene de complejo y peculiar.

Quisiera explicarlo con una imagen. El historiador acostumbra a proceder como quien resuelve un rompecabezas, un puzzle, valiéndose de un modelo que le muestra las líneas generales de la solución, y va buscando el lugar concreto en que las líneas de la pieza, esto es las características del acontecimiento o del dato, encajan con exactitud, lo cual le sirve para confirmar la validez de la solución anticipada, del modelo interpretativo que ha adelantado como hipótesis de partida. Pero un acontecimiento no es una pieza plana que pueda explicarse por completo a partir de este ajuste, sino un poliedro, un

4. Una explicación necesaria sobre la forma en que uso las numerosas citas de Walter Benjamin que hago a continuación, prescindiendo de la amplísima bibliografía sobre Benjamin, con sus planteamientos filosóficos y teológicos. Lo que me interesa es este momento final de maduración de sus ideas, y no los momentos anteriores ni su origen. De hecho lo que pretendo hacer es practicar con Benjamín el mismo «arte de las citas» que él propugna, y para esto me interesa más lo que se puede deducir de las citas mirando hacia adelante, que atenerme a su significado mismo en el momento en que las escribió. He usado las «tesis» en la edición de Walter Benjamin, *Gesammelte schriften*, Frankfurt, Suhrkamp, 1974, I. 2, pp. 691-704 (y anotaciones en I. 3, pp. 1223-1266) y en diversas traducciones, de las cuales resulta muy válida la que se encuentra en Walter Benjamin, *Sul concetto di storia* (a cargo de Gianfranco Bonola y Michele Ranchetti), Milán, Einaudi, 1997, pp. 20-57, con el texto alemán confrontado, y muy poco, por desnaturalizada, la de Jesús Aguirre en W. Benjamin, *Discursos interrumpidos*, I, Madrid, Taurus, 1982, pp. 177-191.

5. Citaré generalmente «Passagen-Werk», con el número correspondiente del texto, de acuerdo con la edición de Rolf Tiedemann, en este caso N 1 1a, 1. De hecho confronto los textos en tres traducciones diferentes: *Paris, capital du XIXe siècle*, París, Les Editions du Cerf, 1989 (donde este texto se encuentra en p. 495), *The Arcades project*, Cambridge, Mass., Belknap Press, 1999, (en p. 476) y *Sul concetto di storia*, (en pp. 126-127).

cuerpo de tres dimensiones con un gran número de caras, una de las cuales encaja en el modelo de nuestro rompecabezas, mientras que las otras lo sitúan en un haz de diversas relaciones y determinan que pueda encajar en otros tantos modelos. Si partimos de la solución preestablecida, sólo veremos esta dimensión plana de los hechos; si partimos del acontecimiento, podremos distinguir la diversidad de los planos que se entrecruzan en él y escoger los que nos aporten perspectivas más interesantes.[6]

Esta práctica respondería a la incitación de Edward Thompson para que busquemos en el archivo «la realidad ambigua y ambivalente», o a la de Walter Benjamin, que quería un método de trabajo capaz de asociar el rigor de la teoría con la «visibilidad» de la historia: un método que hiciese posible «descubrir en el análisis del pequeño momento singular el cristal del acontecimiento total».[7]

El cientifismo de fines del siglo XIX, que sostenía que lo que distingue a la auténtica ciencia es su capacidad de predecir, indujo a los historiadores a buscar unas «leyes» que les permitiesen también prever el futuro. Pero ocurre que, mientras los científicos sociales, y con ellos muchos historiadores, se obsesionaban durante el siglo XX con esta concepción mecanicista, la ciencia había abandonado las viejas ilusiones y había descubierto que el Universo era mucho más complejo que el reloj cósmico de Newton y de Laplace, y que el determinismo y la capacidad de predecir correspondían a un mundo de abstracciones, y no al de una realidad en que la ciencia no puede calcular con exactitud ni tan sólo el movimiento de tres cuerpos relacionados entre sí. Lo cual ha llevado a los científicos a poner en un lugar central las relaciones no lineales, mucho más abundantes en la naturaleza, y sobre todo en la vida, que los encadenamientos simples y directos de causas y efectos. Para decirlo con las palabras de Ilya Prigogine: «Tanto en dinámica clásica como en física cuántica, las leyes fundamentales expresan hoy posibilidades y no certezas. No sólo hay leyes, sino acontecimientos que no pueden deducirse de las leyes».[8]

La ciencia actual, una ciencia de cuanta, en que la indeterminación tiene un papel importante, que se niega a aceptar «la igualación progresiva de la evolución con el progreso lineal», que ha creado unas «matemáticas experimentales» —fue un matemático quien dijo que «no hay nada que se pueda llamar una prueba matemática», sino que «las pruebas son (...) argumentos retóricos, destinados a afectar la psicología»— y que ha desarrollado un campo de estudio sobre el caos y la complejidad, tiene poco que ver con unas ciencias socia-

6. Algo por el estilo ha hecho Mack Walker en *The Salzburg transaction. Expulsion and redemption in eighteenth-century Germany* (Ithaca, Cornell University Press, 1992), donde nos narra la expulsión del arzobispado de Salzburgo de 20.000 campesinos protestantes que fueron obligados a asentarse en tierras lejanas del este de Prusia, y nos explica este hecho desde cinco perspectivas distintas: como parte de la historia del arzobispado de Salzburgo, como un acontecimiento integrado en la historia de Prusia, como una muestra de los problemas confesionales y constitucionales en el Imperio, como experiencia vivida de los campesinos y, finalmente, en el marco de la historia del protestantismo prusiano.

7. «Passagen-Werk», N 26.

8. Ilya Prigogine: *La fin des certitudes*, Paris, Odile Jacob, 1996, p. 14.

les que han seguido con la ilusión de construir explicaciones totales y se han esforzado en hacerse miméticamente científicas a costa de renunciar a lo que era propio y característico de su trabajo.[9]

Eso sucede, paradójicamente, cuando son los científicos naturales los que se muestran interesados en recuperar los valores de la historicidad y dicen, por ejemplo, que «la naturaleza está constituida por acontecimientos y por las relaciones entre ellos, tanto como por substancias y partículas separadas: la historicidad es una característica importante de la ciencia».[10] Hasta el punto que un biólogo molecular nos asegura que su disciplina está abandonando «la fútil búsqueda de leyes» y haciéndose cada vez más histórica: «Muchos biólogos moleculares —concluye— están convirtiéndose en historiadores de buen o mal grado».[11]

Paradójicamente, los intentos para introducir esta misma óptica «historicista» en el terreno de la historia no han tenido éxito. La inteligente crítica que Eward Nell hizo de las explicaciones «de factor», esto es de las secuencias lineales encadenadas de causas y efectos habituales en los historiadores, que proponía reemplazar con interpretaciones por «redes factoriales de relaciones mutuamente dependientes», mucho más adecuadas para explicar el juego de complejas interrelaciones que se producen en una sociedad, pasó sin recibir atención. Tal vez porque se alejaba de los métodos narrativos habituales; pero también porque obligaba a mucho trabajo y daba respuestas sutiles y matizadas con las cuales difícilmente se puede esperar recibir atención ni del público, ni de la propia tribu.[12]

La linealidad es, de hecho, una consecuencia necesaria del «fin de la historia» propugnado por una burguesía triunfante que tiene interés en hacernos creer en la existencia de un único orden final de las cosas, al cual han de tender naturalmente todas las líneas de evolución, ignorando que «los conceptos de la clase dominante han sido siempre los espejos gracias a los cuales se ha venido a constituir la imagen de un orden».[13]

La linealidad exige, por fuerza, la idea de continuidad. «La celebración o la apología se esfuerzan en ocultar los momentos revolucionarios en el curso de la historia. Lo que quiere en su corazón es fabricar una continuidad. No da por esto importancia más que a aquellos elementos de la obra que han entrado ya a

9. Sobre la teoría del «equilibrio puntuado», por ejemplo, que cambia nuestra percepción del proceso de evolución, véase Stephen Jay Gould, *Un dinosaurio en un pajar*, Barcelona, Crítica, 1997, pp. 137-154 (con anterioridad se hace una cita de *La montaña de almejas de Leonardo*, del mismo autor, Barcelona, Crítica, 1999, p. 129). Lo que se refiere a las matemáticas, de G. H. Hardy, *A mathematician's apology*, publicado en 1929. Citado por George Gheverghese Joseph en D. Nelson, G. G. Joseph y J. Williams, *Multicultural mathematics*, Oxford, Oxford University Press, 1993, p. 11.

10. John Cornwell, ed., *Nature's imagination. The frontiers of scientific vision*, Oxford, Oxford University Pres, 1995, p. V.

11. Robert Pollack, *Signs of life. The language and meaning of DNA*, Nova York, Houghton Mifflin, 1994, pp. 152-153.

12. E. J. Nell, *Historia y teoría económica*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 62-68.

13. «Passagen-Werk», J 61a, 2.

formar parte de su influjo posterior. Olvida en cambio los puntos en que la tradición se interrumpe y las rupturas y asperezas que ofrecen apoyo a quien se propone ir más allá.» Hay que arrancar la época de esta «continuidad cosificada» y hacer explotar su homogeneidad «llenándola con las ruinas, esto es con el presente». Podremos así superar la idea de progreso con la de «actualización» y aprender a aproximarnos a lo que ha sido, «tratándolo, no de manera historiográfica, como hasta ahora se ha hecho, sino de manera política, con categorías políticas».[14]

Abandonar la linealidad nos ayudará a superar, no sólo el eurocentrismo, sino también el determinismo. Al proponer las formas de desarrollo económico y social actuales como el punto culminante del progreso —como el único punto de llegada posible, pese a sus deficiencias y a su irracionalidad—, hemos escogido de entre todas las posibilidades abiertas a los hombres del pasado tan sólo aquellas que conducían a este presente y hemos menospreciado las alternativas que algunos propusieron, o intentaron, sin detenernos a explorar las posibilidades de futuro que contenían.

Renunciando a esta visión que ha servido para justificar, como necesarios e inevitables, tanto el imperialismo como las formas de desarrollo con distribución desigual, podríamos ayudar a construir interpretaciones más realistas, capaces de mostrarnos no sólo la evolución simultánea de líneas diferentes, sino el hecho de que en cada una de ellas, incluyendo la que acabaría dominando, no hay un avance continuo en una dirección, sino una sucesión de rupturas, de bifurcaciones en que se pudo escoger entre diversos caminos posibles, y no siempre se eligió el que podía haber sido el mejor en términos del bienestar del mayor número posible de hombres y mujeres, sino el que convenía —o por lo menos el que parecía convenir— a aquellos grupos que disponían de la capacidad de persuasión y/o de la fuerza represiva necesarias para decidir: «resulta de un interés vital reconocer un punto determinado de desarrollo como una encrucijada».[15]

Hemos de elaborar una visión de la historia que nos ayude a entender que cada momento del pasado, igual que cada momento del presente, no contiene sólo la semilla de un futuro predeterminado e inevitable, sino la de toda una diversidad de futuros posibles, uno de los cuales puede acabar convirtiéndose en dominante, por razones complejas, sin que esto signifique que es el mejor, ni, por otra parte, que los otros estén totalmente descartados. Chistopher Hill ha dicho: «Una vez que el acontecimiento se ha producido, parece inevitable; las alternativas se esfuman. La historia la escriben los vencedores, sobre todo la historia de las revoluciones. Merece la pena, sin embargo, que nos adentremos imaginativamente hacia atrás, hacia el tiempo en que las diversas opcio-

14. «Passagen-Werk», N 9a, 5; N 9a, 6; N 2, 2 y K 2, 3. Esta era una de las razones que le llevaban a combatir «las construcciones de la historia [que] son como órdenes militares que disciplinan la vida real y la encierran en cuarteles» y a priorizar la anécdota que es «como una revuelta en la calle» y que nos acerca a la inmediatez de la vida (S 1a, 3).

15. «Passagen-Werk», S 1, 6.

nes parecían abiertas».[16] Esta es la especie de «giro copernicano» de la historia que nos pedía Benjamin: abandonar la idea de que hay un punto fijo, «lo que ha sucedido», al cual intenta aproximarse el conocimiento desde el presente, y volverlo cabeza abajo con la irrupción de la conciencia desvelada, cuando la política se sobrepone a la historia; entonces «los hechos se convierten en algo que nos golpea justamente en este momento, y establecerlos es cosa de la memoria».[17]

Una historia no lineal nos permitiría recuperar muchas cosas que hemos dejado olvidadas por el camino de la mitología del progreso: el peso real de las aportaciones culturales de los pueblos no europeos, el papel de la mujer, la racionalidad de proyectos de futuro alternativos que no triunfaron, la política de los subalternos, la importancia de la cultura de las clases populares... Y nos ayudaría a escapar, con este enriquecimiento de nuestro horizonte, a la apatía y la desesperanza a que quiere condenarnos el discurso dominante en nuestro entorno, que nos ha llevado a este «tiempo de resignación política y de fatiga».[18]

Durante la Guerra civil española, Antonio Machado escribió que cuando se examinaba el pasado para ver qué llevaba dentro era fácil encontrar en él un cúmulo de esperanzas, ni conseguidas ni frustradas, esto es un futuro.[19] La clase de historia que estamos escribiendo y enseñando desde hace más de doscientos años ha eliminado este núcleo de esperanzas latentes de su relato, donde todo se produce fatalmente, mecánicamente, en un ascenso ininterrumpido que lleva al hombre desde las cavernas prehistóricas hasta la gloria equívoca de la postmodernidad en que hoy vivimos. Todo lo que cae fuera de este esquema es menospreciado como una aberración que no podía sostenerse ante la marcha irresistible de las fuerzas del progreso, o como una utopía inviable.

Otro fugitivo del fascismo como Machado, Walter Benjamin, que murió un año después que el poeta andaluz, y en un lugar muy cercano al del fallecimiento de aquél, nos advirtió de los males que produce esta visión lineal y lo ilustró con el ejemplo del fascismo, que se acostumbraba a ver como una aberración retrógrada o como algo excepcional, y por tanto de supervivencia difícil, en lugar de entenderlo como un fruto lógico y natural de un tiempo y de unas circunstancias (como se puede ver hoy, cuando renace, vagamente disfra-

16. La cita es de Christopher Hill, *Some intellectual consequences of the English revolution*, Madison,The University of Wisconsin Press, 1980, p. 33. Robert Gildea (*The past in French history*, New Haven, Yale University Press, 1994) nos muestra cómo la historia de Francia se ha escrito en diversas versiones que responden a planteamientos muy diversos. No hay que pensar en estas visiones alternativas sólo en términos de invención discursiva. Su fundamento reside en el hecho de que en alguna encrucijada del pasado se han diversificado los caminos que llevaban en las diversas direcciones que propugnan colectivos diversos y sus miembros siguen creyendo que la historia no ha acabado y que la proyección de estos caminos hacia el futuro sigue siendo posible.

17. «Passagen-Werk», K 1, 2.

18. Russell Jacoby, , *The end of utopia. Politics and culture in an age of apathy*, New York, Basic Books, 1999, p. 181.

19. Antonio Machado, *Obras. Poesía y prosa*, Buenos Aires, Losada, 1964, p. 428.

zado y negando en algunos casos sus orígenes, sin que produzca apenas escándalo). Y completaba el cuadro denunciando aquel otro error paralelo en que habían caído la izquierda y el movimiento obrero, de creer que tenían «las leyes de la historia» de su parte, y que esto les garantizaba la victoria.[20]

Contra la historia que pretendía explicar las cosas «tal como han pasado» —esto es, del único modo en que podían pasar— Benjamin proponía al historiador que trabajase como el físico en la desintegración del átomo, con el fin de liberar las enormes fuerzas que han quedado atrapadas en la explicación lineal de la historia, que habría sido «el narcótico más poderoso de nuestro siglo».[21]

Abandonadas en las bifurcaciones en que se tomó una opción —en las encrucijadas en que se escogió uno u otro camino—, o entre el bagaje de los que fueron derrotados por unos vencedores que después han reescrito la historia para legitimar su triunfo, hay muchas cosas que merece la pena recuperar. No es lícito pensar, para poner un solo ejemplo, que el fracaso de los regímenes de la Europa oriental a fines del siglo XX transforme en menospreciables las esperanzas y los esfuerzos de todos los hombres y mujeres que han luchado desde hace siglos para conseguir una sociedad más igualitaria. El legado de éstos forma parte, con muchos otros, de las «enormes fuerzas» olvidadas en los rincones de una narración lineal del pasado: de una pretendida historia de progreso que, encima, termina mal.

Llevar a la práctica el proyecto de escribir esta nueva clase de historia nos obligará a cambiar muchas de las normas habituales de nuestro trabajo. Tendremos que desintegrar el tipo de continuidad histórica falaz que se construye habitualmente en función de la voluntad de establecer una genealogía, esto es una justificación, del objeto histórico que nos hemos propuesto explicar.[22]

Ranajit Guha ha denunciado una de estas falsas continuidades, tal vez la más frecuente y perniciosa: la de quienes crean esquemas interpretativos que tienen como fundamento esencial legitimar retrospectivamente las construcciones estatales y la estructura del poder social de nuestro tiempo. Coincidiendo en muchos aspectos con el análisis de Benjamin, Guha examina las convenciones que hacen que se considere determinados acontecimientos y hechos como «históricos», lo que significa que se los ha escogido para la historia. Pero ¿quién los designa para esta función? Hay una discriminación en la selección que se hace de acuerdo con valores y criterios que no se especifican. Pero, si se mira con atención, no es difícil advertir que la autoridad que con-

20. Benjamin, «Tesis de filosofía de la historia», 8, 11 y 13.

21. «Passagen-Werk», N 3, 4; alguna cita dice «del siglo XIX», pero la expresión es plenamente válida para el XX.

22. También aquí acertó Benjamin adivinando la naturaleza del problema al escribir: «El momento crítico, o destructor, en la historiografía materialista, se manifiesta por la desintegración de la continuidad histórica, porque sólo así se constituye el objeto histórico. De hecho es imposible identificar un objeto histórico en medio del curso continuo de la historia. Por esto la narración histórica, desde tiempo inmemorial, ha extrapolado un objeto de este curso continuo. Pero esto se hacía sin fundamentos, como un recurso, y su primera preocupación era la de volver a insertar este objeto en el continuo que creaba nuevamente por empatía» «Passagen-Werk», N 10a, 1.

duce la operación es, en la mayor parte de los casos, una ideología que considera la vida del estado como central para la historia y que, en consecuencia, sólo encuentra interesantes los hechos que se refieren a ella.[23]

Esta tradición de «estatismo», dice Guha, arranca de los orígenes del pensamiento histórico moderno con el renacimiento italiano, y el ascenso de la burguesía en Europa durante los tres siglos siguientes no hizo más que reforzarla, de modo que la política «oficial» —la política del estado— se convirtió en la sustancia misma de la historia, que desde el siglo XIX se integró en el sistema académico con sus programas y con una profesión dedicada a propagarlos en la enseñanza y a través de la producción de trabajos escritos.

Esta deformación, añade, extiende sus efectos más allá incluso del área de influencia del poder establecido. Guha nos muestra, examinando el relato de la revuelta india de Telangana, dirigida por el Partido Comunista entre 1946 y 1951, que el estatismo llega a pervertir la historia que explican los vencidos, que acaba siendo una visión que lo subordina todo al proyecto frustrado de construcción de un poder alternativo y, al hacerlo, olvida los motivos reales que llevaron a la revuelta a buena parte de sus participantes, fenómeno que ilustra con el caso de las mujeres, que se sumaron con sus propias reivindicaciones, pero que acaban en este relato reducidas a simples colaboradoras del programa de los dirigentes del partido. Pese a la simpatía que se muestra por ellas y a los elogios a su valor, lo que no se hace es escuchar lo que decían, ya que esto habría destruido el estatismo dominante en el relato.

Ver el conjunto de los hechos, enumerar «los acontecimientos sin distinguir los pequeños de los grandes», tomando conciencia de que nada de lo que ha sucedido se ha perdido para la historia, corresponde a «la humanidad redimida»: «eso significa que sólo la humanidad redimida puede citar el pasado en cada uno de sus momentos».[24]

La crítica de Guha a la historia «estatista», concretada en la crónica de la revuelta de Telangana, no significa que esté denunciando una versión equivocada de lo sucedido que se podría reemplazar por otra semejante, pero correcta. El problema va más allá y reside en el hecho de que lo que se necesitaría sería otro tipo de escritura que fuese capaz de escuchar a la vez las diversas voces de la historia, no sólo las de los dirigentes, que relatan su proyecto y relegan todos los demás elementos activos a la instrumentalidad, ni tan sólo la voz de las mujeres.

«Lo que tengo en mente —dice Guha— no es una simple revisión sobre fundamentos empíricos.» Para integrar estas otras voces de la historia sería necesario romper la línea unitaria de la versión dominante, complicando mucho el argumento. Porque la autoridad de esta versión es inherente a su estructura narrativa. Una estructura formada en la historiografía posterior a la Ilustración, como en la novela, por un cierto orden de coherencia y linealidad. Es este orden el que dicta lo que se debe incluir en la historia y lo que se deja fuera de ella, el

23. «The small voice of history», en *Subaltern studies*, VI, Delhi, Oxford University Press, 1996, pp. 1-12.

24. Benjamin, «Tesis de filosofía de la historia», 3.

que fija cómo debe desarrollarse de una manera consistente la trama, con su desenlace eventual, y cómo la diversidad de caracteres y acontecimientos ha de controlarse de acuerdo con la lógica de la acción principal. Mientras la univocidad del discurso estatista se base en este orden, un cierto desorden —una desviación radical del modelo que ha dominado la escritura de la historia en los tres siglos últimos— será una exigencia esencial de la revisión.

La solución no será fácil. Qué forma concreta ha de adoptar este desorden, añade Guha, es difícil de predecir. Tal vez forzará la narración a balbucear en su articulación en lugar de presentarse como una corriente continua de palabras. Tal vez la linealidad de su avance se disolverá en lazos y nudos. Tal vez la propia cronología, la vaca sagrada de la historiografía, será sacrificada en el altar de un tiempo caprichoso, que no se avergüence de su carácter cíclico. Todo lo que se puede decir en este punto es que la destrucción de la narratología burguesa será la condición para esta nueva historiografía, sensible a los ecos de desesperanza y determinación de las voces de una subalternidad desafiante dedicada a escribir su propia historia.

Este mismo problema lo ha planteado Robert Gregg, que se inspira también en los historiadores de la escuela de los estudios subalternos, en un análisis comparado de las historias de los Estados Unidos y de África del sur, que le sirve para analizar las deformaciones que impone a la historia comparada un tipo de excepcionalismo que el historiador elabora a partir de la definición de su propia nación —una definición siempre sesgada, que incluye unos elementos y excluye otros de manera arbitraria— y que se usa como elemento de comparación y de interpretación. Gregg piensa en la posibilidad de otros tipos de relato que permitan superar los riesgos del excepcionalismo: «los formados en torno a intersecciones con otras sociedades y naciones, o los basados en las experiencias de gente que habitualmente se considera marginal (la clase de gente a la que incluso los historiadores sociales encuentran difícil asignar un papel activo)». El problema mayor es, naturalmente, el de poner orden en la multitud de narraciones que se nos ofrecen con este método para conseguir algún tipo de síntesis.[25] Esto nos obligaría a desagregar buena parte de los elementos de análisis de la sociedad que recibimos de la historiografía —no sólo porque nos vienen dados en marcos nacionales que los condicionan, sino, sobre todo, porque están tarados por esta óptica de excepcionalismo, con frecuencia inconsciente— y volver a recomponer las piezas en nuevas agregaciones organizadas de acuerdo con las necesidades de nuestras indagaciones.

Un método que respondiese a estos planteamientos —y que haría de entrada muy difícil la pretensión de construir una «historia universal»—[26] nos

25. Robert Gregg, *Inside out, outside in. Essays in comparative history*, Londres, Macmillan, 2000, pp. 25-26.

26. «Desde un punto de vista metodológico, la historiografía materialista se distingue de la historia universal más que de cualquier otra. La historia universal está falta de estructura teorética. Su procedimiento es el de la adición: proporciona una masa de hechos para llenar un tiempo homogéneo y vacío.» Benjamin: «Tesis de filosofía de la historia», 17.

obligaría a una investigación mucho más compleja y a inventar un tipo de relato polifónico[27] que, sin olvidar el hilo conductor del «estado» —porque, se quiera o no, el papel del poder hay que tenerlo siempre presente—,[28] escogiese el número suficiente de las voces altas y bajas, grandes y pequeñas, de la historia para articularlas en un coro más significativo que las visiones tradicionales que nos hablan de los soberanos y de sus conquistas y olvidan a los campesinos que pagaron con su esfuerzo el coste de los ejércitos que les permitieron ganar batallas. O que las de una historia social que hace de los campesinos los protagonistas —lo cual significa un avance en el terreno de la representatividad, puesto que son muchos más que los soberanos— pero no nos dice nada de los que, haciendo las leyes y exigiendo los impuestos, determinaron buena parte de sus vidas. La forma de relato que habrá de incluir a los unos y a los otros —y muchas más voces todavía— en pie de igualdad, sin instrumentalizarlas (sin contentarse con subordinar los campesinos, ni que sea como víctimas, a la historia de los reyes) está aún por inventar, y es más que probable que requiera muchas experiencias y tanteos hasta llegar a alcanzar la eficacia necesaria.[29]

El abandono de la narrativa inspirada en la novela burguesa,[30] que es la dominante en buena parte de nuestra historiografía —no sólo en la que se presenta como directamente narrativa, sino también en la de pretensión analítica, que está normalmente construida en función de un argumento—, nos podría ayudar a superar otro defecto habitual en los relatos de los historiadores. Los hombres acostumbran a racionalizar a posteriori sus actos para convencer a los demás, y convencerse a sí mismos, de que estos actos son lógicos y razonables. Pero en sus motivaciones reales hay un trasfondo de prejuicios, miedos o aspiraciones inconfesados (que con frecuencia no se atreven ni siquiera a confesarse a sí mismos), que o bien se ocultan, o se integran forzadamente en un contexto que pretende ser racional (el racismo, para poner un solo ejemplo, se presenta por parte de quienes lo sostienen como un producto de la ciencia, pero no nace de la ciencia, sino que la usa como legitimación).[31] El hombre es, más que un animal racional, un animal racionalizador, que justifica a posteriori con razones imaginadas muchas decisiones que surgen de zonas oscuras de su mente. Ello explica que los hombres, y las mujeres, reales sean por natu-

27. Tal vez con técnicas narrativas parecidas a las de algunas novelas corales como *El Volga desemboca en el mar Caspio* de Boris Pilniak, por ejemplo.

28. Sin simplificarlo ni despersonalizarlo, a la manera de Foucault, sino analizando con cuidado los diversos «poderes» concretos que actúan en cada lugar y en cada momento.

29. Tenemos apenas unos pocos ejemplos de obras que intentan explorar la realidad de ese otro modo, como la de Paul A. Cohen, quien en *History in three keys. The Boxers as event, experience and myth* (New York, Columbia University Press, 1997) explica un acontecimiento, la revuelta de los bóxers, como hecho reconstruido por la investigación histórica, como experiencia vivida y como mito, o como el libro de Mack Walker sobre el arzobispado de Salzburg que he citado antes.

30. Sobre esta cuestión véase Mark Salber Phillips, *Society and sentiment. Genres of historical writing in Britain, 1740-1820*, Princeton, Princeton University Press, 2000, pp. 103-128.

31. El caso de las «ciencias racistas» nazis es conocido. En fecha más cercana tenemos muestras de aparente cientifismo como la famosa de *The Bell curve*.

raleza contradictorios —vistos a la luz de la racionalidad— y que sus actos no se ajusten a la imagen coherente que pretenden dar de sí mismos. Si nos acostumbramos a verlos así, y no en la visión plana del retrato sin sombras que nos ofrecen normalmente sus biógrafos, o ellos mismos en memorias en que han reconstruido cuidadosamente sus vidas —dos formas de relato en que las propias reglas literarias exigen que se cree coherencia— conseguiremos entenderlos mejor.

Podríamos volver ahora al tema, que antes hemos planteado, del encaje de un hecho o de un acontecimiento en más de un cuadro interpretativo —en más de un rompecabezas— que no era una proclamación de relativismo, como podía parecer, sino la defensa de una pluralidad de visiones objetivas, que corresponden a la diversidad imprevisible de la propia vida, una diversidad que los hábitos del pensamiento científico tradicional nos han llevado a simplificar, empobreciendo nuestra visión, al «no aceptar los fenómenos tal como son, sino cambiándolos bien sea en el pensamiento (abstracción), bien interfiriendo activamente en ellos (experimentación)», dos procedimientos que eliminan los rasgos particulares que distinguen un objeto de otro o los lazos que lo ligan a su entorno.[32]

Debemos ir todavía un paso más allá, explorando la forma en que en cada momento de su vida los seres humanos escogen uno de los aspectos concretos de la realidad, en función de las necesidades del momento, no para hacer un paralelismo fácil con el tipo de selección que el historiador practica con los hechos del pasado a su alcance, sino porque esto nos puede ilustrar acerca del papel real que tiene la historia en nuestra comprensión del mundo, en una dirección que Benjamin parece haber intuido al decir, por una parte, que «la verdadera imagen del pasado se desvanece súbitamente. Sólo en la imagen que relampaguea de una vez para siempre en el instante de su cognoscibilidad se deja fijar el pasado», y al añadir, por otra, que «para el materialismo histórico se trata de fijar la imagen del pasado tal como se presenta de improviso al sujeto histórico en el momento del peligro».[33]

Y he aquí que esto, que puede sonar como algo nebulosamente poético, se nos aclara cuando pensamos que la función que esa memoria colectiva que es la historia cumple al servicio de los hombres y mujeres que la asumen como propia, tiene una gran semejanza con lo que la neurobiología actual nos dice que hace la memoria personal para cada ser humano individualmente. Sabemos, en efecto, que la memoria personal no es un depósito de representaciones —de aquellas supuestas imágenes fotográficas guardadas en la mente, de modo semejante a como el academicismo imagina una «historia» constituida como un depósito de hechos científicamente establecidos por las academias—

32. Estas líneas se basan en el libro póstumo de Paul Feyerabend, *Conquest of abundance. A tale of abstraction versus the richness of being*, Chicago, The University of Chicago Press, 2000 (cita de p. 5).

33. Benjamin, «Tesis de filosofía de la historia» 5 y 6; peligro, añade, «de prestarse a ser instrumento de la clase dominante».

sino que es en realidad un complejo sistema de relaciones que tiene un papel esencial en la formación de la conciencia. Una de sus funciones más importantes, precisamente, es la de elaborar «una forma de "recategorización" durante la experiencia en curso, que es mucho más que una reproducción de una secuencia previa de acontecimientos». Los neuorobiólogos nos dicen que la conciencia se vale de la memoria para evaluar las situaciones a que ha de enfrentarse mediante la construcción de un «presente recordado», que no es la evocación de un momento determinado del pasado, sino la capacidad de poner en juego experiencias previas para diseñar un escenario al cual puedan incorporarse también los elementos nuevos que se nos presentan.[34]

Del mismo modo los historiadores, al trabajar con la memoria colectiva, no se dedican a recuperar del pasado verdades que estaban enterradas bajo las ruinas del olvido, sino que usan su capacidad de construir «presentes recordados» para contribuir a la formación de la clase de conciencia colectiva que corresponde a las necesidades del momento, pero no sacando lecciones inmediatas de situaciones del pasado que no han de repetirse, como se suele pensar, sino creando escenarios en que sea posible encajar y interpretar los hechos nuevos que se nos presentan: escenarios en que el pasado se ilumina en el momento de su cognoscibilidad, cuando «se presenta de improviso al sujeto histórico en el momento del peligro».

Porque, se quiera o no, se sea o no consciente de ello, el historiador trabaja siempre en el presente y para el presente: «Los acontecimientos que rodean al historiador, y en los que éste toma parte personalmente —ha dicho Benjamin— están en la base de su exposición como un texto escrito en tinta invisible. La historia que somete al lector viene a representar algo así como el conjunto de las citas que se insertan en este texto, y son tan sólo estas citas las que están escritas de un modo que todos pueden leer».[35]

Lo que he explicado en estas últimas páginas permitirá entender, espero, que todas estas propuestas de revisión teórica, todos estos planos todavía confusos de caminos que apuntan al futuro, no se presentan aquí como elementos de un debate académico, y mucho menos aún como recetas preparadas para aplicarlas inmediatamente al trabajo, sino como una contribución al necesario esfuerzo colectivo de reconstruir una práctica que nos permita aproximarnos de nuevo, eficazmente, a los problemas de nuestras sociedades y de nuestro tiempo.

En la medida en que el historiador es quien conoce mejor el mapa de la evolución de las sociedades humanas, quien sabe la mentira de los signos indicadores que marcan una dirección única y quien puede descubrir el rastro de los otros caminos que llevaban a destinos diferentes, y tal vez mejores, es a él a quien corresponde, más que a nadie, la tarea de denunciar los engaños y reavivar las esperanzas de «volver a empezar el mundo de nuevo».

34. Gerald M. Edelman y Giulio Tononi, *A universe of consciousness. How matter becomes imagination*, New York, Basic Books, 2000, *passim*, una cita de p. 95.

35. «Passagen-Werk», N 11, 3.

Hablo de engaños, porque la historia en malas manos —lo hemos visto repetidamente— puede convertirse en una temible arma destructiva. Lo es con frecuencia en las de aquellos que la usan como elemento de creación de una conciencia de aceptación del orden establecido. «Representar el pasado y la forma de vida de las poblaciones es una expresión y una fuente de poder», se ha dicho. Estas representaciones pueden servir de base a los programas más aberrantes. «En este siglo, en especial —ha escrito Linda Colley— millones de hombres y mujeres han muerto a causa de que ellos, u otros, han creído fabricaciones sobre el pasado con las cuales los han alimentado políticos, periodistas, fanáticos —y también malos historiadores.»[36]

Por desgracia no se puede decir que esto sea cosa del pasado. La historia está presente hoy, por regla general, en la base misma de los prejuicios que se usan para justificar las más diversas formas de opresión y de exterminio, con el pretexto de superioridades raciales o de civilización, laicas o religiosas. Hemos hablado antes de casos como el de Ruanda. Se podría decir algo semejante de los conflictos de Yugoslavia o de la visión de los «talibanes» de Afganistán que, convencidos de haber sido ellos quienes han acabado con la Unión Soviética —olvidando las causas internas del declive ruso y la parte que en sus propias victorias corresponde a la ayuda que recibieron de Estados Unidos— piensan que ha llegado el tiempo de emprender una nueva guerra santa a escala planetaria y de reanudar la expansión que el Islam experimentó en los siglos VII y VIII.[37] La propia persistencia del racismo se basa ante todo en planteamientos históricos. En *The Turner diaries*, el libro de cabecera de los grupos racistas más radicales de los Estados Unidos, se puede ver cómo se educa a un nuevo recluta dándole a leer «algunos libros sobre raza e historia».[38]

Pero aún hay una falsificación más grave: la que nos pide que aceptemos las cosas como son, sin hacer ningún esfuerzo por cambiarlas, en nombre de las «leyes de la historia» que han conducido al triunfo anunciado e inevitable del liberalismo y de la globalización.

Conscientes de la trascendencia que pueden tener estas visiones de pasado que nutren las memorias colectivas, no es lícito que nos desentendamos del problema de los usos de la historia en nombre de una imposible neutralidad —académica o postmoderna— que, por otra parte, no impedirá que «los poderes» sigan haciendo un uso adoctrinador de ella. En las circunstancias confusas y difíciles del presente, a los historiadores nos corresponde combatir, ar-

36. George Clement Bond y Angela Gilliam, eds. *Social construction of the past. Representation as power*, Londres, Routledge, 1997, p. 1. Por más, añaden, que estas versiones dominantes, que son con frecuencia vagas y generales, pueden convertirse en elemento central «de debates intelectuales, luchas políticas y oposición popular». Linda Colley, «Fabricating the past», *Times Literary Supplement*, 14 junio 1991, p. 5.

37. Ahmed Rashid, *Taliban. Militant Islam, oil and fundamentalism in Central Asia*, New Haven, Yale University Press, 2000, pp. 130-131.

38. Y cómo esta visión racista de la historia se transforma, en función de sus «leyes», en la previsión de un futuro de exterminio racial de la mayor parte de la humanidad. (Andrew Macdonald, *The Turner diaries*, Hillsboro, National Vanguard Books, 1980²).

mados de razones, los prejuicios basados en lecturas malsanas del pasado, a la vez que las profecías paralizadoras de la globalización. De este modo contribuiremos a limpiar de maleza la encrucijada en que nos encontramos y ayudaremos a que se perciban con mayor claridad los diversos caminos que se abren ante nosotros y a que entre todos escojamos los que pueden conducirnos al ideal de una sociedad en que, como dijo un gran historiador, haya «la mayor igualdad posible, dentro de la mayor libertad posible».

Este es un objetivo que muchos seguimos creyendo lícito, aunque se haya pretendido descalificarlo (y no deja de ser revelador que esta descalificación se haga a la vez que la de la historia como instrumento de análisis). En la lucha por construir una sociedad como ésta hemos perdido muchas batallas e incluso alguna guerra. No ha de sorprender que muchos hayan creído que el triunfo era imposible y hayan abandonado el combate, sin darse cuenta de que, incluso habiendo perdido, se ha conseguido cambiar muchas cosas que ya no volverán a ser como en el pasado. Así lo entendía también William Morris cuando, en 1887, al conmemorar una de estas grandes derrotas colectivas, escribía: «La Commune de París no es otra cosa que un eslabón en la lucha que ha tenido lugar a lo largo de la historia de los oprimidos contra los opresores; y sin todas las derrotas del pasado no tendríamos la esperanza de una victoria final».[39]

No estoy seguro de que hoy pensemos en una victoria final —esta ilusión era también hija de las falacias del progreso lineal—, sino que aspiramos, más modestamente, a algunos logros, por parciales que sean, que bastarán para justificar el esfuerzo de la lucha. Y pienso que, a pesar de las derrotas, ha merecido la pena intentarlo, y que es necesario que sigamos en ello. Porque, como dijo Paul Eluard: «Aunque no hubiese tenido en toda mi vida más que un solo momento de esperanza, hubiese librado este combate. Incluso si he de perderlo, porque otros lo ganarán. Todos los otros».[40]

39. William Morris, «Why we celebrate the Commune of Paris», en *Commonweal*, 3, n.º 62 (marzo 1887), pp. 89-90, reproducido en *Political writings*, Bristol, Thoemmes Press, 1994, pp. 232-235.

40. Paul Éluard, «Une leçon de morale», prefacio, en *Oeuvres complètes*, París, Gallimard, 1984, II, p. 304.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Aboriginal history, revista, 346
Abraham, David, 266
Abu-Lughos, Janet: *Before European hegemony*, 348
Academia de la Historia, 177
Academia Francesa, 272
Acton, lord, 175, 178
Ademar de Chabannes, 54
Adenauer, Konrad, 275 n.
Ado, Anatoli, 236, 271, 309
Adorno, Theodor W., 83, 238, 322; *Dialéctica de la Ilustración*, 238
Adriano, emperador, 42
Aftalion, 198
Agrícola, 40
Aguirre, Esperanza, ministra de Educación, 259
Agustín, san: *ciudad de Dios, La*, 53; *Confesiones*, 53
Alavi, Hamza, 331
Albareda, José María, 258
Alboino, 59
Alejandro Magno, 32, 35, 94
Alfonso el Magnánimo, rey, 64
Alfonso X, rey de Castilla: *General Estoria*, 60
Allmand, Christopher, 61
Altamira, Rafael, 178, 258
Althusser, Louis, 237 y n., 251, 293
Alvarado Tezozomoc, Hernando de, 77
Amenemeres I, faraón, 22
American Historical Association, 264
American Historical Review, 309, 341
Amiano Marcelino, 42; *Historias*, 42
Anales de Tutmosis III, 22
Anaxímenes, cronista, 32
Anderson, Perry, 238, 249, 253-254
Anglería, Pedro Mártir de: *Décadas de Orbe novo*, 76
Aníbal, 40
Ankersmith, Frank R., 300
Annales, revista, 193, 199, 201, 203, 204-205, 207, 208, 243, 287, 288, 291, 295
Arendt, Hannah, 278 y n.; *Eichmann en Jerusalén*, 278
Argaiz, fray Gregorio: *Población eclesiástica de España*, 65
Ariès, Philippe, 146, 287, 291 n., 292, 293
Aristóbulo, cronista, 32
Aristóteles, 26, 33, 85; *La política*, 31
Aron, Raymond, 203
Arriano, 35; *Anábasis de Alejandro*, 35
Artajerjes II, rey de Persia, 30
Asiria, 21
Asso, Ignacio de, 102
Aston, Trevor H., 245 n.
Atenas, 24, 27
Aubrey, John, 330 n.
Augusto, 37 n., 39, 40, 42, 94; *Index rerum gestarum*, 20
Aulard, 148 n., 198
Averroes (Ibn Rushd), 47
Azpilcueta, padre Martín de, 77

Babeuf, François-Noël, Gracchus, 131, 142; *Manifiesto de los iguales*, 131
Babilonia, 21
Bacon, Francis, 84, 108; *Historia del reinado del rey Enrique Séptimo*, 108
Bagni, Jean François, cardenal, 87, 88
Bainville, Jacques, 148, 194
Bairoch, Paul, 344
Baker, Keith, 271, 301
Bakhtin, 294
Baluze, erudito benedictino, 77
Banco Mundial, 313
Barante, Prosper de, 132; *Histoire des ducs de Bourgogne*, 132-133
Barjai, historiador israelí, 281
Barnave, Antoine, 129

Baron, Hans, 193
Barr, Alfred, 265
Barre, caballero de la, 92, 96
Barrot, Odilon, 173
Barrot, Odilon, 173
Barthes, Roland, 203, 323
Batista, Fulgencio, 98
Baudrillard, 323
Bauer, Otto, 149, 151
Bayle, Pierre, 86, 87, 90; *Dictionnaire historique et critique*, 87-88; *Pensées diverses sur la comète*, 87
Beard, Charles A., 210, 260
Beccaria, Cesare Bonesana, marqués de, 89
Becker, Carl, 210, 260; *heavenly city of the eighteenth century philosophers, The*, 211
Beda, 55, 57; *Historia eclesiástica del pueblo de Inglaterra*, 57
Belisario, general, 50, 56
Belousov, Vladimir V., 324
Benito, san, 55
Benjamin, Walter, 238, 239, 254-255, 272, 355 y n., 356, 359, 360 y n., 364, 365
Benson, William, 213 n.
Berg, Maxine, 227
Berlin, Isaiah, 83, 261
Bernstein, Eduard, 162; *premisas del socialismo y los trabajos de la socialdemocracia, Las*, 162
Berr, Henri, 193, 200 y n., 201, 202 n., 204 n.
Bertwald, arzobispo, 57
Biblia, 52
Biflinger, 275 n.
Binford, Lewis, 301
Biondo, Flavio, 65
Biruni, al-, 47; *Cronología de las naciones antiguas*, 47
Bishop, Allan, 337
Bisotun, 21
Bizancio, 95
Blache, Vidal de la, 199, 206
Blake, William, 173, 253
Blanc, Louis, 145; *Historia de diez años, 1830-1840*, 145; *Historia de la revolución francesa*, 145
Blanqui, Jerome Adolphe, 152 n., 153 n.
Bloch, Marc, 199, 201, 202, 203 y n., 210, 243, 297, 353; *Apología por la historia*, 14, 202, 297
Bloom, Allan, 302, 310
Bloom, Howard, 312 n.
Boas, Franz, 184
Bodin, Jean, 73, 74-75; *Démonomanie des sorciers*, 75; *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, 74; *seis libros de la república, Los*, 74
Boeck, August, 171
Bohr, Niels, 181
Bois, Guy, 292
Bonald, Louis de, 132, 146
Boorstin, Daniel, 263
Borrego, 153
Bosch Gimpera, Pere, 258
Bossuet, Jacques-Bénigne, 78, 86, 94, 132; *Discurso sobre la historia universal*, 75, 77
Boswell, 114
Bourdieu, 203, 297
Boyle, Robert, 111, 112 n.
Braudel, Fernand, 200 n., 203, 204, 205, 207 y n., 208, 210, 243, 287, 292, 296, 349; *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, 209
Brenner, Robert, 224, 247
Brewer, John, 250
Brown, Henry Phelps, 225
Browning, Christopher R., 279
Bruni, Leonardi, 67; *Historia de un pueblo florentino*, 68; *Laudatio Florentinae urbis*, 67
Bruno, Giordano, 78, 84
Buckle, Henry Thomas: *Historia de la civilización en Inglaterra*, 175
Buda, 182, 190
Buffon, George Louis Leclerc, conde de, 82, 95; *Historia natural*, 95, 103
Bujarin, Nicolaj Ivanovic: *ABC del comunismo*, 231; *teoría del materialismo histórico: Manual popular de sociología marxista, La*, 231
Bulbena, Antoni, 130 n.
Bunge, Mario, 320
Burckhardt, Jacob, 63 n., 171, 192; *civilización del Renacimiento en Italia, La*, 171
Buret, 153
Burguiére, André, 208
Burke, Peter, 126, 286, 295
Burlin, Paul, 265
Burton, Robert, 84
Bush, George, 266

Cabeza de Vaca, Álvar Núñez, 76

Cabrera de Córdoba, Luis, 66
Cain, P. J., 223, 343
Calas, comerciante de indianas de Toulouse, 92
Calígula, emperador, 35 n.
Calístenes, cronista, 32
Calvino, Italo, 30
Camden, William: *Annales rerum Anglicarum regnante Elizabetha*, 107; *Britannia*, 107
Cameron, Rondo, 222
Campanella, Tommaso, 79, 84
Campmany y de Montpalau, Antonio de, 102
Canfora, Luciano, 28, 36
Cánovas del Castillo, Antonio, 177
Cantero, Estanislao, 102 n.
Cantimori, 193
Cantor, Norman, 266, 295, 314 n,
Carlomagno, 59, 96
Carlos Borromeo, san, 73
Carlos II, rey de Inglaterra, 111
Carlyle, Thomas, 173
Carr, Edward Hallett, 323 n.; *¿Qué es la història?*, 14
Carrera Damas, Germán, 345
Casiodoro: *Historia de los godos*, 56
Cassirer, Ernst, 63 n.; *Filosofía de la Ilustración*, 82 n.
Castro, Fidel, 98, 126
Catalina de Rusia, 88
Catón el Viejo: *Orígenes*, 37
Ceaucescu, Nicolae, 235
Centro de Investigación Rusa, de Harvard, 261
Certeau, 307, 323
César, Julio, 35, 37, 38, 42, 57, 94, 116; *Comentarios*, 37
Chabod, Federico, 63 n., 72, 193
Chambers, 103
Chandrasekhar, Subrahmanyan, 324
Chartier, Roger, 291, 293, 294 n., 295
Chateaubriand, François-René de, 132, 133, 291, 303; *genio del cristianismo, El*, 132
Chaunu, Pierre, 207, 268, 287, 293; *Histoire science sociale*, 288
Chayanov, 212, 331
Chernichevsky, 159
Childe, Vere Gordon, 185, 244, 246; *Man makes himself*, 246; *Qué sucedió en la història*, 14, 246
China, 23, 283, 334 n.
Choniates, Nicetas, 51
Chrétien, Jean-Pierre, 343
Churchill, Winston, 125
Cicerón, 35; *Del orador*, 37
Cieza de León, Pedro de, 76
Ciro el Joven, 30
Clapham, John H., 193
Clarendon, conde de: *Historia de la rebelión y guerras civiles de Inglaterra*, 112
Clark, 263
Clarke, David, 302
Clarkson, Lawrence, 109
Claudi, emperador, 40
Clemente VII, papa, 68
Clinton, Bill, 266
Clodoveu, rey de Francia, 136
Cloots, Anacharsis, 131
Cobb, Richard, 268, 269 n.
Cobban, Alfred, 269; *social interpretation of the French revolution, The*, 269
Cohen, G. A., 157 n.
Cole, G. D. H., 195, 244; *common people, The*, 195
Colley, Linda, 366
Collingwood, Robin G., 13 n., 186-187, 294, 323 n., 326; *idea de la historia, La*, 186
Collins, Harry, 324
Colls, Robert, 294
Comenius, bisbe, 85
Comneno, Ana: *Alexiada*, 51
Comte, Auguste, 89, 132, 146
Condillac, Etienne Bonnot, abbé de, 90, 96-97; *lengua de los cálculos, La*, 96; *lógica, La*, 96
Condorcet, Jean Antoine Nicolas Caritat, marqués de, 106, 146; *Equisse d'un tableau historique des progrés de l'esprit humain*, 106
Congreso por la Libertad de la Cultura (CCF), 264
Conquest, Robert, 267
Conrad, Alfred H., 214, 217
Conrad, Joseph: *Heart of darkness*, 337
Constant, Benjamin, 173
Constantino el Grande, emperador, 42, 64
Copérnico, Nicolás, 78
Corán, 45
Corbin, Alain, 315-316
Cortés, Hernán: *Cartas de relación*, 76
Costa, Uriel da, 85
Couteau-Bégarie, Hervé, 287 n., 293

Crafts, N. R. R., 221
Cranston, Maurice, 267
Creuzer, Friedrich, 27
Cristóbulos de Imbros, 51
Croce, Benedetto, 13 n., 186, 187, 193, 264-265, 291, 323 n.
Crónicas de Babilonia, 21
Crouzet, François, 207, 269 n.
Crozier, Brian, 267
Curcio: *Historia de Alejandro Magno*, 37, 38 n.
Cyrano de Bergerac, 79, 84, 86 y n.

Dalin, Victor, 236
Daniel, 54, 65
Danilson, 157
Dante, 62, 190
Danto, Arthur C., 185
Darío I, rey de Persia, 21
Darnton, Robert: *great cat massacre, The*, 315
Darwin, Charles, 175, 260 n.
Daughters of the American Revolution, 263
Daughters of the Colonial Wars, 260
Davis, Natalie Z.: *return of Martin Guerre, The*, 315
De Jaucourt, 103
Deleuze, 237 n., 286, 323, 336
Demóstenes, 35
Derrida, Jacques, 203, 237 n., 286, 311 n., 323 y n., 325, 336, 338, 340 n.
Descartes, René, 79, 85; *Discurso sobre el método*, 79
Destutt de Tracy, Antoine-Louis-Claude, 131, 132, 146; *Elements d'idéologie*, 131
Deutsche Bank, 282
Diakonoff, Igor M., 236, 309
Díaz, Bernal, 76
Diderot, Denis, 81, 82, 83 n., 96, 102, 103, 104 y n., 105; *bijoux indiscrets, Les*, 102; *Carta sobre los ciegos*, 102-103; *Encyclopédie*, 81, 82, 93, 102, 103; *Pensamientos filosóficos*, 102
Dilthey, Wilhelm, 63 n., 179, 184, 187
Diodoro de Sicilia, 34; *Biblioteca histórica*, 34
Diógenes Laercio, 30
Dión Casio, 36, 37 n.; *Historia romana*, 36
Dionisio de Halicarnaso: *Historia antigua de Roma*, 34
Dionisio el Exiguo, abad, 55
Diouf, Mamadou, 342 n., 350
Dobb, Maurice, 244, 247; *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, 247
Domiciano, 40, 42
Dominis, Antonio de, arzobispo de Spalato, 73
Dosse, François, 287 n., 288, 296; *L'empire du sens*, 296
Dray, William, 185
Droysen, Johan Gustav, 170, 171, 172 n.; *Historia de Alejandro Magno*, 171; *Historia de la política prusiana*, 171; *Histórica. Sobre enciclopedia y metodología de la historia*, 171
Du Cange, erudito benedictino, 77
Duby, Georges, 202, 203 n., 207, 293, 295 n.
Dumézil, Georges, 288; *Mythe et epopée*, 288
Durkheim, Émile, 146, 183, 184, 200, 206, 392
Dussen, Jan van der, 187 n.
Duvernoy, Jean, 287

Economic History Review, 217, 222 n.
Eddington, sir Arthur, 324
Éforo, 32
Eginardo (Einhard), 59 y n.; *Annales carolingios*, 59; *Vida de Carlomagno*, 59
Egipto faraónico, 12, 19, 22, 27
Ehrard, Jean, 92
Eichhorn, Karl F. von, 167
Eichmann, Adolf, 275
Einstein, Albert, 181
Eley, Geof, 300
Elias, Norbert, 294 y n., 347
Elliott, J. H., 245 n.
Ellis, John M., 320
Elton, 314, 323 n.
Éluard, Paul, 367
Emiliano, Escipión, 33
Eneas, 20
Engels, Friedrich, 13, 149-152, 161-164, 238 n., 240; *Anti-Dühring*, 157, 160; *guerra de los campesinos en Alemania, La*, 155; *ideología alemana, La*, 151; *Manifiesto comunista*, 153, 154, 161; *origen de la familia, de la propiedad privada y del estado, El*, 157; *Sagrada Familia, La*, 150; *situación de la clase obrera en Inglaterra, La*, 150;

Socialismo utópico y socialismo científico, 163
Engerman, Stanley L., 217
Enrique VIII, rey de Inglaterra, 116
Erasmo, 64, 65 n.
Ernst, Paul, 160 n., 161
Esnofru, faraón, 22
Esparta, 27
Ethelbald, rey de Mercia, 57
Eunapio de Sardes, 36
Eusebio, obispo de Cesarea, 52, 58, 59 n.; *Crónica*, 52; *Historia eclesiástica*, 51, 52

Farabi, al-, 47
Febvre, Lucien, 63 n., 199, 200 y n., 201, 202 n., 203, 207 y n., 210, 243, 294; *Combats pour l'histoire*, 203; *Rhin. Histoire mythes et réalités, Le*, 200; *térre et l'évolution humaine, La*, 200
Federico de Prusia, rey, 82, 92
Federico Guillermo de Prusia, 169
Feldman, Gerald D., 281, 282
Felipe II, rey de España, 205, 259
Felipe V, rey de España, 257
Ferguson, Adam, 117; *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil*, 117
Fernández de la Cigoña, José, 102 n.
Fernández de Oviedo, Gonzalo: *Historia general y natural de las Indias*, 76
Fernando el Católico, rey, 71
Fernando I, rey de Aragón, 64
Ferro, Marc, 208, 288
Fest, Joachim, 277
Feuerbach, Ludwig, 149, 151
Feyerabend, Paul, 290 n.
Fichtenau, Heinrich, 292
Filipo II de Macedonia, 32
Finley, Moses I., 122, 212 n., 263
Fischer, Eugen, 335
Fittko, Lisa, 254
Fleischer, Helmut, 157 n.
Focio, patriarca de Constantinopla: *Biblioteca*, 49
Fogel, Robert W., 215-217, 220; *ferrocarriles y el crecimiento económico norteamericano, Los*, 215; *Time on the cross*, 217 n.
Fondo Monetario Internacional, 313
Fontenelle, Bernard Le Bovier de, 79; *Histoire des oracles*, 86
Foucault, Michel, 286, 288-289 y n., 290 y n., 291, 293, 297, 307, 323 y n., 335, 336, 341, 342; *archéologie du savoir, L'*, 289; *mots et les choses.Une archéologie des sciences humaines. Les*, 288; *Surveiller et punir*, 289
Franco, Francisco, 259
Frank, André Gunder, 348, 349; *ReOrient: Global economy in the Asian age*, 349
Franklin, Benjamin, 126
Friedrich, Caspar David, 165
Froissart, Jean: *Crónicas de Francia, de Inglaterra y de los paises vecinos*, 61
Fromm, Eric, 238
Fueter, Eduard, 73, 98, 100 n.
Fujioka, profesor, 283
Fukuyama, Francis, 309, 310, 311, 312, 325
Fundación Ford, 261
Fundación Gulbenkian, 319
Fundación John M. Olin, 310
Furet, François, 148, 207, 208, 269, 270, 287, 310 n.; *Dicctionnaire critique de la Révolution française*, 270
Furió Díaz, Antoni, 316 y n.
Fustel de Coulanges, Numa, 125, 146; *ciudad antigua, La*, 146

Galantine, R. A., 217 n.
Galileo, 73, 79, 84; *Sidereus nuncius*, 79
Gall, Lothar, 281
Gardiner, Patrick, 185
Garibay, cronista, 75
Gassendi, Pierre, 79, 86 y n.
Gaxotte, Pierre, 148, 194, 268
Geertz, Clifford, 261, 303
Gehlen, Rainhard, general, 275
Gengis Khan, 95
Genovesi, Antonio, 89
Gerschenkron, Alexander, 214, 221
Gershenfeld, Neil, 318
Giannone, Pietro, 88-89; *Historia civil del reino de Nápoles*, 88
Gibbon, Edward, 121, 122; *Decadencia y caida del Imperio romano*, 114, 121-122, 125
Gilbert, Felix, 73, 193
Gildas, monje del siglo V, 57; *De excidio Britanniae*, 57
Gilgamesh, quinto rey de Uruk, 20
Gillespie, Charles C., 267 n.
Gilly, Adolfo, 334 n.
Ginzburg, Carlo, 306, 332 n.; *formaggio e i vermi, Il*, 315

Gioacchino da Fiore: *Libro de las figuras*, 61
Giotto, 62
Giovio, Paolo, 66
Giralt, Emili, 102 n.
Gladstone, William Ewart, 175
Globke, Hans, 275 n.
Gobineau, conde de, 147 n.
Godesberg, Bad, 163
Goethe, Johann Wolfgang von, 167
Goffart, Walter, 55
Goldhagen, Daniel, 279, 280; verdugos *voluntarios de Hitler, Los*, 278
Gooch, 168, 172 y n.
Gorkín, Julián, 265
Goubert, Pierre, 202 n.
Gould, Stephen Jay, 305
Grafton, Anthony, 88, 267 n.
Gramsci, Antonio, 186 n., 231, 239, 241, 242 y n., 243 n., 254 n., 293, 340, 341, 342; *Cuadernos de la prisión*, 241
Granville, lord, 175
Grau, Ramon, 102 n.
Graus, Frantisek, 236
Gray, John, 312
Grecia clásica, 23, 24
Gregg, Robert, 338 n., 351, 362
Gregorio, obispo de Tours, 55, 56-57, 59 n.
Grimm, Jakob, 105, 165
Gross, Alan G., 305
Guamán Poma de Ayala, Felipe, 77
Guattari, 336
Guerreau, Alain, 207; *Ecrits sur l'histoire*, 207
Guevara, Ernesto Che, 344
Guha, Ranajit, 330 n., 332, 339 y n., 340, 360-361, 362
Guicciardini, Francesco, 67, 68, 71; *Consideraciones en torno a los Discursos de Maquiavelo*, 72; *Historia de Italia*, 71, 72, 73; *Storie fiorentine*, 72
Guillaume de Tyr, 60
Guizot, François, 13 y n., 125 n., 130, 134 n., 136, 137, 138, 139, 152, 272, 291; *Historia de la revolución de Inglaterra*, 136; *Historia de la civilización en Francia*, 136; *Historia general de la civilización europea*, 136
Gul-Badan Baygam, princesa: *Libro de Humâyûn*, 49
Gumilev, Lev N., 236
Gurevich, Aron, 294, 305
Gurland, Heny, 255
Guzmán, Abimael, 237 n.

Habermas, Jürgen, 271, 277
Hacking, Ian, 324
Haeckel, Ernst Heinrich, 188
Hamann, J. G., 100
Hammond, 244
Hancock, David, 224
Hardenberg, Karl August, príncipe de, 166
Hargreaves, James, 227
Harley, C. Knick, 221
Harnecker, Marta, 237
Harrington, James, 84, 120; *Océana*, 114
Harris, Marvin, 212
Harrison, 263
Hartlib, 84
Hayek, Friedrich August von, 313
Hecateo de Mileto, 26, 27
Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 24, 83, 101, 149 n., 160, 171, 291, 310
Heidegger, Martin, 278 n., 320
Heisenberg, Werner Karl, 181
Hempel, Carl G., 185
Herder, Johann Gottfried, 63 n., 99, 100 n., 102, 133, 142 n.; *Todavía una filosofía de la historia*, 100
Herodiano, 36
Heródoto de Halicarnaso, 22, 25, 26, 27, 28 n., 29, 46, 49, 64, 298; *Historia*, 27
Herrera, Antonio de: *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, 76
Herrera, cronista, 75
Herrin, Judit, 267 n.
Hess, Moses, 149
Hicks, Philip, 112
Hilberg, Raul: *destrucción de los judíos de Europa, La*, 278
Hildebrand, 167 n., 277
Hilferding, Rudolf, 164
Hill, Christopher, 244, 245, 248 y n., 358
Hillgruber, Andreas, 277
Hilton, Rodney, 244, 247
Himmelfarb, Gertrud, 310 n., 317 n.
Himmler, Heinrich, 275
Historia sincrónica, anales asirios, 21
History Workshop, revista, 249, 333 n.
Hitler, Adolf, 147 n., 190, 193, 274, 276, 277
Hobbes, Thomas, 110; *De cive*, 110; *Leviathan*, 110, 111

Hobsbawm, Eric J., 197, 244, 247, 251, 253, 310, 331, 332; *Bandidos*, 249; *era de la revolución, La*, 249; *Historia del siglo xx*, 249, 254, 267; *Historia popular y teoría socialista*, 249; *mundo del trabajo, El*, 249; *Rebeldes primitivos*, 249; *Trabajadores*, 249
Hodder, Ian, 326
Hoffman, Philip T., 271
Holbach, Paul Henri, 103
Hollborn, Hajo, 193
Homero, 25
Hopkins, A. G., 223, 343
Hopkins, Sheila V., 225
Horacio, 38
Horkheimer, Max, 83, 238, 322; *Dialéctica de la Ilustración*, 238
Hourani, 336 n.
Hudson, Pat, 227, 251
Huet, Pierre-Daniel, obispo de Avranches, 86; *Traité philosophique de la foiblesse de l'esprit humain*, 86
Hugo, Gustav F., 167
Huizinga, Johan, 192; otoño *de la edad media, El*, 192
Humboldt, Wilhelm von, 166
Hume, David, 100, 109, 113-117, 120, 122, 135; *Discursos*, 113, 115; *Historia de Inglaterra*, 113, 116, 122, 123; *Investigación sobre el conocimiento humano*, 113; *Investigación sobre los principios de la moral*, 113; *Tratado de la naturaleza humana*, 113
Hunt, Lynn, 271
Huntington, Samuel, 310, 311, 312, 313 n.
Huttenback, Robert A., 343
Huygens, Christiaan, 85

Ibn al-Jatib, cronista, 47 n.
Ibn Jaldun, historiador, 47; *Kitab al-ibar*, 47; *Muqqadima* o *Discurso sobre la historia universal*, 47-48
Ibn Rushd, *véase* Averroes
Ibsen, Henrik, 188
Inalcik, Halil, 336 n.
India, 24, 35, 49
Indíbil, 258
Institución Libre de Enseñanza, 258
Institute of International Affairs, 189
Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, 264
Instituto de historia económica y social, 243
Instituto de investigación social de Frankfurt, 238
Instituto John M. Olin de Estudios Estratégicos, 311
Internacional, Segunda, 232
Internacional, Tercera, 274
International Sociological Association, 349
Isabel I, reina de Inglaterra, 107
Isidoro, obispo de Sevilla, 55, 58, 59; *Etimologías*, 58; *Historia de los vándalos y dels suevos*, 58; *Historia goda*, 58
Isócrates, 32
Israel, Jonathan, 315 y n.

Jacob, François, 16
Jacoby, F., 32
Jacoby, Russell, 163, 338
Jaehne, Friedrich, 280
James, Harold, 281
Jameson, Fredric, 285
Japón, 283
Jaspers, Karl, 265
Jaurès, Jean, 197, 243; *Historia socialista de la revolución francesa*, 198
Jenkins, Keith, 322, 323 n., 325
Jenofonte, 25, 30, 31 n.; *Anábasis*, 30; *Ciropedia*, 31; *Economico*, 31; *Helénicas*, 31
Jerjes, rey de Persia, 27
Jerónimo, san, 52
Joan de Bíclaro, 58
Joinville, Jean de, 60; *Historia de san Luis*, 60
Jones, Colin, 271
Jones, Eric, 347
Jonia, 27
Jordanes, 55; *Getica*, 56; *Romana*, 56
Josefo, Flavio, sacerdote judío, 59 n.; *Antigüedades judías*, 35; *Guerra de los judíos*, 35
Journal of Economic History, 216
Journal of peasant studies, 331
Joyce, Patrick, 301, 306, 322, 323 n.
Juan, san, 54
Juliano, emperador, 42
Justiniano, emperador, 50, 56
Justino I, emperador, 50

Kalivoda, Robert, 236
Kant, Immanuel, 99-100, 102, 323 n.; *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita*, 101

Kantorowicz, Ernst Hartwig, 193, 263-264; *dos cuerpos del rey, Los*, 264; *Federico II*, 263
Kaplan, Steven L., 271
Kauffman, Stuart, 319
Kautsky, Karl., 160, 161, 162, 163
Kaye, Harvey: *¿Por què temen la historia las clases dominantes?*, 257
Keegan, John, 267 n.
Keen, Maurice, 315
Keitel, Wilhelm, mariscal, 277
Kennan, 260, 261
Kennedy, John F., 214, 261 n.
Keynes, John Maynard, 182
Kiernan, Victor, 158, 244, 245
Kline, Franz, 265
Knies, 167 n.
Kocka, Jürgen, 275
Kohl, Helmut, 277
Kojève, Alexandre V. K., 310, 311 n.
Kolko, Gabriel, 298
Korsch, Karl, 239, 240; *Manuscrito de abolíciones*, 240; *Marxismo y filosofía*, 239, 240
Kossok, Manfred, 236, 309
Kracauer, Siegfried, 238; *Historia. Las últimas cosas antes del último*, 238
Kristeller, Paul Oskar, 63 n.
Kristol, Irving, 265, 310 y n.
Kula, Witold, 234-235; *Problemas y métodos de la historia económica*, 235
Kuznets, Simon, 211

La Mothe Le Vayer, François, 86
La Popelinière, 74; *histoire des histoires, L'*, 74; *Historia de Francia*, 74
Labriola, Antonio, 163, 164, 186
Labrousse, Elisabeth, 87
Labrousse, Ernest, 198-199, 203, 204, 207 n., 210, 243, 271, 296, 297, 353
Lacan, 323 n., 340 n.
LaCapra, Dominick, 303
Lach, Donald F., 338; *Asia in the making of Europe*, 338
Lafargue, Paul, 162, 163, 198
Laín Entralgo, Pedro, 258
Lamartine, Alphonse de: *Historia de los Girondinos*, 140
Landes, David S., 347; *riqueza y la pobreza de las naciones, La*, 347
Langlois, C. V.: *Introducción a los estudios históricos*, 176
Laplace, Pierre-Simon, 356
Las Casas, Bartolomé de, 77
Le Corbusier, Charles-Édouard Jeanneret, 321
Le Goff, Jacques, 203, 287, 291, 292 y n., 293, 295, 296; *Faire l'histoire*, 290, 291
Le Roy Ladurie, Emmanuel, 203, 207, 208, 287, 288, 295; *territoire de l'historien, Le*, 288
Lefebvre, Henri, 133, 203
Leibniz, Gottfried Wilhelm, 78
Lenin, Vladimir Ilich, 163, 213, 237 n., 238 n., 240, 262 n.
Léonard, Jean, 289
Lepetit, Bernard, 297
Leroi-Gourhan, 203
Leur, Van, 339
Leveque, Pierre, 273
Levi, Giovanni, 316
Lévi-Strauss, Claude, 203, 205, 288, 293
Lévy, Bernard-Henri, 237
Lévy-Bruhl, Lucien, 294
Libro de los reyes, de la Biblia, 21
Lieberman, Victor, 350
Liebknecht, Wilhelm, 162
Lindsey, Hal, 312 n.
Livio, Tito, 29, 37, 39, 40, 51, 70; *Historia de Roma desde su fundación*, 39
Lloyd, Geoffrey, 294
Locke, John, 109, 111, 112, 121; *Ensayo sobre la comprensión humana*, 111; *Cartas sobre la tolerancia*, 111; *Dos tratados sobre el gobierno*, 111
Lombard, Denys, 339
London School of Economics, 267
López de Ayala, Pedro: *Crónicas*, 61
Lot, Ferdinand, 125
Lublinskaya, Alexandra, 236
Luce, Henry, 265
Luciano: *Del modo de escribir la historia*, 36
Luis IX, rey de Francia, 60
Luis XIV, rey de Francia, 84, 86, 93, 94
Luis XVI, rey de Francia, 142, 147, 148 n., 268 n.
Luis-Felipe, rey de Francia, 137, 140
Lukács, Geyörgy, 152 n., 239; *destrucción de la razón, La*, 239, 240; *Historia y conciencia de clase*, 239, 240; *Ontología del ser social*, 240
Lynch, John, 349
Lyotard, Jean-François, 321, 322, 323 y n.; *condition postmoderne, La*, 321

Mabillon, Jean, 77, 78, 79, 86, 88; *De re diplomatica*, 77
Mably, Gabriel Bonnot, abbé de, 96-97, 125, 130, 131
MacArthur, Douglas, general, 282
Macaulay, Thomas Babbington, 29, 113, 173, 174, 175; *Historia de Inglaterra*, 174
Macek, Josef, 236
Machado, Antonio, 359
MacLahan, Colin M., 305, 306 n.
Madariaga, Salvador de, 265
Madison, 211
Magnusson, Lars, 229
Mahoma, 45, 87, 95, 190
Maistre, Joseph de, 132, 146
Malato, Charles, anarquista, 14
Malinowski, Bronislaw, 184
Mallon, Florencia E., 341, 342; *Another reason*, 342
Malthus, Thomas Robert, 173
Mandonio, 258
Mandrou, 288, 293
Mannheim, Karl, 211; *interpretación económica de la constitución de los Estados Unidos. Una*, 211
Manning, R. L., 217 n.
Mao Zedong, 163, 237 n., 238 n.
Maquiavelo, Nicolás, 40, 67, 68, 72, 79, 114, 190; *Arte de la guerra*, 69; *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, 69, 70; *príncipe, El*, 69
Marcial, 39
Marcial, san, misionero, 54
Marcos, subcomandante zapatista, 334 y n.
Marcuse, Herbert, 238
Marglin, Stephen, 227
María Antonieta, 268 n.
María Estuardo, reina, 134 n.
Mariana, Juan de: *Historia de España*, 75
Maritain, Jacques, 265
Markoff, John, 271, 273
Markov, Walter, 236
Martin, Hervé, 293
Martineau, Harriet, 173
Marx, Karl, 13, 89, 136 n., 149-164, 197, 234, 241, 246, 322; *Anuarios francoalemanes*, 150; *capital, El*, 156, 158; *Contribución a la crítica de la economía política*, 155, 157, 158, 232; *18 Brumario de Luis Bonaparte, El*, 154, 160, 241; *Grundrisse*, 155, 158, 249; *ideología alemana, La*, 151, 154, 155, 159; *luchas de clase en Francia, Las*, 154, 161; *Manifiesto comunista*, 153, 154, 161; *Sagrada Familia, La*, 150; *Teorías sobre la plusvalía*, 156; *Tesis sobre Feuerbach*, 150
Marxism today, revista, 245
Massachussets Institute of Technology, 261
Masudi, Abu al-Hasan Ali al-Husayn al-, historiador, 46-47; prados *de oro, Los*, 46
Mateotti, 186
Maurer, 158
Maurras, Charles, 146, 148
Mauss, Marcel, 146, 184
Maximiliano de Baviera, 169
Máximo, Valerio: *Libro de los dichos y hechos memorables*, 51
Mayer, Arno, 269; *¿Por qué el cielo no se oscureció?*, 278
Mayor Oreja, Jaime, ministro del Interior, 259
McKendrick, Neil, 224
McLennan, Gregor, 322
McNeill, William, 191 n., 347
McPhee, Peter, 272
Meas, Keo, 232 n.
Médicis, familia de los, 67, 68, 69, 71, 94
Meek, Ronald, 152 n.
Meer, Fritz ter, 280
Mehmed II, sultán, 51
Mehring, Franz, 161
Melos, conferencia de, 29
Mendels, Franklin, 226
Mendelssohn, Moses, filósofo judío, 99
Mercado, fray Tomás de, 77
Mesmer, Franz Anton, 100
Meulan, Pauline de, esposa de Guizot, 136
Meyer, John R., 217, 220
Michelet, Jules, 63 n., 89, 140-142, 145, 291; *Historia de Francia*, 140; *Historia de la revolución francesa*, 140, 141
Mignet, François, 133-134 y n.; *De la féodalité*, 133; *Historia de la revolución francesa*, 133
Mikon, pintor griego, 19
Mill, James, 23
Mill, John Stuart, 173, 175
Milton, John, 109, 354 n.
Modern Language Association norteamericana, 302

Molière, Jean-Baptiste Poquelin, 79, 86 y n.
MOMA de Nova York, 265
Momigliano, Arnaldo, 23 n., 186, 196
Mommsen, Hans, 281
Mommsen, Theodor, 171-172 y n.; *Historia romana*, 172
Mommsen, Wolfgang J., 170
Monbeig, 205
Monmouth, Geoffrey de: *Historia de los reyes de Inglaterra*, 60
Montaigne, Michel Eyquem, 36, 73
Montale, Eugenio, 15
Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, 70, 79, 82, 90-92, 96, 100, 103, 122, 130; *Cartas persas*, 91; *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los romanos y de su decadencia*, 91; *espíritu de las leyes, El*, 91, 103
Moore, jr., Barrington, 212, 262
Morales, cronista, 75
Moravia, Alberto, 265
Morazé, Charles, 203
More, Thomas, 84 y n.
Morelly: *Basiliada o Las islas flotantes, La*, 130; *Código de la naturaleza*, 130
Moreno Fraginals, Manuel, 236
Moreri, Louis: *Grand dictionnaire historique*, 87
Moriceau, Jean-Marc, 271
Morris, William, 367
Muggleton, Lodowick, 109
Munslow, Alun, 323 n., 325
Muntaner, Ramon, 60-61
Muñoz, Gustau, 316 n.
Muratori, Ludovico, 89; *Annali d'Italia*, 88
Murra, John V., 345 n.
Murray, Alexander, 27, 192 n.
Mussolini, Benito, 186
Myrdal, Gunnar, 212

Nakasone, Yasuhiro, presidente japonés, 283
Namier, Lewis, 193
Nanni, Giovanni, *veáse* Viterbo, Annio de
Napoleón III, 146, 165
Napoleón, 132, 257
National Association of Manufacturers, 260
National Science Foundation norteamericana, 262, 266
Nearco, 35
Negri, Antonio, 85
Nell, Edward J., 357
Nepote, Cornelio, 42; *Vidas de hombres ilustres*, 42
Nerón, emperador, 40
New Left Review, 253
Newton, Issac, 65, 109, 112 y n., 356
Nicolet, Claude, 172
Niebuhr, Barthold Georg, 167, 168; *Historia de Roma*, 167
Nietzsche, Friedrich, 188, 320, 323 y n., 340 n.
Nipperdey, Thomas, 166
Nizan, Paul, 181
Noiriel, Gérard, 297
Nolte, Ernst, 184, 276; *Alemania y la guerra fría*, 276; *crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas, La*, 276; *marxismo y la revolución industrial, El*, 276; *tres caras del fascismo, Las*, 276
Nora, Pierre, 288, 289, 309 n.; *Faire l'histoire*, 290, 291
North, Douglass C., 218; *nacimiento del mundo occidental, El*, 218
Nyerere, Julius, 344

O'Hanlon, Rosalind, 341
Oberländer, 275
Ocampo, cronista, 75
Organización Mundial del Comercio, 313
Orosio, Pablo, 59 n.; *Historias contra los paganos*, 53
Ortega y Gasset, José, 182, 189 y n.; *rebelión de las masas, La*, 182
Orwell, George, 267; *Animal farm*, 267; *1984*, 267
Our history, revista, 245
Ozouf, Mona, 270

Pablo el Diácono (Paulus Diaconus), 55, 59; *Historia de los lombardos*, 59; *Historia romana*, 59
Pablo, san, 54, 190
Paine, Tom, 125-126; *derechos del hombre, Los*, 126; *sentido común, El* (*Common Sense*), 125, 126
Parsons, Talcott, 184
Pasquier, Étienne, 74; *Recherches de la France*, 74
Passmore, Kevin, 325
Past and present, revista, 245, 314 n.
Paulo III, papa, 72
Pedro I, rey de Castilla, 47

Pedro, san, 54
Pere el Cerimoniós, rey, 61
Pérez Latre, Miquel, 102 n.
Pérez Zagorin, 323 n.
Pérez, Antonio, 134 n.
Pericles, 25, 29
Perseo, 33
Persia, 24, 27
Petain, Henri-Philippe, 207
Pictor, Fabio, 37
Pinch, Trevor, 324
Pinto-Duschinsky, Michael, 281
Pipes, Richard, profesor de historia rusa, 261-262
Pirenne, Henri, 193, 200; *Mahomet et Charlemagne*, 200; *villes du moyen âge, essai d'histoire écomnomique et sociale, Les*, 200
Platea, batalla de, 26
Platón, 33; *leyes, Las*, 31-32; *república, La*, 31-32
Plejànov, G., 152 n., 159, 163
Plutarco, 35, 36 n., 49; *Moralia*, 35; *Vidas paralelas*, 35
Pokrovski, Mikhail, 231; *Historia de Rusia*, 231
Polano, Pietro Soave, 73
Polanyi, Karl, 185, 212; *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, 212
Polibio, 29, 32, 33, 37 n., 40, 47; *Historia*, 33
Poliziano, Angelo, 65
Pollard, Sidney, 227
Pollock, Jackson, 265
Pomeau, René, 93
Pomeranz, Kenneth, 339, 348
Pompeyo, 37, 39
Popper, Karl, 185
Porsche, Ferdinand, 281
Pórshnev, Boris, 236
Porter, Roy, 252
Poster, Mark, 322, 325 y n.
Power, Eileen, 196, 197
Prado, Juan de, 85
Prakash, Gyan, 341
Prakash, Om, 339
Preobrazhenski, 231
Prigogine, Ilya, 356
Problemas del comunismo, revista, 261
Procopio de Cesarea: *Edificios*, 50; *Guerras*, 50; *Historia secreta*, 50
Prost, Antoine, 297
Psellos, Miguel, 50; *Cronografía*, 50
Pujades, Jeroni: *Crònica universal del Principado de Cathaluña*, 75
Pye, Lucien, 261

Quasimodo, Salvatore, 182
Quesnay, François, 118
Quinet, Edgar, 142 n.

Rabelais, François, 202 n.
Racine, Jean, 84
Radcliffe-Brown, E. R., 184
Radical History Review, 249, 299
Raleigh, Walter, 107; *Historia del mundo*, 107
Ramsés II, 22
Ranke, Leopold von, 73, 168-170, 172; *Historias de los pueblos romanos y germánicos de 1494 a 1514*, 168
Rapin-Thoyras, Paul, 112
Raymond, André, 336 n.
Raynal, abbé, 104
Reagan, Ronald, 262
Reid, 339
Renan, Ernest, 147-148; *Vie de Jésus*, 147
Revel, Jacques, 207 n., 208, 291, 293
Riazànov, 159
Ricardo, David, 173, 344 n.
Rickert, Heinrich, 178
Ricoeur, Paul, 296, 305, 307, 323
Robertson, William, 100, 118, 124; *Historia de América*, 118; *Historia del emperador Carlos V*, 117
Robespierre, Maximilien de, 142
Rockefeller, Nelson, 265
Rodinson, 336 n.
Rodney, Walter, 343
Roederer, P. L.: *espíritu de la revolució de 1789, El*, 130
Rogers, James E. Thorold, 176, 224
Rohe, Mies van der, 321
Romano, Ruggiero, 202 n., 207, 209 n.
Romer, Christina, 220
Rorty, 323 y n.
Roscher, 167 n.
Ross, 119
Rostow, Walt W., 214, 221, 260, 261 y n.; *etapas del crecimiento económico, Las*, 214
Rostvotzeff, M. I., 196; *Historia social y económica del Imperio romano*, 196; *Historia social y económica del mundo helenístico*, 197

Rothko, Mark, 265
Rousseau, Jean-Jacques, 36, 83 n., 98, 103; *Discours sur les sciences et les arts*, 98; *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*, 98, 103, 130; *Du contrat social*, 98
Roux, Jacques, 131
Rowbotham, Sheila, 333
Rudé, George, 244, 248, 263, 330
Rushdie, Salman, 337
Russell, lord Conrad, 248 n.

Saavedra Fajardo, Diego de: *Corona gótica*, 75
Sabel, Charles F., 228
Sahlins, Marshall, 212
Said, Edward, 335; *Orientalism*, 335, 336, 338
Saint Jacob, Pierre de, 271
Sainte-Beuve, 132
Saint-Réal, César de, 75
Saint-Simon, Claude-Henri de Rouvroy, 135, 146
Salustino, 37, 38, 51; *conjuración de Catilina, La*, 38; *guerra de Yugurta, La*, 38
Samuel, Raphael, 244, 249, 252, 334; *Island stories*, 249; *Theatres of memory*, 249
Sánchez Marco, Fernando, 102 n.
Sandoval, cronista, 75, 86
Sardar, Ziauddin, 326
Sarpi, Paolo, 73, 114
Sartre, Jean-Paul, 265
Savigny, K. von, 167
Savonarola, Girolamo, 67
Say, Jean-Baptiste, 132
Schama, Simon, 271, 314; *Citizens*, 271, 314; *Dead certainties*, 315; *Rembrandt eyes*, 315
Schiller, Friedrich, 99
Schlessinger, Arthur, 260
Schmidt, Conrad, 160 y n.
Schmoller, 167 n.
Schramm, Percy Ernst, 193
Schumpeter, Joseph Alois, 213
Scopes, Johnny, 260 n.
Scott, Tom, 332
Scott, Walter, 133, 135
Sebeos, historiador, 49
Seignobos, E., 198, 206; *Introducción a los estudios históricos*, 176
Seligman, Edwin R. A., 211
Sen, Amartya, 337, 339 n.
Seton-Watson, Hugh, 267
Sfrantzes, Jorge, 51
Shakespeare, William, 36, 107
Shanin, Teodor, 331, 332
Shapiro, Leonard, 267
Shaw, William H., 157 n.
Shelley, Percy Bysshe, 139, 173
Shtaerman, 236
Silvestre I, papa, 64
Sima Qian: *Shiji* o *Memorias históricas*, 23
Simiand, François, 198, 204, 291
Simon, Richard, 86; *Historia crítica del antiguo testamento*, 86
Simónides, 26
Sinuhé: *Advertencias de un sabio egipcio*, 22; *Profecias de Neferty*, 22
Skocpol, Theda, 262
Smith, Adam, 114, 115-116, 117, 118-120, 152, 344 n.; *¿Fue necesaria la revolución industrial?*, 222; *riqueza de las naciones, La*, 118, 119, 121, 122; *teoría de los sentimientos morales, La*, 118, 121
Snooks, Graeme Donald, 219
Soboul, Albert, 270 y n.
Sócrates, 30, 31, 36
Sokal, Alan, 318 n.
Solow, Robert M., 219
Somervell, David, 190
Soros, George, 313 y n.
Spencer, 347
Spender, Stephen, 265
Spengler, Oswald, 188, 189 y n., 191, 192; *decadencia de Occidente, La*, 188
Spinoza, Baruch, 79, 85; *Tractatus theologico-politicus*, 85
Spivak, Gayatri Chakravorty, 336, 342
Stalin, Josef, 232, 233, 234, 238 n.
Starkenburg, 159
Ste. Croix, Geoffrey E. M. de, 244 y n., 245 n.
Steensgaard, 339
Stein, Karl, 166
Steinberg, Jonathan, 281, 282
Sternhell, Zeev, 148
Stevenson, 263
Stewart, Dugald, 116
Stirner, 151
Stone, Lawrence, 245 n., 266, 314 y n.
Struve, 233

Sturluson, Snorri: *Historia de los reyes de Noruega*, 59
Subrahmanyam, 339
Suetonio, 42, 51, 59; *Historia augusta*, 42; *Vidas de los doce césares*, 42
Sukarno, 261
Sürmer, Michael, 277
Swedenborg, 100
Sybel, Heinrich von, 170

Tabari, Abu Jafar Muhammad ibn Jarir al-, historiador, 46; *Comentario* sobre el Corán, 46; *Historia de profetas y de reyes*, 46
Tácito, 29, 37, 40, 42, 51, 108, 114, 298; *Anales*, 40; *Germania*, 40; *Historias*, 40
Taine, Hippolyte, 81, 147-148; *De la conscience*, 147; *Histoire de la littérature anglaise*, 147
Tamerlán, 47, 95
Taton, 203
Tatwin, arzobispo de Canterbury, 57
Tawney, R. H., 196, 197, 244; *religión y el ascenso del capitalismo, La*, 196
Taylor, A. J. P., 170
Temístocles, 36
Teodora, 50
Teopompo de Quíos, 32; *Hellenica*, 32; *Philippica*, 32
Thatcher, Margaret, 267-268
Thierry, Augustin, 135, 137, 152, 329; *Cartas sobre la historia de Francia*, 135; *Ensayo sobre la formación y progresos del tercer estado*, 135; *histoire de la conquête de l'Angleterre, L'*, 135; *Relatos de los tiempos merovingios*, 135
Thiers, Adolphe, 133, 134, 135, 137; *Historia del consulado y del imperio*, 133
Thomas, Albert, 201
Thomas, Robert P.: *nacimiento del mundo occidental, El*, 218
Thompson, Edward P., 244, 245, 248, 249, 263,286, 299, 310, 331, 353, 356; *Customs in common*, 251, 252, 253; *Double exposure*, 251; *making of the English working class. The*, 250, 253; *heavy dancers, The*, 251; *Poverty of theory*, 250, 251, 253; *Whigs and hunters*, 251; *Witness against the Beast. William Blake and the moral law*, 251; *Writing by candlelight*, 251; *Zero option*, 251
Tiberio, emperador, 42
Tilly, Charles, 262, 263; *Popular contention in Great Britain*, 262; *revoluciones europeas. Las*, 262
Timeo, historiador siciliano, 32
Tocqueville, Alexis de, 142-143, 271; *antiguo régimen y la revolución, El*, 143; *democracia en América. La*, 143, 144
Tolomeo, cronista, 32, 74
Tönnies, Ferdinand, 183
Topolski, Jerzy: *Metodología de la investigación histórica*, 235
Toreno, 119
Toynbee, Arnold J., 189, 190, 191, 291; *Estudio de la historia*, 189
Tracy, James D., 339
Trasímaco, 32
Treitschke, Heinrich von, 170, 172; *Historia de Alemania en el siglo XIX*, 172
Trevelyan, G. M.: *Historia social de Inglaterra*, 195
Troeltsch, 188
Trotsky, Lev, 233
Truman, Harry S., 213
Tucídides, 25, 26, 27, 28 y n., 29-30, 31, 36, 49, 51, 64, 110; *Historia de la guerra del Peloponeso*, 29
Tudesq, 139
Turgot, Anne Robert Jacques, 105, 106, 118, 121
Turner, Frederick Jackson, 177, 210
Turner, Henry A., 266
Tutmosis III, 22
Tylor, 347

Ulbricht, Walter: *imperialismo alemán fascista, El*, 274

Valla, Lorenzo, 64, 65
Van Dale, médico holandés, 86
Vanini, Lucio, 84
Venturi, Franco, 83 n.
Vernant, 288
Veyne, Paul, 290; *Comment on écrit l'histoire*, 290
Vico, Giambattista, 88, 89, 90, 133, 140, 291; *Principios de la Ciencia Nueva*, 88
Vilar, Pierre, 102 n., 200 n., 203, 207 n., 243, 291, 292, 296; *Cataluña en la España moderna*, 244
Villehardouin, Geoffroi de, 51; *conquista de Constantinopla, La*, 60

Villermé, 153
Virgilio: *Eneida*, 39
Viriato, 258
Viterbo, Annio de, 65
Vives, Luis, 31
Volpe, Gioacchino, 193
Voltaire, François-Marie Arouet, 81, 82, 83 n., 88, 90, 92-94, 96, 100, 121, 132, 291; *Diccionario filosófico*, 92; *Elementos de la filosofía de Newton*, 92; *Essai sur les moeurs et l'esprit des nations*, 94, 95, 103; *Historia de Carlos XII, rey de Suecia*, 92, 93; *philosophie de l'histoire, La*, 94; *siècle de Louis XIV, Le*, 93, 103
Vovelle, Michel, 293
Vries, Jan de, 226 y n.

Wade, John, 152, 153 y n., 329; *History of the middle and working classes*, 153, 329
Wagner, 188
Wallerstein, Immanuel, 209 n., 313, 349
Washbrook, David, 341
Webb, Beatrice, 195
Webb, Sidney, 195
Weber, Max, 183, 184, 253, 301, 347
Wehler, Hans-Ulrich, 275, 279
Weydemeyer, 152
White, Hayden, 299, 300, 303, 305, 307, 317, 323 n.
Wiesel, Elie, 277
Williams, Raymond, 248
Williams, William Appleman, 298
Williamson, 222
Winstanley, Gerrard, 109
Wolf, Eric, 331; *Europe and the peoples without history*, 348
Wolf, Markus, 275 n.
Wolfson College de Oxford, 261
Workers Educational Association, 196
Wright, 321
Wrigley, E. A., 222

Yates, Frances A., 66

Zanden, Jan L. Van, 225
Zangheri, Renato, 242
Zasulich, Vera, 159
Zeitlin, Jonathan, 228
Zinn, Howard: *people's history of the United States, A*, 299
Zurita, Jerónimo de, 75

ÍNDICE

Introducción 11

1. Los orígenes: la historiografía de la antigüedad clásica 19
2. La ruptura de la tradición clásica 45
3. Renacimiento y renovación de la historia 63
4. La Ilustración 81
5. La invención del progreso 107
6. Revolución y restauración 129
7. Marx y el «materialismo histórico» 149
8. Historicismo y nacionalismo 165
9. El agotamiento del modelo académico (1918-1939) 181
10. La historia económica y social 195
11. Los marxismos 231
12. Las guerras de la historia 257
13. El giro cultural 285
14. La crisis de 1989 309
15. Por una historia de todos 329
16. En busca de nuevos caminos 353

Índice onomástico 369